MERCURIO PERUANO

MERCURIO PERUANO

Revista Mensual de Ciencias Sociales y Letras

Año II

Vol. III

LIMA - PERU - 1919

Sanmartí y Ca.-Lima

— Impresores —


LIBRARY
JUN 5 1963
UNIVERSITY OF TORONTO

TABLA DE MATERIAS

—INDICE DE AUTORES—

Tomo III

Tomo 3°

MERCVRIO PERVANO

REVISTA MENSVAL DE CIENCIAS SOCIALES Y LETRAS



DIRECTOR

VICTOR ANDRES BELAUNDE

MVLTA RENASCENTVR
QVÆ JAM CECIDERE



SUMARIO

LIMA PERÚ

AÑO II.--VOL, III.--No. 13. JULIO MCMXIX

MERCURIO PERUANO

REVISTA MENSUAL de CIENCIAS SOCIALES y LETRAS

EL MERCURIO PERUANO

Publicará: correspondencias europeas de Francisco y Ventura García Calderón y José Gálvez; estudios sobre las cuestiones de actualidad y, preferentemente, ensayos sobre problemas nacionales por reputados escritores: notas bibliográficas referentes a la producción literaria, jurídica, histórica, educativa, sociológica, científica y filosófica; informaciones sobre la vida regional, a cargo de corresponsales especiales; revista de política interna y externa por el Director; y un *suplemento gráfico* con una página de arte, una página femenina a cargo de la distinguida escritora Miriam y una sección de actualidad nacional y extranjera.

La dirección artística estará a cargo del Señor Augusto Madueño.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La revista se venderá en la Casa Editora y en todas las librerías de Lima, al precio de *sesenta centavos* el número.

Los suscritores de fuera de Lima, tanto los del extranjero como los de la República, deberán añadir por cada número, 30 centavos para gasto de envío por certificado.

Tarifa de avisos	Una página	S. 15
	Media ,, ...	8
	¼ ,, ...	5
	Avisos profesionales.	2

Para todo lo que se refiere a la redacción de la revista dirigirse al Secretario de Redacción, Juan Pablo Nº. 634 o apartado Nº 54 y para todo lo referente a la administración a la Casa editora SANMARTI y Ca. calle de San Pedro, 388 y 392.

La descentralización administrativa en Colombia

El notable impulso del progreso colombiano a pesar de la grave crisis del fisco nacional determinada por la guerra europea, ha convidado a la meditación a más de uno de los publicistas de aquel país. Recientemente, el doctor Diego Mendoza Pérez, personalidad eminente del liberalismo, en un artículo publicado en "El Tiempo" de Bogotá, atribuye el movimiento a la vigorosa autonomía de las secciones y aun se atreve, sin pretensiones de hacer paradojas, a afirmar que es en estas entidades donde reside el espíritu de la cohesión y de la unidad nacional.

Esas juiciosas observaciones, de difícil comprensión para lectores extranjeros que no están en posesión de los antecedentes históricos, ni conocen la organización política y administrativa de Colombia, me mueven a escribir estas líneas como contribución al acercamiento y recíproco estudio de los pueblos hispano americanos. Doloroso, pero necesario, es reconocer que, a pesar de la comunidad de origen, de idioma, de religión, de hábitos, de antecedentes políticos y hasta de influencias intelectuales, estos países se ignoran unos a otros hasta el punto de que el escaso intercambio de ideas y de informaciones se hace al través de Europa. Cuando un escritor suramericano se revela en el viejo mundo, empiezan a conocerle los curiosos del nuevo continente. Sabemos de América lo mismo o menos de lo que en Europa se sabe. Sólo que aquellos datos fragmentarios los comprendemos mejor que los europeos y americanos del norte, porque nuestra incomunicación no ha podido ni podrá, afortunadamente, destruir las afinidades íntimas que nos vinculan.

En Colombia, como en muchos otros de los Estados libres que se constituyeron sobre las ruinas del poder español en América, el problema que más agitó los espíritus, luego de procla-

mada la independencia, fué el *modo* cómo debía constituírse el Estado, más bien que la forma de gobierno. En los tres primeros años de vida independiente, de 1810 a 1813, si bien se consagraron en la constitución disposiciones que le daban apariencia de monárquica, en la práctica lo que existía era un avanzado régimen republicano; y de 1813 en adelante, por unánime determinación, quedó definitivamente proclamada la república.

Pero no hubo el mismo acuerdo respecto al punto mucho más esencial de la forma del Estado. Acerca de ella se dividieron las opiniones entre federalistas y centralistas con tal exaltación y violencia que, apenas libradas las primeras batallas contra el poder español, en 1812 fué manchado el suelo de América por la contienda fratricida que abrió la éra de las encarnizadas luchas internas de nuestro tumultuoso y atormentado siglo XIX.

Conviene, aunque muy rápidamente y a grandes rasgos, esbozar el cuadro político de la época, ya que en él se contienen todos o casi todos los factores que más tarde han influído en los diversos ensayos que se hicieron en el país hasta 1886, época de la cual data la actual organización colombiana que parece tener los caracteres de definitiva.

La principal cuestión consiste en investigar cuáles son los elementos naturales y cuáles los artificiales del problema, y desde luego precisar o tratar de precisar los puntos de contacto entre la tradición colonial y la vida independiente. Hay muchas hipótesis que hemos aceptado como verdaderas sin más que un análisis y una discusión superficiales. Entre otras la de que nuestra revolución es hija de la francesa y de la americana del norte. A la primera nadie o casi nadie le ha discutido la maternidad de nuestra organización democrática, y apenas si en los últimos tiempos algunos escritores políticos han negado la influencia de la segunda en la desgraciada pero fecunda cuestión federal. Documentos de la época, tales como la declaración de los derechos del hombre—traducidos e impresos en Bogotá a fines del siglo XVIII, por don Antonio Nariño—y los discursos y escritos que hacían el elogio más vehemente de la constitución americana, bastaron para convencernos de que aquellas influencias fueron únicas y decisivas. Mas en esto hay una confusión muy explicable del símbolo con el hecho más profundo que representa.

El régimen español anterior a los Austrias se caracterizó por los fueros de los municipios y de las provincias. Los seño-

res locales mantenían a raya las tendencias de la Corona al poder absoluto. En el peninsular era étnica e histórica la inclinación a la autonomía seccional, que se robusteció en América con el aislamiento en que vivían los diversos centros urbanos de la colonia por las enormes dificultades para la comunicación y el intercambio social y comercial de unos con otros. Nuestros abuelos vivieron contemplando siempre el mismo horizonte al cual contrajeron todos sus afectos vinculados a la tierra, y el viejo concepto español de patria, que empezaba en la aldea para concluír, ya muy debilitado, en la nación, se circunscribió en la América española a la pequeña agrupación municipal. De allí el que la independencia granadina fuese proclamada aisladamente por los Cabildos, sin subordinación interna de ningún género.

Convenía también al regimen adoptado por la Metrópoli fomentar esa desvinculación, mantener ese aislamiento, para asegurar la sujeción de los dominios americanos a la Corona de España. El comercio entre las colonias estaba limitado a determinados artículos, y en la práctica era nulo. El comercio interior era restringido no sólo por la casi imposibilidad de las comunicaciones, sino por los derechos de alcabala que lo gravaban enormemente. Al mismo tiempo el poder español favorecía las pequeñas rivalidades en sus dominios. "El descubrimiento de América, dice F. García Calderón, (Le Pérou contemporain, pag. 51) había roto la unidad española: se trataba como enemigos a los miembros esparcidos del gran cuerpo político".

¿Qué de extraño, pues, que la tendencia de la América libre, educada en semejante escuela, sea a la disgregación y nó a la unión? Todas estas circunstancias contribuyeron a alimentar en lo exterior la política de apartamiento y hostilidad, y en lo interior la idea federal, hasta el punto de hacer de ésta una forma de gobierno, y nó una forma así como así, sino la más perfecta, la suprema aspiración adonde habrían de enderezarse todos los esfuerzos de educación cívica de las masas.

En la Nueva-Granada, la circunstancia de estar la capital del Virreinato en una altiplanicie mediterránea, separada así del Atlántico como del Pacífico por inmensas regiones desiertas, determinó la formación de otros núcleos urbanos de grande importancia en la colonia, tales como Tunja, Cartagena, Popayán, Antioquia, etc. que fueron otros tantos centros de oposición federal. Como es de presumirse, los habitantes de Bogotá sostuvieron la bandera centralista.

Fué, pues, original y, si se quiere, español el movimiento. La constitución de los Estados Unidos del Norte no suministró sino la forma, y esa influencia, lejos de ser benéfica, desvirtuó el movimiento, que en el fondo era municipal, convirtiéndolo en federal. Creyeron los fundadores de la República encontrar en la carta americana la expresión de sus anhelos regionales y la abrazaron con ardor. Triste primer ensayo de imitación sin examen que costó cerca de cincuenta años de desórdenes y de sangre.

El proceso histórico de la idea federalista y de sus aplicaciones en Colombia sería materia de una larga exposición, y ya la hizo con criterio amplio y penetrante sagacidad José de la Vega en su obra *La federación en Colombia* que ha sido reimpresa por la Editorial-América que dirige en Madrid el señor Blanco-Fombona; así es que en este rápido estudio basta señalar las épocas principales. Terminada la primera lucha con el triunfo de los federalistas en 1814, la dolorosa experiencia de la reconquista española iniciada a fines de 1815 por la famosa expedición del general Pablo Morillo, dió el éxito definitivo a los centralistas que fueron hasta el extremo de constituír con leyes unitarias a una nación esencialmente federal como lo fué la antigua República de Colombia, compuesta de Venezuela, Nueva-Granada y el Ecuador. Sólo en 1853 volvió a plantearse en la Nueva-Granada el problema. La constitución de ese año otorgó apreciable autonomía a las provincias y les dió a las Cámaras Provinciales utópicas facultades de constituyentes. En 1855 se erigió a Panamá en Estado Soberano, en 1856 a Antioquia, en 1857 al Cauca, Cundinamarca, Boyacá, Bolívar y Magdalena. En 1858, se expidió la primera constitución federal de la República. Hasta qué punto llegaba entonces la adhesión colombiana al federalismo nos lo dice la alocución del Presidente del Congreso al anunciar a la Nación la nueva carta: "Hoy termina la revolución iniciada el 20 de julio de 1810: han triunfado por fin vuestras virtudes cívicas. El pueblo que nos mandó perfeccionar la organización federal de la República juzgará si sus delegados han cumplido con su misión".

El resultado de la organización no tardó en dejarse sentir Dos años después, el Presidente del Estado Soberano del Cauca dictó un decreto en el que declaraba que ese Estado asumía la plenitud de su soberanía, y le movió guerra al gobierno de la Unión. De allí en adelante, al través de tumultuosos desórdenes y guerras civiles seccionales, la opinión empezó a reaccio-

nar, hasta que en el año de 1885, el doctor Rafael Núñez, desde el poder, dirigió la revolución más saludable y más eficaz de la historia de Colombia independiente.

El Consejo Nacional de Delegatarios, reunido entonces en Bogotá para expedir la nueva constitución, se encontró frente al caos pavoroso creado por la federación. "Había en verdad, dice el doctor Carlos Calderón, *(Núñez y la Regeneración, p.* 16) diez gobiernos, diez políticas, diez legislaciones, diez sistemas de administración; pero no había paz, ni tranquilidad en las conciencias, ni reposo en los talleres, ni confianza en los campos. Es decir, que una sociedad que tenía tántos organismos para gobernarse, carecía con todo de gobierno."

No obstante, la adhesión al federalismo aún tenía fuerza, así se vió que en el Consejo de Delegatarios más de uno de sus miembros sostuvieran la necesidad de perseverar en él atenuándolo un poco, y todos o casi todos estaban de acuerdo en limitar la centralización a la legislación y a la política, dejando a las secciones completa autonomía administrativa. De esta doble tendencia resultó la original organización presente que Núñez sintetizó en su célebre fórmula: "Centralización política y descentralización administrativa."

Habíase creado ya en los pueblos el hábito de mirar como cosa sagrada e intangible la demarcación territorial de los Estados. En un país de tan variados climas y circunstancias y de una posición geográfica excepcional entre dos grandes mares, a favor del régimen político anterior y del natural desarrollo de la vida económica, se había formado el espíritu regional que en 1886 tenía y que hoy tiene muy hondas raíces.

Respetó, pues, el Constituyente aquella división, teniendo en cuenta la admirable orientación dada por el señor Núñez en su mensaje de noviembre de 1885: "La reforma política comúnmente llamada *Regeneración fundamental,* no será copia de instituciones extrañas; ni parto de especulaciones aisladas de febriles cerebros: ella será un tratado como de codificación natural y fácil del pensamiento y anhelo de la Nación". Este consejo, del más acendrado y austero republicanismo, que no sólo rechaza la imposición de combinaciones artísticas de los dirigentes sino también el señuelo fascinador de las instituciones de otros pueblos, contiene en pocas palabras el espíritu de la legislación constitucional de Colombia contemporánea, y fué la guía que siguieron los Delegatarios de 1886 al vaciar en moldes estrictamente nacionales la organización que le dieron al

Estado y, especialmente, al establecer un régimen seccional tan original como lo requieren las circunstancias especiales del país y la historia de la Nación.

Respetando la antigua demarcación, se cambió el nombre de Estados por el de Departamentos, declarando que "la soberanía reside esencial y exclusivamente en la Nación". Se unificó la legislación y el ejército, se centralizó el orden público, dejando a las secciones todo lo relativo a la administración de sus rentas y de sus bienes, al fomento departamental y a varias otras actividades administrativas.

El texto de la Constitución ha sido enmendado en esta materia de manera especial por el Acto Legislativo número 3 de 1910, que en su título XVIII divide el territorio de la República, para su administración, en Departamentos regidos por un Gobernador que es a un mismo tiempo agente del Poder Ejecutivo y Jefe de la administración seccional. En cada Departamento hay una corporación administrativa de elección popular denominada Asamblea Departamental, que se reúne cada año. Estas Asambleas tienen como principales funciones—que ejercen por medio de ordenanzas—reglamentar los establecimientos de instrucción primaria y secundaria y los de beneficencia, si son costeados con fondos de Departamento; dirigir y fomentar, con los recursos propios del Departamento, las industrias establecidas y la introducción de otras nuevas, la importación de capitales extranjeros, la colonización de tierras pertenecientes al Departamento, la apertura de caminos y canales navegables, la construcción de vías férreas, la explotación de bosques de propiedad del Departamento, la canalización de ríos, lo relativo a la policía local, la fiscalización de las rentas y gastos de los Distritos y cuanto se refiera a los intereses seccionales y al adelantamiento interno; organizar los Tribunales de Cuentas del Departamento, nombrar los Magistrados o Contadores correspondientes, presentar ternas a la Corte Suprema de Justicia para el nombramiento de Magistrados de Tribunales Superiores de Distrito Judicial, y al Ejecutivo nacional para el de Fiscales de los Tribunales y Juzgados Superiores; crear y suprimir Municipios con arreglo a la base de población que determina la ley y segregar o agregar términos municipales; la creación y supresión de Circuitos de Notaría y de Registro y la fijación del número de los empleados departamentales, sus atribuciones y sueldos.

Desde luego las Asambleas tienen facultad para establecer contribuciones con las condiciones y dentro de los límites que fija la ley, y para expedir anualmente el presupuesto de rentas y gastos del respectivo Departamento.

De acuerdo con el artículo 54 del mismo acto reformatorio "los bienes y rentas de los Departamentos, así como los de los Municipios, son propiedad exclusiva, respectivamente, de cada uno de ellos, y gozan de las mismas garantías que las propiedades y rentas de los particulares. No pueden ser ocupadas estas propiedades sino en los mismos términos en que lo es la propiedad privada. El Gobierno Nacional no puede conceder exenciones de derechos departamentales ni municipales."

Esta disposición es de importancia extraordinaria, pues garantiza de una manera absoluta la autonomía fiscal y administrativa del Municipio y del Departamento. Así hemos podido ver que, mientras por consecuencia de la guerra europea, el fisco nacional padecía de una crisis angustiosa, las secciones estaban en magnífica situación fiscal, y algunas de ellas, de modo espontáneo, acudieron a la Nación cubriendo con sus propios recursos los gastos de varios servicios públicos nacionales y haciéndose endosar los documentos para presentarlos en hora oportuna a la Tesorería General.

Hoy algunas de nuestras entidades departamentales disponen de apreciables presupuestos que les permiten acometer en obras de aliento para el progreso de Colombia. No tengo a la vista los cuadros estadísticos que me permitirían suministrar un dato completo, pero algunas cifras conservo en la memoria que pueden ilustrar suficientemente sobre el particular. El Departamento de Antioquia tiene $ 3.000.000 oro *(el peso colombiano equivale a 48 peniques)* al año; el Valle del Cauca 1.300.000; Cundinamarca 1.200.000; Caldas 1.000.000. Son quince actualmente los departamentos.

Antioquia tiene más de 200 kilómetros de ferrocarril que le pertenecen y ahora se propone contruir una larga y costosa línea que comunique directamente a su capital—Medellín— con el Atlántico; Caldas construye rápidamente un ferrocarril que unirá a Manizales con el río Cauca y con el ferrocarril del Pacífico. El Valle del Cauca construye para la Nación, con recursos del Departamento, la costosa y fundamental obra del muelle de Buenaventura, puerto del Pacífico por donde se harán en breve considerables exportaciones de carbón mineral.

Las principales rentas departamentales son: la de licores de producción nacional, cuya fabricación es propiedad exclusiva de esas entidades; la de consumo de tabaco nacional; la de degüello de ganado mayor y menor; la de registro, y otras de menos importancia. La absoluta autonomía de las Asambleas para establecer estas contribuciones no ha dejado de presentar dificultades. Especialmente las suscitó la renta de tabaco, artículo que no se produce en condiciones igualmente ventajosas en todas las secciones. Así vimos que algunas de ellas que ofrecían, como Antioquia, un extenso mercado para esa hoja, y cuyos terrenos son impropios para la producción de calidades superiores, adoptaron un sistema de impuesto diferencial, gravando mucho más el tabaco que procedía de otras secciones para fomentar el cultivo interior. Restringíanse de esta manera los mercados y la libre concurrencia dentro del territorio mismo de la República, y se trataba de crear verdaderas industrias artificiales con detrimento del natural desarrollo de las adecuadas al medio. Ardorosos debates provocó en las Cámaras legislativas la ley que suprimió esta suerte de aduanas interiores.

El Gobernador tiene el doble carácter de agente del Ejecutivo nacional y de jefe de la administración en el Departamento. En ejercicio de las últimas funciones goza de la más amplia autonomía, no sólo en virtud de lo que disponen la Constitución y las leyes de la República, sino por el derecho consuetudinario que una sucesión de jefes del Estado respetuosos y prudentes han ido consagrando en la práctica gubernativa.

De acuerdo con la carta fundamental de Colombia los Gobernadores tienen las siguientes atribuciones principales:

Cumplir y hacer que se cumplan en el Departamento las órdenes del Gobierno; dirigir la acción administrativa en el Departamento, nombrando y separando sus agentes, reformando o revocando los actos de éstos y dictando las providencias necesarias en todos los ramos de la administración; llevar la voz del Departamento y representarlo en asuntos políticos y administrativos; auxiliar la justicia como lo determine la ley; ejercer el derecho de vigilancia y protección sobre las corporaciones oficiales y establecimientos públicos; sancionar en la forma legal las ordenanzas que expidan las Asambleas departamentales; revisar los actos de las Municipalidades y los de los Alcaldes por motivos de inconstitucionalidad o de ilegalidad, revocar los últimos y pasar los primeros a la autoridad judicial, para que ésta decida sobre su exequibilidad.

Los Gobernadores tienen, además, la muy importante facultad de nombrar Magistrados interinos cuando se produzcan vacantes en los Tribunales Superiores de Distrito Judicial.

Los jefes militares obedecen las instrucciones de los Gobernadores y deben prestarles el auxilio de la fuerza armada, salvo las disposiciones especiales que dicte el gobierno nacional.

Para el funcionamiento del gobierno seccional los Gobernadores tienen secretarios de su libre nombramiento y remoción. En algunos Departamentos existe sólo un Secretario General y un Director o Secretario de Instrucción Pública; pero en la generalidad el despacho de los asuntos está dividido en tres ramos—gobierno, hacienda e instrucción pública—y a cada uno de ellos corresponde un secretario que debe autorizar la firma del Gobernador.

Este dirige anualmente a la Asamblea un mensaje en que expone a grandes líneas el proceso administrativo departamental y al que deben ir acompañados impresos los informes de los secretarios en sus ramos respectivos.

En las Asambleas tienen voz los Secretarios de la Gobernación y facultad para proponer. En caso de desacuerdo puede el Ejecutivo departamental objetar las ordenanzas, pero una vez declaradas por la corporación inadmisibles las objeciones, tienen el Gobernador y el Secretario respectivo que sancionar y promulgar la ordenanza, aunque sea inconstitucional ó ilegal, y cuando no lo hicieren así, el Presidente de la Asamblea ordenará la promulgación, que surte sus efectos legales en esta forma.

En caso de inconstitucionalidad o de ilegalidad de una ordenanza, puede el Gobernador, o cualquier ciudadano, acusarla ante el Tribunal de lo Contencioso-Administrativo, quien resuelve en primera instancia. La segunda se surte ante el Consejo de Estado, en Bogotá.

La Asamblea es, además, el tribunal supremo de cuentas del Departamento. Cada año estudia y fenece la cuenta general del presupuesto y del tesoro que debe presentar el Secretario de Hacienda.

La administración municipal está organizada de una manera análoga a la departamental. El Alcalde es de libre nombramiento y remoción del Gobernador y es, a la vez, agente de éste y jefe administrativo del Municipio; pero las funciones de los Consejos Municipales no sólo son de reglamentación administrativa—la que ejercen por medio de acuerdos—sino que son también ejecutivas. Los empleados superiores del Municipio,

menos el Alcalde, son nombrados directamente por el Concejo. Los principales, que comprenden a todos los Municipios de la República, son: Jueces de menor cuantía, Personeros y Tesoreros Municipales. Cada Concejo puede crear los empleos que juzgue necesarios, fijarles las asignaciones y hacer los nombramientos correspondientes.

Es regla general que informa el derecho administrativo colombiano la de que la entidad que carga con un servicio lo dirige; pero tenemos varios casos de excepción. Así los sueldos del poder judicial corresponden a la Nación, y los locales, muebles y asignaciones de escritorio para este servicio son de cargo del Departamento. Los Municipios están obligados a suministrar edificios debidamente amueblados para las escuelas de enseñanza primaria, cuyo sostenimiento y dirección corresponde al Departamento. Las escuelas normales de institutores son nacionales y, sin embargo, el Gobernador nombra los profesores cuando esta función debía corresponder al Ministerio de Instrucción Pública. Otra anomalía son las cárceles de circuito a cargo de los departamentos.

Las Asambleas se componen de tantos diputados como corresponden a la población del Departamento, a razón de uno por cada veinte mil habitantes. Pero en aquellas secciones que tienen menos de trescientos mil se eligen siempre quince diputados, que es la menor cifra de que puede componerse la corporación.

Los diputados, así como los miembros de los Concejos Municipales, se eligen por el sufragio directo de los pueblos, al que tienen derecho todos los colombianos mayores de veintiún años, inclusive los analfabetas. Para este efecto el Departamento puede dividirse, por disposición de la Asamblea, en varias circunscripciones electorales, pero en ningún caso debe haber círculos en que se elijan menos de tres diputados porque, de acuerdo con la constitución nacional, "toda elección en que se vote por más de dos individuos se hará por el sistema del voto incompleto, o del cuociente electoral, o del voto acumulativo, u otro cualquiera que asegure la representación proporcional de los partidos". El sistema adoptado actualmente es el del voto incompleto.

En las elecciones para consejeros municipales cada Municipio es una circunscripción indivisible.

El mandato de los diputados y de los concejeros dura dos años, y cada corporación se reúne por derecho propio en la fe-

cha que la ley señala. Los Concejos son permanentes. Las Asambleas sesionan por cuarenta días cada año y pueden prorrogarse (en la práctica se prorrogan casi siempre) con el voto de las dos terceras partes de los diputados presentes, hasta por veinte días más. El Gobernador tiene facultad para convocar a sesiones extraordinarias.

Esta organización original que evita los inconvenientes de una federación política y los de una centralización administrativa, es el fruto de nuestra accidentada historia y de las circunstancias excepcionales de un país cuya doble costa sobre los mares más importantes del mundo y la dificíl comunicación interna, combinadas con el desarrollo creciente de algunos centros mediterráneos, llegó a afectar hondamente la unidad nacional y creó necesidades a que era preciso atender de una manera adecuada. Veinte años de paz, la no perturbada normalidad del funcionamiento de las instituciones y el acuerdo de los partidos, único verdaderamente sólido de nuestra historia independiente— sobre la necesidad de conservar este orden jurídico, son pruebas irrefragables de acierto.

Hubo gran cordura en no pretender consolidar la unidad nacional por la fuerza. Se suprimieron los factores de perturbación: todo lo que era irreal o anticientífico en la organización política, y se dejó a las secciones la autonomía necesaria para que ellas mismas velaran por su buena administración y progreso. La idea central pertenece al doctor Núñez: en su desarrollo han tomado parte todos los colombianos, inclusive los que más acre e implacablemente combatieron en un tiempo, felizmente ya lejano, al profundo pensador y gran estadista que bajó al sepulcro hace un cuarto de siglo pero cuya estrella, ya sin eclipses, marca los rumbos de la Nación.

Merced al sistema adoptado, un soplo renovador de progreso y de vida económica, sin precedentes en nuestra historia, refresca y anima todos los ámbitos de Colombia y, atenuadas las fuerzas centrífugas, el imponente y variado movimiento de las secciones ha creado definitivamente la armonía nacional.

M. A. CARVAJAL.

Bote viejo

Bajo brillante niebla,
de saladas actinias cubierto,
amaneció en la playa,
un bote viejo.
Con arena, se mira
la banda de sus bateleros,
y en la quilla, verdosos
calafateos.
Bote triste yacente,
por los moluscos horadado;
ha venidos de ignotos
muelles amargos.
Apereció en la bruma
y en la harmonía de la aurora;
trajo de los rompientes
doradas conchas.
A sus bancos remeros,
a sus amarillentas sogas
vienen los cormoranes
y las gaviotas.
Los pintorescos niños,
cuando dormita la marea,
lo llenan de cordajes
y de banderas.
Los novios, en la tarde,
en su alta quilla se recuestan;
y a los vientos marinos,
de amor se besan.
Mas, el bote ruinoso
de las arenas del estuario,

ansía los distantes
muelles dorados.
Y en la profunda noche,
en fino tumbo abrillantado,
partió el bote muriente
a los puertos lejanos.

Consolación

De tarde, en la fatídica llanura,
está Consolación
junto al lago doliente de las lágrimas.
A ella van, remotas peregrinas,
las novias y las madres que, en la bruma
de las vísperas negras,
modularon los últimos adioses.
Pálida sombra viene;
las torres musicales se han dormido,
y el vesperal flamero está sin luz;....
Consolación recibe dolorida
estas murientes almas,
que huyen de los silencios del pesar;
con melodioso amor las acaricia,
trémula de piedad con ellas llora;
¡y en el confín de la llanura inmóvil,
lagos de sangre hirvientes,
con angustia mortal miran sus ojos!

JOSÉ M. EGUREN

Una nota sobre la Prehistoria Peruana

Es usual entre los escritores de prehistoria peruana aceptar íntegramente el sistema cronológico del distinguido antropólogo doctor Max Uhle. Aunque este famoso autor ha hecho más que ningún otro hombre de ciencia por incrementar nuestro conocimiento de las culturas antiguas del Perú y de los países vecinos, sin embargo incurre en gravísimo error cuando pretende que existieron *dos culturas distintas* entre los Chimús. En verdad, a mi juicio, hubo dos razas que entraron en la América del Sur y la poblaron: la que penetró por la vía de la ribera marítima del Pacífico, y la que vino a través de las selvas frondosas del Brasil, desde la costa del Atlántico, teniendo ambas razas (o mejor dicho, ambas ramas de la misma raza) por cuna original a Centro-América y México. A la primera rama o grupo étnico pertenecían los Chimús, los Nazcas o Yuncas, los demás habitantes civilizados de las regiones costeñas del Perú, y también los pobladores primitivos de la costa del Ecuador y de Chile. Al segundo grupo pertenecían los iniciadores primitivos de la cultura de Tiahuanaco en Bolivia, y también sus descendientes, los Incas.

Hay una tendencia lamentable al clasificar los restos que representan dos o tres fases de una sóla cultura a separarlas demasiado, de tal manera que parece que representan dos o tres culturas distintas. Es muy claro, por ejemplo, que los ejemplares hallados en Tiahuanaco y en otras regiones bolivianas por Uhle, Courty, González de la Rosa, Arturo Posnansky y otros, representan meramente dos fases de una misma cultura: una rudimentaria y la otra más refinada, a consecuencia del estímulo proveniente del contacto con las civilizaciones costeñas. No obstante, en sus frenéticos y extravagantes esfuerzos por probar sus teorías sandias, Posnansky se inclina a falsear los insignes resultados positivos de sus propios trabajos, y rechaza con altanería e insolencia, pero sin sabiduría científica y bien funda-

da, a los que, más sabios que él, quieren deducir las verdaderas consecuencias de sus trabajos y descubrimientos, ya que mediante las fotografías admirables publicadas por Posnansky, y con investigación paciente en las colecciones particulares del señor Mayor Federico Diez de Medina y del señor Agustín de Rada, es muy fácil comprender la significación verdadera de los objetos encontrados en Tiahuannaco. (1).

Voy a explicarla. En Tiahuanaco y sus alredores existió una cultura que principió a desarrollarse muy humildemente y que fué muy semejante a la llamada cultura arcaica de México, Centro-América y las costas de la América del Sur. Poco a poco, progresó esa cultura hasta estimularse en sus relaciones con las culturas más adelantadas de la costa. La mera causa de este contacto fué el comercio entre la costa y la tierra adentro. A consecuencia de tal comercio injertáronse nuevas ideas, nuevos métodos entre los Tiahuanaquenses, produciendo una fase cultural más complicada. La realidad de todo esto se prueba por medio de una comparación cuidadosa de los rastros de la fase primaria de Tiahuanaco con los de la segunda. De tal comparación aparece que las contribuciones de la fase primitiva a la secundaria, fueron: el arte de labrar piedras, la costumbre de decorar la alfarería y otros objetos con dibujos estilísticos y rectangulares grabados en el material, y un conocimiento rudimentario de la arquitectura. Después del contacto mencionado con la civilización costeña, la alfarería de Tiahuanaco cambió mucho, imitando a las vasijas de Nazca y pintándose con los colores brillantes de la cultura de la ribera marítima. A la vez, progresaba el grado general de la civilización, estimulada por las nuevas influencias. En lo que podemos llamar la tercera fase de la cultura Tiahuanaquense, hubo expansión enorme hasta regiones lejanas. Pueden verse muestras de esta tercera fase en muchas colecciones, especialmente en las del doctor Javier Prado y Ugarteche y del doctor Julio C. Tello en Lima.

¡Lástima que no haya bosquejado esta sucesión de fases, perfectamente clara, sencilla, natural e importante, el señor Arturo Posnansky! En lugar de enterarse prolijamente con laborioso

(1). Gracias a la bondad del señor don Manuel Vicente Ballivián, se me permitió examinar las colecciones ya mencionadas. Hay otras colecciones de gran valor en La Paz, siendo las principales, las del señor Posnansky y del Museo Nacional. Los poseedores de las varias colecciones me dieron todas las facilidades necesarias y me demostraron muchas amabilidades.

estudio de los trabajos de científicos ya reputados, tales como Uhle y Hrdlicka, este investigador, alucinado y tenaz, intenta torcer los hechos para dar apoyo especioso al cúmulo de engaños y conceptos erróneos con que se ha sugestionado, embaucando a los incautos e ignorantes. Gran lástima es, porque tánto hay de bueno en los libros de Posnansky que habría dado sin duda muchas luces a nuestro conocimiento, de no haber mancillado su reputación científica en su juventud con necias extravagancias acerca de la antigüedad del hombre en este hemisferio.

Asimismo, pero con espíritu y sabiduría muy distintos, el doctor Max Uhle se ha equivocado al establecer la importancia real de sus trabajos y descubrimientos. A mi humilde parecer, Uhle entiende mal lo exacto acerca de los Chimús. Ha probado que en remotos tiempos existió en la Costa una cultura rudimentaria, que puede eslabonarse con la llamada cultura arcaica de muchas partes de América, cultura que emigró del norte, trayendo consigo el arte de cultivar las sementeras y el de hacer alfarería. Esta cultura dió a luz culturas posteriores llamadas por Uhle "Proto-Chimú" y "Chimú". Según él, la civilización "Proto-Chimú" fué seguida por un período en el cual predominó la influencia de Tiahuanaco. Más tarde, tras la destrucción del llamado imperio de Tiahuanaco surgió otra nueva cultura, la de los Chimús, y fué finalmente asimilada por los Incas.

En este sistema de la serie de culturas no convengo ahora, aunque lo he aceptado en mis escritos anteriores. A consecuencia de mis trabajos últimos en el Perú y Bolivia, me parece que la civilización llamada "Proto-Chimú" y la llamada "Chimú" fueron únicamente *dos fases de una sola cultura*, aunque separadas por el período de la influencia de la cultura de Tiahuanaco.

Voy a bosquejar las razones que me hacen creerlo así. En primer lugar, las decoraciones del arte llamado "Proto-Chimú" fueron muy realistas y vivaces, y consistían en pinturas y otras clases de representación muy naturales. Por supuesto, que habían varios dibujos convencionales, pero los primeros predominan. Lo mismo, o casi lo mismo, puede verse en la cultura llamada "Chimú", aunque aquí, los colores, que fueron muchos, se han convertido en sombríos. Este cambio se debe, sin duda alguna, a la influencia del arte de Tiahuanaco. En segundo lugar, en las regiones que no poseen muchos rastros de la cultura de Tiahuanaco, las reliquias de la cultura preincaica son casi todas



Figura 1ª—Vasija de estilo Tiahuanaquense. (Colección del señor Elías y Elías).



Figura 2ª—Vasija de la cultura Chimú. (Colección del Sr. Elías y Elías)



Figura 3ª—Vasija Chimú. (Colección del Sr. Eguiguren)





Figura 4ª—Dos vasijas de forma incaica con dibujos grabados de estilo Tiahuanaquense. (Colección del Sr. Elías y Elías)

del mismo tipo. Tal región es la del valle del Chira y del departamento de Piura en general. Se representa muy bien esta parte del Perú en las colecciones del doctor D. Víctor Eguiguren en Piura y del señor D. Luis Elías y Elías, en Morropón. Es verdad que hay transición aparente del barro rojo al barro negro, pero no se sabe si es una transición cronológica o geográfica; acaso comprende elementos de ambas clases.

Hay ejemplares del arte de Tiahuanaco en la colección del señor Elías. Esa colección de objetos, cuya mayoría proviene de la región ubicada entre Chulucanas y Huarmaca, se distingue por varios objetos únicos. Hay, por ejemplo, una vasija de catorce pulgadas de alto. Es hecha de barro negro con tinte rojizo. La calidad del material es muy fino: esta vasija aparece en la Figura 1a. Muy claro es que aunque sea este ejemplar de la más alta rareza, pertenece al mismo tipo de objetos que la piedra de Chavín y la puerta del sol de Tiahuanaco. Es decir, este objeto representa una variedad degenerada de la cultura de Tiahuanaco. Este hecho, considerado en conjunto con los de que el material es barro negro (muy característico más al sur de la época post—Tiahuanaquense) y de que una parte de la decoración es picada casi de la misma manera que en vasijas tales como las que aparecen en las figuras 2 y 3, sugiere que el período de la vasija de que se trata sea del fin del imperio de Tiahuanaco o de los principios del período posterior de los Chimús.

Otros ejemplares de modelos en la colección del señor Elías son también muy sorprendentes. Se ve en la figura 4 un grupo de vasijas que se singularizan por la combinación extraordinaria de formas perfectamente incaicas con decoraciones pintadas o grabadas de tipo Tiahuanaquense. Esta combinación denota que la cultura tiahuanaquense llegó en esa región (de Chulucanas) bastante recientemente, a mezclarse y confundirse un poco con la cultura subsecuente de los Incas.

Pero la mayoría de los objetos poseídos por el señor Elías, así como la de los ejemplares del doctor Eguiguren, pertenecen evidentemente a la cultura costeña llamada por el doctor Uhle "Chimú". Véase la figura 5. La ausencia completa de objetos de la llamada cultura "Proto-Chimú" es cosa notable en la arqueología piurana. Pues patente es q' esa cultura no se encuentra en ese departamento. Los restos que me parecen los más antiguos son unas figurillas de barro, o rojo o negro, y también varios vasos con dibujos sencillos. Estos objetos (figura 6) pueden morfológicamente eslabonarse con el tipo arcaico. Con excepción de

este grupo de artefactos, los pocos objetos de estilo tiahuanaquense me parecen los más antiguos de esa región. Pero su rareza misma denota que dicha cultura nunca fué preponderante en la región; lejos de eso, parece que la cultura de Tiahuanaco, representada por los objetos mencionados, fué meramente contemporánea de alguna parte de la prehistoria piurana.

Antes de concluir este artículo breve, yo deseo sugerir dos posibilidades acerca de la prehistoria de ese departamento.

(1). Quizá la ausencia total de vasijas de la cultura llamada por el doctor Uhle "Proto-Chimú" significa que esa clase de objetos fué tan sólo el tipo más desarrollado y aristocrático de la cultura de los Chimús y que se destinó al uso del curaca y de su corte. Viene a corroborar esta inducción el hecho de que objetos de esa clase se encuentran principalmente en lugares que parecen haber sido grandes centros de la cultura.

(2). En opinión del doctor Uhle dondequiera se halla la cultura llamada por él "Proto-Chimú" parece ser mucho más antigua que la llamada "Chimú", y el período en el cual predominó la influencia de la cultura Tiahuanaquense intervino entre aquéllos dos. Más esto se explica teniendo en cuenta que quizá la ausencia de la cultura "Proto-Chimú" en el departamento de Piura se debe a que esa región fué descuidada por las primeras generaciones de la tribu Chimú, quienes la dejaron en poder de la población arcaica. Esto sería bastante natural a causa de las condiciones geográficas y las de los alrededores de dicho departamento. El clima penoso y su influencia sobre la historia en días más recientes han sido descritos ya por el Dr. Eguiguren. Si el clima pudo incomodar así a los españoles, ¿no es probable que estorbase y retardase la ocupación del distrito por los Chimús hasta que su población aumentó considerablemente? Esa mezcla ya descrita de motivos tiahuanaquenses y chimús en la misma vasija denota la transición de una cultura a la otra. Tal transición se verificó también en las regiones de Arequipa y Cuzco.

Confieso francamente que la última de estas dos posibilidades me parece la mejor. Aceptándola provisionalmente voy a trazar un diagrama de lo que me parece la serie de las culturas prehispánicas en el departamento de Piura.



Figura 5ª—Vasijas de la cultura Chimú. (Colección del Sr. Elías y Elías)



Figura 6ª—Figurillas parecidas a las de la cultura arcaica de México, Centro-América y el Perú (Colección del Sr. Elías y Elías)

CUADRO DE LAS CULTURAS ANTIGUAS DEL DEPARTAMENTO DE PIURA.

I.—TIPO ARCAICO O CULTURA ARCAICA.—Figurillas y vasijas con dibujos sencillos, o grabados o pintados. Barro rojo y barro negro.

II.—TIPO TIAHUANAQUENSE.—Emparentado con el Chimú por un lado y con el incaico por el otro. Intrusivo.

III.—TIPO CHIMU.—Vasijas de barro rojo, negro y blanco. Formas y dibujos característicos de la cultura. Los objetos de esta clase son generalmente algo toscos, como si fuesen provinciales.

IV.—TIPO INCAICO.—Muy parecido al mismo tipo en otras regiones; considerablemente influenciado por las culturas anteriores. La calidad de las vasijas generalmente algo tosca.

NOTA: En algunas excavaciones practicadas en la huaca de Sojo, hallé un tejido de dos pulgadas de largo. Su color es amarillo, rojo y azul. Este ejemplar es el único que conozco de tejido o tela en región tan septentrional.

PHILIP AINSWORTH MEANS.

Lima, 12 de Mayo de 1919.

José M. Valle-Riestra

La figura de José Valle-Riestra se destaca en nuestro mundo artístico con una firmeza de líneas vigorosa.

Muy jóven aún, sintió en su mente ebulliciones extrañas y en su alma estremecimientos incomprensibles, que estaban lejos, por cierto, de ser producidos por los estudios que a la sazón realizaba. Su alma vibraba a impulsos de sensaciones desconocidas cuya necesidad de expresar sentía con vehemencia cada vez mayor: pero en la generalidad de las veces, ya sea por el pobrísimo ambiente artístico que siempre nos ha rodeado, ya por algunos prejuicios que en su familia existían, lo cierto es que sus tendencias artísticas se vieron siempre contrariadas, hasta que independizada su voluntad y en plena conciencia de sus vocaciones artísticas, se dedicó empeñosamente al estudio de la música. Aprendió lo que pudieron enseñarle; mas como comprendiera que en tan estrechos límites no era posible que cupieran los arcanos del arte, solo, y sin mas bagaje que sus escasos conocimientos musicales se lanzó, con el denuedo del que necesita triunfar, en el intrincado laberinto del Tratado de Instrumentación de Berlioz. ¡Cuántas noches de vigilia! ¡cuántos desalientos una y cien veces repetidos!, ¡qué lucha titánica para penetrar los misterios de la arquitectura musical, y, a la vez, qué inmenso deseo de expresar artísticamente sus emociones estéticas! Pero todo fué vencido. Trasladado al viejo mundo, en la ciudad luz, en la ciudad emoción, París fué su tierra de promisión. Al lado de grandes maestros, en ambiente artístico profundo y deslumbrador, acabó de formarse y adquirió los primeros lineamientos de su personalilidad artística. En esta época principia a producir y escribe una serie de romanzas y bocetos sinfónicos.

Sintiendo intenso amor por su patria y comprendiendo las originales bellezas de nuestros temas populares indios, concibe

Cantar de E Heine

J. VALLE RIESTRA.

Un poco agitato. *p* *dolce.*

Ni _ _ ña, so _ bre mi pe_ _ _ _ _ cho pon tu

p

sotto voce.

na _ _ _ no....... ¡Que gol _ _ pes! ¡Que inquie_tud!...............

f rall. *PP* *rall. molto.*

Es que tra_ba_ja a _den_ tro un car_ pin _ te _ _ ro la_ bran_ do len_ ta_

f rall. *PP rall. molto col canto*

PP *a tempo*

men _ _ _ te mi a_ta_hud!.........

Tra_

ancora più rall. *ppp* *p*

p cresc ed accell.

ba - ja no - - che y dí - - - - a, tra - ba - ja sin

f *ff* *dim.* *con ansia* *p*

sar . . . . . . dá te pri sa ma - es - tro que ten - go sue - ño

sempre cresc. *f* *ff* *dim.* *più dim.*

pp *ppp*

quie - - - ro des - - - can - sar!! . . . . . .

p *pp* *ppp*

rall. molto e dim . . . . *perdendosi* . . . .

y ejecuta su primera obra de aliento, inspirada en la sentimental leyenda de Ollantay.

En una ámplia y dilatada meseta andina, pletórica de luz y bañada por las aguas susurrantes del tumultuoso Vilcanota, se alzaba el Imperio de un poderoso y magnánimo monarca, dueño y señor, padre abnegado y solícito de su vasto pueblo, hijo del Sol Viracocha. Su magnanimidad, su influencia bienhechora, se extendían más allá de las cien leguas a la redonda de su trono.

Era Cusi-Coillur, su hija, su orgullo y su alegría, que de su madre heredera la bondad, la angélica belleza y de él, su padre, la gallarda y magnánima gentileza de la raza.

La bocina de guerra había resonado nuevamente, repercutiendo su eco lúgubre por los ámbitos del vasto Imperio. Una tribu altanera osaba alterar la paz. Cien generales acudieron en su defensa. Ollanta, el más generoso, el más gallardo, el más clemente fué el victorioso y regresó en triunfo, prosternando a los piés de su señor a la tribu rebelde.

—Has merecido bien de la patria y es justo recompensarte, dice el Inca, Pide y te será concedido.—Ha sido, señor, la imágen, el espíritu, el amor de Cusi-Coillur, el que guió mis pasos, iluminó mi cerebro y dió vigor a mi brazo en la titánica pelea. Concédemela esposa. Celoso de la tradición y fiel guardador de ella, el monarca, con sorpresa y amargura, exclama : no es sangre real la que corre por tus venas. No pidas lo que me está vedado concederte.

El orgullo herido, el amor contrariado vencen en el espíritu del heroico guerrero y se rebela contra su señor. Sacrílego, rapta del templo a su divino amor y huye con ella y sus ejércitos a Ollantaytambo, la inexpugnable fortaleza.

Vencido por dolor inconsolable sucumbe el desventurado monarca; y lo que no pudieron obtener el valor y el heroismo de innúmeros guerreros, lo consigue Rumiñahue con la astucia y la traición. El pérfido general se finge vejado y escarnecido por el Inca y ocurre a Ollanta demandando protección. Noble y generoso, sin concebir siquiera q' petición tan humildemente solicitada encubriera tan negra felonía, concede el hospedaje a Rumiñahue, quien, aprovechando del regocijo de una fiesta vende cobardemente, breves días después a su protector. Perdidas las esperanzas de felicidad los desventurados amantes ponen fin a su idilio dándose muerte.

La serie de complicadas situaciones, la honda sentimentalidad del drama, la perfecta noción que siempre tuvo el maes-

tro de la compenetración entre el sentido musical y el drama, se exhiben en esta obra con caracteres bien definidos. Si es verdad que en el discurso musical se percibe en algunos pasajes, claramente, la influencia de sus primeros modelos, en cambio tiene la obra, desde sus comienzos, rasgos característicos de una personalidad bien definida, personalidad que se reafirma en su obra posterior para culminar a través de "Bocetos de Fuga", "Ariette", "Cantar de Heine", "Chant d' Amour", "Nostalgie d' Amour", "Rosas de Jamaica", "En Oriente" y otras muchas melodias y obras sinfónicas, en su enorme "Misa de Requiem" y su ópera "Atahualpa" inconclusa aún.

Son notables en "Ollanta" por su arquitectura, por su originalidad, por la manera de tratar el tema, el Intermezzo y los bailables del tercer acto, la plegaria al Sol y el duo yaraví del segundo.

El maestro, teniendo el mismo punto de mira que los reformadores de la música nacional rusa (Rimski-Korsakoff, Cesar Cui, etc,) difiere de ellos en cuanto al proceso de la evolución. Los rusos, al hacer su nueva obra, eslabonan los temas, desarrollándolos, ampliándolos, conformándolos a las nuevas formas de la arquitectura musical. Valle-Riestra extrae de los temas indios toda su poesía, todo su calor, toda su esencia y la *diluye* en su espíritu para producir obra directa. Los primeros conservan los temas al través del desarrollo; el segundo pone en su obra el espíritu de ellos. Es por esto que no se podría hallar en la obra del maestro ninguno de los temas propiamente dichos que constituyen nuestro folklore, sino que vagan todos ellos en la música misma, lo que le dá ese carácter propio, inconfundible, de música exclusivamente suya. Esta circunstancia ha dado también ocasión para afirmar que el maestro no ha escrito música incaica; sin distinguir los que tal afirmación hacen, la sustancial diferencia que existe entre la reproducción literal del tema popular, el desarrollo que de él pueda hacerse y lo que el maestro ha hecho: buscar directamente su espíritu y hacer música propia.

"El Cantar de Heine" que hoy publica Mercurio Peruano con justificado orgullo, nació en la mente del maestro y lo sintió en su alma, oyendo declamar a su tierna hijita la célebre poesía que dice:

Niña, sobre mi pecho pon tu mano
¡Qué golpes! Qué inquietud!!

Es que trabaja adentro un carpintero
Labrando lentamente un ataúd.

Trabaja noche y día, trabaja sin cesar,
Date prisa, maestro,
Que tengo sueño y quiero descansar!!!

La música, siguiendo la índole del verso, está impregnada de honda melancolía, de esa extraña y agobiante melancolía que invade el sér cuando se contempla a aquellos retoñitos del alma y se fija con angustia la mirada en la insondable oscuridad del porvenir. ¿Cómo prevenir para ellos? ¿Cómo protejerlos contra las durezas, inclemencias e injusticias de la vida?

Esta es la impresión, el estado de ánimo del maestro mientras que de la boquita del ser amado brotaban las palabras medio informes, inacabadas, llenas de encanto.

Ese sello de angustiosa tristeza, de que está impregnada toda la obra, lo caracteriza la modalidad menor en que está escrita y afirma más ese carácter de intranquilidad, la constante modulación, siempre indecisa, que se nota en todo el discurso musical. La mano derecha, a la vez que hace el canto de la melodía, sostiene un persistente ritmo que representa los latidos acelerados del corazón, ese "carpintero que dentro labra lentamente un ataúd" y a quien el poeta dice suplicante:

"Date prisa, maestro,
"Que tengo sueño y quiero descansar"

LUIS GONZALEZ DEL RIEGO.

Etimología quechua de la palabra gaucho

En un artículo, publicado ha unos meses, el señor R. Cúneo Vidal, bastante dedicado a estudios de interpretación histórica americana, ha tratado de hallar la etimología de la voz GAUCHO, en la palabra quechua *Kcahuaichu,* a la cual le da la acepción de *veedor* o *mirón,* y cuya contracción fonética, según el autor del artículo, ha originado la plabra GAUCHO, que designa al habitante de la campaña argentina, tan caracterizado por su vida inquieta y aguerrida, y que hoy tiende a desaparecer por su conjunción con el elemento social del país.

La aseveración de que el *quechua* del Cuzco se extendió, junto con la expansión de los Incas, hasta algunos pueblos de la actual República Argentina, es innegable, como lo prueban suficientemente las innumerables voces de aquel origen usadas actualmente entre los habitantes del campo, y unas pocas aún en el habla común del pueblo de las ciudades argentinas. Basta leer fragmentos de la Literatura Gauchesca, las sencillas e imaginativas trovas de los *payadores,* en *Martín Fierro, Santos Vega,* o, si todavía se quiere más, en las frescas y muy americanas novelas de costumbre criollas de Martínez Zuviría, el popular autor de *La Casa de los Cuervos,* de Lynch y otros, para quedar convencidos de lo profundamente arraigadas que quedaron en suelo argentino las semillas de la lengua del Cuzco.

En una serie de artículos que he escrito y publicado sobre Literatura Argentina, he consignado muchísimas voces corrientemente usadas en el lenguaje criollo y que delatan su auténtica procedencia quechua: *Chcharqui* (carne salada i seca); *pilca* (de *percca,* pared de adobes); *Chasqui* (enviado, postillón); HUACCHO (pobre, sin padres, generalmente se dice de la cría del ganado sin madre); *ankka* (maíz tostado); *Kkanalla* (tiesto); *usuta* (la sandalia de los indios), son dicciones usadas en la

Argentina y comprendidas por la generalidad de las personas del campo.

Pero no parece exacta la etimología quechua que a la palabra *gaucho* se asigna en el artículo rememorado, puesto que en la lengua primitiva del Cuzco, en la quechua que todavía se habla hoy en la ciudad y las provincias, la voz KCAHUAICHU *no* significa *mirón, veedor* ni *inspector*, y bien sabido es que la legislación incásica llamaba al visitador o inspector del Imperio TUCUI (todo) RICUC (el que ve), cuya traducción literal y exacta es *"el que lo ve todo"* (TUCUI RICUC).

Hoy al cuidante de los sembríos y cosechas llaman *ararihua*. Difícil se hace dar una exacta traducción de la palabra KCAHUAICHU, desinencia del verbo KCAHUAI (ver) y seguida de la partícula yuxtapuesta CHU, que carece de significado particular, pero que expresa la forma interrogativa de los verbos, como ÑACHU. (¿Ya está?); MANACHU (¿no?); RINQUICHU (¿vas?). La partícula *huai* que precede a *chu* da el carácter imperativo a los verbos, como: MUNAHUAI (quiéreme); NIHUAI (dime).

KCAHUAICHU sola o sin otra dicción o frase antepuesta o pospuesta, no tiene, pues, significado preciso y determinado. Es como si dijéramos en castellano: MIRES, llana y secamente, en vez de NO MIRES, como mandato negativo, que en la voz que vengo analizando correspondería a AMA KCAHUAICHU (*ama*, no; *Kcahuaichu*, mires). En la acepción de "el que mira" sería KCAHUAC, como RICUC es "el que ve". Entre KCAHUAC y RICUC hay, pues, la misma diferencia que entre "mirar" y "ver".

En esto de etimologías quechuas se encuentran frecuentes errores y desvíos provientes, unas veces, de falta de conocimiento adecuado y exacto del idioma y, otras, de la diferencia entre la quechua que se habla en el Cuzco, que es la genuina y castiza, y la que se habla en los otros departamentos del centro y del norte del Perú, amestizada y trastrocada en su fonética, hasta constituír en algunos lugares verdaderos dialectos. El dominio del idioma de los Incas daría, en el campo de las etimologías y de la interpretación de los ritos, ceremonias y prácticas, excelentes recursos para la eficacia de las deducciones históricas.

Hay una palabra quechua, tomada ya en cuenta por algunos autores, de la que probablemente procede la de GAUCHO, tanto por el significado de ella, compatible con el origen y la vida del gaucho, cuanto también porque el cambio literal de la voz, en su tránsito de su primitiva estructura a la que hoy tiene, se explica fácilmente dentro de las leyes fonéticas sobre variación literal o silábica de las dicciones. Esta palabra es HUACCHO, que significa de manera general, "huérfano", "pobre", "abandonado", "sin nadie que sienta por él", y, de manera restringida, acepción en la que se usa en las granjas y centros rurales, significa "el recental cuya madre ha muerto". Esta voz casi se ha castellanizado entre nosotros con la pronunciación de *huacho*, y también la he visto usada en la novísima novela argentina del santafecino G. Martínez Zuviría, *Valle Negro*.

Y la opinión de la eitmología apuntada no es nueva: Carlos Octavio Bunge, en un largo estudio que leyó en la Academia de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en el acto de su recepción, en 1913—estudio que precede a la edición de *Martin Fierro* hecha por la "Cultura Argentina" en 1917—dice, haciendo un estudio psicológico del GAUCHO:

"No en vano deriva su nombre, según una etimología pro-"bable—por la inversión silábica apellidada metátesis y por la "acentuación y preeminencia de la vocal fuerte—de la voz qui-"chua GUACHO (en vez de HUACCHO) que significa *huérfa-"no, sin padres conocidos, abandonado, errante*. Confirma esta "hipótesis filológica el hecho de que hasta tiempos recientes, se "consideraba dicterio en la campaña el epíteto de gaucho." Esta misma idea sostuvo P. Grousacc, citado por Bunge, en su obra *El Viaje Intelectual*, publicada en Madrid en 1914.

No debe extrañar la conversión de la H aspirada en G, que hago notar en el paréntesis de la transcripción, porque las voces que tienen aquella letra, al ser pronunciadas por los castellanos, sufrieron la modificación de cambiar por la G, como puede verse en GUAINA CCAPAC y ATAGUALPA (por Huaina Ccapac y Atahuallpa), según escriben los cronistas españoles de la Conquista, aun entre los que llegaron a dominar el idioma de los sometidos.

Convertida la H inicial en G, y la sílaba *ua* en su diptongo equivalente *au*, mediante la absorción de la vocal fuerte que forma más combinaciones diptongales que la U, por la figura de dicción llamada metátesis, que fija hasta dentro de un mismo idioma, la pronunciación y escritura de los vocablos, y quedan-

do subsistente la sílaba CHO y eliminada la C fricativa que la antecede, tenemos formada la voz GAUCHO, de manera más sencilla y lógica que tratándose de palabra tan compleja como KCAHUAICHU.

Y en verdad que la voz GAUCHO, en el sentido etimológico de HUACCHO, corresponde a la vida, correrías y borrascas morales y físicas en que se formó la psicología del gaucho primitivo, de aquel nómade y peregrino habitante de la pampa desolada y del desierto interminable, cuyo hijo se llamaba, y que desde el siglo XVI hasta muy entrado el XIX, tuvo que luchar hosco y gallardo, suspicaz y terco, heroico y arrebatado, con los indios ariscos y feroces, a quienes arrojó más allá del horizonte en que el gaucho desenvolvía su existencia audaz y atrevida, primero, y con las fuerzas de policía de la ciudad, después.

Domador del potro salvaje y perseguidor del ganado mostrenco y bravío, sin organización política y con absoluto desconocimiento de otra autoridad que no fuera la de la fuerza y los arrestos viriles; centauro veloz y fantástico de las pampas que fatigaba con el galopar vertiginoso de sus *redomones;* boleador insigne; vehemente y rápido en blandir su clásico y aguzado *facón*, que colgaba siempre al cinto, entre el metálico vibrar de sus enormes espuelas nazarenas; *baquiano* y *rastreador* famoso, y hábil para burlar la vigilancia y el acecho de sus perseguidores y para hallar al enemigo en la vasta extensión del desierto silencioso y triste, el gaucho fué un tipo inconfundible e inadaptable a las formas de la civilización, cuya molicie y regalados goces le inspiraban odio y desdén. Imaginativo y sentencioso; alegre y risueño, era muy apto para la sugestiones de la improvisación trovadoresca, el baile y el canto; experto y gracioso tañedor de guitarra, el *gaucho payador*, el gaucho poeta, era el regocijo de las tabernas y pulperías; cantaba sus desgracias y lacerías, requebraba de amores y exaltaba los encantos eglógicos del pastoreo ecuestre que era su ocupación principal, porque, a semejanza del árabe, el gaucho no caminaba sino sobre el caballo, dormía sobre él y llevaba su ración de carne sobre el sudado lomo de su potro fuerte y resoplador. Ese era el gaucho medio civilizado y medio salvaje, enemigo del indio, que a su vez ejercitaba con aquél crueles venganzas y asaltos, y del estanciero y del gendarme, de quienes huía siempre consecuente con su nativo y libérrimo concepto de la independencia personal.

Martín Fierro, en el poema de J. Hernández, refiere una de sus pendencias y, después de avisar que deja muerto a su impertinente contendor, agrega:

"Monté y me largué a los campos
"Más libre que el pensamiento,
"Como las nubes al viento
"A vivir sin paradero.
"Que no tiene el que es matrero,
"Nido, ni rancho ni asiento"

Y ¿no son acaso quejas y gemidos de un HUACCHO (huérfano) sin esperanza y consuelo, ecos de un corazón mordido por el dolor y la desgracia, pero serenamente resignado a su trágico destino, las notas llorosas que se escapan de las coplas de *Martín Fierro?*:

"Aquí me pongo a cantar
"Al compás de la vigüela,
"Que el hombre que los desvela
"Como la ave solitaria
"Con el cantar se consuela.

"Estaba el gaucho en su pago
Con toda seguridá,
Pero aura, barbaridá,
La cosa anda tan fruncida
Que gasta el pobre la vida
En juir de la autoridá.
. . . .

Y el lomo le hinchan a golpes
Y le rompen la cabeza,
Y luego con ligereza,
Ansí lastimao y todo,
Lo amarran codo con codo
Y pa el cepo lo enderiezan.
. . . .

Tuve en mi pago en un tiempo,
Hijos, hacienda y mujer;
Pero empecé a padecer,
Me echaron a la frontera,
¡Y qué iba a hallar al volver,
Tan sólo hallé la tapera!

Bien triste es, en verdad, la poesía gauchesca; parece un poema hecho de tragedia y con acentos y trenos de una melancolía desgarradora. Las siguientes coplas no pueden sino pintar un corazón herido por males implacables y hostigado por hados siniestros, y expresar la torturada psicología de un tipo étnico que plañe y se queja con la suave y apacible congoja de tristezas incurables.

Martín Fierro narra las desgracias y persecuciones de que fueron víctimas los suyos, cuando él se hizo gaucho matrero huyendo de la justicia:

Los pobrecitos muchachos
Entre tantas aflicciones,
Se conchavaron de piones.
Más qué iban a trabajar
Si eran como los pichones
Sin acabar de emplumar.

Por ahí andarán sufriendo
De nuestra suerte el rigor;
Me han contado que el mayor
Nunca dejaba a su hermano;
Pueda ser que algún cristiano
Lo recoja por favor.

Y la pobre mi mujer
¡Dios sabe cuánto sufrió!
Me dicen que se voló
Con no sé qué gavilán,
Sin duda a buscar el pan
Que no podía darle yo.

No es raro que a uno le falte
Lo que a algún otro le sobre;
Si no le quedó ni un cobre,
¡Qué más iba a hacer la pobre
Para no morirse de hambre!

Tal vez no te vuelva a ver,
¡Prenda de mi corazón!
Dios te dé su protección,
Ya que no me la dió a mí,
Y a mis hijos desde aquí
Les echo mi bendición.

Como hijitos de la cuna
Andarán por ahí sin madre;
Ya se quedaron sin padre,
Y así la suerte los deja
Sin naides que les proteja
Y sin perro que los ladre.

Los pobrecitos tal vez
No tengan ande abrigarse,
Ni ramada ande ganarse,
Ni rincón ande meterse,
Ni camisa qué ponerse
Ni poncho con que taparse.

No creo, pues, aventurada, y sí más bien probable y muy fundada, la opinión de que la voz GAUCHO procede de la quechua HUACCHO. Su formación gramatical y, sobre todo, la íntima correspondencia moral entre su significado y la historia y costumbres del tipo *gaucho argentino* de la primitiva época y su literatura, inclinan a creerlo así.

Cuzco, marzo—1919.

JOSE GABRIEL COSIO.

Amado Nervo

"Mercurio Peruano", aunque tarde, se asocia al duelo de las letras americanas por la muerte del insigne vate mejicano Amado Nervo y, rindiendo culto a su excelsa memoria, inserta en lugar preferente de sus páginas el siguiente estudio de su redactor señor Luis Góngora, en el que analiza, principalmente, la última etapa en la evolución poética del gran lírico, hacia las más altas cumbres del misticismo.

En Amado Nervo, el grande, el noble, el altísimo lírico cuyo fallecimiento ha enlutado a la literatura de habla hispana, se asiste, a través de una vida y de una obra, a una de las evoluciones más interesantes de un poeta que trata de encontrarse a sí mismo, poseído de la misma inquietud por el Peer Gynt ibseniano. Como los grandes literatos y los verdaderos poetas de corazón ha vivido Nervo su propia vida dentro de su obra. La sed eterna, jamás saciada, de encontrar el propio ideal ha venido a realizarla, acercando sus labios trémulos a la fuente del misterio en el preciso instante en que su espíritu se deslizaba, para siempre, de su terrestre envoltura.

"Ya sé, Señor", fueron las últimas palabras del poeta, al franquear la puerta que lleva hacia los caminos, sin retorno, de lo Desconocido. Toda su curiosidad, su tormento espiritual, su inquitud de toda una vida, se van reflejando en sus versos, dictados por el corazón y q' pasaron siempre a través de un cerebro maravillosamente apto para percibir la máxima vibración de la belleza. Fuéle necesario llegar al extremo límite para encontrar, en la Muerte, la solución de todas las inquietudes de una vida.

Es éste, sin duda, el aspecto más interesante del gran poeta recientemente fallecido. Una vida y una obra ligadas por lazos indestructibles. La una y la otra se complementan, se funden en los versos del poeta. Todos responden a la sinceridad más franca y casi ingenua de Nervo. Cuando llega a encontrar su verdadera personalidad, cuando después de los primeros escarceos y tropicalismos literarios, Nervo descubre todo un mundo ante los absortos ojos de su espíritu, es que empieza a hacerse más simpática esta figura literaria, cuya desaparición ha causado un pesar tan profundo en la intelectualidad de todo el continente.

Si no hubiera vivido su vida en su obra, Nervo no sería sino un maravilloso arquitecto de rimas que respondía al gusto y a la sugestión artística del momento. Es el hecho de haberla vivido tan intensa y tan íntimamente lo que avalora una obra que no ha dejado de ser el trasunto fiel de las emociones y de las inquietudes misteriosas de uno de los espíritus más sensibles que ha producido América.

Siempre, a través de todos sus versos, le reconocemos. El, siempre El. La evolución literaria e ideológica de su obra no ha sido sino consecuencia de una evolución más importante que experimentaba el alma de Nervo cuyos ojos creían, en cada instante, ver más claro en los supremos dominios del misterio.

No es pues la vida externa del poeta la que debe interesarnos ni el Amado Nervo del mundo exterior, publicista, periodista y diplomático. Es su vida espiritual y su gran evolución, su cambio de frente, lo que reviste importancia excepcional si se quiere hacer un estudio, por somero y rápido que sea, de su obra. Realizó Nervo la teoría del paradójico y extraño Oscar Wilde cuando afirmaba, y esta vez en serio y en cierto, que el poeta no debía vivir sino exclusivamente a través de su obra. La vida exterior del poeta no tiene importancia, para Wilde. Puede ser tan sencilla o tan poco complicada como la de cualquier burgués. Sólo los malos literatos y los poetas mediocres son los que se afanan por vivir en su propia existencia, la vida que no supieron o no pudieron imprimir a su obra. Así pues, la vida de Amado Nervo, extinguido a tan temprana edad, lejos de su Anáhuac querido y revistiendo el carácter de plenipotenciario de México en Montevideo, no ofrecería sino un simple interés documentario. Preferimos, por tanto, trascribir las siguientes claras y frescas frases del mismo Nervo, escritas en una especie de carta autobiográfica publicada, allá por 1907, en la fe-

necida revista *Renacimiento* que dirigía en aquel entonces, y en Madrid, Gregorio Martínez Sierra, quien, al cabo de correr los años se ha convertido, en el más conspicuo fabricante de almíbares y de alfeñiques literarios en las letras hispanas contemporáneas.

Dice así el mismo Nervo:

"Nací en Tepic, pequeña ciudad de la costa del Pacífico, el 27 de agosto de 1870. Mi apellido es Ruiz de Nervo; mi padre lo modificó encogiéndolo. Se llamaba Amadeo y me dió su nombre. Resulté, pues, Amado Nervo, y esto que parecía seudónimo—así lo creyeron muchos en América—y que en todo caso era raro, me valió quizá no poco para mi fortuna literaria. ¡Quién sabe cuál habría sido mi suerte con el Ruiz de Nervo ancestral, o si me hubiera llamado Pérez y Pérez!

"Empecé a escribir siendo muy niño, y en cierta ocasión una hermana mía encontró mis versos, hechos a hurtadillas, y los leyó en el comedor a toda la familia reunida. Yo escapé a un rincón. Mi padre frunció el ceño. *Y eso fué todo*. Un poco más de rigidez y escapo para siempre. Hoy sería quizá un hombre práctico. Habría amasado una fortuna con el dinero de los demás, y mi honorabilidad y seriedad me abrirían todos los caminos. Pero mi padre sólo frunció el ceño..... Por lo demás, mi madre escribía también versos, y también a hurtadillas. Su sexo y sus grandes dolores la salvaron a tiempo, y murió sin saber que tenía talento: ahora lo habrá descubierto con una sonrisa piadosa....

"He hecho innumerables cosas malas, en prosa y verso; y algunas buenas; pero sé cuáles son unas y otras. Si hubiese sido rico no habría hecho más que las buenas, y acaso hoy sólo se tendría de mí un pequeño libro de arte consciente, libre y altivo. ¡No se pudo! Era preciso vivir en un país en donde casi nadie leía libros, y la única forma de difusión estaba constituída por el periódico. De todas las cosas que más me duelen es ésta la que me duele más: el libro breve y precioso, que la vida no me dejó escribir: el *libro libre* y único."

Antes de estudiar esa gran evolución en el espíritu de Amado Nervo, sería difícil el asignarle un puesto o una colocación definitiva en el movimiento de la literatura americana moderna y contemporánea.

Antes que nada, ¿fué Nervo un poeta "americano"? La respuesta es más difícil aún, precisamente por los dos Nervos que aparecen, juzgados ahora con criterio estrictamente literario, a través de la obra poética. El Nervo anterior a "*En Voz Baja*" (1909) y el Amado Nervo que por fin se encontró a sí mismo, después de buscarse, como Peer, el escandinavo. Hay en él dos "maneras" perfectamente definidas y delimitadas. Tanto lo son, que se excluyen casi, tal es la diferencia radical que existe entre ellas.

Nervo, nacido a la vida literaria en México en el momento histórico, que marca para la literatura de este continente el fin del siglo pasado, no podía sustraerse a las grandes corrientes intelectuales que presidieron la gestación de sus primeros versos y poemas. Gutiérrez Nájera, en su misma patria, propicia a Apolo y a las nueve Inmortales; Silva desde la tropical Colombia, y Darío, el profeta de "*Azul*", eran los heraldos del movimiento nuevo que pocos años más tarde debía producir poetas tan enormes y tan genuinamente americanos, como Leopoldo Lugones y nuestro genial José Santos Chocano. Faltando diez años para la terminación del pasado siglo, Nervo comenzaba a hacer conocer su propio nombre en México. De entonces a "*En Voz Baja*", la fecha del Gran Cambio, como diría Wells, Nervo ha sido profunda, medularmente americano.

Su musa fué la hermana menor de las inspiradoras de los cálidos versos de Chocano, de las exquisiteces fragantes del divino Rubén y del paganismo salvaje, remedo grecolatino importado a la América selvática y que, en más de una ocasión ha hecho vibrar las cuerdas de las liras de nuestros poetas del trópico. Entonces sí que era Nervo un poeta de América, de la legítima cepa. Su imaginación no conoció freno, ni tuvo frenos gramaticales y retóricos su Pegaso indómito, libre, como nuestros torrentes y nuestros grandes ríos continentales.

Buscaba muchas veces la máxima expresión de arte en la forma, y coleccionaba palabras como gemas preciosas. En "*Revista Moderna*", periódico de Letras en el que colaboraba asíduamente, se dejaba sentir si nó como innovador, precisamente, al menos como un temperamento poético q' transigía con las mayores libertades en la expresión del pensamiento y en el culto

de la forma plástica. Dotado su espíritu de cierto apego a las formas tradicionales y al conservadorismo del orden existente, no llegó jamás Nervo, ni aún en su primera época literaria, a las excentricidades y rebuscamientos en que incurrieron muchos de los torturados por la forma, dentro de la nueva escuela que ya se iniciaba vigorosamente y que era llamada "modernismo", profiriéndose esta palabra con un santo horror por aquellos que aún no veían entonces el derrumbamiento de los moldes estrechos, cursis y ripiosos que aprisionaron a más de una alma de poeta en la pasada centuria.

Jamás llegó Nervo a las exageraciones ni dió pábulo a las feroces críticas de que eran víctimas los revoltosos "modernistas" de América por parte de los Valbuenas de la península. Nervo, dotado no solamente de un gran sentido artístico en su forma, poseía, además, el sexto sentido del poeta: el de las proporciones. Que en buena cuenta no viene a ser sino el sentido común y el sentido artístico aplicados al verso.

Cuando Nervo era "americano", antes del Gran Cambio, ya había llegado a consolidar su fama y a hacer conocer su nombre, definitivamente. Y aun faltaba todo. ¡Aún faltaba el que pudiera realizarse en él el ideal del Héroe septentrional de Ibsen!

Datan de aquella frondosa y fecunda época literaria, impregnada de toda la savia americana y de todo el calor del trópico, muchos de los versos de Nervo que, reproducidos incesantemente hasta en la más minúscula publicación provinciana, en el continente, consagraban la fama de un Amado Nervo que no había alcanzado, sin embargo, la máxima expresión de su gran espíritu de poeta.

¿Quién no recuerda composiciones que ahora nos son tan deliciosamente familiares como la dedicada a Kempis y la bellísima oración para la memoria del pobre rey Luis de Baviera que desapareció en las ondas de su lago romántico como su amado Lohengrin?

No hay más que releer *"Perlas Negras"*, volúmen que pertenece casi todo íntegro a la primera manera del poeta para convencerse de hasta qué punto ha observado siempre Amado Nervo el respeto a la forma, a la rima, a la odiosa rima a la que insultara, originalmente lírico, en una de sus composiciones.

Gran romántico, era también gran enamorado. Sin embargo, el amor ha dejado una huella relativamente débil en la obra del poeta. A las inquietudes sensuales y a los soplos paganos

de la primera época sucede un largo silencio. Nervo ama y sufre, calladamente, sin exaltaciones líricas y sin vuelcos del corazón, sobre las cuartillas desnudas. Ya en sus versos más recientes, cuando ha descubierto un Amor más grande y más alto, y cuando su pobre corazón sensible empieza a cicatrizar sus heridas, vuelve a asomar un Nervo tristemente enamorado. Su Ana,

"toda llena de gracia, como el Ave María"

aparece en su lírica, pero no es ya la amada de los frescos labios que sintetiza la vida en un adorable poema. Es la Amada Inmòvil, aquella que le acompañara diez años y marchara, antes que él, hacia el Profundo.

Nervo ha sufrido intensamente con el divino amor humano. En su admirable soneto, pleno de sinceridad, "Pasó con su madre".....,

"cerrando los ojos, la dejé pasar"...

dice, íntimamente conmovido, sacrificándose voluntariamente, por no abrir las viejas heridas de su corazón, sangrantes todavía. El Amor ha vivido demasiado íntimamente en Nervo. Apenas si a través de sus versos se adivinan hondos quebrantos y secretas tempestades que escasamente alteraron el rictus doloroso y amargo de sus labios.

A falta de amor humano, amor divino. El corazón que tánto sufrió en silencio volvió a latir, quemándose en sacro fuego. El dolor había orientado a su espíritu hacia nuevos senderos y le había hecho ver horizontes desconocidos. Y, en minutos solemnes de espectación, Nervo se dictaba a sí mismo, la evolución radical de su vida y de su obra.

Siento que algo solemne va a llegar a mi vida.
¿Es acaso la muerte? ¿Por ventura el amor?
Palidece mi rostro..... Mi alma está conmovida
y sacude mis miembros un sagrado temblor.

Siento que algo sublime va a encarnar en mi barro,
en el mísero barro de mi pobre existir.
Una chispa celeste brotará del guijarro
y la púrpura augusta va el harapo a teñir.

Siento que algo solemne se aproxima y me hallo
todo trémulo; mi alma de pavor llena está.
Que se cumpla el destino, que Dios dicte su fallo.
Mientras yo, de rodillas, oro, espero y me callo,
¡para oír la palabra que el Abismo dirá!

Producido el Gran Cambio, Nervo empieza por depurarse y por sacrificar el mundo exterior, lo tangible, las joyas y las piedras preciosas recogidas en sus andanzas literarias. Quiere vivir sólo la vida espiritual, la pura vida espiritual, y orienta sus ojos hacia el Misterio. Su nave se aleja de Citeres, rasga él sus propias vestiduras y, desnudo y magnífico, asciende por la empinada cuesta en cuya cima creerá divisar al Mundo sensible y al Demiurgo, a la ley, fuerza o harmonía que rije el conjunto espléndido. Cuando ha terminado su ascensión el Poeta, una nueva luz quema sus ojos y grita ¡creo! ¡creo! Estas palabras marcan su evolución más bella y definitiva. Ya está el Poeta frente a Dios.

Es desde este momento en su vida literaria que desaparece de Nervo el último vestigio de "americanismo". Su tropicalismo, los desbordes de su imaginación, la inquietud por la forma se fueron extinguiendo insensiblemente al extinguirse los bríos primeros de su juventud.

Entra entonces Nervo dentro de un movimiento intelectual más amplio y más cosmopolita: el mismo que ha alejado a la literatura de las groserías del naturalismo, del simple culto a la vida externa y material. La reacción, el movimiento que ha torcido el cuello al cisne de engañoso plumaje, como afirma, líricamente, otro gran mexicano poeta: Enrique Gonzalez Martínez. Entra, poco a poco, dentro del gran movimiento de ideas, más espiritualistas, menos artificiosas y más sinceras. Nervo, despojado de sus riquísimas vestes líricas, penetra intelectualmente en la gran ola de ideas que han estallado en reacción y han dado al mundo literario contemporáneo un nuevo sentido bucólico; a Francis Jammes, que contempló al Mundo con los ojos del alma; el simbolismo espiritualista del Gerardo Hauptmann de "La Asunción de Hannele" y "La Campana Sumerjida", y el maravilloso temperamento poético, claro y límpido como el agua de la fuente, de Rabindranath Tagore.

El hecho de que no vibrara más en Nervo el alma del Trópico, no fué óbice para que se le considera y se le admirara en la América misma. Precisamente, cuando murió

Darío, el portalira genial, los ojos se tornaron hacia el vate ya grave y meditabundo que empezaba a producir las mejores pomas en su frondoso huerto otoñal. Nervo fué el sucesor de Darío en el principado de la poesía americana. Y es que no sólo se le admiraba, sino se le *quería*.

Alguien dividió a los poetas en campanarios y relojes íntimos incrustados de joyas, según su mayor o menor comprensión por las muchedumbres. Podrían dividirse también en poetas condenados a las ringleras frías de las bibliotecas y en poetas cuyo volumen está siempre a la mano. Los últimos, los que dejaron hablar a su corazón, son los que triunfan. De estos era Nervo. La "Leyenda de los Siglos" estará siempre en nuestra biblioteca, rodeada de admiración profunda y hasta de temor reverencial, pero a la mano y más cerca del corazón nuestro, estarán Heine, Baudelaire, Verlaine, Darío...¿y por qué nó Nervo, si ha sabido vivir e interpretar líricamente nuestras angustias más hondas y las palpitaciones todas de nuestro corazón?



Hablemos ahora del Gran Cambio, de la evolución radical que experimenta Amado Nervo a través de su propia obra y que es el aspecto más interesante de toda su figura literaria, puesto que vivirá para la posteridad con los caracteres indelebles que él mismo impuso a su obra, una vez cerrada definitivamente la etapa primitiva.

Amado Nervo se torna creyente, después del escepticismo elegante que le ha acompañado siempre en sus versos primeros. La conversión de Nervo marca en el poeta algo más que un simple cambio de frente en su orientación espiritual. Es cierto, que después de *"Serenidad"*, el libro que empieza a señalar la nueva ruta, Nervo va apartándose cada vez más del mundo sensible y de la Naturaleza con la que había vivido, hasta entonces, en tan íntima comprensión. Hay algo en lo profundo de su alma que le mantiene erguido y estático y, como en el verso del poeta

"Debout, mais incliné du coté du mystére"

que el mismo Nervo pone de lema en el libro aludido, sus ojos, cansados de ver y que se tornaron claros de tanto mirar el mar, empiezan a descubrir los nuevos horizontes de ese Misterio que más tarde le ha de apasionar tánto y será, en adelante, la

fuente suprema y única, de donde brotarán, en el trasunto del verso, las más hondas vibraciones de su espíritu inquieto.

Este paso del escepticismo de sus primeros años, del mismo escepticismo que ha pesado como una losa pétrea en el intelecto de todos los que empezaron a escribir bajo la morbosa época del fin del siglo, se va deshaciendo poco a poco a medida que la duda va siendo más fuerte cada vez. Al escepticismo primitivo sucede un efímero agnosticismo, casi una renunciación. Estas líneas:

¿A qué tántos y tántos sistemas peregrinos?
¿A qué tántos volúmenes y tánta ciencia? ¿A qué?....
Si lo que más importa, que son nuestros destinos,
se nos esconde siempre; si todos los caminos
conducen al "No sé"....

son prototipo de los versos que marcan la época de transición. La Muerte, aquella "Amada Inmóvil", que le fué arrebatada por el Destino y le sugiere sus más bellos versos del amor en duelo, es para Nervo una sabia maestra, pues le enseña, esta vez con caracteres irrevocables en su mandato, el camino nuevo que debe recorrer el poeta para llegar a la Verdad.

La luz se va haciendo gradualmente más intensa para sus ojos que durante tánto tiempo erraron en la oscuridad. Torna hacia él la fe, la misma fe que presentía venir y que lentamente va inundando de amor a su corazón, y dice

¡Señor, yo te bendigo, porque tengo esperanza!
Muy pronto mis tinieblas se enjoyarán de luz..
Hay un presentimiento de sol en lontananza...

hasta que por fin, como llevado insensiblemente por las ondas tranquilas y profundas de un río, llega a creer. ¡Creo! ¡Creo! repiten sus versos con alborozo y con júbilo.

Su fè llega ya a ser para Nervo el eje sustancial de su vida anímica. Es una fe que no discute, fè cerrada, hermética. El mundo exterior, la contingencia, la razón, el por qué, han dejado de existir para esta enorme fé que no trata ya de investigar ni de escudriñar el arcano, sino de vivir en su propia ígnea plenitud. Ortodojo dentro de su propia convicción espiritual, no consiente siquiera el discutirla ni que la discutan los hombres:

Entre tanto, poeta, no murmures. Tu verso
sea uncioso, cual salmo de amor al Universo.
Quien trazó el plan del Cosmos, no puede a la razón
naciente de los hombres, dar una explicación
que convenza: su lógica no es la tuya de hormiga.

No juzgues, pues, adórale y deja que prosiga
sus intentos arcanos, su labor portentosa.
Que rice en espirales de luz la nebulosa;
que prenda sus translúcidas caudas a los cometas;
que plasme entre sus manos de titán los planetas;
que encienda las divinas antorchas estelares;
que empine las montañas y que ahonde los mares....

dice, a medida que un concepto más puro y más grande de Dios asoma así, tan bellamente, en sus magníficos vuelos líricos.

No sería labor de exégesis complicada el tratar de investigar el sentido místico de la creencia de Nervo en este Dios, tan puro y tan enorme, tan lejano ya de las exuberancias líricas con que le ha cantado un José Zorrilla, para convertirse así en la Fuerza Unica que rije los destinos eternos de las cosas y del mundo.

Nervo no vé en él, sino a la causa suprema de todo lo creado, la explicación lógica del Todo y, sobre todo, la calma y el lenitivo de sus inquietudes y tormentos espirituales. Es un concepto divino bastante simplicista, se dirá, y muy lejano de cualquier disquisición teológica complicada. Pero es así y le basta al poeta. Es una creencia sencilla, quizás la más simple, la más corta, pero la más grandiosa síntesis de una fe.

El notable escritor español R. Cansinos Assens, que en su muy reciente libro "Poetas y Prosistas del Novecientos", ha dedicado un interesante capítulo a la personalidad literaria de Amado Nervo, tiene un criterio bastante original para juzgar la "conversión" de Amado Nervo. Propiamente hablando, no ha habido tal conversión sino una simple resurrección de una fe dormida. Aun en medio del mayor escepticismo de Nervo, cuando más alejada ha estado su musa de las lucubraciones puramente ideológicas y espirituales; el verdadero fondo íntimo del poeta ha estado siempre impregnado de cierto vago misticismo que no se concretaba en la idea abstracta de un Dios único, sino en una vaga Fuerza, en una harmonía potente que presidía el conjunto del hombre y de la Naturaleza.

Lo curioso de la teoría de Cansinos Assens, acerca de la conversión o pseudo-conversión de Amado Nervo, es que el crítico español ha torcido la exégesis del sentido místico del vate Mexicano. Para Cansinos, Nervo no es el poeta que recobra la plenitud de su propia fe, sino el poeta que ha abierto los ojos hacia la doctrina secreta que con tanto calor han difundido en el mundo Madame Blavasky y su fogosa discípula, Mrs. Katherine Tingley, de Point Loma, California. Cansinos, que en el estudio mencionado da muestra no sólo de gran erudición en todo lo concerniente a las modernas doctrinas teosóficas sino de cierta secreta inclinación por la Teosofía, clasifica, de hecho, a Amado Nervo como teósofo y adepto de la Doctrina Secreta y de la Isis sin Velo de Madame Blavatsky. Es un poco aventurada la suposición de Cansinos, un intelectual español que ha dado muestras de tanta admiración por el espíritu de la literatura latinoamericana. El único punto de contacto que podría tener la doctrina propia de Nervo con la teoría teosófica sería el deseo de perfeccíonamiento que se manifiesta, a menudo, en sus versos. Pero no basta esta simple base para sentar sobre ella una hipótesis de especie como la que insinúa y sostiene Cansinos Assens. La fe de Nervo es una y única a través de las fases todas de su obra posterior y definitiva. Las variantes son muy ligeras y los deseos de bondad, de auto perfeccionamiento, las alusiones al Karma y a la reencarnación que cree entrever Cansinos son apenas tonalidades de esa misma fe cuyo mérito principal consiste en haber sido extremadamente pura, tan desvinculada de materialización y de teoría, como el mismo grave espíritu del poeta que en sus últimos cantos se ha despojado de sus joyas y de sus riquísimas vestiduras, en una suprema renunciación, para cantar en el divino lenguaje del verso, alto, claro y hondo mientras sus ojos se han ido acercando cada vez más a la Luz.

LUIS GONGORA.

BIBLIOGRAFIA DE NERVO.

Verso:

POEMAS, que comprende "Poemas Breves", 1894-1900; "Lápidas", "Policromías", "Lubricidades Tristes", 1896; "De

aquellos tiempos", 1894-95; "La Raza Muerta" 1896; "La tristeza del converso", "Instrumentaciones" 1900-1901; "Implacable", 1895; "Trilogía", 1898; "El prisma roto", 1898 y el famoso poema "La Hermana Agua", 1901.

(Edición Bouret, París, 1901)

PERLAS NEGRAS (Bouret, Paris 1904).

EL EXODO-LAS FLORES DEL CAMINO- (Madrid, 1905).

JARDINES INTERIORES (Madrid-1907)

EN VOZ BAJA (Ollendorff, Paris 1909).

SERENIDAD (Renacimiento, Madrid, 1912)

ELEVACION (MADRID, 1917).

Prosa:

OTRAS VIDAS-ALMAS QUE PASAN (Novela de asuntos mexicanos).

JUANA DE ASBAJE (novela sobre la vida de la gran poetisa mística mexicana).

ELLOS (Ollendorff, Paris).

MIS FILOSOFIAS

PLENITUD, sú última obra.

Poesías

A LA BELLEZA

¡Yo te amo, Diosa! Flota en mis ensueños
el perfume sutil de tu memoria;
por tí soñé los dolorosos sueños
de ambición y de fe, de amor y gloria.
¡Ay! En días pasados y risueños
juzgué rápida y fácil la victoria;
¡hoy bien sé que eran vanos mis ensueños,
que mi dulce esperanza era ilusoria!....
¡Oh Belleza! A tí voy apasionado,
y mudo quedo y de tus brazos huyo,
sin que mi lira aprenda tu harmonía;
y te amo con amor desesperado,
¡sabiendo que yo siempre seré tuyo
y que nunca, jamás tu serás mía!

A LA POESIA

¡Vuelvo a tí, como entonces, oh divina Poesía!
Vuelvo a tí palpitando de pasión y de ensueños.
Con su dulce perfume me embriaga todavía
el oloroso vino de mis pasados sueños.
En vano han sido el odio, la envidia, la falsía
y la lucha terrible de prosaicos empeños:
vuelvo a ser niño y bueno y a gozar la alegría
infantil e inocente de mis días risueños....
Vengo a lavar mi alma en tus aguas piadosas.
Sanarás mis heridas, limpiarás la impureza
que adquirí en las contiendas con la loca Fortuna.
Vengo a aspirar el suave perfume de tus rosas,
a hundirme en el misterio de tu inmortal belleza
y a decirle mis versos a la pálida Luna.

La Habana

ARMANDO GODOY.

El hundimiento de la Escuadra Peruana

16 de Enero de 1881.

A las seis de la tarde del 15 de Enero de 1881, la batalla de Miraflores había concluído. Los chilenos no eran, sin embargo, todavía dueños de la situación y así lo demostró el hecho de que no avanzaran en el acto sobre Lima ni llevaran su ofensiva sobre los cuerpos que formaban el ala izquierda peruana, que permanecían en línea de batalla. El dictador Piérola dispuso de algunas horas para dictar sobre el mismo campo de batalla una serie de disposiciones urgentes. Sólo a las once de la noche y cuando todas esas disposiciones habían sido trasmitidas, emprendió la retirada cruzando el Rímac a la altura del Cementerio y dirigiéndose por detrás del San Cristóbal al valle de Carabayllo.

Entre las disposiciones adoptadas por el Dictador, tal vez la más importante de todas, fué la orden impartida al ministro de marina capitán de navío Villar, para destruír los gruesos cañones de las baterías del Callao y para hundir los buques que le quedaban al Perú de su escuadra. Piérola dió con razón gran importancia a esta medida. No se trataba de impedir que elementos de guerra fueran a aumentar el poder bélico del enemigo, sino de librar al Perú de la vergüenza de que los restos de su escuadra enarbolaran, sin disparar un tiro, la bandera chilena. Una nave de guerra es un emblema de la patria y entregarla al enemigo es dejar una constancia de la derrota. A todo trance había que evitarle al Perú esa humillación.

La orden impartida por el Dictador, fué en el acto trasmitida al Prefecto del Callao, capitán de navío Astete, marino valeroso, caballeresco y hombre de acción que en aquellas horas de desastre reveló cualidades superiores. Sin pérdida de tiempo procedió al hundimiento de los restos de la escuadra. Esos restos eran: la corbeta "Unión", el monitor "Atahualpa", los

vapores "Rimac" (tomado a los chilenos), "Talismán", "Oroya", "Limeña" y "Chalaco" (Estos tres últimos eran vapores de ruedas); las lanchas a vapor "Lima", "John", "Urcos", "Tocopilla" y "Callao". Fueron hundidos además el pontón "Meteoro" (antigua escuela naval), la chata número 1, y la batería flotante, formada por dos lanchas cargadoras de lastre de 50 toneladas cada una y armadas con un cañón de grueso calibre a proa y otro menor a popa. . El vapor "Limeña" y el pontón "Marañón" fueron incendiados. Refiriéndose al "Limeña", el contralmirante chileno Galvarino Riveros en nota dirigida un mes después al ministro de guerra de su patria José Francisco Vergara, decía: "Fondeado en la bahía fué incendiado, pero su casco quedó en buen estado para servir de chata. Su máquina contiene cosas de valor."

La operación de hundir la escuadra no resultó tan fácil y sólo la energía del comandante Astete y el patriotismo y abnegación de los oficiales de marina que lo ayudaron en esta faena pudieron vencer los obstáculos que se presentaron para sepultar en el fondo del mar los últimos buques del Perú. Por lo pronto, las naves carecían de marinería y tenían muy reducidas sus oficialidades, pues la mayor parte de las tripulaciones habían sido enviadas al campo de batalla y habían combatido en Miraflores, a donde se habían trasladado hasta los cañones de la "Unión". Además los buques no tenían casi carbón. El puerto estaba bloqueado hacía varios meses y no había modo de proveerse de combustible. Apenas si la "Unión" disponía de un lote reducido, lo indispensable, para encender las calderas y navegar tres o cuatro millas.

Ayudado por los oficiales de marina que en esas horas solemnes desempeñaron oficios de marineros, de maquinistas y hasta de fogoneros, el comandante Astete hizo salir a la "Unión" y al "Atahualpa" hasta fuera del puerto y en sitio, del cual nunca pudieran ser extraídos, hundió estas dos naves con la bandera peruana al tope. Valiéndose de remolcadores, alejó de la orilla los otros buques y los hundió con la bandera nacional izada en cada uno de ellos. Enseguida, procedió a destruír los cañones de los fuertes. Cumplida su misión, reunió a los dispersos que llegaban del campo de batalla y a los oficiales de marina que lo habían rodeado hasta el último momento y con esas fuerzas se vino a la capital, decidido a librar con los chilenos una última batalla. Al llegar a Lima, elevó sus fuerzas hasta cerca de mil hombres, con los cuales persistió en su propósi-

to de salir al encuentro del enemigo. El coronel Belisario Suárez, que se titulaba Jefe militar de la plaza, se opuso al plan de Astete y le dió orden de disolver sus fuerzas, orden que el valiente marino cumplió de muy mal grado y formulando violenta protesta.

Cuando los chilenos entraron en Lima y el Callao, hicieron esfuerzos sobrehumanos para poner a flote los buques peruanos. La obra resultó irrealizable, salvo tratándose del "Rímac" que, a costa de grandes trabajos y de fuertes desembolsos fué puesto a flote. Había para los chilenos una cuestión de honor en recuperar esa nave, que les había sido capturada por el "Huascar" y la "Unión" en el curso de la guerra.

Un mes después del incendio y hundimiento de la escuadra peruana, el mismo contralmirante Riveros en una comunicación a su ministro de guerra en campaña, Vergara, le decía: "He averiguado que la compañía del Dársena podría encargarse de la extracción de todas las embarcaciones a pique, sin otra ganancia que el casco del "Chalaco", tal como se encuentra, a condición de que para hacer ese trabajo se le faciliten las chatas del gobierno (chileno) y bombas que hay disponibles, y se le venda a precio de costo la madera que necesite para ese trabajo, y que el gobierno tien en los transportes". El 25 de Febrero de 1881 el ministro chileno de guerra y marina en campaña, don José Francisco Vergara, expidió un decreto en Lima, sacando a remate los cascos de las naves peruanas, hundidas o incendiadas.

Rememoramos estos hechos, porque el hundimiento de la escuadra alemana les da cierta actualidad. La única diferencia entre lo ocurrido aquí y lo que acaba de realizarse en Europa, consiste en que los buques alemanes, que en forma tan gallarda acaban de ser hundidos, se habían ya rendido a sus enemigos y habían arriado sus respectivas banderas. Lo que han hecho ahora es aprovechar de un descuido de sus guardianes, lo que no le resta mérito a su acción. En cambio los buques peruanos fueron echados a pique antes de caer en poder del enemigo y sin que arriaran su bandera. En la misma forma había sido hundido meses antes en Arica por el valiente comandante Sánchez Lagomarsino el monitor Manco Cápac, al terminar el combate del 7 de junio de 1880

De los otros buques de guerra del Perú: la "Independencia" había encallado en una roca en Punta Gruesa, al sur de Iquique, y el "Huáscar" había caído en poder del enemigo después de una heroica resistencia. Sólo la "Pilcomayo", que era

un buque muy pequeño, casi un juguete de 800 toneladas y artillada con cañoncitos inofensivos, había caído intacta y sin combatir en poder del poderoso acorazado chileno "Blanco Encalada".

La marina de guerra del Perú cumplió, pues, con dignidad sus deberes en la guerra del 79 y sucumbió con honor.

JUAN PEDRO PAZ SOLDAN.

El millón

Cuando Perico Tortosa vino a América en busca de la madre gallega, era un mocetón de veinte años escasamente cumplidos, y de musculatura de acero. No había recibido mucha educación pero tenía, en cambio, mucha de esa penetración natural, que en bastantes casos suple con ventaja el contenido de varias docenas de libros e infolios.

Cuando llegó, no traía ni grandes proyectos ni grandes aspiraciones. Confiado en la fuerza de sus brazos, esperaba ganarse la vida trabajando como mozo de cordel, y, como el gallego del cuento, juntarse mil pesetillas para volver a su tierra y comprarse una burra y una mujer. ¡Y qué mujercita más guapa la que esperaba su regreso allá en su aldea natal! Como que todos los mozos andaban detrás de ella diciéndola requiebros y ofreciéndola casorio. Pero ella, como si tal cosa. Había jurado que no se casaría sino con Perico, porque á él no más quería, y estaba resuelta a cumplir su juramento. Y, a haber sido por ella, se habrían casado inmediatamente, pero el tío Matías, su padre, era muy bruto, y se le había metido entre ceja y ceja que sólo daría a Perico la mano de su hija cuando éste tuviera a lo menos mil pesetas para comprarse un pedazo de tierra y una yunta de bueyes y, como Perico no tenía más que lo que llevaba en el cuerpo, y quería más a la muchacha que a la niña de sus ojos, resolvió emigrar a América para buscar fortuna; eso sí que, como las horas le parecían siglos para realizar sus deseos, hizo el firme propósito de regresar al terruño así que reuniera las consabidas pesetillas.

Trabajó, pues, Perico, con mucho brío y no poca suerte algo más de un año. Desde el amanecer hasta que anochecía podía vérsele de boina y alpargatas, parado en las esquinas, aguardando los mandados que se le quisiera encomendar, que no eran pocos, porque como el muchacho era listo, robusto y simpático,

todo el mundo lo protegía. Al cabo, pues, de un año, pudo escribir a su novia que casi tenía juntas las mil pesetas y que sólo esperaba reunir lo suficiente para costearse el pasaje de regreso.

Pero sucedió que un paisano que tenía un pequeño almacén de ultramarinos y que sabía que Perico guardaba algunos ahorrillos, le propuso que entraran en sociedad para ensanchar el negocio. De tal suerte le pintó las utilidades que podrían obtener, que Perico cayó en la tentación, y abandonó para siempre los cordeles para dedicarse a la vida del mostrador.

Aquí también le fué propicia la fortuna—que en este caso no era ciega, porque no hacía sino premiar el trabajo e inteligencia de Perico—y al poco tiempo las mil pesetas se habían convertido en otros tantos duros.

Más de una vez pensó Perico en liquidar el negocio y volver a España con lo que tenía ganado, que ya bastaba para comprar no sólo un terreno, sino varios; pero la idea de acumular un poco más lo retenía, y seguía trabajando y escribiendo a la muchacha que el año entrante, sin falta, se embarcaba, que ya no veía la hora de tenerla a su lado y que la iba a llevar unos regalos que dejarían con la boca abierta a todos los papanatas que la habían cortejado.

Y seguía ganando y entrando en más negocios, y la liquidación se hacía cada día más lejana y difícil. Y, sobre todo, se iban apoderando del corazón de Perico, que ya no se llamaba Perico sino don Pedro Tortosa, esos demonios que se llaman ambición y avaricia. Cada día era más económico y más negociante. No había empresa en que él no pusiera capital y, en la mayor parte de los casos, no sacara pingües ganancias. Pero no por eso dejaba de anunciar su próximo viaje: el año entrante, a más tardar, volvería a su tierruca; sólo esperaba conocer el resultado del balance para dejar todas sus cosas arregladas y marcharse.

Pero pasaban los años y el viaje no se hacía; y con los años, venían los achaques y las enfermedades, y al cabo no quedaba del robusto Perico de los músculos de acero sino un don Pedro gotoso y encorvado.

La novia, que ya tampoco era joven, aburrida de esperarlo y de las pullas que le lanzaban, se había casado con uno de sus antiguos adoradores, que había llegado a ser Alcalde del pueblo.

Esto lo supo Perico por carta que un amigo le escribió, y, al saberlo, formó la resolución de no ir a su tierra hasta no tener un millón de pesetas libres de polvo y paja.

Quería volver para anonadarlos con su riqueza y que todos le llamaran indiano y se quedaran mirándolo en la calle.

Todos los años, antes del balance, se despide de sus amigos: ya es tiempo que vuelva a mi patria—dice;—gracias a Dios he reunido algunos realejos con que pasar tranquilamente mis días. Pero el viaje no se hace, y al año siguiente se vuelve a repetir la misma comedia. Y el viaje no se hará, pues la codicia puede más que él y, según dicen, está acumulando el segundo millón. Y antes de conseguirlo, habrá comenzado, seguramente, a pensar en el tercero......

CARLOS LEDGARD.

Iquique, 31 de Diciembre de 1899.

Poemas (1)

I

Aúna mi pensamiento
inquietud y serenidad:
mi orientación es la del viento,
la del mar mi estabilidad.

El ojo negro del abismo
para mí guiña dondequier;
mas, de la noche de mí mismo
hago un continuo amanecer...

Y como una hojita liviana
voy, camino de mi verdad,
¡Al que es hoy, Ayer y Mañana,
Nunca, Siempre y Eternidad!

---

(1).—El trágico fin del notable poeta ecuatoriano Medardo Angel Silva, primero tal vez entre los de su generación, da a estos sus versos dolorosa actualidad. En ellos se advierte un cansado gesto de renunciación a la Vida, que, de haber publicado, hubieran sido el inequívoco anuncio de su triste fin; pero son rigurosamente inéditos, pues le fueron enviados por Silva, en su correspondencia privada, al poeta Eguren, quien los recibió después del fatal suceso, y a cuya amabilidad debemos su publicación.

II

Olas, humo, neblina, copo de nieve, gasa
de bruma, arbitrio loco de la nube que pasa:
¡dádme la gracia múltiple de aquella levedad
—liberación sutil de toda voluntad!...

III

Por la palabra hueca no juzgarás la Vida:
la más profunda gracia es la más escondida...
¡Y es lo más hondo y puro de alegrías o penas
lo que el labio no dice o lo que dice apenas!...

IV

Por el amargo influjo de la melancolía
un poco de mí mismo se muere cada día,
y como voy hallándome con menos
vanidad, son mis días, cada vez, más serenos,
más tristes mis pupilas y pálida mi frente....

Cuando el bien transitorio reciba indiferente
ya me podré morir definitivamente....

V

Al pasar la carroza dorada de la Vida,
implorando extendí la mano suplicante:
Ella me vió lo mismo que una reina ofendida
...y se perdió en la sombra de la noche fragante.

Y fué para volvre: en su caroza de oro
sonriendo, vino a mí—Belkíss en seda gualda—
...pero yo comprendía qué vale su tesoro:
la miré indiferente y le volví la espalda!

VI

Cuando, triste de tántos horrores—sombra pura
melancólica—Psiquis deja la tierra óscura,
por sus antiguos llantos y pena estremecida
dice al Señor que espera al fin de la jornada:
¿y para ése dolor me ofrendaste la Vida?...
¿Para éso me sacaste de mi tranquila nada?...

VII

¡Bien haces, rey; bien haces, pordiosero, tu rol!
Y tú también, poeta; y los demás....¡Comparsas!
.....Perfectos figurantes de un extraño Guignol:
¡somos polichinelas de las divinas farsas!...

MEDARDO ANGEL SILVA.

Divagación literaria

El arte literario parece ir en camino de la bancarrota, empujado por la nueva psicología que va informando la actividad humana, por la intensidad e inquietud en que se desenvuelve la vida moderna, y la rapidez con que pasan los ciclos evolutivos de las ideas: son pocas las cumbres que se alzan en reemplazo de las que van desapareciendo, y este fenómeno se observa en todo el mundo. El arte es un vagar espiritual sin finalidades prácticas, aureolado por un íntimo desinterés que es el que le da su alto valor de sustantividad y distinción. Es flor de selección que surge del cultivo interior y por la acción de factores que están algo distanciados de las fuerzas que obran en el mecanismo de la vida material. La emoción de lo bello y la creación de lo bello son, como todos sabemos, cosas distintas de la ética, de la ciencia y de la industria, y cuando las corrientes espirituales derivan con fuerza en una de estas direcciones, es un fenómeno natural la inhibición de las facultades artísticas que se traduce en la realidad en la indiferencia general del ambiente, en la restricción emotiva a un reducido número de espíritus selectos, y en la escasez de la verdadera producción leal de arte, en la corrupción o banalidad de éste, que en la mayoría de sus cultivadores, da origen a esas formas híbridas, artificiosas o bastardeadas por finalidades innobles, resultado de la supeditación del espíritu a propósitos ajenos a los objetos que el arte, por su índole generosa y desinteresada, debe realizar.

Creo en el arte por el arte, y nó en el arte convertido en artefacto de la ciencia, de la industria, de la moral o de las pasiones humanas.

El momento que atravesamos en el Perú, no es por cierto, uno de los más brillantes de nuestra historia literaria. Casi la totalidad de los hombres que sinceramente hicieron una la-

bor cultural, desde el punto de vista literario, han desaparecido, y son muy pocos los nombres que hoy son representativos. Las últimas generaciones que se consagran a las letras han hecho de esta dirección de la especulación mental, un *dilettantismo* sin contenido, una mera formalidad ingrávida y sin fondo de vocación leal, y por tanto, sin el amor hondo, sin la preocupación cariñosa, sin el goce íntimo de la exploración de un mundo secreto lleno de fruiciones calladas y nobles. Hoy la mayor parte de nuestros poetas jóvenes escriben versos pero no hacen poesía. La vida se ha corrompido y torcido demasiado para que el sentimiento y la imaginación puedan aislarse del ambiente de vulgaridad espiritual y concentrarse en recogimiento generoso y fecundo, lejos de las exigencias y apetitos proyectados hacia una finalidad de lucro material o social. El que escribe dentro de una las múltiples direcciones del arte literario, no busca sino el resultado barato de la resonancia casera y el halago de una vanidad que ni siquiera es enfermiza—que de serlo tendría su punta de sinceridad artística— si no fingida, grotesca y risible. Yo creo que en gran parte la culpa de esta desviación del gusto, de esta orientación a la banalidad megalómana, de esta falta de sinceridad de los jóvenes escritores, se debe no sólo a las devanaciones nuevas de la vida actual, estimuladoras del *arrivismo,* que hace considerar útiles todos los medios de forjar la personalidad y haciendo creer, especialmente en nuestro ambiente criollo, que el más fácil y eficaz de los prestigios es el de la *intelectualidad*: sino también a las deficiencias de la educación y la instrucción, debidas a las reformas, en mi concepto equivocadas, que se han llevado a cabo en los últimos veinte años.

El fervor entusiasta y saludable por el arte literario no ha tenido una fuente generosa de ideales en la Universidad, y salvo contadas excepciones, entre ellas la muy vigorosa de su actual Rector, uno de los espíritus más cultos y preparados para la dirección de la juventud, los cursos importantes de la Facultad de Letras, han estado encomendados a personas de condiciones inadecuadas para despertar entre los jóvenes estudiantes el estímulo y el empeño por las lucubraciones intelectuales y artísticas. Los jóvenes escritores de los últimos tiempos no han tenido consejeros y guías de sus aficiones, y así situados todos sobre el mismo nivel y bajo el mismo rasero de insustancialidad, no ha sabido ver en las artes literarias sino un medio de especulaciones artificiosas para conquistar de cualquier modo la categoría de *Intelectuales*, con descrédito de la misma, y

casi convirtiéndola en signo de vacuidad mental y de superficialidad en los espíritus.

No pretendo hacer comparaciones indiscretas entre lo que eran los escritores de hace veinte años—es decir de mi juventud plena y fogosa de entusiasmo de producción—y los jóvenes de las últimas hornadas literarias, posteriores a la rica generación de los Gálvez, Riva Agüero, Belaunde, Ureta, Góngora y varios mas. Pero creo estar en lo cierto al afirmar que aquéllos tuvieron ideales y orientaciones más definidos, una probidad espiritual y artística más fuerte, acción literaria más intensa y sólida, más disciplina en la modelación de su personalidades, porque no consideraron las expansiones de su vocación literaria como un accesorio, como una frivolidad útil, ni se engañaron a base de artificio respecto al valor y carácter de su virtualidad generadora de arte. Entusiastas, con fe, con decisión de conquista honrada de un sitio en el arte nacional, ávidos de comprehensión y de capitalización espiritual, recuerdo que guardábamos contacto estrecho de admiración respeto y afecto por los maestros de la Universidad en quienes reconocíamos la capacidad generosa para comprender nuestros anhelos y guiarnos con sus consejos. Espíritus radiales como son los de los grandes maestros doctores Javier Prado y Alejandro Deustua, presidente el primero del Ateneo de Lima, fueron los consejeros cariñosos de quienes en la Universidad y fuera de ella, nos iniciábamos en la vida literaria. Ese contacto hace tiempo que no existe, y los literatos y escritores noveles, no aceptan consejos, saturados de petulancia, convencidos por su miopía, debida a la falta de lastre mental, de que la banalidad, la cursilería sentimental o la imitación de modelos farragosos o detonantes, es hacer obra de *renovación* artística y de liberación de normas retrogradas. Estos desgraciados que juzgan fácil crear rumbos y hacer surgir florescencias nuevas como si no fuera condición esencial para producir, tener el material mental de producción y de trasformación, como es de suponer, pierden lamentablemente el tiempo en empeños literarios que están muy lejos de significar una labor digna de la consideración del crítico, y que marcan una etapa de vida anodina y opaca. Los jóvenes estudiantes no han podido dejar de darse cuenta de que la anemia espiritual que hoy padece la juventud y la falta de orientación y de ideales, se debe en mucha parte a la agravación que ha experimentado en los últimos años la deficiencia educativa así como la despreocupación que ha reinado respecto a la instrucción superior, conver-

tida ya en un mero formulismo, y se ha producido un enérgico movimiento de reacción iniciado en la Facultad de Letras y seguido en las demás Facultades universitarias. En este sentido, la agitación de los estudiantes no puede menos que merecer la simpatía de todos los que se preocupan por el progreso espiritual de la juventud y desean que renovado el espíritu de la institución cultural más importante del país, pueda el arte literario recobrar el brillo que tuvo en otras épocas, y ser origen de una producción apreciable por el fondo de ideas y el razonable cultivo de las formas, cosas ambas sin las cuales no hay literatura ni personalidad literaria posible: tener cosas nuevas o viejas que decir y saber decirlas, es en resumen todo lo que constituye la literatura.

CLEMENTE PALMA.

La adhesión de la República Argentina al tratado de alianza defensiva Perú-boliviano de 1973

(Continuación)

IV

Vencido el año de 1874, sin que se hubiera podido llegar a ningún acuerdo con la Argentina, por las dificultades ya señaladas, se inicia el año de 1875, con un nuevo gobierno en la República Argentina y con el ingreso del señor Aníbal Víctor de la Torre, al Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, en reemplazo del señor José de la Riva Agüero, que había renunciado.

Las nuevas instrucciones que se le dieron al doctor Yrigoyen, por parte del Perú y de Bolivia, para que continuara sus gestiones encaminadas a obtener la adhesión de la República Argentina, están consignadas en estas notas:

Lima, Abril 22 de 1875.

("Reservada
No. 6")

"Señor Dr. D. Manuel Yrigoyen, E. E. y Mtro. Plenipotenciario del Perú en el Brasil y R. R. del Plata.

"Debe U. S. recordar las instrucciones que le fueron comunicadas al encargarle la importante misión que desempeña en

el Brasil y R. R. del Plata, así como las que se le han dado posteriormente durante el curso de las negociaciones, encaminadas a conseguir la adhesión de la República Argentina al Tratado secreto de alianza defensiva, celebrado en Bolivia el 6 de febrero de 1873. Debe U. S. tener presente también el *Memorandum* de mi antecesor, el señor de la Riva Agüero; la ampliación de ese documento, que le fué enviada más tarde; y, finalmente, la *reserva* introducida, referente a las cuestiones que pudieran suscitarse entre el Imperio del Brasil y la República Argentina. Como U. S. sabe muy bien, el pacto de que dejo hecha referencia, lejos de ser hostil contra potencia alguna, tiende a evitar la guerra entre naciones ligadas por vínculos estrechos y que unieron, desde principios del presente siglo, sus esfuerzos para conseguir la independencia del Continente americano. Ese *Tratado puede llegar a ser, y es lo que ha pretendido el Perú al celebrarlo, la base más positiva de la Unión del Continente, que fueron antes colonias de España, procurando, mediante él, que se arreglen arbitralmente, si no se consigue el común acuerdo, las cuestiones pendientes, por razón de límites y otras que puedan surgir entre las Potencias signatarias, garantizándose entre ellas la integridad de sus respectivos territorios y su soberanía e independencia.*

"Por otra parte, no debe olvidarse *el interés que tiene el Perú en la conservación de la paz en América; pues no sólo vería con pesar la lucha entre naciones de un mismo origen, sino que podría encontrarse expuesto a complicaciones, cuyas consecuencias son fáciles de preveer, o, cuando menos, a que sufriesen sus intereses comerciales, si lograra libertarse de aquéllas.*

"En la actualidad, el estado de las relaciones entre Bolivia y Chile, entre Chile y la Confederación Argentina, y finalmente, entre esta República y el Imperio del Brasil, que U. S. conoce; la posibilidad de que las otras dos potencias del Plata, el Uruguay y el Paraguay, tomen parte en la lucha, q' parece inevitable entre las dos últimas naciones, sea en favor de la una o de la otra; las dimensiones que tomará naturalmente la guerra, cuando se trata de los grandes intereses de esas dos potencias, y, por último, la prolongación de tal estado de cosas y el resultado definitivo q' puede muy bien traer la ruptura del equilibrio americano, hacen indispensable el pronto regreso de U. S. a esos lugares, a fin de que pueda aprovechar de las circunstancias, con el tino y prudencia que estos asuntos demandan, para que la negociación pendiente obtenga un resultado favorable.

"Pudiera también presentarse la oportunidad de que el Perú ofrezca sus buenos oficios al Brasil y la Confederación Argentina; pero, en tal caso, debe obrarse con la mayor sagacidad, porque tratándose, entre esas dos potencias, del predominio en el Plata, difícilmente puede concebirse que aceptaran una mediación o una intervención oficiosa, para ponerse de nuevo en contacto, con el objeto de hacer la paz; a no ser que medien acontecimientos imprevistos que las obliguen a ello.

"Habiendo quedado en suspenso la adhesión al pacto de 6 de febrero de 1873, tanto por el cambio de gobierno que tuvo lugar en la República Argentina, como *por la falta de las últimas instrucciones del de Bolivia*, conviene que U. S. procure reanudar las negociaciones, del modo que considere más prudente, sujetándose a las instrucciones que se le tienen comunicadas y de las que me he ocupado al principio.

"Por las copias que remito a U. S., con fecha de 12 del actual, marcadas con el número 2, se habrá U. S. impuesto de que el gobierno de Bolivia se encuentra siempre decidido a que se continúe por su parte el negociado, para obtener la adhesión de la Argentina. Antes de mi salida de La Paz, me ofreció el señor Ministro de Relaciones, trasmitir a U. S. las nuevas instrucciones que solicité, al darle cuenta de los últimos actos de la negociación, por medio de su nota *Memorandum*.

"En dichas instrucciones manifestará también a U. S. la aceptación, que ya conoce, por las copias indicadas, del sentido que, de común acuerdo, hemos dado al inciso 3.° del art. 8.° del Tratado de alianza; el mismo que, según parece, fué aceptado, si no explícita al menos tácitamente, por el señor Tejedor, que no hizo observación alguna en contrario. U. S. insistirá en este punto que debe quedar consignado en el protocolo de adhesión.

"En cuanto al *uti possidetis*, que ha contribuído por parte de Bolivia a entorpecer la negociación, está U. S. al corriente de que el señor Baptista *insiste* en que se sostengan las explicaciones que contiene el proyecto de respuesta presentado por U. S. al señor Tejedor, autorizándolo, al mismo tiempo, para que, en caso de que no pudiese U. S. conseguir su aceptación, procure obrar de modo que el gobierno argentino no haga más tarde cuestión sobre Tarija, que forma hoy parte integrante de la república boliviana. U. S. recordará algunas ideas del señor Tejedor sobre esa materia, y puedo asegurar a U. S. que, en confe-

rencia reservada y confidencial, me indicó el señor Uriburu, Plenipotenciario de la Confederación en Bolivia, que su gobierno no pensaba hacer cuestión de ese territorio.

"De consiguiente, y apesar de las dificultades que encontró U. S. para que se aceptase la idea enunciada al principio, puede suceder que se consiga, si el nuevo gobierno las tiene menos severas a este respecto, o si el estado de sus cuestiones con Chile, hace que desee perfeccionar la adhesión. En uno u otro caso, procurará U. S. complacer al gobierno de Bolivia, tratando, previo acuerdo confidencial con el Ministro de Relaciones Exteriores, de conseguir el resultado apetecido, en los términos más convenientes y como ampliación a las explicaciones que dió U. S. en oficio de 21 de setiembre del año p. pdo. Debo advertir a U. S. que el señor Baptista me ofreció, personalmente, dar a U.S. a este respecto amplios poderes, con sólo la limitación de que queden a salvo los intereses de Bolivia.

"Respecto a la *reserva* hecha por parte del Perú sobre el Brasil, espero que el señor Ministro de Relaciones Exteriores de aquella república, comunicará a U. S. sus instrucciones, habiéndose convencido, según me manifestó en conferencia verbal, de las inquietudes del Imperio y de la conveniencia de evitarnos complicaciones con él. U. S. debe tener siempre presente cuánto nos importa conservar la armonía que existe con el Brasil, y evitar una alianza de esa nación con Chile, pues *las consecuencias de esa unión son muy fáciles de preveer*.

"Una vez terminada la negociación de un modo definitivo, procederá U. S. a comunicarla con el carácter de *reservada* que tiene, al gobierno Imperial del Brasil, en cumplimiento de los compromisos que U. S. contrajo en Río Janeiro, con el Vizconde de Caravellas; pero, en el caso inesperado de que no se obtenga la adhesión o de que se aplace nuevamente, no debe U. S. poner ese resultado en noticia del gobierno brasilero, antes de recibir órdenes de este Despacho.

"Por lo demás, dejo al tino y prudencia de U. S. el aprovechar de las ocasiones que se presenten para procurar que nuestras relaciones con las Potencias, cerca de las cuales se encuentra acreditado, se conserven en el mejor pié posible, siempre que no estén de por medio la dignidad y los intereses del país, que en todo caso deben quedar a salvo.

"La situación actual del Perú y de las naciones de que me he ocupado en esta nota, hace indispensable que nuestros Represen-

tantes en este Continente no olviden, por un momento, la política leal del gobierno en sus relaciones internacionales, teniendo presente que no sólo conviene evitar el vernos complicados en cuestiones en que no tenemos intereses directos, sino que, conforme el espíritu del Tratado de 6 de febrero, debemos trabajar en el sentido de que terminen amigablemente las desavenencias que pueden surjir entre las otras Potencias, procurando que no llegue el caso de ruptura entre ellas, e inclinando su ánimo a la idea de someter sus cuestiones a la decisión arbitral, *a fin de hacer imposible la guerra,* de la que no pueden recogerse sino frutos muy amargos.

"U. S. está bien penetrado de las ideas del gobierno y comprende sus deseos, de alcanzar el elevado objeto que se propuso al celebrar el pacto de alianza defensiva, el mismo que dejo indicado en esta nota. Cuento, pues, para conseguirlo con la ilustrada cooperación de U. S., seguro de que trabajará activamente en ese sentido, con la circunspección que le caracteriza y que estos asuntos demandan.

"Dios guarde a U. S.

(Firmado).—"*A. V. de la Torre.*"

Lima, Abril 12 de 1875.

("Reservada
No. 2")

"Sr. Dr. D. Manuel Yrigoyen, E. E. y Mtro. Plenipotenciario del Perú en Buenos Aires.

"Remito a U. S. en copia auténtica los oficios pasados a este Despacho por nuestra Legación en La Paz, en los cuales se dá cuenta de la conferencia celebrada con el señor Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia, a fin de ponerse de acuerdo acerca de las nuevas instrucciones que deben darse a U. S., para obtener definitivamente la adhesión de la República Argentina al Tratado de alianza de 6 de febrero. Adjunto también a U. S. copia del oficio en que el señor Baptista ratifica, en su mayor parte, el resultado de aquella conferencia.

"Dios guarde a U. S.

(Firmado).—"*A. V. de la Torre.*"

"Legación del Perú en Bolivia. —La Paz, febrero 15 de 1875.

("Reservada
No. 34")
"S. M.

"El 13 tuve una larga conferencia con el Excmo. señor Ministro de Relaciones Exteriores, sobre la adhesión de la República Argentina a nuestro Tratado de alianza defensiva de 6 de febrero de 1873. Durante la discusión procuré que nos pusiéramos de acuerdo para las nuevas instrucciones que deben darse al señor Yrigoyen en ese delicado asunto. Respecto al *uti possidetis*, el gobierno de Bolivia encargará al señor Yrigoyen que insista en la explicación que dió (observación 1a.), procurando, en cuanto sea posible, que se consigne la 2a. parte en que *no se pone en duda las nacionalidades americanas tales cual hoy existen*. Confidencialmente se le dirá que si no puede conseguirse esto con el nuevo gobierno, procure hacer de modo que no se haga más tarde cuestión de Tarija, ni para alegar pretensiones, ni para exigir compensación.—Finalmente, se dejará en libertad a nuestro Representante en el Plata para que, con su sagacidad y tino, salvando los intereses de Bolivia, obtenga la adhesión al Tratado. Respecto del inciso 3.° del art. 8.°, se admite la inteligencia que le hemos dado, y se darán instrucciones en ese sentido. En una palabra, encuentro la mejor voluntad en este gobierno, tanto para conseguir la adhesión, como para el arreglo equitativo de sus límites con la Confederación Argentina. El resultado que he obtenido me parece satisfactorio; y siento que mis preparativos de viaje no me permitan extenderme más, aunque con esto es suficiente para que U. S. conozca lo acordado. Dígnese U. S. elevar este despacho al conocimiento de S. E. el Presidente de la República, aceptando los respetos de su atento servidor.

"Legación del Perú en Bolivia.—La Paz, febrero 16 de 1875.
("Reservada
No. 38")
"S. M.

"Acompaño a U. S. copia del despacho que he recibido del Excmo. señor Baptista, relativo al Tratado de 6 de febrero de

1873. U. S. notará una pequeña falta de lo acordado al tratarse del *uti possidetis;* pero no dudo que el origen de ella sea defecto de redacción y tiempo hay para salvarla, si al dar las instrucciones al señor Yrigoyen, se omite. Yo cuidaré de recordar ese punto, antes de mi viaje.

"Dios guarde a U. S.

(Firmado).—"*A. V. de la Torre.*"

"Ministerio de Relaciones Exteriores de Bolivia. La Paz, febrero 15 de 1875. Confidencial. A. S. E. el señor Ministro Plenipotenciario del Perú en Bolivia.

Pte.

"Señor:

"Me es grato confirmar a V. E. las seguridades que le tengo dadas, en la última conferencia verbal, sobre el acuerdo definitivo que ha de establecerse para facilitar la adhesión del gobierno argentino al Tratado de alianza:—La forma en que ha consignado nuestro Plenipotenciario señor Yrigoyen el *uti possidetis* ha de mantenerse con decisión; y sólo será dado variarla hasta un punto que no comprometiese los derechos de Bolivia a Tarija, ni como declaración anterior suya, que los afectase indirecta o directamente, ni como antecedente que sirviese a la Cancillería argentina para concedernos Tarija, como una compensación en posteriores arreglos. El inciso 3.º del art. 8.º, una vez que ha sido idénticamente definido por el Excmo. Gobierno del Perú y el de Buenos Aires, no habrá inconveniente en que mi gobierno lo acepte de igual modo. Estas seguridades confidenciales que tuve el honor de dar a V. E., recibirán el sello de una positiva instrucción comunicada directamente al señor Yrigoyen, tan luego que me sea permitido consultarlas con el Presidente de la República en su pormenor. Mayor explicación no me es posible hacer en estos momentos, por hallarse este archivo desprovisto de todos sus antecedentes, dejados en Sucre antes de la Campaña.

"Con sentimientos de especial distinción me repito de V. E.

"Atento y seguro servidor.

(Firmado).—"*Mariano Baptista.*"

Son copias. Por el oficial Mayor,

"El Jefe de la Sección Diplomática

"(Firmado) P. Paz Soldán y Unánue".

"Lima, Abril 22 de 1875.

("Reservada
No. 7")

"Sr. Dr. D. Manuel Yrigoyen, E. E. y Mtro. Plenipotenciario del Perú y Repúblicas del Plata.

"En nota de 7 de abril de 1874, se dijo a U. S. por este Ministerio, entre otras cosas, que a fin de hacer cesar la alarma que pudiera causar al gobierno del Brasil la noticia de una alianza entre el Perú, Bolivia y la República Argentina, se hiciese constar en el protocolo de adhesión al Tratado de 6 de febrero de 1873, que "la alianza no se extendería a las cuestiones que por razones políticas o de territorios, pudiesen suscitarse entre la Confederación y el Imperio del Brasil; sino que se circunscribiría a las cuestiones de límites entre las Repúblicas Argentina, Bolivia y Chile y a las demás que pudieran surgir entre los países contratantes".

"Si la primera parte de esta *reserva* se explica fácilmente, por la razón alegada de tranquilizar al Imperio, con el cual conservamos siempre la mejor armonía, no sucede lo mismo con la segunda, que una vez introducida, despojaría al pacto citado del elevado carácter, reduciéndolo a muy pequeñas proporciones. *U. S. sabe bien que el gobierno del Perú al celebrarlo tuvo más elevadas miras, pues está llamado a ser la base de la cordial unión de las naciones de nuestro continente, procurando, en cuanto es posible, evitar una guerra,* entre las de un mismo origen, y haciendo nacer una nueva era de Derecho Público para la América del Sur. Mal puede, en tal concepto, circunscribirse a los objetos especificados en la segunda parte de la *reserva,* y el gobierno no puede limitarse a ellos.

"Es, pues, necesario que U. S., al formalizar la adhesión, introduzca únicamente en el protocolo respectivo o en notas reversales, como se había acordado, que "la alianza no se extenderá a las cuestiones que por razones políticas o de territorios puedan suscitarse entre la Confederación Argentina y el Imperio del Brasil". De este modo se habrá conseguido el objeto que el gobierno se ha propuesto, y el Tratado conservará el elevado espíritu con que fué acordado.

"Dios guarde a U. S.

(Firmado).—"*A. V. de la Torre.*"

(Continuará)

PEDRO YRIGOYEN

Notas varias

REVISTA DE LA SITUACION EUROPEA

Toda revista de las actuales condiciones de Europa, la paz firmada ya, forzosamente peca de superficialidad. No pueden deducirse consecuencias lógicas de los sucesos que se realizan, pues la catástrofe ha sido tán universal, los factores que intervienen en el nuevo equilibrio del mundo son tán numerosos y tán complejos, y hay tal falta de precedentes para clasificar las situaciones producidas, que preciso es conformarse con el estudio somero de los hechos, conservar el espíritu abierto, y del tropel confuso de los acontecimientos deducir oscuramente las nuevas orientaciones de la humanidad.

Europa, que durante cuatro años se ha debatido en convulsiones mortales, muy lejos está de haber recobrado la salud, y su convalescencia sin duda alguna será muy larga y sujeta a las más fatales eventualidades. No sería posible suponer cosa distinta y abrigar la creencia de q' con la firma de la paz automáticamente vendrán la tranquilidad y la abundancia a reparar la destrucción producida por la guerra. La paz, obra de los hombres, naturalmente es imperfecta, y como de su imperfección empiezan a brotar los gérmenes de discordia futura, ya podemos percibir las grandes interrogaciones que encierra el porvenir: ¿Se sobrepondrá el concepto idealista de la Liga de las Naciones al juego de las pasiones e intereses individuales? ¿Sucumbirá el capital ante las irrazonadas exigencias del trabajo? Hé ahí los dos puntos esenciales, de cuya resolución depende el rumbo que ha de seguir la humanidad futura.

En la victoria, Francia quizás encuentre igual ruina a la que hubiera hallado en la derrota. Se calcula que la guerra le

cuesta 63 mil millones de dólares y la proporción que le corresponde de la indemnización exigida a Alemania asciende a más o menos $ 13,000.000.000. De modo, pues, que la diferencia de cincuenta mil millones de dólares la tendrá que sobrellevar su mermada población, que ha quedado reducida a 35 millones de habitantes. Alemania, en cambio, no habiendo sido invadida, no ha sufrido perjuicio material. Según declaraciones de su Ministro de Relaciones Exteriores ha gastado 34 mil millones de dólares. Agregando a esta cifra la de veinticinco mil millones de dólares, por concepto de indemnización de guerra, se llega a la suma de 59 mil millones de dólares, repartidos entre 68 millones de habitantes o quizás 80 millones, si algún día lleva a efecto su proyectada unión con el Austria Germánica. Es pues evidente que la carga guerrera es mayor para Francia que para Alemania y únicamente gracias a la sostenida ayuda de Inglaterra y Estados Unidos podrá seguir siendo factor mundial. Y además Francia ha sido tratada por sus aliados anglo-sajones con justicia, más nó con la genrosidad que merecerían sus heroicos esfuerzos. Si a ella se le encarga la vigilancia perpetua—el arma al brazo—del común enemigo, parece ser de buena lógica darle la frontera del Rhin, ofrecida por los Aliados de 1814. Si el principio de las nacionalidades es aplicado en forma discutible en el caso de la Alemania Oriental, no parece que existieran insuperables inconvenientes para el fortalecimiento de Francia hasta colocarla en situación claramente superior a Alemania.

Rusia constituye el eje y encierra la clave de la situación europea. El político que logre hallar la fórmula que resuelva aquel problema merecerá figurar en el primer puesto en la historia de la diplomacia. La política seguida por la *Entente* es de observación pura y simple—nadie se atreve a tomar a su cargo la intervención con todas sus incalculables consecuencias. Mientras tanto el enorme país disgregado se hunde cada día más en los horrores de una anarquía sin nombre. Es una úlcera en el cuerpo europeo, que si no es tratada a tiempo muy bien puede acabar con la vida del enfermo.

Alemania no podía razonablemente esperar una paz más ventajosa que la que consiguió. Económica y políticamente ha de quedar a merced de sus adversarios por muchos años, pero es fácil exagerar la debilidad de los pueblos caídos. Hay en ellos recursos y elasticidades insospechados. Si alguna comparación cabe en este caso, Alemania se asemejaría a Cartago después de la segunda guerra púnica. Quizás busque su porvenir en Rusia,

infiltrándose a través de Polonia—que probablemente no ha de ofrecerle obstáculo serio—y utilizando para sus fines la infinita potencialidad allí latente. Será obra de la *Entente* obstaculizar esa infiltración alemana en el ex-imperio moscovita y parece obra muy difícil—no serán por cierto los tratados los que impedirán la relación cada vez más estrecha de Rusia con Alemania, sino la contra-propaganda incesante y un plan político definido, cosas que por ahora no existen en lo absoluto.

Para Inglaterra uno de los más funesto resultados de la guerra ha sido la pérdida del primer puesto que ocupaba en el mercado industrial del mundo. Hasta que la guerra estalló ocupaba ese primer puesto a pesar de su relativa escasez de materias primas y de su inferioridad respecto a los Estados Unidos y Alemania en la producción de carbón y hierro—sencillamente por el sistema de salarios más bajos que en cualquier parte. A ese sistema se debe la creación de una raza inferior en las ciudades manufactureras de la Gran Bretaña, raza de individuos privados de todo desarrollo físico y moral y a los cuales se refirió Lloyd-George en su frase: "*No se puede formar una nación número uno con un pueblo número tres.*" Al darse la ley de conscripción se descubrió que una tercera parte de los reclutas de edad militar eran inaparentes para el servicio. Y ahora los dirigentes británicos reconocen que es urgente e indispensable adoptar otros métodos y rehabilitar la raza, y por lo pronto el Gobierno se ha comprometido a construír *un millón* de casas para obreros. Los salarios van aumentando incesantemente y desde luego Inglaterra ha perdido aquella ventaja, debida a la explotación del obrero.

Sería difícil exagerar la trágica situación de Italia. Italia contempla problemas gravísimos relativos a su alimentación y a la desmovilización de su gran ejército. Necesita un millón de toneladas de carbón al mes, necesita algodón, necesita toda clase de productos y lleva a cuestas una deuda colosal. Y luego tiene que afrontar una crisis interna latente que repentinamente puede producirse en forma de maximalismo agudo y general, del cual ya han ocurrido las primeras manifestaciones. Herida en sus aspiraciones, Italia, con o sin justicia, seguramente conserva rencor y amargura contra sus actuales aliados y probablemente se distanciará cada vez más de ellos.

El cuadro que presentan las grandes potencias de Europa es, como se vé, sombrío, y subsiste el peligro de que fuerzas aún más destructoras que la misma guerra, se desencadenen y hun-

dan al viejo mundo en la noche más negra de la ruina. Es un hecho que muchos millares de seres humanos actualmente perecen de hambre en la Europa Central, especialmente en los países situados al Oriente de Alemania. Existe carencia total de medios de transporte y por lo tanto no pueden moverse los alimentos de los puertos hacia el interior. Rusia ya no produce para la exportación, y Rumanía—uno de los graneros de Europa—ha perdido todos sus elementos agrícolas, no tiene semillas y no cultiva sino para su consumo local. Todo se conjura, pues, para favorecer movimientos maximalistas, sobre todo en la Europa Central. La paralización industrial es completa en todas partes y la gran masa de trabajadores desocupados, que perciben subvención gubernativa, constituye un elemento muy serio de peligro.

La salvación de Europa parece consistir en la inmediata restauración de todas sus industrias. A este respecto, los Estados Unidos son los llamados a desempeñar el papel de redentores de Europa, mandándole materias primas, maquinarias, alimentos y material de transporte para efectuar su movilización industrial, todo esto en forma ilimitada, a manos llenas. Y tiene que ser pronto, porque el hambre es mal consejero y no da tiempo a que se desenreden por sí sólas las complicaciones de órden económico-social.

C. W.



LA MISION DE LA "HISPANIC SOCIETY" DE NUEVA YORK.



Desde hace pocas semanas se encuentran en Lima los señores William Belmont Parker y Sturgis Elleno Leavitt, enviados de la *Sociedad Hispánica* de Nueva York, para realizar los fines de acercamiento cultural, que señalan sus estatutos, entre la Gran República del Norte y las naciones hispanò americanas.

Aquella Sociedad, fundada el 18 de Mayo de 1904, a impulsos de la magnífica generosidad del multimillonario yanqui, señor Archer M. Huntington, con el levantado propósito de fomentar la fraternidad intelectual entre los hijos de Inglaterra y los de España en este Continente, se-

ñala, efectivamente, en el acta de su constitución, como medio para alcanzar tan elevado intento, "el incremento del estudio de las lenguas española y portuguesa, así como de sus literaturas e historias y el progreso en el estudio de los países en que se habló y se habla el español y el portugués". Siguiendo el rumbo trazado por la noble inteligencia de su fundador, la Sociedad no ha escatimado esfuerzos ni descuidado medios para penetrar en lo más hondo de la civilización española e hispanoamericana, para extraer sus escondidos tesoros literarios y artísticos y difundirlos luego en los Estados Unidos, estableciendo así el íntimo contacto entre ambas mentes y culturas. En su Museo ha almacenado valiosísimas colecciones de cuadros, alfarería, talladuras y labrados en maderas y metales, artefactos característicos, mosaicos, mapas, dibujos y hasta sarcófagos de mármol góticos y del Renacimiento. Su Biblioteca, que cuenta ochenta y cinco mil volúmenes, comprende casi todas las producciones literarias de España y sus dominios del Nuevo Mundo y cuenta con muy raras colecciones de incunables, manuscritos antiguos, cartas y códices. La "Revue Hispanique", su órgano periodístico, publica estudios de los más autorizados escritores castellanos sobre las obras maestras de la literatura española; en su Pinacoteca se exhiben maravillosas telas de Velásquez y El Greco, al lado de las de los contemporáneos Sorolla y Zuloaga, y sus esmeradas ediciones facsimilares vulgarizan con los inmortales monumentos del ingenio hispánico, por todos conocidos, los ya olvidados o ignorados escritos de peregrinos literatos de pasados siglos.

Pero la Sociedad Hispánica sabe que no realizaría el objeto de su instituto si se limitase sólo a descubrir el alma española e hispanoamericana de otras épocas a los norteamericanos, a despertar esa alma ancestral que duerme hace siglos en los infolios y los pergaminos para encontrar en ella lo que hay de sustancial y permanente en la gran nacionalidad hispánica. Precisa conocer, sobre todo, la nueva alma hispanoamericana, con sus actuales pensamientos y tendencias, no menos una por animar veinte miembros distintos; y se consagra a publicar los libros y las conferencias de los grandes directores del pensamiento español y quiere familiarizarse con las múltiples mentalidades de las repúblicas sudamericanas. A preparar este conocimiento, envía a Centro y Sudamérica sus delegados, con el encargo de que estudien a los representantes de todos los órdenes de la vida nacional y cataloguen sus escritos.

El Sr. William Belmont Parker publicará diccionarios biográficos de las personas que representan las direcciones del pensamiento en las principales repúblicas de este hemisferio. Ya ha publicado el correspondiente a Cuba, "Cubans Of To-Day", en elegante volumen de cerca de 700 páginas, que encierra cerca de doscientas cincuenta biografías con los retratos de los biografiados; y se propone hacer otro tanto en nuestro país. El Sr. Parker es una distinguida personalidad intelectual. Conferencista y profesor de lengua inglesa en Harvard, ha publicado una antología crítica del gran filósofo Emerson, una edición comentada del poeta norteamericano Hill y varios libros más. La excelente edición del Diccionario Biográfico de Cubanos, demuestra su perfecta preparación para la obra.

El Sr. Elleno Leavitt es igualmente un notable universitario de Harvard, en cuyas aulas ha sido conferencista; y por su versación en cues-

tiones de historia literaria, ha merecido que la Sociedad Hispánica le encomiende la organización de la bibiliografía peruana, sólida base para la Historia de la Literatura Peruana, que la Sociedad proyecta redactar.

"Mercurio Peruano", en cuyo espíritu nacionalista encuentra simpático eco la misión de la Sociedad Hispánica de propaganda de nuestra cultura y nuestro espíritu, saluda cordialmente a los delegados de la *Hispanic Society* y hace votos porque lleven a cabo cumplidamente su obra, para bien de nuestro país y de la fraternidad americana.

M. B.

—:—:—

LAS CONFERENCIAS DE "ENTRE NOUS"

La sociedad femenina *"Entre Nous"*, que viene realizando aquí, lo que en París hace l'*Université des Annales*, inauguró la *saison* de sus conferencias con una disertación de la señorita María Isabel Sánchez Concha sobre Maeterlinck. La señorita Sánchez Concha, conocida en nuestros círculos intelectuales con el nombre de *Belsarima*, ha tenido un éxito muy simpático y muy justificado con su estudio de la obra sugerente, poética y profunda del gran pensador belga.

Después de apreciaciones generales sobre su teatro y sus libros de filosofía y literatura, *Belsarima* se ocupó detenida y cariñosamente de aquella adorable fantasía que se llama *"El Pájaro Azul"*.

Con lenguaje galano, fácil palabra y elegante dicción, narró la conferencista todos los episodios de ese cuento, lleno de símbolos, de poesía, de misterioso encanto.

La distinguida concurrencia que llenaba la sala del Teatro Colón, premió con calurosos aplausos la labor de la conferencista que ha añadido un triunfo más a los que ya tiene conquistados.

M. W.

—:—:—

LA EXPOSICION DE PINTURA DE JOSE SABOGAL

A mediados de la pasada semana inauguró en el local de la Casa Brandes, su primera exposición de Pintura el artista señor José Sabogal. Es una colección de cuadros (paisajes y retratos) de carácter complenamente regional; aspectos de la Naturaleza y de los habitantes del Sur del Perú, reproducidos con notable realismo y original visión artística.

No disponiendo de mayor espacio en este número para ocuparnos de la exposición del señor Sabogal, como se merece, reservamos un sitio en nuestro próximo número a nuestro crítico de arte para que analice detenidamente las telas exhibidas y estudie la personalidad del artista que nos ocupa. Nos prometemos también dar una o varias reproducciones cromáticas de sus mejores cuadros.

Notas Bibliográficas

Gloria Victoribus.—Es un lujoso album editado a todo costo, con profusión de grabados, en que se describen y detallan las fiestas y regocijos con que los elementos de nuestra sociedad, solidarizados con las colonias aliadas, celebraron, en incontenible explosión de entusiasmo la cesación de la guerra europea y el armisticio pactado entre los combatientes, en aquellos exaltados días de júbilo que hasta entonces Lima no había vivido. En sus páginas se detallan todas esas fiestas; se insertan los retratos de los jefes de las naciones aliadas, de sus representantes en el Perú, de los miembros prominentes de sus colonias y de los políticos y periodistas peruanos que contribuyeron con su palabra y sus escritos a que nuestro país rompiera relaciones con los Imperios Centrales.

Agradecemos al señor Fabio Camacho, autor de este elegante album, el envío que de esa publicación nos ha hecho.

Revista de Revistas

Ideas y Figuras, Madrid, Setiembre, 1918. Dirigida por el argentino Alberto Ghiraldo, espíritu libérrimo y sólido carácter, aunque tal vez tocado un tanto de jacobinismo, esta publicación es una de las que propagan doctrinas e ideas con mayor vivacidad en la Península; acaso sólo pueda comparársela, en este sentido con "España", semanario, éste, de mayor vigor y riqueza intelectual, del que algún día hemos de ocuparnos.

Reproducimos hoy el siguiente artículo de José Ortega y Gasset, ya tan vivo en el pensamiento de nuestro público intelectual su nombre, que no precisa añadirle los calificativos que por estricta justicia le dieran realce.

—— :—: ——

EPICA

"Lo que el lector de la pasada centuria buscaba tras el título "novela" no tiene nada que ver con lo que la edad antigua buscaba en la épica. Hacer de ésta derivarse aquélla, es cerranos el camino para comprender las vicisitudes del género novelesco, dado que por tal entendamos principalmente la evolución literaria que vino a madurar en la novela del siglo XIX

Novela y épica son justamente lo contrario. El tema de la épica es el pasado como tal pasado: háblasenos en ella de un mundo que fué y concluyó, de una edad mítica cuya antigüedad no es del mismo modo un pretérito que lo es cualquier tiempo histórico remoto. Cierto que la piedad local fué tendiendo unos hilos tènues entre los hombres y dioses homéricos y los ciudadanos del presente; pero esta red de tradiciones genealógicas no logra hacer viable la distancia absoluta que existe entre el *ayer* mítico y el hoy real. Por muchos *ayer* reales que interpolemos, el orbe habitado por los Aquiles y los Agamemnón no tiene comunicación con nuestra existencia y no podemos llegar a ellos paso a paso, desandando el camino hacia atrás que el tiempo abrió hacia adelante. El pasado épico no es *nuestro* pasado. Nuestro pasado no repug-

na que lo consideremos como habiendo sido presente alguna vez. Mas el pasado épico huye de todo presente, y cuando queremos con la reminiscencia llegarnos hasta él, se aleja de nosotros galopando como los caballos de Diómedes, y mantiene una eterna, idéntica distancia. No es, no, el pasado del recuerdo, sino un pasado ideal.

Si el poeta pide a la *Mneme*, a la Memoria, que le haga saber los dolores aqueos, no acude a su memoria subjetiva sino a una fuerza cósmica de recordar, que supone latiendo en el universo. La *Mneme* no es la reminiscencia del individuo sino un poder elemental.

Esta esencial lejanía de lo legendario, libra a los objetos épicos de la corrupción. La misma causa que nos impide acercarlos demasiado a nosotros y proporcionarles una excesiva juventud—la de lo presente—, conserva sus cuerpos inmunes a la obra de la vejez. Y el eterno frescor y la sobria fragancia perenne de los cantos homéricos, más bien que una tenaz juventud, significan la incapacidad de envejecer. Porque la vejez no lo sería si se detuviera. Las cosas se hacen viejas porque cada hora, al transcurrir, las aleja más de nosotros, y esto indefinidamente. Lo viejo es cada vez más viejo. Aquiles, empero, está a igual distancia de nosotros que de Platón".

Esta última frase: "Aquiles, empero, está a igual distancia de nosotros que de Platón", resume el pensamiento íntimo de Ortega en la redacción de la viva y fluyente nota que hemos transcrito. La eternidad de lo clásico, de lo ideal, es una de las preocupaciones constantes del perspicacísimo pero desigual—acaso sea esto una cualidad, un signo de vitalidad y de riqueza interior— autor de "Meditaciones del Quijote". Hemos notado como característica en Ortega la tendencia a huír de lo común, de lo manido, nó por prurito de elegancia o exquisitez, sino por espíritu de investigación positiva, por el deseo de estilizar lo más posible en el campo de las ideas, extrayendo éstas de la realidad viva y palpitante del momento, dándoles al mismo tiempo un sello definitivo. Tal es el secreto, a nuestro juicio de la originalidad de su literatura.

E. E.

Erratas sustanciales

En el número anterior de Mercurio, se han deslizado algunas erratas fundamentales en el artículo del señor D. Antonio Sagarna, titulado "Cuestiones de Asistencia Social".

Pág. 442—línea 18a, palabra 7a., en lugar de *"forma"*, debe decir *fórmulas;*

Pág. 444—línea 8a. entre palabras 1a y 2a., debe intercarlarse *higiénicas y*;

Pág. 445, línea 2a., después de *endógenos*, debe apregarse *y exógenos;*

Pág. 445, línea 8a., palabra 9a., después de ella debe agregarse lo siguiente: *en defensa de la vida de la madre, y en el segundo se salvaría el vástago*;

Pág. 445, línea 13a palabra 6a., en lugar de *insospechable* debe decir *insospechado;*

Pág. 446, línea 20a, palabra 11a, debe decir *malezales* y no *marezales;*

Pág. 447, línea 13a, palabra 1a., debe agregarse después de ella, *jardinería, fruticultura, avicultura*.



El Vestido de la Abuela

Exposición y Objeto del Criterio (1)

Honramos nuestras columnas con las siguientes páginas del eminente profesor uruguayo señor Santín Carlos Rossi. Es el Dr. Rossi, al mismo tiempo que un notable sicópata, un sociólogo de verdad y un literato distinguido y así se unen en su obra la precisión científica, las ideas generales y la elegancia en la forma. Pertenece el Dr. Rossi a la brillante generación uruguaya que encabezara el malogrado Héctor Miranda, y que ha dado al país hermano su actual Presidente y las personalidades más visibles de su política y de sus letras.

PANORAMA BIOLOGICO DEL HOMBRE.

El hombre es el único ser viviente que ha logrado modificar por su esfuerzo propio sus relaciones con el medio que habita, la corteza de la Tierra. Así, mientras los demás animales, herbívoros o carnívoros, siguen tributarios de las praderas, los montes, los mares y los ríos para adquirir sus materiales nutritivos, el hombre hace surgir de las entrañas de la tierra el cereal o el agua que necesita, extrae del seno de los mares o del fondo de los bosques los animales que pueden alimentarlo, y pone a su servicio, "domesticándolos", los que no le interesan para su alimentación. Modificó también la defensa de su organismo contra la intemperie, defendiéndose del frío, la lluvia o el exceso de temperatura por la vivienda y el vestido. Modificó en fin su propia traslación en el espacio, reemplazando el movimiento de sus extremidades inferiores con la utilización de animales domesticados o vehículos que "fabricó".

---

(1) Capítulo inédito del libao en prensa "El Criterio Fisiológico".

Si investigamos las razones biológicas de esta superioridad sobre los demás animales, y no hacemos intervenir a la imaginación, encontramos una decisiva y suficiente: *la posesión de manos.* Otras diferencias más o menos evidentes distinguen al hombre de los animales que más se le aproximan en organización: el desarrollo máximo del cerebro y la palabra. Pero aunque el cerebro del hombre sea más rico en corteza asociativa que el de los vertebrados domesticados y por lo tanto educables, y aunque la palabra humana sea un maravilloso instrumento de comunicación como ningún otro ser viviente lo posée,—corteza asociativa y lenguaje comunicativo tienen sus imágenes reducidas en casi toda la escala zoológica; las manos son sólo del hombre. No es posible demostrar— si no se admite la historia que del hombre hace Lamarck—si la adquisición de las manos fué anterior, paralela o posterior al desarrollo cortical del cerebro humano; pero lo que puede demostrarse es que el único ser viviente que ha logrado modificar sus relaciones con el ambiente es aquel cuyas extremidades anteriores, libertadas de la función subalterna de sostener el cuerpo, terminan en manos.

Las manos definen al hombre. El sistema nervioso sigue ejerciendo en el organismo humano su rol de recibir impresiones, asociar experiencias, orientar movimientos y conducir estímulos; la corteza cerebral sigue teniendo la dirección superior de todos los fenómenos vitales, por medio de esa función abstracta de la "inteligencia" que Romanes define como "la facultad que permite aprovechar de la experiencia para prever el porvenir"; pero la transformación del planeta en que vivimos y el dominio del hombre sobre las cosas es la obra directa de las manos.

La historia de la civilización humana es la epopeya de las manos. Cuando la industria (disciplina inteligente de las manos) reemplazó a algunos mecanismos orgánicos en la adquisición de materiales nutritivos, el hombre pudo conservarse con menos gastos de energía, es decir, tuvo a su disposición un crédito de energías. Este sobrante de energías es el alimento de la civilización. Cuando el hombre apareció en el planeta, no tenía a su disposición ni viviendas que lo ampararan, ni armas que lo defendieran, ni agricultura que le permitiera intensificar su alimentación, ni fuego que le permitiera ahorrar calor animal,—y sin embargo vivía. Esto significa que su organismo tenía energías suficientes para vivir como los demás animales; pero los demás animales, no vivían más que una vida puramente nutriti-

va (la reproducción no es más que un aspecto de la nutrición). Y a medida que su naciente industria le permitió cumplir las funciones conservadoras con menos gastos de energías, el hombre se dedicó a la misma tarea modificadora de las demás funciones orgánicas, tarea que el lenguaje humano engloba en el vocablo "civilización".

La civilización destacó definitivamente al hombre en la escala zoológica. La industria siguió su marcha progresiva, y de las nuevas conquistas sobre el medio surgieron nuevos motivos de asociación en los hombres. Las colonias humanas, que primitivamente fueron defensivas, como las demás colonias animales, se hicieron además cooperativas en la conquista sobre el ambiente. De la nueva manera de vivir surgieron hábitos nuevos, que crearon las instituciones de la civilización. La adquisición de materiales nutritivos se hizo definitivamente por la vía industrial y surgió el trabajo; las funciones reproductoras se ennoblecieron con el sentimiento y surguió la familia; las funciones de relación atendieron a todas las solicitaciones de interés humano, y sin rehusar su contribución ni a la adquisición de material nutritivo ni al ejercicio de las funciones reproductoras, ni a la defensa contra las agresiones cósmicas o animales del ambiente,—dedicáronse a alimentar las funciones imaginativas y crearon el Arte, y a disciplinar la investigación de los fenómenos naturales y crearon la Ciencia. Toda la historia del hombre es función de inteligencia, obra de manos y aplicación de energías sobrantes.

Pero paralelamente al conquistador de la Naturaleza, apareció en la humanidad el conquistador del hombre. Pronto conoció la inteligencia el valor de la economía del esfuerzo en la adquisición de energías, y siempre que le fué posible, el hombre intentó utilizar el material ya conquistado por el esfuerzo de otro. El abuso es una institución humana con tanta personería como las otras. A veces el abuso era fácil, y el hombre lo cumplía sin mayor consumo de energías: era el despojo del más débil por la violencia. A veces no era tan fácil, el débil se asociaba con otros o se valía de la astucia o de medios industriales que reemplazaban su fuerza ausente, y aparecieron entre los hombres instituciones que sucesivamente ampararon o combatieron el abuso: la fuerza reglamentada, el mando jerarquizado, las leyes, las patrias. Todas esas instituciones aparecieron en distintos puntos del planeta para proteger al hombre; pero como el atacante o agresor era otro hombre, ellas exigieron para ser mantenidas e-

nergías sobrantes que no tuvieron aplicación de progreso, aunque la especie siguió progresando sin el concurso de esos lotes de energías.

El abuso no se ejerció solamente contra otros hombres, sino contra el propio individuo, que cuando conoció el funcionamiento de todos sus órganos solía ejercerlos sin sujetarse al límite "fisiológico". El abuso individual tuvo por consecuencia la alteración del medio interior del organismo o enfermedad, así como la desviación de la conducta hacia esas funciones preferidas que no producen energías útiles, o vicio.

Luchas, enfermedades y vicios entre los hombres se fueron trasmitiendo con la herencia, como una escolta sarcástica de la civilización que puede englobarse en el vocablo sufrimiento, y la Especie, para seguir viviendo, necesitó destinar a este apéndice de su triunfo sobre el medio energías defensivas, que naturalmente debe distraer de las economizadas por su industria inteligente.

De manera que el hombre del siglo XX cumple cuatro clases de actos o funciones: funciones nutritivas, destinadas a obtener energías y que conservan el organismo; funciones de relación, destinadas, unas a la conquista de material nutritivo, otras a la investigación científica y producen progreso, otras al alimento de la imaginación y producen arte o "placer", etc.; funciones de reproducción, que producen herencia,—y funciones defensivas, que combaten el sufrimiento y son en realidad reacciones contra agresiones humanas, porque las agresiones de la Naturaleza inorgánica ya estaban de hecho vencidas cuando se estabilizó el tipo humano por su armonía definitiva con el ambiente o "adaptación".

Cada uno de estos actos o grupos de actos—que son todos ellos funciones orgánicas aunque todos no tengan órganos específicos—requiere y consume su correspondiente lote de energías. Así es que el hombre actual distribuye las energías que acumula en cuatro lotes: uno para los actos nutritivos, otro para las funciones de relación, otro para la conservación de la especie y un cuarto lote para defenderse de las energías agresivas, predominando en éstas, por lo numerosas e intensas, las de orígen humano.

Tal es el panorama biológico del hombre, que aparece empleando actualmente sus energías en tres direcciones: a) para conservarse; b) para progresar; c) para defenderse,— panorama que puede sintetizarse en el siguiente esquema:

ESQUEMA ENERGETICO DEL HOMBRE ACTUAL

Funciones:	Consumen:	Producen:
a) nutritivas.	a') energías nutritivas	Energ. sobrantes
b) de relación,	b') » de relación	Movimiento. Arte. Ciencia. Progreso.
c) reproductoras,	c') » de reproducción	Herencia
d) agresiva y defensiva	d') agresivas y defensivas	Esclavitud. Miseria. Vicio. Enfermedad. Perturbaciones sociales.

LOS DOS ASPECTOS DEL HOMBRE: LA "ANIMALIDAD" Y LA "HUMANIZACION".

El esquema que antecede plantea en sus verdaderos términos la naturaleza del hombre, términos que hacen inútil la discusión del antropomorfismo.

La modificación del ambiente por medio de la civilización ha constituído un nuevo medio para el hombre, nuevas "circunstancias" en el sentido lamarckiano de la palabra; estas nuevas circunstancias, que por ser todas producidas por el hombre, podemos llamar "humanas", han determinado en el hombre necesidades nuevas, a que ha debido someterse por fuerza del hábito, —y por último estas nuevas necesidades determinaron nuevas funciones, que ora tienen un órgano especial—manos, regiones corticales, aparato vocal—ora desarrollan en esferas "humanas" y con aplicaciones nuevas los órganos filogenéticos, o que también existen en la escala zoológica: sentimiento para las memorias sensoriales y asociativas, arte para las funciones de imaginación, ciencia para las de previsión, etc. Este aspecto de la vida del hombre podría ser designado en conjunto con el nombre de "humanización", preferible al de civilización y que del punto de vista metafísico no prejuzga nada.

Pero destacado éste aspecto humano de la vida del hombre, apresurémonos a devolver a la célula viva toda su soberanía: el medio interior sigue imponiendo sus leyes a la humanización, y toda la fuerza del hombre, su industria, su sentimentalidad, su arte y su ciencia,—toda la majestad humana que ha dominado el mundo, sigue necesitando como los demás animales la correlación perfecta entre la célula y la linfa, y sigue tributaria de las leyes comunes a todos los organismos vivos que hemos estu-

diado en la primera parte: la "humanización" tiene el triunfo aparente; la dirección suprema la conserva la "animalidad". Sólo respetando la animalidad puede continuar viviendo el hombre, y si no la respeta sufre o muere.

El medio interior impone su ritmo a la vida, por eso hemos dicho en la introducción que el progreso de la Especie depende de que el Dn. Quijote de la "humanización" atienda las advertencias del buen Sancho de la "animalidad".

El hombre es, pues, un binomio de animalidad y humanización: constituyen la animalidad las funciones de nutrición, de relación y de reproducción, y constituye la humanización todo eso que satisface con el trabajo las funciones nutritivas, dignifica con el amor las funciones reproductoras y ennoblece de ciencia o embellece de arte las funciones de relación.

ESTIMULOS DE LA CONDUCTA HUMANA: POSITIVOS, LA NECESIDAD Y EL PLACER; NEGATIVO, EL DOLOR.

¿Por qué se siente el hombre atraído hacia horizontes tan desiguales? ¿Por qué aplica sus energías en direcciones tan opuestas, que en unas tienden a la conservación y progreso del organismo, en otras a la tortura de la propia individualidad o a la agresión contra individuos de la misma especie?....

Estas interrogaciones llevan directamente a investigar los estímulos de las funciones del organismo humano. El organismo humano, a pesar de su complejidad y su riqueza, no hace excepción a la clásica ley de la inercia, según la cual ningún cuerpo modifica su equilibrio— "estático" o posición y "dinámico" o movimiento— sin una excitación suficiente. Así como toda función requiere su correspondiente lote de energías, todo órgano necesita un estímulo para funcionar. Los estímulos del funcionamiento del organismo humano provienen de sus dos medios: el exterior o ambiente cósmico y el interno o ambiente celular.

Los estímulos exteriores son los que recogen los órganos sensoriales, y son específicos: vibraciones luminosas para la vista, sonoras para el oído, agentes químicos para el gusto y el olfato, agentes físicos y químicos para la superficie cutánea o sentido del tacto. Cada membrana receptora tiene ramificaciones de tejido nervioso por su superficie interior, que se continúan por fibras que perte-

cen al sistema nervioso común y solidario y que por intermedio de él conducen la excitación desde el segmento externo impresionado hasta el órgano que ha de funcionar. A veces el recorrido del estímulo entre el órgano sensorial y el órgano que reacciona es *breve*, por decirlo así, y "directo:" va desde el punto tocado en la periferia hasta un segmento regional del eje nervioso, que recibe el estímulo y da la orden de movimiento al órgano que debe responder. Es el circuito corto, y el movimiento así producido se llama en el lenguaje clásico "reflejo". Otros estímulos recorren un trayecto más largo y más complicado; hacen escalas sucesivas y llegan hasta el extremo superior del eje nervioso, la corteza cerebral, donde son percibidos por el individuo. Es el circuito largo, y los reflejos así producidos se llaman en el lenguaje de la psicología clásica "actos o fenómenos conscientes". Se diferencian de los anteriores en que deben ser percibidos antes de que se produzca la reacción y en que la reacción puede ser evitada o aplazada, lo que en los otros es más difícil y en algunos quizá imposible (por ejemplo, los visuales y emotivos). Los reflejos que siguen el circuito largo necesitan por lo tanto más colaboración del individuo, por eso se llaman también "voluntarios".

Los estímulos del medio interior provienen de las extremidades internas o viscerales del sistema nervioso, y son recogidos directamente o por intermedio del sistema nervioso llamado "gran simpático", o por la ramificaciones del sistema nervioso central en el ambiente mismo de la célula viva. Hay una sensibilidad orgánica interna exactamente activa como la exterior y cuyos estímulos recorren los mismos circuitos cortos y largos, extra-corticales y corticales, que los provenientes del exterior: es la cenestesia.

Antes de pasar adelante, advirtamos que, en determinadas condiciones de intensidad o de resistencia—especialmente cuando los fenómenos pierden su ritmo habitual— todos los reflejos de circuito corto pueden transformarse en reflejos largos o corticales, por efecto de la solidaridad nerviosa. No todos parecen ser susceptibles de inhibición o detención, es decir, ser voluntarios, aunque lleguen a ser corticales (quizá los latidos cardiacos no sean detenibles, la respiración en cambio lo es; el llanto y otros reflejos viscerales también son detenibles por la corteza,); pero todos pueden ser percibidos y controlados por la corticalidad (pueden ser conscientes.)

Abandonando el mecanismo conductor de los estímulos orgánicos para pasar al primum movens del estímulo, la excitación eficaz, encontramos en primer término una excitación visceral o si se prefiere orgánica, que se manifiesta en la misma célula viva y es local, es decir, que la célula que será objeto de la reacción o descarga del reflejo es la que inicia la excitación que provocará el acto terminal. Expliquemos este mecanismo por medio de un ejemplo nutritivo, el apetito o excitación para el alimento.

El estímulo de la alimentación parte de la mucosa del estómago y recorde el circuito largo, el cortical. Es primero una sensación de advertencia: hay algo en el estómago que reclama la atención del individuo; es como una sensación de vacío que un rato antes no se sentía y que otras veces se ha calmado con la ingestión de alimentos. Si esa "solicitud" de calmar una molestia es desoída—porque la corticalidad puede no obedecer, inhibiendo el reflejo antes de llegar al arco terminal, el acto alimenticio— la sensación aumenta en intensidad y en extensión: el acorde se hace orquesta. Ya no "arde" sólo el estómago, arden también el esófago, la faringe, hay sed general, duele la cabeza, zumban los oídos; es un desequilibrio general que de todos los segmentos nutritivos manda excitaciones a la corteza: el circuito es ahora todo el sistema nervioso interesado en la nutrición.

La naturaleza físico-química de esta excitación no tiene interés para esta dilucidación de que la conducta del hombre no es espontánea sino provocada (por ahora en nutrición): basta que se conozcan sus efectos. Parece que todo se reduce a una simple desintegración molecular en las células de la mucosa gástrica, posterior a otras desintegraciones moleculares de las células vivas. La célula, por el hecho de vivir, es asiento de una reacción química eterna (mientras vive el organismo) que pierde cadenas de átomos v queda en estado de desequilibrio molecular. Entonces, la afinidad química entra en juego y sustrae de la linfa, por ósmosis, los elementos que le faltan para integrarse porque no puede vivir sin forma, (biógenos de Werworn); se equilibra con empobrecimiento de la linfa, y el desequilibrio de la linfa se completa o se integra a su vez con los elementos correspondientes de la sangre, y en fin cuando la sangre a su vez no tiene más biógenos se acude a la fuente externa, el medio exterior. El intermediario es el sistema nervioso, órgano de relación, y lo que da la advertencia es el sufrimiento del primer tejido que no tiene más: las células de la mucosa digestiva, pero que pronto

arrastran a sus hermanas en sufrimientos. El apetito, pues, es un primer estado de sufrimiento celular, que la experiencia del individuo le ha enseñado a calmar alimentándose.

Sigamos con la conducta cortical ante esta excitación del apetito. Pueden suceder dos cosas: la corteza deja pasar el estímulo y el reflejo se cumple en su totalidad, hasta el acto que alimenta; o la corteza inhibe tenazmente el estímulo y el reflejo no tiene terminación práctica, se interrumpe en su trayecto cortical. Examinemos lo que pasa en uno y otro caso.

Cuando el individuo, repitiendo un acto que se incorporó a su experiencia desde que nació, se alimenta, la sensación perturbadora de su equilibrio general desaparece, para dar lugar a un estado de calma y fuerza que es el resultado de la "armonía fisiológica", o equilibrio entre todas las células del organismo y las linfas que las bañan. Ese estado general se traduce por un tono afectivo agradable al recuerdo, y queda incorporado a la experiencia del individuo, al patrimonio individual, como favorable a la conservación del organismo, porque no imposibilita, como el estado de inquietud que ha hecho desaparecer, el dominio de las funciones. Es un rudimento de placer.

En cambio, cuando el individuo se opone tenzamente a la satisfacción de su apetito, la desintegración celular se hace más intensa y general; la sensación que aumenta domina y monopoliza el sistema nervioso, canaliza sus energías todas en esa oposición y el individuo pasa por un estado que es afectivamente rechazado por él porque le quita facilidad a la vida, y como, además, la célula que no se integra porque no tiene material a su disposición no puede esperar y sufre, el individuo tiene conciencia de que el apetito no satisfecho no favorece su organismo, es un estado de dolor, que el individuo no gusta repetir, y que por lo demás no puede prolongarse porque pronto viene la desintegración completa o muerte de la célula.

La corteza del cerebro, cuya función es recibir sensaciones, asociar recuerdos y orientar movimientos, sintetiza en la personalidad del individuo esos estados como agradables o desagradables, y, salvo la alteración de la personalidad o desequilibrio mental, huye al dolor y busca el placer. En las funciones nutritivas, el dolor y el placer son rudimentarios, son el primer peldaño de la escala jerárquica del afecto, o carácter general de los fenómenos que la personalidad de un individuo gusta repetir, por oposición a los que no gusta repetir. Hay una gradación sutilísima del perfecto equilibrio orgánico, que tal vez no sifinifi-

ca ni placer ni dolor, a los extremos de las líneas divergentes en que culminan los fenómenos que la personalidad consciente —memoria asociativa o mentalidad— conoce como causantes de placer y de dolor.

Como se ve, el fenómeno fundamental de todo estímulo funcional es una necesidad orgánica, y como la más común e inapelable necesidad es la nutritiva, no era muy vituperable Epicuro cuando ponía la piedra angular del placer en el estómago, y como muy a menudo el placer no es más que la cesación de un dolor, tampoco era antifisiológica su concepción de la suprema felicidad como la suprema tranquilidad, la ataraxia.

El dolor es un estímulo negativo, es decir, un estado a evitar, y tiene más fuerza excitadora que el placer porque desequilibra el funcionamiento orgánico en sentido depresivo—o asténico, para emplear el lenguaje de Bechterew,—más fuerte todavía que la muerte, porque el dolor se repite y la muerte nó.

Pero la necesidad y el dolor no son los únicos elementos que constituyen la experiencia individual: está también el placer. El recuerdo del placer se incorpora con el del mecanismo que lo produce al patrimonio individual o mentalidad del hombre, y hé aquí el segundo polo de atracción para la conducta humana. La evocación de un acto por el placer—a expensas de un mecanismo que no necesitamos estudiar, aunque lo señalaremos en las funciones de relación—puede ser punto de partida de un reflejo o tercer modo de excitación individual; tendríamos así las excitaciones del medio exterior, las del medio interior o visceral y las de la actividad cortical. Este tercer modo de excitación tiene un rol considerable, del mismo grado y eficacia que la inhibición cortical al paso de un reflejo. Mientras el órgano le responda y no tenga una resistencia mayor que su acción,—mentalidad educada, fuerza exterior predominante—la actividad cortical puede dominar la conducta total del individuo en favoi o en contra de su armonía fisiológica.

DE LA ANIMALIDAD A LA HUMANIZACION: EXIGENCIAS ORGANICAS Y EXIGENCIAS PRE-ORGANICAS.

El mecanismo fisiológico de la conducta humana sigue perteneciendo al dominio de lo que hemos llamado "animalidad"; pero desde ahora en adelante hablaremos un lenguaje que no puede aplicarse más que al hombre.

Sea corto o largo el circuito que recorren los estímulos, pasen o no éstos por la corteza cerebral antes de descargarse, la reacción que tengan al traducirse en actos pertenece por entero a la "humanización".

En el organismo, el desequilibrio molecular presenta su exigencia biológica o animal: ser compensado bajo pena de sufrimiento o de muerte; fuera del organismo, la satisfacción de un apetito o de un deseo (el deseo de la evocación de un acto que puede coincidir o nó con un apetito: dentro de nuestro lenguaje de explicación, podríamos decir que es la "humanización" de un apetito) requiere una operación previa, que es la de adquirir el elemento que satisfaga su exigencia orgánica.

Esta exigencia pre-orgánica es el eje de la conducta humana. Si el individuo no la satisface antes que a la otra (o, cuando la exigencia de la humanización sea consecuencia del acto biológico, después que a la otra), la satisfacción de la exigencia orgánica puede ser imposible o contraproducente.

Aclaremos estas proposiciones con un ejemplo, tomado de la esfera nutritiva. Imaginemos a un sujeto en todas las situaciones que puede tener ante la ingestión de alimento.

Primer caso.—El sujeto siente apetito (excitación interna). Como sabe por su experiencia anterior que el apetito le repite rítmicamente, ha previsto la necesidad de alimentarse y ha preparado su alimento, que ingiere hasta que se calme su molestia. La exigencia pre-órgánica está en armonía con la orgánica.

Segundo caso.—El sujeto no ha preparado su alimento y cuando siente su apetito no puede calmarlo. Sufre cada vez más, hasta que no encontrando la solución de la experiencia ingiere como alimento vegetales que encuentra a su alcance, no preparados por la industria culinaria. Como su sistema digestivo está habituado a otro género de alimentos y no tiene fermentos digestivos específicos para todos los vegetales en el estado en que se encuentran en la naturaleza, puede no asimilar los que ingiere y no nutrirse, o puede asimilarlos con perturbación del equilibrio fisiológico o enfermedad.

Tercer caso.—Puede ver manjares sin tener apetito (excitación externa), y alimentarse con ellos sin necesidad orgánica. El material ingerido en esas condiciones puede no ser digerido ni asimilado, oficiando de sustancia extraña que debe eliminarse, o puede ser digerido con gastos de energías suplementarias—fermentos, jugos digestivos, oxígeno— que tomará el organismo de otros lotes y despojará a otras funciones.

Cuarto caso.—La evocación cortical de un placer alimenticio puede engendrar el deseo de determinado alimento (excitación de la mentalidad) cuando no es necesario o cuando la experiencia ha demostrado que no es favorable al organismo, aunque sea agradable (caso del alcoholismo), y producir así energías nocivas a su organismo.

Quinto caso.—En fin, el sujeto que sienta cualquiera de esos estímulos suficientes, puede apoderarse de un alimento preparado por otro individuo al cual priva de energías nutritivas, y la consecuencia de este acto agresivo puede ser la necesidad de defenderse de otra agresión del despojado.

Analizando esos cinco casos se comprende la extensión considerable que tiene la "humanización" en el funcionamiento orgánico del hombre.

NECESIDAD DE ORIENTAR LA "HUMANIZACION": EXPERIENCIA INDIVIDUAL Y CIENCIA EN LA FORMACION DE LA MENTALIDAD.

El párrafo anterior demuestra que las exigencias pre-orgánicas no están sujetas a la ley de la necesidad. Por eso mismo escapan a la biología. Al individuo le basta, del punto de vista nutritivo por ejemplo, satisfacer su apetito con la ingestión de alimentos, sin averiguar su procedencia ni su calidad,— y de igual modo que al estímulo-apetito reacciona biológicamente con respecto al estímulo-deseo o excitación sensorial.

Biológicamente, para decirlo de una vez, ningún organismo está obligado a la reflexión. Pero, a pesar de esa indiferencia por las cosas pre-orgánicas, la biología es protectora de la vida, porque la memoria, que es propiedad de la sustancia viva, le huye al dolor. La memoria permite la educación de los organismos por la experiencia individual, y el recuerdo de lo que ha sufrido un día basta para que el individuo reflexione cada vez que se encuentra en situación semejante.

Sólo que a menudo la reflexión llega tarde, cuando el organismo ya ha sufrido las consecuencias de su inexperiencia. Los órganos podrían quedar abandonados a sus leyes de equilibrio físico-químico si el hombre no tuviera un poder tan extenso, el de hacer seguir de un acto "realizador" las sugestiones de su inteligencia. Los órganos funcionan siempre como autómatas, entre un estímulo que inicia un reflejo y una reacción que lo determina, indiferentes a la dirección de esta reacción como

las nubes que—según sea la condensación de vapor de agua o la concentración del fluído eléctrico lo que las desequilibra—lo mismo dejan pasar al agua que fecunda como al rayo que fulmina. Cierto que la experiencia es precisamente función de inteligencia, pero al lado de la experiencia del dolor existe en el hombre la experiencia perturbadora del placer.

Toda la Biología está comprometida en este balance entre el dolor y el placer, dando a estos dos comentarios de la inteligencia su significado orgánico. La Biología no fué inventada por el hombre: es la historia de lo que pasa cuando un ser vive: por qué se conserva, por qué funciona, por qué se reproduce, por qué se enferma y por qué se muere. Todo ser viviente, por rudimentario que sea su organismo, escribe una página de Biología cuando toma del medio en que vive el alimento necesario para subsistir o huye del enemigo que puede destruírlo. El hecho de que un individuo se conserve y se reproduzca significa que ha "aprendido" su biología; pero por cada especie que aprovechó los datos de su experiencia, ¡quién sabe cuántas han reintegrado con los cadáveres de sus primeros individuos el medio marino o terrestre en que vivieron!

La educación biológica del hombre fué en sus primeros tiempos la común de los animales. El primitivo cazaba, elegía frutos, seleccionaba vegetales, levantaba chozas, sin saber si lo que "ensayaba" era favorable o desfavorable para conservarse. Cuando el resultado de sus actos calmaba un sufrimiento o le permitía un placer lo repetía, y así fué sobreviviendo el que hizo experiencias favorables a su conservación. De igual manera que para las especies, por cada grupo humano que conservó su línea hereditaria, ¡quién sabe cuántos grupos naufragaron en su primer viaje o en el primer cambio de su ambiente! Conocemos los que quedaron porque han aprendido su biología, pero a medida que aparecen nuevos estímulos en el ambiente o nuevos temas para su inteligencia, el hombre vuelve a ensayar.

Esa experiencia fragmentaria e incoherente ya no es necesaria al hombre del siglo XX en el capítulo de Biología que trata de la conservación de su vida. La ciencia contemporánea—la "ciencia" no es más que la síntesis de las experiencias favorables—hace posible suprimir los ensayos peligrosos. Ya conoce lo bastante el mecanismo de la vida o Biología para unificar la marcha de la Especie, y la "humanización" pierde su derecho a la improvisación en materia biológica, salvo que proclame abiertamente su rebelión a las leyes de la vida.

Si quisiéramos un ejemplo concreto, de experiencia individual y "ciencia", podríamos tomarlo de la Medicina. Hasta 1894, el médico tenía derecho a ensayar en la terapéutica de la difteria, falto de la experiencia favorable decisiva, y las madres de treinta años atrás recordarán con espanto el resultado de esas improvisaciones. Pero desde que Roux entregó a la terapéutica su suero inmortal (sin quitarle la gloria a Behring y Kitasato) ningún médico tiene derecho a improvisar remedios a la cabecera de un diftérico, es decir, en plena acción,—aunque puede ensayar otras medicaciones en su laboratorio o en su propio organismo. De la biología inconsciente del improvisador a la biología consciente del sabio hay toda la diferencia q' va del médico anterior a Roux y el posterior a éste en la terapéutica de la difteria.

Pero la Biología aislada y sin comentarios, a pesar de su solidez, sería infecunda. Se limitaría a escribir en leyes, frías como inscripciones o rótulos el mecanismo de los fenómenos vitales, pero su fórmula sería la misma para la clínica de un hospital que para el mármol de una tumba. "Este hombre, diría la fórmula biológica en el hospital, ha continuado viviendo porque pudo digerir y asimilar al bacilo de la fiebre tifoidea, gracias al poder de sus fagocitos; éste otro, diría sobre la losa del sepulcro, no continuó viviendo porque el bacilo de la tifoidea lo asimiló". A la Biología le falta el calor del sentimiento que ama la vida y quiere defenderla: sus leyes necesitan un comentario interesado; la Fisiología da ese comentario, por eso la frecuentan el médico, que tiene a su cargo la conservación de la vida, el sociólogo, que es el guardián del progreso, el filósofo, que tiene la curiosidad inteligente de las causas.

UTILIDAD DE UN CRITERIO FISIOLOGICO EN LA FORMACION DE LA MENTALIDAD.

La Fisiología tiene esa parcialidad de la vida. Ella es la rama biológica que estudia la manera de continuar viviendo, y aunque es una disciplina científica autónoma, como indica el límite del funcionamiento normal y señala la frontera del patológico, su lema es en realidad el mismo que sigue sin proponérselo la conducta humana: "contra el sufrimiento." Así, las leyes fisiológicas son fórmulas filosóficas, ricas en consejos prácticos.

El esquema energético del hombre actual que hemos dado en el parágrafo indica en qué direcciones puede ejercerse la influencia de la Fisiología sobre la conducta humana. Hemos

visto que la distribución de las energías que puede acumular el organismo no tienen todas el mismo significado: las hay indispensables, agradables, convenientes y perjudiciales. Hay, pues, una jerarquía funcional que puede ser "seleccionada" por nuestra mentalidad, por lo cual debe conocerse a fondo. En un prinmer grado se encuentran las funciones nutritivas, usina de todas las energías orgánicas, las que a su vez pueden ejercer energías nocivas. Ellas son indispensables, y deben dejar un sobrante de energías para el servicio de los órganos restantes. Un grado más arriba se encuentran las funciones de reproducción, sobre cuya necesidad del punto de vista individual hablaremos más adelante, pero que son indispensables para la conservación de la especie: un lote de energías les corresponde si se desea que el hombre se conserve. En un tercer grado se encuentran las funciones de relación, que tienen un aspecto indispensable, y es el que contribuye a las funciones nutritivas, y otro "agradable", aunque no sea útil: es útil la mirada que advierte un alimento y el movimiento de prehensión que lo toma; son solamente agradables sin ser útiles la mirada que contempla una puesta del sol y la mano que arranca armonías a un piano. Pero éstas exijen un lote de energías, porque son las que dan mayores encantos a la vida.

En un cuarto grado colocaríamos ese grupo de actos intelectuales que destinan energías al progreso, que no constituyen funciones autónomas aunque quizá no sea exagerado atribuírles el resultado lamarckiano de crear órganos nuevos, que se modelarían en ciertos espacios libres de la corteza cerebral que forman gran parte de los lóbulos frontales y territorios adyacentes.

No incluímos en la jerarquía de funciones los actos defensivos, porque la defensa del organismo es requerida por tres causas: la primera, por agresiones naturales del medio—concurrentes vivos o parásitos, sean animales o vegetales— y se confunde con las funciones nutritivas que están precisamente para eso; las otras dos, provienen de factores humanos—el propio individuo o individuos extraños—y pueden evitarse. La diferencia entre la resistencia orgánica a esas energías agresivas es también manifiesta: el triunfo sobre las naturales aumenta la fuerza del organismo con la adquisición de órganos digestivos específicos contra el agente derrotado (inmunización específica), mientras que el rechazo de las energías de orígen humano se hace con disminución de la propia resistencia (alcoholismo, enfermedades por exceso de nutrición, estado de lucha constante y

por lo tanto empleo constante de energías defensivas cuando el vencido es otro semejante que prepara su revancha, etc.)

Esa jerarquía funcional bastaría por sí sola para la investigación de un criterio que pusiera la conducta de acuerdo con las leyes del funcionamiento orgánico, si no fuera además que ninguna de esas funciones deja de obedecer a las condiciones que hemos estudiado en la primera parte (ley del óptimum, leyes de la energética, fatiga e intoxicación, etc.)

La orientación de la mentalidad humana por la fisiología tendería, pues, a tres finalidades: primero, ejercitar todos los órganos, para que se cumpla el principio genético de Lamarck; segundo, ejercitarlos dentro de las leyes del óptimum, para evitar la degradación del organismo; tercero, eliminar las energías agresivas que provienen de factor humano.

PROYECCIONES DEL CRITERIO FISIOLOGICO Y APLICACIONES.

De acuerdo con esas orientaciones, el criterio fisiológico tiene aplicaciones a todos los actos del hombre, pues que todos son funciones de algún órgano y obedecen a las leyes comunes de la biología, aunque tengan algo más, la modificación "humana" de la conducta, sea de la conducta individual—Ontología fisiológica,—sea de la conducta social del individuo,—Sociología fisiológica.

En cada una de esas funciones, el criterio fisiológico representará los derechos de la Biología ante los de la "humanización", orientando la conducta del hombre en forma que ejerza los actos conscientes dentro de las condiciones que requiere el organismo para conservarse y perfeccionarse, utilice las energías que le dejan disponibles las funciones nutritivas para hacer funcionar armónicamente todos los órganos que posée, y elimine de su conducta los actos que, como resultado inmediato o lejano, tiendan a disminuir la vitalidad del organismo o de la especie.

Así, conocido el mecanismo, el objeto y la extensión individual y social de sus actos, (educación)—el individuo sabrá cuál debe ser su actitud personal con respecto a esas funciones (moral), cómo puede adquirir los materiales necesarios a su subsistencia (trabajo), en qué sentido debe modificar las energías que recibe del medio exterior (industria), cómo retira placer del ejercicio de sus funciones (arte), cómo corregirá los organismos agredidos por las energías nocivas de su ambiente (medicina), o

cómo las neutralizará antes que actúe (higiene), y cómo regulará las relaciones entre semejantes (sociología), disponiendo el mínimum de obligaciones sociales que corresponden a cada individuo por su condición de asociado (reglamentación social) y defendiéndose de los semejantes que perturben su medio social (legislación).

SANTIN CARLOS ROSSI.

Montevideo

Alfombra de Luz

Cada hermosa mañana en el augusto
y románico templo,
cuando el clero celebra en los altares
el sacrificio incruento,
—con música del órgano, con canto,
con murmullos del pueblo,
bajo esplendor de cirios y entre nubes
de litúrgico incienso,—
por la ventana que al oriente mira,
el sol, que va ascendiendo,
penetra y tiende una cuadrada alfombra
de luz en el crucero;
alfombra que ornamentan los barrotes
con tenues arabescos,
y que hoy se halla tan íntegra y tan limpia
como cuando la vieron
otras generaciones que ya duermen
de la paz en el sueño;
seres que diariamente congregados
ante este presbiterio,
fervorosos rendían homenaje
al Dios de los Ejércitos,
y, en el fondo del alma estremecidos,
adoraban el suelo
al sentir ese soplo de la altura
que pasaba sobre ellos,
como pasa el simún por la infinita
vastedad del desierto,
obligando a abatirse contra el polvo
al mísero viajero.

Conforme avanza en su carrera el astro,
así en el pavimento
la alcatifa brillante se desliza
a un lado del crucero,
cual si invisibles manos la arrastraran
lentamente, en silencio.
Y, al contrario del gnomon, no es la sombra,
sino el solar destello
quien señala el huír de los instantes
en lo interior del templo.
Entonces esa mancha esplendorosa
representa un espejo
en cuya superficie se retrata
el desfile del tiempo.
Hasta habrá alguna sorda vejezuela
que regule sus rezos
por el lugar que el encendido cuadro
va ocupando en el suelo....

A medio día, en el cenit la antorcha
que alumbra el firmamento,
no pueden penetrar por las ventanas
sus rayos en el templo,
y la alfombra de luz desaparece,
como si ocultos genios
la guardaran doblada en la penumbra
de un rincón de misterio.

Cajamarca, 1919.

AMALIA PUGA DE LOSADA.

Diálogos Olimpicos

CRISTO Y MAMMON.

(Fragmento.)

Mammón se colocó el monóculo en el ojo izquierdo; tiróse los puños de la camisa con despreocupado y elegante ademán; arreglóse la corbata y paseando una mirada desdeñosa por el auditorio dijo:

—Vano y pueril intento es ¡oh, dioses! el querer intimidar con palabras y gestos arrogantes a quien lleva en la frente el signo luminoso de la voluntad olímpica y es en el mundo el depositario de ella. Yo no he hecho otra cosa que cumplir el mandato de los inmortales, vuestros mandatos. Ninguno de vosotros quería la resignación, el renunciamiento, la paz del no ser, porque eso es la muerte; sino la lucha, la dominación, la guerra, porque eso es la vida. Cristo, tú mismo aseguraste que venías al mundo a traer guerra, no paz. Nadie me pedía misereres, sino cantos de combate e himnos de victoria. Mi acción no sólo fué benéfica, sino misericordiosa. Yo trasporté la lucha de los campos de batalla al comercio, la industria y la finanza. Y así, ahorrando sangre y triplicando al mismo tiempo las energías humanas, conservé en el alma del efímero lo esencial, lo que constituye su fuerza y su nobleza: el gusto de la acción, el afán de dominio, el instinto de poseer, que una moral obtusa y sórdida, una moral de esclavos y mendigos, iba en camino de destruír torpemente. Lo repito, ninguno de vosotros quería la paz, sino la guerra. Entonces ¿a qué viene tánta palabra soez y tánto gesto destemplado? ¿Porqué os serví bien? Jesús, siempre fuistes conmigo injusto y cruel. Me atribuyes gratuitamente todos los males y no menos gratuitamente te atribuyes todos los bienes. Sin embargo, mirando las cosas desde el punto de vista de la vi-

da, y es de ahí que conviene mirarlas, tú eres el *espíritu que niega*, yo el espíritu que afirma. Irene y Pandora no tuvieron nunca amante más rendido ni más fiél servidor que yo. Y si lo dudas pregúntales quién de los dos ha interpretado mejor los designios de ambas. Ellas, te contestarían que mi pan de vida es más nutritivo que el tuyo; que yo soy mejor maestro de ilusiones que tú lo fuistes y que mis praderas terrenales son más suculentas y dan más óptimos frutos que tus praderas celestes. Aquellas existen, se ven y se palpan; a las tuyas nadie las ha visto todavía. Su existencia es puramente espiritual, un mundo extra natura, como el de la conciencia, y en el que acaso se realizará un día la justicia divina como ahora en la conciencia la justicia humana; pero ello no implica la negación del mundo material y sus virtudes supremas, porque de éste salen lo humano y lo divino. Es el carozo lo que dá la pulpa, y no la pulpa el carozo. La ley de la Naturaleza es el egoísmo y sus derivados: el interés, la crueldad, la dominación; si imperase sola destruiría al mundo; tu ley, la del amor y sus consecuencias lógicas: el desinterés, la piedad, el renunciamiento, sin atemperante llevaría el mundo al suicidio. Mi ley es la amalgama de las dos, la amalgama de la voluntad del universo y la voluntad de conciencia, que es la ley de Irene y Pandora. ¿Osarás maldecirlas? ¿Osarás anatematizarme ahora? ¿No comprendes aún porqué soy el más fiel servidor de la vida?

Cristo reflexionó un instante; parecía aquilatar el grado de justeza de lo que afirmaba Mammón. Luego suspiró y dijo:

—¡La vida, la vida!..... No dudo que seas, como afirmas, su más fiel servidor. ¿Pero acaso la vida es todo? ¿Acaso es siquiera lo esencialmente importante? Todas las religiones tuvieron barruntos de que sólo era un tránsito, un lugar desapacible y pasajero donde los peregrinos mudan de ropa, dejan la perecedera envoltura material para vestir otras envolturas más sutiles y luego otras y otras y seguir avanzando cuesta arriba, camino de la perfección, hasta llegar a fundirse, de progreso en progreso y de claridad en claridad, con la substancia divina. Alguien dijo que la muerte es el principio de la vida. Ya hemos visto como de cierto modo los materialistas también afirman hogaño lo que, sin prudencia, negaron antes: la inmortalidad, la vuelta de las almas a la patria celeste. La materia no muere, afirman, se transforma, y el alma, que ellos llaman la energía, tampoco perece: se transfigura y vuelve a los espacios infinitos de donde salió, que es lo mismo que decir al seno de Dios. ¡Cuántas cosas

va descubriendo la ciencia que las religiones afirmaron hace luengos siglos! Pronto tal vez acertará a descubrir el verdadero significado de la existencia humana y entonces posible es que los sabios no le dén tanta importancia y hasta la desdeñen profundamente como mis monjes y mis ascetas. Por otra parte, Mammón, ¿llamas vida a la existencia infernal del mundo? ¿a la lucha y la matanza? ¿a la sordidez, el odio y la impiedad? ¡Tristes amos sirves en verdad! ¡Ah, Mammón! el orgullo te ciega. ¿Cómo no ves que los apetitos que despiertas son los diabólicos acicates que incitan a los hombres al mal?

—Para ser dichosos es necesario sufrir. Ya lo dijeron aquí Apolo y Dionisos: la armonía nace de la discordia, la paz de la guerra, el desinterés del egoísmo. Sin *contrarios* no habría progresos. El mundo hace buenamente lo que puede. Su existencia pecadora es más moral que lo sería si reinase, como monarca absoluto, el desinterés predicado por tí. Eso fué un atentado contra la vida, y la vida, aunque tu aseguras lo contrario, es por excelencia la cosa respetable, la cosa sagrada. Cristo, si yo te juzgara con tanta severidad como tú a mí, te llamaría sin ambajes el Apóstol de la Muerte. Pero no soy bastante filósofo; me precio de poseer una inteligencia abierta y comprensiva; en todo me atengo más al espíritu que a la letra y no olvido nunca las circunstancias de tiempo y lugar. Por eso, aúnque enemigo tuyo, aprecio tu grande obra, o mejor dicho, aprecio las excelencias de tus intenciones; admiro tu bondad infinita y me postro de rodillas ante la religión del amor, de la cual, aunque te sorprenda, soy devoto ferviente. Pero lo dicho no empece que rechace con todas mis fuerzas y combates por todos los medios las doctrinas del desinterés. Yo combato lo que se opone al triunfo de la vida. Nada hay que le ponga más trabas que el desinterés. El desinterés es una mentirola, una paparrucha, un *cache misére,* la perla falsa de la moral y, en conclusión, una cosa inmoral. ¿Para qué mentir, para qué engañarse? La inteligencia humana ha llegado a un grado tal de desarrollo, que no le permite reparar sus pérdidas orgánicas sin acudir a los poderosos reconstituyentes de las verdades positivas. Los cucos no la asustan. A todo trance quiere levantar con mano osada los velos de Isis. Y bien, digámosle la verdad: no existen actos desinteresados, el hombre es un egoísmo en acción y no puede jamás salirse del círculo mágico que trazan alrededor suyo los instintos, las pasiones, los apetitos y hasta la razón misma, la cual, como muy acertadamente lo dijo Apolo, es utilidad pura. El espíritu

no obra menos interesadamente que la carne pecadora. Las austeras doctrinas que sacrificaron el egoísmo en los altares del bien supremo, remataron siempre en el supremo mal, que es la negación de la vida. Tú lo hicistes, Jesús, por tener los ojos sólo puestos en el cielo y tus verdaderos fieles como los monjes solitarios, los anacoretas de los desiertos, los ascetas de la Tebaida fueron más lejos que tú: no sólo desdeñaron los bienes materiales, las riquezas, el poder y declararon santa la pobreza, la haraganería y hasta el desaliño y la suciedad sino que llenos de *resentimiento* e inducidos por la *mala conciencia* condenaron las formas nobles del vivir elegante y deleitoso y luego la vida misma. La salud, la fuerza, la gracia, la belleza parecieron sospechosas a los buhos del bien y los buhos del bien se aplicaron fervorosamente a destruirlas. Todo se volvió tormento de la carne, tortura de los apetitos, suplicio de los sentidos, asco del cuerpo y horror de la existencia, como si el hombre y el mundo no fueran las obras máximas del Creador. La divisa de la Iglesia fué, en un principio, miseria y fealdad. Sería curioso recordar lo que dijeron sus doctores sobre la pureza y los extremos a que llegaron los estagiritas penitentes y charlatanes de los primeros siglos cristianos, para honrarla y hacerla prevalecer. La salvación de las almas requería la destrucción de la vida y los buhos del bien pusieron la esperanza en la muerte. Yo puse la esperanza en la vida. De ahí nace, Cristo, nuestra acérrima enemistad. Los cargos que me haces son manifestaciones de la aversión que me tienes, no testimonios de un noble deseo de verdad y justicia. Tú me has juzgado siempre sin inteligencia y sin misericordia. Te lo repito: yo no soy el espíritu que niega, sino el espíritu que afirma. No, no niego ni negué nunca la conciencia, ni la ilusión humana, ni la *grande esperanza* del hombre, sino que, por el triunfo de ellas, trabajé junto a Apolo y junto a Dionisos, porque, al revés tuyo, encuentro sabrosos y me sustento y regalo con los frutos del árbol de la ciencia y los frutos del árbol de la vida. Niego rotundamente que yo haya corrompido los manantiales de la verdadera dicha y envilecido el alma. Al contrario, purifiqué a aquellos limpiándolos de la *mala conciencia* y ennoblecí el alma haciendo revivir en ella las energías celestes de que la voluntad del universo la había hecho depositaria. A voz en cuello protesto contra el crimen que me imputas de haber envenenado la existencia de los hombres y convertido a cada hombre en un enemigo mortal de los demás. Lejos de eso, devolviéndole al efímero

la alegría de vivir y el gusto de luchar y poseer, lo desintoxiqué de los venenos sutiles del renunciamiento, que lo llevaban al sepulcro, y le permití por medio de las armonías económicas, que nacen del combate económico, realizar, en parte y sin emascular las voluntades, como lo hicistes tú, para que entrasen en el reino de Dios, la suspirada concordia de esas voluntades, fatalmente en lucha.

Jesús replicó dulcemente:

—¿Me reprochas que haya querido libertar al alma de las cadenas de los apetitos y suprimir, entre otros males, los nefastos odios y las odiosas pugnas que aquellas engendran entre los hombres? ¿Me echas en cara el noble propósito de sustituír la crueldad por al amor, la injusticia por la equidad, el pecado por la virtud, el mal por el bien? En verdad te digo que tienes ojos y no ves, orejas y no oyes. Sólo una cosa es esencial en el hombre para que deje de ser bestia y sea hombre: el triunfo de la razón sobre el instinto, la salvación del alma, el reino de la conciencia. Esta es el fruto maravilloso del universo y la economía entera de la planta tiene por exclusivo fín ese fruto. Para lograrlo, absorben las raíces los jugos de la tierra y las hojas los elementos vitales del aire. Toda esta máquina prodigiosa de los cielos y esta variedad infinita de la naturaleza: todo este movimiento y vida de lo creado; todo este esfuerzo colosal del cosmos entero va encaminado a producir aquel fruto. Para él lucharon los dioses contra los Titanes; por él Apolo persiguió a los monstruos de las tinieblas, por él Prometeo gime encadenado en la roca, por él expiro yo en la cruz. Bueno es reconocerlo: la ley de la Naturaleza es fuerza; la ley del hombre, justicia; aquélla es verdad real y triunfa en el universo entero; ésta es verdad moral y reina sólo en el mundo infinitamente pequeño, pero también infinitamente elástico de la conciencia. Y lo más prodigioso es que este mundo, hecho con las sutiles mallas de la esperanza, va en camino de absorber y diluír en su diminuto seno al cosmo inconmensurable.........El reino de Dios, si no existía, se va formando. Irene y Pandora a él se encaminan; están de mi parte, no de la tuya: Irene transforma la guerra en paz, Pandora los males en esperanzas. Créeme, Mammón, lo importante, lo esencial es que triunfe el espíritu sobre la materia; que la chispa divina anime la estatuta de barro antes que se seque, raje y caiga en pedazos. Lo demás es superfluo, contingente, deleznable. El que se regala pulcramente con un sabroso melocotón, tira la cáscara y come la pulpa; el que busca oro en la

generosa arena que lo contiene, la lava, la filtra y se lleva el oro y deja la arena; el que cosecha trigo, arroja la paja y guarda el grano.

—¿Y crees tú, Josús, que el cuerpo es cáscara, los instintos y las pasiones arena, los intereses paja? Ese profundo error, que fué el error de una época ignorante y cándida te indujo a levantar la Iglesia sobre la arena movediza del desinterés absoluto. La arquitectura ostenta ufana el misterioso atractivo de lo paradojal; las pupilas ojivales reflejan los cielos; las flechas góticas atraviesan los los corazones y se pierden en las nubes. Pero los cimientos de la fábrica carecen de solidez y los muros se rajan por todas partes. Yo levanté mis templos sobre la *roca dura*. La roca dura del alma es la absoluta utilidad. A cada nuevo terremoto del saber, los edificios levantados sobre la arena caen por tierra; los que se elevan sobre la *roca dura* permanecen firmes y derechos. Mientras tus iglesias se derrumban, mis templos van cubriendo literalmente el planeta del uno al otro polo. Cada casa es un santuario, cada alma un altar, cada espíritu un sacerdote. Y es lógico; tu ofreces el pan del dolor y la muerte; yo el pan del goce y la vida. Este pan es el alimento de la voluntad y la voluntad la esencia divina del alma. No te extrañe, pués, que en las iglesias las multitudes adoren los símbolos de la fortuna y el poder, ni te admire si las plegarias son actos interesados, ni te indigne si el pan eucarístico al entrar en el cuerpo del creyente, se convierta en alimento. No podía ser de otro modo. Tu hostia contiene tu sangre y tu carne; la mía, la moneda, la carne y la sangre del mundo, la carne y la sangre del universo, la carne y la sangre de todos los dioses.

—¡Cómo blasfemas, Mammón! Siempre fuistes el mismo Por tu boca habla el demonio. Eres Judas, eres Caín, eres el ángel protervo.

CARLOS REYLES.

Lirismo Agreste

I

Al doblar una montaña,
de pronto el valle aparece,
extático, dulce, inmenso,
abriéndose al sol que asciende.
Y una vez más, olvidando
las congojas con que siempre
una a una vi frustrarse
mis esperanzas infieles,
—Trémulo aún de sollozos,
con balbuceos fervientes,—
he tendido los dos brazos
a la inmensidad silente.

¡Pobre corazón de niño
en quien la ilusión no muere!
Como un ciego que esperase
la aurora, que nunca viene,
así he vivido, así vivo,
así viviré. La suerte
me ha ligado al infortunio
de querer lo que no puede
ser mío, de doblegarme
aunque tengo el alma fuerte,
de saber adonde voy
y en el camino perderme.

Arquero yo, sin reposo,
de una quimérica hueste,

siempre vientos encontrados
halló mi saeta ardiente,
y en lo sumo de los aires
fue del acaso juguete.
¡Feliz de mí si ella, súbita,
hacia la tierra no vuelve
y se me clava temblando
en el corazón demente!

II

Al zagal, que va pasando,
la zagala ha sonreído,
le arroja un clavel de fuego
que lleva sobre el corpiño,
y en la cabaña se oculta
con todo el rostro encendido.

¡Anhelos de amor, anhelos
que sois constante delirio,
y en medio a la ansiosa espera
os realizáis de improviso,
cuán parecéis no esperados,
cuán parecéis imprevistos!
No llegó hasta la cabaña,
ni la flor ha recogido:
inmóvil está el zagal
en mitad de su camino,
llenos de amorosa lumbre
los grandes ojos de niño.

En torno corren, triscando,
los pintados cabritillos.

III

Bajo el galope del frío
por las quebradas, las mieses
ondulan, tiemblan, se abaten,
como heridas de repente.
No hay un pájaro, no hay una
voz que en el aire aletee:
sólo el pavor invisible

de las almas cuya suerte
quedó enterrada en los surcos
al enterrar la simiente.
A la noche, las estrellas
—las grandes estrellas crueles
de las heladas de estío—
brillarán sobre la muerte
de mil sueños, agostados
como las flores del césped;
y habrá espanto en las cabañas
ayer no más tan alegres;
y blasfemarán los hombres;
y gemirán las mujeres;
crispadas hacia los cielos
las pobres manos dolientes.

¡Señor, Señor, de cuán poco
la felicidad depende!
Un día ví el mundo entero
de pronto desvanecerse
porque una mujer me daba
un adiós indiferente.
Muchos años he vencido
entre combates estériles;
me he prodigado a las cosas,
me he vuelto duro y rebelde;
y oír aún las palabras
de aquel adiós me parece....

¡Cordiales frases comunes,
cuán terribles sois a veces!

IV

Con un dolor que sonríe,
con una tristeza blanca,
en la paz de la campiña
el crepúsculo se apaga;
y entre la noche, que inunda
la tarde, ya inanimada,
muere el olvido que el sol
puso en mi desesperanza.

¡Adiós, esplendor del cielo,
pastores, lentas vacadas
dormidas, valle dichoso
que has enjugado mis lágrimas!
Ya de sombra está cubierta,
como los campos, mi alma;
y me parece que nunca
veré llegar la alborada

V

Otra vez camino a sólas,
con mi alma taciturna,
por las sendas que ha hechizado
con su silencio la luna.
Mis ojos, y mis heridas,
y mi ardor, ansiosos buscan
el bálsamo de una tregua
en la paz de la penumbra.

Soñar el mundo parece,
como un niño entre la cuna:
duermen los campos, la luz,
el río, la sombra muda.
Pero el ayer me persigue,
los recuerdos me conturban,
vuelven los viejos sollozos
a exasperar mi amargura,
y en los abismos de mi alma
ruedan las aguas obscuras
de un gran río silencioso
hecho de amor y de angustia.

ADAN ESPINOSA SALDAÑA.

Desolación

En cuanto el médico, terminado el prolijo reconocimiento, ordenó al enfermo que se vistiera, interrógole la madre ansiosa:

—¿Verdad, doctor, que encuentra usted mejor a Humberto? ¿Verdad que dentro de poco estará más fuerte que antes de enfermar? Y sus pobres ojos angustiados, fijos en los del médico, parecían implorar:—¡Por Dios, doctor, no olvide usted mi ruego! ¡Si mi hijo tiene algo grave, dígamelo a mí, a mí sola! Para mí todas las inquietudes, todas las aflicciones; pero a él tranquilícelo, aliéntemelo.

El doctor, comprendiendo la muda súplica, contestó benévolo:

—Señora, en conciencia creo que puedo exponer a usted y a su hijo mi opinión sincera, ya que ella nada tiene de alarmante para la excitabilidad nerviosa de mi cliente. La grave neumonia que ha sufrido ha debilitado mucho todo su organismo. El estado de los pulmones no me satisface; el izquierdo está todavía algo congestionado, lo cual no es cosa de broma, sobre todo antes de los treinta años; la juventud, el más terrible enemigo para otras enfermedades, es, en ésta, el mejor auxiliar. Si hablo con esta franqueza—continuó el galeno dirigiéndose en particular a la señora que lo escuchaba anhelante, contraído por un gesto doloroso, el rostro pálido entre los pliegues negros de la manta—es porque puedo indicar el remedio seguro: el cambio de clima.

—Iríamos a alguno de los pueblos próximos, a la Magdalena, a Chosica—insinuó ella tímidamente.

—Paliativos, señora, sólo paliativos!—contestó el médico.—La única manera de librar a este jóven de la terrible amenaza de la tuberculosis es haciéndolo vivir, siquiera durante un par de años en alguna ciudad de la Sierra; que se vaya, por ejemplo, a Tarma, lugar de clima excelente y de ciertos recursos; encontraría allí alguna ocupación ligera y remunerativa que compensara

en algo el esfuerzo que en la situación pecuniaria de ustedes significa un viaje. Mucho lo he meditado antes de aconsejarlo; pero es lo único que honradamente puedo recetar con fé en el éxito.

—Nos iremos, doctor, nos iremos—exclamó el enfermo cuyo decaído espíritu se animó con la palabra convencida del médico.—Felizmente el sacrificio puede hacerse.

La madre asintió con un gesto resignado. ¡Bien sabía élla, cuál era el sacrificio! Y le pareció ver, en la vetusta plazuela del Cercado, la humilde casita con su patio empedrado, sus dos ventanas, vestidas de campanillas multicolores, a ambos lados de la puerta de la sala, los muebles de ésta siempre enfundados, la araña de cristal envuelta en gasas amarillas, la amplia alcoba con el lecho conyugal, el cuartito de Humberto, el comedor con las sillas en torno de la mesa cubierta de un hule rameado y el aparadorcito de pino con la vajilla descabalada, el traspatio con su higuera centenaria, quizás contemporánea de la del palacio de gobierno, que plantaron las fuertes manos de Pizarro, el corralito de cañas, habitación de una media docena de gallinas bullangueras y ponedoras, la cocina con el gato negro, mensajero de la buena suerte, al calor del fogón..... Querida casita que viste nacer a Humberto, que le viste jugar, que le viste llorar la muerte de su padre, que viste agotarse su juventud por los rigores de la enfermedad, ¿sería cierto que era inevitable perderte para que esa juventud retoñara lozana y alegre?

Sí; era inevitable; no le cupo la menor duda cuando, en el almuerzo, su hijo, expansivo y locuaz, como no lo estaba desde hacía mucho tiempo, desarrolló extensamente sus proyectos.—Venderían la casa.— Lo decía tranquilamente, con esa feliz despreocupación de la mocedad que aun no siente las raigambres del pasado. Encontrar comprador era fácil: ¡poquitas ganas tenía el *bachiche* de la esquina de comprarla para ensanchar su pulpería! El producto de la venta, por exiguo que fuese, siempre alcanzaría para trasladarse a la ciudad bendita, vencedora del mal, dispensadora de nuevas energías, y emprender allí algún negocio lucrativo. ¿Por qué no? Disfrutando de salud todo se logra, y ésa había él de recuperarla, respirando el aire purísimo de las alturas, ¡Oh, la altura! ¿Te acuerdas a cuántos pies sobre el nivel del mar está Tarma?

¡Qué se había de acordar la viejecita si en su vida, lo supo! Humberto tampoco podía precisarlo en ese momento; pero, despreciando detalles, siguió diciendo:

—¿Figúrate que gran parte del viaje se hace en el ferrocarril más elevado del mundo; como lo oyes, el más elevado; todos los extranjeros nos lo envidian!—Y al afirmarlo así, mostraba el jóven tan orgullosa satisfacción como si fuera uno de los ingenieros que concibió y ejecutó la obra maravillosa, allá en los buenos tiempos en que aun podía decirse por hipérbole y no por ironía *vale un Perú*.

Terminado el almuerzo, salió Humberto; y la madre, después de arreglar el comedor, se caló las gafas, colocó la canasta de costura en el alféizar de la ventana que daba al traspatio de la higuera añosa, y, sentada en una silla baja, se puso a zurcir medias. Mientras las manos ejecutaban mecánicamente la tarea, el espíritu entristecido no cesaba de lamentar el obligado destierro de la tibia ciudad natal y del barrio donde había transcurrido su existencia toda, donde hasta las piedras conocían a la señora Matilde. Siempre había habitado la parte alta de la ciudad, la que aun conserva su castizo sello criollo, y cuando alguna vez ambuló por la zona moderna—la Avenida Nicolás de Piérola, el Paseo Colón, con sus amplias aceras flanqueadas por casas de tres pisos que parecían elevadísimas a sus ojos de limeña vieja—sentíase inquieta y azorada, y no respiraba a gusto hasta encontrarse de nuevo en su barrio familiar, el de los templos coloniales, donde la oración brota espontánea y confiada y las lágrimas son consoladoras. ¡Ay, su iglesia del Carmen, su convento del Prado con las monjitas dulceras, su capillita del Cercado! ¡Cuánto hubieran podido decir esos místicos muros de las limitadas aspiraciones, de las penas vulgares, de la fe primitiva, del vivir humilde de aquella ancianita a quien se le antojaba amenazador y hostil el mundo que se extendía más allá del estrecho recinto de su barrio querido!

Nunca conoció otro. Aún quedaba en pie, ruinosa y destartalada, en la calle de los Naranjos, una de esas casonas de vecindad, de numerosos departamentos anti-higiénicos, refugio insalubre de la pobreza, triste asilo de la miseria decente, donde durante muchos años vivieron Matilde y su madre viuda, agotando las fuerzas y perdiendo la salud en la costura de ropa burda, mezquinamente retribuída, único recurso al que ellas, como tantas otras infelices sin preparación para la vida, podían apelar para ganar el pan cuotidiano. Sin embargo, aquellas penurias estuvieron doradas para Matilde por el radioso sol de la juventud, y aun sonreía, recordando sus paseos a la luz de la luna, de bracero con las amigas, ostentando ufanas las claras batistas de

sus trajecillos estivales, y los jazmines aromosos, adorno de sus cabecitas inquietas, mientras las personas mayores sacaban sillas a las puertas de la casa para aspirar la fresca brisa nocturna y vigilar a los galancetes rondadores de las muchachas. En las veladas de invierno solían reunirse donde la familia del principal, y Matilde dudaba sinceramente de que se gozara tánto como allí en los saraos suntuosos de aquellas señoritas de la alta sociedad a quienes solía ver tal cual mañana en la aristocrática iglesia de San Pedro y cuyos diminutivos familiares repetía con cierto airecillo de intimidad, pero trabucándolos lastimosamente. No eran los mayores placeres de esas tertulias las emociones de la brisca y la quina, ni las galletitas crujientes, ni las pastillas con inscripciones almibaradas en todo sentido:—¡Paloma mía! —Tu amor o la muerte—En tus brazos al cielo.—Aun ahora, con sesenta y tantos años y su cortejo de dolamas y aflicciones a cuestas, confesábase Matilde que el mayor atractivo de esas fiestas era la presencia de cierto guapo mozo de vistosas corbatas, bigotillo enhiesto y cabellos relucientes de pomada que murmuraba a su oído frases más dulces que las de las pastillas. La madre de Matilde no veía con buenos ojos aquellos amores:—Estos mocitos del día—aseguraba—sólo quiren engatusar con su elegancia (¡ay elegancia!) y su palabrería a las muchachas cándidas para luego dejarlas plantadas.—Se cumplió la profecía, y fué el tentador instrumento de su realización, cierta viudita bastante corrida y de mucho garabato, vecina del caserón, que, harta de oír ponderar el idilio de Matilde, dijo, poniéndose en jarras —¡pués yo le quito el novio a esa presumida!—y tan se lo quitó, que antes de los dos meses alzó el vuelo con él y fueron a colgar su nido al otro lado de la ciudad, allá por Monserrate. La madre de Matilde no cesaba de repetirla con muchos aspavientos:—¡De cuánto era capaz ese canalla! ¡De lo que te has librado! ¡Dále gracias a Dios, hija de mi alma, por haberte visto con ojos de piedad! ¡Dále gracias a Dios!—¡Ay¡ La pobre muchacha no tenía fuerzas para semejante acto de gratitud porque se le había metido corazón adentro el zarramplín, aquél de las corbatas vistosas, el bigotillo enhiesto y los cabellos relucientes de pomada. Por distraer su pena, alejándose del teatro de sus ilusiones volanderas, decidió a su madre, alegando razones económicas, a mudarse a la calle del Cercado; accedió la anciana y no tardó en felicitarse de ello, al notar que el pulpero de la esquina, un italiano cuarentón, formalote, trabajador y que seguramente tendría sus buenos reales, bebía los vientos por la niña;

ésta, en cambio, hacía ascos a su tosco adorador. ¡Cómo! Una señorita decente podía descender hasta ser la esposa de un hombre de tan baja esfera! ¡Eso nunca! ¡Arruinarse, no es encanallarse! —Y al decirlo inflaba las rosadas naricillas con la vanidad innata en las hijas de esta tres veces coronada villa, donde cualquiera cursilita cree descender, nó del plebeyote de Francisco Pizarro, sino de los más empingorotados virreyes.

Pero la gota de agua horada la peña; tan humilde y constante se mostró al pulpero, de tántas atenciones la rodeó, fueron tan apremiantes las instancias de la madre y las de la dura necesidad, que Matilde, al cabo, empezó a transigir con la idea de conceder al buen hombre su manecita pálida, de dedos picoteados por la aguja. Y fué en la festividad de San Juan Bautista, que celebra con el clásico paseo a Amancaes, cuando acabó de decidirse. Después del popular jaleo a que el pulpero, rumboso por milagro de amor, las invitara, tornaban Matilde, su madre y algunos amigos, a la ciudad, en una carreta adornada profusamente con ramos amarillos de amancaes; un mozo punteó la guitarra y dejo oír, en la serenidad romántica del atardecer, el quejumbroso yaraví de Melgar:

Aun la nieve se deshace
¡ay mi dueño!
Cuando el sol le comunica
su calor lento.

Matilde, conmovida por la copla sollozante, no quiso ser menos que la nieve y dió al fin la respuesta apetecida a las solicitaciones del italiano, que envalentonado por las libaciones, se mostraba más insistente que nunca.

Jamás tuvo motivo para arrepentirse de ella; el italiano, afectuoso y noblote bajo su ruda corteza, la rodeó de todo el bienestar que su modesta condición permitía, y la ayudó, paciente y solícito, a sacar adelante al único heredero, a quien el padre llamó Humberto en homenaje a su rey lejano. ¡Oh! los proyectos y las ilusiones de ambos esposos sobre el porvenir del niño! El no sería un humilde pulpero; sería ingeniero, médico, abogado, lo que él eligiera, y en cualquier profesión llegaría muy arriba con aquel talentazo que demostró desde las primeras horas de su existencia. Para dar base sólida a sus castillos aéreos llevaron al chico los amorosos padres a un colegio reputadísimo, y se les caía la baba oyéndoles repetir familiarmente los nombres

aristocráticos de sus condiscípulos o las fórmulas enrevesadas de una ecuación de segundo grado. Desgraciadamente, el buen hombre murió, dejando muy contados ahorros a su mujer y a su hijo, que apenas contaba trece años; la viuda, poco entendida en negocios, resolvió vender la pulpería, pero jurándose a sí misma conservar la casita, conservar la casita, regalo de bodas de su pobre marido, mientras tuviera vida. Naturalmente, las ilusiones de carrera universitaria para Humberto se desvanecieron, y el muchacho se dió por muy bien servido consiguiendo, al terminar la instrucción secundaria, un puestecito en una oficina. El brillante profesional de los dorados sueños paternales sólo llegó a ser, en realidad, un empleadito rutinario, juicioso, más que por las imposiciones de una moralidad austera, por las de su salud intercadente, que le hacía pagar muy caro cualquier devaneo juvenil. Bastaron unas cuantas malas noches, pasadas en tertulias de medio pelo, para ocasionarle la neumonia y la congestión pulmonar, que tan mal parado lo dejaron y de cuyos estragos sólo podría reponerse en la Sierra. Proponíase la pobre madre, para no acibarar las esperanzas que su hijo cifraba en el viaje, ocultarle el desgarramiento que para su cansada vejez significaba el arrancarse del barrio modesto al que estaba circunscrita su existencia, de la casuca, donde cada rincón encerraba un recuerdo, de las costumbres añejas, cuyo ritmo monótono y querido esperó sentir hasta que le llegara el momento de

caer en santa paz, como las hojas.

Realizó doña Matilde su propósito, no tanto por obra de la voluntad, como por la del egoísmo inconsciente del hijo, que no se cuidaba de observarla, ocupado en los preparativos de la partida, durante el día, y en quejarse por la noche, entre toses y carraspeos, de la fatiga y el decaimiento que tales ajetreos le causaban. Asustada la señora por esos amagos de recaída, deseó sinceramente el momento de la marcha; pero cuando éste llegó, le faltaron las fuerzas y cayó en brazos de las vecinas que habían acudido a despedirla, expresando su pena con sollozos y lamentaciones pueriles. Humberto se hallaba en la estación vigilando el despacho de los equipajes, y al reunirse con él, tuvo la madre una pálida sonrisa de satisfacción, viéndole muy atareado, de aquí para allá, con la cabeza erguida y el aire resuelto, orgulloso de sentir sobre su pecho, en el bolsillo interior de la americana, la cartera henchida por el fajo de billetes, producto de la venta del hogar. Era todo lo que tenía la anciana en el mundo: aquel hijo, endeble de cuerpo y alma, y aquellos papeles que, de no

ser esperanza de salud para el vástago adorado, le hubieran parecido, por obtenidos a trueque del rincón querido, malditos como los treinta dineros de Judas.

A las cinco horas de marcha, el tren se detuvo bruscamente, en plena vía. Los pasajeros se miraron inquietos; Humberto, con aires de turista experto, explicó a su madre:—Esta es la época de las crecientes de los ríos y de las lluvias torrenciales que muchas veces arrastran grandes trozos de los cerros; uno, enorme, ha caído sobre el puente que debíamos atravesar y lo ha hundido en parte; se ha remediado el desperfecto colocando sobre el río sólidos tablones, que pasaremos a pie para trasladarnos al otro lado, no hay peligro alguno, pero es un fastidio.

Renegando contra tamaña contrariedad, los viajeros contemplaban de mal talante el improvisado puente; las aguas cenagosas mojaban las tablas y seguían su curso veloz, atronando los oídos con el chocar de las piedras. Ante el imponente espectáculo lloriqueaban los chiquillos negándose a pasar, algunas mujeres lanzaban grititos nerviosos y los hombres, avezados a la travesía casi todos, se reían de los miedosos y les ofrecían ayuda. Doña Matilde aceptó la de un joven ingeniero, acostumbrado a esos trotes, y murmurando—¡Madre mía y Señora del Carmen!—apretó los párpados y pasó, sostenida por la mano vigorosa de su guía. Cuando estuvo en salvo, miró a los que venían tras ella: dos hermanas de la Caridad, unos oficiales, luego Humberto, después hasta una veintena de viajeros, y suspiró tranquilizada, pensando que dentro de breves momentos tendría a Humberto a su lado, riéndose de los exagerados temores maternales y como si sus miradas pudieran acelerar la llegada del ansiado momento no las apartaba del mozo, que avanzaba rápidamente, fijas las pupilas en las turbias aguas que lamían el recio maderamen.

¡Pobres ojos de anciana hechos al llorar resignado! ¿Por qué el destino piadoso no os cegó antes de que la tragedia os desorbitara, antes de que la fatalidad os hiciera ver al hijo amado presa de repentino vértigo, vacilar, caer, desaparecer para siempre en la vorágine de la corriente tormentosa?

Muda, inmóvil, petrificada de dolor, el terror en el corazón y el caos en el cerebro, la infeliz sabía únicamente que estaba sola, bajo la bóveda impasible del cielo, sin casa, sin pan, sin hijo, sola en el horror dantesco de la ancianidad desamparada.

MARIANELA.

Oración

Para Alberto J. Ureta.

¡Señor: no creo en tí! Pero esta vida
que alguien, sin corazón, puso en mi pecho
me estorba ya. Tu mano distraída
deja caer si tiene algún derecho;
que yo aguardo el instante de partida,
para dormir, por siempre, en cualquier lecho....
Dame la paz, ¡Señor!.... No puedo el resto:
ya el cansancio ha colmado la medida.
Si supieras, ¡Señor!, de qué protesto,
me darías la muerte apetecida,
como un vaso de luz servido presto
a un ciego peregrino de la vida...
Si tú existes y es cierta tu grandeza,
deja que yo te cuente mi martirio:
me consumo en las sombras, como un cirio;
mi madre fué una loba: la tristeza;
tengo en cada molécula un delirio,
v una nube celeste en la cabeza....
Con todo esto, ¡Señor!, voy por la ruta,
preso en mi pueblo y en mi carne preso...
Luchando, a palmos, con la fuerza bruta
me robaron, ¡oh Dios!, mi único beso,
que era como una lámpara absoluta
alimentada con la luz del seso...
Aquí tienes mis días infinitos:
dime, ¡Señor!, para saber, tu nombre;
que si el mundo te oculta entre sus mitos,
con la voz del blasfemo.. (¡no te asombre!)
tú me oirás, cuando te diga a gritos:
¡acuérdate de mí: yo soy el hombre!...

CESAR A. RODRIGUEZ.

Toy no Quiere

(Cuento en acción)

—Escena única—

(Salita de invierno en casa de Mr. Gascoth, acaudalado banquero.— Lujo sobrio.— Las seis de la tarde.— Recostada en una poltrona, junto a la ventana que da vista a la calle, Lucy observa cómo el día gris acentúa sus tintes oscuros en el cielo.— Los personajes son tres, apenas tres: Lucy, hija única de Mr. Gascoth; Ketty, su amiga predilecta; y una criada.— Sobre una piel de Bengala, dormita, a los pies de Lucy, un hermoso mastín. Se llama Toy.— La criada introduce a Ketty y se retira en el acto.—Advierte Lucy la presencia de su amiga. Y enpieza el cuento....... o lo que sea.)

Lucy

Te he adivinado, querida. Toy se ha dormido y empezaba a aburrirme la soledad y la monotonía desesperante de las cosas. Todas las tardes el mismo cielo, opaco, sin matices. El tedio va resultando una enfermedad mía para cuyos padecimientos es tu visita una deliciosa tregua.

Ketty

Gracias, Lucy. Tú siempre cariñosa y galante. Me engríen tus palabras, pero debo ser franca contigo: preferiría no oírlas. No te imaginas cuánto me contraría verte triste y voluntariamente enferma. Es preciso que reacciones, que sa-

cudas los nervios. Una mujer como tú debería ser feliz: rica, bella e inteligente, sobre todo inteligente.

Lucy (con vehemencia)

Sí, inteligente, por desgracia. Ahí está el mal: las mujeres no deberíamos ser inteligentes porque dejamos de ser frívolas para ser desdichadas. Nuestra alma exquisita y sensible tiene en la reflexión su peor enemigo. Cuando se piensa en lo que se siente no es posible ser feliz. Esto es lo que a mí me sucede. En mi cerebro giran ideas confusas; mis nervios son como hilos telegráficos por los cuales el corazón envía sin descanso despachos a la cabeza. Y yo a nada atino, nada resuelvo, río, lloro, callo o grito sin saber cómo ni por qué. ¡Es horrible!

(Toy despierta súbitamente, se incorpora y gruñe a Ketty)

Ketty (riéndose)

Has conseguido despertar al perro. Vamos, niña, serénate.

Lucy (acariciando a Toy)

¡Oh, mi perro! Es una de las pocas realidades que para mí existen. El afecto que le profeso es casi el único que salva del naufragio de los demás. Y sin embargo..... es él...... es mi perro el que........

Ketty

Lucy, amiga mía, me infundes miedo. No sé qué pensar de lo que veo y oigo. En tu semblante se copia la lucha que se libra en tu alma. Sí, confiésalo, te agita una preocupación grave, muy grave, que no te decides a revelarme. ¿He perdido acaso, tambien yo, tu cariño y tu confianza?

Lucy (resueltamente)

Voy a probarte que nó. Lo sabrás todo, pero...... temo la burla o incredulidad con que sin duda vas a acoger mi confidencia.

Ketty

Hablas tan seria que no corres ese riesgo.

Lucy

Pues bien, escucha: he resuelto deshacer mi compromiso con Dick. Tal como lo oyes; no me casaré con él ni con nadie. Los motivos son dos: el primero que no quiero y el segundo que no puedo.

Ketty (asombrada)

¡Eres tú la que te burlas! ¿Qué te propones?

Lucy (inquieta)

No me interrumpas porque puedo arrepentirme de haber empezado a hablar. La sociedad, que presume saberlo todo, casi nunca conoce la verdad. Ignora, por ejemplo, los antecedentes de mi noviazgo con Dick. Lo cree fruto de un acto espontáneo de amor y voluntad míos y, sin embargo, no han mediado ni ésta ni aquél.— Mi padre es banquero y para un banquero la vida es una tabla de multiplicar. Al imponerme a Dick como novio no ha perseguido otro objeto que el de acrecentar mi fortuna. Cuestión de números, nada más que de números.— En un principio, venciendo mi repugnancia por los hombres, me sometí a su capricho. Adquirí novio como quien adquiere un mueble que no necesita y que piensa que no va a incomodar. Pero a poco de tropezar con él, me he convencido de mi error: el novio es el más incómodo de los muebles. Por consiguiente, lo suprimo. Y ahí tienes la primera razón: no quiero novio.

Ketty (con ironía)

¡Oh, empiezo a interesarme!—Estoy intrigada. Prosigue.

Lucy

Tampoco puedo casarme. Hay alguien que se opone y a quien temo desobedecer.

Ketty

¿Tu madre, acaso.......?

Lucy

Nó; es Toy, mi perro. *(Ketty ríe a carcajadas).* Revienta de risa, si quieres. *(Colérica)* Eres desleal; te burlas, olvidando tu promesa. En tu concepto, soy una inbécil. A honra lo tengo, amiga mía. Para tí, que eres una mujer superior, más vale un hombre que un perro; para mí, que soy una estúpida, más vale un perro que un hombre. Y si ese perro es mi perro, es Toy, entonces vale lo que nadie vale.— Sin poderlo evitar, han trascurrido mis días, desde aquel que me prometí, comparando a Dick con Toy, y el balance de sus respectivos méritos y cualidades arroja saldo cuantioso a favor del perro. Por eso he dado mi mano al perro y la espalda a Dick. —Fué una escena breve: como de costumbre, vino Dick esta tarde al *"five o'clock tea"* y tan pronto como nos dejó solos la criada, le comuniqué sin preámbulos mi resolución:

"Toy no quiere, le dije. Toy te odia y vive devorado por "los celos. Y en cuanto a mí, no me decido a cambiar un a- "mor puro y desinteresado como el del perro por otro amor, "como el tuyo, que no tiene de tal sino el nombre y cuyo "rencor, al sentirse pospuesto, gritará sus iras nó en tu co- "razón sino en tus bolsillos. Pierdes cinco bonitos millones. "¡Lástima grande! En cambio a Toy nada le importa que yo "los conserve; le es indiferente el dinero; sólo pide cariño, "mucho cariño.— Cuando está a mi lado, su hocico húmedo "no olfatea, como el tuyo, mi bolsa; sus ojos llorosos no mi- "ran, como los tuyos, mis joyas. Nó, su afecto es sincero y, "opulenta o miserable, me prodigaría el mismo. Pero tú, si "mi padre quebrara, ¿insistirías en casarte conmigo? ¡Claro "que nó! Y harías bien, para eso eres hombre.—Yo no puedo "despreciar los celos de Toy porque son justos y porque... "¡valgan franquezas!...... entre él y tú, lo escojo a él. No "es mi ánimo ofenderte con símiles que acaso no te agradan. "Nada de eso, amigo mío. Si meditas un instante, hallarás "lógica y talento en lo que tiene falsa apariencia de torpeza. "Compara con calma los dos afectos, el del perro y el tuyo; "las condiciones en que se han producido, el significado in-

"trínseco que cada cual tiene. Era yo pequeñita y Toy me "enseñaba a andar: apoyada en su lomo seguía sus pasos cui- "dadosos; su fino instinto le daba perfecta conciencia de su "misión. Era mi compañero inseparable, adivinaba mis ale- "grías y mis penas, gozaba conmigo, sufría conmigo, co- "míamos juntos y de noche, al pié de mi cama, velaba mi sue- "ño. Su afecto es, pues, tan profundo como antiguo. El tu- "yo, Dick, es de ayer y artificial: jamás nos conocimos has- "ta que mi padre me adjudicó a tí en calidad de novia, pre- "vio un rápido cálculo; tú hiciste otro y quedó cerrada la "operación.

"Toy se dió cuenta de todo y fermentaron sus celos salvajes, "dándome a entender que te haría trizas al pié del altar. Pe- "ro si aquello no sucediera, te casarías conmigo para abu- "rrirte enseguida, como te aburrirías de un mismo traje o de "un mismo caballo. La esposa les resulta a ustedes muy "pronto monótona. Toy, por el contrario, nunca se aburri- "rá de mí y me acompañará hasta la tumba, cuando yo mue- "ra. Esperará que se despida el duelo y cuando todos, inclu- "sive tú, se vayan para no volver a traerme una flor, él ven- "drá a mi fosa a llorar, sobre la tierra dura y árida, los días "felices que vivimos juntos."

Dick, querida Ketty, me escuchó impasible mientras tomaba el té; sacó después la cartera de su bolsillo, hizo una resta y se fué sin despedirse.

Ketty (levantándose)

Como desearía irme yo, olvidando esta visita de la cual llevo decepción tan grande. Tu neurastenia avanza, pobre niña, y quién sabe adónde va. Te he oído con agradable estupor: pensaba, escuchándote, que en toda locura hay, a su pesar, un fondo de lucidez. Has dicho muchas cosas ciertas; el matrimonio, contemplado desde el punto de vista en que para juzgarlo te has colocado, bien merece tus conceptos: los hombres que se casan por interés, se rebajan y nos rebajan. Son despreciables. Pero de allí a condenar a todos los hombres, suponiéndolos iguales, para convertirse en apologista de perros *(Toy ladra)* hay mucha distancia a la verdad y muy poca a la locura.

Lucy (amargamente)

Locura, eso es, locura. Cada cual tiene la suya y yo no cambio la mía.

Ketty

Adiós, entónces. ¡Qué el cielo conserve a tu perro!
(Ketty sale seguida por Toy que ladra con furia).

. . . .

(Y así acaba el cuento...... o lo que sea.)

ALBERTO JIMENEZ CORREA.

Mieses de Francia

De *Carlos Baudelaire*

LA INVITACION AL VIAJE

¡Hermana, tierna criatura,
Imagina la dulzura
De irnos lejos, allá lejos, los dos juntos a vivir!
¡Amar a nuestro placer,
Amar y desfallecer
En la que se te asemeja comarca donde hemos de ir!

Los soles anubarrados
De sus cielos empañados
A mi corazón recuerdan el encanto singular,
Lleno de enigmas severos,
Con que tus ojos arteros
Tras de sus lágrimas suelen sonreír y centellear.

En esa comarca todo respira orden y beldad;
Todo es solamente lujo, calma, voluptuosidad.

Vetustos muebles bruñidos
Por los años transcurridos,
Adornarían, austeros, nuestra alcoba fraternal;
Las más exóticas flores
Mezclarían sus olores
A los aromas etéreos del ámbar occidental.

Los artesones suntuosos,
Los espejos tenebrosos,
La mirífica opulencia del decorado oriental,

Todo en secreto hablaría
Al alma y la arrobaría
Con la dulzura inefable de su lenguaje natal.

En esa comarca, todo respira orden y beldad;
Todo es solamente lujo, calma, voluptuosidad.

Mira en aquesos canales
Dormir sueños vesperales
A esos navíos cansados, de espíritu vagabundo:
Sólo por satisfacer
Tú más ínfimo placer
Acuden a estas orillas del otro extremo del mundo.

Los crepúsculos murientes
Revisten, desfallecientes,
Los campos y los canales y la callada ciudad
De oro disuelto y jacinto,
Y el mundo se aduerme, cinto
En una cálida onda de pálida claridad.

En esa comarca, todo respira orden y beldad;
Todo es solamente lujo, calma, voluptuosidad.

Versión de MANUEL BELTROY.

La Primera Centuria

Causas geográficas, políticas y económicas que han detenido el progreso moral y material del Perú en el primer siglo de su vida independiente, por Don Pedro Dávalos Lissón.—Lima, 1919.

El libro cuyo título encabeza estas líneas aparece en horas de angustiosa incertidumbre para la vida nacional; en horas que serían de "conciencia y de pensar profundo" si algo existiera que tuviese la virtud de estimular en nosotros el ejercicio de estas facultades del espíritu para otra cosa que no fuera nuestro inmediato y personal provecho. Porque el libro del señor Dávalos, al presentarnos el cuadro de la realidad nacional cuando estamos próximos a completar la primera centuria de nuestra vida independiente, constituye un serio y documentado examen de conciencia, y pocas cosas hay más fecundas en provecho, así para los individuos como para los pueblos, que el practicar de vez en cuando, con toda sinceridad, esta utilísima disciplina espiritual.

¿Qué somos? ¿Qué hemos realizado en el dilatado período de nuestra vida de nación independiente? ¿ De qué modo nos hemos mostrado dignos de ser un pueblo libre? ¿Qué suma de bienestar hemos logrado proporcionarnos? ¿Cuál es nuestra contribución a la cultura y a la civilización? ¿Qué ideal nos inspira; hacia dónde vamos? A todas éstas y a muchas otras inquietantes y torturadoras preguntas responde el libro del señor Dávalos. Le basta para ello retratar fielmente el estado actual de nuestra vida colectiva en sus diversas manifestaciones.

¿Será necesario decir que las respuestas no son de las que pueden halagar nuestra vanidad, sino que, muy por el contrario,

son de aquellas que se dan con la cabeza baja y sin atreverse a mirar frente a frente al interrogador?

Porque éste no es un libro escrito por encargo, con el objeto de demostrar, para seducción de inmigrantes y capitalistas extranjeros, que el Perú es el mejor y más adelantado país del mundo. Tampoco es el libro de un desilusionado, de un hipocondriaco, dispuesto a encontrar que todo está mal, que todo está irremediablemente perdido. El autor no ha partido para su noble empresa con el propósito determinado de *probar* ni una ni otra cosa. Sin prejuicios, con espíritu equilibrado y abierto a todas las ideas, ha salido en busca de la verdad, y es, como lo demuestra en todas sus páginas, el primero en sentir mortificado y dolido su patriotismo cuando esa verdad resulta amarga e ingrata. Pero no por eso procura ocultarla ni desfigurarla. La encara valientemente, analiza sus causas, se documenta en opiniones agenas para llegar al convencimiento, y llevarlo a los demás, de que no está equivocado, y ofrece indicar en un libro próximo a publicarse sus convicciones y opiniones sobre las reformas que son necesarias para encaminar la vida nacional por rumbos más sanos y progresistas.

Este libro no es, pues, ni optimista, ni pesimista. Es un libro de crítica, y al calificarlo así, creo decir también que es un libro de consciente y reflexiva esperanza, porque la actitud crítica es siempre reveladora de esperanza: se critica lo que se encuentra susceptible de mejora y perfeccionamiento, y el creer en la posibilidad de perfeccionamiento, en la capacidad humana para alcanzar la perfección por acto de la voluntad, es lo esencial, lo fundamental de la esperanza cuando a esta palabra se le despoja de su significado religioso. Cree el señor Dávalos Lissón que la exhibición descarnada de nuestra realidad, que la constatación de nuestras deficiencias, el contraste entre el progreso que hemos alcanzado y el que pueden mostrar otros países del mismo orígen que el nuestro, la crítica, en fin, de los métodos, prácticas y costumbres que nos han impedido ser más de lo que somos, deben constituir un estímulo para la acción eficaz y bien dirigida, un acicate que acelere el ritmo de nuestro proceso evolutivo.

Hay muchos, especialmente entre nosotros, que encuentran antipatriótica la crítica de los vicios y deficiencias nacionales. No opina así Dávalos Lissón; él desprecia, como Ortega y Gasset, ese patriotismo inactivo, espectacular, extático, en que el alma

se dedica a la fruición de lo existente, de lo que un hado venturoso le puso delante; esa noción de la patria como la condensación del pasado y como el conjunto de las cosas gratas que el presente de la tierra en que nacemos nos ofrece; noción frente a la cual no queda al patriotismo más que hacer sino asentarse cómodamente y ponerse a gozar de tan deleitable panorama. Y con el mismo eminente autor, que es uno de los más grandes pensadores de la España contemporánea, opone a esa noción egoísta, sibarita y estéril de la patria, el concepto de que ésta no es nada que una mano providencial nos alargue para que gocemos de ello, sino algo que no podrá existir como no pugnemos enérgicamente por realizarlo; lo que no hemos sido y tenemos que ser, so pena de sentirnos borrados del mapa. Hace Ortega y Gasset en el pasaje que vengo glosando una definición del patriotismo que quisiera ver llegar al fondo de la conciencia de todos los peruanos, y arraigarse fuerte y definitivamente en ella. "Entendida así la patria,—dice— es el patriotismo pura acción sin descanso, duro y penoso afán por realizar la idea de mejora que nos propongan los maestros de la conciencia nacional. La patria es una tarea a cumplir, un problema a resolver, un deber". Y termina con una frase que Dávalos Lissón pudo poner como epígrafe de su libro, pues en ella se condensa, mejor que en todo lo que pudiera yo decir, el espíritu que lo informa: "El patriotismo verdadero es crítica de la tierra de los padres y construcción de la tierra de los hijos".

Sintetizado así el propósito de la obra, échase de ver inmediatamente que ella constituye formidable arremetida contra el más grave y persistente mal que nos aflige, el *providencialismo*, y contra sus naturales consecuencias: la falta de fe en la virtualidad del esfuerzo; el excepticismo respecto a los métodos científicos; el abandono de los más graves problemas al azar de las circunstancias y del tiempo. Nuestro pueblo vive esperando eternamente el milagro en todo orden de cosas. Siempre debe detenerse el sol para este privilegiado y elegido pueblo nuestro. No el brazo musculoso y la dura herramienta, sino la vara milagrosa de Moisés, ha de hacer brotar de la roca el agua que esperan sedientas nuestras pampas. No el empuje de nuestros soldados y la calidad y abundancia de sus armamentos, sino trompetas sonoras y gritos estridentes han de rendir los Jericós de nuestros enemigos. Ni hemos tampoco de quemarnos las pestañas estudiando los mejores métodos que puedan aplicarse a la solución de nuestros problemas, que ya vendrá la sabiduría a

posarse en forma de lenguas de fuego sobre nuestras cabezas para iluminarnos sin que ello nos cueste esfuerzos ni fatigas. Y mucho menos será necesario que suden nuestras frentes porque tratemos con trabajos rudos y desagradables de arrancar a la madre tierra sus escondidos tesoros, si en cualquier momento nos los darán incontables *una lámpara maravillosa o un anillo del genio* que hemos de encontrar cuando menos lo pensemos. Políticamente, parece que, por misterioso atavismo, perdurara tenazmente en nuestra patria el mito de Manco-Capac, con ciertas modificaciones bíblicas. Siempre esperamos que venga a nosotros un hombre dotado de tan maravillosa intuición y extraordinarias facultades que él sólo pueda convertir al Perú en un paraíso. Como un precepto de la Constitución hace indispensable que ese sér excepcional haya nacido en el Perú, no nos es posible cumplir con todos los requisitos que la periódica repetición de la incásica leyenda exigiría, entre ellos el de que el nuevo Manco-Capac descendiera del cielo o viniera de ignotos y fantásticos países: pero suplimos esto como podemos hace algunos lustros, alejando al personaje por espacio de tiempo más o menos dilatado, para traerlo luego nimbado de los más peregrinos atributos. La imaginación popular se complace en suponer que, durante el obligado ostracismo, el futuro regenerador se pasa discutiendo con los doctores en el templo o entregado en recóndita Tebaida a austeros renunciamientos y severas disciplinas. Excusado es decir que la influencia bíblica que ha venido a modificar la pureza del mito autóctono consiste en la pasión—¡gracias a Dios, nó la muerte!—que hacemos sufrir a nuestros regeneradores en cuanto principian a ejercer sus elevadas funciones.

Dávalos Lissón carece absolutamente de simpatía por estas sencillas y poéticas creencias. Ha vivido en los países más adelantados de Sud América; ha recorrido el Canadá y los Estados Unidos y ha visto surgir las ciudades en lo que poco antes eran selvas bravías; ha visto como se levantan en pocos meses edificios que cuentan sus pisos por decenas; cómo el rebaño humano trafica apresuradamente por debajo de la tierra, sobre la superficie y en vías que corren a grande altura; cómo los hombres y las colectividades transforman en ingentes y fabulosas riquezas cuanto tocan sus manos y difunden luego esos tesoros en forma de bienestar y de cultura para todos. Y ha visto que esto no ha sido realizado por agentes milagrosos y sobrenaturales, sino por el trabajo, el estudio y el esfuerzo incansables de

los hombres. No cree, por eso, en que reaparezcan en nuestros tiempos ni la vara de Moisés, ni las trompetas de Josué, ni la lámpara de Aladín. No cree tampoco en la mesiánica redención de nuestros pecados nacionales. Y, aunque no lo dice, casi estoy por suponer que no cree en que Wilson descuelgue la caja de los truenos internacionales para fulminar a nuestros enemigos. Es, en su concepto, nuestro propio esfuerzo en el trabajo material e intelectual el que ha de realizar el milagro de nuestra transformación, el que ha de hacer del Perú el país rico, culto, fuerte y respetado que todos anhelamos, pero en cuyo anhelo no ponemos la suficiente energía, la suficiente voluntad para convertirlo en acción eficaz y fecunda. No es persistiendo en el ausentismo espiritual que aqueja a nuestras clases dirigentes; no es con estériles ideologías, ni cambiando sólo la forma externa de las cosas que haremos surgir el Perú ideal del futuro. Es ahondando en las raíces de nuestra realidad nacional; es devolviendo su legítima preeminencia a los valores espirituales y morales que el arribismo y el sensualismo usurpadores pretenden desterrar; es entregándonos por entero al trabajo y al estudio, indispensables en estos tiempos de tecnicismo y organización científica; es amando y respetando a la justicia, sin flaquezas ni reservas, y con sacrificio de nuestros personales intereses; es, en una palabra, con "sinceridad y esfuerzo", como dice Azorín, y por el concurso personal de todos y cada uno de los peruanos que lograremos hacer verdaderamente una nación de este caótico e informe conglomerado en que vivimos. Si el pasado no ha podido crear lazos suficientes para unirnos estrechamente, para darnos la cohesión que es indispensable para la realización de nuestros destinos, busquemos esos lazos en la obra del futuro, que hay quizás más fuertes vínculos entre los que proyectan o laboran en común que entre los que simplemente recuerdan.

Mucho contiene el libro de Dávalos Lissón y mucho más sugiere, y ya se sabe que la capacidad de sugerir es lo que constituye el mayor mérito y la mayor eficacia de la obra intelectual y artística. No puede dejarse de obtener provecho de la lectura de este libro. Por lo menos, ya lo he dicho, obliga a pensar y a hacer examen de conciencia. ¡Ojalá contribuya también a que hagamos propósito de enmienda!

Lima, agosto de 1919.

CARLOS LEDGARD.

Evolución de la Arquitectura en el Perú

Reputamos que la asociación de la juventud ilustrada que quiere y puede obedecer al deber que le impone la concepción histórica de lo que el Perú fué, y la espiritual de lo que ha de ser, necesita fijar atención especial en el suelo que pisa e interpretar como es propio, lo que la Arquitectura dicta, sin vueltas de hoja de libros. Los monumentos incaicos, los coloniales y los republicanos son testigos mudos de lo que fueron y son las culturas á que esta tierra bendita ha estado sujeta, y marcan lo que importa iniciar en vista del porvenir humano hacia una federación mundial: coronación de 20 siglos de preparación cristiana, iniciada por la palabra divina de Jesús: ¡ayudáos!, que interpreta la necesidad cardinal de variedad que la Naturaleza impone al hombre para poder vivir. Si van á terminar los Congresos y Conferencias internacionales — de interés parcial — que por las conveniencias de la relación de las naciones se inició en 1845, para finalidades concretas — con la instalación del Gobierno del Mundo, por un solo poder colectivo, la Liga de las Naciones, urge que el Perú se prepare para figurar en ésta, salvando y organizando sus riquezas morales, étnicas y materiales, del modo y forma que le permita entrar en ese gobierno de la humanidad, aportando sus valores en concordancia con las fuerzas determinantes de las corrientes que el horrendo esfuerzo latino-sajón acaba de encauzar en Europa; esfuerzo que ha aniquilado 10 millones de seres humanos y 52,000 millones de libras esterlinas. La humanidad unida, y asistida por la navegación, los ferrocarriles, el automovilismo, la energía eléctrica, la aeronavegación y la comunicación radiotelegráfica, que imponen esa unión, va á moverse á impulsos de ideales definidos, bien claros ya, y sucumbirán los pueblos que no se hallen en condición de cooperar á la obra común, para lo cual deben evolucionar hacia la homogeneización respecto de los pueblos más adelantados.

Felizmente, un grupo brillante de la intelectualidad peruana actual, se ha puesto en obra, recogiendo materiales para la Historia de los Incas y sus rebaños, de los Virreyes y sus lobos y de los estratécratas y sus vividores. Dicho grupo entra, como debe, á inquirir las causas del naufragio que sufrimos, para poder salir de él; pero sin el espíritu, la extensión y los recursos que necesita ese campo de investigación científica, en que se hallan los antecedentes y consecuentes de los pueblos, como en una ecuación corrcta el valor de las incógnitas.

Ese grupo debe fruncir el ceño, aterrado ante el falso pie en que se creó la República, la incongruencia de sus exóticas leyes, la falta de moral, que se ocupa de crear, y la actual ausencia de industrias que den ocupación y hagan luchar a sus habitantes para hacerse independientes; y así exigir con imperio a las gentes válidas de todo sexo, nacionalidad y edad, que cooperen a la obra redentora que ese grupo ha emprendido, del modo y forma que esté al alcance de cada cual, si es que se quiere impedir que vengan otras gentes, del Sur o del Norte, del Este o del Oeste, a sacarnos a empellones del estado de atonía o del parasitismo en que se hallan las instituciones y los individuos, bajo la acción del opio de los "buenos propósitos de actos heroicos para mañana": "La heroicidad de unos pocos es vergüenza para los demás".

Exigid, jóvenes, con el más grande imperio, que el mundo se ponga en obra, como lo hacéis vosotros, y que se os ayude con dinero y con labor, en los estudios que es indispensoble abordar.— El que esto escribe cumple con ese deber, trasmitiéndoos lo que respecta a Arquitectura ha podido acopiar en su labor ordinaria, interpretando lo que cree debe leerse en ella, y que os somete como contribución.

I

Cuando los españoles invadieron el Imperio de los Incas, se quedaron estupefactos al hallar obras como las de Cajamarca, Chavín, Huánuco, Pisac, Ollontaitambo Cuzco y Tiahuanacu, hechos con piedra labrada, acondicionada de un modo especial, sin que, hasta la fecha, se haya sabido cuál fué el arte con que dominaron ese material, siendo así que no conocieron el uso del fierro, ni mucho menos el acero, por supuesto.



Muros ciclópeos de "La Fo

OBRA DE LOS



en el Cuzco (Sacsahuamán)

S PERUANOS

Desde que visitamos por primera vez el Cuzco, en 1872, y tomamos nuestros primeros apuntes, opinamos por que los picapedreros fueron simples desbastadores y moldeadores de bloques, utilizando para alisar las junturas limas de púas de sílex, sostenidas por tabletas, trincadas por fuerte empate, tal cual sabían hacer, pues lo usaban en sus flechas: la "hoja" natural de fractura de la piedra, la paciencia resignada—triste característica de la raza—y el trabajo monótono reglamentario que les imponía el régimen de la organización a que estaban sujetos los aborígenes—en el cual el factor tiempo no era considerado—hicieron lo demás; resultando esas masas formidables, esos muros imponentes, esos dispositivos militares, sin nada ornamental, sin alegría en la forma, en que la Historia lee la vida monótona y abyecta de autómatas, sujetos a amos, quienes no le dejaron pensar ni querer; y de allí el pueblo sin alma, mantenido sin ella por sus explotadores coloniales primero y los liberticidas después, quienes le pusieron el sudario español-francés que lleva; sin arreglar las cosas para hacer hombres de esos bípedos, que labran la tierra para el taitai de hoy, serviles ante el cholo, el mestizo o la autoridad. Trinidad ésta, inicua—al decir de González Prada—,compuesta del Cura, el Alcalde y el Sub-Prefecto. En ese estado, el indio no tiene más pensamiento que el de satisfacer su vida animal, ni más ideal que el de embriagarse, en camino a la desaparición por esterilización, sin remplazo posible para el laboreo de las minas y la ganadería.

¿Qué de esos muros formidables—uno de cuyos tipos presentamos en la lámina adjunta—, si para exigir esos testimonios de servidumbre, se había de lograr a la sociedad humana los rebaños llamados "Comunidades", que trabajan sin querer y viven sin amor?

Y allí están, sin que los "encomenderos" hubieran entendido su negocio colectivo, sin que la torpe estratecracia al arranchar las riendas del Estado, hubiera hecho de ellos otra cosa que carne de cañón, y, lo que es peor, sin que la juventud quiera dedicar todas sus fuerzas a ella, dejando el quinto cielo, a que la empuja la fácil literatura que San Marcos le barbecha, olvidada de nuestro medio geográfico y topográfico y de las condiciones etnológicas y sociales de cuatro millones de seres buenos, entre los que sobresalen las hembras—no digo mujeres— cuya redención reclama métodos que no hallarán en las fuentes que

Lorente importó, echando la simiente del españolismo, floreciente al soplo potente de Deustua y al amparo de Prado en Letras; e iniciado tímidamente en arquitectura por San Martín (Manuel Julián) y Batanero ayer, Marquina y Malachowski hoy.

El problema de la Nacionalidad peruana, está en los Andes y más allá de los Andes.— Lo primero es lo urgente y acusador, allí donde el Muro estupendo (que los aborígenes fabricaron) desafía impávido los siglos, y se enfrenta a la hojarasca de arte erigida por los españoles, sin que ésta haya resistido las injurias de corto tiempo, reducida hoy al estigmatizado estado en que se halla, según le diremos en un próximo escrito.

El descubrimiento del fotograbado permite darse cuenta de la arquitectura egipciaca que llamaremos de Tiahuanacu, por considerarla como precursora de todas las demás; y si el lector visitara el Cuzco,—esa "arca santa de las tradiciones gloriosas de la raza"—le recomendaríamos estudiar las bases de la actual iglesia de Santo Domingo, construída sobre los restos del templo del Sol, los restos del Palacio de Manco-Cápac, perteneciente hoy al señor César Lomellini, los muros del Palacio del Inca Rocca y la portada que existe en la calle de Cocachaca—fuente por sí sola de grandes enseñanzas históricas—aparte de tántas otras obras ciclópeas entre las que el Trono del Inca, tallado en roca en una de las cuchillas de la Fortaleza de Sacsahuamán, es de impresión inolvidable.

Las personas que se interesen por desarrollar estas notas pueden ocurrir a la obra de Humboldt "Monuments des Pouples Indigenes de l' Amérique", pag. 13; a la de Ulloa "Noticias Americanas"; al opúsculo del ingeniero Pablo Chalon, "Arte de Construír de los antiguos peruanos", y a las "descripciones de Raymondi en sus obras "El Perú", siendo evidente que sus opiniones tienen que ser modificadas por las deducciones de la Universidad de Yale, que ha hecho trabajos muy serios de investigación, dirigidos por un grupo de sabios encabezados por el notable hombre de ciencia Hiram Bingham, cuyas conclusiones han echado torrentes de luz en el campo de la arqueología peruana y de que daremos cuenta en otro artículo.

TEODORO ELMORE.

La adhesión de la República Argentina al tratado de alianza defensiva Perú-boliviano de 1973

(Continuación)

V

Como se ve, en estas notas transcritas, se reanudaron, en el año 1875, las negociaciones encaminadas a conseguir la adhesión solicitada; pero, como si ningún apuro hubiera habido en perfeccionar, lo antes posible, ese acuerdo, se renovaron, según lo acreditan las comunicaciones insertas, las instrucciones q' se le tenían dadas a nuestro Plenipotenciario en el Brasil y Repúblicas del Plata, reiterándosele, por parte de Bolivia, la misma exigencia, que había venido esterilizando esta labor diplomática, y ordenándosele, por parte del gobierno del Perú, q' se le prestara el mayor apoyo a ella, no obstante de haber sido antes desahuciada, y q' se modificaran, además, los términos de la restricción que se había impuesto, en abril de 1874, al Tratado de alianza, sobre las cuestiones del Brasil. Estas dos exigencias se anticiparon.

Fueron, no obstante, recibidas sin mayor resistencia, y hubieran podido ser satisfachas en breve plazo, como lo manifiestan las notas que reproducimos en seguida; debido desde luego, a la buena disposición que manifestaron en pró de la alianza el nuevo Presidente de la República, doctor Nicolás Avellaneda, y el nuevo jefe de la Cancillería argentina, doctor don Bernardo de Yrigoyen. Las notas que así lo acreditan son las siguientes:

Buenos Aires, Junio 28 de 1875.

("Reservada
No. 27")

"S. M.

"El 16 del corriente *fuí invitado* a una conferencia por el señor Ministro de Relaciones Exteriores de esta República; y tuvo lugar el 19 a las dos de la tarde en el salón de su despacho.

"En ella me manifestó el señor Ministro, que el gobierno de Chile continuaba desarrollando una política alarmante con respecto a la cuestión que sostenía sobre la Patagonia y el Estrecho; y que su gobierno, en el deseo de conservar la paz, miraría con suma complacencia que el del Perú se dignase ejercer sus buenos oficios, pasando una nota al de Santiago en términos idénticos a la que le dirigió hace como un año, y que tan buenos resultados produjo, aunque no llegó a ser entregada por el Ministro señor Noboa (35).

"Le contesté al señor Ministro, que comunicaría a U. S. su indicación; y que no dudaba que mi gobierno ejercería con complacencia sus buenos oficios, en cualquier circunstancia que creyese favorable, en obsequio de la paz de dos repúblicas amigas y con las que tántos y tan estrechos vínculos la ligaban.

"En seguida, vino de un modo natural la conversación sobre el estado en que habían quedado las negociaciones referentes a la adhesión de esta república a nuestro Tratado de alianza defensiva; y después de recordar todos los antecedentes, me dijo el señor Ministro, que en la última comunicación que había recibido de la Legación argentina en La Paz, le decía el señor Uriburu que el señor Baptista *no aceptaba* la explicación que había yo acordado aquí con el señor Tejedor sobre el principio del *uti possidetis.* Esto me dió ocasión para manifestarle todo lo que había precedido a aquel acuerdo, y para declarar que, al reabrirse las negociaciones, tenía que hacer a nombre del gobierno boliviano, una ampliación sobre las explicaciones dadas ya respecto al *uti possidetis,* en el sentido de mi proyecto de respuesta; esto es, salvando las nacionalidades tal cual hoy existen.

"Después de hora y media que duró esta entrevista y cuando me despedía, *me dijo el señor Ministro, que sería conveniente que tuviese yo una conversación sobre tan importante asunto, con*

(35) Representante diplomático del Perú en Chile.

S. E. el Presidente de la República; a lo que le contesté, que yo estaba expedito para el día y hora en que S. E. quisiera honrarme invitándome para una audiencia. El señor Ministro me manifestó entonces que ésta podía tener lugar el 21 por la noche, que era el día en que S. E. recibía en su casa; y que él se lo prevendría, al darle cuenta de la entrevista, que acabábamos de tener y a la que él *me había invitado por su órden.*

"Asistí en la noche del expresado día a casa del Presidente, más, se encontraba rodeado de tánta gente que no fué posible que hablásemos a solas. A mi salida *me citó* el señor Ministro para dos días después, esto es, para el 23, a las dos de la tarde; y en dicho día, y a la expresada hora, tuvo lugar, en el despacho de S. E. el Presidente, la entrevista de que paso también a dar cuenta a U. S.

"El Presidente comenzó por excusarse, de no haber podido hablar conmigo a solas en su casa, por la gente que le rodeaba, y por no haber querido llamar la atención; y *me pidió, en seguida que le manifestase el estado en que había quedado la negociación sobre la adhesión.* Accedí en el acto a su deseo, refiriéndole con todos sus pormenores, cuanto había pasado sobre tan importante asunto; y, al concluir, concretó el Presidente la conversación sobre los temores que nuestro Tratado de alianza podía inspirar al Brasil, diciéndome a este respecto, que cuando el señor Tejedor dió cuenta al gobierno del señor Sarmiento, del que él formaba parte, de la solicitud de adhesión hecha por mí, era ese temor el que más había impresionado su ánimo. Me fué fácil, como debe U. S. presumir, tranquilizar a este respecto a S. E. el Presidente, refiriéndole de nuevo la declaración que tenía hecha, de que la alianza no se extendería a las cuestiones que pudiesen surgir entre esta república y el Imperio; y hablándole además de las seguridades que en este sentido había yo dado en Río Janeiro al gobierno Imperial.

"Se ocupó también S. E. de la posibilidad que había de que Chile se aliase con el Brasil; y también me fué fácil desvanecer sus temores, manifestándole el ningún interés que tiene el Imperio de mezclarse en las cuestiones del Pacífico, sobre todo teniendo, como tenía, conocimiento de la alianza que estaba para perfeccionarse entre nosotros y cuyo objeto principal era resolver la cuestión de límites con aquella república.

"Después de esto, y viendo al Presidente en muy favorables disposiciones, quise aprovechar de esta entrevista para hablarle sobre las declaraciones que el señor Baptista quiere que se hagan

en lo relativo al *uti possidetis*. Dije, con tal fin a S. E. que las dificultades que el señor Tejedor había encontrado para formalizar la adhesión, durante su Ministerio, habían provenido del justo deseo que tiene el gobierno de Bolivia de introducir, al ocuparse del *uti possidetis*, alguna frase que salve la organización actual de la república, a fin de que no se haga más tarde cuestión de Tarija; y que no habiendo tenido, ni teniendo en la actualidad el gobierno argentino, intención, ni propósito, de hacer cuestión de aquella provincia, no comprendía que pudiese existir ninguna dificultad seria que impidiese hacer alguna declaración a este respecto, bien en Protocolo o por medio de simples notas.

"S. E. el Presidente y el señor Ministro de Relaciones Exteriores, en cuya presencia tuvo lugar la conferencia, de que estoy dando cuenta a U. S., no hicieron a esto la menor objeción; lo que me dá la esperanza de poder allanar este punto, conforme a los deseos del señor Baptista y a las instrucciones que a este respecto se ha servido U. S. comunicarme.

"Al terminar este punto, *S. E. el Presidente me dijo, que tendríamos necesidad de algunas conversaciones más y le encargó al señor Ministro de Relaciones Exteriores, que reuniese y le presentase todo lo referente a este negociado.* Estoy esperando, en vista de esto, que me citen a alguna nueva conferencia; y en ella me esforzaré por obtener un resultado final.

"Dígnese U. S. dar cuenta de este oficio a S. E. el Presidente de la República; y aceptar los sentimientos de profundo respeto con que me suscribo de U. S. atento servidor.

(Firmado).—"*M. Yrigoyen.*"

Buenos Aires, Agosto 9 de 1875.

("Reservada
No. 34")

"S. M.

"Tengo el honor de acusar a U. S. recibo de la nota reservada No. 14, fecha 8 de junio, con que se ha servido dirigirme, en copia autorizada, el oficio que nuestro Encargado de Negocios en La Paz dirigió al señor Ministro Baptista, sobre la *reserva* referente a los asuntos del Brasil que debe hacerse, llegado el caso de que se formalice la adhesión del gobierno argentino a nuestro Tratado de alianza defensiva.

"Por dicho documento quedo impuesto, de que el gobierno boliviano está perfectamente de acuerdo en hacer por su parte la misma declaración que hemos hecho nosotros, y que en este sentido me dirigirá sus instrucciones. *No he recibido, sin embargo, hasta ahora una sola palabra del señor Ministro Baptista a este respecto, ni en lo referente tampoco a lo general de la negociación;* no obstante que, desde el mes de setiembre del año próximo pasado, le dirigí por conducto de ese Ministro una extensa nota *memorandum* sobre dicho asunto, y que a mi salida de Lima, en el mes de abril, le comuniqué al expresado señor Ministro mi regreso a esta capital.

"No obstante esto, si llegase el momento de formalizar la adhesión del gobierno argentino a nuestro recordado Tratado de alianza defensiva, procederé a hacer la *reserva* indicada, a nombre no sólo de nuestro gobierno sino también del de Bolivia; según se sirve U. S. ordenármelo al final de la nota que dejo contestada.

"Soy de U. S. muy atento y obediente servidor.

(Firmado).—"*M. Yrigoyen.*"

Mas, no había tardado el doctor Yrigoyen en comunicar las buenas perspectivas que ofrecía el flamante gobierno argentino, para llevar a feliz término las negociaciones en que estaba empañado, cuando recibió—en contestación a su oficio del 2 de junio, en el que consultaba la conducta que debía seguir, en caso de que el gobierno argentino se resistiera a aceptar las exigencias de Bolivia—la nota del 12 de julio y las cartas particulares del Ministro de Relaciones del Perú, que se insertan a continuación, en las que, por temores a las previstas complicaciones internacionales, ya no se le recomienda activar, sino, por el contrario, demorar la suscripción del protocolo de adhesión de la Argentina a nuestro Tratado del 6 de febrero de 1873.

La nota referida decía así:

"Lima, Julio 12 de 1875.

("Reservada
No. 24")

"Sr. Dr. D. Manuel Yrigoyen, Ministro Plenipotenciario del Perú en el Brasil y R. R. del Plata.

"Me ha sido grato recibir la nota de U. S., fecha 2 de junio anterior, signada con el No. 11.

"Conoce U. S. las elevadas miras del gobierno del Perú al celebrar el pacto de alianza defensiva de 6 de febrero, y al solicitar más tarde la adhesión de la República Argentina. *Tratábase, mediante él, de hacer difícil o imposible la guerra entre naciones de un mismo origen, que, por mútua conveniencia, están llamadas a conservar la más estrecha armonía, y de introducir en el Derecho Público Americano, principios de gran utilidad para este continente; sin que el Tratado contenga mira agresiva contra potencia alguna.*

"El gobierno argentino pareció admitir la idea con entusiasmo y el proyecto de adhesión fué aprobado en la Cámara de Diputados, habiendo sido aplazado en la de Senadores, por los motivos que debe U. S. recordar y comunicó oportunamente a este Ministerio. De consiguiente, debemos suponer que parta de ese gobierno la iniciativa para reanudar las negociaciones y, en caso contrario, sólo debe U. S. tocar la cuestión con el mayor tino. tratando de investigar si en la actualidad se aceptaría las frases que se negó a admitir el señor Tejedor y que debían constar en el protocolo de adhesión, por instancia del gobierno de Bolivia, cuyos intereses no podemos abandonar.

"Sensible es que no se hayan remitido a U. S. hasta hoy las instrucciones que tiene ofrecidas el señor Baptista, pero entiendo que le serán enviadas muy pronto, según lo que se me asegura en la correspondencia que acabo de recibir; y una vez en posesión de ellas, podría U. S. proceder, *teniendo siempre presente el estado de las relaciones de la Confederación con Chile, el Brasil y las otras repúblicas del Plata, y nuestro deseo de conservar las que nos ligan con todas esas potencias.*

"Por lo demás, una vez reanudadas las negociaciones *por iniciativa* de ese gobierno y manifestando que está en sus intereses adherirse al Tratado de 6 de febrero, puede U. S. continuarlas, exigiendo las garantías que Bolivia necesita y que no considero difícil obtener, atendiendo a las conferencias privadas del señor Uriburu, a las ideas emitidas por el mismo señor Tejedor y a la circunstancia de ser probable que en la actualidad se ocupen en Sucre del Tratado de límites entre la República Argentina y Bolivia, habiendo sido nombrado, y aceptado el cargo de Plenipotenciario, por parte de la última el doctor Reyes Ortiz, Vice-Presidente del Consejo de Estado.

"Sin perjuicio de lo indicado anteriormente, yo cuidaré de comunicar a U. S. oportunamente las instrucciones que convengan.

"Dios guarde a U. S.

(Firmado).—*"A. V. de la Torre."*

Y el tenor de las cartas es este:

"Lima, Julio 5 de 1875.

"Sr. Dr. D. Manuel Yrigoyen.

"Querido amigo:

"Creí que el vapor me daba tiempo y resulta que se despacha dentro de una hora. Seré pues extenso en el próximo vapor.

"Continúe Ud. las negociaciones sin manifestar gran interés. El que nosotros tenemos es por la conservación de la paz en América. Si la República Argentina crée que adhiriéndose a nuestro Tratado, arribará más pronto a una solución favorable en sus cuestiones con Chile, de modo que *justa* y *equitativamente queden arregladas,* puede Ud. firmar el Tratado, por supuesto salvando los intereses de Bolivia, del modo indicado. *Ud. sabe que a fuerza de trabajo hemos conseguido el arreglo de esta última con Chile, que ya es terminado.*

"Escribiré largo en el próximo correo.

"Disponga de su affmo. amigo y S. S.

(Firmado).—*"A. V. de la Torre."*

"Lima, Julio 19 de 1875.

"Sr. Dr. Manuel Yrigoyen

Buenos Aires.

"Querido amigo:

. . . .

"El 5 le escribí muy de ligero, pero lo bastante para que comprendiese Ud. nuestra idea. Confirmo esa carta, que está en consonancia con el oficio que marcha por este correo (fecha 12 del presente).

"Ud. comprende bien que *no nos conviene, por el momento, activar mucho esos asuntos.* El estado de las relaciones del Imperio con las Repúblicas del Plata y de estas mismas entre sí; así como las de la Confederación con Chile, nos obligan a ser cautos y marchar con mucho tino. Preciso es, pues, esperar la iniciativa de ese gobierno, para reanudar las negociaciones, y, en caso contrario, sondear su ánimo respecto a las exigencias de Bolivia, a la que no debemos abandonar; y aceptar la adhesión, salvadas que sean las dificultades que se presentaron antes.

"Esperaba ayer las instrucciones del señor Baptista para Ud., pero no han llegado. Esta circunstancia no será un obstáculo para proceder, pues tiene Ud. las copias de los despachos cambiados en La Paz y el extracto de mis conferencias.

. . . .

"Se acerca la hora de cerrar el correo y concluyo despidiéndome de Ud., muy affmo. amigo y S. S.

(Firmado).—"*A. V. de la Torre.*"

PEDRO YRIGOYEN.

(Continuará)

Notas varias

LA CUESTION UNIVERSITARIA

(Un aspecto olvidado)

Ya que aun es cuestión de viva actualidad la promovida por los estudiantes de la presente generación, respecto a la reforma de la enseñanza superior, no queremos dejar de decir nuestra palabra; reservándonos para opinar con más calma y latitud posteriormente sobre punto tan interesante como trascendente.

Interésanos decir, antes que todo y sobre todo, esto: que en las controversias y disertaciones producidas, apenas si inplícitamente se ha aludido o tenido en cuenta lo que es fundamental y capitalísimo en cuanto a la cultura superior concierne: el sentido espiritual de la enseñanza. Parece, en efecto, que entre los motivos de la actual agitación no actúan los que nos serían más simpáticos, sentimentalmente, y que, sin discusión posible, son los más justificables y eficaces desde el punto de vista pedagógico, si hemos de tener presentes las últimas conquistas de esta ciencia. Nos referimos a los motivos éticos, a las crecientes necesidades que impone una espiritualidad de superior cultura. Se deja sentir, muy marcadamente, en las actuales demandas, la ausencia de altas preocupaciones filosóficas, científicas o sociales; y, en cambio, todas ellas parecen orientarse a impulsos de aspiraciones y tendencias de un burguesismo demasiado pegado a tierra, demasiado ajeno a los intereses morales y humanos por excelencia; burguesismo para el cual parecen haber desaparecido del todo los fines—digámoslo aunque parezca excesivamente noble la palabra— apostólicos de la educación universitaria. A juzgar por las manifestaciones actuales, se diría que hoy sólo se busca en la Universidad la habilitación práctica—muchas veces de una clamorosa falsedad, y de allí la frase de

"nulidades tituladas"— para la explotación de las profesiones liberales, campo en el cual cada día es mayor y menos escrupulosa la simulación del trabajo y de la competencia. Se olvida insistir sobre la cuestión planteada por le Dr. Deustua años ha, a propósito de la formación de la comisión para el estudio de la nueva ley sobre instrucción (1) pública, en la siguiente forma: ¿Qué conviene más: una dirección científica, materialista, con finalidad exclusivamente económica, o una religiosa, espiritualista, con finalidad exclusivamente sobrenatural, o una filosófica, idealista, que concilie ambas tendencias y forme el carácter moral del educando?"

Penetrando al fondo del problema, el Dr. Deustua planteaba, como se ve, una cuestión previa impostergable por lo mismo que formamos parte de organizaciones sociales nuevas tan heterogéneas.—Antes que estudiar las cuestiones de metodología—apuntaba entonces el director de "Ilustración Peruana" comentando al Dr. Deustua—hay que resolver y plantear las cuestiones relativas al ideal humano a la orientación que debemos dar a nuestra vida.

Pues bien; preocupaciones de esa naturaleza, que deberían ser el foco de las inquietudes juveniles, si en su seno hubiese fermentos de verdadero espíritu de progreso y perfeccionamiento, brillan por su ausencia, como ya lo hemos dicho, en las manifestaciones que motivan estas líneas. Por más buena voluntad que se tenga para hallar trazas de altos deseos de progreso y ennoblecimiento de nuestras instituciones docentes, en el movimiento que ahora encabeza formalmente la Federación de Estudiantes, nada de eso se ve. Sólo se trata, en el fondo, de "cuestiones de economía doméstica", conforme a la gráfica expresión del sagaz *Andrenio,* al comentar una situación análoga a la nuestra, suscitada en España. Conviene que apuntemos más ampliamente sus conceptos: "La raíz de esta dolencia está en que la enseñanza, y en general el cultivo de las ciencias no le importan un ardite a la generalidad, aunque en público se diga otra cosa. Todas las cuestiones de enseñanza que agitan a la opinión entre nosotros, son cuestiones adyacentes: cuestiones confesionales o cuestiones de economía doméstica. ¡Y pensar que los alemanes, a quienes tánto admiran muchos de los que así discurren, tienen la candidez de pagar las lecciones de los cursos privados y pri-

(1).—Este mismo vocablo denota la tendencia a prescindir de las necesidades morales y educativas.

vadísimos de los profesores oficiales! La triste verdad, que por rubor no se confiesa, es que *hay una profunda indiferencia hacia la cultura* (2) cuando nó una sorda hostilidad hacia esa quisicosa que no hace felices a los hombres y despierta la funesta manía de pensar. El ideal de algunos padres de familia en materia de enseñanza sería que los títulos universitarios se vendieran en los estancos (3) a cinco pesetas o que pudiera expedirlos cualquier dómine doméstico pagado con la comida y alguna ropa de deshecho. En materia de enseñanza somos liberales... (4)

Hace ya tres o más años, un escritor de méritos, el señor Emilio Huidobro, inició en los diarios una campaña contra nuestra defectuosa enseñanza universitaria, a la que acusaba de ser una de las principales causas de nuestro estancamiento industrial y comercial, y de la plétora de profesionales ineptos que nos aqueja, viniendo, según él, a culminar, todo esto, en los morbos sociales llamados "empleomanía", "parasitismo", "arrivismo", etc., y terminando por producir la inestabilidad política (5). Rara será la persona de sentido común que no esté de acuerdo con ese criterio. La decadencia, la falta de verdadera vida espiritual, de nuestros institutos de enseñanza superior, fué denunciada, nó ahora que la situación se ha hecho insostenible, sino mucho antes, con una frase durísima, por uno de los catedráticos de San Marcos de más sólido prestigio: "La Universidad huele a cementerio", dijo. Y nosotros sabemos que otro profesor de gran prestigio tuvo que sostener una reñida campaña para introducir algún movimiento de verdadera vida en la Facultad de Ciencias, siendo, por supuesto, vencido por la inercia y el estrecho conservatismo de los más.

(2).—Subrayado por nosotros.

(3).—Ya Góngora (el otro?) lo comentaba en una famosa composición:

Todo se vende este día;
Todo el dinero lo iguala;
La corte vende su gala,
La fuerza su valentía
Y hasta la Universidad
Vende la ciencia—Verdad

(4).—"Nuevo Mundo", Diciembre 1.o 1916.

(5) V. nuestros arts., "Universidades y Revoluciones", "La Unión", Marzo 6 de 1913 y "Plétora de universitarios y despoblación de la industria", "La Crónica", Febr. 23 de 1916.

¿Qué movimientos, qué corrientes de vida, de entusiasmo cultural o científico, o de propaganda social denotan en nuestras universidades la razón de su existencia en el conjunto institucional de nuestro país? Y sin embargo ninguna de las reformas pedidas parece inspirarse en el anhelo de salir de situación tan anómala.—A este respecto, y en un informe presentado al "Segundo Congreso Científico Pan-Americano", José Ingegnieros escribía: "La extensión de las doctrinas, normas ideales que constituyen la filosofía de una sociedad, representa la cultura social de un pueblo. En las naciones civilizadas contemporáneas esa cultura tiende a organizarse en las Universidades, que son sus instrumentos naturales de aplicación a los problemas vitales de la sociedad.—Tal es—añade—la aspiración de toda Universidad moderna: ser un instrumento de acción social. Pero es indudable que la organización actual de casi todas las universidades (y especialmente de las hispano-americanas) no llena ese objeto, por dos causas: 1a. no responden al sistema de ideas generales que resulta de las ciencias contemporáneas; 2a. no están especialmente adaptadas a las sociedades en que funcionan" (6).

E. E.

FEDERICO NIETZSCHE.—Epistolario inédito—Traducción castellana de Luis López Vallesteros y de Torre.

El dolor es, en las almas superiores, una austera fuente de optimismo; porque ante la profundidad de los arcanos que el dolor descubre y ahonda, el alma exaltada y ardiente obtiene la orgullosa y suprema compensación de reconfortarse en sí misma y de sentir en las propias entrañas del martirio, la palpitación de una indestructible juventud.

"¿Cuán viejo soy realmente? Lo ignoro; así como lo joven que aún seré".

De esta suerte la vida de Nietzsche realizó el prodigio de exaltar, sobre las miserias corporales, sobre el aislamiento a que su misma excelsitud la llevaba, sobre la desolación del abandono y de la incomprensiva necedad de los hombres, el valor de afirmarse a sí misma con un gesto perennemente rebelde, con la expresión de una alegría siempre triunfadora pero siempre también, sublimemente trágica.

---

(6).—"La filosofía científica en la organización de las universidades".

Este proceso se transparenta en sus cartas, que llenas de poesía y de sencilla familiaridad traducen la creciente liberación de su pensamiento y esa dolorosa ascensión de su vida, transfigurada por la luz de su visión maravillosa, hasta llegar a la cumbre donde su soledad sólo encontró, según propia declaración un compañero digno de ella: Spinoza (carta a Overbeck, Sils María, 30 de julio de 1881).

Pero la raíz sentimental de su carácter era profundamente tierna, piadosa y dulce. Es, seguramente, lo que resulta difícil de descubrir a través de sus obras, donde resuena el ímpetu de una originalidad sin precedente, de una audacia sin límites, de una libertad verdaderamente monstruosa. Fondo sencillo, casi infantil, que apareció constantemente, suavizando la desarmonía de exaltaciones y de melancolías, de esperanzas y de desfallecimientos que vibran en la música asombrosa del alma de Nietzsche.

"Aquellos hombres, escribía, que se han acostumbrado a sentirse solitarios; que considerando con fría mirada los lazos sociales y de camaradería, han visto los inconsistentes hilos que enlazan al hombre con el hombre, hilos tan fuertes que basta un hálito de viento, para hacerlos desaparecer; aquellos que, además, tienen la prudencia de evitar que les convierta en solitarios, la llama del genio, llama de cuyo círculo luminoso todo huye, porque todo, a su luz, parece desprovisto de sentido, vanidoso, seco y con un ritmo de danza macabra; aquellos tambien, a quienes una determinada idiosincracia o una rara mezcla de deseo, talentos y anhelos de la voluntad han llevado a la soledad; todos estos saben qué "milagro incomparablemente elevado" es un amigo y si son idólatras tendrán que elevar, ante todo, un altar al "desconocido Dios que creó al amigo" (carta a Erwin Rohde, Naumburg y Leipzig, a principios de enero de 1869).

Posteriormente consignaba esta hermosa reflexión: "Cesa uno de amarse a sí mismo cuando cesa de practicar el amor hacia los demás. Por tanto, no debe uno nunca dejar de practicarlo. Tal es mi propia experiencia". (Carta a Peter Gast, Marienbad 18 de julio de 1880); y en otra carta al mismo Peter Gast (Marienbad 20 de agosto de 1880) expresaba este pensamiento que ofrece en su desnudez el noble aspecto generoso y humano del filósofo: "Aún ahora, despues de una conversación simpática con hombres para mí extraños en absoluto, siento vacilar toda mi filosofía, me parece insensato querer tener razón si ha de ser a cambio de no poder amar a nadie ni despertar ninguna simpatía."

Su capacidad de amar y de admirar, revelada por su culto a Schopenhauer y por su adhesión fervorosa, de un tiempo, a la persona y a la obra de Ricardo Wagner, vibran en cartas admirables.

Hablando de Ricardo Wagner escribía al barón de Gersdorff el 4 de agosto de 1869 "Nadie le conoce y nadie le puede juzgar, porque todo el mundo se basa en fundamentos distintos a los suyos y nadie se siente a gusto en su atmósfera. Reinan en él un tan absoluto idealismo, una tan profunda y conmovedora humanidad, una serenidad tan elevada, que a su lado me siento como al lado de lo divino".

El otro gran entusiasmo de su vida por la filosofía de Schopenhauer, de cuyo pensamiento supo extraer un optimismo fundamental, se refleja en todas sus cartas, casi en todas sus frases. Hermoso ejemplo

de la virtualidad que todo gran pensamiento tiene, cuando se deposita en una alma profunda.

Sensibilidad exquisita, percepción extraordinariamente dotada para distinguir matices, Nietzche, se estremecía hondamente ante la música. Nietzsche componía; y es conmovedora la emoción que este inmenso poeta y filósofo ponía en sus producciones musicales, indeciso fluído donde él se sumergía con delicia infinita.

Algo profundamente impresionante es la confianza que abrigaba en su obra y que se acentuó en los últimos años de su vida. Y tenía razón cuando pensaba que era prodigiosa. Creía tal vez que la vida de los hombres iba a cambiar del todo con el advenimiento de su transmutación de todos los valores. Esa vida humana se trasformará radicalmente algún día y las ideas de Nietzsche que visten imágenes radiantes— estallarían entonces con la ruda vitalidad de su enorme contenido.

"No he encontrado nunca, hasta ahora, desde mi niñez, nadie que tuvieran en su corazón y en su conciencia la misma "necesidad que yo", decía en una carta a su hermana constatando el sublime aislamiento de su situación. Quizá ahora muchos o algunos hombres sientan esa "necesidad", que elevó hasta la suprema altura de la liberación el pensamiento de Nietzsche.

Libertad: he ahí el resorte íntimo de la actividad mental del profesor de Basilea, y sin embargo, negaba la libertad psicológica. ¿Contradicción?

La contracción es la hostilidad de los conceptos que pretenden explicitar la confusa complejidad de un pensamiento íntimo o de una impresión esencial ante la vida. Pero los conceptos, suelen dejar intacta la virginidad de la adivinación. El comprenderla, el vivirla, el amarla, son obra de la contemplación admirativa, de la adhesión estética y nó lógica.

M. I. R.

Revistas de Revistas

LA REFORMA SOCIAL.—Revista mensual de cuestiones sociales, económicas, políticas, parlamentarias, estadísticas y de higiene pública.—Junio, 1919—Nueva York.

Soplan vientos de pesimismo en el campo ideológico de las conquistas del Derecho Internacional. Todos los que no se hicieron muchas ilusiones a cuenta de las promesas de los dirigentes de las que acaso sea justo denominar "oligarquías plutocráticas" de Occidente están viendo confirmarse sus desconfianzas; primero, con el revuelo de críticas, sátiras y controversias motivadas en Europa y América por los viajes de Wilson y sus actitudes que, sin satisfacer por completo a ningún pueblo, a todos los dejaba en suspenso y un tanto descontentos, conforme lo ha puntualizado el ilustre publicista inglés Sir John Foster Fraser en su artículo titulado "What Europe thinks of Woodrow Wilson" y después, con las actividades desplegadas por el grupo principal del partido republicano de los Estados Unidos en torno a ciertas enmiendas que se pretende introducir en el Estatuto de la Liga de las Naciones con el fin, según dicen esos políticos de la escuela y las inspiraciones de Roosevelt, de mantener incólume la Doctrina de Monroe. ¡La sonaja eterna!

Tres artículos relacionados con estos tópicos contiene el indicado número de "La Reforma Social", dos de ellos debidos al experto internacionalista y buen amigo del Perú señor D. Jacinto López: "La Liga de las Naciones y la América Latina" y "La más grave cuestión internacional de América" (quinta parte), y el otro, firmado por el conocido publicista cubano D. Orestes Ferrara, "Viena 1815—París 1919", breve parangón histórico, éste, de los congresos internacionales reunidos en las mencionadas ciudades y fechas, después de sendas y sangrientas guerras. Como es nuestro intento trascribir éste artículo, pleno de interesantes sugerencias en el momento actual, vamos a referirnos de preferencia a los otros dos para que, así, los lectores de "*Mercurio Peruano*" puedan formarse un concepto siquiera sea aproximado de la manera cómo se miran en los altos círculos intelectuales a que hacemos referencia los grandes problemas internacionales de nuestra época.

En el artículo sobre la Liga de las Naciones y la América Latina, Jacinto López se constituye, en forma tan atinada y correcta como enérgica, en adalid de nuestros más caros intereses políticos e institucio-

nales, frente al grupo de los que llama con expresión muy eficaz, propulsores del "monroísmo ortodoxo": Knox, Lodge, Root y Hughes, cautelosos, celosos y previsores leaders del vergonzante imperialismo del Norte.—Según lo expuesto en el citado artículo, resulta que los Estados Unídos se reservan, mediante las enmiendas ideadas por los mencionados *movroístas ortodoxos*, "se reservan un poder discrecional y supremo, una especie de poder de reto final en cuestiones internacionales latinoamericanas que en cualquiera otro continente serían, de hecho y sin discusión alguna, de la plena y única competencia de Liga de las Naciones. ¿ Es esto—pregunta el articulista—compatible con la soberanía e independencia de las naciones latinoamericanas?" Todo este movimiento responde, como bien lo observa el señor López, a las aspiraciones yanquis de absoluta preponderancia, y más aún ,de dominio omnímodo en América. Y ese velado pensamiento de los hábiles políticos norteamericanos, dejado traslucir por el menos tímido de ellos o el más sincero en una frase que López cita, tiene su expresión ya no sólo franca sino estridente en las palabras del famoso Secretario del presidente Cleveland, Mr. Olney, en su nota de Junio 20 de 1895 en la controversia de límites con Venezuela, declaración que ha repercutido como un martillazo en los ámbitos de nuestra América y que decía así: "Los Estados Unidos son hoy prácticamente soberanos en este continente, y su fiat es lèy en las cuestiones a las cuales confina su interposición"—Era, como se ve, una situación de clarísima violencia que quiere retrotraerse hoy, olvidando multitud de circunstancias que modifican fundamentalmente las posiciones relativas de nuestros países. Basta citar los nombres de dos argentinos: Drago y Saenz Peña para hacer ver cómo, sin necesidad de apelar a las generosas declaraciones de Wilson, el derecho público americano debe regirse en adelante por algo más que la mera voluntad de los corifeos norteamericanos que, como en el caso de Panamá, bien puede no estar legalmente autorizada.—El comentario que el señor López opone al orden de cosas que se quiere instaurar es, como todos los suyos, terminante: "Es sin duda— dice — un hecho inesperado, extraño y sorprendente que una gloriosa innovación (1) como la Liga de las Naciones traiga consigo la más conclyente comprobación de la dependencia y subordinación de la América Latina en los problemas y cuestiones de política internacional. Todas las naciones, grandes y pequeñas de todos los continentes, estarán en un pie de igualdad con respecto a la Liga de las Naciones, menos la América Latina. Todas las naciones podrán formar parte de la Liga, conforme, por supuesto, al pacto o contrato constitutivo que en realidad es una alianza; pero no está claro aún que las naciones de la América Latina podrán libremente ser miembros, y en caso afirmativo, que con respecto a ellas sean plenamente aplicables en todas las circunstancias las funciones y facultades de la Liga"—Refiriéndose, después, a la situación que se pretende crear y según la cual sería difícil, por una parte, establecer cuáles serían las cuestiones *puramente americanas*-sobre las que no tendría jurisdicción el llamado Consejo Ejecutivo de La Liga, y,

(1).—Ya se verá por el artículo de Ferrara cómo la cosa no es tan nueva como parece.

por otra, cuáles serían las cuestiones en que la Liga tendría ingerencia tratándose de cuestiones en las que pueblos americanos estuviesen interesados; hace ver el articulista las complicaciones que surgirían, terminando por hacer mención de nuestra cuestión con Chile en la siguiente forma: "Hay—escribe— una grave cuestión internacional pendiente de solución en América, la cuestión resultante de la guerra de conquista de Chile contra el Perú y Bolivia en 1879. En nombre de la Doctrina Monroe, los Estados Unidos se opusieron entonces a la intervención europea, y la conquista fué posible por la interposición y la inercia de los Estados Unidos. ¿Cuál será ahora su concepción de las cosas, cuando el Perú, por ejemplo, apele a la Liga de las Naciones para la solución de esta disputa conforme al derecho y la la justicia?".......

La acusación que contra la patria del gran amigo de nuestra América, Henry Clay, envuelven las anteriores frases nos lleva derecho al tema tratado por el mismo Jacinto López en la quinta parte de su brillante y admirablemente documentado estudio sobre la cuestión del Pacífico. Sin pronunciarnos sobre la mayor o menor responsabilidad que toque a los Estados Unidos en ese borrón de la historia de América (que por desgracia no es el único) que es la conquista de Atacama, Tarapacá y Tacna, delicadísima cuestión para nosotros los peruanos, y en la que, como se verá luego, no nos será dado levantar la voz para acusar a ningún extraño que no sea el detentador, por lo mismo que no supimos auspiciar con el orden interno una intervención justa y salvadora; sin pronunciarnos a ese respecto, decimos, vamos a hacer una breve reseña del importante artículo del señor López, aprovechando la oportunidad que se nos brinda para vulgarizar ciertos hechos poco conocidos de la generalidad y que son de particular interés para nuestro punto de vista.

Dos hechos culminantes pone de manifiesto ese escrito. Es el primero, la rapidez con que fué reconocido el Gobierno de García Calderón, raro caso en la historia del Departamento de Estado Americano; y el segundo, cómo los egoísmos partidaristas impidieron que ese gobierno se consolidara, obligando al ministro Hurlbut a emprender una campaña de catequización, delicada y morosa, para que se le sometieran los bandos que ejercían autoridad en las diversas secciones del territorio nacional.

Lo primero fué indudablemente un triunfo diplomático del ministro confidencial del Perú en Washington, Dr. Juan Federico Elmore, quien, educado en los Estados Unidos, y con perfecto conocimiento del espíritu que rige la política americana de reconocimiento de gobiernos de hecho, hizo valer como argumentos decisivos: 1.º que García Calderón reconocía la constitución que Piérola había derogado haciéndose dictador; 2.º que el movimiento encabezado por él tenía por objeto hacer desaparecer el estado de guerra. El Dr. Elmore había sido presentado al presidente Garfield por el General Grant, antes de la conferencia con Blain a que se refiere López, y así se explica aquel reconocimiento fulminante de aquella creación, no obstante las prevenciones del ministro americano en Lima Mr. Christiancy, pues el gobierno norteamericano se basa en una política netamente presidencial.

El 2.º punto a que nos hemos referido entraña una enseñanza que deben tener muy presente quienes sientan latir en el pcho un corazón pe-

ruano: se perdió la partida, después de estar casi ganada, por la demora incalificable en la unificación del país, no obstante la actitud resuelta de Hurlbut en pro de la doctrina de paz sin cesión de territorio.

Se agrega a este enorme daño, el causado por las dificultades halladas para el envío de fondos a la Legación: ¡se envió por toda habilitación un giro por quinientas libras! y una simple orden a los agentes financieros, residentes en Europa, para que se remitiera el envío de toda acción, o sea· dinero.— Se llegó a remitir por pequeñas remesas y en el curso de *tres años*, cincuenta mil dollars "para que se procurara salvar el territorio nacional", según los términos del Dr. Rosas; hecho que, según dijo el Dr. Elmore, en años posteriores, en las Cámaras, como ministro de Relaciones Exteriores, "llenaba de vergüenza y humillación a quienes tuvieran en las venas sangre generosa".

Y una vez en esto, conviene dar a conocer un hecho generalmente ignorado.— El señor López explica perfectamente cómo el "clavo" de la negociación de paz sin cesión de territorio estaba en poder ofrecer una amplia indemnización pecuniaria. Pues bien, para que García Calderón pudiera ofrecerla, como lo hizo rotundamente, fué preciso que el Dr. Elmore se constituyera en Europa y procediera a dar cima a la negociación que ofreció diez y seis millones de libras esterlinas o sean 80.000.000 de soles fuertes.—¡Es así como se actúa entre nosotros, y así cómo se complican las negociaciones!

E. E.

VIENA 1815-París 1919

Las luchas sostenidas en el seno del Congreso de París, las ideas desarrolladas en el mismo y aun las figuras de los principales personajes son fácilmente consideradas por nuestra mente como cosas nuevas, producto de un ambiente nuevo que deben proporcionar a la humanidad medios para cambiar la condición de las cosas que los siglos nos han legado, creando así, hipótesis de un orden definitivo en la vida internacional de los pueblos. Como en el campo religioso se llama Dios a la suma de fenómenos desconocidos, así en el social, la ignorancia del pasado ante los nuevos experimentos asume el nombre pomposo de Justicia. Sin embargo, el mundo es una eterna repetición, cambiando con lentitud de hipopótamo. A veces por efecto reflejos creemos haber aplicado bellas teorías, pero la historia enseguida nos demuestra, desvaneciendo toda ilusión, que fenómenos iguales a aquellos de que se esperaba el bien y la justicia, tuvieron desastrosos resultados en el pasado y tramontaron fácilmente en sus anales.

El Congreso de París, hoy que el pacto de la Liga de las Naciones está listo, aparece a los idealistas como el acontecimiento culminante de todos los siglos, pero nosotros, aunque augurando que este deseo del bien no se eclipse en el ánimo de los hombres, no podemos menos de recordar que hace un siglo, un congreso internacional idéntico, después de un período de sangrientas batallas, y también entonces castigándose a un hombre y numerosas dinastías secundarias, se tuvieron los mismos propósitos, se mantuvieron las mismas esperanzas, y existieron los mismos tipos de hombres debatiendo argumentos análogos.

El Congreso de Viena y los advenimientos precedentes y subsiguientes, parecen haber dejado intacta su estructura básica para dar a los hombres y a las cosas de un siglo después la norma obligada de su desarrollo y acción. La identidad de los hechos que se desenvuelven a un siglo de distancia, así como de los hombres que son sus instrumentos, es tan impresionante que el espíritu humano aun el mejor preparado por tendencias de estudios, queda estupefacto.

Desde el 1791 los estados de Europa que luchaban contra la Francia tomaron la actitud que los estados modernos han asumido contra Alemania. En efecto el 17 de Julio de aquel año el Ministro austriaco Kawrnitz se dirigía a los embajadores de su Soberano recordándoles que era un deber de todos los estados ponerse de acuerdo para preservar la paz y mantenr la fe en los tratados. Augunos años más tarde, en 1804, el Zar Alejandro enviaba al Ministro del Rey de Inglaterra, William Pitt, una exposición de los principios, que debían aplicarse en la política de acción, por medio de un enviado especial, Novoziltsw. El examen de esta exposición, recuerda *mutatis mutandi,* los catorce puntos del Presidente Wilson, escritos éstos también antes que los acontecimientos bélicos tomaran un giro definitivo, e inspirados en un sincero sentido de justicia abstracta de paz universal, sin excluír el concepto de la *self determination,* cosa verdaderamente extraordinaria dada la época y la restringida libertad de los pueblos.

El Zar Alejandro, como el Presidente Wilson más tarde, decía: nosotros no hacemos la guerra a la Francia, sino a Napoleón, y nuestro objeto es libertarla para que ella elija el gobierno que cuadre a su voluntad. Agregaba el Zar que, dados los principios de organización del mundo por él indicados, se podría llegar "a una pacificación general y formar una liga que dictase un nuevo

Código a las Naciones, por la cual la potencia que violase las reglas incurriría en el riesgo de verse combatida por todas las fuerzas de la Liga".

El Zar en aquella época indicaba por escrito a Pitt, lo que en el período moderno ha sido probablemente dicho de viva voz entre el Presidente de los Estados Unidos y Lloyd George: que los dos gobiernos, es decir, Rusia e Inglaterra en aquel tiempo, debían con su unión y preponderancia defender los principios que debían hacerse adoptar a Europa. Pitt respondió, como Lloyd George habrá sin duda respondido, con la maravillosa precisión británica, con el equilibrio tan admirado en el hombre de estado inglés de todos los tiempos, equilibrio entre el ideal y el interés práctico. En la respuesta de Pitt se encuentran grandes analogías con los tiempos que corren. El ministro inglés entiende que en el interés de la paz deben elevarse a estados los países librados de Francia para que sirvan de barrera contra sus posibles agresiones futuras; propósito semejante al que hace reaparecer hoy a Polonia y a Bohemia y crea a Jugoslavia. Además, Pitt, como hoy Lord Cecil, en vez de seguir a Alejandro en su lenguaje empírico de la Liga de las Naciones, habla de un derecho público internacional nuevo, garantía de protección mútua y seguridad de los Estados.

Y para terminar de citar las analogías de estos dos documentos, diremos que el Zar Alejandro excluía del beneficio de la Liga a la Turquía que le interesaba muy de cerca. Algo, si no semejante, aparentemente igual a la exclusión de los hechos sobre los cuales está fundada la doctrina de Monroe sustraída a la jurisdicción de la Liga actual.

El Zar Alejandro era un tipo místico, con principios generales muy arraigados, que La Harpe le había inspirado y cultivado en su primera juventud y que más tarde había confirmado, con mayor ascetismo, la vieja baronesa de Krudener. El estaba convencido de que tenía una alta misión que cumplir en el mundo y para la cual había sido creado; su criterio era amplio como el de todo hombre inteligente, pero esta amplitud tenía por límites sus puntos de vista como acontece en todos aquellos fanatizados por una idea; permitía fáciles cambios de forma, pero reservábase él, con persistencia excesiva, resolver el fondo de las cuestiones, no escuchando más que a sus ideas fijas. El polaco Czartorisky que trabajó mucho a su lado, dejó dicho de Alejandro, que era voluntad del Zar que "todos fuesen libres de

opinar como quisieran pero dentro de los límites de su voluntad".

Quizás en días no lejanos los biógrafos del Presidente Wilson no lo presentarán al público en forma muy diferente, y el coronel House, su colaborador, con el mismo afecto que Czartorisky tuvo por Alejandro, podrá justificar el hecho del excesivo apego del Presidente Wilson a sus propias ideas.

El Congreso de Viena tropezó como el de París con la dificultad de los tratados secretos. Fué entonces Francia quien se opuso a ellos, dado que esta nación, después de la caída de Napoleón, no fué más considerada como enemiga, e Inglaterra que había solucionado todos sus conflictos, apoyábale, pero sin comprometerse mucho, como sucede hoy. Talleyrand hacía valer sus principios de desinterés diciendo a todos que él era el único que nada pedía.

Acudieron entonces a Viena como ahora a París un número enorme de plenipotenciarios; noventa y tres ministros reconocidos y sesenta y siete encargados de defender los derechos de los pequeños estados. Infinidad de príncipes y sus abogados completaban el cuadro internacional del congreso, pero todos a pesar de la actividad que desplegaban entre bastidores tenían en realidad muy poco de que ocuparse, pues las grandes potencias de la época habían asumido todas las facultades dejando a las otras sin tener el derecho de reunirse ni el honor de conocer los acontecimientos antes de ser del dominio público. Parecida condición a aquella del gran número de pequeñas naciones en la conferencia odierna a las cuales se les leee el tratado de paz sin permitirles objeción alguna, solamente pocas horas antes de ser notificado a Alemania.

La gran obra de Alejandro no se refería al pasado sino como la del Presidente Wilson al porvenir. Su finalidad era la paz eterna, el reposo de Europa que él había indicado en su mensaje a Pitt desde el año 1804. Guiado por su espíritu tenaz propuso el tratado de la Santa Alianza que en su artículo segundo dice: "el solo principio en vigor, sea entre dichos gobiernos (Austria, Prusia y Rusia), sea entre los súbditos de los mismos, será el de prepararse recíprocos servicios; de atestiguarse con benevolencia inalterable el afecto mutuo que los anima, y de considerarse todos como miembros de una misma confederación cristiana". Alejandro estaba tan convencido del éxito futuro de la obra suya que sacrificaba todo para obtener la adhesión a la misma por parte de los otros testados. La Liga fué creada y la misma In-

glaterra firmó el tratado. Fué un éxito personal del más alto representante de aquel Congreso, pero nó una institución que estuviese en harmonía con la época. Castlereagh, representante de Inglaterra en aquel congreso, calificó la Liga "obra de sublime misticismo pero falta de sentido común."

Entonces también se debatió el tema de si fuera más útil a la causa del orden y de la paz una alianza restringida de grandes estados que nó aquella asamblea general internacional en la cual la intriga tendría campo abonado. Produjéronse los plenipotenciarios en los mismos términos que lo han hecho en París, pero la insistencia del Zar resolvió el debate a favor de la gran Liga. Y una analogía aun mayor encontramos porque se refiere a un incidente de forma surgido entre el Zar Alejandro y Metternich: habiendo contrariado éste las ideas del Zar, surgió una disputa entre los dos en que el Soberano trató al Canciller Austriaco con métodos poco diplomáticos. ¿No parece acaso un precedente de las dificultades surgidas entre el Presidente Wilson y el primer Ministro Orlando? Este parecido entre un pasado infructuoso y un porvenir de esperanzas es fuente de penoso escepticismo, especialmente cuando uno desea conocer la verdad, sea por razones de estudio o por innato amor a la misma, y no mecerse en ensueños fáciles.

Los acontecimientos, como enseña la filosofía de Juan Bautista Vico, se repiten. A iguales causas suceden los mismos efectos, mientras los hombres, aun los más vigorosos, son débiles instrumentos de aquellas fuerzas potentes que los hechos generan a cada instante.

Mas, a pesar de ello, el ánimo humano no debe nunca desesperar del bien. Y es de esperar que el trabajo hecho en París no tenga como consecuencia un siglo de luchas y de sangre, en el interior y en el exterior de los estados. El mundo, repitiéndose, se renueva. El mismo Vico dice que esta repetición de los hechos no excluye el progreso que es marcha continua hacia el bien. Y en verdad la época actual contiene factores que no la de hace un siglo, los cuales no solamente influirán en la dinámica de los gobiernos, sino principalmente en la de los pueblos. Estos nuevos factores de iluminada y práctica justicia resolverán, quizás, el porvenir.

Desearíamos que el Congreso de París, fuese parecido al de Viena solamente en su exterioridad; pero que en sus efectos constituya su más grande contradicción histórica.

La crítica y el estudio, a veces dictan el desconsuelo en el ánimo, pero el sino humano nos indica que el mejoramiento de las sociedades continúa, marcha sin descanso, como el judío de la leyenda.

ORESTES FERRARA.

EL CONVERSATORIO UNIVERSITARIO

Don José Joaquín Larriva por Raúl Porras Barrenechea.

Mucho se retrasó la segunda conferencia del *Conversatorio Universitario.* El movimiento de reforma lo quiso así. Era imposible distraer la atención de los estudiantes, absorta en el desarrollo de la revolución universitaria, y, sólo haciendo un gran esfuerzo, han logrado los organizadores del *Conversatorio* tener el éxito que han tenido en la segunda conferencia.

Versó sobre José Joaquín Larriva y fué su autor Raúl Porras Barrenechea.

La anterior conferencia, a modo de preámbulo a las labores del *conversatorio,* tuvo por objeto estudiar la sociedad limeña en el siglo XVIII. La de Porras entra ya de lleno en la época fijada: los primeros veinticinco años del siglo diecinueve.

Difícil parecía sostener una conferencia sobre Larriva. Acostumbrados, como estamos, a oír decir que el procaz clérigo fué un desvergonzado, voluble, venal, insolente y envidioso, nos parecía aventurada la empresa de Porras. Graves y sesudos críticos, apenas habían dedicado unas pocas frases de conmiseración a Larriva; y, he aquí, que un estudiante venía a anunciar toda una conferencia sobre tan desdeñado personaje.

Porras salió con bien de su empresa. Caracterizó en Larriva el alma inquieta de los limeños de entonces, del criollo oportunista que vivía adorando al héroe del día. Así fué Larriva. Orador famoso elogió a varios virreyes, y, luego, zahirió a los peninsulares derrotados en Ayacucho; lo que no le impidió insultar a Bolívar, cuando éste había perdido su omnipotencia.

Fué Larriva uno de aquellos que se convencieron tarde de la Independencia, y que no se acostumbraron a esa idea.

Poeta donosísimo, brillante impovisador, agudo, mordaz, insolente, su vida fué un perenne combate. Derrochó en los cafés la sal de su ingenio. En polémicas interminables, repudió al periodista español Rico y Angulo, y al entonces, recién llegado don Felipe Pardo, quien, según parece, lo castigó personalmente, por sus procacidades.

De todas estas cosas habló Raúl Porras. Desmintió diversas afirmaciones hechas acerca de Larriva. Hizo varias rectificaciones al córo-

nel Odriozola y a don José Toribio Polo, sobre la autenticidad de algunas de las obras que adjudican o arrebatan a Larriva. Y, en fín, hizo una animada evocación de la sucia y maloliente Lima de entonces, tan distinta de la Lima pomposa que Jorge Guillermo Leguía describiera en la conferencia anterior.

Fué, en suma, un éxito para Raúl Porras—que ya es autor de un folleto sobre Literatura Peruana, y que prepara un estudio sobre la sátira en el Perú— y para el *Conversatorio Universitario.*

Ojalá haya quien patrocine la idea de publicar una edición completa de las obras de Larriva, cosa que se puede hacer después de las investigaciones de Porras. Sería el corolario de la obra emprendida por el *Conversatorio.* Una reimpresión de tántos folletos desconocidos, de la época de nuestra emancipación, sería la ofrenda de la juventud en el ya próximo Centenario Nacional. Habría mucho por hacer. Y así se ignoraría menos nuestra historia.

Las próximas conferencias serán sustentadas por Luis Alberto Sánchez, Manuel G. Abastos, Luis Ernesto Denegri, Eloy Espinoza Saldaña, Víctor Haya de la Torre, etc.

L. A. S.

PROGRAMA DE LOS JUEGOS FLORALES.—Auspiciados por el Círculo Español de Córdoba (Argentina) para conmemorar el día glorioso de la raza.

En este período crítico de la historia, atraviesa España por una fase de renovación innegable. El genio de la Raza, dormido por tánto tiempo bajo la balumba de múltiples factores que, en el andar de los siglos, se presentaron, despierta lleno de portentosa vitalidad, y, sacudiendo sus gigantes alas, remóntase a las alturas luminosas, en las cuales, un día, brilló con resplandores inefables, calentando la tierra con el fuego sagrado de su inspiración.

Al cansancio originado por el enorme desgaste de quien produjo diecinueve naciones, algunos menguados filósofos dieron el nombre de muerte, y al solar en que el genio descansaba, la injuriosa denominación de tumba.

Pero se equivocaron. El genio dormía y despertó.

España, que, a fines del pasado siglo, vió derramada a torrentes la sangre de sus hijos y arrancados los últimos pedazos de su vasto imperio colonial, ha conseguido en diecinueve años, los que ninguna nación del mundo consiguiera.

Las ciencias, las artes, las industrias han tendido, en pos del genio inmortal, su encumbrado vuelo.

Es el espíritu caballeresco de la Raza que surge entre explosiones de vida, para ocupar en la historia de la humanidad el sitio de preferencia que por derecho le corresponde.

Hoy, la España fuerte, la España rediviva, ha dirigido su voz a las naciones que fueron fruto de su prodigiosa fecundidad, y éstas han respondido al llamamiento, y hoy es el genio de la Raza hispano-americana el que se levanta triunfante para afrontar el destino que le señala la Providencia.

Por eso, la Colectividad Española, penetrada de la honda significación que el 12 de Octubre representa, hace un cariñoso llamado a la gran familia hispano-americana para estrechar los vínculos de esa augusta fraternidad, y en ese ingente conglomerado, "esculpir el alma de la raza".

Nada más a propósito para llegar a ese fin deseado, que la clásica fiesta de los Juegos Florales, la que, evocando los tiempos caballerescos, suscita las mismas levantadas ideas y los mismos ennoblecedores pensamientos que labraron la grandeza de España en los siglos de su regio esplendor y de su magnífica gloria.

Americanos y españoles: cuantos sentís amor a la belleza y expresarla sabéis en el hermoso lenguaje de Castilla, venid a honrar nuestro torneo literario, donde ha de escucharse el latido poderoso de la Raza.

Poetas: El Círculo Español de Córdoba abre a los bizarros paladines las puertas de un nuevo "Consistorio del Gay-saber"; medid vuestras fuerzas, elegid el arma de combate, y la Reina de los Juegos Florales colocará en vuestras manos la palma inmarcesible del vencedor.

I.—"Poesía" con libertad de metro, rima y extensión sobre asuntos relacionados con la FE, el AMOR o la PATRIA.

Flor natural y Premio de Honor y Distinción solicitado a S. M. Alfonso XII.

II.—"El ideal del patriotismo argentino". Prosa. Ideas y sentimientos en que el Pueblo debe afianzar el concepto de la nacionalidad.

Premio del Excmo. Gobierno de Córdoba, consistente en ochenta argentinos.

II.—"Breve ensayo histórico sobre la fundación de Córdoba". Prosa.

Premio de la H. Municipalidad de Córdoba: cincuenta argentinos.

IV.—"Ensayo crítico sobre el carácter de la colonización española en América". Prosa.

Premio de la H. Cámara de Diputados de la Nación, consistente en una plaqueta de plata, y de la H. Cámara de Senadores de la Provincia, en treinta argentinos.

V.—"Cuento o novela breve" sobre temas relacionados con la vida colonial o independiente de la Argentina.

Premio de la H. Cámara de Diputados de la Provincia: cincuenta argentinos.

VI.—"Influencia de la poesía española en la cultura americana". Prosa.

Premio del Club Social de Córdoba: una rosa de oro.

VII.—"Canto a los Juegos Olímpicos". Poesía con libertad de metro, rima y extensión.

Premio Jockey Club de Córdoba: quinientos pesos m|n.

VIII —"Influencia de la Colectividad Española en el progreso argentino". Prosa.

Premio de la Asociación Patriótica Española de Buenos Aires: objeto de arte y medalla de oro.

IX.—"Canto al Fundador de Córdoba". Poesía con libertad de metro, rima y extensión.

Premio del Club Español de Buenos Aires: treinta argentinos.

X.—"La raza hispano-americana". Canto con libertad de metro, rima y extensión.

Premio de la Comisión Pro-Juegos Florales: una artística medalla de oro.

XI.—"Lema musical. Marcha triunfal a gran orquesta", con partitura y partes instrumentales.

Premio del Círculo Español de Córdoba, consistente en mil pesetas.

CONDICIONES

I.—Los trabajos serán originales, inéditos, redactados en lengua castellana y escritos a máquina. serán dirigidos al doctor J. Espejo Pérez, secretario de la Comisión pro-Juegos Florales,—Círculo Español, 27 de Abril 152, Córdoba,—en sobre cerrado, dentro del cual habrá otro sobre que contendrá en su interior el nombre del autor y su domicilio, y en la cubierta exterior, el seudónimo con que ha de estar firmada la composición, el tema a que corresponde y el lema que encabeza dicha composición.

II.—El Jurado podrá adjudicar a cada tema los Accésits y Menciones Honoríficas que, a su juicio, merecieren los trabajos presentados.

III —El Círculo Español se reserva el derecho de publicar, por una sola vez, los trabajos que hubieren merecido premio, accésit o mención honorífica. Este derecho caducará el 12 de Octubre de 1920.

IV.—El Jurado dará a conocer su veredicto con la suficiente antelación, y los autores premiados deberán presentarse al acto de la distribución de premios, o nombrar personas que los representen.

V.—El poeta agraciado con la flor natural tendrá derecho a elegir la reina del torneo; mãs, en el caso de que renunciare o no hiciere uso de tal derecho, éste recaerá en la Comisión Pro-Juegos Florales.

IV.—La marcha que obtenga el premio del tema musical, será ejecutada bajo la dirección de su autor, en el acto de ascender al trono la Reina del torneo.

VII.—La época de presentación de trabajos finaliza el 15 de Septiembre del año en curso para la Argentina, y el 25 del mismo mes y año para el extranjero.

VIII.—En lo que se refiere a los trabajos literarios, el jurado está constituído por los siguientes miembros: doctor Julio Echegaray, doctor Luis G. Martínez Villada, doctor J. Espejo Pérez, profesor Angel F. Avalos, señor José R. del Franco y R. P. Demetrio Velasco.

En la parte musical, está compuesto por los siguientes profesores: señor Hugo del Carril, señorita Alicia Olmedo y señor Francisco Steck.

Córdoba, 15 de julio de 1919.

José R. del Franco
Presidente de la Comisión

Juan Espejo Pérez
Secretario

VOCALES

Antonio Rivero, Manuel Rey, Demetrio Velasco Sch. P., Manuel González, Eloy Martínez, Manuel Martín, Arturo Trigueros, Jacinto Ortiz de Guinea.

NOTA.—La Comisión Pro-Juegos Florales suplica a los directores de publicaciones la reproducción del presente programa.

Esculturas de Piqueras Cotolí



















Manuel Piqueras Cotolí

El Escultor Piqueras Cotolí

La transmission de la pensée par l'art, comme la transmission de la vie, est oeuvre de passion et d'amour.

Eugéne Carriére.

Insaciable curiosidad artística, me llevó hace tres años a la Academia de España, en Roma. Aquel antiguo conocido nuestro, Jaime de Ojeda, fué mi compañero de peregrinación a la academia de bellas artes más importante de la Ciudad Eterna. Quizás a algunos sorprenda mi afirmación; pero la tradición artística más sana e integral, está en España. Es allí, donde los herederos de Velásquez y de Goya, mantienen, contra todo el mundo y a pesar de todo, el fuego sagrado de la verdad y de la austeridad. Quizás el aislamiento de España, aquel "atraso" que señalan los que no han llegado a comprender la tierra de nuestros mayores, es la razón suprema de su virilidad artística. ¡Bendito atraso y bendito aislamiento, que tales hombres producen! En Roma, la Academia es la casa de España. En sus puertas se detienen la frivolidad y los artificios, inexplicables, del arte moderno. El futurismo, el cubismo, todos los lirismos de la decadencia mundial, no han sabido invadir la gravedad silenciosa de los claustros de San Pietro in Montorio, y al entrar allí, el espíritu descansa de la visión enfermiza de las exposiciones y pinacotecas modernas.

El director de la Academia, mi amigo don Eduardo Chicharro, pintaba entonces su gran lienzo "Las tentaciones de Buda", obra admirable, que espero ver terminada muy pronto. Así como Villegas pintó su "decálogo" y Rodin trabajó toda su vida en aquella puerta miguelangelesca del "Infierno", Chicharro habla de su vida artística, como de la síntesis de tres ideas: Cristo, Platón y Buda, trilogía de inquietudes.

Los jóvenes pintores y escultores de la Academia, me impresionaron profundamente. Había en ellos tal sinceridad, tal

maestría, tal seguridad técnica, que tomé nota de los nombres de dos o tres de ellos, pensando, siempre, en la fundación de una Academia de Bellas Artes en Lima. Así como supe contribuír, hace doce años, a la fundación de la Sociedad Filarmónica y Academia de música, he colaborado, esta vez, en la creación de la Escuela Nacional de Bellas Artes, nó con palabras, sino con hechos, y estoy ampliamente satisfecho del apoyo que, hasta ahora, los poderes públicos han sabido prestar a esta obra de cultura y de imperiosa necesidad nacional.

El pensionado Manuel Piqueras Cotolí, se revelaba, desde hace tres años, como escultor de nota. Había terminado un torso de mujer, una vieja horrible. El drama de la vida, los años, quizás la pasión, la lujuria, habían deformado, grotescamente, su cuerpo tembloroso. Cubríase el rostro con horror, ante la miseseria de su carne desnuda, de aquella carne que otros hombres, posiblemente, adoraron.... y sin embargo, era obra profundamente bella y humana. Pensé en Rodín, recordé a Mestrovic. El Miguel Angel francés y el gigante dálmata no habrían rehusado firmar aquel exponente de fuerza trágica y de maravillosa, sintética expresión. Cotolí, sin abandonar la realidad, cree en el simbolismo en el arte. Sus figuras piensan y sienten, luchan y sufren. No estudia el modelo buscando sólo el rasgo físico, la técnica del músculo, la superficialidad de la materia. Va más allá. Llega a interpretar el dinamismo, la vida, dentro del marco estrecho y austero de la escultura. Sabe, con el barro, pensar y hacer pensar. Cuando penetré en el taller, parecíame escuchar un sollozo de la vieja. Aquel torso genial, fué su primer "envío de Roma", singular arrogancia de artista, que busca, nó el aplauso fácil del público, sino aquel otro, el único que satisface al hombre: el aplauso de la propia conciencia.

Cotolí domina el problema, tan arduo, de los valores, en la escultura. El pintor goza de un elemento vedado al escultor, del empleo de los tonos intermediarios que, a manera de nimbo, envuelven la figura, uniéndola o separándola del fondo; en una palabra, creando el ambiente y la vida misma. Sea estudiada o instintivamente. Piqueras Cotolí llega a encontrar una equivalencia, de la cual ya habla Camille Mauclair, refiriéndose a Rodín. Rompiendo moldes escolásticos, que confunden la exactitud con la verdad, llega, muchas veces, a la amplificación, razonada, de los planos, para obtener, con el mármol, no sólo el movimiento, sino ese juego misterioso de la luz, que el pintor obtiene con los tonos intermediarios. No es momento de exten-

derme, aquí, sobre esta teoría, principio crítico de la escultura griega y que los modernos parecen olvidar. Para modelar así, hay que ser "alguien". Estamos, en el Perú, tan acostumbrados a falsear la verdad en arte, que el elogio lo obtiene todo hijo de vecino que se propone consagrarse genio, y como no deseo que el lector crea que exagero, citaré aquí las frases que Francisco Pompey dedica a Cotolí, a propósito del malogrado escultor Julio Antonio, autor de los "Bustos de la Raza", expuestos últimamente en Madrid: Julio Antonio tuvo un maestro espiritual que le indicó el verdadero camino de su temperamento y éste fué el joven y gran escultor, hoy pensionado en Roma, Cotolí. Pero, no es extraño el que no se haya dicho, puesto que fué en los primeros meses de estar Julio Antonio en Madrid, cuando teníamos unos cuantos jovencillos los estudios de la calle de Villanueva y no conocíamos ni a literatos ni a periodistas. Cotolí era el que sabía más de todo, le admirábamos como a un maestro. Conviene se tenga esto en cuenta, porque es muy probable, y quizás pronto, que el jóven artista Cotolí se revele al público como un artista extraordinario al regreso de Roma."

Más de una vez he recordado a Cotolí, y cuando el gobierno me encargó contratar los servicios de un escultor, para nuestra novísima academia, sin vacilar, pensé en él, como posible maestro. Acaba de terminar su pensionado en Roma y la mejor presentación que del novel artista puedo hacer, es consignar aquí algunas frases de mi correspondencia con el maestro Chicharro. "Para desempeñar el cargo de profesor de modelado en Lima, como Ud. me indica, nadie tan a propósito como el pensionado de esta Academia, Don Manuel Piqueras Cotolí, a quien Ud. conoció y que aun se encuentra en Roma. Es un escultor de gran fuerza, modela admirablemente y dibuja como pocos escultores. Sabe trabajar el mármol, conoce perfectamente la fundición, pudiendo montar y dirigir un taller si fuese preciso, cincela, etc., en una palabra, no hay técnica ni parte del oficio que le sea desconocida. Garantizo en absoluto, sus condiciones como escultor y como hombre. El gobierno del Perú, en caso de conferirle la cátedra, verá, muy pronto, la adquisición que ha hecho, y Ud. amigo Barreda, tendrá que darme las gracias. El señor Cotolí no es una esperanza de la escultura, es ya una realidad. Cuando Ud. venga a Roma, se convencerá, al ver las dos grandiosas figuras que está terminando." Paréceme que como muestra, basta, y no continuaré citando al Director de la Academia de España por no pecar de indiscreto y por temor de herir la suceptibili-

dad de algunos grandes nombres de arte contemporáneo europeo. Para los consagrados por la fama, son desagradables las comparaciones con los artistas jóvenes, que aún carecen de historia.

En Cotolí se repite el caso, tan conocido, de la lucha en el hogar para impedir el desarrollo de la vocación artística. Su padre hizo lo posible para que se dedicara a la carrera militar, y a los dieciocho años, en 1904, ingresó en Toledo en el Colegio de María Cristina. Allí se distinguió en el dibujo del "antique" y en el modelado obteniendo medalla de oro y un premio extraordinario. Gracias a la bondad de sus profesores el Capitán Simancas y don Ricardo Arredondo, que adivinaron sus aptitudes artísticas, Cotolí pudo trabajar fuera de las horas de clases, haciendo dibujos y retratos de sus compañeros, amén de algunos bustos escultóricos, que se conservan en dicho colegio. Contemporáneamente con esta época de su vida, presentó nuestro artista-militar, su primer trabajo en la Exposición Nacional de Bellas Artes, mereciendo del jurado una mención honorífica. Igualmente, contribuyó a las exposiciones de "ilustraciones del Quijote" y del Círculo de Bellas Artes, y en 1906, Cotolí abandona, definitivamente, los estudios militares y se instala en Madrid, para "comenzar la Odisea", como él mismo me cuenta, "pues tenía que vivir con mis recursos...... dibujar, modelar, hoy aquí, mañana allá, y a trabajar a jornal." "El estómago tenía la palabra; empecé otro aprendizaje en los talleres de decoración en estuco en piedra y en la fundición, donde me daban el jornal.... Los domingos a dibujar, al Museo de Reproducciones, y cuando podía, a modelar por mi cuenta, para no perder las ilusiones". Con sabia ironía, dice Cotolí: "en los comienzos, el arte está reñido con la riqueza, desgraciada o afortunadamente".

Parece que un golpe de suerte permitió que Cotolí conociera al escultor don Miguel Blay, y éste fué su "tabla de salvación". Ingresó en su taller, siempre como obrero, y en realidad, el muchacho se impuso por su talento, pues el maestro llegó a tratarle con verdadero cariño, permitiéndole trabajar en sus propias obras con el modelo. Blay es el verdadero maestro de Cotolí, y en la fundición de Codina, en Madrid, inspeccionaba la parte artística de las fundiciones, simultáneamente con sus trabajos de taller, y dice el novel artista: "todas estas cosas me han tenido apartado de las exposiciones, que son las que dan nombre, aunque no se aprenda."

En 1914, salió a oposición una plaza de escultor pensionado en la Academia de España en Roma, y entre treinta opositores, Cotolí la obtuvo, por unanimidad. Allí ha trabajado en el silencio, colaborador del genio, en ese admirable ambiente del Gianicolo, en contacto con lo más hermoso que nos queda de la antigüedad heróica de la Roma de los Césares y de los Papas. De allí sale para ir al Perú: lleno de saber, de ilusiones y de esperanzas. Con profunda fe me dice: "El Perú no será para mí pais extraño. Es como cambiar de casa dentro de mi tierra, continuando ver los mismos rostros, hablar la misma lengua, tener los mismos gustos, las mismas simpatías, de nuestra hermosa raza latina, que tántos defectos dicen que tiene; pero que tánto quiero, aun en sus mismos defectos".

Este es el hombre que presento al público de Lima, doblemente emocionado. Se trata de la Academia de Bellas Artes y de un grande artista, casi desconocido. Los años, el más convincente de los argumentos, darán razón a mis afirmaciones y a la confianza tan sincera que tengo del talento de Cotolí. Su influencia puede ser muy grande, en el desarrollo cultural del país. Déjesele trabajar, y que aquella falange de adolescentes intuitivos que en Lima nos hablan de Belleza, sin saber dónde está, acuda a él para comprenderlo. El gobierno puede confiarle, sin vacilar, la ejecución del monumento a Chávez. ¡Qué hermoso tema y qué gran símbolo de fuerza y de fé! Para ello necesita Cotolí de la más absoluta libertad, tanto en la ejecución del monumento, como en la ornamentación arquitectónica de la llamada "Plaza Chávez". Es llegado el momento de destruír y derribar aquellas puertas grotescas de Santa Beatriz, por respeto a nosotros mismos.

Toca ahora al nuevo gobierno continuar la obra, tan felizmente iniciada, y prestar a la novísima academia el apoyo que merece y que el país reclama. La falta de perseverancia en la acción, de unidad en el esfuerzo, hacen que muchas bellas iniciativas permanezcan en la sombra. La trasmisión de la vida es tarea agradable y, cuéntanme, que hasta fácil para algunos, ¿pero qué sería de la raza humana, si abandonáramos los hijos al nacer? Olvidamos siempre esta argumentación de parábola y a casi todos los gobiernos del Perú, podría acusárseles de infanticidas. Buscamos el triunfo barato, el esplendor superficial de las cosas, el oro falso de la dialéctica patriotera, que hace más daño al país que muchos desastres que prefiero silenciar. Si Malebranche dijo, que la Providencia es una creación continuada,

podríase afirmar que el Gobierno, en su aspecto ideológico, es la progresión continuada del anhelo de surgir que agita la conciencia de los pueblos.

Las enseñanzas universitarias, sobre la importancia del Arte y sus relaciones y consecuencias con la vida de los pueblos, son temas fáciles para discursos académicos; pero sólo "*Words, only words*". Por lo general, nuestros hombres de gobierno olvidan lo que aprendieron en las aulas y miran el arte como cosa superflua, como un lujo, y creo inútil insistir sobre tan profundo, gravísimo error. La Ciudad de los Reyes sería muy distinta, en todos sus aspectos, si las ideas de belleza y de bienestar hubieran llegado al corazón de las multitudes. Urge reaccionar, y la influencia de la Academia Nacional de Bellas Artes puede ser factor decisivo para el porvenir y desarrollo de las ciudades de la República. Es indispensable obtener en Europa los yesos necesarios para completar nuestro rudimentario museo de reproducciones, si así puediera llamarse lo que existe en Lima. El "antique" es indispensable para la formación del gusto. Su estudio debe ser un complemento, después de haber trabajado asiduamente el natural. Recuerdo haber oído explicar esta teoría a Rodín, en el ocaso de su vida, en su taller pagano, de Meudon Val—Fleuri. El viejo maestro tenía ideas, muy precisas, sobre este aspecto de la escultura, que la posteridad no debería olvidar.

Fácil sería organizar para nuestro centenario una exposición de arte internacional. Como no es posible pretender un certamen mundial, pues las consecuencias de la guerra europea se sentirán aún, en 1921, podríase organizar una exposición Hispano-americana. Tenemos para ello dos años, que permitirían hacer la propaganda y los arreglos indispensables y sería, no sólo un éxito sino una esplendorosa revelación para muchos, para todos aquellos que no han visto la belleza sino a través de lo muy poco que hay en Lima. Hemos descuidado, en el Perú, la cultura y la educación artística de las masas, hemos vivido y vivimos en las más densas tinieblas. Hernández, Cotolí, todos los maestros de la Academia, tienen ante sí el más noble, el más elevado de los sacerdocios: la gratísima responsabilidad de alumbrar a las muchedumbres, con las siete lámparas de la Belleza.

ENRIQUE D. BARREDA.

Frimley Warren—Mayo de 1919.



Fernando Maristany,

POETA

Un gran poeta lírico Español Fernando Maristany

Conocí a Fernando Maristany en casa del acaudalado caballero y literato argentino señor Mayol de Senillosa. Me presentó a su tertulia literaria el simpático escritor argentino Valentín de Pedro y con la distinguida familia del señor Mayol, estuvimos allí la escritora señorita Carmela Eulate Sanjurjo, entusiasta cultivadora de las buenas letras, de comprensivo y generoso espíritu, abierta inteligencia y sólida cultura, nuestro novelista José Antonio Román, que huyendo de las tropelías araucanas de Iquique, ha llegado a Barcelona, el editor señor Gassó y el que estas líneas escribe. Ya sabía yo a Fernando Maristany un excelente traductor de los líricos ingleses, franceses, alemanes y portugueses. Su labor de cultura ha sido enorme en España, pues sin duda, muy pocos como él conocen tan a fondo la lírica contemporánea y tal vez ningún otro la ha reflejado tan puramente en la sonora lengua de Castilla.

Maristany es un hombre delgado, alto, pálido, de modales finos, muy elegante, con esa elegancia inglesa, que no vive en el color de la tela, en el corte del traje, sino en un no sabemos qué de distinción y de simplicidad. Una grave enfermedad que sufrió en la adolescencia a la vista, y en la cual temió quedarse ciego, (¡Oh, recuerdo evocador del gran Milton!), le obliga a usar monóculo, que sienta a maravilla en su rasurado rostro de Lord. Tardo al escuchar, pone en su atención cuando se le habla, una suave marca de cortesanía. Es, físicamente, un hombre supremamente distinguido.

En la tertulia del señor Mayol, como en las reuniones limeñas de antaño, todos lucen alguna gracia y por privilegio de literatos medio bohemios y medio aristocráticos, ninguno se corta al leer o recitar algo. El señor Mayol nos da a conocer un ca-

pítulo de novela, muy pintoresco y sensual, en que describe una fiesta de estilo gaucho en plena Cataluña. La señorita Eulate hace leer una vibrante traducción de Vigny; de Pedro dice suavemente unos líricos y bellos versos y hasta a mí se me obliga, a recitar unas rimas. Sólo nuestro Román, observador y novelista, se retrae, sonriente y cachazudo. Invitan todos a Maristany y accede el poeta, leyendo traducciones suyas de Poe y del gran lírico portugués Teixera de Pascoaes. Su vez profunda, aunque algo opaca, se llena de sincera emoción, y en el ambiente, hasta entonces algo bullicioso y frívolo, pasa como una onda de recogido silencio. Al escucharle, comprendo y siento que el traductor y lector de esos versos es un Poeta.

"La hoja que caía
era alma que se alzaba...
Y bajo nuestros pies
la tierra era saudade,
la flor melancolía,
la piedra conmoción."
.. ..

Cuando termina de leer la admirable *Elegia* de Pascoaes, hace un caluroso elogio del gran poeta portugués. Se anima y encuentra frases llenas de vida superior para pintar al que considera el primer lírico actual. Urgido para leer algo suyo, nos dice una *Elegía* inédita que figurará en su primer libro ¡Y cómo la dice! Todos le escuchan emocionados. Trae este poeta una enorme cantidad de alma, y una sencillez espiritual tan pura, tan mística, que hasta en sus instantes de complicación íntima, su sinceridad halla acentos evangélicos. Al terminar la tertulia, converso con él y creo captar su bondad y su sentimentalismo. Simpatizamos rápidamente. Dos días después, voy a visitarle a su casa y salgo encantado.

EL POETA.— SU FORMACION ESPIRITUAL.— SU VIDA.—SUS IDEALES.

Fernando Maristany, no tiene en su ascendencia ningún poeta, ningún artista. Su padre es un caballero catalán, muy rico, muy laborioso, muy circunspecto, muy distinguido, de alma

limpia y exterior severo. En su familia, sólo su hermano, como él, tiene carácter intelectual: Alejandro P. Maristany, como se sabe, es un buen traductor de obras teatrales y un distinguido comediógrafo. El poeta, en su adolescencia, tuvo también aficiones teatrales. No hay, pues, en la genealogía de Maristany, antecedente conocido alguno que explique esta pura eclosión, tan musical y tan fina, de un alma sustancialmente poética y esencialmente subjetiva. Puede decir, orgullosamente: "Je suis ancetre".

Maristany me cuenta su vida, llena de tristezas y de incomprensiones, su convalescencia después de largas y penosas enfermedades y el encuentro más tarde de un gran amor, que ilumina y llena su vida. El dolor físico, la pena por su salud precaria, las horas lentas en la sombra, con el peligro y la angustia inexpresables de quedar ciego, fueron modelando su espíritu, puliéndolo, dejándole una impresión meditativa y soñadora. Educado en un medio de aparente hostilidad, de individualismo aislador, como es el catalán, su alma enternecida y debilitada, ha ido ganando en matices y en finezas espirituales que hoy florecen en rimas de conformidad y de mística esperanza. El medio comercial, la vida democrática y burguesa, la mezcla inevitable de apetitos y vulgaridades que caracterizan los grandes centros industriales, han servido de recio tamiz a su espiritualidad, y así, como un contraste nacido del cotidiano choque, ha surgido la alquitarada quintaesencia de su anhelo poético.

Maristany me ha contado cómo en la soledad de su espíritu se hizo acompañar por los grandes poetas líricos del mundo; cómo y con cuánta dedicación leyó a los antiguos y los nuevos en sus idiomas nativos; la Valmore, Musset, Samain, Jammes, Verlaine, en Francia; Wordsworth, Shelley, Keats, Coleridge, Tennyson, Browning, Thompson, en Inglaterra; Camóes, Guerra Junqueiro, Pascoaes, en Portugal; Dante y Leopardi, en Italia, y cómo poco a poco, cual una tímida llama que un aliento constante eleva y sostiene, su espíritu se llenó del lírico anhelo germano, de la saudade lusitana, de la canción inglesa. Y entonces como un refugio, como un consuelo, limpio de sonoras vanidades, comenzó a traducir al castellano la lírica de todos los países, con un amor, con un espíritu de compenetración sentimental tan grandes, que sus traducciones son verdaderas obras de arte, maravillosos reflejos de obras maravillosas, recreaciones de su propia alma, tallada en mil facetas y reflejando en ellas toda la gama de los más selectos espíritus.

Apesar de su herencia netamente catalana, Maristany escribe en castellano, apartándose en ésto del intenso movimiento literario de Cataluña, que se afana por crearse una lengua artística, depurando el catalán actual, aun en evolución, aunque muy rico, según mi humilde entender ,para las expresiones musicales de la poesía. Pero si su instrumento es netamente catellano, su alma no lo es. Ibérico, como lo pueden ser los portugueses y los gallegos, y aunque mediterráneo en cierto sentido, como en algunas expresiones líricas lo fueron Verdaguer y Maragall, Maristany hace pensar más bien en los poetas nórdicos, poco atentos al espectáculo externo, desdeñadores, a su manera, del color, reflejadores profundos de su intimidad, y transparentadores del mundo sólo en la cósmica compenetración del subjetivismo, cuando el mundo es únicamente la representación del dolor, del anhelo, de la añoranza, o cuando como un gigantesco y rudo contraste, aparece en la sombra para engrandecer y esclarecer un alma.

La formación espiritual de Maristany es, evidentemente, sajona. Tiene mucho de los ingleses y tal vez de los germanos, y en este sentido se asemeja también a los actuales líricos portugueses, en los que la influencia inglesa es notoria. En España y como poeta castallano, Maristany es único casi. Exceptuados Juan Ramón Jiménez, Machado y algún otro, los poetas españoles son por lo general demasiado escultóricos y elocuentes. Él valor puramente subjetivo casi no existe entre ellos. La tendencia objetiva de la raza se impone hasta hoy, no obstante las corrientes renovadoras. La ductilidad del idioma, por la que tánto trabajó ese supremo artífice de Darío, ha dado grandes frutos no cabe duda, y existe hoy una tendencia artística, finísima en la forma, pero el alma castellana sigue presentándose como un gran bloque sonoro. Los jóvenes que siguen al admirable Cansinos Assens, procuran liberarse de la tradición declamatoria y retumbante, pero me parece advertir en ellos, en veces, cierta peligrosa tendencia a un cerebralismo tal vez excesivo. La lírica pura, simple, sustancialmente humana, lejos de la retórica y del alarde verbal, no corre fluídamente en España. Arroyuelos cantarinos, semi-ocultos en las frondosidades que aun persisten, corren humildes y enternecedores, sin llegar a formar, uniéndose, la gran corriente anímica de una nueva lírica hispana. Maristany es de los que trae en su lira sencilla una música nueva.

En la poesía catalana, tan rica en matices, la influencia francesa se ha dejado sentir mucho indudablemente. Carner, que es

un gran poeta en catalán, y que conoce admirablemente el instrumento musical de esta vieja lengua lemosina, es un poeta que tiene mucho de francés. Maristany, es un poeta sajón. ¿Por qué misteriosas afinidades, por qué complejas penetraciones, su alma se ha modelado tan fuera del ambiente? Tal vez la comunión constante con los poetas ingleses, ha llevado a su alma, pura y mística, a desviarse de las propias tradiciones. Por lo demás, en Cataluña ocurre con frecuencia relativa este fenómeno de auto-creación, que sorprende a primera vista, pero que, bien meditado, revela que es seguramente una verdad sicológica incontestable la antinomia irreductible del espíritu catalán y del espíritu castellano. El individualismo que se ve, se siente y se palpa en Cataluña y que se revela hasta en los modales de las gentes vulgares, puede crear evidentemente subjetivismos únicos. Ese afán interesantísimo de independencia personal y colectiva, que hace de cada catalán el "señor de sí mismo", puede conducir a espíritus superiores al subjetivismo más personal y elevado. No hay que olvidar que, apesar de sus apariencias de codicia, de su tendencia egoísta, de su afanoso deseo de riqueza, el catalán tiene un gran fondo místico y austero. Su literatura se diferencia sustancialmente de la castellana y es original en cuanto revela aspectos de la raza. Maristany obedece seguramente a un mandato ancestral, que en él se ha afinado y pulido, en la constante preocupación por su propia intimidad.......

Si se inquiere en Maristany acerca de sus gustos y sus ideales literarios, se encuentra inmediatamente su amor por el subjetivismo, su desdén por la plástica y el artificialismo. Es un artista puro en ese sentido. Desdeña el malabarismo poético, tanto como el alarde retumbante o el brochazo deslumbrador. Sólo que muy comprensivo, y noble y amplio en su criterio, no niega valor a las manifestaciones del arte objetivo, pero declara sinceramente que está más cerca de Verlaine que de Hugo; de Shelley que de Kipling; de Becquer que de Quintana o Núñez de Arce. Su gran pasión literaria es Teixeira de Pascoaes, un formidable poeta portugués, de quien me propongo hablar a los lectores de "Mercurio" en otra ocasión. Maristany cree que es el más grande poeta actual. Pascoaes es un creador vulcánico, hondo y sencillo en su lirismo, arrebatador y profundo en sus poemas de carácter épico. Es tal vez el único poeta en quien Maristany admira la multiplicidad del don poético, épico y lírico. A través de toda la península, los catalanes y los portugueses se dan la mano y sienten entre ellos una originalísima fraterni-

dad. Una tendencia soñadora a un Iberismo federativo, alienta en algunos espíritus selectos: Giner de los Ríos, Unamuno, Valle-Inclán, Ribera-Rovira, Díez Canedo, González Blanco, suspiran por una Hermandad luso-española. La *saudade* portuguesa, que es la más fuerte característica de la lírica lusitana, y que como una gran corriente central atraviesa y anima todo el movimiento de renovación artística que en Portugal existe, se asemeja a la *añoranza* catalana, que como dice Ribera-Rovira, "el alma española se ha incorporado bellamente". Maristany siente la saudade o, si se quiere, la añoranza, como algo compuesto de espíritu y materia; como un recuerdo que aviva y atenacea el deseo, y por eso tal vez lo externo no le interesa sino como expresión de un estado espiritual. Como los grandes amorosos es celoso de su vida interior; la golondrina que pasa le atrae porque se refleja en los ojos de la Amada; el paisaje es sólo el fondo donde se destaca un alma.

LA OBRA DE MARISTANY.— SU PRIMER LIBRO: "EN EL AZUL".— LA TENDENCIA MISTICA DEL POETA.

Maristany publicó hace algún tiempo un libro de poesías originales: "En el Azul".... Insatisfecho de su obra, la retiró por completo, y con cruel orgullo de artista, no vaciló en llevar toda su edición a una fábrica de papel y entregarla a la voracidad de una máquina, que en pocos minutos se tragó la obra poética y la volcó luego en masas informes y grises, en la pasta sufrida, que, convertida en papel más tarde, Dios sabe qué sueños o que apetitos habrá llevado al mundo...... Después de casi seis años, Maristany ha publicado su "primer libro". También se llama "En el Azul.." y es evidentemente el fruto de una saudade, según la admirable definición de Duarte Núñez de Leao: "el recuerdo de alguna cosa con deseo de ella". El libro del poeta, tiene apenas sesenta páginas de composiciones breves en su mayor parte y de un puro aliento lírico, distante de todo afán artificial, de todo alarde técnico. Son notas de un alma, de una gran ingenuidad. La forma es riquísima en matices expresivos y sin embargo no hay nada que suene desmesuradamente. La luz y la música de estas poesías viene de dentro y todo el libro da una impresión de interior suavemente iluminado. Teixera de Pascoaes dice que la recia lengua castellana "se dulcifica y anima en Maristany, cual si la luz catalana y la penumbra

galaico-portuguesa la revistiesen de la más sentida suavidad." Y esta dulce sencillez, esta diafanidad casi evangélica, no significa en él inferioridad de técnica o alarde artificioso. Es fruto de su intimismo, porque cuando-en una rara y única ocasión-siente la gracia del discreteo y de la galantería de sociedad, encuentra notas tan finas como ésta:

"Las voces del marfil se humillan cuando elevas
tu voz, de entonaciones tan jóvenes y nuevas,
que la gama de antaño se siente recelosa....
Con tus notas más graves haces vibrar la estancia,
y en un jarro de Sévres, beodo de fragancia,
vacilan abrazados tu canto y una rosa."

Pero quien juzgara a Maristany por este botón de muestra, no le encontraría seguramente. Su poesía es esencialmente sicológica y mística. La sencillez y la pureza la nimban de cielo. Su dolor se aquieta en la conformidad cristiana de una ilusión ultraterrena. Creyente y cristiano en el más hondo sentido, Maristany acepta su cruz y camina cantando. No hay en sus quejas reproches amargos ni protestas inútiles; llega al dominio del dolor por la resignación y la esperanza, y sin ser Nietzcheano realiza el supremo deseo de vencer la miseria mortal y terrena. El lo dice maravillosamente, cuando revela su viejo sufrimiento, el choque con la realidad y su triunfo:

"Entonces me hundió el negro escepticismo
bajo el lago tan honda y firmemente,
que sentí los horrores del abismo...
Fuílo, empero, dejando suavemente,
y mi alma surgió de él tan aprendida,
que hoy flota sobre el lago de la vida."

Su gran tendencia mística se observa en una bellísima poesía titulada "Las dos fuentes":

¡Ah Señor!, balbucí, me has dado un corazón
vibrante como el aire que tiembla del sonido,
sensible como el lago que a un roce se estremece..
. . . .

Maristany siente la felicidad de ser cristiano, y de saber sufrir:

Hoy bendigo las zarzas de la tortuosa senda
—En la cual flotó polvo de tu Getsemaní!—
Hoy bendigo esa senda, porque ella me ha llevado
a la más clara fuente que en sueños presentí.
—Alfómbrame de abrojos la ruta que me espera,
Tánta dicha me diese pavor—¡pero por Tí!
que hasta el fin me rocíe el corazón el agua
de la más pura fuente que en sueños presentí.

Y de su ideal celeste y de su sencillez y pureza de alma, dice un elogio, instintivo y admirable, esta poesía que refleja su espíritu y que pinta al poeta:

La librería de un poeta humilde
refleja el huerto en sus cristales pulcros
y en ellos ríe una graciosa y frágil
rosa de nieve.

¿Qué libro indican sus virgíneas hojas?
¿a qué autor besa su belleza pura?
a Homero? a Dante? a Salomón? a Wordsworth?
....a San Francisco.

¡Y qué hondo es cuando pinta el dolor y cuán bien advierte la inexpresividad terrible de las cosas ante las almas que sufren, y cómo sabe dar entonces a lo externo el valor de un comentario mudo, la misteriosa testificación de una compañía terrible e inevitable! No vacilo en reproducir íntegramente la Elegía, que le escuché la primera vez y que revela su enorme lirismo, su admirable poder evocativo y su anhelo místico.

ELEGIA.

A Emilio de Riquer.

Son las seis de la tarde y ha una hora
que es de noche. Abandono el calor dulce
de mi estudio, y aun ebrio del espíritu
del poeta con quien he comulgado,
dispóngome a salir.

Abro la puerta,
cerrada con cerrojos y cadenas,
y saludo a la noche. Están las sombras
frías, siniestras casi, pues la luna
que esta noche debiera plenamente
platear de ternura melancólica
la excelsitud del valle, se halla enferma....
Se arrebuja debajo de las mantas
haraposas, y ansiosa se descubre
poco después, y a arrebujarse vuelve
poseída de fiebre...
Apenas veo
donde pongo los pasos.... Sopla un aire
norteño que me hiere con su filo....
¿Dónde voy?.. En rigor salgo tan sólo
por gozar del encanto del regreso,
por gozar del contraste.....-¡Oh, los faroles
de las últimas casas de la aldea,
colgados de una esquina, con sus llamas
de gas, que al viento oscilan añorantes!....-
Mas la aldea está cerca y el pretexto
de la salida es recoger las nuevas
llegadas con las sombras. Voy en sueños
recordando las magnas maravillas
del poeta con quien he comulgado.
La luz de unos faroles me deslumbra;
vuelvo a la realidad; cruzo una calle
casi desierta, y entro en una humilde
vivienda, casi a obscuras. Salgo de ella
con tres misivas. A la luz más pródiga
de una carpintería, curioseo
las cartas..... La tercera....¡ Oh, la tercera!....
Siento que palidezco y se oscurece
la luz sobre la carta.... Vacilante
me arrastro hacia la sombra, donde lloro...

Mi amigo de mi alma me ha dejado
por el azul, su patria, que es la mía....

Cruzo luego muy rápido la calle
Reacciono.... La luna plena brilla
para hallarme conmigo en despoblado...

sobre un trozo de azul, con una estrella...
Siento una profundísima tristura,
luego melancolía, luego, luego
parece que mi amigo me consuele:
"Soy feliz... ¡Cuán feliz!... No te imaginas".
Mi alma se anega en el azul y elévase
más y más. Sigo andando, con los ojos
absortos.... El azul se ha ido encubriendo....
Subo la breve y empinada cuesta
y me hallo ante mi hogar, maquinalmente.
La luz de un amplio ventanal me daña
con acritud. Tras de él está la mesa
dispuesta y unas flores.... Quedo atónito
de este cuadro. Deténgome y contemplo
mi hogar como un difunto......

Y hallo extraño
ver cosas materiales. Creo apenas
que en mi casa las almas tengan forma....

Esta Elegía pinta la intimidad del poeta, su conformidad casi religiosa y su subjetivismo. Todo el paisaje pintado de mano maestra, tiene un alma, la del poeta, y hasta la casa, con esa extraordinaria sensación del regreso, no es sino un pretexto para revelar un estado síquico. Y en la profundidad inmensa de esta poesía, no hay un sólo alarde, ni un gesto de asombro. Las cosas están dichas con una simplicidad que aparentemente puede parecer prosaica en veces, pero que dentro del marco de contraste de la Elegía, es eminentemente poética y lírica. Y hay una sensación meterlineana en el cuadro final, sin que la impresión del misterio aparezca artificiosa ¡Cuán hermosa y cuán sencilla a la vez es esta Elegía! La he reproducido íntegramente porque es sin duda la más característica entre las mejores composiciones de Maristany. Su hondura sentimental, su expresión de lo externo como estado de alma, su misticismo puro, su afán de azul y su penosa conformidad con la vida, alientan en esta poesía originalísima y profunda. Y para dar esta impresión, el poeta no ha necesitado desmelenarse, ni alzar los brazos al cielo, ni darse golpes de pecho, ni prorrumpir en apocalípticas imprecaciones. ¡Cuán lejos estamos del bullicio de los trascendentalismos verbales; cuán lejos de aquel afán de decir cosas nuevas y extraños, de aquel deseo infantil de sorprender a las gentes! ¡Y

pensar que aún hay quienes quieren ser originales por la expresión y profundos por el gesto teatral y escenográfico! Sólo el sentimiento ha bastado para crear esta poesía de forma noble e ingenua. Ha dicho Doña Emilia P. Bazán en su Lectura sobre el porvenir de la Literatura, después de la guerra, que "el sentimiento, cuando es real, sencillo, verdadero, es la más limpia fuente de originalidad literaria."

Maristany siente los contrastes de la naturaleza y de la vida con una agudeza penetrante. Recuerdo que en un viejo soneto mío, procuro dar la sensación de la tristeza del sol, cayendo sobre la aldea. Esta ruda impresión de la hora del resol, en un interior apacible, la da Maristany admirablemente. El cree que la tristeza del crepúsculo es más soportable,

"que la tristeza cruda, enjuta, rígida,
de las dos de la tarde, esencialmente
si el sol es vivo y el azul intenso."

porque le parece que el sol es como un niño inconsciente que juega y chilla con los objetos, dando la impresión aguda y trágica

"de la risa estridente en el silencio
solemne de las cosas....."

Cuando Maristany describe, se advierte también su intenso subjetivismo, pues lo hace sólo cuando del objeto descrito emerge, como un vaho sombrío, una gran tragedia, un dolor silencioso y profundo. En un cuadrito, que es realmente extraordinario, ha pintado Maristany la sensación dolorosísima que da un pobre soldado ciego.

"El mismo viento de la guerra
que le apagó la luz solar,
entró en su casa y sopló impío
la luz—más pura—de su hogar.
Hoy con su madre y sus dos hijos......
se halla el soldado en el jardín....
Va como puede adivinando
si riega el cedro o el jazmín...
El compañero de "los suyos",
un gato blanco, patriarcal,

hecho un ovillo se ha dormido
en la maceta de un rosal....
Lector: ¡piedad!.... En la maceta
riega el soldado sin querer
al gato blanco, que, asustado,
se punza, y, loco, echa a correr.
Los niños rompen a reír,
la vieja madre a sollozar
y el viudo, anémico, atontado,
no sabe de ello qué pensar....

El cuadro es admirable, por la humilde y grande tragedia que revela. Otra impresión que Maristany sufre hasta la hiperestesia es la del choque de la vulgaridad de la vida que pasa, y cuando la revela en sus versos, describe con un verismo tan grande, que el tono lírico que salta al fin como una cuerda tendida, vibra largamente sobre la repugnante banalidad del contraste. En una poesía titulada *Ocaso* hay rasgos como éstos:

Los abiertos automóviles
desatan sus bocinas irritando
los nervios susceptibles.
.. ..
Se hace el neutro
circular de la gente sudorosa
más oprimido. Hay algo en el ambiente
de actividad febril, entremezclada
de un sensualismo gris.
.. ..
...Al balcón de mi sastre, absorto, a solas,
miro pasar el turbulento río.....
Y al dar mis ojos con la luna pálida,
siento que asoma al fin algo que es mío....

Maristany, con este su primer libro, tiene derecho a ser considerado como uno de los verdaderos y grandes poetas líricos de España. Su originalidad, su distinción, su sencillez suprema, revelan una alma de selección. Su obra como poeta original es aun breve, pero promete jugosísimos frutos. Como todo gran lírico, no es abundante. Sólo los prestidigitadores suelen sacar muchas y variadas cosas de una cinta de papel. Cuando se bucea en la propia alma, la selección espiritual lleva a ex-

traer sólo los diamantes más puros. Maristany nos ha mostrado ya algunas facetas maravillosas. De su viaje constante por su alma, habrán de surgir anhelos nuevos y músicas inefables. Su pureza es tal vez la causa de que no sea muy fecundo. Pero tiene el don creador en grado sumo y lo revela especialmente en el efluvio que de su persona se desprende y que invita al recogimiento y a la ensoñación. Maristany es poeta lírico por esencia y tiene el don admirable de contagiar su intimismo. Con él, como con aquellas almas dilectas que uno encuentra muy de cuando en cuando en la vida, se siente la necesidad de ser más bueno de lo que la tosca realidad nos enseña, porque Maristany realiza el adorable prodigio de ser un artista sin envidias, un poeta sin mezquindades, un espíritu aristocrático en la noble y genial acepción del concepto. Su persona revela superioridad en la cortesía y sencillez del trato, y su obra es, como dice Pascoaes, el reflejo sustancial de su persona. Mucho amor tengo a mis escarceos retóricos, a mis sonoros discreteos de antaño. Soy incapaz de desconocer fieramente a muchos malos hijos de mi juvenil entusiasmo, pero sinceramente confieso que cerca de Maristany, me he sentido más lírico que nunca y he comprendido que lo que tal vez haya en mí de mejor, es lo más simple, lo más ingenuo, lo más íntimo. En la inquietud algo sombría y persistente de mi vida, este poeta milagroso ha entreabierto con sus manos finas, en mi Reino interior, una vieja ventana que mira al Cielo........

JOSE GALVEZ.
(Correspondiente de la Real Academia Española).

Barcelona, mayo de 1919.

Wordsworth y la Escuela Laquista

Hace tiempo que se me ha pedido por unos amigos del círculo de "Mercurio Peruano" que escriba algo sobre la obra poética de Guillermo Wordsworth, escritor inglés que apenas se conoce en el mundo hispano-americano. Es muy notable que los escritores más castizos e influyentes en la literatura de su propio país, sean los menos conocidos y apreciados en el extranjero. Así ha sucedido con Wordsworth y su escuela, figuras genuinamente inglesas, que merecen conocerse, no tan sólo por el valor intrínseco de su obra y su influencia en la historia literaria de Inglaterra, sino también por los acentos proféticos con que hablan a la literatura peruana contemporánea.

Conversión poética

Guillermo Wordsworth, nació en el pueblo de Cockermouth en el norte de Inglaterra, el 7 de abril de 1770, es decir, diecinueve años antes de la Revolución francesa: a los catorce años tuvo una experiencia singularísima, una especie de conversión poética, que determinó toda su vida posterior. Paseándose un día por el campo, se le ocurrió la idea de la infinidad de formas de cosas naturales que habían escapado a la atención de todos los poetas anteriores, e hizo allí la resolución de suplir en algo esta deficiencia. Desde esa hora abrazó la poesía como su vocación en la vida, consagrándose a ser el poeta de la naturaleza. Nótese aquí que este impulso poético no emanó de ningún sentimiento o pasión que buscara expresión lírica, ni se volvió poeta nuestro autor por haber fracasado en otros oficios, sino que, antes de gustar la vida y sus atractivos, escogió el oficio de bardo de los campos y los bosques, a fin de pintar la infinidad de matices naturales que nunca habían sido cantados en verso.

Aquí, en esta dedicación de poeta, encontramos la clave de toda la vida y doctrinas poéticas de Wordsworth.

Revolución y reacción

A los diecisiete años de edad Wordsworth se matriculó en la Universidad de Cambridge, Universidad de Milton y Newton, donde se graduó en 1791. Durante una de las largas vacaciones en la universidad, emprendió un viaje a Suiza, ese Parnaso del alma poética. y de regreso pasó por Francia, agitada entonces por las primeras pulsaciones de la Revolución. El joven poeta se entusiasmó, escribiendo a raíz de los sucesos del 89:

Bliss was it in that dawn to be alive.
But to be young was very heaven".

"Fué dicha sólo vivir en esa aurora, pero estar joven fué el mismo cielo".

Terminado su curso universitario, Wordsworth regresó a Francia, y se puso en contacto íntimo con la Revolución; pero, sus parientes, aprensivos de la suerte que le cupiera, se negaron a continuar enviándole fondos, y el poeta debió volver a Inglaterra. Las matanzas y extravagancias que a poco produjera la Revolución, hicieron que el entusiasmo de Wordsworth se enfriase, tánto que acabó por ser partidario ferviente del conservatismo inglés. Hasta volvió al regazo de la iglesia del Estado. Comenzó por escribir versos contra los reyes "esos hijos del limo", que con su cetro querían detener la marca revolucionaria, y a quienes había de barrer y sepultar la ola de la libertad. Pero, con el cambio de sus opiniones políticas, abogó por un gobierno fuerte que sólo permitiera cambios en las instituciones antiguas por un proceso gradual y lento. Si bien Wordsworth vaciló en su devoción a la Revolución francesa nunca retrocedió un paso en cuanto a su radicalismo literario. Es un hecho histórico interesante que, mientras el espíritu romántico se expresó en Francia en la Revolución política, en Inglaterra se expresó en la revolución literaria. Nadie más radical que Wordsworth. en cuanto a la materia y forma literaria de su poesía, nadie tan conservador como él en cuanto a la constitución de su país. Es este rasgo de su carácter el que le hace hijo tan genuino y castizo de la vieja Albión, amada tierra en donde se preocupan más de la vida que de la lógica.

Apagados los fuegos de inquietud, la vida de Wordsworth se desliza como plácido río. Establécese en una de las regiones más bellas de Inglaterra, o sea entre los montes del condado de Westmoreland. Allí a orillas de risueños lagos pasa la vida dulcemente en compañía de su hermana Dorotea y de dos amigos poetas, Samuel Taylor Coleridge y Roberto Southey. Los tres habían comulgado en el mismo santuario de la naturaleza, y ahora fundan una nueva escuela de poesía, conocida en la historia literaria con el nombre de "laquista".

Los Laquistas

Echemos una mirada a este grupo literario. Un solo ideal poético les unía, el de abandonar la atmósfera sofocante de los los salones donde los poetas de la escuela augustina degenerada se entreten6an galvanizando trillados temas con la música de versos metálicos y hueros. Los "laquistas" todos huyeron de los convencionalismos clásicos y buscaron inspiración en el campo y la vida común, en los romances y la historia. Su vida correspondía a sus ideales literarios,... era sencilla recta, sobria: y ellos nunca mancharon su carácter con las mancillas que han empañado la buena fama de más de un caudillo de las letras. Mas, fuera de estos rasgos comunes, los tres poetas diferían hondamente. Representaban en efecto tres tipos distintos de poeta. Wordsworth es el tipo de poeta reflexivo. Amante fervoroso de la naturaleza en todos sus aspectos, sacaba su inspiración poética de la vida del campo y de incidentes sencillos de la historia. Nunca se dejó llevar a estímulos artificiales para despertar su musa. Buscaba adentro, en su propia alma, móviles poéticos, en recuerdo de emociones experimentadas anteriormente. Sosteniendo que la poesía "tiene su origen en emociones recordadas con tranquilidad", nunca componía hasta que su imaginación se encontraba en estado tranquilo:

"Not used to make a present joy the matter of a song"

"No solía hacer de un goce presente el tema de una canción".

Muy distinto fué el temperamento poético de Coleridge. Este era un aficionado a todo lo romántico y lo extraño y un adicto al opio. Componía a largos intervalos, y solamente al sentir inspiración especial. "Kubla Khan", que es una de las joyas de la literatura romántica inglesa, fué compuesta al despertar Coleridge de un sueño de opio. Al saber esto no nos

extraña que este poeta tuviera genio espasmódico y voluntad débil. Aparece en la literatura como el torso de un coloso. Tenía un cerebro privilegiado, era mucho más filósofo que Wordsworth, pero nunca hizo nada completo.

Roberto Southey, es el tipo del erudito, del bibliófilo. Siempre andaba con un libro de apuntes (common-place book) en la mano, su biblioteca constaba de 14,000 volúmenes. Su vida se caracterizaba por gran sencillez y unidad de propósito. Era muy trabajador, y de una producción asombrosa. Sus libros publicados alcanzaron el número de 109, y escribió además 150 artículos. Entre sus obras se encuentran algunas traducciones de la literatura castallena, entre ellas "Amadís de Gaula" y "La Crónica del mío Cid". Pero Southey es poco leído ya. Su reputación literaria descansa principalmente en su "Vida de Nelson", libro que podrá considerarse como uno de los mejores modelos de la prosa inglesa.

Vida literaria de Wordsworth

Desde que fijó su residencia entre los lagos, la vida de Wordsworth se consagró por completo a la poesía, y su plácido curso no se interrumpió sino por viajes ocasionales, cuando salía el poeta en busca de nuevas inspiraciones. Alquiló una casa en el pueblecito de Grasmere, donde pasó sus días leyendo, paseándose por el campo, visitando las chozas de los labradores, celebrando tertulias con sus amigos literarios, libre siempre de cuidados financieros. Esta calma y sosiego, esta simpatía con la naturaleza y la vida humana se reflejan en todas las páginas de su poesía; su cielo gris, crepuscular, ignoró los fulgores que lanzaran sus rayos sobre el camino de los románticos posteriores.

En 1798, Wordsworth publicó en compañía de Coleridge, un volúmen de poesías intitulado "Baladas Líricas". El objeto de esta publicación fué demostrar la posibilidad de escribir poesías interesantes sobre otros temas que los tradicionales. Coleridge debía tratar asuntos sobrenaturales y Wordsworth aspectos de la vida común. O según las palabras del mismo Coleridge, en que explica las bases de la colaboración literaria entre los dos poetas: "acordóse que mis esfuerzos fuesen dirigidos a personajes y tipos sobrenaturales, o al menos, románticos, pero con el fin de transferir de nuestra naturaleza interior un interés humano y apariencia de verdad suficiente para conseguir

por el momento para estos fantasmas de la imaginación aquella suspensión voluntaria de la incredulidad que constituye la fé poética. Mr. Wordsworth, en cambio, debía proponerse como su objeto dar el encanto de la novedad a las cosas de la vida común y diaria, y excitar un sentimiento análogo a lo sobrenatural, despertando la atención de la mente del letargo de la costumbre, y dirigiéndola a la belleza y las maravillas del mundo en que vivimos; el cual es un tesoro inagotable, pero, a consecuencia de la membrana de la familiaridad y solicitud egoista, tenemos ojos que no ven, oídos que no oyen, y corazones que ni sienten ni entienden". La mayor parte de las poesías fueron escritas por Wordsworth, pero Coleridge contribuyó con unos poemas inmortales, entre ellos, "El Marinero Viejo", una de las poesías más imaginativas que existe. La publicación de las "Baladas Líricas" marca una nueva era en la literatura inglesa y aún en la europea.

Fué la gran ambición de Wordsworth hacer un poema filosófico que versara sobre el Hombre, la Naturaleza y la Sociedad. Este poema se intitularía "El Recluso", puesto que tendría por objeto principal "las sensaciones y opiniones de un poeta que vivía en retiro". En 1805, fué terminado el "Preludio", poema que había de ser el "pórtico" de la magna obra, pero que no se dió a luz hasta después de la muerte de su autor. Otra parte de "El Recluso" salió en 1814, llevando el título de "La Excursión", y consiste en una descripción de viaje. Pero el tan soñado proyecto del poeta nunca se realizó, y "El Preludio" y "La Excursión", por ser las composiciones más largas de Wordsworth, tienen más valor autobiográfico y didático que poético. Les haacaecido la suerte de tántas otras poesías ambiciosas que nadie lee sino los críticos literarios.

Si bien los mencionados fragmentos de "El Recluso" tienen gran importancia para la historia literaria, la reputación poética de Wordsworth estriba en otras composiciones, o sea en sus sonetos odas y líricas. Escribía mejor cuando no pensaba en teorías poéticas. Quien quisiera formarse una idea de la musa de Wordsworth podrá hacerlo facilmente leyendo: los dos sonetos, "A Milton", y "Líneas escritas sobre el puente de Londres"; las tres exquisitas líricas, "Al Cuclillo", "Los Narcisos" y "Lucy Grey"; la "Abadía de Tintern"; y aquella maravilla de concepción y hechura artística "Reminiscencias de la Infancia", poema platónico. Si luego el lector quisiera conocer la musa de Wordsworth, cuando, por el pesado lastre de doctrinas poéticas,

ella vuela muy a ras de tierra, que lea "Pedro Bell" y "El niño idiota".

Wordsworth murió en 1850, el día del aniversario del nacimiento y muerte de Shakespeare. Un mismo día, el día de San Jorge, conmemora al poeta de la naturaleza y al poeta de la humanidad. Ningún poeta ha llenado con tanta perfección como Wordsworth el famoso cuadro de Fray Luis de León:

"¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruído
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!"

No ha habido poeta, ni aun Milton, que haya tenido tan viva conciencia de su vocación como Wordsworth, quien quiso considerarse poeta, o nada. Apartado del mundo, libre de cuidados seglares y pasiones desgarradoras, su vida se maduró como una rosa que nunca fué azotada por el viento. Su carrera es comparable tan sólo a la luz de un día que nace serena de una plácida aurora y se apaga entre los arreboles de una dulce tarde de otoño, sin que trueno o rayo haya perturbado el haz del cielo. En 1842, ocho años antes de su muerte, Wordsworth había sido nombrado poeta laureado. Por fin sus grandes méritos fueron reconocidos, pues durante gran parte de su vida, debido a la creciente popularidad de los nuevos románticos Byron y Shelley, sus poesías habían sido objeto de burla. Pero Wordsworth supo arrostrar el ridículo momentáneo, sin preocuparse para nada de la opinión pública, y ahora vive en la estimación del mundo sajón, mientras que la fama del idolatrado Byron decae con cada año que pasa.

Doctrinas poéticas de Wordsworth

Volviendo ahora a un examen detenido de la poesía de Wordsworth, es menester que sepamos cuáles eran las opiniones de éste respecto al arte poético y la vocación del poeta. Tenemos felizmente una declaración autorizada de ella en el famoso y tan discutido prefacio que Wordsworth escribió para la segunda edición de "Baladas Líricas".

El poeta es, para Wordsworth, un hombre que habla a hombres, un ser más sensitivo a impresiones y más conocedor de

la naturaleza humana que los demás. La poesía es el más filosófico de todos los géneros literarios. Su objeto es la verdad, pero la verdad conforme está relacionada con sufrimientos y alegrías. El hombre de ciencia analiza y trata las cosas en sí, el poeta las trata como focos o productores de sentimientos. Así es que los descubrimientos más remotos de la ciencia podrán ser asuntos poéticos, siempre que produzcan, en algún modo, sentimientos de tristeza o alegría. Por consiguiente, por complicada y científica que venga a ser la civilización, nunca faltará lugar para el poeta.

La poesía es el desbordamiento de sentimientos, y el lenguaje usado debe concordar con el carácter e intensidad de la emoción. Decir una cosa de una manera rara, no es poesía. La poesía antigua, dice Wordsworth, nació de la pasión, y el lenguaje empleado por los primeros poetas era lenguaje de emoción. Pasando el tiempo, los giros y las formas métricas que antes palpitaban con vida, llegaron a ser puros convencionalismos, símbolos de un género literario que estaba divorciado de la realidad. Entonces los poetas, por no sentir la realidad palpitante de las cosas, buscaban estímulos fuertes, tenían sed por lo extravagante, por lo sentimentalmente enfermizo. El resultado fué un estilo afectado, de mucha corrección, en que el poeta veía el mundo con ojos ajenos, y hablaba en palabras que tomó prestadas. El autor del "prefacio" arremete luego contra los poetas de la escuela clacisista de Pope, los que habían perdido todo contacto verdadero con la naturaleza. Ataca el empleo de giros especiales o de orden artificial de palabras cuando la intensidad de la emoción no reclama más que los giros y orden prosaicos. Lo que es falso, afectado, bombástico y ridículo en prosa, lo es igualmente en verso.

He aquí la teoría poética que Wordsworth sostiene y defiende. El alma del poeta se desarrolla en íntima comunión con la naturaleza, la cual es la única y verdadera maestra del hombre. En vez de buscar temas grandiosos que embellezca luego con floridas imágenes, el punto de partida del poeta debe ser una emoción causada espontáneamente por un objeto. Su poesía consistirá en el esfuerzo de dar expresión poética a dicha emoción, después que ésta ha pasado dejando sólo un recuerdo, pues en la opinión de Wordsworth "un goce presente nunca debe ser tema de una canción". Lo que él se propone, según nos dice en su "apéndice sobre dicción poética", es escoger incidentes y asociaciones de la vida común; emplear el lenguaje

usado por los hombres; arrojar sobre las cosas un cierto colorido, dando a la imaginación su verdadero papel de dignificar lo humilde y de despertar interés en dichos incidentes por hallarse en ellos las leyes primarias de nuestra naturaleza. Es su suma ambición de estilista: "amoldar a los usos de la poesía el lenguaje ordinario de la conversación, tal y como la emplean la clase media y la clase baja". Nos dice además que toma sus temas de la vida rústica porque allí se pueden estudiar las emociones humanas en su mayor fuerza y también en lenguaje más depurado.

El poeta de la naturaleza.

Cabe preguntar aquí, ¿cuál es la naturaleza que Wordsworth canta en sus versos? No es la naturaleza romántica de Scott, ni la naturaleza turbulenta de Byron, ni la naturaleza indiferente de Arnold, ni la naturaleza sanguinaria, "roja en diente y uña" de los evolucionistas. La naturaleza wordsworthiana es mansa, democrática, crepuscular. Es el campo en contraposición a la ciudad, sus pobladores son humildes y viven todos en "estado natural", lejos del ambiente malsano de los grandes centros. En el regazo de la naturaleza, Wordsworth sentía una presencia cuya morada es la luz del sol poniente, y el redondo océano, el aire viviente, y el cielo azul y la mente del hombre" (1). En este Elíseo que no es sino la vestidura y morada de una divinidad, el poeta se extasía, pero nó por hallarse ante paisajes bellos o majestuosos, ni por pisar lugares que la historia ha consagrado, pues a Wordsworth la naturaleza no le comunica deliciosas sensaciones de arte como lo hacía al alma sedienta y estética de Keats, ni le sugiere, a cada milla, como a Walter Scott, vívidos recuerdos de antaño, sino que le causa emociones, reflexiones, pensamientos. En otras palabras, la naturaleza habla al corazón de Wordsworth más que a sus sentidos e imaginación, teniendo para él un valor más bien didáctico que artístico y romántico.

Así es que en la poesía de Wordsworth, la naturaleza aparece, nó como una madre decrépita, sino como una maestra joven que enseña por la boca de todos los fenómenos y seres naturales. Tiene una función apostólica y sacramental. La mari-

(1).—Abadía de Tintern.

posa es para Wordsworth la "historiadora de su infancia"; es "la amada del poeta, que le trae a la memoria muchas cosas". La humilde margarita es "un apóstol de la humanidad", que enseña a los hombres cómo hallar albergue de cualquier viento que sople. Los ranúculos son "profetas de delicias y alegría"; salen antes de ls demás flores y las anuncian.La canción del cuclillo le recuerda los días de su niñez. Un sólo impulso de un bosque en la primavera "enseña más acerca del hombre y del mal ydel bien que todos los sabios". La salida del astro Héspero le sugiere que "son pocos no más los que se atreven a pisar más allá de la natural carrera". Las alondras son tipo de "los sabios que vuelan muy alto pero nunca vagan".

Pero no pensemos por un momento que para Wordsworth la naturaleza es poco más que un libro de moralejas. La considera más bien como un divino sistema de símbolos que exige pasividad de parte del iniciado para comunicarle su significado. "Cierra estas áridas hojas", dice Wordsworth a un amigo: "sal, y trae contigo un corazón que observe y reciba. Sal a la luz de las cosas. Deja que la naturaleza sea tu maestra". En otro lugar dice: "Hay poderes que por sí impresionan nuestras mentes y podemos alimentarlas en una sabia pasividad". Este abandono a la influencia de la naturaleza tranquiliza al espíritu, y entonces con la harmonía así producida se puede ver hasta el mismo corazón de las cosas. De aquí se ve que, según Wordsworth, se llega a la realidad poética del mundo nó en momentos de excitación, sino en momentos de calma: ¡Qué semejante es esta idea a la del gran místico San Juan de la Cruz, quien tras una dura lucha con las pasiones y la imaginación en la "Noche obscura del alma" llega por fin a la cima del Monte de Carmelo, de donde su mente, ya calmada, goza de la visión beatífica!

Pero la verdadera eminencia de Wordsworth como poeta no depende de su filosofía poética, por importante que ésta sea. Hay que decir la verdad....El es tanto más poeta cuanto menos piensa en teorías y da rienda suelta a su fantasía. Lo que coloca a Wordsworth al lado de Shakespeare y Milton es su poderosa imaginación y la intensidad extraordinaria con que sentía la naturaleza. En las palabras de Matthew Arnold, uno de los más grandes críticos de la literatura inglesa: "La poesía de Wordsworth es grande por la intensidad extraordinaria con que siente el goce que se nos ofrece en la naturaleza, el goce ofrecido en las sencillas afecciones ordinarias, y por la fuerza extraordinaria con que nos muestra este goce y lo traduce de tal mane-

ra que nosotros podamos participar de él". Desgraciadamente, las pocas poesías de Wordsworth que hay traducidas en castellano dan una idea muy pobre de su autor; ya por la selección hecha por el traductor ya por lo malo de la traducción. Quien ha acertado más a traducir a Wordsworth al español es el poeta Fernando Maristany. Este ha incluído unas cuantas poesías de Wordsworth en una antología intitulada "Las cien mejores poesías de la lengua inglesa". Voy a servirme de las traducciones de dicha antología.

He aquí tres estrofas escritas sobre la muerte de una niña amiguita de Wordsworth.

"Junto a una fuente, en rústico paraje
Vivía una chiquilla,
La cual jamás por nadie fué ensalzada,
Por nadie aborrecida.

Una violeta junto a una musgosa
Piedra, a la vista oculta,
Bella como una estrella si en el cielo
No brilla más que una".

Vivió ignorada y casi nadie supo
La muerte de Lucía,
Reposa ya en la tierra y desde entonces
¡Cuán otra es ¡ay! mi vida!

Otra poesía "La Segadora solitaria" respira la misma sencillez y amor a la vida campestre.

"¡Mírala! ¡pobre campesina
Del solitario monte agreste!
Oye cuál canta para ella:
—Párate o pasa gentilmente—
Canta una copla melancólica
Mientras en gavillas ata el trigo.
¡Oh, cómo el hondo y triste valle
Llena el dulzor de su gemido!

No ofreció nunca un ruiseñor
Notas más dulces al viajero

Bajo la sombra de una choza
Sobre la arena del desierto.
Nunca se oyó tal voz, ni aún
Cuando el gentil cuclillo canta
Sobre el silencio de los mares
Allá en las Hébridas lejanas...

¿Quién saber puede lo que gime?
Tal vez el ritmo triste mana
De muy lejanas tradiciones
O de antiquísimas batallas;
O acaso fluya su cantar
De íntimas penas que la aguardan,
De unos pasados sufrimientos
Que ahora de nuevo la amenazan.

Lo que cantó la moza a solas
Cual infinita melodía,
Sobre la hoz curvado el cuerpo,
O entrelazando las gavillas,
Lo oí tranquilo y silencioso,
Mas al volver a esas montañas
Mucho después de haberla oído,
Vibró esa música en mi alma"

De otra índole es el siguiente soneto, en el que el poeta lamenta el menosprecio con que la gente mira la naturaleza, añadiendo que preferible fuera ser un pagano cuyo crudo antropomorfismo transformara los fenómenos naturales.

El mundo con exceso está en nosotros,
Pronto o tarde las fuerzas agotamos:
Poco que sea nuestro aquí encontramos,
y el corazón lo damos a los otros.
Este mar, que a la luna da su seno,
Los vientos, que aullarán dentro unas horas,
Y ahora, duermen, cual flores soñadoras,
Todo, todo a nuestra alma le es ajeno.

Nada nos mueve. Ansiara ahora tener
Las creencias antiguas de un pagano
Y desde esa llanura poder *ver*,

—Sintiendo menos sólo el corazón—
Cual Proteo al surgir del océano,
U oír sonar el cuerno de Tritón".

Pero hallando imposible dar idea adecuada de la poesía de Wordsworth por medio de traducciones, voy a hacer a éste hablar en su propia lengua y la mía. Lectores del "Mercurio" que no sepáis inglés, perdonad mi osadía. Y ¡ojalá entre los que saben dicho idioma, algún poeta fuera movido a interpretar a Wordsworth al mundo hispano en dignos versos castellanos! El primer trozo es sacado de la oda "La Abadía de Tintern".

—"I cannot paint
What then I was. The sounding cataract
Haunted me like passion; the tall rock,
The moutain, and the deep and gloomy wood,
Their colours and their forms were then to me
An appetite; a feeling and a love,
That had no need of a remoter charm,
By thought supplied, nor any interest
Unborrowed from the eye.—That time is past,
And all its aching joys are now no more,
And all its dizzy raptures. Not for this
Faint I, nor mourn nor murmur; other gifts
Have followed; for such loss, I would believe,
Abundant recompense. For I have learned
To look on nature, not in the hour
Of thoughtless youth; but hearing oftentimes
The still, sad music of humanity,
Nor harsh nor grating, though of ample power
To chasten and subdue. And I have felt
A presence that disturbs me with the joy
Of elevated thoughts; a sense sublime
Of something far more deeply interfused,
Whose dwelling is the light of setting suns,
And the round ocean and the living air,
And the blue sky and in the mind of man
A motion and a spirit that impels
All thinking things, all objects of oll thought,
And rolls trough all things.

En el citado trozo el poeta declara su actitud hacia la naturaleza, de niño y de hombre, en su primera visita a la antigua Abadía, "la ruidosa catarata le perseguía como una pasión; el alto peñasco, el monte y el profundo y tenebroso bosque, sus colores y sus formas me eran como un apetito; un sentimiento y un amor, que no necesitaban de ulterior encanto suplido por el pensamiento, ni de ningún interés que no fuese suministrado por la vista". Pero ya hombre, y habiendo escuchado a menudo la música, suave y melancólica, de la humanidad, echa sobre la naturaleza una mirada más serena. Ya no podrá mirarla sin tornarse pensativo, pues ha venido a sentir en ella una presencia que le "perturba con el goce de elevados pensamientos".

Citaremos en seguida una estrofa de "Reminiscencias de la Infancia", uno de los más grandes monumentos del arte poético que existe en la literatura inglesa. Escogeremos la estrofa en que el poeta sostiene la tesis platónica de la pre-existencia del alma:

Our birth is but a sleep and a forgetting;
The Soul that rises with us, our life's star,
Hath had elsewhere its setting
And cometh from afar;
Not in entire forgetfulness,
And not in utter nakedness,
But trailing clouds of glory do we come
From God who is our home:
Heaven lies about us in our infancy!
Shades of the prison house begin to close
Upon the growing Boy,
But he beholds the light and whence it flows,
He sees it in his joy.
The youth, who daily farther from the east
Must travel, still is nature's priest,
And by the vision splendid
Is on his way attended;
At length the man perceives it die away
And fade into the light of common day."

Nuestro nacimiento, dice el poeta, no es sino un sueño y un olvido; el alma ha tenido en otro mundo su ocaso y nos viene de lejos arrastrando nubes de gloria. En la infancia nos envuel-

ve un esplendor celeste. Pero desde la cuna se inicia un proceso de olvido, hasta que el hombre ve la visión desvanecerse, deshaciéndose en la luz de un día común.

No han faltado críticos de Wordsworth, desde cuando su mismo compañero Coleridge criticó duramente las teorías poéticas sostenidas por el poeta en su famoso "Prefacio". No cabe negarlo..Wordsworth es uno de los poetas más desiguales. De serlo, es simplemente por llevar hasta la exageración ridícula su concepto de la naturaleza y el estilo poético. Tan intenso fué el amor de Wordsworth hacia todos los aspectos de la vida común, que incluyó en el grupo de sus héroes campestres, entre carreteros, labradores, pastores etc. etc. un niño idiota. Mucho se han criticado los versos sobre el pobre imbécil, diciéndose que el tema es antipoético y el estilo el colmo de la prosa. Pero es que los críticos no ven la sonrisa en la cara del poeta. ¡Nada más gracioso que la salida del idiota al anochecer, montado a caballito, despedido por los besos de su mamá que, a despecho de las protestas de una vecina, le manda al pueblo cercano para llevar al médico a la choza de una mujer anciana que está próxima a morir! Toda la noche el jinete vaga extático por bosque y llanura, entretenido por la blanca luna y el ulular de las lechuzas. Entre tanto, la madre del héroe, se desespera, mientras a la anciana, Susan Dale, le da otro ataque. Por fin, aquélla sale en las primeras horas de la madrugada en compañía de la vecina de la noche anterior, y luego de llegar a la casa del médico y enterarse que Juanito no había ido, dan con el nuevo Quijote internado en un bosque al borde de una rugiente cascada. Los tres regresan a la aldea, y cuando ya están cerca de ella, les sale al encuentro, alegre y sana, la anciana moribunda, a quien el temor por la suerte de sus benefactores había resucitado del lecho de la muerte. Y Juanito, cuando se le encarece que cuente sus aventuras, pero con toda veracidad—dice solamente:

"The cocks did crow to-whoo, to-whoo,
and the sun did shine so cold"
"Los gallos cantaban tujú, tujú,
y el sol brillaba tan fríamente.

Si bien el idiota mismo no es una figura poética por no tener en su locura ningún propósito fijo, el incidente en su conjunto es altamente poético y humano. Nada más patético, por

ejemplo, que el amor de la madre a su hijo imbécil y su fe en que, en el fondo, él sea cuerdo. A más de esto, esta poesía descubre verdadero humor y cierta capacidad de dramatización, cualidades que muchos críticos niegan a Wordsworth.

Nada sería más fácil que señalar todas las limitaciones de Wordsworth como poeta, mas como estoy deseoso que mis lectores lean a Wordsworth por sí mimos antes de escuchar críticas sobre su obra, me limito a decir cuatro palabras para orientar una crítica sana. En primer lugar, para apreciar la poesía de Wordsworth se necesita que uno vea con los ojos del poeta y ame la misma naturaleza y los mismos seres que el amaba. En segundo lugar, Wordsworth no podría ser el poeta de la naturaleza si cupiese en su alma la pasión del amor. El amor que hallamos en las poesías de Wordsworth es el amor platónico que ama todo lo amable y bello. En tercer lugar, para poder glorificar lo humilde fué necesario que descontase otros aspectos de la naturaleza, tales como lo áspero y lo apasionado. Y por último, cuando, al través de nuestra lectura de Wordsworth, damos con un símil como el siguiente, en que el botecito de un niño se compara a "una tina casera como esas que usan las mujeres para lavar sus ropas", no riamos: mejor es usar una figura de la vida común que amontonar metáforas altisonantes y recónditas que no sirvan otro fin, a menudo, que el de glorificar al poeta.... y proclamarlo falto de alma poética.

Un Wordsworth peruano

Las tierras americanas necesitan su Wordsworth, y sobre todo el querido solar peruano. Ricardo Palma ha sentido el pasado del Perú en sus maravillosas "Tradiciones". Pero ¿quién ha sentido, o siente, el presente, cristalizando sus afectos y pensamientos en versos palpitantes? La Epopeya de Homero, fué suplementada por "Las Obras y Días" de Hesíodo, y la Eneida de Virgilio por las "Geórgicas" del mismo autor. Amadís de Gaula y toda la literatura caballeresca en España fué suplementada por las "Novelas Ejemplares de Cervantes", y el "Ciclo Arturiano" en Inglaterra, por las poesías de Crabbe y Wordsworth. Y las "Tradiciones Peruanas" de Palma serán suplementadas en el Perú por.......por un poeta que se entregue con dulce abandono a la influencia de la naturaleza peruana. El Wordsworth peruano dejará sus libros, sus pesimismos y sus dolores imagi-

narios, y despidiéndose de salones sofocantes, saldrá para los Andes. Sentirá la frescura natural en la vega de Huancayo, o cada madrugada, desde la cumbre de una montaña, verá el velo de neblinas disiparse sobre los bosques tropicales del Perené. Sus temas los buscará en la vida del pueblo. Hará sentir las pulsaciones del alma peruana en todas sus múltiples matices. Despertará interés en el mestizo y el indio, e interpretará la música íntima del período actual. Poblará los arenales costeños, las punas y las selvas, con personajes familiares y amables, y esto lo hará, desprendiéndose de un estilo artificial, y de la imitación francesa, y se forjará otro lenguaje nuevo más cerca del idioma del pueblo. En una palabra, será un poeta verdaderamente *nacional* y *democrático*.

¡Dichoso poeta, tan anhelado Wordsworth peruano, tu sabrás, a ejemplo de Quijote, "convertir en ideales a las zafias labradoras!". ¡Tú sabrás satisfacer las ansias del sabio salmantino (1), desviando los pensamientos de tu pueblo del mundo muerto de las letras para fomentar en él el amor al mundo vivo de la naturaleza y las almas!

JUAN A. MACKAY.

(1).—Vid. *"Ensayos" de Unamuno,* tomo VII p. 156.

Los Poetas Orientales (1)

EN SECRETO.

He extinguido la lámpara,
Porque brilla la luna,
Y su luz ilumina el recinto en redor,
Y en el fondo del alma,
Misterioso burbuja,
Un sutil pensamiento de inefable dolor,

Mi pupila, anegada
Por el llanto, se nubla,
Y un dolor agudísimo viene el alma a sentir
Al pensar que mi amada,
No sabrá tal vez nunca,
Que en su ausencia por ella he llorado yo aquí.

UANG-SING-YU.
(Poeta chino del siglo XI)

---

(1).—Publicamos con vivo agrado las versiones poéticas que siguen, obra de la señorita Carmela Eulate Sanjurjo, distinguida poetisa española, y que debemos al amable envío de nuestro colaborador y Cónsul en Barcelona, señor D. José Gálvez. Son breves composiciones líricas de poetas chinos y japoneses, en que en pequeñas y breves formas métricas se encierran los delicados sentimientos melancólicos tan característicos de la poesía del Extremo Oriente.

AURA DE PRIMAVERA.

Leve aura de flores
Ha invadido mi cuarto;
Aura de Primavera, perfumada,
Que acaricia el olfato;
En las sombras nocturnas
El perfume ha llegado,
Y alcanzó con sus alas intangibles
Mi lecho solitario.

Voló en aquel instante
Mi espíritu turbado,
Siguiendo del río Kiang la verde orilla,
Y en su viaje tan rápido,
Contempló en el camino
A una niña, de cándidos
Ojos, y de figura seductora,
Que el alma me ha robado.
Tenía mi cabeza,
En la almohada apoyando,
Mas con el soplo aquel de primavera,
Tan lejos ha volado,
Que llegó hasta Kianghnanan en un minuto,
¡Un instante de encanto!
Cien leguas de camino
Sin detenerse, rápido....
El Amor, despertando en Primavera,
Realiza este milagro.

TSIN-TSEN.

(Poeta Chino, año 750)

DE MI JARDIN.

La mujer que yo adoro
A otro ha dado su amor :
Cual naranjo nacido
En mi propio jardín,
Que su fruto de oro,
De exquisito dulzor,
Por sus ramas, rendido,
Entregó de festín,
Al jardinero del jardín vecino
Por horrible sarcasmo del destino.

TIKANGHE.
(Poeta japonés)

MAS QUE LA VIDA.

No me importara, nó, perder la vida,
Pues perdí, al despertar del dulce ensueño,
La ilusión que purísima
Abrigaba en mi seno
¡Y era toda la luz del alma mía!

TADU—MINE.
(Poeta japonés).

CON UNA FRASE....

Con una frase, ayer, una barrera,
Se elevó entre nosotros de improviso,
Y parécele al alma en su tristeza
Que ya ha pasado un siglo.

KEN-TOKU-KO.
(Poeta japonés).

ULTIMO DESEO.

Cuando vaya a partir y, de la muerte,
Sienta la mano fuerte
Asirme en mi agonía,
¡Yo quiero verte!
Y llevarme en mi última mirada
Tu forma bien grabada
En la pupila mía!

IDZUMI SIKIBU.
(Japonés)

CARMELA EULATE SANJURJO.

Barcelona,

Poetas Colombianos

EDUARDO CASTILLO

En 1904, apareció por primera vez el nombre de Eduardo Castillo en las letras colombianas. Revelábase como un temperamento de extraordinaria originalidad. Despreocupado de cuanto le rodeaba se entregaba rabiosamente a sus sueños y a los libros. Lo que no dijera relación a las letras apenas si le hacía mover el rostro demacrado que, bajo la descuidada y abundante cabellera, parecía consumirse a influjo de la llama interior. Extraña, exótica indiferencia la de este poeta en medio de las agitaciones políticas y económicas de las nacientes democracias americanas. Decía Renán que los muros de San Sulpicio estaban separados del ruido del mundo por treinta mil leguas de silencio. Análogamente, à Castillo sólo llegan aquellas impresiones que su corazón y su espíritu han menester para ir tejiendo la armonía de su vida interior que desborda en versos llenos de una inquietud que disimula la noble serenidad del canto, vaciado en formas límpidas, a las veces de una desesperante perfección.

Ha sido cualidad saliente de los poetas colombianos, que no se desmiente de ninguna manera en Castillo, el dominio absoluto de las formas. Por eso, como traductor en verso, es continuador eximio de Caro, Pombo, Valencia, Gómez Restrepo y Londoño que han incorporado en la antología castellana numerosas obras maestras de otros idiomas.

La poesía es en Castillo íntima mas no familiar. Los motivos exteriores nada le deben a su canción. De nuestra naturaleza tropical, esplendorosa y magnífica, no hay rastro siquiera en su obra, que es toda interior. Las imágenes mismas son en

cierto modo atenuadas y suaves. Su producción se caracteriza por la noble distinción de quien desama el estrépito callejero sin recluírse en la torre de marfil, ya que él sabe muy bien que aquel egoísta aislamiento no constituye, como se ha querido hacerlo creer, pecado de orgullo sino falta de lógica, que siempre oculta otras y más graves deficiencias.

Hay en él una serenidad al propio tiempo melancólica y consoladora. Dijérase que el sentimiento, noble y elevado, purifica la tristeza, y el canto deja entonces una emoción suave como la que produce el paisaje cuando cae sobre él un sol pálido y delicado. Es modelo este soneto que tan acertadamente intituló el poeta *Encantamiento*:

A la orilla del mar, sobre la arena,
un pastor infantil, hora tras hora,
hace llorar, con voz arrulladora,
su doble flauta de silvestre avena.

Es una primitiva cantilena
que por la muerte de los dioses llora
su melodía lánguida y canora,
dulce como el cantar de la sirena.

Un barco pescador en el distante
azur mancha los pálidos confines
que surcaron las velas de los nautas,

mientras a flor del piélago espumante
su dorso rosa agrupan los delfines
suspensos del hechizo de las flautas.

De este admirable cuadro se desprende la infinita desolación de lo irremediablemente ido. Decía verdad aquella voz que se dejó oír a lo largo de las riberas de los mares: "¡Pan, el gran Pan ha muerto!"; los dioses están ya muy lejos, pero aun divisa el poeta, bajo el sereno y diáfano azul, el triángulo de un barco pescador que mancha los confines por donde antes surcaron las velas de los nautas, y ve sobre el sagrado Mediterráneo agruparse los delfines al hechizo de la música pastoril de una flauta.

Esta melancolía que piadosamente venda la herida y apaga el grito, ennoblece toda la obra de Castillo. Hasta en las horas

en que la vida le invita con los celestiales dones del amor, parece buscar, como Sainte-Beuve "un pensamiento que lo consuele en medio de la felicidad", y adelantándose en plena juventud a saludar el otoño prematuro, sediento de sosiego interior, le dice a la amada:

Tarde recibo el don de tu belleza,
pero aun pueden venir días serenos
en que habré de llorar sobre tus senos
recién nacidos, toda mi tristeza.

¿Lo ves?....Perdí en la vida mi riqueza
y no poseo ya bienes terrenos,
mas me queda en el mundo, por lo menos,
el tesoro ideal de tu belleza.

No habrá de ser nuestra ventura al modo
de esos amaneceres en que todo
es regocijo y florecer y canto;

mas tarde de octubreñas languideces
llena del tierno y fugitivo encanto
de lo que no hemos de vivir dos veces.

¡Qué dolorosa inquietud refleja la última parte del soneto, en que el poeta vacila entre la esperanza de la felicidad y la visión anticipada de la fuga de los días felices! Acaso análoga clarividencia fué la que le arrancó a Abel Marín, otro de los jóvenes portaliras colombianos, este grito angustioso:

¡Saluda el corazón con un sollozo
el valle patriarcal de la vejez!

Pero lo que en el uno tiene el acento trágico de la desesperación, es en Castillo serena y elevada melancolía, herida que embalsama la resignación, u orgulloso sadismo espiritual de encontrar en el alma la "consonancia de una desolación incomparable".

Hay en las últimas producciones de Castillo una marcada tendencia mística que coincide con un sabor más castizo de la forma. Quizá es difícil encontrar entre los poetas de la lengua unción religiosa más honda que la que encierra la *Plegaria a Jesús*. ¿Habrá ido a buscar reposo a su inquietud en la religión

de las supremas consolaciones? Quién sabe. Castillo, por muchos aspectos, recuerda a Verlaine, y de él ha dicho L. E. Nieto Caballero en un admirable boceto: "Tan alejado se halla de la materia, que hasta desprecia y castiga la que le sirve de estuche para su alma......Inmaterializándose, tratando que su carne se convierta en llama, ha ido tomando el aspecto de uno de esos ascetas consumidos por el amor divino. Bajo la capucha, en el siglo XV, de pasear por las calles de Florencia, el pueblo hubiera dicho: "¡Savonarola!".

MANUEL A. CARVAJAL.

ALMA ANTIGUA

Yo, en siglos ya remotos, viví por modo vario:
bardado de oro y cinta la espada de Toledo
hasta la Tierra Santa fuí en pos de Godofredo
y en sangre infiel tiñóse mi acero temerario.

Luego, en cartujas lóbregas, fuí monje silenciario;
vi, sobre los eclipses y el terremoto, el dedo
de Dios, y entre la peste y el hambre sentí el miedo
de la luctuosa y trágica noche del milenario.

Y he sido rey, trovero, paje, pastor, de modo
que todo lo he ganado, que lo he perdido todo...
No hay para mí dolores ni júbilos extraños.

Pequeño ante esa herencia de amor, fe y heroísmo,
me espanta la abolida grandeza de mí mismo
y siento la fatiga de quien vivió mil años!

PARA LA NAVE DE VIRGILIO

(Imitación de Horacio)

Que el céfiro más puro y más süave
propicio impulse sobre el mar salino
hacia la Sacra Hélade la nave
del poeta latino.

Llévele olor de rosas y azahares
la brisa matinal que se insinúa
entre las rojas velas triangulares
al Cisne de Mantúa,

que anhela ver surgir de las serenas
olas del archipiélago sonoro
—que antaño oyó cantar a las sirenas—
las Cícladas de oro.

Y ver radiar, mientras la nave avanza
bajo la dulce claridad febea,
sobre la santa Acrópolis la lanza
de Palas Atenea.

Blanda brisa te vuelva del exilio
sobre el límpido azur del mar en calma,
nave que te llevaste con Virgilio
la mitad de mi alma.

PLEGARIA A JESUS

¿Cómo pude dejar la regalada
paz de tu seno y con fatal desvío
huír de tu redil, oh Dueño mío,
como pobre ovejuela descarriada?

Tarde tal vez retorno a la majada,
mas te traigo en ofrenda mi albedrío,
¡y un alma que, a pesar de su extravío,
aun está de tu amor embalsamada!

Tuya es, mi Bien. La herida dolorosa
que le abrió tu saeta, es una rosa
que mana suaves mieles derretidas...

¡Oh Amor de mis blandísimas querellas,
quien conoció el dulzor de tus heridas
no halla gozo y deleite sino en ellas!

LA FLORIDA PAZ

Tánta tristeza sin remedio estruja
mi juventud, Señor, que desasida
de todo, tiende a tí desfallecida,
como hacia el polo la imantada aguja.

Un hondo anhelo de quietud me empuja
a ir a llorar las culpas de mi vida
y a cavar mi sepulcro en la florida
paz de un jardín umbroso de cartuja.

Allí, en ese refugio apetecido
donde el alma se aduerme entre las flores
embeleñada de oración y olvido,

iré a buscar el regalado nido
de tu regazo, ¡Amor de mis Amores,
siempre soñado y nunca poseído!

POR LA CRUZ DE LA ESPADA

(A Angel María Céspedes, después de una polémica)

¿Qué azar inexorable, qué Fatum más impío
que el Fatum tenebroso del numen esquiliano
nos puso, frente a frente, las armas en la mano
y el corazón tremente de juventud y brío?

¿Cómo olvidar pudimos en nuestro desvarío
tú, el trovador glorioso y el adalid galano,
que tus saetas iban al pecho de tu hermano,
y yo que laceraba tu pecho, hermano mío?

Mas ya cesó la lucha y en nuestros corazones
fraternos, al discorde clamor de las pasiones
suceden alborozos y cantos de aleluya.

En mi alma, empero, hay algo más grande todavía
que el júbilo: el orgullo profundo de que un día
crucé en viril torneo mi espada con la tuya.

II

Mal puede en nuestros seres tener cabida el lodo
de las rencillas hondas y del rencor perverso;
¿qué importa que nuestro íntimo pensar sea diverso?
En la belleza Santa se reconcilia todo.

Artistas y poetas por diferente modo,
nos une, sin embargo, la religión del Verso,
y en este siglo, al arte y a la canción adverso,
por la canción y el arte luchamos codo a codo.

Así somos hermanos en el cantar divino,
bien que yo sea el pobre felibre trashumante
y tú el apolonida de numen peregrino,

que doma el verso en toda su prodigiosa escala
y que no sólo tiene los rayos del Tonante
sino también el pomo de nardo de Magdala.

LA ULTIMA PAGINA

¿Un verso, aun indeciso, con su canción te embruja
como el ave del cuento al monje embelesado?
Oyelo, mas no apreses al peregrino alado:
se deshará el encanto como sutil burbuja.

La mano avara y torpe del artífice estruja
las alas que semejan un prisma delicado,
y queda el huésped lírico sobre el papel clavado
como una mariposa que atravesó una aguja.

Déjalo con su encanto llenar los infinitos
abismos estrellados de tu melancolía:
los versos más hermosos jamás fueron escritos.

Sobre el infausto Gólgota del libro, acongojada
y en oblación sin gloria, la Santa Poesía
—dulce víctima incruenta— muere crucificada.

EDUARDO CASTILLO.

Docencia Magna

Enseñanza de la filosofía de la vida fundada en la psicognosia

> **"El hombre ya no existe. Los que hoy se llaman hombres... no lo son sino en mínimas partes. Todos están mutilados, todos están truncos. Los que tienen ojos, no tienen oídos; los que ostentan dilatado el arco de la frente, muestran hundida la bóveda del pecho; los que tienen fuerza de pensar, no tienen fuerza de querer. Son despojos de hombre, son vísceras emancipadas.**
>
> **RODO.**

La guerra que ha terminado, entre los muchos beneficios que ha hecho a la humanidad—que compensan con creces los daños causados, ya que más gente muere, en igualdad de tiempo, sólo porque los hombres no han querido aplicar a la práctica y en la debida forma las nociones de previsión sólidamente establecidas por la ciencia—entre los muchos beneficios de la guerra, decía, dos hay de invalorable significado prospectivo, a saber: la adquisición de la conciencia de capacidad de organización social deliberada y la apreciación del verdadero valor de la educación y, por ende, de la necesidad de su reforma. En efecto, antes de la guerra, nadie habría osado pensar que todas las instituciones de un Estado podían transmutar casi instantáneamente toda su organización, para adaptarla a un fin totalmente nuevo; sin la guerra, también, nadie se habría atrevido a considerar el sistema de educación en vigencia como una institución malthusianista, y del más grave malthusianismo, el del espíritu.

La base, lo decisivo de un sistema educativo, es su orientación, su finalidad. Los actuales fracasan porque carecen de or-

ganización, sea por falta absoluta de finalidad, sea por no tenerla humana. Sin un fin esencialmente humano, la educación no puede llenar sus requisitos fundamentales, cuales son: desarrollar la mentalidad, formar el carácter y hacer conocer la realidad cósmica y la social.

Felizmente, gracias a la mentalidad plasmada por la guerra, se ha visto, con el horror que merecen, los vicios de orientación dentro de cuyos extremos oscila la inspiración de quienes pilotean la instrucción pública, es decir, el craso utilitarismo, hijo de cerebros ayunos de cultura humanista, y el vacuo palabrismo, propio de gentes sin nociones científicas: dos tipos—más frecuente el segundo—de hombre público y de pedagogo, que son producto natural de esos mismos métodos aberrantes, que, siguiendo el fatal círculo vicioso, acentúan sus defectos iniciales.

Urge la reforma radical de la educación, porque el tipo humano de hoy tiene caracteres mentales que son una amenaza para el porvenir. En realidad, no sólo son por demás incompletos los individuos del presente, en particular desde el punto de vista de la personalidad y de la conducta, como bien lo expresó Rodó en las frases del epígrafe, sino que, además, son enemigos, voluntarios o involuntarios, del saber; filisteos casi por instinto, y daltónicos de espíritu, por la misma limitación de su latitud intelectual: parece que hubiesen tomado como credo fundamental aquel dicho de Browning: *"Mind is nothing but disease, and natural health is ignorance"*. Una educación sin rumbo y una cultura sesquipedal, son causas de que los hombres no sean hombres sino hambres, sedes, fiebres y apetitos andando, como dijera Emerson—quien reconoció que la ignorancia es más calamitosa que el homicidio.

Por otra parte, toda reforma de la educación, para que sea profícua, ha de basarse en la psicología. Hoy que el estudio de las funciones mentales y su evolución ha progresado tánto, y que existe una técnica eficaz para la construcción de la personalidad y la dirección de la conducta humana, hoy no es concebible la pedagogía sino bajo el contralor de las ciencias psicológicas. Sin su conocimiento no se puede favorecer la atrofia de los residuos hereditarios, nocivos al individuo y a la sociedad, ni fomentar la formación de nuevos resortes mentales que condicionen valores morales superiores y dotados de estabilidad. La ley suprema de la higiene mental es estimular, con determinada medida y en señaladas condiciones, todas y cada una de las funciones vitales y psíquicas del sujeto: ¿Está esto al al-

cance de los maestros de escuela que hoy se acuñan? La respuesta la da elocuentemente el hecho de no encontrarse ya hombres integrales, sino entes monstruosamente incompletos o deformados.

Para realizar la tarea educativa que venga a ser verdaderamente regeneradora, es necesario, además de hacer de cada maestro un profesional de las disciplinas psicológicas indispensables a su labor—pues él tiene en sus manos ese formidable haz de fuerzas vivas llamado niño, que, según el modo como lo trate, es, desde el punto de vista prospectivo, un haz de promesas o un haz de amenazas—además de eso, decía, es necesario la intervención, en el campo de la escuela, de dos nuevos tipos de cultor de almas: el médico psicólogo y el filósofo pedagogo. El primero, que no se identifica con el alienista, pues éste se ocupa solamente de las mentes desequilibradas o en ruinas, sino que es profundamente conocedor y diestro orientador del alma humana, capaz de mejorar el equilibrio mental y la eficiencia psíquica de cualquier sujeto, por normal que sea, pues siempre le puede aproximar algo arquetipo ideal de eupsiquismo—el médico psicólogo, pues, para ocuparse principalmente de la adaptación afectiva del sujeto a la vida, destruyendo *in statu nascendi* los conflictos psíquicos generados al contacto del niño con el mundo, los cuales son factores decisivos para su porvenir, pues lo que de ellos queda en la mente, encarna los obstáculos de más tarde en el camino del ideal a la acción, y sublimando las proclividades innatas, por conversión de los valores egoístico-sensuales en idealístico-sociales. El filósofo pedagogo, por otra parte, para ocuparse fundamentalmente de la formación de una superestructura ideológica que, adaptándose a los intereses y aspiraciones peculiares al individuo de la época, le dote de una personalidad intelectual de tal índole, que sea a la vez órgano de la harmonía subjetiva y venero inagotable de recursos para inspirar la conducta más noble y constructiva en todas las emergencias de la vida cotidiana.

En esta ocasión no tomaré en cuenta sino la misión del filósofo pedagogo.

Es un hecho, probado hoy hasta la evidencia por la psicología individual, que el espíritu del individuo, desde la más tierna infancia, tiende vigorosamente hacia el porvenir, sobre la defectuosa intuición del cual edifica puentes ideológicos, es decir, principios autógenos de dirección o ficciones que se pueden llamar pragmáticas, y, adaptado a ellas, elabora un *yo* ideal,

un verdadero *Doppelgaenger*, amasado de aspiraciones; en otros términos, con una precocidad, hasta hace poco insospechada, que parece inverosímil, el individuo necesita de un sistema filosófico para adaptarse a la vida.

Según esto, nada más sabio que aportar al niño elementos para que esa filosofía, que ha de ser su destino, no descanse en visiones parciales o engañosas del mundo y del *yo*, y no tienda hacia fines en desarmonía con los altos intereses humanos. Pero surge una cuestión: ¿De dónde sacar estos elementos para la integración de la filosofía de la vida? Su solución, afortunadamente, es factible. No en vano ha tenido la humanidad, desde remotos tiempos, grandes conocedores de la propia naturaleza, vale decir, poderosos faros cuya luz permite orientarse en el océano de la vida. El pensamiento de profetas, moralistas, filósofos y poetas, que constituye esa "literatura eterna", que dijera Taine, de cuyos tesoros, hasta hoy, la humanidad no ha sabido aprovechar: tal será la fuente de recursos que, convenientemente adaptada, suministrará al niño y al jóven el capital precioso con que iniciar el gran negocio de hacerse una vida superior. Así, la obra de Cristo, Lao-Tse, Heráclito, Eurípides, Platón, Horacio, Séneca, Plutarco, Sankara, Montaigne, Shakespeare, Goethe, Nietzsche y dos docenas más de genios de talla aproximada, reinterpretada conforme a las aspiraciones y condiciones del presente, sería incorporada a la personalidad como fermento psico-ético, esencialmente dinámico; y no ya como mero tema de estériles discusiones académicas, cuando no de vana ostentación pedantesca. Los secretos que esos agudísimos observadores del comportamiento y del fondo humano arrancaron penosamente a la vida, y que formularon en conceptos de permanente oportunidad, serían recién debidamente aplicados a ella misma: las magnas ideas se trasformarían en poderosos agentes funcionales, en fuerzas creadoras de superhumanidad. Sin duda columbrando este modo de aprovechamiento de las ideas es que Kant escribió a Mendelssohn que "el bien verdadero y durable del género humano está ligado a la metafísica".

La civilización, por la falsa ruta que ha seguido en los últimos tiempos, ha alejado al hombre de su vida, de su verdadera vida: él es hoy *dishumano,* demasiado *dishumano*. La complejidad desmesurada de la vida exterior y el desarrollo vivaz de las instituciones civiles, han tenido por consecuencia ir dejando cada vez menos posibilidades de diferenciación y de espontaneidad al *yo* íntimo. Estos mismos factores sociales, en su

progreso, con desmedro de los verdaderos intereses del hombre, han tenido otra consecuencia de igual naturaleza—que quizás en el fondo es la misma cosa—,cual es, desorbitar la conciencia del sentido de la vida: la tiranía del industrialismo, del maquinismo, de la tecnología ha tendido a desplazarla hacia el centro de atracción del dominio económico, enteramente artificial y desprovisto en absoluto de significado genuinamente humano. La Circe del confort ha convertido al rey de la creación en casi nada más que comerciante. ¡Oh nefasto poder del dinero! Razón tuvieron los perspicaces babilonios para llamar a éste "estiercol del infierno".

El único modo de salir de este mal camino, que no sólo acabará por conducirnos a la ruina, pues su pendiente fatal lleva a la disolución de todo lo que puede hacer tolerable la institución social, si que también alejará cada vez más al individuo de la posibilidad de ser dichoso, pues el género de existencia que condiciona hace que sea cierto que cuando el hombre no tiene motivo de sentirse desgraciado, cause la desgracia, como expresa el clásico verso:

"Da er kein Elend hat, so will er Elend machen"

—el único modo de salir de éste mal camino, decía, es hacer de cada niño que se educa un filósofo preparado para seguir mejores vías.

He dicho ya de qué clase ha de ser esta filosofía propedéutica, cuyo fin, en vez de una hermetización dogmática del pensamiento, como prácticamente lo es en la enseñanza de naturaleza medioeval que todavía prevalece, ha de ser un instrumento de liberación y ampliación del espíritu, desplegándolo hasta su límite extremo. En vez de voluptuosa contemplación intelectualista, que priva de su activismo a la voluntad, ha de ser pragmatismo constructivo, estimulante específico de las fuerzas expansivas del sujeto. Según el criterio que preconizo, la filosofía de la experiencia de la vida humana, no utilizará, pues, el pensamiento genial como mero objeto de conocimiento, de admiración ataráxica o de culto fetiquista, sino como fuente de motivos dinámicos para la configuración de una personalidad íntima que dote al carácter de fibras de resistencia y al espíritu de voluntad de crecimiento; como sugeridor de esquemas de aprovechamiento artístico de la existencia y de táctica en la conquista de la aptitud para la felicidad: en una palabra, la filosofía de la vi-

da, enseñada como es debido, será capaz de convertirse, en tanto que asimilación subjetiva, en el supremo poder de crearse fines y de crearse medios para hacer más noble, bella y útil la existencia.

La filosofía de la vida, así orientada, es, según mi concepto, lo único capaz de hacer que el hombre vuelva a ser hombre, y ya hombre superior, o sea: integral, eupsíquico, *omnibiótico* y *antropotécnico;* en otros términos, que tenga una organización mental completamente desarrollada en todos los aspectos del interés y del desinterés humanos, al mismo tiempo que harmoniosamente jerarquizada gracias a la hegemonía espontánea de los valores elevados; que, en correspondencia con esta organización mental, lleve una vida que realice y ejercite con vigor todos los ideales y todas las necesidades que hacen del hombre un ser noble y un animal lozano, digno del dominio del futuro.

Se argüirá, tal vez, que la educación así instituída sería ruinosa para la moral del renunciamiento, de la anulación del *yo*, pues favorece la autoestimación: ello, en cierto modo, es verdad; pero esta forma superior del natural egoísmo es la base necesaria para una moralidad inteligente y verdaderamente estable: gracias a ella el individuo tiende a ser el artífice de su personalidad, y por ende, a que sea una obra grande, pues hará sustituír en su escala de valores los halagos de la utilidad inferior por las compensaciones de la espiritualidad estoica—quintaesencias, tal vez, del egoísmo orgulloso y arrogante, cuando nó producto indirecto de un misticismo paleogénico—, soberanía que implica una atmósfera interior de conciencia de la propia dignidad, propicia al heroísmo en lo pequeño como en lo grande. Por lo demás, toda ética opuesta al respeto de sí mismo, es una superfetación *contra natura*, que pronto o tarde degenera en hipocresía. (1)

---

(1).—Lo que en otra ocasión he dicho refiriéndome a la necesidad de que la escala de valores subjetivos esté en concordancia con el conocimiento científico de la realidad exterior, también se puede aplicar a la necesidad de que tal escala concuerde con la realidad de la constitución egocéntrica del mundo interior: "Si los ideales que forman la superestructura no son incompatibles con la realidad, y si, por el contrario, se alimentan de ella, alcanza entonces la personalidad moral una amplitud de horizonte y una elevación de tal grandeza, como no puede alcanzar cuando está emparedada por prejuicios: únicamente por esa vía llega al más arriba del interés, cumbre suprema de la aristocracia y

La cuestión práctica de la docencia magna tiene tres aspectos, a saber:

a).—La extracción del tesoro ideológico y su organización, de suerte que—gradualmente y basada en las necesidades, disposiciones y afinidades de cada período del desarrollo mental y moral del sujeto, que ha revelado el psicoanálisis,.—la organización del tesoro ideológico de suerte que sea un estímulo oportuno para que el educando tome conciencia de los problemas humanos milenarios y de los mejores modos de solucionarlos. En esta tarea deben colaborar el filósofo ,el psicógnosta, el pedagogo y el erudito.

b).—La preparación de quienes han de ejercer el elevadísimo magisterio, la docencia magna, de cuya habilidad dependerá en buena parte que haga de los escolares, nó eruditos o ergotistas, sino hombres de visión y de acción.

c).—La iniciación y la duración de la docencia magna; cuestión que no tiene dificultades, pues, por su misma naturaleza, debe comenzar con el primer año de instrucción primaria y terminar con el último de cultura universitaria. Sólo con una acción incesante e intensiva se puede conseguir de un alma que desarrolle hasta su máxima plenitud lo que en ella es apenas virtual o ambivalente, y que oblitere sus proclividades connatas.

El segundo aspecto de la cuestión, *b*), es el verdaderamente difícil, pues la instrucción unilateral y *dishumana* de hoy no puede formar sujetos con las aptitudes ni mucho menos con la preparación para ese magisterio: el problema es, pues, formar la primera generación de filósofos pedagogos. La nueva enseñanza, por estas limitaciones, tiene que comenzar en muy pequeña escala, posiblemente en un sólo instituto. Toda iniciación tiene dificultades que vencer y peligros que salvar: a costa de grandes esfuerzos y de grandes sacrificios es posible llegar a formar el tipo necesario, aunque sea después de muchas tentativas infructuosas. Y ¿qué significan todos los más dolorosos fracasos que pueda sufrir el hombre con el intento de mejorar al hombre, si llega a conseguirlo, aunque sea en grado mínimo? ¿Hay, acaso, algún otro objetivo más grandioso y más digno de abnega-

pureza espiritual. Una moral es tanto más noble cuanto mayor es su contenido de verdades".—HONORIO F. DELGADO: "La mentalidad místico-romántica y la filosofía científica". Revista de Filosofía (Buenos Aires), Julio 1918, p. 84.

ción heroica que salvar al hijo del hombre? ¡Nada significarían todos los trabajos e insucesos posibles en la prosecución de esta idea de la docencia magna, ya que ella colocaría a la especie en el camino hacia el verdadero superhombre!

Permítaseme ahora poner este proyecto a cubierto de las objeciones de los filisteos. Los antropólogos afirman, con razón, que los salvajes, a fuerza de empeñarse en ser prácticos, son los seres menos prácticos del mundo. Me parece que esto es verdad también para muchísimas gentes que por su apariencia y por alguna otra cosa se les considera como no salvajes. En efecto, por doquier tocamos con personas que sólo creen práctico aquello cuyas consecuencias útiles son ostensibles dentro del limitadísimo campo visual de su miope inteligencia. Por desgracia, lo verdaderamente práctico, lo soberana y humanamente práctico no puede abarcarse en el menguado campo visual de los zafios. Lo práctico *terre á terre,* con frecuencia, a la larga es más dañino que beneficioso. Si el hombre no hubiera sido capaz de otro practicismo que del inmediato, no habría pasado de la edad de piedra. Los grandes promotores del progreso son más bien aquellos que desprecian la pequeña ventaja del momento por conquistar una inmensa y durable, pues ellos sòlos saben descriminar lo accidental de lo permanente.

Si la docencia magna no resulta más que una utopía, será por que el hombre que la juzga no está a la altura de los problemas y de la cultura de su época; y si no se lleva a la práctica, será sencillamente porque las gentes de progreso no son las gentes del poder. La superioridad incontestable que la civilización confiere al hombre, es el saber, y su poder decisivo es tomar éste como medio, como instrumento de progreso: Un país vale tanto más cuanto mayor es su aprecio por la cultura y, sobre todo, cuanto más grande es su coeficiente de utilización del saber. Alemania alcanzó el primer lugar entre las naciones porque incorporó intensamente en la práctica el truismo: *durch Kennen zum Koennen.* Cuando veo que la gran mayoría de los hombres permanece indiferente al imperativo categórico del saber, hallo justificada la *boutade* de Rudyard Kipling: hablando de unas focas que no hacían más que pelear estérilmente, dice el gran poeta: *"for they were just as stupid and unaccomodating as men."*

HONORIO F. DELGADO.

La voluntad creadora

A propósito de una parábola de Rodó.—

Leí hace tiempo, con sin igual deleite y contracción, "Motivos de Proteo", de José Enrique Rodó. Obra maravillosa por la armonía y ática pureza del estilo, lo es más aún, por el sábio credo de vida que proclama. Jamás me produjo un libro, impresión tan fuerte y perdurable, ni tan altísimo provecho. "Motivos de Proteo" es un himno entonado a la voluntad triunfadora, a la vida que se afirma con plenitud y se renueva a través de creaciones radiantes y perennes; es el elogio del hombre fuerte que, sabedor de su dignidad espiritual, se produce con audacia, se encumbra en la lucha, y triunfa por afirmaciones constantes de su personalidad. Es, en suma, la moral-estética de la fuerza libre y armoniosa, edificada en torno de un valor esencial: la voluntad.

Suprimid la voluntad, y la vida se extingue en sus más ricas calidades. Perdido su íntimo sentido moral y su belleza dinámica, sólo podrá brindar al observador intuitivo y sagaz, los atributos de la materia indiferente. Es la inquietud de renovación, el ansia inaplacable de ser siempre mejor bajo la sugestión irresistible del ideal, lo que da significación a una vida. "Renovarse es vivir", porque la vida sin mutaciones, inquietudes y progresos, no vale la pena de vivirse. Bien está que el bruto, sometido al tremendo rigor de las leyes naturales, consuma sus fuerzas en el rutinario proceso de una vida simple. Pero no es compatible con la superior dignidad del hombre, conformarse a una situación tan apocada. Por eso, cuantos tuvieron aptitud para comprender la sustantiva finalidad creadora de la vida opusieron a la *vida que se deja vivir, la vida que debe vivirse,* y vibraron, con profundo dolor, ante el prosaísmo miserable de

las existencias que discurren monótonas y homogéneas, como si un *fatum* todopoderoso las obligase a cruzar un sendero ya trazado por ajeno designio. Y enseñaron, en cambio, el optimismo del esfuerzo incesante y creador, que fortifica y exalta.

Sólo cuando el hombre sufre el contagio de estas nobles lecciones dictadas por la experiencia de los fuertes, puede obtener la clarovidencia de su valor y de su fin. Más para esto es necesario unir a la obra fecunda de los buenos consejos, la experimentación personal. No se forja una voluntad dentro de una brillante ideología, sino en un campo de lucha. Es indispensable buscar salida a la iniciativa que se incuba, abrir un cauce al impulso que pugna por estallar en irradiaciones de energía; y luego, adquirir la virtud de la perseverancia. No es un volitivo, el hombre de los raudos impulsos iniciales, ni el de las acometidas fulminantes; éstos se agotan en el exordio de la acción, y desfallecen ante le perspectiva de unos cuantos tropiezos. El volitivo de verdad posée la energía habitual de la realización; hace de las ideas, fuerzas, y de las fuerzas, instrumentos formidables para llegar al fin. Y he aquí, por qué *debe aprenderse a mortificar la voluntad,* a sufrir limitaciones y martirios libremente impuestos, para saber sufrirlos cuando la vida, sin nuestra anuencia, los impone. Es preciso tener la certeza de que nuestros actos no pueden desplazarse con la simplicidad geométrica de una línea recta, porque la senda de los hombres no es plano inclinado de superficie suave, sino camino tortuoso, sembrado de tapujos que han de robar energía, y erizado de espinas que han de abrir heridas. Pero también debe convenirse en que todo ésto es necesario, porque la *victoria fácil es la simple aprehensión de algo que por sí sólo se brinda* y deja insatisfecho el espíritu, como el amor de las mujeres en una hora conquistado. Triunfos de ésta clase, no producen goces inefables ni educan el espíritu. Lanzarse a la vida sabiendo que la lucha es dura, que el obstáculo es axiomático y que en la enorme concurrencia de apetitos humanos, surge y se eleva el de más vigorosa voluntad de persistencia ¡tal es la leyenda con que los buenos y los fuertes deben suscribir todas sus empresas!. Y es sólo de este modo que la voluntad se endurece y agiganta, que el espíritu se multiplica y crea, resolviendo sus maravillas de ideación y de sentimiento, en hechos y producciones de consistencia vigorosa.

¿Qué significación puede tener, dentro de éstas ideas, la quietud contemplativa de los pesimistas y de los abúlicos? La

apatía del estoico o la ataraxia del epicúreo, son posiciones falsas, excesivamente femeninas, del hombre en la existencia. Quien renuncia a intervenir en el concurso de fuerzas de la vida, por temor a la batalla inminente o por la perspectiva de una derrota posible, pone a su espíritu el más denigrante de los frenos. No jugar por el miedo a perder es tan intonso, como hacerlo con la confianza ciega de ganar. Si justamente es necesario hacer audaces apuestas en la gran aventura de la vida, y aún perder, para templar la voluntad en el fracaso y avivar la fé en las caídas, como se enseña en el precioso mito helénico de Anteo: porque el triunfo perpetuo engríe y envanece, y no permite extraer de las derrotas dignas, la enseñanza moral que ellas contienen. Necia es, pues, la actitud de aquellos hombres que entierran su sueño y se juzgan aplastados, porque sufrieron un fracaso. Nadie ha conquistado el derecho a las victorias perpétuas, pero tampoco a las derrotas sistemáticas. En esta aleatoria conquista del porvenir que encierra para cada hombre su hermoso vellocino, es, precisamente, *aquella eterna vacilación del futuro*, lo que permite situar toda esperanza con igual derecho.

Destruído un ideal, es preciso creear otro para seguir viviendo; porque sin la perspectiva idealista y tonificante de la esperanza y de la fé en el pujante esfuerzo, va enfriándose el amor por la vida y surgiendo aquel escepticismo malsano que amarga y ennegrece el espíritu. Sólo los débiles, los que por fanatismo religioso, como el yogui indostánico, o por insana manía de tristeza, viven sintiendo el imperio de una extraña fatalidad, se agotan en la apatía soñadora y estéril y renuncian, sin reservas, a todo nuevo esfuerzo. Estos espíritus que se marchitan al primer derrumbe y se doblegan con resignación silenciosa, cual ramas finísimas que quiebra el viento, forman en la vida la masa de vencidos. Todos ellos, abúlicos por herencia o por educación, son *"muertos que andan"*, según la frase pintoresca y rotunda del poeta uruguayo; y, por eso, quedan al márgen de la vida, limitados al triste papel de contemplar el desfile estruendoso de la humana cabalgata que forman los activos, los luchadores, los que buscan el camino del ideal con resolución e inextinguible dosis de voluntad creadora.

Es preciso modelar el espíritu desde sus primeras vibraciones, en esta amplia y noble escuela de la vida, abierta para todos los que tienen hambre y sed de verdad y de victoria. Es preciso aprender a ser fuertes, asimilando las lecciones sabias y

profundas de los grandes maestros de energía que como James, Mardens, Rodó y tántos otros, han escrito el evangelio de la fuerza espiritual, siempre renovadora y constructiva, que rompiendo los linderos de la materia, se expande en irradiaciones de bondad, de sabiduría y de belleza.

José Enrique Rodó, ha condensado esta doctrina, maravillosamente, en una parábola notable: la *pampa de granito*. He aquí, condensada, su estructura.

En una inmensa pampa de granito, desolada y estéril, se yergue altivo, con la mirada imperiosa y el gesto duro del resuelto, un viejo de aspecto miserable A sus plantas aparecen tres niños escuálidos, débiles y jeremíacos. El anciano anida el pensamiento atrevido de fecundar la pampa; posée una simiente, pero le faltan instrumentos para horadar el suelo, tierra para cubrir la fosa y agua para irrigarla. Entonces, sin doblegarse ante tamaño obstáculo, coge a uno de los niños por las piernas y, contra toda resistencia, le ordena y le obliga a roer el suelo. Largo tiempo empleó el niño en conseguir su objeto; más al fin, la fosa estuvo abierta. En la cavidad, arrojó el anciano la semilla. Pero, era indispensable colmarla de tierra, y tomó al segundo de los niños, rehacio como el primero a todo esfuerzo, y separando con fuerza sus mandíbulas, lo puso boqui-abierto, en sentido contrario al de los vientos, para que éstos depositaran en su boca los átomos de tierra que arrastraban; y el niño escupía periódicamente la tierra reunida hasta que la fosa fué llena. Faltaba agua, por fin, y asiendo al tercer niño, le quebrantó un brazo para que llorara, y gruesas lágrimas cayeron de sus ojos, y regaron la tierra. Transcurrieron los años y un arbusto de alta y frondosa copa se levantó en aquella fosa. Los niños y el anciano, tuvieron desde entonces, sombra protectora, frutos que comer y jugos para aplacar la sed ardiente. Y así se hizo fecunda aquella inmensa y desolada pampa de granito.

¿La interpretación?

Aquel viejo inflexible y enérgico, simboliza la voluntad disciplinada; y aquellos niños, los apetitos humanos, insubordinados y caprichosos, pero susceptibles de utilización maravillosa cuando se les somete al imperio de un carácter férreo. Se enseña en esta parábola cómo una voluntad poderosa, quiebra todas las resistencias que coactan la expansión creadora de la vida, y termina por afirmarse vencedora.

HUMBERTO BORJA G. y URRUTIA.

Sonetos

ESPERO LA VISITA

Espero la visita de una dama enlutada.
Nunca he visto su rostro,pero lo he presentido
cuando en las negras horas de la noche callada
se acerca hasta mi lecho creyéndome dormido.

La peregrina dama tiene muchos amantes,
aunque a ninguno de ellos jamás dió desengaño.
Su boca es para todas las bocas anhelantes
y a todos da cabida su corazón extraño.

Me dicen que su espíritu complicado y profundo
recoge avaramente con nuestras alegrías,
como en un vaso inmenso, las lágrimas del mundo;

que satisface todos nuestros locos excesos,
con sus caricias raras y con sus manos frías......
¡Si es cierto, he de saberlo cuando me dé sus besos!

FLOR DE LOS TRISTES

Ante aquella hornacina, donde viejos abuelos
abrían en las horas graves los corazones,
a la manera de una floración de los cielos,
medraron como rosas de fé mis ilusiones.

Allí desbordó el alma sus primeras unciones,
dulce Vírgen María, de los días risueños;
cuando recompensabas mis blancas oraciones
poniendo tus estrellas de paz sobre mis sueños...

Yo quisiera volver nuevamente a creer;
aprender a esperar lo que nunca ha de ser,
y confiarte mi cuita, y rendir mis anhelos,

y decirte las cosas de mi melancolía,
ante aquella hornacina de los viejos abuelos,
a Tí, Flor de los tristes, suave Virgen María.

LUIS A. RIVERO.

1919.

Leyendas Guaraníes

MBOPI-GUAZU

(*EL VAMPIRO*.)

I

Era *Yaguareté* (1) un cacique temido por su tribu, y más temido aún por las tribus enemigas. Su crueldad no tenía límites: por eso a muchos soles de distancia se le conocía con el mote de "el tigre". Esto no obstante, su predominio entre la indiada aumentaba incesantemente, pues la victoria era su compañera inseparable, y allí donde *Yaguareté* se presentaba con sus huestes feroces, rodaban las cabezas enemigas por centenares, sin que hubiera piedad ni aun para las mujeres y los niños indefensos.

Sentía el salvaje la obsesión de la sangre. Verla correr sobre la verde grama de los campos, después de la pelea, era para él un deleite supremo. En esas horas trágicas sus mismos parciales temblaban al acercársele, temiendo ser víctimas del vértigo rojo del cacique.

II

Decíase de *Yaguareté* que no era hijo de mujer. Corría una conseja entre los infieles, singular y portentosa. Se contaba que el caudillo fué hallado, a poco de nacer, en el hueco de un

(1).—"Yaguareté".—Guaraní: tigre.

añejo tronco de *ombú* (1), y que le dieron a luz con dientes y que, de su garganta, en vez de lloros, partían agudos silbos y chirridos que hacían estremecer de pavor a las personas que le rodeaban. Se añadía que la carne humana era su manjar apetecido, y que sacrificaba tiernas criaturas para devorar sus entrañas en canibalescos y horrendos festines.

En fin, las tradiciones que acerca de *Yaguareté* corrían de boca entre sus hombres de guerra, y a muchas jornadas de distancia de su comarca, le pintaban como un monstruo que tenía tanto de hombre como de fiera y del cual era preciso precaverse, sobre todo en sus días sombríos, que eran los más del año.

III

La ruda lucha había llegado a su término. Vencido y disperso el enemigo, *Yaguareté* dirigía el reparto del botín entre los suyos, señalando para sí, como lo hacía de costumbre, la parte principal de lo cogido. La escena se desarrollaba en medio de una selva, en plena noche y a la luz de las fogatas del vivac. Armas, mantas, pieles de venado y de jaguar, plumas de variados colores vituallas y mujeres y niños cautivos, constituían el despojo hecho en la jornada a la tribu derrotada y fugitiva.

Entre los prisioneros todavía respetados por la bárbara horda triunfadora, hallábase un cacique *tupí* con su familia: la mujer y tres hijos de tierna edad. Estos lloraban amargamente, abrazándose a las rodillas de la madre. El cautivo, en cambio, fuerte de ánimo, miraba con altivez a sus enemigos, erguido en medio del grupo formado por su consternada compañera y los niños.

Era la prisionera una joven de extraordinaria belleza, realzada ésta por los vistosos atavíos que adornaban su cuerpo esbelto. Vestía un faldellín de algodón de vivos colores, llevaba ajorcas de plumas de colibrí y ceñía su cabeza con una polícroma diadema de hermosas gemas del nativo suelo.

También ella lloraba, presintiendo las crueldades del vencedor inexorable.

Concluído el reparto del botín, dirigióse *Yaguareté* al sitio donde se hallaba el cacique *tupí*, y después de lanzar a éste una

---

(1).—"Ombú".—Arbol indígena de los países que forman la cuenca del Plata.

siniestra mirada, preñada de amenazas, prorumpió con terrible acento:

¡Por fin te tengo en mi poder, despreciable *tupí*! y ni el mismísimo *añá* (1) va a librarte del suplicio que te preparo. ¿Ves ese gran hoyo que mis fieles soldados están cavando? En él serás arrojado, junto con tus hijos, cuando se encienda la hoguera más inmensa que habrán alimentado los leños de este bosque. Y eso no es todo ¡canalla!—agregó el diabólico cacique,— a fin de que tu muerte sea más espantosa, quiero que sepas de antemano que tu mujer, que hago desde ahora mi esclava, va a presenciar tu agonía......

Dicho esto, y lanzando una satánica carcajada, volvió el jefe guaraní la espalda al prisionero y encaminóse al centro del vivac.

V

Llamas rojas, azules y violáceas se elevaban a una altura mayor que la de los más gigantescos árboles de la floresta centenaria. Se habían talado troncos corpulentos para abrir brecha y dejar un espacio libre destinado al suplicio de los prisioneros *tupís.*

La chusma salvaje, con su jefe al frente, rodeaba a aquéllos, dirigiéndoles los postreros apóstrofes injuriosos.

El *tupí,* impávido y desafiando con mirada plena de desprecio a sus ruines enemigos, escuchaba los cobardes insultos sin mover los labios: mientras su compañera sollozaba, estrechando sus hijos contra su pecho, presa de la más honda desesperación.

El valor sin igual del cautivo puso fuera de sí a *Yaguareté,* quien en un impulso de despecho y de furor, azotó con el arco de su flecha el rostro hasta entonces sereno de aquél. La sangrienta y cobarde afrenta hizo temblar de coraje al *tupí.*

—¡Vil!, exclamó, escupiendo a su verdugo.

Iracundo *Yaguareté* lanzó una interjección soez y dió una orden breve, imperativa, a su chusma que rápida se abalanzó sobre el tupí, arrancando al mismo tiempo a los niños del regazo de la madre.

Fué obra de segundos. Las llamas voraces envolvieron los cuatro cuerpos sin dar tiempo a las víctimas para arrancar de sus pechos un lamento. La indiada feroz dió un alarido espan-

(1).—"Añá".—Guaraní: el demonio.

toso. El tigre de la selva arrastró por los cabellos a la hermosa tupí y la llevó junto al borde de la hoguera, donde convulsos se revolvían aún los cuerpos de las víctimas.

—Quiero que veas,—díjola con saña horrenda,—cómo se venga tu nuevo dueño de las personas que odia...

No pudo continuar. Aquella esposa y madre enloquecida por el dolor, sacó fuerzas hercúleas de su flaqueza, y empujando con rara pujanza al malvado, lo precipitó en medio de las llamas.

Con los ojos inmensamente abiertos, los brazos levantados, la voz vibrante y profético el acento, lanzó la india una imprecación formidable, ante los sobrecogidos parciales del cacique:

—¡Monstruo de maldad sin igual en la tierra, que *Añá* (1) te haga renacer de tus cenizas y te convierta en animal repugnante y horroroso, que viva entre sangre por toda la eternidad!.. ¡Qué la luz del día te rechace de su lado y sólo reines en la tiniebla, junto con los espíritus que rondan en torno de las tumbas malditas!

VI

Terminada la tremenda imprecación, la *tupí*, paso a paso, con imponente majestad, llevando siempre los brazos en alto, y la mirada hierática, penetró plácidamente en la hoguera para unirse con los suyos en idéntica muerte...............

....

Pero las llamas se apartaron a su paso sin rozarla, y su silueta se esfumó, poco a poco, cual si fuese un ser impalpable, de ensueño..................................

....

En el mismo instante sacudió la selva un trueno formidable, y, del centro de la hoguera, que se extinguió de súbito, surgió un extraño animal, de anchas alas membranosas y cuerpo negro y velludo. Dando raros y agudos chirridos acometió a la turba de gentiles, que huyó despavorida como si se hallara en presencia de un endriago.

(1).—"Añá".—Guaraní: el demonio.

VII

Y dice la conseja que, noche a noche, de la sepultura de cada réprobo se abre paso un horrendo vampiro, que retorna antes de despuntar el alba con el hocico sangriento y los ojos con brillo de carbúnculos. Agrega la leyenda que en la tierra que cubre esas tumbas no crece yerba alguna y que, si se depositan flores, se transforman, con las tinieblas, en abrojos.

VIII

Y así se viene realizando, a través de los tiempos, la terrible maldición.

LOS PUIHTA-YOVAI. (1)

I

Gran reunión de gentes se advertía en la aldea guaraní; y no tenían los indios el alegre continente de los días de expansión, sino al contrario, el aire mustio y apesadumbrado propio de los acontecimientos dolorosos. Y tal era, en efecto, el que congregaba allí a muchas centenas de hombres, de mujeres y de niños.

El patriarca de más edad de la comarca, el depositario de la ciencia y la tradición, el sacerdote y hechicero de los valientes *botocudos*, había muerto de manera inesperada por la noche, y su urna funeraria iba a ser conducida en ese momento al vecino cementerio.

Las "plañideras" lanzaban agudos lamentos desde el interior de la cabaña mortuoria, y las coreaban, afuera, las mujeres y los chicos. Los hombres hablaban entre ellos quedamente, taciturnos, preocupados...

---

(1).—"Puihta-yovái.—Indios de raza guaraní, que poseen la habilidad de despistar al que les persigue, dando determinadas forma al pie, en virtud de lo cual es imposible saber la dirección en que caminan. Habitan en el sur del Brasil; y se dice que en las selvas vírgenes del este del Paraguay hay también núcleos de esos indios que se han unido a los guayaquies.

La aldea estaba triste, y hasta el cielo parecía asociarse al duelo de los gentiles, cubriendo su puro azur con un manto de nubes aplomadas.

II

La gran urna de primorosa alfarería, adornada de simbólicos dibujos, acababa de ser sepultada en la colina de los muertos, y las personas que formaban el cortejo depositaban sobre la tumba piedras y guijarros.

Terminada la piadosa práctica, consagrada por larga y respetada tradición, el nuevo *abaré* (1) habló a la multitud y predijo la obligada e inminente desgracia:

—"La muerte de nuestro amado patriarca nos trae un grave infortunio. El enemigo de los *botocudos* se aproxima con un poderoso ejército que no podremos rechazar. Se halla muy cerca de nuestro poblado, según me lo acaban de comunicar los escuchas que teníamos en acecho. Hay que hacer, hermanos, el sacrificio doloroso de abandonar sin demora casas y haciendas. Id a hacer vuestros aprestos sin vacilar.

¡Temed al espíritu del difunto!" (2).

Concluída la breve e impresionante arenga, regresaron los gentiles en silencio a la aldea, donde cada cual reunió precipitadamente los objetos y armas indispensables para el largo viaje que era forzoso realizar.

Muy avanzada la noche llegaron otros escuchas, los cuales refirieron que numerosas fuerzas enemigas trataban de circundar la población. No había, pues, tiempo que perder. Toda la tribu se puso en movimiento y, poco después, iniciaba su éxodo desesperado a ignoradas y lejanas latitudes, oyendo a sus espaldas el alarido rabioso de las huestes invasoras burladas.

La marcha duró toda una luna (3), y fué penosa y dura. Cuando los *botocudos* acamparon definitivamente, se encontra-

(1).—"Guaraní" sacerdote; hechicero.

(2).—Los guaraníes creen en la supervivencia de los espíritus. Estos no abandonan el cuerpo después de la muerte de las personas, pues viven en sus cercanías por largo tiempo, rondando las casas y pueblos de los muertos. El espíritu es protector para los buenos y castiga inexorablemente a los malos.

(3).—Los guaraníes tienen el mes lunar y cuentan también los días por soles.

ban a enorme distancia de la abandonada terruca, y habían recorrido parajes donde ningún otro ser humano había pisado jamás.

III

Entre tanto ocurría una cosa extraordinaria en la indiada del malón. Sus avanzadas dieron pronto con las huellas de los fugitivos y las siguieron un día entero, al cabo del cual observaron estupefactos que se hallaban en el mismo sitio de partida.

Comunicaron el extraño caso al jefe principal de la tribu; se reunieron los ancianos; oyóse al *abaré;* se consultó la opinión de los más expertos y sagaces rastreadores,—y nadie fué capaz de hallar una explicación satisfactoria. Pero se convino en sgeuir las huellas estampadas en la tierra, de nuevo y con el mayor cuidado posible, encargándose de la delicada exploración todos los invasores.

Resuelto el punto, se organizó de inmediato una batida en regla, iniciándose la marcha a partir de las primeras señales dejadas por los *botocudos* a su salida de la aldea. Allí notaron que aquellas tomaban tres diferentes direcciones, por lo cual se acordó que los rastreadores, fraccionados a su vez en tres grupos, recorrerían por separado cada una de las series de huellas halladas.

Partieron los exploradores y caminaron todo un día, pero, con general contrariedad y sorpresa, se encontraron al término de la jornada, los tres grupos, en el preciso paraje donde habían comenzado la batida.

El caso era, por demás singular e inexplicable. Los rastreadores, profundamente heridos en su amor propio, experimentaban una rabia feroz. Se sentían dispuestos a no darse por vencidos y seguir con tenacidad la pista del enemigo hasta dar con su nuevo refugio, aunque tuvieran que inquirir durante toda la vida. De la misma manera pensaban los demás infieles. Y se reanudó la batida; y se repitió cien veces el encuentro de los grupos; y se produjeron nuevas escenas de despecho y de coraje; y un verdadero vértigo se apoderó de todos, hombres y mujeres, ancianos y niños.

Las huellas se hacían más confusas cada día, a causa de las pisadas de los exploradores, que se mezclaban con las dejadas por los del éxodo; y aquellos seguían recorriendo delirantes los mismos laberínticos senderos, cayendo exhaustos poco a

poco en el camino, hasta que, uno tras otro, fueron pagando con su vida el loco empeño de hallar el rastro verdadero de los indios perseguidos.

IV

Y agrega la conseja que, sintiendo cercana la muerte el anciano *abaré* de los *botocudos,* reunió a éstos en su remoto refugio, y les dijo así:

—"Ha llegado mi hora y voy a dejaros para siempre, pero antes os haré una importante revelación. Poseéis sin saberlo un don extraordinario y precioso, que el mismo espíritu que os castigó ha querido concederos: el de caminar sin que vuestros piés impriman la huella de la dirección que llevan.

"Abandonad este lugar tan luego me halláis enterrado y volved a vuestra aldea, que ya no hallaréis enemigos en el camino. Seguid sin desviaros la ruta que os marque *quarací,* (1) y al cabo de los días y las noches que contaréis en las semillas del *quipus* (2) que os entrego, vuestro viaje habrá terminado."

Sepultado el abaré, partió la indiada *botocuda,* siguiendo la ruta del sol. Día a día se separaba una nueva semilla del *quipus* y cuando se llegó a la última, un bosque de humanos esqueletos se presentó a la vista de los gentiles...

Más la macabra y repugnante visión, fué reemplazada en seguida por el panorama risueño de la aldea, bella y florida como antes, con las majadas pastando en los verdes prados lozanos y las chozas abiertas, cual esperando confiadas la vuelta de sus dueños.

Desde aquella fecha se conoce a este pueblo con el nombre de *puihta-yovái,* y sólo él posee entre los guaraníes el raro secreto de despistar al perseguidor.

Ha vuelto a ser temido y respetado, pués hace irrupción en los *toldos* de sorpresa, y, cuando se retira cargado de botín y de cautivas, nadie sabe dónde ha marchado, tal es el arte maravilloso que pone para desorientar con engañosos rastros.

ORIOL SOLE RODRIGUEZ.

---

(1).—"Quarací".—Guaraní: el sol.

(2).—Semillas de cayutero.

La cuestión de México

(¿Intervencionismo?)

Desde principios de Agosto viene siendo motivo de nuevas y no ligeras inquietudes la tirantez de relaciones entre los gobiernos de México y los Estados Unidos, ocasionada por ciertos incidentes, de dudoso carácter y significación, mal conocidos por el mundo hispano-americano a través de los cablegramas venidos de Norte América.

La materia no es para tratarse en una breve nota. En medio de las luchas de los poderes políticos y económicos hoy establecidos en el mundo y los factores sociales en conflicto, la cuestión mejicana es como un caos dentro de otro caos, si se nos permite la expresión. Nuestro punto de vista frente a las tendencias intervencionistas es de franca censura y perentoria condenación. Como miembros de un instituto de cultura de orientaciones liberales y modernas no podemos mirar con indiferencia los sórdidos esfuerzos y maquinaciones puestos en juego por los poderes arbitrarios, de toda especie, de una plutocracia preponderante, para desvirtuar y mixtificar la libre determinación de pueblos manifiestamente inclinados, como México, hacia el moderno democratismo, que no admite componendas ni contubernios con regímenes caducos y reaccionarios, ni aún en los países donde éstos ejercen, a despecho de la genuina voluntad popular, un rol de ilegítima y autoritaria soberanía.

Al lado de los Estados Unidos, la patria de Hidalgo aparece hoy como una democracia turbulenta, cuya formación social y étnica, cuya psicología colectiva, cuyas formas institucionales nuevas y cuya misma vitalidad indisciplinada y genialmente rebelde, envuelven ciertos peligros, muy graves a los ojos de los políticos, comerciantes y diplomáticos interesados por diversas

y obvias razones en el mantenimiento del orden actual de cosas, no sólo dentro de su país, sino fuera de él.—La corriente intervencionista norteamericana responde, pues, a inquietudes de clara filiación republicana, es decir, inspirada, fomentada y mantenida por el poderoso núcleo de políticos yanquis que, en oposición a las doctrinas y principios de alta liberalidad wilsoniana, preconizan una política de "reservas". "controles", "monopolios", "enmiendas", "intervenciones", "demostraciones" (de poder bélico) etc. política, en fin, egoísta, hegemónica, expansionista y, digámoslo de una vez, *política imperialista.*— Felizmente para todos los pueblos que no pertenecen al pequeño circulo de la "aristocracia internacional de los más fuertes" (1) esta política, que tan bien se compagina con el nefando militarismo, es hoy universalmente rechazada y execrada por todos los pueblos conscientes y civilizados, y los mismos Estados (órganos o instrumentos de oligarquías más o menos extendidas y arraigadas en la masa de las naciones), aunque recurren a ardides bastante conocidos para disimular sus designios, suelen ser impotentes para contrariar la voluntad de las grandes multitudes ciudadanas y arrostrar la censura ilustrada de las corporaciones y centros de cultura, órganos de publicidad y relevantes personalidades que combaten sin descanso semejantes farisaísmos, cuyas ambiciones megalómanas y cuya concupiscencia desenfrenada y sanguinaria no han sido abatidas por la contemplación del horrendo cataclismo europeo, ni parecen querer dejarse amilanar por las amenazas del maximalismo y bolcheviquismo universales, cuyos espectros ha tenido el cuidado de oponérselos Wilson (2). Encuentra, pues, el intervencionismo yanqui una fuerte y decidida oposición de parte de lo más sólido y representativo de la nacionalidad norteamericana. Tal vez allá, aunque parezca extraño, preocupe más a la opinión pública que en nuestros países de incorregible frivolidad política. Prueba

(1).—Alberto Elmore, *"Ensayo sobre la doctrina de Monroe".*

(2).—Entre otras muchas manifestaciones del verdadero sentir popular americano, que no es sino una expresión del sentir universal, puede señalarse el definitivo y trascendental acto de los laboristas (socialistas) yanquis consistente en la resolución adoptada por la Federación del Trabajo—que ya interviniera en anteriores emergencias con la nación mexicana, saludablemente—ratificando su solidaridad con la revolución rusa, y su protesta condenatoria de la política reaccionaria de la Entente.

de lo que decimos son los datos que enseguida consignamos.

1. Persiguiendo los intervencionistas, como uno de los medios de desquiciar el poder constituído en México (acusado, como veremos después, de representar tendencias anti-norteamericanas y hasta bolcheviquis) la retrotracción del reconocimiento de Carranza, he aquí las consideraciones que opone a tales intentos, en una nota editorial un periódico yanqui, "Springfield Republican", refiriéndose a Fletcher, embajador, como se sabe, del gobierno de Washington en México: "La retrotracción del reconocimiento del gobierno de Carranza sería, en su opinión, aumentar tan sólo el desórden, y no cree a ninguno de los caudillos rebeldes capaz de establecer un gobierno duradero. No puede decirse— añade el mencionado periódico—que las presentes condiciones de México sean peores que en muchas partes de Europa, y mientras la guerra mundial no cese en algún grado, México no debe ser juzgado muy severamente por participar de la fermentación general (*general ferment*).— Las dos observaciones que contiene el fragmento citado son exactas, pues sólo la mala fe, o la deliberada intención de intensificar el mal que se aparenta contrarrestar o una torpeza imperdonable pueden inducir a obstaculizar el esfuerzo organizador de Carranza, por un lado, y a no ver en la agitación de México lo mismo que en otros países acaso menos infortunados pero no más dignos de respeto y hasta admiración, en cierto sentido.

2. Como muestra del criterio con que se juzga a México en Estados Unidos, copiamos a continuación, sin traducirlo para mayor exactitud un suelto titulado *"Conditions in Mexico"*, tomado de una publicación anglo-americana que se edita entre nosotros; dice así:

Loot, Bolshevism and pro-Germanism are the three outstanding features of the Carranza régime in Mexico, Dr. William T. Gates, a Cleveland archaeologist and close friend of Secretary of War Baker, told a House Committe at Washington on July 28th.

Dr. Gates, who passed years in Mexico and was the guest of Carranza and every rebel and bandit chief of consequence from Villa and Zapata dow, charged that Carranza "has played us from the beginning".

The committe was especially interested because Dr. Gates was before going into Mexico, an ardent Carranza man. Some of his more important statements were:

1.—That President Wilson was betrayed by Carranza, whose government "is not a government, but a band of outlaws".

2.—That rampant Bolshevism exists now in Yucatan.

3.—That Secretary Baker was told in the spring of 1918 that powerful wireless outfits in Mexico were communicating with Germany via Spain, and that these continued to operate.

4.—That Carranza considers the United States an England "the two greatest ogres of civilization."

5.—That the secretary of the American Socialist party in April, 1919, communicated with General Obregón, Bolsheviki and Carranza confidant, asking his opinion of a propitious time for unified action by the radicals of Canada, Cuba, Mexico and the United States.

6.—That William Bayard Hale went to Mexico for President Wilson and came back drawing $ 15,000 a year from the German government, after reporting that Carranza "was a fine man". Lincoln Steffens made the same report, he said.

7.—That every official in the Carranza government has "freedom to loot".

8.—That the State Departament hushed up a New York newspaper regarding Mexico to save itself embarrassment.

9.—That there is no immunity to life and property within reach of the Carranza soldiers.

A pesar de todo eso, muy otro es el concepto que tenemos de Carranza y sus partidarios, por estos lares, y acusaciones como las que se le lanzan en ese escrito no son compatibles con el reconocimiento oficial de su gobierno. Por lo demás, esas acusaciones son sintomáticas de las inquietudes a que antes nos hemos referido, y debe tomarse de ellas más lo que ocultan que lo que aparentan manifestar. Particularmente recomendamos al lector avisado e inteligente los artículos 4 y 5, recordándole que los ingentes intereses petroleros del norte de México están en manos de capitalistas ingleses y norteamericanos, en conflicto con las instituciones y leyes mantenidas por Carranza y Aguilar en forma prudente pero enérgica. En cuanto a las ideas políticas de Carranza, conviene recordar que sus principios de internacionalismo han sido justamente comparados a los de Wilson. El gran caudillo constitucionalista ha dado pruebas de poseer no vulgares dotes de gobernante, sabiendo conciliar las necesidades del orden—tan difícil de mantener en países anarqui-

zados—con las aspiraciones e ideas modernas, sin abandonarse a las utopías o señuelos demagógicos de otros conductores de pueblos de nuestra época. El ideal de fraternidad y el principio de igualdad hallan en él a un bizarro defensor, hombre representativo de un pueblo y de una raza donde los intereses creados no son obstáculo suficientemente fuerte para reducirlos a la impotencia. "No más bayonetas, no más cañones, no más acorazados para ir detrás de un hombre que por mercantilismo va a buscar fortuna y a explotar las riquezas a otros países y que cree que debe tener más garantías que cualquiera de los ciudadanos de ese país, que trabajan honradamente", dice, definiendo sus orientaciones y el carácter de su política, y todos los hispano-americanos, todos los que sabemos cuánto han sufrido nuestros pueblos, so pretexto de reclamaciones diplomáticas, de parte de las naciones de presa, sabemos lo que ese principio significa proclamado por un gobernante mexicano. Nada de poderes arbitrarios ni de máquinas o artificios económico-políticos para favorecer explotaciones injustas, intereses conglomerados en forma anónima y monstruosa o ensueños vanos de expansionismo o vanidades de superioridad racial y cultural. El Presidente Carranza sigue las aspiraciones e inspiraciones de nuestras masas cultas proclamando en contra de eso el ideal de equidad y de fraternidad humanas sin restricciones equívocas. Si se le asimila a los demócratas rusos por su ideología, téngalo a honra, porque de común tiene con ellos las excelencias de las nuevas verdades y de las nuevas reivindicaciones, nó la ofuscación del apasionamiento ni las injusticias, ni los errores.

3. *"Intervention in Mexico"*, se titula un libro publicado, muy oportunamente, en agosto próximo pasado por Mr. Samuel Guy Inman, con un prólogo del profesor William R. Shepherd, conocido hispanoamericanista, en Nueva York *(The Association Press)*. Este libro refleja en buena parte las corrientes de opinión norteamericanas adversas al interés intervencionista que quiere, como desembozadamente lo dicen los cables, realizar la "conquista comercial de México", "controlar la situación" allí, y no sólo eso sino "poseer el control absoluto de la América Latina, tanto en lo económico como en lo político y lo militar", intenciones achacadas a Alemania por un sujeto llamado Altendorf, a quien se ha dado más importancia de la que merece, en Norte América, y que, a no dudarlo, juega un papel semejante al que jugara Casement, hombre de ingrata memoria, en la cuestión del Putumayo.— Combate Mr. Inman, hombre conocedor

de México, sus instituciones y sus hombres, el intervencionismo en los precisos momentos en que adquiere cierto auge debido a la preponderancia de los elementos del partido republicano en el Congreso de su patria; cuando todo parece anunciar que la Administración va a rectificar sus procedimientos, tomando medidas de acción rápida y eficaz para precipitar los acontecimientos.—Traducimos para los lectores de "Mercurio Peruano" un fragmento del artículo dedicado al nuevo libro por *"The Evening Post"* de Nueva York, de Agosto 16 último: "En sugestivas y sazonadas palabras liminares el profesor William R. Shepherd pone toda la cuestión en el hoyo de la mano *(in a nutshell* es la expresión inglesa) preguntando: "¿Es México un Estado Soberano e independiente o es una región colonial sujeta a la explotación y al control extranjero?" Hace cien años—añade el comentarista—desde los días de Henry Clay en el Senado, el gobierno y el pueblo de los Estados Unidos se han inclinado hacia el primero de estos opuestos puntos de vista. La actual administración de Washington se ha pronunciado a favor de él. *Pero, al parecer, existen empresarios petroleros* (oil operators), *propietarios de minas, reyes de la ganadería* (cattle kings), *periodistas, y otros—"arqueólogos", por ejemplo* (3)—*quienes desean que se adopte un criterio distinto.* Ellos desearían que considerásemos a México como un país sin desarrollo (undeveloped), como territorios abandonados, sin gobierno, habitados por un pueblo que no tiene derechos dignos de nuestro respeto. Y esta es la cuestión que está sobre el tapete. Si nos decidimos por la intervención, claramente se comprende que queda aceptado el segundo punto de vista, trayendo consigo la obliteración de la soberanía mexicana y el control extranjero de su territorio. Los intervencionistas huyen ordinariamente de estos extremos y declinan la responsabilidad de aceptarlos. Pero los mexicanos no tienen dudas de ningún género (4). Resistirán la intervención, calificándola de invasión, con toda la decisión y la fiereza de un pueblo que lucha por su propia existencia como nacionalidad. Este es—añade después—uno de los hechos que todos los que realmente conocen México comprenden, y que Mr. Inman trata de poner en evidencia. La intervención en México significaría invasión. Y la invasión no se

(3).—Esto debe ser una alusión o sátira particular.

(4).—Ya los mismos cablegramas norteamericanos hablan de que la doctrina justa de los mexicanos dice: "México para los mexicanos".

detendría lejos de la conquista..... Una campaña para conquistar a un pueblo cuyas siete octavas partes están formadas por indios mestizos, y del cual hay un total de quince o dieciséis millones que se unirían en defensa de sus libertades, no es asunto baladí. No nos imaginemos—dice el profesor Shepherd—que aquella tarea se vería libre de los naturales horrores que acompañan siempre, aun a las guerras más justificables (5). La intervención en México no sería otra cosa que la entrada de un ejército invasor. La historia nos dice lo que eso significa, tanto para el invadido como para el que invade. Peor aun, la pelea vendría necesariamente a transformarse en un conflicto de razas, y nosotros sabemos muy bien lo que eso es".

Recordemos aún dos antecedentes: 1). Con motivo de la Intervención tripartita en México, que después asumió el carácter exclusivo de francesa (1861 á 1867) el Gobierno de los Estados Unidos proclamó en varias ocasiones "el derecho del pueblo mejicano para quedar árbitro de sus destinos". ¿Qué diferencia existe ahora que pueda modificar ese criterio, máxime cuando en todo el continente se ha proclamado la necesidad de llevar la doctrina de Monroe a su desarrollo lógico, es decir, haciendo de ella una eficaz defensa de todas las soberanías dentro del mismo continente y no ya sólo contra agresiones europeas? (6).

2). El gran Lincoln combatió con la mayor severidad e intrepidez la política de Polk, gestor de la guerra de conquista, protestando siempre contra la iniquidad de los que la promovieron, deprecando las fatales consecuencias que había de producir —como en efecto se produjeron— y declinando toda responsabilidad en ella, para sí y su partido. De su discurso del 12 de Enero de 1848, en el Congreso, tomamos las siguientes palabras suyas que podrían dirigirse nuevamente al gobernante yanqui que autorizara una invasión de México:... "Que recuerde que está sentado donde Washington se sentó; y recordándolo, responda como Washington respondería. Así como una nación no *toleraría,* ni Dios *permitiría,* que fuese engañada, que tampo-

(5).—Grant condenó la anterior guerra contra México diciendo que había sido la guerra más inicua que jamás una nación fuerte había hecho a otra débil.

(6).—Véanse los principios de Pérez-Triana sustentados en "Hispania",, Londres, 1913-1914.

co pretenda darnos una evasiva o una ambigüedad por toda respuesta". Así hablaba el gran patriarca americano al interrogar a Polk y sus secuaces acerca de las intrigas e insidias que condujeron a la guerra que terminó con la anexión de California, Tejas, y otros territorios (7).

EDWIN ELMORE

(7).—Vida de Lincoln.

Nota Editorial

NUESTRA PROTESTA

No cumpliría "Mercurio Peruano" con naturales requerimientos de solidaridad periodística ni, por encima de éstos, con los predicados que le marcan sus más puras y nobles tradiciones nacionalistas, si sus columnas editoriales guardaran tímido silencio ante los increíbles desmanes a que se entregaron en esta capital, el día 10 del mes que corre, turbas de gentes maleantes que, confundidas entre los concurrentes al mitin celebrado en dicho día, creyeron, o fingieron creer, que la finalidad de aquella manifestación pública no quedaría satisfecha si no culminaba en el ataque salvaje y cobarde contra las personas y las propiedades de quienes en la prensa, o fuera de ella, no participaban de sus ideas y sentimientos políticos.

Lima ha presenciado, atónita y avengonzada, los incendios y saqueos de que en esa tarde aciaga fueron víctimas las imprentas de dos de los más importantes diarios del país y los hogares de algunos personajes de alta figuración social y política. El oprobioso baldón con que estos *bolcheviques* de nuevo cuño han maculado la conciencia nacional y el prestigio exterior de la República, pesará como hierro y por muchos años sobre nuestra infortunada patria.

Honda y cálida, como que surge de la brecha abierta en lo más íntimo de los fueros de nuestra cultura cívica y de nuestro decoro de nación libre y soberana, nuestra protesta se alza tanto más sentida y vibrante cuanto que nace al margen de toda sospecha de pasionismo circunstancial o de prejuicio de bando. Nuestra fe de bautismo, escrita con sinceridad en las "Palabras iniciales" del primer número de esta Revista, anota expresamen-

te el firme propósito de que "no entrabarán nuestra acción ni sectarismos de escuela ni estrechos intereses de círculo".—Haremos siempre honor a este lema.

Contempladas así las cosas, desde inaccesible cumbre a la que no alcanza la perturbadora influencia de nuestras mezquinas luchas domésticas, cabe y urge que, dominando el profundo desconsuelo que aflije nuestro espíritu con el torturante recuerdo de tánto abominable extravío en que parece sucumbir la majestad de la idea y amenaza disgregarse el cuerpo social, hagamos un fervoroso llamamiento invitando al pueblo a la cordura y a nuestras clases dirigentes al celoso respeto de los postulados y realidades en que descansan las democracias de verdad.

Es indispensable que no se pierda de vista, ni un sólo instante, el grave y trascendental momento que la República atraviesa, empeñada como se halla en cimentar sus bases institucionales y en buscar solución satisfactoria a sus problemas exteriores. E indispensable es, también, convencerse de que sólo a precio de dedicarnos sinceramente a una labor constructiva, limpia de inútiles aderezos oratorios, e inspirada en ideales puros de regeneración y enmienda, nos será dable lograr buen éxito en tarea de tan enorme responsabilidad.

Sacudámonos, de una vez por todas, de los *ismos*, tratándose de las personas y de las doctrinas, que tánto nos dañan avasallándonos con el falso miraje de pretendidas omnisciencias y con la vana promesa de infalibles panaceas. Acostumbrémonos a pensar que en los tiempos que corren es difícil, si no imposible, encontrar en un solo hombre o en una sola idea la clave segura de ninguna redención ni el pedestal sólido de ningún resurgimiento. Otro salvador del mundo, después del Nazareno, acaso nunca podrá ya venir, a menos que se repita el milagro de una nueva religión a base de amor, de concordia y de paz. Y es precisamente la absoluta ausencia de estos sentimientos, en el orden político-social, la que entorpece y anula toda obra de provecho colectivo.

Tratemos, entonces, de fomentar y abrir amplio cauce a una corriente de verdadero nacionalismo, a la cual afluyan las voluntades y las inteligencias de todos los hombres de bien, sin exclusivismos odiosos ni petulantes pretensiones.

Tal el sentido de nuestra protesta: condenación franca y rotunda de los bárbaros métodos que, en hora menguada, resu-

citaron las multitudes inconscientes con el inútil intento de subyugar la independencia y la libertad de las ideas. Y, conjuntamente con ese anatema, afirmación de inquebrantable fe en días mejores para nuestra patria si, escapando a peligrosos y engañadores fenómenos de espejismo mental, queremos entregarnos de lleno a edificar valores ciertos, cansados al fin de destruír situaciones pre-existentes para proporcionarnos, como único goce, el de una incomprensible vida eternamente estéril sobre ruinas y escombros.

La adhesión de la República Argentina al tratado de alianza defensiva Perú-boliviano de 1873

Lima, Agosto 2 de 1875.

"Sr. Dr. D. Manuel Yrigoyen.

Buenos Aires.

"Querido amigo y compañero:

"Llevamos muchos días de trabajos serios sobre cuestiones económicas muy difíciles y, creyendo que el vapor Magallanes no salía hasta el 6, habíamos reservado el ocuparnos de los asuntos de Ud. Entre tanto, en este momento me avisan que el correo se cierra dentro de una hora y apenas tengo el tiempo preciso para comunicar a Ud., rápidamente, las órdenes de S. E., sin perjuicio de enviarle oficialmente instrucciones por el próximo vapor.

"Como se complican de un modo alarmante las cuestiones de la República Argentina con Chile, el Paraguay y el Brasil, es indispensable que proceda Ud., con la mayor cautela y tino, *sin apresurarse a firmar el protocolo de adhesión.*

"En caso de que encuentre Ud. un *pretexto* natural para *suspender* este asunto, *hágalo*, hasta recibir las instrucciones; pero es preciso que sea un pretexto muy bueno y que no choque, ni parezca violento.

. . . .

"Si el gobierno argentino cree que debemos interponer nuestros buenos oficios, avísemelo Ud., por telégrafo trasandino, por

medio de nuestra Legación en Chile. Para esto y lo demás que ocurra he formado a la ligera la clave que le incluyo. Después haré otra.

"Su affmo. amigo y S. S.

(Firmado).—"*A. V. de la Torre.*"

De conformidad con estas inusitadas instrucciones, el doctor Yrigoyen demoró la consecución del negociado, en la forma que se expresa en su nota del 3 de setiembre, que copiamos en seguida; y quedó en espera de mayores informes. Mas, como se verá también, en la indicada nota, no lo hizo sin dejar de esforzarse en hacer desaparecer las exageradas alarmas, que estaban originando un cambio tan grave y perjudicial en la política del gobierno peruano.

("Reservada
No. 52")

Buenos Aires, Setiembre 3 de 1875.

S. M.

Al terminar la entrevista de que he dado cuenta a U. S., por medio de mi oficio de esta misma fecha No. 51, me dijo el señor Ministro de Relaciones Exteriores Dr. Yrigoyen (36): q' se ocupaba en esos momentos de ponerse al corriente de todo lo relativo a la adhesión a nuestro Tratado de 6 de febrero; *que había sido sensible que el Senado argentino no le hubiese prestado inmediatamente su aprobación, desde que aquel pacto no ofendía a nadie y era por el contrario un beneficio de todos*; que en este aplazamiento habían influído muchas causas y entre ellas *el estado de los partidos en que se encontraba dividido aquel Cuerpo*, con motivo de la cuestión electoral; y, por último, *que esperaba que este asunto quedase terminado en el trascurso del presente mes, a fin de poder aprovechar las últimas sesiones del Congreso*, que sólo duran hasta el 30 del corriente. *En respuesta me limité a decirle lacónicamente al señor Ministro, que realmente había sido muy sensible el aplazamiento que acordó entonces el Senado.* (37)

(36) Don Bernardo.

(37) En esta contestación del doctor Yrigoyen ya se puede ver la manera como comenzaban a cumplirse las nuevas instrucciones impartidas por el gobierno peruano, para demorar o suspender la alianza con la Argentina.

"En vista de esto, no se pasarán, pues, muchos días sin que el expresado señor Ministro me invite a continuar la negociación; y para entonces me propongo como lo tengo indicado a U. S., recabar la aceptación de la parte de mi proyecto de respuesta referente al *uti possidetis,* que se negó admitir el señor Tejedor, o algo de acuerdo con las instrucciones que contiene la nota de U. S. de 22 de abril último No. 6, o con los términos del despacho del señor Baptista fecha 8 de agosto de 1874, que oportunamente trascribí a ese Ministerio. Obtenido esto, que será para mí cuestión previa y sin lo que declararía que no podía firmar el Protocolo, entraré a arreglar lo relativo a la *reserva* sobre asuntos del Brasil; y así trataré de que pasen los días que faltan hasta el 15, en que se espera la próxima correspondencia del Pacífico y en que deben llegarme, por consiguiente, las instrucciones oficiales, que en carta particular de 2 de agosto, se sirve U. S. decirme que procure esperar, antes de firmar el Protocolo de adhesión. Puede, pues, U. S. estar seguro de que así sucederá y puede estarlo, igualmente, de que si se me presentase algún pretexto digno, y que no pueda absolutamente chocar a este gobierno, para suspender por completo la negociación, hasta el recibo de las indicadas instrucciones, lo haría también *en conformidad con lo que se sirve indicarme* U. S., al mismo tiempo, en la carta a que me he referido. No espero por ahora, sin embargo, que se me presente ninguno.

"Por lo demás, debo decir a U. S., que en mi opinión, han mejorado notablemente las relaciones de la República Argentina con el Paraguay, el Brasil y Chile; y que no hay ya, a lo menos respecto a los primeros, temor de un rompimiento, que tan fundadamente existió hace muy poco tiempo. Así tuve el honor, hace quince días, de manifestárselo a U. S. en nota especial, a la que adjunté los oficios cambiados entre el gobierno del Paraguay y el argentino sobre reapertura de negociaciones.

"En cuanto a Chile, ha pasado también, según creo, el inminente riesgo que hubo hace apenas unos cuantos días de que se rompiesen las relaciones y sobreviniese la guerra; y juzgo así, no sólo por el giro que ha tomado la discusión, y la calma en que ha entrado la prensa, sino también porque, según parece, este gobierno no llevará la ejecución de la ley sobre la navegación de la Patagonia hasta el punto de provocar un rompimiento con aquella república. Así me lo han asegurado, al menos, personas a quienes supongo bien informadas; como me han asegurado igualmente (y se lo comunico a U. S. sin garantir su exactitud),

que hay en esta capital un agente oficioso de Chile, que se ocupa de evitar un rompimiento y que, con dicho fin, trata de que el gobierno de Santiago retire la Legación que actualmente hay aquí, y que se supone hostil a este gobierno, y haga venir como su representante al señor Ibáñez. Todo esto, pues, apoya mis apreciaciones; y puede servir a U. S. para el giro que convenga dar a nuestra política.

"Haciendo uso de la clave que se ha servido U. S. remitirme, me apresuraré a comunicarle cualquier acto de importancia referente a la adhesión, que pudiese realizarse; o algún otro de naturaleza distinta que ocurriese y que por su gravedad creyese necesario poner, sin pérdida de tiempo, en conocimiento del Supremo Gobierno.

"Entre tanto, ruego a U. S. se digne elevar este despacho al conocimiento de S. E. el Presidente de la República, y aceptar la expresión de mi mayor consideración y respeto.

(Firmado).—"*M. Yrigoyen.*"

A poco de escribirse esa nota llegaron las instrucciones oficiales, anunciadas en la carta del 2 de agosto, en las que la Cancillería de Lima, dejándose llevar por el temor extremo de que pudiera perturbarse la paz en América, da instrucciones, aún ya más terminantes, a nuestro Plenipotenciario en Buenos Aires, para que detuviera las negociaciones, "retardando todo lo posible la firma del protocolo" de la adhesión, a fin de "conservar una actitud independiente", en presencia de las nuevas dificultades surgidas entre la República Argentina y Chile.

"Lima, Agosto 14 de 1875.

("Reservada
No. 36")

"Señor Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Perú en la República Argentina.

"Me ha sido grato recibir el estimable oficio de U. S. fecha 28 de junio anterior, marcado con el No. 27, en que dá cuenta de las conferencias que ha tenido con el señor Ministro de Relaciones Exteriores y con S. E. el Presidente de esa república,

referentes a la adhesión al pacto de alianza de 6 de febrero de 1873.

"En mis últimas correspondencias, hasta la que dirigí a U.S. de un modo privado en 2 del presente, le he manifestado que habiéndose complicado de un modo alarmante las cuestiones de la República Argentina con Chile, el Paraguay y el Imperio del Brasil, era prudente obrar con la mayor circunspección, *retardando todo lo posible* la firma del protocolo respectivo, a fin de evitarnos complicaciones que pudieran sernos perjudiciales en las actuales circunstancias.

"Por otra parte, no se había aún recibido en este Despacho la comunicación del señor Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia, conteniendo las últimas instrucciones que su gobierno tiene a bien dar a U. S., la misma que incluyo apertoria, como ha sido remitida.

"U. S. notará alguna diferencia entre lo acordado verbalmente por mí con el Excmo. señor Baptista, que se puso en tiempo oportuno en conocimiento de esa Legación, y lo que ahora se expresa; pero de todos modos debe U. S. tener presente que es indispensable no abandonar los intereses de Bolivia, debiendo insistir en que quede a salvo su nacionalidad tal cual hoy existe, no pudiendo hacerse más tarde cuestión de Tarija.

"Interesado el Perú en la conservación de la paz en América; *seguro de que un rompimiento entre la República Argentina y Chile afectaría cuando menos nuestros intereses comerciales, y ligado como se halla con ellas por vínculos tan estrechos, no puede ver con indiferencia la actitud que parece tratan de asumir y cree llegado el caso de interponer sus buenos oficios cerca de sus gobiernos.*

"Por separado me ocuparé de este delicado asunto.

"Entre tanto, y mientras podamos observar el giro que toman los acontecimientos, conviene *conservar una actitud independiente,* colocándonos en situación de obrar como mejor convenga a los intereses generales de la América y a los particulares del Perú.

"U. S. sabe que antes de ahora solicitó Chile la alianza del Brasil. En la actualidad asegúrase que se han hecho nuevas insinuaciones a este respecto; y atendiendo al mejor resultado de la misión Tejedor, a los despachos cambiados entre las cancillerías del Imperio y la Confederación, con ese motivo, y al modo como ha sido recibido en Río de Janeiro el señor Blest Gana, puede muy bien esperarse que aquella alianza se realice. U. S.

cuidará de estar al corriente de lo que ocurra y ponerlo en mi conocimiento; debiendo hacerlo por telégrafo, en casos graves y urgentes, como se lo tengo prevenido.

"De todos modos, debe U. S. obrar con la mayor prudencia y circunspección.

"Dios guarde a U. S.

(Firmado).—"*A. V. de la Torre.*"

"Lima, Agosto 14 de 1875.

("Reservada
No. 37")

"Sr. Dr. D. Manuel Yrigoyen, E. E. y Ministro Plenipotenciario del Perú en el Brasil y R. R. del Plata.

"Cuando después de la prolongada discusión que se ha sostenido entre el gobierno de la Confederación Argentina y el de Chile, sobre la posesión del territorio Patagónico, era de esperarse que se arribase, próximamente, a un arreglo pacífico y satisfactorio; los últimos despachos cambiados entre el Excmo. señor Pardo (38) y el Excmo. señor Blest Gana, (39), en el mes de junio del presente año, con motivo del proyecto de ley presentado a las Cámaras argentinas, para subvencionar la comunicación marítima entre Buenos Aires y las costas de la Patagonia, tocando en Chubut y al sud del río Santa Cruz, y para conceder terrenos a la empresa que haga ese servicio, hacen temer que surjan nuevas complicaciones y que pueda llegar la vez de que se altere la armonía que felizmente ha existido entre los dos países.

"Las repúblicas de este continente, por su origen, su común esfuerzo para conseguir su independencia, la identidad de las instituciones que las rigen y otros vínculos posteriormente formados, están llamadas a estrechar cada día más sus relaciones y nada podría ser tan perjudicial y peligroso para ellas como el que llegasen a alterarse. *Por lo que hace al Perú, interesado como está en la conservación de la paz en América, sin pretender inmiscuirse en la cuestión que se ventila entre la República Argen-*

(38) José Pardo y Aliaga, Ministro Plenipotenciario del Perú en Chile, que sucedió al señor Ignacio Noboa.

(39) Ministro Plenipotenciario de Chile en la Argentina.

tina y Chile, no puede permanecer indiferente cuando amenaza un peligro tan serio, como el de que lleguen a un rompimiento dos naciones amigas, a las que se encuentra ligado por tántos vínculos.

"En tan desgraciada emergencia, fácil es comprender la naturaleza de los sacrificios a que ambas tendrían que resignarse, no obstante que, elevándose al origen de la cuestión, nada hay en en ella que afecte su honra o su dignidad.

"U. S. no ignora que la política de mi gobierno, en sus relaciones externas, tiende siempre a conservar la más estrecha armonía con las demás naciones; pero, tratándose de las de una misma familia, creo que *la paz entre las repúblicas de este continente, es una necesidad imperiosa, de la que no puede prescindirse por interés de ellas mismas,* y considera de su deber, en la actualidad, interponer sus buenos oficios cerca de los gobiernos de la República Argentina y de Chile, a fin de que, antes de llegar al caso extremo que se teme y cuyas consecuencias serían desastrosas para los dos países, se procure un arreglo pacífico y equitativo, poniéndose de acuerdo, o apelando al arbitraje de una tercera potencia, para dar término a la enojosa controversia que se sostiene, evitando, en uno y otro caso, todo acto que tienda a separarlas de la idea de una solución amigable. (40)

"U. S. aprovechará de sus buenas relaciones con el Excmo. señor Ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina, para manifestar estos sentimientos del gobierno del Perú y cooperar al fin que se propone aprovechando todas las ocasiones que se presenten para trabajar en el sentido indicado.

"Puede U. S. dar lectura de este Despacho a S. E. el señor Pardo y darle copia de él si la pidiere.

"Dios guarde a U. S.

(Firmado).—*"A. V. de la Torre".*

(Continuará) *PEDRO YRIGOYEN.*

---

(40) Se ve por esta solicitud del Perú en ofrecer sus buenos oficios, para evitar un probable rompimiento entre la Argentina y Chile, y por las instrucciones que, simultáneamente, se le daban a la Legación en Buenos Aires, de "retardar todo lo posible la firma del protocolo" de adhesión, cómo el gobierno de este país, en su anhelo de conservar la paz, no trepidaba en posponer su conveniencia de conseguir la alianza que había solicitado, de la República Argentina. Se puede apreciar aquí cómo el pacifismo del Perú llegó a este extremo, de que, por no alentar, ni siquiera de modo indirecto, la guerra entre aquellos países, eludió, aun con evidente perjuicio de sus intereses en el Pacífico, el perfeccionamiento de su alianza.

Notas varias

REVISTA EUROPEA.—¿Hay probabilidades de paz permanente?

Cuando el 11 de Noviembre de 1918, se pactó el armisticio, seguido a poco por la reunión de la Conferencia de la Paz y de la confección y firma del tratado definitivo, la humanidad en guerra experimentó una sensación de profundo alivio. Las ciudades en ruina, los campos asolados, la completa paralización de las industrias pacíficas, el desequilibrio de todo aquello que significaba órden y método, estas cosas fueron olvidadas ante la satisfacción producida por el fin de la guerra. Se creyó que la labor de la Conferencia sería rápida y los términos del tratado de paz serían aceptados por el enemigo derrotado y que cuatro años y medio del cataclismo mayor de la historia quedarían liquidados. Los pueblos aguardaban confiados libertad, reparación, y garantías contra una repetición de la tragedia. Creía entrarse, en fin, en una era nueva.

Al contemplar hoy día los hechos, tales como se han producido, podemos darnos cuenta de lo infundado del optimismo de entonces. La paz está firmada, en verdad, y sin embargo en este momento hay alrededor de veinte guerras pequeñas en vez de una sola grande.

Los polacos y los checo-eslavos, los serbios, los rumanos los húngaros y los italianos o pelean de hecho o están al borde de la guerra. Los turcos, los búlgaros, los griegos, los estonios, los ukranianos, constituyen otros tantos focos de peligro para la tranquilidad del mundo.

Alemania ha firmado la paz, es cierto, pero clara e inequívocamente ha manifestado que lo hacía bajo la presión de la fuerza y que sólo aguardaba el momento propicio para romper el pacto. Es decir que no se ha llegado sino a un acuerdo condicional con Alemania, cuyo cumplimiento depende de la cohesión que pueda tener la presente alianza durante los próximos quince años. Y esa cohesión ya se ve gravemente amenazada por la actitud de Italia y del Japón, cuyo amargo resentimiento contra las tres potencias que dominaron la Conferencia de la Paz, ha sido claramente manifestado. De hecho, puede declararse con toda franqueza que la antigua alianza ya no existe y que sólo queda la inteligencia de los Estados Unidos, Francia y la Gran Bretaña. Y por último, esa misma inteligencia se ve hasta cierto punto amenazada por factores que en los Estados Unidos agitan la opinión pública contra Francia é Inglaterra y proclaman la conveniencia del regreso a la antigua política de prescindencia y aislamiento que al ser adoptada de-

jaría a la Gran Bretaña y a Francia solas frente a una Alemania sedienta de venganza, a una Italia profundamente rencorosa y a una Rusia cuya reintegración total parece inevitable y que quizás no acuda en auxilio de sus ex-aliados. Con respecto a este último punto hay que observar que los dirigentes de la Rusia anti-maximalista han manifestado mayor hostilidad contra la Entente que contra Alemania. Han dicho que más intolerable es la traición aliada que la brutalidad teutona. Y esta declaración por cierto que no encierra promesas de apoyo y lealtad hacia la Entente. Ya en anterior artículo hemos hecho observar la inevitable y decisiva influencia que una Alemania fuerte y unida tiene que ejercer sobre una Rusia desorganizada, por razón de vecindad inmediata y de profundo conocimiento del medio en que se propone actuar. Para contrarrestar aquella influencia la Entente ha resucitado a Polonia.

Pero hé aquí que se presenta un dilema, al parecer insoluble. La Entente—Francia especialmente— necesita una Polonia muy fuerte como factor de equilibrio en el Oriente de Europa. Pero una Polonia realmente fuerte sólo puede serlo a expensas de Rusia y es bueno prever la posibilidad de una Rusia reconstituída y ofendida por los arreglos que hoy día se efectúan. Por otra parte una Polonia débil, abandonada a su suerte, será segura presa del maximalismo.

Hay además otros dilemas no menos graves y que requieren decisión pronta y satisfactoria. Al concederse a Rumanía todas sus demandas, se pierde: 1.o—la posibilidad de separar a Hungría del bloque germánico y 2.o—la de satisfacer al nacionalismo ruso en la cuestión de Besarabia. En caso contrario hay fuertes probabilidades: 1.o—de que Rumanía llegue a un acuerdo con Alemania, Austria, Bulgaria y quizás Italia, y 2.o—de que siga posesionada de la Besarabia y haga caso omiso de las decisiones de la Conferencia. No hay que perder de vista el hecho de que Rumanía es hoy día una potencia de gran importancia y está llamada a jugar gran papel en el porvenir.

Enseguida la cuestión de Fiume queda pendiente. Italia se ha colocado en un terreno irreductible y no queda aparentemente camino alguno que pueda evitar una guerra a plazo más o menos largo entre los italianos y los eslavos meridionales. Luego, los griegos y los italianos se disputan el Epiro septentrional y las islas del Egeo, y los polacos y los checo-eslavos alegan ambos derechos sobre Teschen, asiento carbonífero de importancia.

El reparto de la Turquía Asiática será también fruto de inevitable discordia—de hecho ya se han producido desagradables incidentes de cancillería entre Francia e Inglaterra respecto a la esfera de influencia francesa en Siria.

Y luego subsiste, por supuesto, la eterna cuestión de los Balkanes que sólo parece puediera arreglarse mediante la total desaparición de las razas litigantes.

Y, como si todo esto no bastara, existe un problema cuya solución es más apremiante que cualesquier otro y es el problema ruso. No habrá paz en el mundo, digna de llamarse así, mientras 150 millones de hombres se debatan en los horrores del más rojo maximalismo. En verdad, que el problema es formidable, y frente a sus proporciones quizás si hasta pueda aceptarse el rumbo seguido por los estadistas aliados co-

mo el único posible y racional. Porque remontando el curso de la historia para buscar un ejemplo que nos sirva de guía y norma, vemos los resultados de la política que adoptó Europa, amenazada por la Francia revolucionaria. El principio de libertad, demasiado comprimido por el círculo de hierro de coaliciones hostiles, cobró fuerzas inconcebibles e hizo pedazos el anillo opresor de la tiranía. De igual modo, no es ilógico suponer que el maximalismo, frente a una guerra sin piedad, adquiera vigor insospechado y se precipite como un mar desbordado sobre la civilización occidental. No será en Moscú o en Petrogrado en donde Lenine y Trotzky sufrirán la definitiva derrota, sino en la conciencia del obrero internacional, cuando se lleve á ella el convencimiento de que para él el maximalismo significa la ruina.

Ahora, en cuanto al establecimiento de la Liga de las Naciones como medio de solucionar todas las dificultades pendientes, hay que hacer algunas observaciones.

La teoría que sostiene la Liga, es la de que las guerras son accidentales, que los pueblos son llevados a ellas contra su voluntad por error o malicia de sus dirigentes y que al proporcionarse a dichos dirigentes una alternativa decorosa para evitar el conflicto armado, la presión ejercida por sus gobernados los obligará a evitar el conflicto. Con tal fin ha ideado la Liga procedimientos que se adaptan a todos los casos de posibles disputas y que de seguirse con buena fe por los contratantes indudablemente reducirían a un grado mínimo el peligro de guerra. Pero hemos de llamar aquí la atención sobre el error fundamental de la teoría que presupone que los pueblos prefieren a la guerra la paz a cualquier precio. La nación que considera poseer aspiraciones justas y legitimas no las sacrificará nunca en el altar de la conciliación. Mil veces preferirá el serbio la lucha, a la paz bajo el yugo búlgaro; el polaco sufrirá siglos de opresión pero no abdicará su derecho; nosotros mismos—los peruanos— llegado el caso, iremos al sacrificio de una lucha, pero no transigiremos. Y, por último, una prueba clara de la disposición de los pueblos para preferir la guerra a lo que ellos consideran abdicación de sus derechos, ha ocurrido al dirigirse el Presidente Wilson, con prescindencia de sus hombres de gobierno, directamente al pueblo italiano.

Es probable, por consiguiente, que no ejerza la Liga—por lo menos hoy por hoy—más que un control moral limitado, control que ciertamente influirá poco en el arreglo de cuestiones de interés vital para los pueblos. Lógico es suponerlo, a menos que los miembros de la Liga estén completamente dispuestos a mandar ejércitos a los Cárpatos, a los Urales, o a cualquier otra parte, para hacer ejecutar por la fuerza las decisiones que se impongan.

De manera, pues, que descartando lo improbable y lo utópico, llegamos al hecho real, positivo y tangible, al único resultado sólido: el tratado de alianza entre Francia, los Estados Unidos y la Gran Bretaña sobre el que queda edificado cualquier proyecto de Liga de Naciones y que al deshacerse hará desaparecer inmediatamente toda esperanza de asociar a los pueblos de la tierra para perseguir un común ideal.

C W.

ERNESTO HAECKEL.

Acaba de morir el sabio alemán Ernesto Haeckel, a quien podía considerarse como el primer zoólogo de su tiempo.

Nació en Postdam en 1834. A los veintitrés años de edad se graduó de doctor en medicina, y la falta de clientela lo indujo a dedicarse a la enseñanza en Jena, en 1861. Cuatro añs más tarde fué fundada especialmente para él una cátedra de Zoología en la universidad de aquella ciudad, en la cual transcurrió la mayor parte de su fuerte y fecunda existencia.

La labor sistematizadora y descriptiva de Haeckel se refiere principalmente a los animales inferiores: esponjas, radiolarios, sifonóforos, y fué él quien creó el reino intermediario de los protistas.

En cuestiones de alta biología, Ernesto Haeckel ha sido el apóstol del darwinismo en la Europa Central, y puede afirmarse que él y Herbert Spencer han sido los que más han contribuído al éxito de la concepción darwiniana. Haeckel estudió la cuestión de la evolución con un criterio casi exclusivamente zoológico, sin el debido control de la Paleontología, y llevado del ardor con que abrazó la nueva doctrina, sentó afirmaciones que no siempre pudieron resistir la continua elaboración de las investigaciones científicas. Haeckel fué quien elevó a la categoría de ley biológica y de criterio inductivo el descubrimiento que otros investigadores habían ya entrevisto, y que él enunció diciendo: el desarrollo ontogénico de un animal, es una recapitulación breve del desarrollo filogénico de la especie de que forma parte. Así creó el método embriogénico en los estudios de la evolución, método cuya aplicación exageró más de lo debido.

El gran zoólogo trazó, partiendo de este criterio nuevo, el árbol genealógico del reino animal, que es la primera filogenia general que registra la historia de la ciencia, pues el ensayo de Lamarck en este sentido, fué demasiado prematuro y basado sólo en analogías exteriores. Haeckel, siempre aplicando los métodos que tan fervorosamente preconizó, estableció una genealogía de la especie humana, partiendo de la *monera,* simple masa informe de protoplasma, y pasando por el mono y el pitecántropo.

En filosofía fué materialista y sostuvo la doctrina de la continuidad de las formas inorganizadas y organizadas. Su gran mérito en el terreno filosófico consistió en haberse dado cuenta de la significación y los alcances de la hipótesis de Darwin.

La obra de Haeckel es enorme: pocas ramas de la ciencia zoológica habrá que no hayan recibido el impulso de su laboriosidad y de su genio.

C. L. P.

-|- JOSE MANUEL OSORES

José Manuel Osores, el amigo, el escritor admirable, se ha ido para siempre. De su persona, conservamos una temblorosa impresión que se resiste a transformarse en recuerdo, como si nuestra alma no pudiera creer que esa vida llena de virtualidades, que esa juventud hecha de amor y de ideal, se hayan concluído con la irremediable y definitiva conclusión de la muerte.

Y así ha sido. Toda la inquietud, todo el ensueño de ese joven selecto, se han abismado silenciosa y lentamente.

Su curiosidad, su perenne ansiedad interior, esa constante vibración de su sensibilidad ante lo desconocido, han encontrado, tal vez una solución inefable. Pero nada puede consolarnos de la indecible tristeza que nos sobrecoge, ante el espectáculo de esta vida trunca, donde una cruel fatalidad, acentuó inexorablemente el martirio.

En el espíritu de Osores se juntaban las más variadas y las más altas disposiciones.

Su temperamento artístico era de una originalidad verdaderamente notable. En sus cuento encuéntranse, al par que el interés del relato, un hondo contenido filosófico y una magnífica aptitud de sugerencia y de expresión. Sentido del misterio, visión íntima, trascendental de la realidad, que se trasparentan, a través de un estilo musical y ágil, como una inquietante perspectiva.

La inteligencia de Osores era tenaz y analítica, sin que, por ello, le faltara la capacidad juvenil de volar libre y suelta. Y así pudo completarse en su espíritu, la rigidez de la investigación científica, con la adorable expansión de la fantasía.

Este bello intelecto, ayudado por una bien orientada laboriosidad, hiciéronle obtener, durante la vida universitaria, las más altas distinciones. Sus estudios fueron siempre brillantes y sus tesis importantísimas contribuciones a los problemas nacionales. Su trabajo último, "La Legislación y el Medio", revelador de una poco común erudición y de una capacidad crítica sobresaliente, fué no ha mucho elogiado por nosotros, desde estas mismas páginas del "Mercurio".

En la común existencia diaria, tuvo la aristocracia de no prodigarse; huyó de la pueril exhibición y del elogio convencional y vacuo. En la íntima penumbra de sus pensamientos y de sus emociones, alimentaba la inextinguible fe en sí mismo; y así, en medio a la implacable hostilidad de la materia, lucía en él, inmaculada, la flor de una ilusión espiritual. Pura, bella ilusión de vivir, de sentir y de amar; noble goce profundo de la bondad invisible, de la música íntima de esa perenne e invencible juventud que canta como una fuente armoniosa, su canción ideal.

En los últimos años de su vida, tornóse melancólico y dulce, con ese prestigio difuso de los que van a morir pronto; con esa aureola indecisa de los que presienten el advenimiento irreparable del misterio infinito.

M. I. R.

Notas bibliográficas

EL BARON DE KEEF EN LIMA, Por Federico Elguera.—Segunda Serie, Lima, 1919.

Ha salido a luz en los talleres de la imprenta Gil, la segunda serie de los artículos humorísticos que, bajo el pseudónimo que encabeza estas líneas, y sobre costumbres y tipos limeños escribiera en años pasados en "El Comercio" de esta ciudad el donoso y fino humorista Federico Elguera.

Ocioso sería hablar de la personalidad literaria de este escritor criollo, en quien florece la vena satírico-humorística que constituye acaso la peculiarísima manifestación de nuestro genio nacional en las letras, manifestación constante y siempre viva en ellas, desde los más remotos tiempos, ya que la encontramos no sólo en las antiguas letras hispanas sino también, y con saltante relieve, en el escaso folklore que de nuestros antepasados quechuas nos queda.

Sólo diremos a guisa de comentario acerca de esta segunda parte de "El Barón de Keef en Lima", que en ella campea la misma chispa satírica de los artículos contenidos en la primera, sátira que zahiere burlescamente nuestros defectos y anomalías, con la proverbial gracia criolla de nuestros abuelos, sin la acritud y biliosidad de ciertos satíricos de nuevo cuño, quienes confunden la sátira con el desahogo del encono personal y la crítica con el insulto vulgar. Elguera nunca desciende a estos tristes extremos y se mantiene siempre, aun enmedio de su más aguda crítica, en la alta posición del literato humorista que habrá de observar como inflexible precepto el *castigat ridendo mores* del vate latino.

M. B.

EDUARDO DE SALTERAIN HERRERA.— *"Cartas fundamentales".* —Montevideo, 1919.

El libro del señor Salterain Herrera, contiene muchas interesantes reflexiones sobre arte, moral, psicología, costumbres, etc.; es decir sobre los mil estímulos de nuestra curiosidad y de nuestra infinitud. Revelador de un espíritu cultivado y fino, suscita una constante vibración de ideas y proporciona no pocos puntos de vista originales.

Según el autor, su libro "no viene a llenar un vacío", sino—tal vez—a vaciar alguna plenitud vana, que inunda el espíritu como el agua sin cauce a los campos: agostándolo todo".

En este empeño, prodiga el señor Salterain Herrera, su gimnástica mental, logrando producir páginas de hermosa ideología.

M. I. R.

Revista de Revistas

ESTUDIO, Revista mensual, **Enero 1919.—Barcelona.**

Sobriamente ponen: "Revista mensual" los redactores de esta publicación barcelonesa, que a juzgar con inequívocos indicios, son grandes señores de la cultura, en absoluto ajenos a toda simulación, pedantería o "camouflage"—para emplear la palabra de moda.—En verdad, sin muchos subtítulos, que por lo general vienen a ser en las revistas otras tantas promesas jamás cumplidas, *Estudio* es de las más bien orientadas y de las de miras más amplias. La recomendamos muy de veras a nuestro público, y en especial a aquellos que quieran tener una buena selección de hechos y comentarios de interés universal.

Hicimos referencia, en anteriores apuntes (1), a un artículo de Gómez Carrillo sobre "*El renacimiento del gusto español en la Argentina*", recordando cómo entre nosotros nótase igual tendencia, simpáticamente encauzada por Malachowski. Hoy reproducimos el trabajo que va al pie, acerca de tema similar, habiendo preferido la trascripción de este trabajo por tratarse de un tema tan singularmente interesante en países en plena formación y desarrollo como el nuestro. Reservándonos para mejor oportunidad exponer nuestras ideas al respecto, no queremos dejar pasar ésta, que ahora se nos brinda sin aprovecharla para llamar la atención de nuestro público, en especial de nuestros profesionales en el arte de edificar, sobre el ejemplo dado por los yanquis en California, donde, como tipo artístico de habitación, ha sido francamente adoptado el que se ha convenido en llamar colonial-español De resto—como han dado en decir, resucitando un elegante giro arcaico, algunos escritores de Colombia— recordemos estas palabras de Ruskin, antes de reproducir el artículo del señor del Arco: "It may not be so in future; but the architecture we endeavored to introduce is inconsistent alike with the reckless luxury, the deforming mechanism and the squalid misery of modern cities" (Of the mystery of Life, 104).

Incidentalmente nos referimos aquí al último trabajo de este distinguido arquitecto, de depurado e inteligente gusto, que conoce nuestro público. Incidentalmente, porque no somos técnicos en el ramo,

---

(1).—"Mercurio Peruano", Mayo, 1919.

aunque nuestra inquieta y multiforme avidez—moderna y elegante enfermedad— nos lanza hacia él con la curiosidad del diletante....Pero ¿qué estamos diciendo? No puede haber hombre medianamente culto que. en países donde todo está por hacerse, no se interese en los problemas, de todo orden, inherentes a la Arquitectura, y a este arte en sí mismo, como suma manifestación de la civilización de que forma parte.

Nos gustó muchísimo el proyecto a que venimos refiriéndonos (ya nuestros lectores habrán caído en la cuenta de que se trata del proyectado Hotel que se ha de instalar en la Plaza San Martín). Nos gustó, así de primera impresión, por la concepción plena de limeñismo y de castizo y culto tradicionalismo que refleja. Luego, alejando nuestro pensamiento de todo lo que pudiera inducirnos a pretender analizar el trabajo con un criterio pedantesco-profesional, nos dimos a pensar, no sin cierta fruición patriótica en la suerte de esta Villa de haber encontrado, precisamente en los días en que corría inminente peligro de desfigurarse, un artista, tan hábil y perspicaz como Malachowski, que se enamore de *su estilo*, bellísimo estilo con reminiscencias sevillanas que tan galantemente elogiara el poeta Marquina. Y nada más.. ¡Ah! sí; que hemos visto con gusto que el quisquilloso y temible Castillo, prototipo del *criticón*, aplauda el proyecto, persistiendo en su saludable campaña de tradicionalismo artístico en nuestras ciudades.

EL RESURGIMIENTO DE LA ARQUITECTURA NACIONAL POR LA TRADICION

Hoy no existe idealismo en materia de Arquitectura; impera la lucha por la vida, y están muertos, o al menos profundamente aletargados, el entusiasmo y la abnegación sentimental de nuestros constructores urbanos. De aquí nace el individualismo que, torturado y sobreexcitado en busca de torcida originalidad, lo vemos en Gaudi, como caso típico y digno de mención. Pero o es esto, que nada dice al espíritu, o es esa desesperante uniformidad de las ciudades modernas, merced a la vacuidad y a la pobreza de legítimos recursos imaginativos de los artistas.

La falta de significación personal, unida al divorcio latente con la tradición nacional, ha originado el mal que hemos de lamentar a fuerza de herederos de copioso caudal artístico en todos los órdenes, caudal que es forzoso conservar y tener presente como selecto modelo.

La tradición es el carácter de la raza, es la concreción de espiritualidades y formas, arquitectónicamente hablando. ¿Acaso en la historia del Arte hay ejemplos latentes de tradicionalismo? ¿No lo son el templo griego respecto al arte oriental, y la catedral cristiana, suma y compendio de la época medieval?

"Pueblo sin tradición, pueblo que no mira, no consulta a su pasado, es pueblo que no puede resurgir", ha dicho Menéndez y Pelayo, y ha dicho bien. Y en el caso que nos ocupa, la tradición sobresale, ins-

pira las maneras y no excluye (antes al contrario) una intensa actuación personal, o sea la originalidad del artista, creadora de los estilos modernos.

La libertad absoluta del arte arquitectónico no existe en España, pues no hay que confundir la libertad con el libertinaje, ni esos engendros de exaltadas fantasías que, queriendo romper moldes, rompen hasta con la belleza (que es eterna e inmutable), con las concepciones serenas y sabias que se inspiran en los estilos históricos, haciendo en ellos las modificaciones o adaptaciones de lugar y tiempo pertinentes.

Por lo demás, hay que tener en cuenta el *Nosce te ipsum.* Conócete, mira tu origen, tu historia y podrás conocer y tal vez encauzar tus aptitudes. Y es elemental considerar que antes de remontarse es preciso aprender, copiar. No va a ser excepción la Arquitectura de lo que ocurre con la Gramática, la Escritura y todas las humanas disciplinas.

Luego ya vendrá el desenvolvimiento y la aplicación prudente de las iniciativas propias.

Hay que beber, pues, en la fuente de la tradición artística; si la sombra del pasado no es posible ahuyentarla, en Arquitectura debe ser constante este principio. Hay que *nacionalizar,* en una palabra, nuestra arquitectura civil y religiosa a la vista de esas obras espléndidas que nos han legado los antepasados, como algo íntimo y predilecto de nuestro ideal artístico.

El ejemplo dado por el Rey al dotar al palacio de la Magdalena, que le regaló la ciudad de Santander, construído al estilo inglés, de cerramiento en consonancia con el arte regional montañés, fuerza es que cunda.

No ha mucho, la marquesa de Bermejillo del Rey mandó edificar en la calle de Fortuny, de Madrid, una casa para habitación propia, en la que albergan todos los primores de nuestro arte del Renacimiento en la fábrica, en el ornato y en los más leves detalles.

Y esta noble señora—¡oh recuerdo deleitoso de doña Ana Lastanosa, de la condesa de Gelves, de doña Luisa de Portocarrero!—ha dirigido las obras y ha revisado y modificado los planos con igual gentileza que la mujer de Rembrandt y la de Rubens ayudaron a esos hombres preclaros en sus levantados menesteres artísticos, y con la misma prestancia y el desenfadado talento de nuestras damas del bello y florido Renacimiento.

La tradición manda, y de ella ha sido un triunfo de calidad esta nueva morada de arte renaciente de los siglos XVI y XVII.

De vez en cuando se registra alguna de estas rehabilitaciones; y ellas serían más si la conducta de la marquesa de Bermejillo tuviera sensatos imitadores.

En no recuerdo qué Congreso de arquitectos españoles se debatió largamente este asunto de la necesidad de volver la mirada a nuestro arte arquitectónico nacional; la sociedad "Amigos del Arte" tiene asignados premios a las construcciones que tal norma sigan; el Ayuntamiento de Barcelona concede anualmente recompensas a quienes levanten en aquella ciudad los más bellos y artísticos edificios.

Y, sin embargo, el arte francés, la escuela inglesa, más aún, un informe conglomerado en que destacan la desorientación y un refinado

culteranismo del gusto estético (si vale la expresión) o un barroquismo vacío de todo sentido escolástico, imperan y gobiernan en el ánimo de aquellos que dedican su dinero a labrar con ostentación su propia morada, y en el de los arquitectos— y esto es peor, mucho peor—encargados por su misión técnica de encauzar el gusto de los pudientes. Y así vemos que la mayoría de las construcciones que se levantan en las grandes ciudades más parece zarabanda ridícula de extravíos arquitectónicos o muestrario endeble de ñoñeces artísticas que aplicación serena y adecuada de aquellos principios que fueron gala del arte clásico, siempre joven, que informaron al más puro helenismo o fueron pauta de aquellos varones del Renacimiento, que, en medio de sus defectos, iban en pos de un ideal de belleza. ¿Es que acaso no hablan al espíritu—principio que debe informar todo intento artístico, por nimio y de poca monta que parezca—esas viejas casas solariegas, esa Casa Consistorial de Huesca, con su severa fachada, sus airosas y feudales torres, su castizo alero, pleno de majestad y bizarría; esa Casa de las Conchas y mil vestigios más del gusto, varonil y refinado a un tiempo, de esos alarifes de nuestro Renacimiento artístico?

La tradición se impone ciertamente, aunque con harta lentitud, luchando—vislumbrando, eso sí, el horizonte de la victoria—con las aberraciones de que queda hecha mención.

Pero para que esta labor de reivindicación—sana y patriótica—surta más pronto sus saludables efectos, es menester: primero, que el criterio de ciertas Corporaciones y de ciertas gentes no esté en pugna con la estética y la sindéresis, no mandando demoler determinadas construcciones, cuando a ellas se propende; y segundo, y sobre todo, que los ejemplos dados por las personas de buen gusto menudeen y se multipliquen, medio único de que los artistas despierten, acicate para que los arquitectos trabajen *pro pane lucrando y pro arte* serio y digno, a un tiempo; y remedio decisivo— pues que estriba en la razón económica latente—para que nuestra tradición artística—la tan motejada tradición, por boca de los beocios y de dómines indigestos de extranjerismo—salga de la postración en que yace por obra y gracia de malos encantadores.

RICARDO DEL ARCO.

El Tradicionista Palma

Por lo mismo que circunstancias invencibles, fruto del choque de las injusticias humanas, impidieron a la prensa nacional rendir a don Ricardo Palma, en la hora de su desaparición de la tierra, el homenaje cálido, armonioso, brillante, que exigían su alteza espiritual y su renombre, siente MERCURIO PERUANO, por virtud de su prosapia y de sus deberes para con las nuevas generaciones intelectuales, una mayor responsabilidad al consagrar estas páginas a la memoria del tradicionista glorioso. Su actitud, a más de la sinceridad en la pesadumbre y del calor en la admiración, que son tratándose de don Ricardo Palma movimientos de espíritu que se confunden con la nacionalidad, tiene en estos momentos la emoción ocasional de quien se encuentra obligado a arrogarse una representación solemne, en nombre de la patria, ante la tumba abierta. Es como si nos correspondiera, de pronto, sin buscarlo, el rol de enlazar con un crespón la bandera bicolor en frente a las miradas de todos los que bien quisieron a don Ricardo Palma y bien se enorgullecen de ser peruanos y de que él fuera el primero de su siglo literario y artístico.

MERCURIO PERUANO, cumple su deber en la medida de sus fuerzas, confundido por su poquedad, alentado por su emoción. Sabe que se yergue para señalar, tendido el brazo, el sitio donde se ha derrumbado la más alta cumbre y donde, en medio al resplandor hecho oro de la catástrofe, aparece la gloria. Sabe que el elogio de don Ricardo Palma está ya consumado y que su inmortalidad llegó para él antes de que cerrara dulcemente los ojos, y sabe, por lo mismo, que todo lo que resta para aprisionar la solemnidad de la tragedia terrestre, es transmitir al futuro el dolor de los hombres en el instante en que perdieron de vista en el horizonte, cegados por el sol, la barca de Caronte.

Lector: estas páginas de MERCURIO están escritas con patriotismo. Nunca, antes de ahora, pudo decirse con más verdad que la desaparición de un literato cierra un ciclo de la historia de un pueblo e impone la meditación en la suerte futura de las letras nacionales. Don Ricardo Palma era el único escritor representativo de su nacionalidad, el único que haciendo la propaganda de su arte y de su nombre, hizo la de su ciudadanía. Todos los pueblos tienen tradición y todos la atesoran avaros de la riqueza espiritual que significa; pero son pocos los que pueden vanagloriarse de que ella, transformada en monumento literario, trascienda a otros pueblos y tome cuerpo en la conciencia universal. Don Ricardo Palma es, en este sentido, el eslabón más fuerte que ata en la inmortalidad las glorias de la patria a las de la raza. Su nombre será en la historia la lumbre que iluminando los senderos de atrás inspire a los hombres el amor a la perspectiva y el deseo de entrar en ella y recorrerla con la alegría de la excursiones que se hacen a gusto del corazón.

La personalidad literaria de don Ricardo Palma es única en la América. Su arte es original. No puede detenerse el crítico en la admiración del estilo, tomado de fuentes clásicas y puras, juvenil y sano, jugoso y brillante, ni en la pintura de los personajes de la *tradición*, todos ellos moviéndose en el libro con vida espiritual y corporal; tampoco puede detenerse en la interrogación de si el tradicionista impone al lector el ambiente de la época o si lo transporta a través de los siglos, olvidado de su personalidad y su momento. Lo más admirable de la reconstrucción artística y de la supresión de las distancias que realizan las *Tradiciones*, cualquiera de ellas, todas tal vez, es precisamente la sutileza del artificio, imposible de descubrir y por lo mismo de imitar. Eso es lo personal. Eso lo grande. Eso lo que hace de don Ricardo Palma un escritor único, solo, inaccesible. Tradicionistas hay muchos en el mundo. Comentadores y revividores de crónicas añejas los hay más. Repetidores de anécdotas y romances lo somos todos. Pero reconstructores de ambiente y magos encantadores que hagan pasar a las generaciones de siglo en siglo hasta convertirlas, con sólo el libro delante, en espectadoras de la misma historia, no hay, ni ha habido en América, con ser inagotable la tradición americana, sino don Ricardo Palma. Lector: ni tú ni yo sabemos, cuando tenemos entre manos el libro admirable, en qué momento dejamos de ser nosotros mismos para convertirnos en el hereje campanero que toca y toca, alegremente, su pícara campana de media noche....

Ya se comprenderá, si tal es el concepto de los que vivimos la literatura de ahora, que rinde patrias al estilo, pero que busca la sugerencia artística, cuánto ha de entusiasmarnos la labor literaria de don Ricardo Palma y con qué gesto de definitiva admiración la señalamos en la hora de su muerte. Sin atropellar a ninguno de los hombres de su época para empuñar el estandarte conductor, ellos se lo dieron. Sin admitir comparaciones con ninguno de los escritores pasados y presentes, distinto de todos ellos, solo siempre en el laberinto de los que se dicen genios y de los que quisieran serlo, ese estandarte cobra ahora, en sus manos, una significación de gloria universal.

Poeta infantil y romántico, primero, epigramático y satírico más tarde, jugó con sus aptitudes como quiso, hasta encauzarlas todas en el camino de la *Tradición* maravillosa. Podrá deberle el Perú la labor paciente de la reconstrucción de la Biblioteca Nacional y podrán agradecerle los jóvenes de hoy la serena austeridad de su vejez, deslizada mansamente en medio de emocionados anticipos de la inmortalidad; pero lo que no le pagará la patria nunca, porque es gloria que ni los héroes suelen darla, es la sonoridad de su nombre y el rendimiento universal a su memoria.

LUIS FERNAN CISNEROS.

Un eco del dolor argentino

Entre las últimas firmas que la mano, ya entorpecida, del noble anciano estampara, se encontrarán, sin duda, las que suscriben cariñosas dedicatorias, en un tomo de sus poesías obsequiado a mi esposa y en la edición de "Tradiciones y Artículos Históricos" de 1899. "Al buen amigo, el Señor Antonio Sagarna, Ministro Argentino—dice— en recuerdo de la amable visita que en el día de la patria peruana hiciera a su afectísimo amigo, el octogenario............"; y ya que la espera de algunas impresiones de mi país, prometidas por espíritus selectos y que deseábamos llevar a Don Ricardo Palma—como un eco del alma querida de la tierra—con la gratitud emocionada por el obsequio, sufrieran excesivo retardo, queden en las páginas representativas de *Mercurio Peruano*, estas notas del recuerdo, del amor y de la veneración.

Con serias dudas sobre mi capacidad de adaptación a las pragmáticas de la ortodoxa diplomacia, desgraciadamente menos reformada que lo que algunos ingenuos suponían, compensaba—al venir al Perú—las preocupaciones de yerros y traspiés en este inusitado sesgo de mi vida, con el pregusto de emociones, presentidas y suspiradas desde las confidentes bancas del escolar: animar y reconstruír, en lo íntimo, frente a una "huaca" o a una losa, que tal vez hollara la planta soberana del Huayna, la vida sabia y triunfal del Imperio del Sol; evocar, dentro de los muros de la Casa de Pizarro, la estupenda potencia de fé, de ambición y de heroísmo, que moviera la obra insuperada de los Conquistadores; poner en más estrecha comunión el alma con el espíritu flotante del austero Gran Capitán y Gran Padre de tres patrias; ver, oír, estrechar, un segundo siquiera, la mano rugosa, evocativa como un viejo palimpsesto, del encantador tradicionista.......

Y mientras el arcaíco "protocolo" sigue guardado y resguardado, cual la Thora en los ritos hebráicos, he ido llenando los números del programa de mis preferencias mentales y cordiales; y en una tarde nublada del mes de Junio, por segunda vez encaminé mis pasos hacia la casita de Miraflores, donde apacible, se deslizaba la vida de Palma, después de su retiro de la Biblioteca Nacional. De esa visita daba cuenta en amistosa confidencia, a un compatriota, cuyas horas fructíferas, son compartidas por prestigiosas actividades jurídicas, nobles y altruístas preocupaciones democráticas y plácidos baños de alma en aguas y luz del azul. Dice así la carta:

"Lima, 27 de Junio de 1919. Mi distinguido amigo:
Hace pocos días, en compañía de mi esposa y de la del Secretario de la Legación, fuimos a visitar a esa preciosa reliquia de las letras americanas, el venerable patriota, tradicionista y poeta peruano Don Ricardo Palma. Vive en compañía de su hijo Ricardo, médico de bien cimentado concepto científico y de sus tres hijas, que le cuidan—no diré como tres monjitas ni tres vestales—porque, hacendosas y muy humanas, diluyen su tiempo en una alegría feliz y espontánea, que cascabelea y refracta la luz que mana de aquel santuario, en policromía del iris, así los caireles de una lámpara votiva."

"Vive en una modesta casita este nimbado patriarca, en la villa y balneario de Miraflores, a una cuadra de la hermosa Avenida de la Alameda, a la que sus hijas le llevan por las tardes en silla de ruedas, con gracia y orgullo de soldados que llevaran, sobre la cureña, su viejo pabellón peruano, arrugado y deflecándose por los embates del tiempo, pero reverberando, en la púrpura de sus paños, el sol de muchos días de gloria."

"Está viejecito Don Ricardo, perdida casi la vista, tullido y tembloroso, pero frescos todavía los recuerdos y lleno de vigores el luminoso espíritu; aún es capaz de hilvanar perlas en sus inimitables *Tradiciones,* para enjoyar la literatura y vigorizar el nervio del espíritu nacional."

"Nos recibió en su biblioteca, con sentidas palabras de cariño y expresiones de esa cortesía limeña, de gran señor hospitalario, tan castiza y delicada: "¿Argentinos? Pues adelante a tomar posesión de esta casa humilde, que es la vuestra y a contarme como el más rendido de vuestros esclavos." Mucho lo regocijaba, nos dijo, que sus paisanos hubieran sabido demostrarnos el afecto del Perú hácia la patria de San Martín, Sarmiento, Gutierrez y Sáenz Peña y que nos sintiéramos felices en su tierra.

Tuvo y tiene muy buenos y queridos amigos en la Argentina, recordando con especial complacencia, entre los primeros, a don Juan María Gutiérrez, de quien fué amanuense para sacar copias de libros y manuscritos de la Biblioteca Nacional, cuando aquel eminente estuvo algún tiempo en Lima, durante la tiranía de Rozas. Claro está que me bañé en agua de rosas al oír, desde tan encumbrada cima, elogios tan justos y entusiastas como los que Don Ricardo expresara del Doctor Gutiérrez, el compañero de Alberdi, Varela y otros en la Sociedad Literaria del Plata, de donde saliera el famoso "Dogma Socialista" de Echeverría; el gran ministro de la Confederación; el ilustre rector e historiador de la Universidad de Buenos Aires. Me refiere el señor Palma que, allá por el año 1880, (yo tampoco no recuerdo con precisión la fecha) con motivo de los juegos florales, en que fueron laureados nuestros dos más grandes poetas, Ricardo Gutiérrez y Olegario V. Andrade, Don Juan María, visto por una comisión de caballeros para que formara parte del jury, expresó su imposibilidad por su estado de salud, pero, mostrando un tomo de las "Tradiciones Peruanas" que recién le llegaba con cariñosa dedicatoria de su ex-amanuense, les manifestó que también los poetas y artistas argentinos, debían orientarse hacia las cosas, acontecimientos e ideales de la tierra y que con ese criterio debían fallar los jueces y crearse los estímulos."

"Entre los hombres de letras argentinos del presente, menciona cariñosamente a Don Pastor Obligado; y yo me explico la preferencia, por la afinidad de almas y la similitud en las manifestaciones literarias, en asuntos y estilo, de estos nobles ancianos, quienes viven todas las horas de sus serenas y fecundas existencias, removiendo piadosamente las capas primeras de nuestras respectivas historias, ambas incipientes, pero tan llenas de humus fertilísimo como para que en él germine y arraigue un patriotismo idealista, por lo justiciero, libertario, generoso y fraternal."

"Expresó profunda y sincera pena por la muerte, anunciada recientemente, de su estimado e ilustre amigo el Doctor Estanislao Zeballos; noticia que rectifiqué vivamente, agregándole que, después de soportar una grave intervención quirúrgica, el organismo robusto del distinguido compatriota, se había repuesto con verdadera rapidez y que a estas horas, florecida como siempre su impecable *boutoniére* atendía con su habitual asiduidad, el Decanato y la Cátedra en la Facultad de Derecho, su prestigiosa revista, su autorizado bufete de abogado, algunos

temas de la redacción de "La Prensa", la presidencia del Instituto Popular de Conferencias y otros numerosos asuntos que ocupaban su fértil actividad. Un vivo fulgor resplandeció en los ojos bondadosos y dulces del poeta y me dijo: "No sabe Ud. Señor Sagarna, cuánto bien me hace y cuánto le agradezco su noticia;" y con ayuda de su hija encendió un nuevo cigarrillo, que chupó larga y fruicientemente, como si quisiera transmitir a ese viejo compañero, confidente de sus rumias y de sus soliloquios ya crepusculares, el júbilo de su buen corazón por el reaparecer de aquel amigo, que creyera anticipado por la ruta hácia el "ignoto país."..........

"Pendiente de una de las paredes de la habitación, ví la fotografía de un perfil enérgico y simpático, ya encanecidas la cabeza y barba, pero revelando franco vigor. ¿Don Rafael Altamira?, pregunté. Nó, respondiéronme, es el retrato de Don Nicolás de Piérola. "El Reconstructor", me atreví a insinuar; "justo—dijo entonces Don Ricardo—El Reconstructor, mi único jefe de partido, pues muerto él, ya abandoné un asunto que poco entiendo y menos gusto; el reconstructor de nuestra vida, aniquilada después del desastre y que él tonificó y levantó con el ejemplo de su saber, su rectitud y su patriotismo". Mis informaciones sobre el Perú, aunque deficientes, no andaban, pues, tan lejos de la verdad histórica."

"Preguntóme si había conocido a Don Rafael Altamira, que era también su amigo de muchos años y de tan hondo afecto como de gran admiración, mostrándome un retrato con dedicatoria. Contesté que le había conocido "desde la barra" en algunas de sus conferencias de Buenos Aires y mucho antes, por sus obras históricas y por su renombrada cátedra en la Universidad de Oviedo; que eran él y Jaurés los dos "embajadores espirituales,", como tan elocuentemente calificara Joaquín V. González, quienes más intensa impresión y más valiosas enseñanzas dejaron en la juventud argentina, de entre los varios que en determinado momento, nos visitaron por allá (Ferrero, Ferri, Gaffre, Posada, Clémenceau, Blasco Ibáñez, Murri, France, etc,) por la sinceridad, fervor y altruísmo de su predicado. Advirtió el Señor Palma que, también entre la juventud peruana, dejó imborrable huella el maestro español, por las mismas razones que yo expusiera. ¡Es que no hay registrador que iguale en precisión para constatar y medir valores morales, al de la conciencia de la juventud sana que estudia y que lucha, que ama la vida misma por lo que ella tiene de espontáneo y ex-

pansivo; que cataloga fidelísimamente a los que adoctrinan o simulan adoctrinarla, de un lado en "maestros ciruelas", "pedagogos *soufflés,*" "dulcamaras", y "diablos predicadores" y del otro, en *maestros*, pura y simplemente, con todo el sublime sentido de abnegación, altruísmo y pasión docente del concepto! Y por eso, los Larroques, Clark, Torres, Scalabrini, Bavio, Ugarteche, Sarmiento, Gómez, Estrada, Alvarez, (Agustín), para no nombrar sino a unos cuantos muertos, que iluminaron y caldearon nuestra escuela, colegio y universidad, son inconfundibles con el cardumen de los "enseñadores" descreídos, que lo mismo empavesan su hueca testera con una banderola de "patriotas incorruptibles" en un día de fiesta, que se uncen, ellos mismos, los muy voluntarios, al carro de alguna fea oligarquía en la esperanza de honores o provechos indecorosos."

Seguimos conversando de varias cuestiones interesantes, en un ambiente familiar, como si de larga data nos conociéramos; y cuando nos retiramos, ya entrada la noche, *non lucevan le stelle,* porque la densa bruma invernal de Lima, encapotaba el cielo y humedecía la tierra, pero una sensación de altura parecía soliviantar, suavemente, nuestras almas. ¡Qué inmenso bien produce el trato con estos nimbados exponentes de los grandes tiempos que fueron, que comprenden y aquilatan la nueva hora que pasa y que sienten el pregusto de las conquistas futuras con un optimismo gozoso, que no amengua ni entibia siquiera la segura próxima despedida! ¡Qué lección estupenda daríamos a nuestra juventud si pudiéramos hacerla pasar, de cuando en cuando, en peregrinaciones templarias por las casas de estos próceres de la civilidad, del patriotismo y de la belleza!".

"Antonio Sagarna".

Llegado el 28 de Julio, sin perjuicio de las ceremonias y de las manifestaciones amistosas oficiales, llevé mi saludo y mi homenaje—con el homenaje y el saludo del pueblo argentino—al nimbado patriarca, en su retiro augusto. Sé que le hice feliz y él a mí. Reanimóse, y cálido y vibrátil, díjome las buenas, bellas palabras de su corazón, para agradecer lo que él juzgaba una gentileza de mi parte y yo conceptué como un deber y sentí como una delectación. El recuerdo justiciero y amoroso para el común Gran Prócer; la evocación de las comunes glorias; la seguridad plácida de comunes ideales y destinos; la confianza en

próximos mejores días para la Patria y la América, salían de sus labios con esa espontaneidad grácil y confiada de quien, sabiéndose obrero cumplido y eficaz en su tarea y en su hora, descansa en el sano optimismo de saber que otros harán la suya y que todos los rehacios, retardados o desertores, no serán capaces de torcer el curso de la vida en ascensión perenne.

¡Fué el apretón de manos de ese día, el de nuestra despedida eterna!—Por esperar otras—como dejo dicho, anunciadas—no alcancé a llevarle palabras cariñosas de mis queridos alumnos de la Escuela Normal de Paraná; de altas personalidades como Zeballos; como el fervoroso y noble Maestro Juan José Millán, Inspector General de Enseñanza Secundaria, Normal y Especial, quien me dice:

....."Me he enterado de su visita al egregio escritor y poeta Don Ricardo Palma. Me imagino fácilmente sus alegrías, en presencia de ese hombre cuyos libros Ud. vió en mi biblioteca, cuando buscábamos la guía del Tiahuanaco, como me imagino bien el alcance que Ud. da a esa vida que guarda todos los encantos del pasado; para Ud. y para su espíritu idealista, ¡qué hermoso baño de sentimentalidad, habrá sido esa conversación con el hombre que tan hondo ha penetrado, no sólo en el alma tradicional del Perú, sino en la de todas nuestras tradiciones! Así, como en el pasado, con las aplicaciones que el progreso científico pueda añadirle, es como concibo la organización social del porvenir. Quizá algunas mejores formas de la vida política y de relación agregadas o modificadas, respecto de lo pasado y actual; una mayor seguridad de la paz y la solidaridad humanas, una mucho mayor porción de modestia y sinceridad y con eso ya seríamos felices del todo"; y como Prudencio Cláriá, gran abogado, austero ciudadano, notable orador, alma criolla sensible al bien y la belleza: "Muy buena, me dice, su carta última, en la que con tánto y tan explicable calor—y cariño—nos habla de ese" "viejo amigo," de Don Ricardo Palma, de cuyas "tradiciones" hemos desprendido hermosas perlas. Y entiéndase que cuando le llamo "viejo amigo" es porque me lo presentaron sus obras, y me lo hicieron gustar sus exquisiteces, y me lo hicieron querer sus bondades, sus gentilezas y sus vinculaciones con muchos de los nuestros."

"Creo, como Ud., que haría mucho bien a nuestra juventud —y a muchos que no lo son—visitar de vez en cuando sagrarios como ese, bañarse en su luz, beber ese elixir de belleza y de santidad, retemplar la fibra en presencia de ese bravo viejo lin-

do, tan ameno en el decir, tan robusto en el querer y recordar."

Rudas, vitales agresiones, sacudieron al mundo en los últimos años y pareciera que, más que al dolor tremendo, al feo espectáculo de sus devastaciones, dulces Haedas de América cerraron los ojos y elevaron las almas en busca de refugios serenos y luminosos: Darío, Almafuerte, Guido Spano, Rodó, Nervo, Palma, el último. Y sin embargo, para reconstruír el mundo, para salvar la democracia, por apóstoles de la belleza y del bien, claman las conciencias, ahitas de fuerza inclemente, de sofismas juristas y de dogmatismos intolerantes. Su ausencia es, pues, más sensible e irreparable.

De las copas de sus altos árboles; de las cimas y laderas de sus cerros y montañas; de la tupida fronda de sus bosques, centenarios y misteriosos como los de Chapultepec; de los floridos jardínes y verjeles, que orlan su vida sana, generosa y bella, mi Patria Argentina desgaja, para ofrendarlos a la memoria gloriosa de Ricardo Palma, laureles, olivos y palmas, aromos, madreselvas, margaritas y flor del aire, como un emblema—en vigor y perfume—del eco dolorido de un pueblo que le amó en vida y le reverencia en la eternidad de su obra.

Y pues que se va al cielo, este patriarca de las letras y del alma soñadora de América, un resplandor de soles cruzará la extensión serena de su azul y le partirá en franjas. Será mi bandera, montando guardia en su honor al paso del gran cortejo y flameará melancólicamente, como un pañuelo amigo en la partida final.......

ANTONIO SAGARNA.

Palma, satírico

La aptitud limeña para la sátira, es ya un lugar común en la historia literaria peruana. Nuestros más originales ingenios fueron satíricos. A la sátira no alcanzó la imitación que bastardeó todos los otros géneros. Palma, el espíritu más representativo de nuestra literatura, tenía que ser necesariamente burlón. Su humorismo provenía de aquella surgente vena criolla, de risa sana y jovial, de inconfundible malicia, que tuvo su hontanar risueño en el siglo XVII, en Juan del Valle y Caviedes, el poeta de la Ribera.

En apariencia es a Palma al que menos conviene, entre nuestros risueños burladores, el dictado de satírico. Su obra propiamente satírica es muy escasa. En breve cuenta podría reducirse a las rimas festivas de *Verbos y Gerundios,* a su colaboración en el *Juicio de Trigamía* y a sus fugaces intervenciones en la política.

Pero en Palma lo risueño, lo burlón, es lo innato, lo distintivo. Por sobre sus prestigios como historiador y su reputación como poeta está su purísima gloria de ironista. En tierras de Castilla, Miguel de Unamuno lo ha llamado el primer ironista de la lengua. En nuestra descaracterización literaria, tuvo Palma la virtud de un gesto propio: su sonrisa.

La sonrisa de Palma presta originalidad, unidad y aliento personal a su obra. ¿Qué son sus *Tradiciones,* sino historia iluminada por una chispa de gracia, historia festiva hecha por un limeño que no podía olvidarse de su agudeza ni abdicar de ninguna de sus prerrogativas risueñas? El supo hacer sonrientes las más graves tareas: la erudición, la filología, la bibliografía. El hizo sonreir a la plañidera musa romántica de los bohemios de su tiempo.

Palma intentó en su mocedad, más por contagio que por nativa tendencia, ganar los lauros de Apolo. Varios libros quedan como testimonio de ese pecado venial. Pero, desde entonces, se nota en él la vena satírica. Mientras sus compañeros deliran por Hugo, Byron y Espronceda, él comparte sus admiraciones románticas con Larra y Fray Gerundio y traduce al escéptico ironista de *Atta Troll*. Por más que su mejor traducción sea la de una poesía de Hugo, no era el formidable temperamento del titán francés el que se acomodaba a la amable espiritualidad del ironista peruano. Fruto de aquella bohemia, en la que no faltaban espíritus tan chispeantes como Juan de los Heros, el festejadísimo autor de las *Ensaladas y Pucheros*, fué *El Diablo*, periodiquillo tundidor y travieso, en el que Palma hizo sus primeras armas satíricas, y por el que estuvo a punto de recibir un bautismo, nó de agua sino de legítimo bejuco americano.

Fué carácter distintivo de nuestra sátira la orientación política. Los ejemplos de sátira social son muy escasos. Fuera de los pocos artículos de Pardo, el único ejemplo de crítica de las costumbres lo ofrece Segura. Y dentro de la sátira política, el periodismo tentó a todos y, lo que es lo más grave del caso, el periodismo de oposición. Para atacar nunca faltó gracia entre nosotros: *El Murciélago* y Juan de Arona bastan para comprobarlo.

Palma intervino una vez en el periodismo satírico, y no hay necesidad de decirlo que fué en el de la oposición. En unión de Juan de los Heros, escribió "La Campana", periódico en el que publicó unas jocosas semblanzas de los diputados a la Constituyente del 67, que son la prueba más dolorosa de la tenacidad de nuestros vicios políticos. Véase si no parecen congresales contemporáneos, estos dos tipos esbozados por el regocijado semblancero de aquella época. Este es el entonces diputado por La Mar:

Quien hace lo que puede
A más no está obligado:
Al buen callar lo llaman
En este mundo, Sancho;
Quien se mete en camorras
Sale perniquebrado.
Por eso usarced dice:
Votemos y vivamos.

Y la que sigue es la intencionada semblanza de un honorable señor que respondía inoportunamente al nombre de Casafranca:

Pues no está franca la casa,
¡Pese a su nombre de pila!,
Pués afirman (¡será guasa!)
Que el ministerio la alquila.

El que no acertó a ser sino un mediano poeta lírico, fué un buen poeta festivo. *Verbos y Gerundios* es la prueba. Aunque todavía perduran las huellas románticas, en *Verbos y Gerundios* predominan ya las composiciones alegres. Si no había conseguido dar la delicada nota erótica, da la traviesa nota picaresca, y en vez del epitalamio romántico, rima en octosílabos su parte de matrimonio. Son las de esta colección las poesías más popularizadas de Palma, las que perdurarán de su obra poética, por la virtud eternizadora de la risa. De memoria sabemos todos esas anecdotas rimadas que él titulaba cuentecillos en los que predomina la fina y ligera nota epigramática. Para acreditarle como poeta festivo bastan *Heroicidad, La última copita, Indirectas directas, La mendiga, Hasta los gatos quieren zapatos,* esa alusiva composición *Lo de siempre* que tiene su exacta moraleja política o aquellas otras en las que da la difícil receta para hacer versos o solicita a un viudo una rama del árbol en que se ahorcaron sus dos cónyuges, o aquella traviesísima y delicada en que un enfermo de hospital suspira por ser yerno de Dios ante el palmito adorable de una de sus místicas hijas. Como una muestra de ese ligero y picaresco ingenio básteme reproducir esta cuarteta, característica como ninguna, de la malicia socarrona de Palma:

¡Que pierna, Jesucristo! Era un portento:
¡Redonda, limpia, trasparente, tierna!
De esas piernas tan pródigas de encantos
Que hacen prevaricar hasta a los santos.

Otros méritos tiene el desenvuelto rimador de *Verbos y Gerundios*, para figurar con honra como poeta festivo. Su regocijada musa no podía estarse quieta mucho tiempo. A poco de aparecida a-

quella colección de versos, se une Palma con los más chispeantes ingenios de su época para publicar un periódico: "La Broma". Por una excepción encomiable "La Broma" no se ocupa de política. La inhibición política les obliga a buscar nuevos motivos para su pluma chancera. Nace entonces la idea de escribir un juicio en verso, con todas las formalidades requeridas por el Código de Enjuiciamientos. Entre los bromistas había jurisconsultos tan prominentes como Miguel Antonio de la Lama y Manuel Atanasio Fuentes, *El Murciélago*. El propio Palma podía exhibir diploma académico. El juez de la causa sería Lama. Palma,—nunca más acertada elección—abogado de una limeña, indignamente chasqueada por su consorte, un inconstante capitán, inicia la demanda en un jocoso escrito en que denuncia el matrimonio de éste, sucesivamente, con una arequipeña y una moqueguana. Fuentes, se encarga de la defensa del trígamo. Acisclo Villarán, haría de Promotor Fiscal. La arequipeña sería defendida por Eloy P. Buxó y la moqueguana por Julio L. Jaimes. Escribano y alguacil: Benito Neto.

Las cuatro primeras piezas, las fundamentales del proceso, son las más ingeniosas y agudas. Palma y Fuentes compiten en ironía y en humorismo y se echan unos a otros saladísimos epítetos. Después de complicado procedimiento, en el que no faltan las indispensables notificaciones, decretos, declaraciones y solemne vista de la causa, con informe oral de los abogados, el juez expide una sentencia leonina y desconcertante, pero graciosísima:

y como el capitán ha revelado
inteligencia escasa,
le condenamos a vivir con ellas
en una misma casa.

Una debía criar a los hijos y coser, lavar y planchar la otra, servir en la cocina la tercera, y el capitán infortunado soportar y mantener a las tres.

Pero en donde Palma revela más originalmente su humorismo es en las *Tradiciones*. Con ser obra de historia y de celosa erudición, las *tradiciones* son el mejor testimonio de su malicia y de su donaire picaresco. Sólo él supo, reuniendo cualida-

des que se rechazan por instinto, ser erudito y travieso. Pudo haberse despersonalizado en la lectura soporosa y en la rebusca ímproba. Pero su espíritu alado revoloteaba juguetonamente sobre los infolios a caza de la anécdota añeja y escabrosa, de la aventura galante o el detalle sugeridor. En vez de envejecerse en el trato con los pergaminos, él rejuvenecía la historia con su regocijo satírico.

Como más tarde el autor de la *Isla de los Pingüinos,* él haría sátira en la historia y la haría con todas las características de la sátira criolla hasta con sus alusiones políticas.

Palma se revela en sus *Tradiciones* criollo auténtico, indisciplinado, enemigo de la autoridad, irreverente en cuestiones religiosas, oposicionista por temperamento, malévolo y gracioso.

Como criollo legítimo le tiene odio jurado a la autoridad, llámese esta: monarca español, virrey, audiencia, corregidor o presidente. Se regocija cuando el virrey se ve en algún grave aprieto; cuando es más tirante el forcejeo entre el virrey y el arzobispo a propósito de un estrado o de un quitasol; cuando al virrey le cortan el revesino o lo llevan a la cárcel como a cualquier pelafustán. Hasta parece que colaborara con los pasquineros que escriben pareados contra los virreyes en las paredes de palacio y que ayudara a repicar al campanero delator de los trapicheos del virrey hereje. Cada virrey tiene su mote en las *Tradiciones*: el hereje, el poeta, el inglés, el de la adivinanza, el virrey brazo de plata, el temblecón, el gotoso, el de los milagros, Pepe Bandos o el virrey de los pepinos. Al único que alaba sin reservas es al virrey limeño. Sus simpatías son siempre por los rebeldes. Por Gonzalo, el gallardo insubordinado, y por Carbajal, el irreductible y sarcástico *Demonio de los Andes.* Aplaude al noble que alega la limpieza de sus cuarteles para desobedecer las ordenanzas de un corregidor. Pero nunca se regocija más que cuando el motín es de limeñas. Diríase que azuza el resentimiento femenino, cuando un virrey se ha atrevido a legislar sobre la saya y manto o sobre las medias de las limeñas. Se le oye gruñir: ¡Buena laya de godazo! De todas las autoridades la que más le subleva, acaso más que el Rey o la Inquisición, es la del padre tiránico con la hija enamorada. Bate palmas cuando la limeña se obstina en no casarse con el pretendiente arterio-esclerótico o se retira, herida en su dignidad, a una celda.

Sus críticas a la autoridad tienen cierto sabor a periodismo de oposición. Cuando el virrey no sabe qué hacer ante la sublevación de las limeñas, él apunta: "Entre tanto *el gobierno* esta-

ba en Babia". Por asunto parecido llama "papanatas" a Felipe II y muy traviesamente exclama, refiriéndose a otro monarca que se atrevió a dictar pragmáticas contra los chapines de raso de las limeñas: "¡Vaya un rey de baraja sucia!" ¿No hay en todo esto su puntilla de sátira política?.

Nadie tampoco más amigo del alboroto y del tumulto que el tradicionista. Aunque en la Colonia no hubiera partido políticos, ni revoluciones, él se encarga de abultar el menor conflicto administrativo social o eclesiástico y de dividir la opinión en bandos inconciliables. La rivalidad entre criollos y peninsulares, latente en toda la época colonial, da asunto con sus curiosos litigios a sus mejores *tradiciones*. Ella se demostraba más violenta en los capítulos de frailes. Palma se complace descubriendo los preparativos de la elección, haciendo el recuento de los votos, describiendo las batallas y las incidencias de aquellas *jornadas* frailescas. Como no hace historia seria, no tiene reparo en plegarse a uno de los bandos y rimar vítores por el triunfo de su candidato. Limeño empedernido se afilia siempre al bando criollo, como que sabe que éste será más tarde el de la Independencia. Si el cronista hubiera vivido en esos tiempos, hubiera sido partidario de los padres Urrutias, los dos limeños prestigiosos. Tradicionista, no oculta su simpatía por el virrey capitulero. Con el tiempo el virrey será presidente y el convento, municipio o cuerpo electoral. El mismo se encarga de hacer el risueño paralelo de la Colonia y la República en *Una hostia sin consagrar.*

En las *tradiciones* de Palma, por último, hasta los santos se ocupan de política. Santa Rosa, esa "divina mestiza que fué santa sin dejar de ser limeña", formula al Señor una súplica a favor del Perú, idéntica a la que su mística hermana Santa Teresa hiciera para España: un gobierno justo y moderado. El Dios español, algo truhanesco, contesta en clara lengua de romance, en tanto que el sonriente Padre Eterno de Lima, tiene la picaresca malicia de los hijos de la ciudad y envía regocijadamente a la Santa a comer buñuelos. Pero esta graciosa invención, no tiene ya nada de tradición ni de historia. Es una *capillada* auténtica que hubiera podido ser firmada por Fray Gerundio y refrendada por Tirabeque. Tampoco es tradición aquella traviesa profecía, *Apocalíptica,* en que los limeños devotos de Nuestra Señora la Pereza, llegan tarde al Juicio Final... Insensiblemente el tradicionista se olvida de sus deberes históricos, para dar su palotada sobre partidos o sobre caudillos de

su época. Su lenguaje es el primero en delatarlo. Es al satírico político al que se adivina cuando llama irónicamente a las balas, "píldoras de democracia", o cuando dice que el dómine de uno de sus cuentos "concedió amnistía general" a los arrinconados escolares, o, por motivos de heráldica, afirma que "el *sable* es civilista que no corta ni pincha". Abundan esta clase de alusiones en las *Tradiciones*. Con el menor pretexto, el cronista se traslada desde sus tiempos pretéritos a la realidad del presente que nunca dejó de preocuparle. Así por una indecisión de si vale más el águila o el león con corona de los Prado o los Pardo, nos dice: "Decídalo otro, que a mí me basta saber que entre un Pardo y un Prado han traído tánta bienandanza al Perú que estamos dando dentera al mundo". Sobre presidentes del Perú, hay abundantes apreciaciones en las *Tradiciones*, y nó precisamente en las que a ellos se refieren. De Gamarra, dice: "que fué el primer caudillo de motín que tuvo la patria nueva y el que fundó cátedra de "anarquía y de bochinche". A Salaverry lo ensalza. A Castilla, de quien fué opositor, no le escatima sin embargo admiración. De Balta habla con no oculto fervor partidarista. Se burla en cambio de la "república práctica" de D. Manuel Pardo. Y todo esto haciéndole risueñamente ascos a la política, como cuando dice: "Pero noto que voy metiéndome en el peligroso campo de la política y hago punto; no sea que me eche a disparatar como la mayoría de los hombres públicos de mi tierra, que no pueden dar en bola cuando están con el taco en la mano". ¿Y el tradicionista? Por los cerros de Ubeda.... por los cerros de Ubeda de la política se entiende.

Muy largo sería analizar todos los motivos que dan lugar a la risa picaresca de Palma. Quizás de lo que se burló más donosamente fué de las supersticiones, y de los santos. San Pedro y Jesucristo resultan viajeros por el valle de Ica. El cronista no duda de ninguna superstición y cuenta crédulamente, con devoción de beata terciaria, los milagros del beato Martín o la ingenua conseja del alacrán de Fray Gómez. A las viejas limeñas las ha caracterizado admirablemente, en *tradiciones* que son verdaderos retratos burlescos. Baste citar las *tradiciones Traslado a Judas, Contra pereza, diligencia, El niño llorón,* sobre todo aquella inimitable *La misa negra.* Véase si los párrafos de este cuento no parecen surgidos de la desdentada boca de la abuela:

"Como un año estuvo presa la pícara sin querer confesar ñizca: pero, ¿adónde había de ir ella a parar con el padre Pardi-

ñas, sacerdote de mucha *marraqueta* que fué mi confesor y me lo contó todo en confianza? Niños, recen ustedes un padrenuestro y un avemaría por el alma del padre Pardiñas.

Como iba diciendo, quieras que no quieras, tuvo la bruja que beberse un jarro de aceite bendito y entonces empezó a hacer visajes como una mona, y a vomitarlo todo, digo que cantó de plano; porque el demonio puede ser renitente a cuanto le hagan, menos al óleo sagrado, que es santo remedio para hacerlo charlar más que un barbero y que un jefe de club eleccionario. Entonces declaró la San Diego que hacía diez años vivía (¡Jesús, María y José!), en concubinaje con el Patudo: ustedes no saben lo que es concubinaje y ojalá nunca lleguen a saberlo. Por mi ligereza en hablar y habérseme escapado esta mala palabra, recen ustedes un credo en cruz".

Más que historia, es reproducción de un tipo que el tradicionista conoció niño y que trasladó con admirable fidelidad.

El poeta festivo, tiene también cabida en las *Tradiciones*. Fuera del obligado preludio que precede a cada serie de ellas, su musa picaresca encuentra múltiples ocasiones de revelarse en una repiqueteada cuarteta o en un pareado burlón. ¿Són realmente copiados muchos de los versos que contienen las *Tradiciones* o son fruto del ingenio nunca en reposo del poeta? El no lo dice, pero yo me inclino a lo segundo. Absolutamente suyos algunos, sobre una base ajena insignificante otros; al tradicionista pertenece por lo menos, el mérito de su oportunísima colocación. Asoma en esos cortos versos un regocijo jovial, un acento de copla liviana, frescura y desembarazo de musa popular:

La madre que te parió
merecía parir veinte
y que yo fuera diezmero
y me tocaras en suerte.

Digo que no eran dedos
los de esa mano,
sino que eran claveles
de a cinco en ramo.

Es el amor un bicho
que cuando pica
no se encuentra remedio
ni en la botica.

Si yo me viera contigo
la llave a la puerta echada
y el herrero se muriera,
y la llave se quebrara....

Como éstas, podía citar cien. Sólo citaré dos más, traviesísima la primera, muy característica de Palma la segunda:

Mis ojos fueron testigos
Que te vieron persignar,
¡Quién te pudiera besar
Donde dices *enemigos!*

Cuando dos que se quieren
se ven solitos,
se hacen unos cariños
muy rebonitos.

El estilo de las *Tradiciones* es, por último, la mejor prueba, del humorismo de Palma. No entra ya en las dimensiones de este artículo hablar de aquella riquísima prosa, mezcla de habla antigua y de castizo criollismo, en que se confunden el vocablo rancio de los viejos infolios con la gráfica expresión popular, y que, por lo airoso de su construcción y la abundancia de palabras burlescas que la coloran, es por sí sola una invitación al regocijo.

Y, como en las *Tradiciones*, fué Palma en su vida y en su obra: siempre risueño. Filólogo, presenta a la Academia de la lengua un catálogo lexicográfico en el que predominan los más bufones vocablos: adefesiero, bagre, cabulista, caray, capitulero, codeo, chichirimico, despapucho, disfuerzo, guá, muchitan-

ga, paporreta, picasena, politiquear, puchuela, tetelememe, timbirimbero, tutuma, zafado, zamacueca, zaragate. Diríase que defiende el léxico de sus *Tradiciones.* Bibliotecario, yo le admiro el gesto risueño de anotar picarescamente los libros, con anotaciones que serán documentos en el futuro. Sin su sonrisa, la obra de Palma hubiera sido la de un poeta chirle y plañidero, la de un adocenado erudito, la de un historiador mediocre, la de un bibliotecario prolijo. Por su picardía, por su fina espiritualidad, por su lisura limeña, la obra de Palma quedará como la más genuina muestra de la travesura criolla.

RAUL PORRAS BARRENECHEA.

La Poesía de Palma

Cuando se quiere sintetizar en un epíteto la obra literaria de D. Ricardo Palma, se le llama *Tradicionista*. Este adjetivo que, al correr de los años se ha hecho inseparable antecedente del apellido del maestro y que, aun solo, lo designa antonomásicamente, define aquella obra para el pueblo mejor que cualquiera clasificación retórica imaginable. Como todo lo que sugiere o evoca en vez de describir o someter a análisis, tiene para la mente popular el mismo poder mágico que el *sesamo ábrete* de los cuentos orientales. Así como esta fórmula abría a quien la pronunciaba el antro fabuloso en que hacinábanse las miríficas riquezas acumuladas durante años, aquel calificativo hace rutilar ante la fantasía del pueblo el prodigioso lingote de las leyendas nacionales, secular y magnífico, pacientemente acopiado y transformado por el buril, a un tiempo firme y ágil, del artífice, en una deslumbrante sucesión de hermosas orfebrerías. Hace desfilar ante sus ojos, en el animado panorama de sus relatos, las sucesivas épocas de la historia, nó a manera de vastos frescos claustrales, rígidos y obscurecidos por añosa pátina, sino con el movimiento, la emoción y la vitalidad de la representación escénica, en que la propia vida se resume y acendra. Y en ese viviente escenario, el pueblo aprende y ama su Historia que no pudo leer en los indigestos centones, ni en los descarnados manuales. Pero no por eso le llama historiador, aunque la Historia le suministre su materia, ni novelista por más que en sus *Tradiciones* la fantasía novelesca imprima carácter, pues no es ni lo uno ni lo otro separadamente, sino que le llama *Tradicionista*, porque esta calificación abarca ambos elementos de su ingenio, tan inseparables en sus libros como lo fueron en su espíritu. Así el instinto popular, que nunca se equivoca, rebasando una estricta denominación retórica que no comprendería la riqueza

literaria del escritor que nos ocupa, al bautizarle con el título de *Tradicionista,* se la reconoce, a la vez que discierne en él, al lado y por encima del cronista, al poeta, al poeta que infunde alma a los yertos datos del historiógrafo; al artista que, con la virtud milagrosa de su imaginación, encarna, revive y anima las frías osamentas de la Historia. De esa suerte el calificativo de *Tradicionista* corresponde perfectamente al concepto popular, acerca de las *Tradiciones,* viene a significar desde el punto de vista literario, mucho más de lo que sugiere, literalmente entendido; y designa al poeta embellecedor de las leyendas populares, mucho más que al mero folklorista o recopilador de mitos populares o que al paciente analista que ordena en casilleros cronológicos los sucesos históricos.

En consonancia con el sentir popular, el más sólido criterio para apreciar las obras de arte, queremos sostener en este artículo, que en las *Tradiciones* de Palma hay algo más que meras crónicas coloniales vertidas en estilo gracioso y retozón, y vivificadas por una vena de humorismo criollo; que hay en ellas verdadera obra de *creación poética,* en cuanto allí la fantasía reedifica con las piedras ásperas de la Historia el arruinado alcázar de las épocas pasadas devolviéndole toda su belleza y esplendor, y en cuanto el dato histórico o legendario sólo es allí el material bruto que cincela y labra la fantasía. Por contraste, sólo vemos en la obra versificada de Palma un superficial trabajo de imitación, una serie de ensayos de *dilettante,* en que desaparece por entero su genio poético, su emotiva fantasía de creador, para dar lugar a efímeros escarceos.

Incurriendo en aparente paradoja, queremos encontrar al poeta donde no se le busca: en la obra del prosador, y ver sólo en el presunto poeta al vulgar imitador; afirmar, en suma, que la verdadera obra poética de Palma, reside en las *Tradiciones* y nó en las *Poesías,* donde la quiere ver la mirada que se detiene en los nombres de las cosas y no penetra en su sustancia.

Un somero examen de las *Tradiciones* y de los versos corroborará la justeza de estas afirmaciones.

¿Qué son las "Tradiciones", este nuevo género literario que aclimató inmediatamente Palma con la fuerza de su ingenio en las letras castellanas y que, abriendo ancho cauce al americanismo literario, dió a su nombre tan prolongada resonancia? Son a la literatura peruana lo que las leyendas históricas de Zorrilla y los romances del Duque de Rivas a la española. Relatos de acontecimientos históricos remotos o de arraigadas y antiguas su-

persticiones y consejas populares, idealizados por la fantasía del literato y vivificados por su generosa emotividad; y representan en nuestra literatura el florecimiento del genio popular que adquiere conciencia de sí mismo en su contacto con la historia patria, al influjo del romanticismo europeo, llamado a reemplazar al ya caduco y agonizante clasicismo. Constituyen su materia, los sucesos históricos y las tradiciones populares de nuestro país, y su forma corresponde a los géneros que nacieron del Romanticismo.

De suerte que, tanto por su contenido como por su forma, se derivan de las más puras fuentes poéticas que puedan alimentar a una literatura: la imaginación histórico popular y el sentimiento y el amor del pasado nacional erigido a la categoría de una escuela.

El Romanticismo tuvo en el Perú el mismo sentido y produjo los mismos efectos que dondequiera apareció: fué un rechazo de los modelos extranjeros, agotados ya por prolongada imitación, y un regreso a las tradiciones nacionales olvidadas o abandonadas en el ferviente entusiasmo por lo clásico. Como se ha dicho, el movimiento romántico a la vez que una reacción fué una restauración: reacción contra lo importado, restauración de lo propio. Así se ven resurgir en Europa al calor de esa escuela las tradiciones medioevales sumergidas y ahogadas por el esplendor clásico y reflorecer en nuevas formas literarias. Francia resucita sus viejas gestas y revive su feudalidad en la *Leyenda de los Siglos* y en *Nuestra Señora de París* de Víctor Hugo; Walter Scott evoca en *Quintín Durward* los años más turbulentos del medioevo; en España, Zorrilla y el Duque de Rivas reanudan el viejo Romancero y los cantares heroicos, con sus *Leyenda* y *Romances.* El Romanticismo significa así, esencialmente, un renacimiento poético nacional, el despertar del espíritu patrio que, buscando arraigo en su propio suelo, queriendo amar su propia historia, la poetiza para poder amarla así embellecida. Es un movimiento inverso respecto del Renacimiento, tánto por sus orígenes como por su naturaleza; porque éste nació de la erudición y aquél procede del hastío de la erudición; porque el Romanticismo obró de fuera a dentro y el Renacimiento, al contrario. Aquella tendencia a buscar en el espíritu castizo y popular la verdadera fuente de la poesía nacional, le presta al Romanticismo, en unión con otras causas, su carácter genuinamente poético. De allí que los más legítimos representantes de esa escuela hayan sido a la

vez los más grandes poetas de cada nación. Víctor Hugo, Espronceda, Byron, Heine, Leopardi son ejemplos de ello; y lo son, porque además de haberse inspirado en la típica tradición popular, han reunido en su temperamento artístico los más genuinos y fundamentales rasgos del carácter de sus naciones.

Ricardo Palma, ocupa en la literatura peruana el mismo lugar que los mencionados poetas en las de sus respectivos países, y tiene en aquélla igual significado. Así como esos poetas adaptaron las doctrinas poéticas del Romanticismo a la índole de sus literaturas, condensando en sus obras el íntimo sentir y pensar de su pueblo, Palma hizo servir esas doctrinas a la expresión del especial espíritu poético peruano y fué, a semejanza de los mismos, la encarnación cabal de ese espíritu, como si hubiera sido escogido para representarlo. Si el *lied* alemán no pudo encontrar su exquisita carácter de este poeta, alemán apesar de todo: si la dura altivez y el soberbio gesto del alma castellana sólo pudo manifestarse en el pétreo romance del Duque de Rivas, el genio criollo peruano, zumbón y alegre, malicioso y frívolo, epicúreo y fanático, retozón y versátil encontró su concreción, acabada y completa, en el temperamento de Palma y su más fiel expresión en las *Tradiciones Peruanas.*

Las *Tradiciones Peruanas* significan la eclosión del genio literario peruano fecundado por el espíritu poético del Romanticismo. Lejos de encarnar el triunfo del temperamento criollo en su lucha con ese espíritu, según se cree vulgarmente, expresa la indiscernible fusión de ambas tendencias la gran obra literaria de las *Tradiciones.* En esta íntima compenetración, si el Romanticismo se ve obligado a despojarse de algunas de sus virtudes, si se debilita y descolora un tanto al infundirse en el genio popular, éste, en cambio, se enriquece y ennoblece considerablemente, y, revestido con brillantes arreos imaginativos, puede subir a las altas cumbres literarias y consagrarse en el templo del Arte. La brillante fantasía, el hondo sentimiento del pasado, transfiguran el obscuro acervo de las groseras tradiciones populares y prestan a las larvas soñolientas las irisadas alas de las mariposas. Cuando Riva Agüero, en su magistral estudio sobre Palma, habla del "concierto del criollismo y de la cultura" como exponente de la personalidad literaria de este autor, expresa, con la exacta concisión crítica que lo distingue, el maridaje que se realiza en las *Tradiciones* entre la virtualidad poética del Romanticismo y el temperamento criollo

del escritor, heredero de las más características cualidades de ese temperamento. En esa feliz confusión del criollismo con el Romanticismo está el secreto de las *Tradiciones.* Estas no se pueden explicar por el mero criollismo, pues el carácter literario nacional carece de la alta virtud creativa que en aquéllas reconocemos. Tiene todas aquellas cualidades de gracia ligera y de agudo humorismo que chispean en la sátira y en el madrigal, pero que no bastan para alcanzar los grandes géneros poéticos. Y tan es cierto que el criollismo por sí solo no podía crear las *Tradiciones,* que durante el medio siglo de vida republicana que dominó, antes de Palma, sólo acertó a producir la tosca dramática popular de Segura y las sátiras políticas de Felipe Pardo, cuando nó las coplas populacheras y los romances de ciego. Y, si es lícito llegar a este orden de argumentos, hasta el propio título de *Tradiciones* con que bautizó Palma a sus leyendas, indican con el resabio de su nomenclatura romántica, al lado de las razones que hemos esbozado, cómo el alma de la poesía romántica insufló vida y humanidad a las vagas consejas tradicionales y a los yertos hechos históricos que, a semejanza de sombras, flotaban en la mente popular o, como rígidas esqueletos, yacían en los rugosos centones.

El poeta palpita, pues, bajo la minuciosa erudición del cronista y lo guía con alada planta por el obscuro laberinto de los mitos vulgares, de las consejas, de las reminiscencias históricas, de las supersticiones populares, a la manera como los dioses se encarnaban en humildes pastores para hacerlos instrumentos de sus celestes designios. Pero si bien en Palma, el erudito y el poeta cooperan en la obra, la labor del primero es la del artesano que acarrea los materiales que el segundo ha de disponer en gráciles arquitecturas. No obstante, a veces, raras veces, el cronista olvida que debe servir al poeta y se entrega a amontonar pacientemente sus datos y sus fechas. Por lo común, el historiógrafo suministra al poeta sus materiales, antes de que éste haya planeado la obra; entonces se puede distinguir perfectamente el papel que a cada cual corresponde. El alarife echa los cimientos y levanta los muros que el pintor revestirá de brillantes y coloridos medallones. Casi todas las *Tradiciones* resultan de este proceso. Una cédula real prohibiendo el uso de la saya y el manto, el nombre de una calle, un refrán popular, una costumbre pintoresca comienzan el relato históricamente, y proporcionan al artista la trama sólida sobre la que bordará su ingenio las labores más caprichosas. De pronto, ambos se confun-

den: el relato empieza *in media res* y el gracioso *panneau* apenas deja vislumbrar la naturaleza de la arquitectura que recubre. Pero jamás la fantasía vuela libremente, ni se remonta hasta perder de vista la realidad; su papel consiste en aletear en torno de ésta, hermoseándola y vivificándola con la rutilación de sus alas de seda. Sólo existe a condición de infundir savia vital en lo muerto, de despertar a lo que duerme, de acendrar la vida en lo viviente; más no puede dar vida a nuevas criaturas. Al alejarse de lo real, se desvanece y marchita, como el alma al salir del cuerpo, a causa de la muerte, se convierte en una forma vaga que no cae bajo el dominio de los sentidos. Es una fantasía que sólo puede retozar sobre lo real, como la abeja que se posa de flor en flor; mas no le es dado aventurarse por lo infinito del espacio ideal, pues le faltan para ello alas de águila: el sentimiento profundo y vasto de los grandes líricos románticos. A lo sumo en tres o cuatro *tradiciones*, se ensombrece la escena y se siente al dolor o al espanto atravesarla silenciosa o siniestramente. Una sensibilidad galante, donosa, ágil y picaresca matiza las escenas cortesanas con las suaves y discretas mediastintas de las pastorales dieciochescas; sensibilidad que nunca se eleva a ternura y sí con frecuencia desciende a licenciosa picardía popular. Si en esa sensibilidad predominantemente epicúrea y voluptuosa cruzan de pronto sombras de terror o estallan chispas de regocijo y jovialidad, nunca se advierten llamaradas de amor o de entusiasmo. Y hé aquí porqué Palma no pudo, a pesar de ser corifeo del Romanticismo, escuela de esencial efusión lírica, y a pesar de su fantasía creadora, llegar a ser un verdadero poeta lírico. Le faltan para serlo profundidad sentimental y elevación ideal, cualidades incompatibles con su ligereza criolla que sólo pudo asimilarse del Romanticismo, la fantasía histórica y la brillante objetividad. Si a veces parece encontrar los acentos líricos y la profundidad emocional, sólo se trata de una perfecta imitación. Es el espíritu de Becquer, el de Campoamor o el de Heine el que anima las correctas y frías formas líricas. No puede vaciar en ellas la esencia que no encierra su corazón: debe pedirla prestada a quienes la poseen. ¿Cómo creer en la sinceridad del dolor, de la desesperación, de la melancolía, de la pasión de este amable y burlón epicúreo cuya sonrisa maliciosa y volteriana destella jovialmente entre verso y verso? ¿Podrá hacernos creer que llora quien por su carácter, sólo está organizando para reír? Por esto, porque hemos visto florecer en las *Tradiciones* el verdade-

ro carácter humorístico de Palma, sus versos no nos conmueven. No podemos armonizar cualidades incompatibles: el gracejo y la zumba con el doliente recogimiento o la melancolía silenciosa. Solo en el alma germánica, obscura, contradictoria y misteriosa, pudieron hermanarse. Y aunque así no fuera, aunque fuera posible unir lo distinto y separar lo unido, ésta sería una operación abstracta; pero la lectura de las composiciones de *Pasionarias* o de *Nieblas* nos causaría siempre la misma impresión de vaciedad, de *escarceos* de imitador, de alardes de retórico; nos dejaría siempre en ese estado de indiferencia espiritual que es la mejor prueba de que allí no hay poesía. Y si todavía abrigásemos dudas, éstas se desvanecerían por completo ante las propias palabras del maestro: "todo el cariño literario que siento por mis *Tradiciones* o leyendas en prosa, sólo puede igualarse al desapego que siento por mis renglones rimados", declaración que va precedida de la advertencia de su absoluta sinceridad y abonada por el horror a la falsa modestia que expresa su autor, el que la completa así: "Si en los días de la mocedad pudo el amor propio alucinarme hasta el punto de creerme poeta, hoy, en horas de desencanto senil y de razonamiento frío, apenas si me tengo por mediano versificador". Y en otra parte añade aún: "Mi conciencia literaria con más de medio siglo a cuestas me grita que mis versos valen poquísima cosa".

Recojamos este gesto de hermosa sinceridad del maestro, como un ejemplo de noble entereza y honradez espiritual y no pretendamos en un exceso de bondadosa admiración atribuírle, contra su formal declaración y contra la imparcialidad que ha de revestir toda crítica veraz, una excelencia lírica que no tuvo porque no podía tenerla, y estemos persuadidos de que con ello no perderá su venerable figura patriarcal la radiante aureola de Poeta que se forjó en las *Tradiciones* y que coronará a través de los tiempo su frente de Inmortal.

MANUEL BELTROY.

Así partió

(A la memoria excelsa y pura
de Don Ricardo Palma)

Junto de los pinares, en la paz amorosa
que brindan los silencios del manso Miraflores,
halló dulce retiro su ancianidad gloriosa,
entre huertos y arrullos de pájaros cantores.

El pueblo perfumado, como un cesto de flores,
veló su débil paso... y en la tarde ambarina
le daba el Sol un beso de místicos fulgores
y el alma de los niños su risa cristalina.

Tal vivía el maestro del buen tiempo pasado.
Su cabeza era blanca y su cuerpo encorvado,
pero el ático espíritu serenamente terso....

Hasta que una mañana su vejez triunfadora,
en el recogimiento propicio de la aurora,
se adormeció rezando la música de un verso.

LUIS A. RIVERO.

La "Bohemia" de Palma

En la historia intelectual del Perú, pocas generaciones, como la que apareció en 1848, han tenido un carácter de más generoso idealismo, laborado con más fe y de tan incansable manera, ni ejercido más influencia sobre las sucesivas generaciones. Después de la modorra colonial, en que el pensamiento y la sensibilidad vagaban con la inconsciencia del sonámbulo por las vías laberínticas de una imitación enfermiza; después de la generación clásica de los primeros años de la República, que tenía la vista y el corazón puestos en Europa,—la "Bohemia" de que habla Palma aparece, en el ritmo admirable que preside el pensamiento, como la reacción contra los hábitos estrechos de las preceptivas anteriores, como la sanción contra las ideas del despotismo político, como la destinada en nuestra patria a predicar el *peruanismo,* a volver los ojos a la tierra y los muertos olvidados. Es la bohemia una de las generaciones más *libres* que han vivido en nuestro suelo. Los jóvenes de aquella época son escritores románticos y son almas revolucionarias. Se rinden ante su dama y dirigen sus estoques contra los poderosos. Entienden la bohemia en su significación exacta, y, desdeñando los arrestos ridículos de los posteriores poseurs, llevan a todas partes, con virtud magnética, su amor místico de la belleza y su entusiasmo desbordante por los hechos generosos. La sociedad los aplaude; Pardo y Segura, los exaltan; Juana Manuela Gorriti los acoge en sus tertulias; y don Miguel del Carpio, noble Mecenas, los estimula y los protege.

Azorín nos ha contado en su "Alma Castellana" las honrosas estrecheces de los inmortales artífices del siglo de oro de

nuestra lengua. Pues bien. Los bohemios peruanos no brillan por su holgura económica. "Conviene—dice Carpio—que la nación favorezca a estos muchachos que son casi pobres de solemnidad". Salaverry, según refiere Alberto Ureta, no disfruta de mayor patrimonio; y José Arnaldo Márquez, declara melancólicamente:

"Yo sólo tengo ensueños y memorias,
que obscuro, pobre y solitario soy,
y al daros mis endechas transitorias,
de amor y sueños, cuanto tengo os doy.

¡Pero nada de ello les importa! Como Espronceda arroja al Tajo al entrar en Lisboa la única peseta que guarda en el bolsillo, pues eso, y mucho más, espera hallar en el curso luminoso de su vida,—ellos ingresan resueltos en el campo de nuestra literatura.

Salaverry dice en versos que dedica a Cisneros:

Marchemos, sí; la lira, los pinceles,
La hermosa pluma y la luciente espada,
Haremos que nos sirvan de broqueles;

y en otra ocasión dirá:

No, no detengas la orgullosa planta:
¡Como el arroyo, entre malezas, canta!

Son los años en que aparecen los bohemios, tiempos de febril actividad. La escuela romántica, que languidece en Europa, llega a la América Española, cual una brisa cálida que animará los espíritus entumecidos por la imitación del clasicismo decadente. Simultáneamente, recibe nuestra tierra la noble sugestión de las doctrinas francesas de la escuela republicana del 48. Ambas corrientes, literaria y política, encuentran ardorosos prosélitos en la generación peruana de la época. Nuestros jóvenes las adoptan, ya por moda, como sucede con la mayoría, ya como una orientación que se armoniza con sus aptitudes. En 1863, en un artículo publicado en la "Revista de Lima", a propósito de las "Poesías Patrióticas y Religiosas" de Althaus, condensaba Salaverry las aspiraciones que ardían en el alma de los bohemios.

"La libertad, decía el poeta, es la musa de América, y todos, con infatigable ardor, debemos buscar la nueva forma de una nueva poesía, el canto épico de otra Ilíada, cuyo principal héroe sea el pueblo armado, corriendo a la conquista de la libertad de la tierra". Así piensan, así sienten, así desean nuestros jóvenes románticos. ¡La libertad!: he ahí su divisa. ¡Imponerla!: he ahí su finalidad. Primero, han de combatir al clasicismo que representa "en el mundo literario lo que la monarquía en el mundo político." Luego, han de atacar el principio absolutista, que es "como el despotismo del precepto literario". En sustitución de los factores predominantes, deben implantar la hegemonía del romanticismo y el imperio de la democracia absoluta. Para ello, es preciso convertirse en predicadores y cruzados del nuevo evangelio artístico y político. Y ellos han de adoptar tan generosa misión, agotando el caudal de sus energías en la propaganda y con el ejemplo.

El delirio romántico los embarga. Nos cuenta Palma, con su característica picardía: "Márquez se sabe de corro a Lamartine; Corpancho no equivoca letra de Zorrilla; para Adolfo García más allá de Arolas no hay poeta; Llona se entusiasma por Leopardi; Fernández hasta en sueños recita la poesía de Campoamor; y si cada cual tiene su vate predilecto, entre la pléyade revolucionaria del mundo viejo, hablarme del Macías de Larra o de las "Capilladas" de Fray Gerundio, es darme por la yema del gusto". Después de leer a los maestros de la escuela en boga, los bohemios van de la admiración a la imitación. Los románticos españoles y franceses son sugeridores de lirismo y almácigo de dramaturgos peruanos. El fecundo Salaverry, Corpancho, Márquez, Palma, Cisneros, obtienen en el teatro ruidosas ovaciones de nuestro público impresionable. Pero de las anteriores representaciones no merece el nombre de drama ninguno de los indicados como tal. Transcurrida la fiebre de las imitaciones y audacias del romanticismo, será aplicable a nuestros líricos la calificación que emplea Palma en una de sus Tradiciones. "Contrabandistas del sentimiento" ha de ser, no obstante, la entusiasta y excesiva apología del eximio literato. la frase con que merezca designarse a la mayoría de nuestros líricos románticos.

Espíritus dinámicos, luchadores, no pueden permitir que la tiranía oprima su patria y sojuzgue las conciencias. Es preciso luchar contra los gobiernos déspotas. En la prensa, ellos han de oponer la aleación de los tipos de imprenta al plomo de las desenfrenadas soldadescas. Si es preciso marchar al destierro, ellos irán a él, con la frente erguida, sin pensar siquiera en la apostasía política. ¿No es Víctor Hugo un ejemplo que se debe imitar, y no son sus "Castigos" una espada que se puede esgrimir? Cuando Sánchez Silva denuncie con su vigorosa pluma en "El Correo Peruano" los festines fiscales de la consolidación, ha de seguir la ruta de los presidiarios de la colonia......El día en que el egotismo y los caprichos del Gran Mariscal, produzcan la conspiración y la actitud de los liberales en la casa de aquel caudillo en Divorciadas, Palma, comprometido en esa acción política, saldrá también para Chile. Y al renacer en Arequipa la chispa de las sagradas iras populares, Bonifaz predicará la barricada, y unirá a la palabra, la acción, cayendo como bravo, víctima de las tropas de Castilla, mientras arengaba con sus estrofas inflamadas a las enardecidas huestes de la libertad. Antes, Enrique Alvarado, que a la nobleza de la sangre unía la nobleza del talento, estigmatizaría en semblanzas que parecen escritas con aguarregia, las prevaricaciones de nuestros funcionarios públicos. Luis Benjamín Cisneros, se valdrá de la escena para fustigar los despilfarros del general Echenique, pero la censura ha de impedirle el estreno de su obra, y "El Pabellón Peruano" se representará sólo después de la evolución política realizada en los campos de la Palma.

Pasados los años, Althaus y Cisneros, que durante su juventud fueran torrentes desbordados, han de tornar al cauce primitivo de la escuela clásica. Aquél, ha de ofrecer en sus versos la impresión de las aguas que encierran los canales holandeses. Este, ha de dar la sensación de los caudalosos ríos que se dirigen al Atlántico, entre el solemne murmurio de las cadenciosas florestas amazónicas. En Adolfo García, la inspiración alimentará las dos vertientes poéticas. Juan de Arona, como uno de esos ríos que alternativamente se pierden en su lecho subterráneo, ha de aparecer unas veces para reflejar los paisajes de sus márgenes, y entonar el himno de la naturaleza y de la vida en sus ondas juguetonas alumbradas por el sol; otras, ha de su-



D. Ricardo Palma en 1905 en la sala de la dirección de la Biblioteca Nacional después de una actuación literaria en honor del general Roque Saens Peña.

mergirse en las vías cavernosas en que parecen oírse las maldiciones del Dante. En Corpancho, la muerte prematura diluye el enigma de la fidelidad o la apostasía romántica. Márquez brinda en su producción todas las fases del curso de las aguas en la tierra. Ora es manantial que murmura melancólico entre las yermas alturas; ora arroyo que se despeña; ora linfa que refleja en su bruñida superficie la visión de los campos y las urbes que recorre. Salaverry es el océano: ya desencadena sus oleajes pasionales contra las rocas que limitan su expansión; ya se aduerme en la mansedumbre de la mar que domina el arco iris; ya se cubre con la neblina impenetrable de la melancolía. Fernández y Carrasco, son la fuente que refleja y se agita levemente.

Algunos de los bohemios, como Palma y Paz Soldán y Unánue, han de alternar los libres vuelos de la fantasía con las rudas tareas de la erudición, la asistencia a las tertulias amenas con las horas soporosas de las bibliotecas y los archivos. Ambos románticos, como el clásico Bello, han de pasar, en admirable cadencia, de la producción poética a los estudios gramaticales. Palma escribirá sus "Papeletas Lexicográficas" y Paz Soldán, su interesante "Diccionario de Peruanismos". Y el primero, al pretender hacer cuadros históricos en nuestra literatura, ha de ofrendarnos la maravillosa galería de las Tradiciones Peruanas" ¡Loor a tí, Bohemia, que permitiste en tu ambiente tan geniales creaciones! Bastaría con que Palma militara en tus filas para hacerte digna de la posteridad!

"Se van los bohemios".

Implacable fué el destino con los miembros de la Bohemia. La mayoría muere sin contemplar su consagración. Enrique Alvarado, se extingue melancólicamente a los veintidós años. La tuberculosis apaga lentamente, insensiblemente, la existencia de Constantino Carrasco, al modo que suave, muy suave imprime el tiempo su huella en los infolios que tánto amara el erudito traductor del drama Ollanta. Trinidad Fernández muere también devorado por la tisis. Clemente Althaus y Adolfo García, perecen entre los delirios de la alienación mental. Manuel Nicolás Corpancho y Benito Bonifáz caen tempestuosamente; luchando, aquél, ante los resplandores del navío que se incendia, con las embravecidas ondas del golfo mejicano; peleando, éste, ilumina-

do por los fogonazos del combate, en la Ciudad Madre de las Revoluciones. Narciso Aréstegui, sucumbe ahogado en el lago Titicaca. Carlos Augusto Salaverry y Luis Benjamín Cisneros; los dos, grandes líricos; los dos, espíritus explosivos, habrían de sufrir las torturas de la parálisis, cuál—dice Chocano—"un Prometeo encadenado sin cadenas". José Arnaldo Márquez, viene a morir en su patria, después de su vida errabunda y desgraciada. Sólo Cisneros, ha de experimentar en su frente penserosa el placer que saboreara el cantor de Laura.....

Correspondería a don Ricardo Palma contemplar las desapariciones sucesivas de aquellos camaradas, que no murieron, sino naufragaron. No sólo escuchó la despedida doliente de sus compañeros de bohemia literaria. Había de recibir también el postrer adiós de ese bohemio de la política que se llamó don Nicolás de Piérola. En 1913 decía el Tradicionista: "En la penumbra de mis añoranzas melancólicas, he contemplado desde la ventana de mi retiro, la puesta del sol". El ocaso ha llegado, asimismo, para él; pero es el ocaso que antecede a la aurora. Y el último de los bohemios, que saboreara la gloria que es vida y es himno en labios de los peregrinos de la americanidad, ha caído majestuosamente escuchando las estrofas de un libro predilecto. Cuando en el loboratorio misterioso en que se hacen las selecciones del futuro, ingrese su recuerdo inmortal, el nombre de don Ricardo Palma ha de resplandecer entre los nombres de los demás bohemios, como resplandece el diamante en medio a la fosilización de los bosques milenarios!....

JORGE GUILLERMO LEGUIA.

Palma, crítico literario, filólogo e historiador

Cuando Palma publicó sus primeros artículos de crítica literaria, bien acerca de escritores coloniales o de contemporáneos suyos, produjo sensación. Nunca, hasta entonces, se había llevado a cabo labor tamaña entre nosotros. Los ensayos anteriores a él, fueron muy poca cosa. Y así es como la de Palma pareció una obra gigantesca y abrumadora. Hoy, en cambio, después de las sesudas páginas de Menéndez y Pelayo y de la tarea aplastante de José Toribio Medina, ¡cuán deslucidos nos parecen los estudios de don Ricardo! ¡Cómo exagera, y cuántas omisiones comete en lo que atañe a nuestra literatura virreinal por la que sintiera tánto desdén! Tan es así que, haciendo un balance del entusiasmo de antaño y la frialdad de hogaño ante los juicios críticos de Palma, preciso es decir que su gran mérito consiste en haber sido el precursor, el Bautista de la crítica literaria en el Perú.

Entre los que se empeñaron en la fatigosa tarea de *excavar* en nuestras letras, en esta verdadera obra de arqueología literaria, Palma es de los meons perezosos. Pero, si, en su época, ganó tántos admiradores, menester es no olvidar que, también, fué contemporáneo suyo el erudito argentino don Juan María Gutiérrez, autor de páginas admirables sobre Caviedes, las poetisas, Peralta, Barco Centenera y muchos otros literatos de la Colonia; y, si, al lado de los juicios críticos de Lavalle, Mendiburu o Polo, los de don Ricardo son formidables aciertos, no es la misma su situación ante Gutiérrez, quien sabía penetrar en el fondo de las obras, que estudiaba con verdadero ahinco y, más que con ahinco, con amor.

Palma hizo un enorme servicio a las letras nacionales, publicando las poesías de don Juan del Valle Caviedes, acerca del

cual escribió breves líneas, y las actas de las sesiones de la academia de Castell-dos-Ríus, constelación de vaciedades y despropósitos (Documentos Literarios" de Odriozola, Lima, 1873, tomo V; "Flor de academias", Lima, 1899). En el Prólogo de "Flor de Academias" formuló su opinión acerca de las letras coloniales, completando y, en cierto modo, rectificando los juicios que había expresado doce años antes, en el Discurso pronunciado en la inauguración de la Academia correspondiente de la Lengua. ("El Ateneo", 1887, tomo IV, p. 133). Había cometido, entonces, varios errores, como decir que el caudal literario del siglo XVI fué escaso "por no decir nulo", lo cual es inexacto, ya que en la segunda mitad de dicha centuria hubo una gran cantidad de escritores, muchas de cuyas obras se han perdido; pero, no ha sido tánta la pérdida como para formular semejante aseveración. Enumeraba, así mismo, como coetáneos, a Centenera (1535-1605?) y a Ojeda (1571?-1615) junto al Conde de la Granja (1636-1717); y llamaba *"Polo Antártico" al "Parnaso Antártico"* de Diego Mexía de Fernangil. No ocurre lo mismo en su prólogo a "Flor de Academias". Se echa de ver, al punto, que Palma ha estudiado mucho, y, aunque poco avanza sobre lo que acababa de decir Menéndez y Pelayo, su prólogo es un ameno resumen de las letras coloniales. Peca, sin embargo, de injusto al negar la feminidad de *Amarilis*. Palma era demasiado imaginativo y carecía de facultad analítica. Por eso, al no creer en que era mujer el anónimo del *"Discurso en loor de la poesía"*—a quien antojadizamente bautizó con el nombre de *Clarinda*—hizo extensiva su negación a *Amarilis*, tan tierna, tan sincera y tan mujer.

Los artículos críticos de Palma sobre El Ciego de la Merced, Barco Centenera y Terralla son de los más verídicos que salieron de su pluma; e igualmente meritorios son los que dedicó a "Los plañideros del siglo pasado", a los *vítores*, y a las improvisaciones del jaranista padre Chueca infatigable en eso de bailar zamacuecas y marineras y en rasguear la guitarra. Alguna que otra inexactitud bibliográfica hay en el estudio sobre los plañideros, y en el de Terralla omite una obra inédita del travieso versificador andaluz, obra que don Ricardo debió conocer en los largos años que desempeñó la dirección de nuestra Biblioteca. Conozco, además, el insignificante prefacio que puso a las *Memorias* de Llano Zapata (Lima, 1904), y algunos juicios autógrafos que Palma estampó en muchos libros coloniales, por ejemplo, aquel en que considera a *"Armas Antárticas"*, inédito también, como algo digno de olvido e inferior a *"Lima Funda-*

da", cosa muy discutible, pues, salvo los poemas de fray Juan de Ayllón y de Rodrigo de Valdez, nada hay más soporífico en la literatura del Virreynato que la *"Lima Fundada"* de Peralta.

Escribió, también, un prólogo para *"Artículos, poesías y comedias"* de Segura, (Lima, 1885), haciendo reminiscencia de su juventud de bohemio y aplaudiendo la comicidad y el criollismo de nuestro Bretón de los Herreros. En *"La bohemia de mi tiempo"* (Lima, 1886), don Ricardo hizo el elogio de su generación. En ella no hubo mediocres, a juzgar por lo que dice Palma. Encariñado con su mocedad, para todos los que, entonces, fueron sus compañeros de aventuras tiene un elogio fervoroso. Me hace recordar este libro el *Canto de Calíope de* Cervantes, donde el que menos rivaliza con Homero. Tiene, sin embargo, algunos aciertos. Cuando dice de Salaverry que era detestable como autor dramático y que "el último de sus dramas es siempre peor que el anterior", no hace sino sentar una gran verdad. Exacta, también, su opinión sobre Althaus: fué el más académico de los poetas de la época. Cuanto a González Prada, que acababa de romper su mutismo y había pronunciado su célebre discurso en el Ateneo, don Ricardo decía de él que era un "joven literato llamado a conquistarse gran renombre" ¡Y tánto! Como que Prada ha llegado a ser un símbolo de lucha y rebeldía, una bandera de combate en la isla de San Balandrán, donde los hombres tienen en las venas agua, en vez de sangre, y huyen de las palabras definitivas como los demonios de las leyendas sagradas ante los exorcismos de los santos.

Hay quienes piensan que no se puede citar el nombre de Prada al lado del de Palma; pero yo me complazco en establecer, nó el paralelo, que eso es imposible, sino la divergencia. Por ejemplo, cuando habló de Castelar, don Ricardo, después de aludir a la proverbial castidad del gran orador y de hacer elogios de su verbo, sostuvo que, como político, era don Emilio "una ilustre calamidad" y que moriría de fraile. Prada nó. Prada hace más. Prada no entiende de términos medios. O el elogio o la diatriba. A Castelar le toca la diatriba, y hay que oír a Prada: Castelar "habla como los otros digieren;....su elocuencia se parece a la de Mirabeau como la espuma del champagne al hervidero de un mar en tempestad;..es el tambor mayor del siglo XIX;... todo en él prueba la atrofia de los órganos viriles o la perversión del instinto genésico." Cuando trata de Valera, Palma con notable injusticia lo considera superior a Pereda, el paisajista más grande que haya tenido España, y a Galdós, el más

eminente novelista de la Península. Y Prada, en cambio...... Oídlo: "al leerle (a Valera), nos acordamos de los viejos verdes, que tienen unas cuantas mechas de pelo, las dejan crecer, las dan mil vueltas, las pegan con goma y piensan haber ocultado la calva". Y he aquí a lo que yo quería llegar. Palma y Prada no se excluyen: se integran. No se debe decir que éste es menos peruano que aquél. Ambos son igualmente peruanos. Se trata, solamente, de limeñismo. Palma, a fuer de buen limeño, es burlón y mordaz; Prada es la fuerza, el insulto leal. La gracia de don Ricardo está al alcance de todos. La fuerza de Prada es incomprensible en una tierra de anémicos. Lo que en el uno es sonrisa, en el otro es rugido. Cuando aquél tiende la mano cordialmente, éste pega un zarpazo.

Así es Palma. En sus juicios literarios pone demasiada indulgencia, y sólo de este modo se explica que elogie un estilo farragoso y propicio a caídas y tropiezos como es el del general don Manuel de Mendiburu. El ídolo de su juventud fué Zorrilla, y no son pocas las alabanzas que le dedica en *"Recuerdos de España"*, libro en el cual encomia, además, al prodigioso don Marcelino Menéndez y Pelayo, a Campoamor, a Núñez de Arce, a la Pardo Bazán y—contra el desdén de don José Joaquín Alvez Pacheco, el inolvidable personaje de Queiroz—a Cánovas del Castillo.

Elogia en demasía. De la poetisa ecuatoriana Dolores Veintemilla se ocupó en un artículo sensiblero, trascribiendo muchos párrafos de Blest y Gana e innumerables versos de la poetisa. A Pastor Obligado, a Mitre, a Zorrilla de San Martín y a cien escritores más les dedicó artículos encomiásticos. Sobre el loco Quiroz escribió una semblanza, y loó a la señora Matto de Turner, a Constantino Carrasco y, en una palabra, a todos los contemporáneos de los que tuvo que hablar. Empero, cuando Chocano publicó *Azahares* (1896), Palma tuvo un reparo que oponerle. "Prefiero—le dijo—en usted el poeta objetivo, trascendental, razonador, filosófico, que se inspira en ideales que a la humanidad toda interesan, el poeta del *Sermón de la montaña,* por ejemplo, deslumbrador, varonil, impetuoso, al poeta de las veleidades y afeminamientos amorosos". Y tuvo razón. El *Chocráneo* de entonces, melenudo y teatral, escribía muy malos versos, dignos de la prisión en que le encerró el gobierno de Cáceres el año 94. Sólo que Palma se equivocó al predecir al bardo que su porvenir estaba en la poesía trascendental, razonadora y filosófica; debió decir, simplemente, en la poesía civil.

Como bibliógrafo no descolló, tampoco, Palma. Ahí está la severa rectificación que el erudito español don Francisco Rodríguez Marín hace a *"El Quijote en América"* de don Ricardo (vide: Rodríguez Marín, "El Quijote y don Quijote en América", Madrid, 1911); y aún no habrán olvidado muchos, la polémica entre Palma y el marqués de Laurencin, a propósito de *La Ovandina.*

Es inútil insistir en otros aspectos de la crítica de Palma. Basta apuntar que su característica con los contemporáneos, era la extremada indulgencia y, con los escritores coloniales, el desdén más profundo. El mismo escribió que, en achaques literarios, su espíritu "estaba más dispuesto a la benevolencia que a la censura amarga". Pero, esto no rezó con los literatos de la Colonia.

No obstante su edad y su condición de académico, don Ricardo no fué hostil al modernismo. Ya en *"Recuerdos de España"* decía: "Si todos los jóvenes de la nueva escuela se llamaran Salvador Rueda, Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera o Julián del Casal, sin duda que rompería yo, sin escrúpulo, un par de guantes aplaudiéndolos". Alabó a Lugones en un artículo dedicado a Alberto Navarro Viola y, en carta dirigida a Zorrilla de San Martín, estampaba estas palabras: "cuando leo poetas como Eduardo de la Barra, Rubén Darío, Guillermo Prieto, Rafael Pombo o Rafael Obligado, poetas con fisonomía propia, digámoslo así, se fortifica mi fé en que el dominio del porvenir literario está reservado para nuestra joven América". No era otra, en definitiva, la idea de González Prada y de los más recalcitrantes anticlasicistas. Palma, sin el vigor ni la voz atronadora de Prada, insinuaba la necesidad del modernismo y de crear el americanismo literario. Hizo más. Siendo académico presentó una larga lista de palabras usadas en América, para que fuesen incorporadas al léxico de la Academia. Pesaba demasiado la tiranía de los señores puristas; sólo que en nuestro continente hablábamos y seguimos hablando como mejor nos viene en gana, sin dársenos una ardite la opinión de la Academia.

Palma filólogo, continuó la obra de Juan de Arona, y fué verdaderamente revolucionario. A Prada le obsesionó la misma idea. Màs la diferencia entre ambos está en que el uno proponía palabras nuevas y el otro quería, no sólo traer nuevos vocablos, sino reformar los existentes y renovar la sintàxis misma; mientras don Manuel anhelaba que la revolución viniese de afuera y derrumbara la Academia, don Ricardo creía que en el mismo se-

no de ésta podía comenzar la reforma, para extenderse después. A Prada lo cegaba su furia destructora. Palma no podía librarse de muchos prejuicios, y por eso iba tan lento.

Esta labor de filólogo hállase condensada en "*Neologismos y Americanismos*", (Lima, 1895), en "*Papeletas Lexicográficas*" (Lima, 1903) y en algunos artículos como *Gazapos oficiales* y otros. Profusa colección de americanismos son estas obras; colección de palabras nuestras que nadie podrá olvidar, mal que les pese a los señores académicos que, poco a poco, han ido incluyendo en el léxico algunos de los vocablos propuestos por Palma, muchos de los cuales habían sido enumerados ya por Juan de Arona en su "*Diccionario de peruanismos*", (1883). Recuerdo en este momento, unas pocas palabras de las muchas que mencionó Palma: aporrear, candelejón, empavar, manganzón, resondrar, presupuestar, tambarria, mataperro, pajarero, el giro "salir a espetaperros", y el indestructible verbo *disforzarse* (considerado antes por Juan de Arona), que, como dice don Ricardo, "morirá con la última limeña disforzada", vale decir: con la última limeña.

Preciso es no olvidar la obra novadora de Palma filólogo, porque da la medida de su carácter y ratifica el concepto revolucionario que los americanos tenemos del lenguaje. O se aceptan nuestros giros o, de una vez, daremos las espaldas a la Academia, cortando esa especie de cordón umbilical que nos mantiene unidos a España. Fombona ha dicho muy bien que nos toca a nosotros, los americanos, desandar el camino de Colón y llevar a la Península nuestra cultura, nuestro entusiasmo y nuestra fe.

La *tradición* malogró a Palma para la historia. Cuando quiso escribir historia, escribió *tradición*. Verdad que él mismo lo ha dicho: "el tradicionista tiene que ser poeta y soñador; el historiador es el hombre del raciocinio y de las prosaicas realidades". Debió escribir nuestra historia, pero medió la tradición. Hermanando ambas pudo iniciar la novela histórica en el Perú. ¿No ha dicho él que en el incendio de Miraflores se quemó el manuscrito de una novela suya, titulada "*Los Marañones*"?

El gracejo y la poesía lo echaron a perder para la historia. Sus errores provienen de esa ligereza para juzgar los hechos, de su incapacidad para compulsar datos, de su viva imaginación. Me hace recordar una frase de Anatole France: cuando Palma

no tiene sino una fuente a que acudir, dice la verdad; cuando son varias las que tiene que compulsar, comienza la mentira.

Sus *Anales de la Inquisición de Lima* (1863), como material para un estudio más amplio, serían muy apreciables, si no estuvieran salpicados de tántos chistes, que llevan la desconfianza al ánimo del lector, y si Medina no hubiera publicado su monumental obra "Historia del Santo Oficio de la Inquisición en Lima" (Santiago de Chile, 1887, 2 volúmenes).

Acierta, en cambio, en su polémica con el jesuíta Cappa que, tan despechugado como era, quería probar que los conquistadores fueron muy clementes porque engendraron hijos en las pobres indias. ¡Si a la violación y al estupro se les llama bondad, los compañeros de Pizarro fueron santos! Lo malo es que Cappa ha hecho escuela; y en un Boletín de la Unión de Labor Nacionalista, celebrando la fiesta de la Raza del año 1917, se repetía su argumento.

Como meras curiosidades, puede citarse los artículos de Palma sobre las corridas de toros y las peleas de gallos, sus anotaciones a los *"Apuntes históricos"* de Mendiburu (Lima, 1902) y a los *Anales del Cuzco*. Sus *"Siluetas"* de los conquistadores son pobrísimos ensayos de biografía, con escaso fundamento histórico y hechos a base de mucha fantasía y de ninguna investigación. Donde, sí, acierta Palma es en las *tradiciones* sobre el *Demonio de los Andes*. Falsas o nó, ellas caracterizan admirablemente al feroz Carvajal y, a mi juicio, son esas páginas de tradición más verdaderas que la propia historia. También, recuerdo el prólogo que don Ricardo puso a "Reminiscencias históricas del Ecuador" por Benjamín Lama (1894), en el cual manifestaba su antibolivarismo.

Después de los *Anales de la Inquisición,* el estudio histórico de más aliento emprendido por Palma es el titulado *"Bolívar, Monteagudo y Sánchez Carrión"*. En él, mejor que en ninguna otra parte, se muestra los defectos de Palma para historiar. Su odio al Libertador lo ciega hasta extremos deplorables; y, a fuerza de fantasía, pretende desentrañar el misterio de la muerte de Sánchez Carrión. Nada más lógico y, a la vez. más injusto que su odiosidad contra Bolívar. El Libertador fué, sin duda alguna, un genio, un verdadero genio con todas las cualidades y los defectos de tal. Sólo que al Perú le tocó la mayor parte de éstos, los defectos, y muy poca de aquéllas. Esa fué nuestra desgracia: Bolivia y Guayaquil lo testimonian.

Creo inútil insistir más sobre Palma historiador. Lo único que precisa fijar es que sus cualidades de tradicionista, lo echaron a perder como historiógrafo. Y, sin embargo, ¡qué libros habrá que despierten más vivamente la afición por la historia patria que las *Tradiciones* de don Ricardo!

La vida de Lima no podía ser descrita por la grave Clío. Para contar las mil y una incidencias de la existencia capitalina, para hablar de las tapadas y relatar las pendencias de frailes, para murmurar de los amoríos de los virreyes y de las calaveradas de los marquesitos engreídos, no era admisible la voz de Clío. Sólo en la *tradición* cabe nuestra historia, llena de travesuras, sensual y jaranera, bajo las apariencias de religiosidad.

La historia de Lima está en las *Tradiciones*. Palma era el símbolo de nuestra ciudad; era una tradición viviente. Encarnaba el espíritu travieso de los limeños "mazamorreros", de los limeños de pura cepa, noveleros y juguetones, siempre dispuestos para la broma y, también, para el perdón. Su muerte nos ha asombrado por eso, porque lo creíamos inmortal. Con él hemos perdido nuestra última reliquia: se ha quedado sin alma nuestra vieja ciudad.

LUIS ALBERTO SANCHEZ.

Las tardes de Don Ricardo

Las mejores horas, acaso, de sus últimos años, las pasó Don Ricardo Palma en la Alameda de Miraflores al amor umbroso de los ficus. Miraflores es un pueblo nuevo, sin tradiciones casi (1). Un pueblo de población heterogénea, donde se han ido juntando gentes de muy diversos orígenes, y de distintos gustos y maneras de vivir.—Entre las familias que—unas buscando la serenidad grave y apacible de su ambiente; otras el amor ornamental, tutelar y exótico de los pinos; otras, acaso, ese particular encanto que cada ciudad tiene, y que nos hace decir: "aquí desearía pasar la vida" (frase ilusionada e idílica en unos, y, en otros, palabras de renunciamiento y desesperanza)—entre las familias, decía, que se han radicado en Miraflores está la de Don Ricardo, y yo no se por qué creo que se empeña como todos nosotros en ligar el nombre de su ilustre padre al de la modestísima villa.—Desde el día en que el exímio tradicionista puso el pié en este pueblo, de un romanticismo tan desprovisto de originalidad, tan improvisado, tan pobre en motivos de recordación y de ensueño; desde entonces, se pretende que cambie la fisonomía del lugar. Se quiere que, como por encanto, adquiera la silenciosa villa, mitad campestre, mitad marina, señalada significación intelectual y literaria.—A la calle donde viviera un tiempo Don Ricardo, se le puso su nombre; pero la ironía de la suerte quiso que luego se mudara don Ricardo...

E. E.

(1).—Raro es el pueblo de la costa peruana—dice, a propósito de Miraflores, *Juan de Arona*—que no reconoce en sus orígenes un Triptolemo o Manco-Cápac, un civilizador que ha llegado y fincado allí de una manera misteriosa u oscura, y que tras una vida más o menos larga, ha dejado nombre perdurable, edificios, enseñanza, memoria vividora,

mil cosas"—"Cúpole este honor en Miraflores—añade—a Don Domingo Porta"...

Como curiosidad copiaremos aquí los versos que el mismo *Juan de Arona* dedicara en 1864, a conmentar la invención de Don Domingo, consistente en unos "ramilletes de fresas, capulíes (*) y algunas flores, que se ofrecían en venta a los pasajeros del tren, quienes los pagaban bastante caro creyéndolos la octava maravilla".

He aquí los versos, un poco ramplones, es verdad, pero no desprovistos como suyos de original sabor:

En cuanto a Miraflores, ahí la ves,
Ahí la tienes lector a Miraflores
Con sus dos miradores
Y un baño nada franco
Puesto que hay que buscarlo en cuatro piés.
Aunque hoy, según me dicen, de madera.
Se ha puesto una escalera
En el gaznate atroz de su barranco,
Y ya no tienes que bajar a gatas
¡Oh tú infeliz que de bañarte tratas!

En sus llanos desiertos
Culto al Dios de los huertos
Rindiendo ha tiempo el industrioso Porta,
Gruesas frutillas para Lima exporta.
Desde Octubre o Setiembre.
No extraño que las siembre
Si le han de dar retribución no corta,
Pues de industria ignorante
El ocioso habitante,
Bien ordenado al ver de flor y fruta,
El artístico ramo,
Maravilla del arte lo reputa,
Y ciego abalanzándose al reclamo,
Con ardiente embeleso
Suelta sin regatear peso tras peso".

(*).—El *capulí* es una baya indígena que se dá en una mata, *Physalis peruviana*.

N. de J. de A.

"Para mí el mundo pícaro es poético,
poco en el hoy y mucho en el ayer"
R. P.

Abandonándonos al sereno encanto de la amistad—la tarde es su palacio, decía Emerson—caminábamos Celio y yo, una tarde del último otoño, a lo largo de la Alameda. En la maravillosa paz del campo sólo se oía, de vez en vez, el trinar de los huanchacos en los alfalfares. Como suele suceder cuando las almas dialogan con sus voces inconfundibles e inefables, el espíritu de una taciturnidad cordial se había apoderado de nosotros. Y nuestros pensamientos flotaban sobre las cosas, y parecían gozarse en las bellezas del paisaje, sin poder adherirse a ellas, y mucho menos lograr expresarse en las palabras; palabras que, sin embargo, nosotros cultivábamos como maravillosas flores del espíritu.

Celio—el Idealista puro, el joven soñador de intacto corazón, que lleva en el alma el mejor de los tesoros: una visión de redención y de belleza para la vida—parecía, en aquel momento, saborear la íntima miel de sus contemplaciones, esperanzas y recuerdos. Alma platónica y musical, vivía la divina hora fugaz que Longfellow exaltara en un soneto encantador: *"The evening star"* como si fuese la eternidad ganada para su alma. Su esbelta figura; su rostro pálido y enjuto de hidalgo castellano; el ademán lento de sus manos, que esgrimían su bastón rústico de cerezo; su prestancia toda, era mística. Y en sus ojos, grandes y atormentados ojos de noble ser combatido por injusticias múltiples, y adversidades, tánto mayores cuanto más delicada es su sensibilidad... en sus ojos fulguraba la moderna inquietud de los que en nuestro siglo piensan los nobles pensamientos de los grandes del Alma inmortal, que pasaron para no volver, con la ansiedad de encarnar en realidades de vida, en obras de arte, en instituciones o en leyes los ensueños.

Yo, a su lado, era el espíritu díscolo e incrédulo, decepcionado y escéptico, que hace de la duda y de la burla los ácidos que todo lo corroen y pervierten. Su serenidad, su éxtasis, su bella pasión por las cosas inmortales y por el ideal del contínuo perfeccionamiento de lo humano, agudizaban en mí los morbos de la desilusión, las amarguras de una vida frustrada en

sus más vitales y elevadas aspiraciones. A él aún le acariciaba la musa del Ensueño; a mí me habían mordido ya los canes de la Realidad.

—Volvamos al pueblo—, dije yo de pronto, más por el maligno goce de interrumpir su envidiado soliloquio espiritual, que por necesidad alguna. Y él:

—Verdad, ya es tarde. ¡Cuán a mi placer estoy en esta soledad que a otros podría parecer de una vulgar ruralidad! Figúrate tú....¡Con estos camellones y estos rastrojos de maizales medio quemados, y estos viejos tapiales incaicos derruídos, donde con tan gracioso misterio se posan las lechuzas! Y yo, por contradecirle, por el prurito socrático de hacerle parir ideas:

—Prefiero la ciudad...

—¡La ciudad! ¡La Ciudad! ¿Recuerdas que hemos platicado bastante de esto? El maestro Próspero nos dió allá, en Montevideo, bajo la Cruz del Sur, la lección inolvidable. Yo fuí uno de los que le escucharon. Sus palabras, llenas de fervor y de entusiasmo, obran en mi corazón como las llamas misteriosas de una forja que, multiplicada en infinitos corazones, estuviera forjando la Realidad futura, la sabia, la bella, la maravillosa Ciudad del porvenir...

—Bien veo—interrumpí con crueldad proterva— que esta tarde...."Metafísico estáis", si bien nó porque no comes, como Rocinante, sí por que tu pasto ha sido el nada sólido fulgor de las estrellas...

—¡Qué lejos has estado de mi pensamiento! ¡Y qué mal dejan traslucir mis palabras, mis preocupaciones de ahora! ¿Si supieras que estaba pensando en esa realidad mezquina que te abruma y te tiene exasperado hasta el despecho y el odio?...

(Una gaviota cruzó el espacio, haciendo gala de esa libertad que Segismundo envidiara a las bestias. Celio la miró como la hubiera mirado San Francisco de Asís; y parecía ya olvidarse de lo que me iba diciendo, cuanto tornó hacia mí, con el amistoso y sereno gesto que me le hace tan querido y admirado:)

—Pensaba en algo que podía dar tema a tus diatribas: la *deslimeñización* de Lima. Desde hace varios lustros la piqueta demoledora no ha cesado de caer sobre nuestro antiguo Lima, se diría que nuestra generación, dominada por un espíritu de renovación inconsulto y frívolo, quiere renegar de nuestro pasado. Dentro de poco—y nota cómo imito tu estilo—,de la antigua ciudad, sede del poder hispano en Sud América, poder centralista al igual de los demás contemporáneos, sólo quedará

el recuerdo. En su lugar surgirá una flamante capital adocenada, de arquitectura exótica y sin carácter, extraña a nuestro clima y a nuestra idiosincracia. Ciudad, en fin, advenediza y sin alma....Y los que amamos el pasado, por ser simiente y raíz de lo presente, y una especie de presentimiento o anuncio de lo porvenir; los que rendimos culto a todo lo que es genuinamente nuestro, y lo exaltamos en nosotros, soñando hallar en sus más íntimos repliegues, bellezas increadas o sabios secretos de nuestra razón de ser...viviremos bajo la desilusionante impresión de quien, perdida para siempre la casa paterna—leyendas familiares, ecos misteriosos de voces de idilios y ternuras—, tiene que habitar en un hotel, lugar de paso, entre agitaciones y sordideces mercenarias...

Una a una—continuó, mirando cómo en el cercano pueblo se iban encendiendo las luces de las casas mientras en algunas ventanas se reflejaba el sol caliente—, una a una, ante la general indiferencia, han caído las viejas casonas que cobijaron a nuestros abuelos. Los grandes portalones no darán, como antes, a los edificios, un aspecto de severa arrogancia. Minúsculos antepechos han sustituído a las grandes ventanas, verdaderas obras de arte de oficiales herreros. Despreciados y rotos, han terminado en los basurales los mosaicos multicolores y aporcelanados, que pusieron, en los corredores, solanas y salas donde moraba la rigidez castellana, notas de alegría y de luz de moruna estirpe. ¡Oh traza, que apenas puede distinguirse ahora, entre nosotros, del empalme histórico de dos privilegiadas y admirables razas!...Donde estuvieron los zaguanes de dulce penumbra, familiares y hospitalarios, y los soleados pâtios circuídos de columnatas y balaustradas talladas, se levantan estrechas casas modernas. Los jardínes florecientes que rodearon Lima han sido talados; las flores tradicionales: jazmines, claveles, aromas, que ornaron fragantes, las altivas cabelleras de nuestras damas de entonces, no se cultivan ya con el casero espíritu de antaño (2), y nuestros ojos sólo pueden contemplar la monotonía verde de los "parques ingleses" urbanos y amanerados. Hasta los árboles centenarios de una alameda, contemporánea de los Virreyes, han caído bajo el hacha municipal, clamando contra semejante sinrazón. El tiempo no quiere ser menos que los hombres, en su obra destructora e ingrata, y todas las tardes puedes ver cómo tiene allí aniquilado, como si fuese un

(2).—*"Tradiciones Peruanas"* tomo II, págs. 94-95.

símbolo de la genuina alma limeña que fenece, a Don Ricardo... Pronto desaparecerá con él el último vestigio de nuestras espirituales gracias, y su obra prodigiosa de exaltación de lo nuestro en gustos y costumbres, de revelación del *quid* único de nuestro espíritu criollo, lleno de defectos, pero también con cualidades irreemplazables y valiosas, no será bastante para impedir que se diluya el sabor que él—verdadero mago de nuestra literatura—salvara en buena parte. Con Don Ricardo desaparecerá de Lima el espíritu amplio, risueño y hospitalario que le comunicara aquel sello, aquel estilo de tan particular encanto...

Cuando llegamos a la parte umbrosa, la más antigua, de la Alameda, Don Ricardo abandonaba, para retirarse a su hogar, su banca predilecta. *Marianela*, su hija, cultivadora, como él del modismo inteligente y sabroso de nuestros lares, le acompañaba con filial solicitud. Celio tornó a decirme:

—Es la imagen viviente de nuestra Lima que caduca. En esta ciudad improvisada, en este pueblo cosmopolita y colecticio, sin tradiciones; su figura venerable es exótica, tal una sombra que se deslizara por sobre las cosas sin dejar la menor huella... Cuando decimos con orgullo: "Aquí vive Don Ricardo", sentimos inmediatamente el contraste vivísimo que resulta de compara aquel mundo de conquistadores y obispos; oidores, cabildantes, licenciados, corregidores, letrados, frailes y escribanos; hidalgos y criollos, mercaderes y tenderos, cortesanos, tapadas, monaguillos, lacayos y verdugos.....en cuyo teatro—elegante grotesco y picaresco a un tiempo—de pasiones, pasioncillas, caprichos, travesuras, calaveradas y tretas, nobles gestos y ridiculeces, recreara su imaginación y ejercitara su agilísimo ingenio, con las novedades sin color, carácter ni estilo de nuestra mesocracia contemporánea con sus *parvenues* y sus *rastas,* sus snobs y sus *huachaferías......* ¡Qué lejano y qué distinto ésto de aquéllos!

—Pero, ¿nó crées tú—insinué yo, interrumpiendo la parrafada—que la levadura de malignidad, socarronería y frívola despreocupación del espíritu limeño, que tan donosamente retratara el maestro, aún persiste y ha de persistir por mucho tiempo?

—Lo que él implícitamente elogiara—contestó Celio—se va perdiendo; aquello para lo cual su indulgente sonrisa, que ad-

mirara Valera, y su ligera burla, han constituído acaso el más duradero de los castigos, aumenta y se afea. Nuestra bellaquería y rufianería—disfrácese de lo que se disfrace—es cada vez menos graciosa y más canalla. Con lo grotesco y picaresco de nuestros días, Don Ricardo no podría hacer las filigranas que hizo con lo grotesco y picaresco de antaño. Por eso le ves todas las tardes, cuando, como en el verso de Ureta:

"sonríe el oro de la tarde en las sombras"...,

entretenerse con los niños en la Alameda, gratamente olvidado de aquel raro don de inteligencia y de simpatía intuitiva y adivinadora que le hiciera dable reanimar lo pasado, cual si colocase su última esperanza de patriota en las generaciones del porvenir.

(La noche se hacía sobre la población. En las cercanas huertas y en las chacras de los campos aledaños ladraban los perros).

SILVESTRE VASOMBRIO.

Antología de Palma



Las campanas de la torre de San Agustín echaron un largo y entusiasta repique.

Un virrey hereje y un campanero bellaco

Crónica de la época del décimoséptimo virrey del Perú.

I

AZOTES POR UN REPIQUE.

El templo y el convento de los padres agustinos estuvieron primitivamente (1551) establecidos en el sitio que ahora es iglesia parroquial de San Marcelo, hasta que en 1573 se efectuó la traslación a la vasta área que hoy ocupan, no sin gran litigio y controversia de dominicos y mercedarios que se oponían al establecimientos de otras órdenes monásticas.

En breve los agustinianos, por la austeridad de sus costumbres y por su ilustración y ciencia, se conquistaron una especie de supremacía sobre las demás religiones. Adquirieron muy valiosas propiedades, así rústicas como urbanas, y tal fué el manejo y acrecentamiento de sus rentas, que durante más de un siglo pudieron distribuír anualmente por Semana Santa cinco mil pesos en limosnas. Los teólogos más eminentes y los más distinguidos predicadores pertenecían a esta comunidad, y de los claustros de San Ildefonso, colegio que ellos fundaron en 1606 para la educación de sus novicios, salieron hombres verdaderamente ilustres.

Por los años de 1656, un limeño llamado Jorge Escoiquiz, mocetón de veinte abriles, consiguió vestir el hábito; pero como manifestase más disposición para la truhanería que para el estudio, los padres, que no querían tener en su noviciado gente molondra y holgazana, trataron de expulsarlo. Mas el pobrete encontró valedor en uno de los caracterizados conventuales, y

los religiosos convinieron caritativamente en conservarlo y darle el elevado cargo de campanero.

Los campaneros de los conventos tenían por subalternos dos muchachos esclavos, que vestían el hábito de donados. El empleo no era, pues, tan despreciable, cuando el que lo ejercía, aparte de seis pesos de sueldo, casa, refectorio y manos sucias, tenía bajo su dependencia gente a quien mandar.

En tiempo del virrey conde de Chinchón creóse por el cabildo de Lima el empleo de *campanero de la queda,* destino que se abolió medio siglo después. El campanero de la queda era la categoría del gremio, y no tenía más obligación que la de hacer tocar a las nueve de la noche campanadas en la torre de la catedral. Era cargo honorífico y muy pretendido, y disfrutaba el sueldo de un peso diario.

Tampoco era destino para dormir a pierna suelta; pues si hubo y hay en Lima oficio asendereado y que reclame actividad, es el de campanero; mucho más en los tiempos coloniales, en que abundaban las fiestas religiosas y se echaban a vuelo las campanas por tres días lo menos, siempre que llegaba *el cajón* de España con la plausible noticia de que al infantico real le había salido la última muela o librado con bien del sarampión y la alfombrilla.

Que no era el de campanero oficio exento de riesgo, nos lo dice bien claro la crucecita de madera que hoy mismo puede contemplar el lector limeño incrustada en la pared de la plazuela de San Agustín. Fué el caso que, a fines del siglo pasado, cogido un campanero por las aspas de la *Mónica* o campana volteadora, voló por el espacio sin necesidad de alas, y no paró hasta estrellarse en la pared fronteriza a la torre.

Hasta mediados del siglo XVII no se conocían en Lima más carruajes que las carrozas del virrey y del arzobispo y cuatro o seis calesas pertenecientes a oidores o títulos de Castilla. Felipe II por real cédula de 24 de noviembre de 1577 dispuso que en América no se fabricaran carruajes ni se trajeran de España, dando por motivo para prohibir el uso de tales vehículos que, siendo escaso el número de caballos, éstos no debían emplearse sino en servicio militar. Las penas señaladas para los contraventores eran rigurosas. Esta real cédula, que no fué derogada por Felipe III, empezó a desobedecerse en 1610. Poco a poco fué cundiendo el lujo de hacerse arrastrar, y sabido es que ya en los tiempos de Amat pasaban de mil los vehículos que el día de la Porciúncula lucían en la Alameda de los Descalzos.

Los campaneros y sus ayudantes que vivían de perenne atalaya en las torres, tenían orden de repicar siempre que por la plazuela de sus conventos pasasen el virrey o el arzobispo, práctica que se conservó hasta los tiempos del marqués de Castel-dos-Ríus.

Parece que el virrey conde de Alba de Liste, que, como verá el lector más adelante, sus motivos tenía para andar escamado con la gente de iglesia, salió un domingo en coche y con escolta a pagar visitas. El ruido de un carruaje era en esos tiempos acontecimiento tal, que las familias, confundiéndolo con el que precede a los temblores, se lanzaban presurosas a la puerta de la calle.

Hubo el coche de pasar por la plazuela de San Agustín; pero el campanero y sus adláteres se hallarían probablemente de rodeo y lejos del nido, pues no se movió badajo en la torre. Chocóle esta desatención a su excelencia, y hablando de ella en su tertulia nocturna, tuvo la ligereza de culpar al prior de los agustinos. Súpolo éste, y fué al día siguiente a palacio a satisfacer al virrey, de quien era amigo personal; y averiguada bien la cosa, el campanero, por no confesar que no había estado en su puesto, dijo: "que aunque vió pasar el carruaje, no creyó obligatorio el repique, pues los bronces benditos no debían alegrarse por la presencia de un virrey hereje".

Para Jorge no era este el caso del obispo D. Carlos Marcelo Corni, que cuando en 1621, después de consagrarse en Lima, llegó a Trujillo, lugar de su nacimiento y cuya diócesis iba a regir, exclamó: "Las campanas que repican más alegremente, lo hacen porque son de mi familia, como que las fundió mi padre nada menos". Y así era la verdad.

La falta, que pudo traer grave desacuerdo entre el representante del monarca y la comunidad, fué calificada por el definitorio como digna de severo castigo, sin que valiese la disculpa al campanero; pues no era una pajarraco de torre el llamado a calificar la conducta del virrey en sus querellas con la Inquisición. Y cada padre, armado de disciplina, descargó un ramalazo penitencial sobre las desnudas espaldas de Jorge Escoiquiz.

II

EL VIRREY HEREJE.

El Excmo. Sr. D. Luis Henríquez de Guzmán, conde de Alba de Liste y de Villaflor y descendiente de la casa real de Aragón, fué el primer grande de España que vino al Perú con el título de virrey, en febrero de 1655, después de haber servido igual cargo en Méjico. Era tío del conde de Salvatierra, a quien relevó en el mando del Perú. Por Guzmán, sus armas eran escudo flanqueado, jefe y punta de azur y una caldera de oro, jaquelada de gules, con siete cabezas de sierpe, flancos de plata y cinco arminios de sable en sautor.

Magistrado de buenas dotes administrativas y hombre de ideas algo avanzadas para su época, su gobierno es notable en la historia únicamente por un cúmulo de desdichas. Los seis años de su administración fueron seis años de lágrimas, luto y zozobra pública.

El galeón que bajo las órdenes del marqués de Villarrubia conducía a España cerca de seis millones en oro y plata y seiscientos pasajeros, desapareció en un naufragio en los arrecifes de Chanduy, salvándose únicamente cuarenta y cinco personas. Rara fué la familia de Lima que no perdió allí algún deudo. Una empresa particular consiguió sacar del mar cerca de trescientos mil pesos, dando la tercera parte a la corona.

Un año después, en 1656, el marqués de Baides, que acababa de ser gobernador de Chile, se trasladaba a Europa con tres buques cargados de riquezas, y vencido en combate naval cerca de Cádiz por los corsarios ingleses, prefirió a rendirse pegar fuego a la santabárbara de su nave.

Y por fin, la escuadrilla de D. Pablo Conteras, que en 1652 zarpó de Cádiz conduciendo mercancías para el Perú, fué deshecha en un temporal, perdiéndose siete buques.

Pero para Lima la mayor de las desventuras fué el terremoto del 13 de noviembre de 1566. Publicaciones de esa época describen minuciosamente sus estragos, las procesiones de penitencia y el arrepentimiento de grandes pecadores; y a tal punto se aterrorizaron las conciencias que se vió el prodigio de que muchos pícaros devolvieran a sus legítimos dueños fortunas usurpadas.

El 15 de marzo de 1657 otro temblor, cuya duración pasó de un cuarto de hora, causó en Chile inmensa congoja; y última-



..... pasaba un par de horitas de sabrosa intimidad ......

mente, la tremenda erupción del Pichincha, en octubre de 1660, son sucesos que bastan a demostrar que este virrey vino con aciaga estrella.

Para acrecentar el terror de los espíritus, apareció en 1660 el famoso cometa observado por el sabio limeño D. Francisco Luis Lozano, que fué el primer cosmógrafo mayor que tuvo el Perú.

Y para que nada faltase a este sombrío cuadro, la guerra civil vino a enseñorearse de una parte del territorio. El indio Pedro Bohorques, escapándose del presidio de Valdivia, alzó bandera proclamándose descendiente de los incas y haciéndose coronar se puso a la cabeza de un ejército. Vencido y prisionero, fué conducido a Lima, donde lo esperaba el patíbulo.

Jamaica, que hasta entonces había sido colonia española, fué tomada por los ingleses y se convirtió en foco del filibusterismo, que durante siglo y medio tuvo en constante alarma a estos países.

El virrey conde de Alba de Liste no fué querido en Lima por la despreocupación de sus ideas religiosas, creyendo el pueblo, en su candoroso fanatismo, que era él quien atraía sobre el Perú las iras del cielo. Y aunque contribuyó a que la Universidad de Lima, bajo el rectorado del ilustre Ramón Pinelo, celebrase con gran pompa el breve de Alejandro VII sobre la Purísima Concepción de María, no por eso le retiraron el apodo de *virrey hereje* que un egregio jesuíta, el padre Alloza, había contribuído a generalizar; pues habiendo asistido su excelencia a una fiesta en la iglesia de San Pedro, aquel predicador lo sermoneó de lo lindo porque no atendía a la palabra divina, distraído en conversación con uno de los oidores.

El arzobispo Villagómez se presentó un año con quitasol en la procesión de Corpus, y como el virrey lo reprendiese, se retiró de la fiesta. El monarca los dejó iguales, resolviendo que ni virrey ni arzobispo usasen de quitasol.

Opúsose el de Alba de Liste a que se consagrase fray Cipriano Medina, por no estar muy en regla las bulas que lo instituían obispo de Guamanga. Pero el arzobispo se dirigió a media noche al noviciado de San Francisco, y allí consagró a Medina.

Habiendo puesto presos los alcaldes de corte a los escribanos de la curia por desacato, el arzobispo excomulgó a aquéllos. El virrey, apoyado por la Audiencia, obligó a su ilustrísima a levantar la excomunión.

Sobre provisión de beneficios eclesiásticos tuvo el de Alba de Liste infinitas cuestiones con el arzobispo, cuestiones que contribuyeron para que el fanático pueblo lo tuviese por hombre descreído y mal cristiano, cuando en realidad no era sino celoso defensor del patronato regio.

D. Luis Henríquez de Guzmán tuvo también la desgracia de vivir en guerra abierta con la Inquisición, tan omnipotente y prestigiosa entonces. El virrey, entre otros libros prohibidos, había traído de Méjico un folleto escrito por el holandés Guillermo Lombardo, folleto que en confianza mostró a un inquisidor o familiar del Santo Oficio. Mas éste lo denunció, y el primer día de Pascua de Espíritu Santo, hallándose su excelencia en la catedral con todas las corporaciones, subió al púlpito un comisario del tribunal de la fe y leyó un edicto compeliendo al virrey a entregar el libelo y a poner a disposición del Santo Oficio a su médico César Nicolás Wandier, sospechoso de luteranismo. El virrey abandonó el templo con gran indignación, y elevó a Felipe IV una fundada queja. Surgieron de aquí serias cuestiones, a las que el monarca puso término reprobando la conducta inquisitorial, pero aconsejando amistosamente al de Alba de Liste que entregase el papelucho motivo de la querella.

En cuanto al médico francés, el noble conde hizo lo posible para libertarlo de caer bajo las garras de los feroces torniceros; pero no era cosa fácil arrebatarle una víctima a la Inquisición. En 8 de octubre de 1667, después de más de ocho años de encierro en las mazmorras del Santo Oficio, fué penitenciado Wandier. Acusáronlo, entre otras quimeras, de que con apariencias de religiosidad tenía en su cuarto un crucifijo y una imagen de la Virgen, a los que prodigaba palabras blasfemas. Después del auto de fe, en el que felizmente no se condenó al reo a la hoguera, hubo en Lima tres días de rogativas, procesión de desagravio y otras ceremonias religiosas, que terminaron trasladando las imágenes de la catedral a la iglesia del Prado, donde presumimos que existen hoy.

En agosto de 1661, y después de haber entregado el gobierno al conde de Santisteban, regresó a España el de Alba de Liste, muy contento de abandonar una tierra en la que corría el peligro de que lo convirtiesen en chicharrón, quemándolo por hereje.

III

LA VENGANZA DE UN CAMPANERO

Es probable que a Escoiquiz no se le pasara tan aína el escozor de los ramalazos, pues juró en sus adentros vengarse del melindroso virrey que tánta importancia diera a repique más o menos.

No había aún transcurrido una semana desde el día del vapuleo, cuando una noche, entre doce y una, las campanas de la torre de San Agustín echaron un largo y entusiasta repique. Todos los habitantes de Lima se hallaban a esa hora entre palomas y en lo mejor del sueño, y se lanzaron a la calle preguntándose cuál era la halagüeña noticia que con lenguas de bronce festejaban las campanas.

Su excelencia D. Luis Henríquez de Guzmán, sin ser por ello un libertino, tenía su trapicheo con una aristocrática dama; y cuando dadas las diez no había ya en Lima quien se aventurase a andar por las aceras, el virrey salía de tapadilla por una puerta excusada que cae a la calle de los Desamparados, muy rebujado en el embozo, y en compañía de su mayordomo encaminábase a visitar a la hermosa que le tenía el alma en cautiverio. Pasaba un par de horitas en sabrosa intimidad, y después de media noche se regresaba a palacio con la misma cautela y misterio.

Al día siguiente fué notorio en la ciudad que un paseo nocturno del virrey había motivado el importuno repique. Y hubo corrillos y mentidero largo en las gradas de la catedral, y todo era murmuraciones y conjeturas, entre las que tomó cuerpo y se abultó infinito la especie de que el señor conde se recataba para asistir a algún misterioso conciliábulo de herejes; pues nadie podía sospechar que un caballero tan seriote anduviese a picos pardos y con tapujos de contrabandista, como cualquier mozalbete.

Mas su excelencia no las tenía todas consigo, y recelando una indiscreción del campanero hízolo secretamente venir a palacio, y encerrándose con él en su camarín, le dijo:

—¡Gran tunante! ¿Quién te avisó anoche que yo pasaba?

—Señor excelentísimo—respondió Escoiquiz sin turbarse,—en mi torre hay lechuzas.

—¿Y qué diablos tengo yo que ver con que las haya?

—Vuecencia, que ha tenido sus dimes y diretes con la Inquisición y que anda con ella al morro, debe saber que las brujas se meten en el cuerpo de las lechuzas.

—¿Y para ahuyentarlas escandalizaste la ciudad con tus cencerros? Eres un bribón de marca, y tentaciones me entran de enviarte a presidio.

—No sería digno de vuecencia castigar con tan extremo rigor a quien como yo es discreto, y que ni al cuello de su camisa le ha contado lo que trae a todo un virrey del Perú en idas y venidas nocturnas por la calle de San Sebastián.

El caballeroso conde no necesitó de más apunte para conocer que su secreto, y con él la reputación de una dama, estaba a merced del campanero.

—¡Bien, bien!—le interrumpió.—Ata corto la lengua y que el badajo de tus campanas sea también mudo.

—Lo que soy yo, callaré como un difunto, que no me gusta informar a nadie de vidas ajenas; pero en lo que atañe al decoro de mis campanas no cedo ni el canto de una uña, que no las fundió el herrero para rufianas y tapadoras de paseos pecaminosos. Si vuecencia no quiere que ellas den voces, facilillo es el remedio. Con no pasar por la plazuela salimos de compromisos.

—Convenido. Y ahora dime: ¿en qué puedo servirte?

Jorge Escoiquiz, que como se ve no era corto de genio, rogó al virrey que intercediese con el prior para volver a ser admitido en el noviciado. Hubo su excelencia de ofrecérselo, y tres o cuatro meses después el superior de los agustinianos relevaba al campañero. Y tánto hubo de valerle el encumbrado protector, que en 1660 fray Jorge Escoiquiz celebraba su primera misa, teniendo por padrino de vinajeras nada menos que al virrey hereje.

Según unos, Escoiquiz no pasó de ser un fraile de misa y olla; y según otros, alcanzó a las primeras dignidades de su convento. La verdad quede en su lugar.

Lo que es para mí punto formalmente averiguado es que el virrey, cobrando miedo a la vocinglería de las campanas, no volvió a pasar por la plazuela de San Agustín, cuando le ocurría ir de galanteo a la calle de San Sebastián.

Y aquí hago punto y rubrico,
sacando de esta conseja
la siguiente moraleja:
que no hay enemigo chico.



...... hubo corrillos y mentidero largo en las gradas de la Catedral.

De las Poesías Líricas

CAMINO DEL CIELO.

¡Vedla! Cubren su belleza
albos, transparentes tules;
así una estrella circundan
ledas nubes.

No la despertéis, que duerme
la niña de ojos azules,
y sueña con sus hermanos
los querubes.

Cuando al lucir la mañana
el sol dilata sus luces,
y sobre cuanto es creado
calor y vida difunde,
no llores, madre, no llores;
y alienta el consuelo dulce
que va camino del cielo
la niña de ojos azules.

¡CORDOVA!

De heroísmo verdadero
fué una edad que ya se aleja...
¡Os hace falta un Homero
tiempos de la patria vieja!

De aquel valiente que pudo,
de Ayacucho en la victoria,
dejar de palmas desnudo
todo el árbol de la gloria;

del bravo entre los mejores
que dijo:—*¡arma a discreción!*
y *¡paso de vencedores!*—(1)
oídme una tradición.

Espartano en bizarría
era y gallardo el doncel;
mozo que a nadie cedía
del entusiasmo el laurel.

Es la civil disensión
y es un campo de batalla;
de ancho llano en la extensión
muertos siembra la metralla.

Héroe de la antigua Grecia
transportado al Mundo Nuevo,
allí do el combate arrecia
se ve impávido al mancebo.

---

(1).—Histórico.

¡Oh, cuánta estéril hazaña!
¡Cuántos tajos y reveses!
¡Así bajo la guadaña
del segador caen las mieses!

¡*Ríndete!* (le grita alguno)
Tu esperanza es ilusoria;
somos ciento y eres uno,
y es nuestra ya la victoria. (1)

Con sereno parecer
y tranquilo sonreír:
—*si es imposible vencer,*
No es imposible morir—(2)

Dijo el valiente adalid
y, espoleando su bridón,
cayó en la revuelta lid
destrozado el corazón.

---

(1).—Histórico.
(2).—Histórico.

LA LIMEÑA.

Tiene en sus ojos rara fosforescencia,
y en su color, del alba la transparencia;
en su talle hay lo esbelto de árbol lozano;
es turgente su pecho, su pie es enano
y, al andar, con la gracia se enseñorea
del clavel que en su tallo se balancea.
Si sonríe, acaricia; si ríe, hechiza;
la palabra, en su boca, se poetiza;
tiene són de divinas arpas colias,
perfume de azahares y de magnolias.
No siempre es grácil palma que se doblega
al viento que sus hojas versátil riza;
razonadora, a veces; otras, fe ciega
domina en sus creencias espirituales,
o es fatalista, como las orientales.
Ora se manifiesta sultana altiva,
ora violeta humilde que el sol esquiva,
y hasta en su ingenio, si éste se desmenuza,
es tanto castellana como andaluza.
Lo grave de Castilla con cuanto cría
de sal, en sus salinas, Andalucía
se juntó en la limeña, que en esta playa
ni Galicia, ni Asturias y ni Vizcaya
se aclimataron. Poco fruto de amores
dieron aquí los vascos conquistadores.
¡No! No mintió el que dijo que es la limeña
azúcar refinada, sal levantisca,
espuma gaditana, luz madrileña,
cual fué Lima, en los siglos a éste anteriores,
ciudad medio cristiana, medio morisca,
ciudad de celosías y de pebetes,

y de góticas torres y minaretes,
en que, al par goda y árabe, seria y sencilla,
su catedral remeda la de Sevilla.
Del helénico tipo y el bizantino
guarda el perfil limeño lo peregrino;
de la Venus romana la gentileza
resalta en los contornos de su cabeza,
y, negros, misteriosos, rizos y bellos,
sobre la ebúrnea espalda caen sus cabellos.
Búcaro en que armonizan cien flores varias,
la limeña armoniza cosas contrarias:
ya es peña inconmovible que el mar acosa,
ya tiene veleidades de mariposa;
ya algo de lo esplendente de los querubes,
ya mucho de lo vago que hay en las nubes.
Sus pasiones a veces son huracanes;
en su desdén hay algo de nieve andina;
su amor esconde el fuego de los volcanes,
deslumbra, atrae, se impone, quema y fascina.
Generosa, abnegada, caritativa,
siempre risueña y ágil, siempre expansiva,
lo mismo en los festines está del mundo
que junto al triste lecho del moribundo.
Siempre a dar al mendigo, débil o anciano,
la limosna bendita, pronta su mano,
y en toda desventura que al alma toca
palabras de consuelo tiene su boca.

De "Flor de Academias"

PREFACIO

(Fragmentos)

III

Dice Menéndez y Pelayo, y dice bien, que lazo entre la literatura del siglo XVII y la del XVIII fué la tertulia o Academia que, por los años de 1709 a 1710, reunía semanalmente, en el Palacio de Lima, el Virrey Marqués de Castell-dos-Ríus. Compilación de los trabajos, leídos en veintiuna veladas, a las que concurrieron las más aristocráticas señoras de la sociedad limeña, es este libro— *Flor de Academias*—códice que hasta ahora se conserva inédito, y del cual sólo era conocida la existencia de otra copia, en la librería personal del erudito académico español don Pascual de Gayangos.

Mi respetable amigo don Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar, que tuvo ocasión para examinar el manuscrito de Gayangos, lo comenta así en su monumental obra—*Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*:—"El mal gusto de la época rebosa en esta abundante colección de versos artificiales; pero, acaso por el aislamiento en que vivían los poetas en aquellas apartadas regiones, el *cultismo*, no subió allí mucho a las nebulosas alturas de los Góngora ni descendió a la ruín y repugnante esfera de los Montero. Los asuntos son, unas veces, nobles y naturales; y otras, las más, son de aquellos que ponen en prensa el ingenio y provocan los juegos de metro y de palabra, los retruécanos y los conceptos. En medio de éstas y otras extravagancias asoma, a menudo, la fantasía viva y fecunda de aquellos ingenios extraviados."

No estoy, por completo, de acuerdo con el juicio del egregio académico de la Española, porque precisamente creo que

fué el gongorismo, ese Moloch devorador de los más claros cerebros, el pecado en que anduvieron más empecatados los literatos de la tertulia palaciega. Así lo expreso en el juicio sintético que formulo, al fin de cada acta, sobre el grado de merecimiento de los trabajos leídos, juicio que sería deficiente si, en este prólogo, no consignara también algunas noticias sobre la personalidad de cada académico, principiando por la del Virrey. *A tout seigneur, tout honneur.*

Don Manuel de Omms de Santa Pau, antes de Sentmanat y de Lanuza, Marqués de Castell-dos-Ríus y Virrey del Perú, fué el creador de las tertulias literarias que, en la noche del lunes, se celebraron en Palacio, desde el 23 de Setiembre de 1709 hasta el 24 de Marzo de 1710. La muerte del Virrey, acaecida treinta días después, puso término a las amenas veladas, y así lo declararon los consocios en el acta fúnebre de la junta que, para honrar a su ilustre compañero, celebraron el 15 de Mayo.

Si como poeta o versificador fué el marqués de Castell-dos-Ríus de lo más ramplón que cabe serlo, sus condiciones como prosador son sobresalientes. Las cedulillas y el vejamen que leyó o hizo leer en la décima velada, revelan agudeza de ingenio, sátira delicada, estilo correcto y castizo, y sobre todo espontaneidad. Se adivina que la pluma del marqués corría fácil como la de Quevedo, autor que parece fué de lectura favorita para Su Excelencia, según lo revelan varias felices imitaciones que del padre de las *Zahurdas de Plutón* resaltan en el vejamen.

Se sabe que el de Castell-dos-Ríus hizo, en verso, una traducción de los himnos del angélico Santo Tomás, y que escribió una comedia, *El Escudo de Perseo,* en la que había trozos de canto, representada en Palacio en celebración del nacimiento del príncipe de Asturias que fué más tarde Fernando VI. De esta comedia, muy encomiada por la adulación de los cortesanos, juzgando por el primer acto del que se encontraba una copia en el archivo del antiguo teatro de Lima, cabe decir que fué una monstruosidad escénica en detestables versos. También fué autor de una disertación político-filosófica a la que intituló *Sermón del mandato,* y aun afirman varios cronistas que dejó muy avanzada una historia sobre sucesos del Perú, desde la conquista hasta el año 1689. Todos estos trabajos del Virrey se han perdido, siendo sólo de lamentar la desaparición del último; pues conocidos como son la pobreza del estro de Su Excelencia y lo pervertido de su gusto, las musas no vestirán de duelo por carecer de los versos de aquel bendito señor.

De entre los tres virreyes poetas que tuvo el Perú—el príncipe de Esquilache, príncipe también, y muy esclarecido, en los reinos de la poesía,—el conde de Santistevan, que rimó poquísimo en castellano y mucho en latín—y el marqués de Castell-dos-Ríus, éste apenas si transpuso los umbrales del templo de Apolo.

De don Juan Manuel de Rojas sólo sabemos que era español, caballero de la orden de Santiago y secretario del Virrey. Versificaba con facilidad suma, y aunque afectado del mal gusto de su época, de vez en cuando antojábasele romper con el conceptismo, y entonces lucía dotes de poeta.

Don Juan Eustaquio Vicentelo, Tello Toledo y Leca, marqués de Brenes y de la orden de Santiago, era sevillano, y en sus versos sobre temas risueños sabía desparramar sal andaluza.

De Fray Agustín Sanz, superior de los paulinos, y confesor del Virrey, está comprobado que fué español. que gozó de gran reputación como orador sagrado y que fué, en Lima, lo que se entiende por fraile de muchas campanillas. Distinguíase entre sus compañeros de la tertulia palaciega, por su poca afición al empleo de imágenes mitológicas en la poesía, y aunque no libre, por completo, del conceptismo en boga, fué de los menos pecadores.

Sobre don Jerónimo de Monforte y Vera, no tenemos otras noticias sino las de que era nacido en el reino de Aragón, que desempeñaba un alto empleo en Palacio y que, algunos años después del fallecimiento del de Castell-dos-Ríus, fué agraciado por el monarca con el hábito de Santiago. De las composiciones poéticas que leyera en las veladas, hay poco que decir en elogio de su numen.

Parece que en estos cuatro versificadores españoles, las aficiones poéticas hubieran muerto junto con el Virrey; pues sólo muy de tarde en tarde encontramos, con firma de ellos, algún soneto, espinelas u octavas en las páginas laudatorias que, a guisa de prólogo, era moda apareciesen en los libros. Todo amigo de un autor estaba obligado a pagar tributo encomiástico.

Aunque nada asiduo en la asistencia personal, también figura entre los académicos de Palacio, el madrileño don Luis Antonio de Oviedo Herrera y Rueda, primer conde de la Granja, autor de un poema en doce cantos sobre *Santa Rosa de Lima* y de un romance sacro sobre la *Pasión de Cristo*, dividido en siete estaciones de andanza o lectura muy fatigosa, como que son 4,796 los octasílabos y uno solo el asonante. El conde era lo que se llamaba hombre erudito y de vivaz fantasía, si bien como

poeta afean sus versos las extravagancias culteranas a que era muy propenso.

De don Mathías de Angles y Meca, paje mimado del Virrey, no hay más que decir sino que era un jovencito español, aficionado a hacer versos, esto es, un poeta de ocasión, y nada más, al que admitieron los académicos en su sociedad por complacer al aristocrático Mecenas.

Pasemos a los peruanos que tomaron participación en el núcleo literario de 1709, principiando por don Antonio Zamudio de las Infantas, marqués del Villar del Tajo, y del que, en puridad de verdad, no se puede decir sino que escribía versos cuando las Musas andaban de bureo lejos del Parnaso.

El doctor don Pedro Joseph Bermúdez de la Torre, nacido en Lima y que, en dos distintas épocas, desempeñó el rectorado de la Universidad de San Marcos, fué un poeta cortesano por excelencia, y su musa, como la de Peralta, se ocupó en lisonjear a virreyes y monarcas. Entre ambos se mantuvo viva competencia, y la opinión pública andaba dividida en lo de acordar al uno supremacía sobre el otro. Hoy hay que convenir en que Bermúdez, como poeta, sin serlo portentoso, es en mucho superior a Peralta. Por lo menos no es tan superlativamente dado al gongorismo y al conceptismo que hacen nebulosas, intraducibles al lenguaje llano, la mayor parte de las composiciones del autor de *Lima Fundada*. A Bermúdez, de vez en cuando se le entiende; a Peralta, nunca; a lo sumo, se le adivina.

El licenciado don Miguel Cascante fué un clérigo limeño, por quien el marqués de Castell-dos-Ríus tenía marcada predilección. Menos enrevesado que Peralta, con más bizarría de imaginación que Bermúdez, y más correcto que el marqués del Villar del Tajo, es, para mí, entre los cuatro peruanos del centro académico, el menos acreedor de censura.

Juicio no tan sintético como los anteriores, debo consagrar a don Pedro de Peralta y Barnuevo, historiador, astrónomo, teólogo, médico, jurista, poeta, enciclopédico, en fin, y el más fecundo de los escritores que hasta el día hemos tenido, juicio que en 1887 expresé en gran parte en una actuación solemne. La fama literaria de Peralta encontró en España resonancia simpática, pues mantuvieron con él asidua correspondencia el marqués de Villena que, en 1713, fué el fundador de la Real Academia Española, así como los académicos duque de Montellano, Carvajal y Lancaster, González Barcia, Villegas Piñatelli y marqués de San Juan. Los primeros ejemplares que del

Diccionario de autoridades llegaron al Perú, vinieron encomendados a Peralta para su expendio.

Ningún conocimiento del saber humano era extraño para el portentoso talento y singular ilustración de nuestro compatriota, y acredítalo la crecida cifra de libros que escribiera sobre variadas y aun antagónicas materias; pero, como estilista, en prosa, el prurito de ostentar erudición, mal del que, como he dicho, pocos, muy pocos literatos de su época lograron libertarse, rebaja el grado de encarecimiento de sus obras. Peralta aparece siempre como oportuno repetidor de máximas y doctrinas ajenas; nunca supo asimilarse el fruto de sus vastas lecturas; y cuando, por casualidad, expresa una idea propia, no se encuentra satisfecho sino después de haber rebuscado y exhibido autoridades que la vigoricen. Parece como que el literato desconfiara de su cerebro y de la verdad y fuerza de sus raciocinios. Y he aquí el porqué su prosa es oscura y falta de sobriedad, y lánguida y sin brillo su frase, como todo lo que pasa por varios crisoles.

A su conceptuoso poema, *Lima Fundada,* le falta el *quid divinum,* el perfume poético. Sus octavas soberanamente gongóricas, carecen del ritmo musical de la poesía, y revisten caracteres de mala prosa rimada. Sus imágenes no son flores nacidas en cármenes deliciosos y mecidas por la brisa tropical, sino flores de conservatorio, sin aroma ni colores vivos.

En vano buscaríamos en los versos de Peralta el estro arrebatador de Ercilla, la pompa descriptiva de Bello, la entonación pindárica de Olmedo, el espiritualismo religioso de Ojeda, la espontaneidad de Caviedes, la pureza de dicción de Valdés, n estro admirable traductor de los salmos, o el aticismo de Fel.pe Pardo y del guatemalteco Irisarri.

Era Peralta un gran pensador; era un sabio eminente; era el erudito que, en América, conocía mayor número de idiomas, y aun de dialectos; pero el Arte, la estética literaria no pueden, en desapasionada y concienzuda crítica, darle puesto de honor entre los favorecidos por el cielo con los dones del sentimiento y de la expresión poética.

El sabio Feijóo escribió en su *Teatro Crítico* que de Peralta no se puede hablar sino con admiración, pues apenas se hallará en toda Europa hombre alguno que lo supere en talento y erudición. Después de tan grandilocuente encomio, formulado por la pluma del inmortal benedictino, confieso que mi crítica quedaría completamente desautorizada, si no la apoyase también el

muy exquisito criterio de don Marcelino Menéndez y Pelayo. Dice así esta eminencia de las letras contemporáneas: ¿Qué es lo que la posteridad ha dejado en pie de la fama cuasi mitológica de Peralta? Cuesta trabajo decirlo; poco más que un nombre que no despierta eco ninguno de gloria literaria. Sus obras no se leen ya, en América ni en España. Su erudición, sin duda, era estupenda, pero indigesta y de mal gusto; su criterio histórico de los más inciertos y extravagantes; su estilo, en prosa y en verso, enfático, crespo y campanudo, con todos los vicios de la decadencia literaria que, después del advenimiento de Luzán y de Feijóo, no eran ya tolerables ni en una remota colonia. Como poeta, sus versos están condenados sin remisión; y si hay aún, por azar, quien lea su poema *Lima Fundada,* mezcla extraña de gongorismo y prosaísmo, sin que le falte ningún rasgo de mal gusto, no es porque lo cautiven las octavas, sino por las notas marginales, genealógicas o históricas. Su vena adulatoria llegó a un extremo casi de demencia cuando compuso el elogio del virrey Armendáriz, sin emplear en su discurso más que una vocal—la letra A. ¡Lástima de estudios tan torpemente malogrados!.

Yo no osaré agregar un concepto más a juicio tan autorizado.

IV

Y aquí ponemos punto, llenado como queda nuestro propósito de limitarnos a presentar en sucinto cuadro a los poetas que antecedieron a la tertulia académica, así como a los que ésta compusieron. Labor menos compendiosa corresponde al escritor que acometa el estudio de las obras de ingenios posteriores hasta el día. El encontrará, para acordarles justiciero aplauso, una pléyade de notables poetas nacidos en el Perú; pues puede afirmarse, sin miedo de incurrir en equivocación, que desde las postrimerías del siglo XVIII se inició en las letras nacionales, una era de mejoramiento en el gusto y en el estilo, y de aspiración a ideales más levantados que los que, hasta entonces, cantaron los poetas.

Agosto de 1899.

De "Recuerdos de España"

EN CORDOBA

Wilfredo de la Puente, hoy conde del Portillo, nos esperaba a las dos de la tarde, en la estación de Córdoba. Hijo de padre peruano y de aristocrática dama española, vivió en Lima desde los catorce hasta los veintiocho años, y fué oficial en la marina de guerra del Perú, allá en los tiempos en que yo *dragoneaba* de contador y comisario en la escuadra. Pero sobrevino aquello de la toma de las islas de Chincha y lo de la *reivindicación* o amenaza de reconquista, y Wilfredo, que no podía combatir contra la patria donde naciera ni contra sus compañeros y deudos del Perú, solicitó y obtuvo separación del servicio, yendo a domiciliarse en Córdoba, donde encontré, al cabo casi de un cuarto de siglo, al que yo conociera gallardo y alborotador mancebo, convertido en todo lo que hay que ser de tranquilo *pater familias.*

Sólo hasta el siguiente día podía yo permanecer en la ciudad donde César pasó a cuchillo a veinte mil partidarios de Pompeyo, y de suyo se adivina que no pude encontrar mejor cicerone que Wilfredo.

Córdoba que, en los tiempos del califato de Abdelrrhamán, llegó a tener doscientos mil vecinos, hoy escasamente tendrá treinta mil. Es, como Granada, una ciudad enferma con la nostalgia de su pasado. Los dioses del Olimpo, dice Pi y Margall, no pudieron salvarla del furor de César; el Profeta no quiso tenderla una mano desde su sepulcro; y Cristo la dejó aniquilar por las tropas francesas al mando de Dupont.

Lo primero que se anhela visitar en Córdoba es su renombrada mezquita, principiada en el siglo XIII por Abdelrrhamán y concluída bajo el gobierno de su hijo Hixem, sobre terreno que fué templo cristiano. Yo no me propongo describir, ni aunque

me lo propusiera atinaría, lo que tántos viajeros han descrito con brillantez y superabundancia de detalles.

Penetramos por la puerta del Perdón al patio de los Naranjos, donde aún existe la fuente destinada a las abluciones; y tres minutos después nos hallábamos en la Catedral, que parece un bosque artificial, de columnas labradas con los mármoles, jaspes y granitos más preciados. Me dijeron que, en la época primitiva, las columnas excedían de mil cuatrocientas; pero que, para formar el coro de la Catedral cristiana, hubo que eliminar muchísimas, siendo hoy sólo ochocientas sesenta las que forman las veinte naves principales y las treinta y cinco laterales. En el espacio que ocuparon quinientas cuarenta columnas, está hoy la Catedral católica con sus capillas, que son más de treinta.

Dígase lo que se quiera, esa Catedral no es Catedral. En ella el alma se remonta más a Mahoma que a Cristo.

Cuéntase que, en los primeros años de fundada, las golondrinas, que anidaban en los techos, turbaban con su canto el rezo de los fieles. Para libertarse de ellas no se encontró más remedio que el de acudir a las armas espirituales, y después de una procesión en forma se pronunció sentencia, nó sin que el *abogado del diablo,* a quien, por prescripción canónica, se encomendó la defensa de las golondrinas, hubiese agotado su arsenal de argumentos para probar que las aves cantaban en ejercicio de un legítimo derecho. No valieron razones ni citas legales, y las golondrinas fueron conminadas, bajo pena de excomunión mayor, a no cantar ni revoletear en el tempo durante las horas destinadas al culto. Y ¡cosa rara! desde que se las leyó la sentencia no han vuelto a ser indiscretas.

De una capilla que se llama de "La Sangre", refiérese que tomó tal nombre porque un judío escondió en uno de sus zapatos una hostia consagrada, descubriéndose el sacrilegio por la huella roja que, al caminar, dejaba.

No visitar la capilla de "Las Animas" habría sido indisculpable en un peruano. Esta capilla la fundó, en la primera década del siglo XVII, nuestro compatriota el Inca—historiador Garcilaso de la Vega. En una lápida de mármol negro se lee esta inscripción:

"El Inca Garcilaso de la Vega, varón insigne, digno de per-"petua memoria, ilustre en sangre, perito en letras, valiente en "armas, hijo de Garcilaso de la Vega, de la casa de los duques de "Feria e Infantado, y de Elizabeth Palla, hermana de Huayna-"Cápac, último emperador de las Indias, comentó la Florida,

"tradujo a León Hebreo, y compuso los Comentarios Reales. Vi-"vió en Córdoba con mucha religión y murió ejemplar. Dotó es-"ta capilla y enterróse en ella. Vinculó sus bienes al sufragio de "las ánimas. Sus patrones perpetuos, los señores Deán y Cabil-"do de esta Santa Iglesia. Felleció a 22 de Abril de 1616. Rue-"guen a Dios por su ánima."

Todas las capillas que, como he dicho, pasan de treinta, tienen su historia más o menos curiosa y singular. A poca distancia de la de Garcilaso de la Vega se ve, en una columna, una imagen de Cristo en la cruz que, dice la tradición, fué labrada sobre el mármol en tiempo de la dominación morisca, por un cautivo cristiano, sin otro buril que la uña, y durante años y años de pacienzuda labor. ¡Valiente uña! ¡De acero debió ser la de ese prójimo! A este prodigio aluden unos versos latinos que se leen en un cuadrito, con la traducción que copiamos:

El cautivo con gran fé—en aqueste duro mármol—con la uña dibujó—a Cristo crucificado—siendo esta iglesia mezquita—donde lo martirizaron.—

Tres horas pasé en la monumental mezquita, horas en las que mi espíritu estuvo abrumado por la admiración de tánta y tánta maravilla.

Cuando después recorrí la ciudad deteniéndome en el famoso puente romano, visitando el espacioso y elegante Club o Casino de construcción moderna, y hasta el muy bonito paseo del Gran Capitán, nada encontré que fijase mi atención.

En la mañana volví a pasar otras dos horas en la Catedral para con el ánimo más sereno, acabar de formarme idea de un monumento en que las civilizaciones cristiana y morisca parecen competir, sin gran ventaja para la primera.

De "Verbos y Gerundios"

A UNA BEATA.

En tiempo de Diocleciano,
guapo emperador romano,
floreció Santa Nefija,
de la cual se habla prolija-
mente en el Año Cristiano.

Y refiere de la tal
un muy docto historiador
algo que prueba en rigor
que ni pecado venial
es besar al pecador.

Persiguiendo al cristianismo
aquel bárbaro, a los fieles
condenaba al ostracismo,
si no hacía el barbarismo
de echarlos a sus lebreles.

Fué la santa desterrada,
y en ello fué bien librada,
que él, con feas o bonitas,
no se andaba con chiquitas
para hacer una gatada.

De llegar hubo a una ría,
y no teniendo dinero
para pagar al barquero,
le pagó.... (¡Jesús María!)
con un beso bullanguero.

Si tras el toque de queda
comer ansiaba una hogaza,
un beso daba muy leda,
que eran sus besos moneda
bien aceptada en la plaza.

Si limosna la pedía
alguien, por amor de Dios,
la santa se detenía,
y así.... sin gazmoñería
daba un beso, y hasta dos.

Y de esa santa en elogio
y ajeno a toda diatriba,
casi, casi a decir iba
que en todo el martirologio
no la hay más caritativa.

—Pero, ¿todo eso es verdad?
—Y la purísima, hija.
Si aspiras a santidad
conmigo haz la caridad
que hacía santa Nefija.

GALANTERIA MISTICA.

De caridad hermana
era en un hospital sor Sinforiana,
y ni agrego ni quito
diciendo que era lindo su palmito.
Un enfermo del pecho,
mirándola de pie junto a su lecho
mucho más bella que oriental sultana,
exclamó:—¡Dios eterno!
Y la hermana repuso:—No se aflija....
¿Qué quiere usted con Dios? Yo soy su hija...
—¿Qué quiero? Que me acepte por su yerno.

Los sábados de Don Juan Valera

Nombre más popular, en los países donde se habla y cultiva la lengua de Cervantes, que el del autor de *Pepita Jiménez*, difícilmente podrá citarse. Alarcón, Pérez Galdós y Pereda quedan rezagados cuando se nombra a don Juan Valera.

Ligábame a él una deuda de gratitud; pues, en el segundo tomo de sus *Cartas americanas* me había honrado con juicio asaz encomiástico sobre uno de mis libros de *Tradiciones*. Visitando a Valera, a poco de mi llegada a Madrid, llenaba más que un deber social y de literaria cortesía, una exigencia del corazón.

Valera que, cuando lo conocí, barbeaba ya con los setenta, pues nació en 1824, en un pueblo de la provincia de Córdoba, es hombre lleno de vigor físico y en quien el gracejo andaluz, unido a un trato llano como camino real, hace una personalidad muy simpática. Recuerdo que Zorrilla no podía convencerse de que ya don Juan lleva a cuestas recia carga de años; porque, al hablar de él, llamábalo siempre Juanito Valera. ¿Será que los viejos nos sentimos rejuvenecidos cuando remozamos con el diminutivo a los seres que, en la juventud, tratáramos con intimidad? Para Zorrilla, Madrazo era siempre Pedrito Madrazo, y don Miguel de los Santos Alvarez, Miguelito.

Cuanto yo pudiera decir a mis lectores en justiciero encomio de don Juan, sería pálido ante estas palabras de don Manuel de Revilla:—"Valera es la ciencia con corbata blanca, y la erudición vestida de limpio".

Valera recibía los sábados a sus amigos. Su tertulia principiaba entre nueve y diez de la noche, concluyendo a las dos de la mañana. Los escritores americanos, que por delegación de sus respectivos gobiernos, nos hallábamos a la sazón en Madrid, éramos solícitamente invitados. Zorrilla de San Martín, el can-

tor de americanistas ideales; Rubén Darío, el parnasiano de fantasía deslumbradora; Juan Ferraz, el modesto bardo de *Tristes y Colombinas*; Leonidas Pallares Arteta, que en su pequeño poema *Idioma sin traducción* rivalizara con Campoamor, con el maestro inmortal; Pancho Sosa, el benévolo crítico mexicano; Quijano Wallis, el simpático jurista de Colombia; y tántos otros del mundo republicano, fraternizábamos en esas deliciosas veladas con los más encumbrados literatos españoles, como Menéndez y Pelayo, Núñez de Arce, Manuel del Palacio y José Alcalá Galiano. Prosa o verso, todos leíamos algo.

Sólo una noche vi en la tertulia al octogenario don Nemesio Fernández Cuesta, el patriarca de los escritores españoles; pues Martínez Villergas, residente en Zamora, no alcanzaba a contar los años del director del Diario de Sesiones del Congreso. (1) Fernández Cuesta era poco conversador, y apenas permaneció una hora en los salones. Ya en el Perú, supe, por la prensa madrileña, el fallecimiento del venerable anciano, a fines de 1893, y a pocos días de la repentina muerte de Rafael García Santisteban, poeta de buen humor y de finísimo porte, con quien intimé algo en casa de Concepción Jimeno, a cuya tertulia concurrían también Teodoro Guerrero y Ricardo Sepúlveda, dos escritores a quienes tánto renombre ha conquistado el espiritual libro *Pleito sobre el matrimonio*.

Allá, en mis ahora muy remotos días de colegio, era el *Canto a Teresa*, de Espronceda, la poesía española más leída y recitada en América, acaso tanto como hoy el *Idilio* de Núñez de Arce y la dolora de Campoamor *¡Quién supiera escribir!*—

Encabezaba Espronceda su romántica composición con esta octava de Miguel de los Santos Alvarez, en su inconcluso poemita *María:*

(1).—En 1864, tuve por compañero de viaje, de Saint-Thomas a Londres, al festivo Villergas, intimándose más nuestra amistad doce años después, cuando residió por algunos meses en Lima. Durante mi permanencia en España cambiamos varias cartas, no habiéndome sido posible cumplir la promesa que, en una de ellas, le hice, de ir a visitarlo en Zamora. Ha muerto en Mayo de 1894.

Bueno es el mundo! ¡Bueno! ¡Bueno! ¡Bueno!
Como de Dios, al fin, obra maestra:
por todas partes de delicias lleno,
de que Dios ama al hombre hermosa muestra.
Salga la voz alegre de mi seno
a celebrar esta vivienda nuestra....
¡Paz a los hombres! Gloria en las alturas!
¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

Tan unidos vivieron siempre Alvarez y Espronceda, que éste murió en Mayo de 1842, siendo huésped de don Miguel de los Santos, que habitaba en la calle de la Greda.

Cuando yo lo conocí, era Alvarez un viejecito lleno de vivacidad, que pensaba poquísimo en las letras y menos en la diplomacia, que fué su carrera pública. Se consideraba ya jubilado en política y en literatura. Nadie sabrá decir si fué optimista o fatalista: su filosofía no era en él un sistema.

Salimos juntos de una de las veladas, a las dos de la mañana, llevando la misma dirección, y al despedirme en la puerta de mi hotel, le dije:—tardecito vamos a la cama, señor don Miguel.—Pues para mí es temprano, me contestó, porque nunca me acuesto antes de las seis de la mañana.

Y decía mucha verdad. Cuando se retiraba de visitas o de tertulias iba a un casino o café, se engolfaba en la lectura de periódicos, en charla con los amigos, o en las peripecias del tresillo, y sólo cuando los rayos del sol aparecían, se encaminaba a su casa, después de apurar una taza de chocolate con mojicón.

Un sábado, en el mes de Noviembre, dejó de concurrir don Miguel de los Santos a la velada de Valera. Allí supe que acababa de fallecer, después de dos o tres días de enfermedad.

Sus funerales fueron muy modestos, y apenas una comitiva de cien amigos, en su mayoría escritores, presidida por el poeta Angel María Dacarrete, deudo del finado, acompañó al cementerio los restos del que fué el más íntimo camarada de Espronceda.

¡Y don Miguel de los Santos Alvarez murió sin obtener asiento entre los académicos! Verdad que tampoco lo es (ni lo será) don Francisco Pi y Margall, por grandes que sean los primores de estilo y de lenguaje que abrillantan su prosa.

Narciso del Campillo, cuyos ensayos literarios son contemporáneos con los de Valera, es un poeta andaluz con todo el gracejo del profesor de *cante flamenco*. No tiene gravedad pretensiosa, y eso que Campillo desempeña cátedra en la Universidad de Madrid, sino toda la genial travesura del estudiante. Campillo es un espíritu siempre fresco, un hombre que sólo es viejo por las canas y por las arrugas. Si es cuestión de dirigir una galantería a una hermosa, pocos jóvenes superarían a don Narciso en espiritualidad y buen tono. Campillo es de los pocos hombres de talento a quien todos quieren, y que no tiene envidiosos que lo denigren, porque a nadie hace sombra ni se atraviesa en el camino de nadie. El, ni avanza ni retrocede un paso, en el puesto en que sus buenas dotes literarias lo han colocado. Ni siquiera ha soñado con ser académico. A él le basta ser quien es: ilustrado, inteligente, benévolo, y sobre todo muy conocedor del mundo y de sus vanidades y miserias.

Al duque de Rivas, don Enrique de Saavedra, pariente político de Valera e hijo del autor del *Moro expósito* y del *Don Alvaro,* sólo lo encontré en una velada y en poquísimas juntas de la Academia Española, a la que pertenece desde 1863, en la vacante que dejó don Agustín Durán. Disfrutando de salud delicadísima, poco, muy poco puede ocuparse en la labor literaria. Conozco de él algunas novelitas muy morales y escritas en correcta prosa, así como versos líricos en que campean buenos conceptos. Es todavía un romántico fiel a la bandera que enarbolara su egregio padre, bandera que tántos y tántos desertores ha tenido.

En su trato personal es tan franco y afectuoso como su hermano político el marqués de Valmar, don Leopoldo Augusto de Cueto, también académico desde 1857, en la vacante que dejó el laureado Quintana. Hoy, después de Pezuela y Guerra y Orbe, (1) es don Leopoldo el más antiguo en la docta corporación.

(1).—Don Aureliano Fernández Guerra y Orbe, ha fallecido recientemente. Para ocupar la vacante que dejara, ha sido electo don Eugenio Sellés, el poeta del *Nudo gordiano.*

Hace años que al marqués de Valmar lo inhabilita una fatal dolencia para salir de su casa. Pasa sus horas en un sillón, leyendo o consagrado a trabajos que, como sus juicios críticos sobre los líricos del siglo XVIII, reclaman erudición y paciencia de benedictino. No quise alejarme de España sin conocerlo, y le escribí pidiéndole hora en que le fuese posible recibir mi visita, en su casa de la calle de Cervantes. No se hizo esperar la respuesta:

23 de Febrero de 1893.

Muy distinguido compañero: Cordialmente agradezco a usted que me proporcione la satisfacción de conocerlo personalmente, ya que lo conocía y estimaba por sus obras. Mi achacosa ancianidad me obliga a vivir completamente retirado del mundo, y consagrado a la familia y a las letras. Con especial complacencia recibiré a usted el día que guste, a las tres de la tarde.

Suyo, con sentimientos de simpatía, atento y afectísimo compañero Q. B. S. M.

El marqués de Valmar.

Don Leopoldo Augusto de Cueto, a pesar de la cruel enfermedad que le impone forzado retraimiento, es un viejo bien conservado y que apenas representa setenta años. Trabaja en su bufete cuatro o cinco horas diarias, por lo menos, en una obra que le ha encomendado la Academia y que, según me dijo en la primera visita que le hice, estaba ya en vía de concluír. Es don Leopoldo el único académico que goza la prerrogativa de ser considerado como presente en las sesiones.

El marqués de Valmar, como literato, vale por su erudición, su aquilatado gusto y su forma netamente clásica.

Salvador Rueda era uno de los invitados a la tertulia; pero no concurría. Rubén Darío lo llevó una tarde a casa, y quedé encantado de su trato. Es Salvador Rueda un joven andaluz, pequeño, de ojos vivaces, bigotillo negro, elegante y simpático. Su aspecto personal, la cultura de sus modales, y sus dotes de poeta colorista deben cautivarle entre las desterradas del Paraíso. Por dicha para él, si bien tiene siempre en los labios y en

la pluma una fina galantería para toda belleza, no paga gran tributo a devaneos amorosos. La literatura es la pasión que absorbe todas las energías de su espíritu. Escribe prosa poética, y muy inspirada; y, cuando se echa a versificar, es portentosa la riqueza rítmica de su musa. No es, por la forma, un poeta español, sino, un parnasiano francés (ya sé que ni lo habla ni lo traduce) de los que hacen filigrana con el oro de la palabra. En cuestión de escuela literaria, no entro ni salgo. Mi estética es la de Boileau:

Tous les genres sont bons hors le genre ennuyeux.

Si todos los jóvenes de la nueva escuela se llamaran Salvador Rueda, Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera o Julián del Casal, sin duda que rompería yo, sin escrúpulo, un par de guantes aplaudiéndolos. Lo que en ellos es genial, propio, característico, se me hace insoportable en el cardumen de sus imitadores que, en América sobre todo, han surgido, y a los que hay que espantar a plumerazos como a los mosquitos de trompetilla.

En don Juan Valera se encuentran reunidas todas las condiciones precisas para ser, en España, algo así como el Mecenas de los literatos. Sobre lo fino y contemporizador de su trato, cualidades no sé si geniales o adquiridas en su ya larga carrera de diplomático, hay que agregar el afecto, respetuoso a la vez que íntimo, que sabe inspirar a cuantos con él cultivan relaciones. En la boca de Valera hay siempre un mohín risueño, que tampoco sabré decir si es inofensivo o encarna algo de burla. Ese mohín sabe trasladarlo, a veces, a los puntos de su pluma, y tánto que, en muchas de sus críticas, queda el lector en duda sobre la sinceridad del encomio.

Don Juan Valera comparte, con Menéndez y Pelayo y con don Federico Balart, la reyecía de la crítica seria y trascendental en literatura.

DE "ANALES DE LA INQUISICION DE LIMA"

(Fragmentos)

SUMARIO.—Fundación del Tribunal en Lima.—Real cédula de fundación.—Autos de fe bajo el gobierno de don Francisco de Toledo.—Don Martín Henríquez, IV virrey.—El marqués de Cañete, XIII virrey.—El marqués de Salinas, IX virrey.—El conde de Monterrey, X virrey.—El marqués de Montesclaros, XI virrey.—El marqués de Guadalcázar, XIII virrey.—Escándalo bajo el gobierno del conde de Chinchón, XIV virrey.—El marqués de Mancera, XV virrey.—Edicto contra los portugueses.—Juicio de residencia y acusación de cohecho.—El conde de Alba de Aliste, XVII virrey.—El conde de Santisteban, XVIII virrey.—El conde de la Monclova, XXIII virrey.—El marqués de Villagarcía, XXX virrey.—Decadencia del Tribunal.—Autos de fe bajo los gobiernos de los virreyes conde de Superunda y marqueses de Osorno, de Castelfuerte y de Avilés.

Gobernando el Perú en nombre de Felipe II, el virrey don Francisco de Toledo, llegó a Lima, el 9 de Enero de 1570, el licenciado Serván de Cerezuela, familiar de la casa de los condes de Oropesa, portador de la real cédula de fundación del Tribunal del Santo Oficio. El compañero de Cerezuela, Andrés Bustamente, había fallecido en el viaje de España a América, pesando, por lo tanto, bajo la exclusiva responsabilidad del licenciado la organización del Tribunal. La real cédula a que hemos referido, está así concebida:

Don Francisco de Toledo, mayordomo de nuestra casa, nuestro virrey y capitán general de las provincias del Perú y

Presidente de nuestra Audiencia real de la ciudad de los Reyes, Oidores de la dicha nuestra Audiencia, Presidentes y Oidores de las nuestras Audiencia reales que residen en las ciudades de la Plata, Quito, Panamá y Chile, de las dichas provincias y cualesquier nuestros Gobernadores, Corregidores, Alcaldes mayores y otras Justicias de todas las ciudades y villas de ellas, ansí de españoles como de indios naturales que al presente sois y en adelante fueren, y a cada uno de vos a quien la presente o su traslado auténtico fuere mostrado, y lo en ella contenido toca o pueda tocar en cualquier manera, salud.

Sabed que el Muy Reverendo en Cristo Padre Cardenal de Sigüenza, Presidente de nuestro Consejo, Inquisidor Apostólico General en nuestros reinos y señoríos, con acuerdo de los del nuestro Consejo de la General Inquisición, y consultando con Nos, entendiendo ser muy necesario y conveniente para el aumento y conservación de nuestra santa fe católica y religión cristiana, poner y asentar en esas provincias el Santo Oficio de la Inquisición, lo ha ordenado y proveído así. Y porque demás de los Inquisidores y Oficiales que con su título y provisión han de residir y asistir en el dicho Santo Oficio, es necesario que haya familiares como los hay en reinos de Castilla, habiéndose platicado sobre el número de ellos y así mismo de los privilegios y excepciones que deben y han de gozar, consultando conmigo, fué acordado que, por ahora y hasta que otra cosa se provea, haya en la dicha ciudad de los Reyes, donde ha de residir el Santo Oficio, doce familiares; y en las cabezas de arzobispados y obispados, en cada una de las ciudades, villas y lugares de españoles, del distrito de dicha Inquisición, un familiar: y que los que hayan de ser proveídos por tales familiares sean hombres pacíficos y cuales convienen para ministerio de oficio tan santo. Y los familiares gocen de los privilegios de que gozan los familiares del reino de Castilla y que, acerca del privilegio del fuero en las criminales, sean sus jueces los Inquisidores, excepto en el crimen lesa *majestatis humana*, en el crimen nefando contra natura, y en el crimen de levantamiento y conmoción de pueblos, y en el crimen de cartas de seguro nuestro, y de rebelión e inobediencia a los nuestros mandatos reales, y en caso de aleve o de fuerza de mujer o monasterio, o de quema de campo o casa, y en otros delitos mayores que éstos. Item, en resistencia o o desacato calificado contra nuestras Justicias reales; porque en el conocimiento de nosotros ni de las causas criminales en que fueren actores o reos no se han de entrometer los dichos Inquisidores,

sino que la jurisdicción en dichos casos quede en los jueces seglares. Item, que los que tuvieren oficios públicos de los pueblos y otros cargos seglares, y delinquieren en cosas tocantes a los dichos oficios y cargos sean juzgados en los dichos delitos por las nuestras justicias seglares; pero en todas las otras causas criminales en que los dichos familiares fueren reos que no sean de los dichos delitos, quede a los inquisidores la jurisdicción criminal para que libremente procedan contra ellos y determinen sus causas, como jueces que para ello tienen nuestra jurisdicción, por ahora y adelante; y en los dichos casos en que los Inquisidores han de proceder pueda el juez seglar prender al familiar delincuente, con que luego le remita a los dichos Inquisidores que del delito hubieren de conocer con la información que hubiere tomado, la cual se haga a cuenta del delincuente. Item, que cada y cuando que el familiar hubiese delinquido fuera de esa ciudad de los Reyes, donde como está dicho ha de residir el Santo Oficio, y fuere sentenciado por los Inquisidores, no pueda volver al lugar donde delinquió sin llevar testimonio de la sentencia que en su causa se dió, y lo presente ante la Justicia del lugar y la información del cumplimiento de ella. Y para que no se exceda del dicho número de familiares que conforme a lo que está declarado ha de haber, los dichos Inquisidores guarden lo que acerca de esto el dicho Inquisidor General y Consejo les ha ordenado por sus instrucciones. Y los dichos Inquisidores tendrán cuidado que en el dicho su distrito se dé al Regimiento copia del número de familiares que en cada una de las dichas villas, ciudades y lugares ha de haber, para que los Gobernadores, Corregidores y las otras Justicias y Regimientos puedan reclamar cuando los Inquisidores excedieren del número; y que así mismo se dé la lista de los familiares que en cualquier gobernación o corregimiento se provean, para que los unos y los otros sepan que aquéllos, y no otros, son los que han de tener por familiares; y que al tiempo que en el lugar de aquellos familiares se proveyere otro, los Inquisidores lo hagan saber al dicho Corregidor, Gobernador o Justicia seglar en cuyo distrito se proveyere, para que entienda que aquél ha de tener por familiar y no a otro, y para que, si supiere que no concurren en tal proveído las dichas calidades, advierta de ello a los Inquisidores, y si fuere necesario al Inquisidor General y Consejo para que lo provean.

Por ende, YO vos mando que guardéis y hagáis guardar y cumplir lo susodicho en todo y por todo, y que contra el tenor

y forma de ello no vayáis, ni paséis ni consintáis ir ni pasar por ninguna causa, forma o razón que haya; que a cada uno de vos juzgue y conozca en los dichos casos que os quedan reservados, y en los otros no os entrometáis, y cese toda competencia de jurisdicción, porque así conviene al servicio de Dios Nuestro Señor y buena administración de la justicia; y esta es mi voluntad, y de lo contrario, nos tendremos por deservido. Fecha en Madrid a 7 de Febrero de 1569 años.—YO EL REY.—Por mandato del Rey Nuestro Señor, *Jerónimo de Zurita.*

A poco, el difunto inquisidor Bustamante fué reemplazado con el licenciado Pedro Antonio Gutiérrez, nombrándose a la vez como fiscal al licenciado Alcedo, y por secretario a Eusebio de Arieca, señalándose por salario a cada uno de estos ministros mil pesos ensayados. El peso ensayado tenía el valor de trece reales.

Creáronse además los siguientes empleos: un rector y un alguacil mayor, con mil pesos; un notario, con seiscientos pesos; un alcaide con quinientos; un nuncio, con cuatrocientos; un contador, con doscientos, y un portero con cuatrocientos, salarios que subsistieron hasta que Urbano XIII dispuso que se creasen nuevas canongías, en las catedrales del Perú, para el sostenimiento de los ministros del Santo Oficio.

Lima recibió con toda solemnidad y con grandes festejos al Inquisidor Serván de Cerezuela, quien estableció el Tribunal en la casa fronteriza a la portería e iglesia de la Merced, según lo refiere el padre Bernabé Cobo en su *Historia de Lima.* Fué muchos años después cuando la Inquisición llegó a edificar las cárceles que hemos conocido, en el terreno que primitivamente ocupara la casa de Nicolás de Rivera, el Mozo, compañero de Pizarro y uno de los fundadores de la ciudad. El inquisidor más antiguo estaba obligado a vivir en uno de los departamentos del edificio.

Lima tuvo la honra de contar entre sus Inquisidores, nada menos que a un caballero de sangre real. Fué éste don Cristóbal de Castilla y Zamora, hijo natural de Felipe IV. Hallándose de Inquisidor, en 1669, le llegaron las bulas en que se le nombraba obispo de Guamanga.

No se hizo la Inquisición esperar mucho para ofrecer al pueblo el espectáculo de un auto, y el domingo 15 de Noviembre de 1573 tuvo efecto el primero en la plaza Mayor, presidido por el nuevo inquisidor Gutiérrez de Ulloa y su colega Cerezuela. Fueron penitenciados en él seis reos, y arrojados a las llamas Mateo Salade, francés, hereje y contumaz. A inmediaciones de Maranga existe aún la ermita que habitó Salade. Fué éste un embaucador a quien el pueblo, creyéndolo santo, favorecía con limosna de dinero. Vestía hábito de jerga, y todos los sábados se le veía en la ciudad cosechando pesetas.

No asistió a este auto el virrey; y el arzobispo que se encontraba enfermo, concurrió en silla de manos.

El 13 de Abril de 1578, y en la misma plaza Mayor se celebró el segundo auto de fe. He aquí la descripción que de él hace un historiador:

Este auto se celebró con tanta pompa como pudiera tener en la primera ciudad de España. La concurrencia fué inmensa, porque las gentes habían acudido desde largas distancias, atraídas por lo ruidoso de la causa y por el deseo de presenciar el triunfo de la fe. En la plaza Mayor se levantó un tablado con doseles para el virrey y para la Audiencias, y con asientos para las corporaciones y personas notables. El estandarte de la fe fué conducido con la mayor solemnidad. Los reos, en número de dieciséis, salieron con vela en mano, sin ceñidor, la cabeza descubierta, algunos con soga en la garganta, uno con coroza y dos con sambenito. Había entre ellos dos religiosos dominicos, dos mercedarios, dos clérigos, un jurista y un escribano. Al virrey, y a la Audiencia y a las demás autoridades se tomó juramento de favorecer al Santo Oficio. El obispo de Quito que, por estar vacante el arzobispo autorizaba aquel acto, predicó con mucho favor. Los procesos y sentencias se fueron leyendo con toda prolijidad, durando la ceremonia desde la mañana hasta las doce de la noche. Los delitos y penas particulares fueron, en sustancia:

—Miguel Hernández, se había fingido familiar del Santo Oficio para cobrar una deuda, y fué multado en setenta pesos esayados.

—Juan de Estrada, por igual ficción y porque daba memo-



D. Ricardo Palma en 1908



rias de palabras y cosas para hacer burlas, fué penado en cien azotes.

—Baltasar de Céspedes, se decía deudo de uno de los inquisidores y enviado del Santo Oficio: había falsificado la firma y sello del obispo de la Imperial: y, echándola de astrólogo, supuso haber descubierto un cerro de oro. En castigo de éstas y otras supercherías, salió con coroza, y en ella pintados tres hombres con los nombres de Bachiller coronado, Cerro de oro y Licenciado Prieto. Recibió doscientos azotes; en adelante se debía llamar Baltasar Rodríguez, y estar perpetuamente fuera del distrito del Santo Oficio.

—Diego Marrón, mestizo, sufrió doscientos azotes, porque atemorizó a ciertos testigos que deponían contra un compadre suyo.

—Mateo de Enteros, flamenco, que tenía el *Inquisidor* de Erasmo, libro prohibido, y bajaba los ojos y el rostro al comulgar, hizo abjuración de *levi* y otras penitencias.

—Esteban de Salcedo, mestizo, sufrió un castigo análogo por haber dicho que la simple fornicación no era pecado mortal.

—Fray Gaspar de Bustamante, diácono de la Merced, tenía un manuscrito de ruines cosas, había predicado dándose ya por sacerdote y ofrecía anillos, ungüentos y piedras para inspirar amor, por lo que fué condenado a abjuración de *levi*, degradación de órdenes, destierro perpetuo del Perú y cinco años de reclusión en España.

—Antonio Estacio, francés, que había sido cautivo de los turcos y renegado, fué condenado en dos mil pesos ensayados y otras penitencias, por haber dicho que a un difunto, de quien era albacea, le habían de hacer mal las misas.

—Pedro Hernández, escribano, se jactaba de soltarse fácilmente sin romper los grillos y prisiones, de tener una jaca que andaba treinta leguas en un día, y de otras cosas que olían a pacto con el demonio; por cuyas torpes jactancias sufrió doscientos azotes y el destierro de Indias, so pena de impenitente.

—El maestro Juan de Morales, ciego predicador, fué desterrado a España y suspendido por cinco años de sus funciones sacerdotales, por haber tratado con los presos de la Inquisición y dicho, entre otras cosas sospechosas, que era pamema el juicio en el valle de Josafat.

—El bachiller Arnal de Biezma había comunicado con los presos del Santo Oficio y dicho que Mateo Salade, el ermitaño de Maranga, no tenía más culpa que San Jorge, y que conocía

una hierba con la que, poniéndosela delante, no serían las mujeres vistas de sus maridos. Aunque explicó estos dichos de una manera plausible, fué condenado a abjuración de *vehementi*, a cinco años de reclusión en la ciudad, a presentarse al Santo Oficio una vez al mes, a no celebrar y a no llamarse licenciado.

—Pedro Bermejo, sastre, afirmaba que la caridad era menor que la fe, y que San Pablo pudo errar porque fué hombre. En pena de estas aseveraciones, y en vez de decirle: "sastre, a tu aguja y tus puntadas", fué condenado a doscientos azotes, abjuración de *vehementi* y tener la ciudad por cárcel durante seis años, so pena de impenitente relapso.

—Fray Gaspar de la Huerta, mercedario, ordenado de grados, por haberse fingido sacerdote para decir misa, y asegurado a ciertos frailes que se le había aparecido un niño llamado Salvadorico, fué condenado a abjuración de *vehementi*, degradación, doscientos azotes, y a servir cinco años en galeras al remo y sin sueldo, so pena de relapso.

—El Dr. D. Agustín de Quiñones, jurista, oyendo predicar que Jesucristo era imagen del Padre, sostuvo que estaba mal dicho, y también afirmaba que los matrimonios clandestinos obligaban en conciencia, aunque el Concilio tridentino los había dado por nulos. Por estas opiniones fué declarado hereje, sacó sambenito, perdió sus bienes, estuvo confinado en el Cuzco por un año, y en diez leguas a la redonda por cinco; quedó inhabilitado e infame, se le probó que no sabía los mandamientos, ni los artículos, ni los sacramentos, y se le obligó a oir misa y sermón todos los días festivos.

La causa más notable de este auto fué la de tres padres dominicos, de gran opinión en ciencia y santidad que habían sido inducidos a creer las cosas más extraordinarias y atrevidas por las palabras de una moza, por cuya boca hablaban en opinión de ellos, los ángeles y los santos.

—Fray Pedro de Toro, provincial de Santo Domingo, que era uno de estos reos, murió en la prisión pidiendo misericordia; y sin embargo, salió al auto en estatua y con sambenito, declarado por hereje.

—Fray Alonso Gascón, presentado en teología y prior de Quito, se delató al obispo de haber dado crédito a las cosas propuestas por aquella mujer endemoniada, y en consideración a que había dado cuenta de su delito, fué condenado a abjuración de *vehementi*, reclusión por seis años, con suspensión, por uno, de funciones sacerdotales.

—Fray Francisco de la Cruz, presentado en teología, predicador de mucha aceptación, privado del virrey y del arzobispo, y consultor de la Inquisición, fué declarado hereje pertinaz, dogmatizador heresiarca, inventor de nueva secta y, como tal, digno de ser quemado vivo. El fiscal le había puesto más de ciento ochenta capítulos, su confesión llenó más de setecientas hojas, y el proceso más de tres mil. Entre otras cosas extrañas decía:—que la Iglesia de Roma era simoniaca y había caído en la abominación—que los indios eran el verdadero pueblo de Israel—que el arzobispo de Lima debía ser Sumo Pontífice—que la confesión auricular debía abolirse, y casarse los frailes y clérigos—que eran lícitos la poligamia y el desafío en casos de honra—que la Sagrada Escritura debía andar en lengua vulgar—y que los inquisidores eran Anás y Caifás. Cediendo a los consejos de la energúmena, había tenido en una mujer casada un hijo, al que consideraba como a un futuro San Juan Bautista. Asimismo se suponía el nuevo Mesías, más iluminado que San Pablo, tan santo como San Gabriel, tan paciente como Job, y el mejor de los hombres. Probaba su misión con textos del Apocalipsis, cántico de Abacuc, salmos y profetas, que interpretaba con mucha sutileza. En el auto sostuvo sus proposiciones, hasta que, aconsejado por muchos varones graves, dijo que, pues tales personas eran de contrario parecer, bien podía él deponer el suyo. Pero esta tardía y tibia retractación no lo libertó de la hoguera.

—También apareció, en caballo blanco y con una palma, el Dr. Agustín Valenciano, declarado inocente de la acusación de herejía.

Otras personas fueron sacadas en estatua, por haber muerto en la prisión o por no ser habidas; y, conforme a sus delitos se les dieron las penitencias, haciéndose en el tablado relación de todo. La bandera de la fe volvió a la Inquisición acompañada del virrey y obispo, señores de título y demás concurrencia. El auto dejó impresión profunda por la grandeza del espectáculo, que había reunido a la pompa del triunfo el juicio más terrible. Se recordaban con horror herejías tan atrevidas e inauditas, y nadie se apiadaba del que había sido condenado por traidor a Dios, al Papa y al Rey. En aquel siglo intolerante y de guerra a muerte entre católicos y protestantes, los odios religiosos se acrecentaban con los odios políticos, y no dejaban ver un hermano en el hombre de opiniones diferentes.

DE "TRADUCCIONES"

A MI HIJA.

(De Víctor Hugo)

Como un niño Jesús, allá en tu infancia,
dormías junto a mí,
y a perturbar tu sueño no alcanzaba
el cántico del ave en el jardín;
y sobre tí sus alas a los ángeles
los sentía batir,
y yo sobre tu almohada deshojaba
clavel, rosa, jazmín;
y lágrimas mojaban mis mejillas
en la noche, al pensar, del porvenir.

Ya llegará mi noche, vida mía,
mi turno de dormir;
sombras me envolverán, y ese silencio
canción no turbará de ave gentil.
En esa negra noche, ¡oh mi paloma!,
noche eterna, sin fin,
vuelve a mi tumba lágrimas y flores,
lo que a tu cuna dí.

SALMO DE LA VIDA.

(De Longfellow)

¡Ah! ¡No! No me digáis con voz doliente
        que la vida es un sueño,
que el alma muere donde el cuerpo acaba,
        que es nuestro fin incierto.
Polvo que vuelve al polvo es la sentencia
        funesta para el cuerpo;
pero el alma, que es luz, en luminosa
        región busca su centro.
Placeres y amarguras no son sólo
        de la existencia objeto;
la vida es acción viva, afán perenne;
        la vida es lucha, es duelo.
La obra del tiempo es lenta, y el tiempo huye
        rápido como el viento;
y el corazón la marcha del combate
        sigue siempre batiendo.
¡Alerta! En la batalla de la vida
        reposar un momento
es torpe cobardía.... la victoria
        es hija del esfuerzo.
Da un adiós al pasado, y del mañana
        no te ofusque el destello;
pón la esperanza en Dios, en Dios tan sólo,
        y lucha con denuedo.
La Historia nos lo dice: la constancia,
        el valor y el talento
engrandecen al hombre. ¡Fe y audacia!

También grandes seremos.
Y más tarde, ¡quién sabe si otro hermano
al cual agobie el peso
del infortunio, revivir se sienta
siguiendo nuestro ejemplo!
Trabajar es luchar. ¡A la obra, a la obra,
sin desmayar, obreros!
Grabemos esta máxima en el alma:
Trabajar y.. esperemos.

FRAGMENTOS.

(De Enrique Heine)

Tú vertiste veneno
en mi alma de poeta, y mis cantares
amargos como la onda de los mares
y envenenados son.

¿Cómo pedir a mi alma
cánticos dulces, trovas inocentes,
cuando traigo escondidas mil serpientes,
y a tí en el corazón?

MENSAJE

(De Enrique Heine)

Pronto, escudero, el tordillo
apresta o el alazán,
y ve, volando, al castillo
del rey Duncán.

Y que averigües te mando
por cuál de sus hijas, cuál,
háse hoy promulgado el bando
matrimonial.

Si es la novia la morena
puedes reposar sin pena
hasta mañana muy bien;
mas si es la rubia la amante,
torna brida en el instante
y aquí ven.

Y al volver, buen escudero,
tu corcel
brioso detén primero
en casa del cordelero
y tráeme... tráeme un cordel.

DE "LA BOHEMIA DE MI TIEMPO"

(FRAGMENTOS)

En 1887 di a la estampa un volumen de versos, a los que sirvió de proemio un somero bosquejo de la historia (que, por la fecha, va picando en tradicional) de los primeros doce años de mi existencia literaria, y en los que fuí bohemio matriculado.

Quizá, los que ahora lean estas mis confidencias, vean en sus párrafos sólo un desahogo de fatuidad insustancial; pero sé que, cuando el presente sea lejano pasado, estas páginas serán estimadas por los desempolvadores de antiguallas, tánto como yo aprecio y aquilato hogaño la charla anecdótica de los viejos cronistas de convento.

I

De 1848 a 1860, se desarrolló en el Perú, la filoxera literaria, o sea pasión febril por la literatura. Al largo período de revoluciones y motines, consecuencia lógica de lo prematuro de nuestra independencia, había sucedido una era de paz, orden y garantías. Fundábanse planteles de educación; la Escuela de Medicina adquiría prestigio, impulsada por su ilustre decano don Cayetano Heredia; y el Convictorio de San Carlos, bajo la sabia dirección de don Bartolomé Herrera, reconquistaba su antiguo esplendor. Por entonces llegaba de España don Sebastián Lorente, era nombrado rector del Colegio de Guadalupe, y ante un crecido concurso daba lecciones orales de Historia y Literatura. Lorente era un innovador de gran talento, y la victoria fué suya en la lucha con los rutinarios. La nueva generación lo seguía y escuchaba como a un apóstol. (1)

Abríanse, pues, para la juventud, nuevos y espléndidos ho-

(1).—Don Sebastián Lorente, español, y decano de la Facultad de Letras en la Universidad de San Marcos, murió a fines de 1884. Entre otras obras de mérito, dió a la prensa una Historia de la Conquista, y otra de la época colonial.

rizontes. Arnaldo Márquez, Nicolás Corpancho, Adolfo García, Numa Pompilio Llona, Clemente Althaus, Luis Cisneros, Carlos Augusto Salaverry, Enrique Alvarado, José Antonio Lavalle, Mariano Amézaga, Francisco Lazo, Juan Arguedas, Trinidad Fernández, Toribio Mansilla, Melchor Pastor, Benito Bonifaz, Juan Sánchez Silva, Pedro Paz Soldán y Unánue, Constantino Carrasco, Acisclo Villarán, Juan de los Heros, los hermanos Pérez, Narciso Aréstegui, y dos o tres nombres más, que por el momento se me escapan, hacían sus primeros versos y borroneaban su primera prosa, desde los claustros del colegio. Por entonces, fuera de esa bohemia estudiantil, no había en Lima sino literatos que empezaban a peinar canas, y esos en reducida cifra—don Felipe Pardo y Aliaga, don Manuel Ascensio Segura, don Manuel Ferreyros, don José María Seguín (1), don Manuel Castillo, don Ignacio Novoa y don Miguel del Carpio.

Nosotros, los de la nueva geenración, arrastrados por lo novedoso del libérrimo romanticismo, en boga a la sazón, desdeñábamos todo lo que a clasicismo tiránico apestara, y nos dábamos un hartazgo de Hugo y Byron, Espronceda, García, Tassara y Enrique Gil. Márquez se sabía de coro a Lamartine; Corpancho no equivocaba letra de Zorrilla; para Adolfo García, más allá de Arolas no había poeta; Llona se entusiasmaba con Leopardi; Fernández, hasta en sueños, recitaba las doloras de Campoamor; y así cada cual tenía su vate predilecto entre los de la pléyade revolucionaria del mundo viejo. De mí recuerdo que hablarme del *Macías* de Larra o de las *Capilladas* de Fray Gerundio, era darme por la vena del gusto.

II

Gran Capitán de la bohemia limeña era un poeta español, oriundo de las montañas de Santander, mancebo de robusta y ar-

(1).—Regresando de una misión diplomática a Estados Unidos, pereció Seguín en el naufragio del vapor *Central América*. La mayor parte de sus poesías se encuentran en "El Comercio", diario del que fué, por varios años, redactor principal. Un hijo de Seguín, joven que se iniciaba con brillo en el terreno literario, murió en la batalla de Miraflores. Antes de la guerra con Chile había desempeñado algunas Secretarías de Prefectura y dos Consulados. En "El Correo del Perú" publicó un notable trabajo titulado *Americanismo en Literatura*.

dorosa fantasía, cuyas composiciones nos cautivaban por lo musical de ellas y por la elevación, un tanto apocalíptica, de las imágenes. En los fluídos y armoniosos versos de Fernando Velarde, encontrábamos un vago perfume de idealismo y de misterio. Para nosotros, no era un poeta discutible sino un poeta que se imponía. Lo admirábamos.... porque sí.... razón magna y contra la cual se estrella toda crítica. En sus versos había mucho de estruendoso, como e nla música de Verdi. Cuando declamábamos este ramito de incoherencias:

Un eco *vago,*
fugaz retumba,
de tumba en tumba
zumbando va...

parecíanos que entonábamos el coro de *I Masnadieri* con acompañamiento de bombo y trombón. Y nada digo de este pareado:

que tus entrañas de granito roa
el férreo nudo constrictor del boa,

con que los bohemios, a guisa de maldición gitanesca, agasajábamos a toda muchacha bonita que tuviera el mal gusto de responder a nuestras ansias amorosas con calabazas de a libra.

Está dicho que Velarde nos fascinaba con su genio, a pesar de los infinitos defectos de forma que caracterizaban su poesía. Al lado de una estrofa descuidada, pueril y extravagante como ésta:

¡Sublime Teide! Tu grandeza admiro
mas no por eso la cerviz *prosterno*
que yo también, aunque pequeño, aspiro
a conquistar un porvenir eterno.
Yo también, Teide, yo también deliro,
con los furores de un volcán interno,
que mi existencia borrascosa absorbe
y la arrebata más allá del orbe,

pura música de Verdi!, ponía octavas ricas, de orientalismo y belleza descriptiva, como esta:

Risueñas vencen mi gentil tristeza,
brindando flores y arrancando abrojos,
esas tus hadas de oriental belleza,
de grandes, negros y rasgados ojos;

de inmaculada, virginal pureza,
de labios suaves, cual la grana rojos,
de talle esbelto, de turgente seno,
lleno de gracias y de amores lleno.

A veces en la lira de Velarde, había notas de encantadora sencillez, de ternura casi infantil. Véase una muestra:

Ayer me dijeron que luego partías
a climas remotos, muy lejos de aquí;
y entonces, mi vida, sentí tánta pena,
al ver que tan lejos te vas para siempre,
pensando que acaso te olvides de mí.

En fin, que no me he propuesto escribir un ensayo de crítica literaria, Velarde era, en Lima, el poeta a la moda, y no había frescos labios de rosa que no recitasen sus versos, ni estudiante que, leyéndolos, no se sintiese arrebatado de entusiasmo.

Velarde publicó un semanario (que tuvo gran boga y dos años de existencia) titulado *El Talismán;* más tarde, coleccionó sus poesías en un libro, *Flores del Desierto.* Entonces aparecieron en un diario varios artículos de hermosillesca y superficial crítica. ¡Palabrería, hojarasca, relumbrón! Tratándose de tejer corona para la frente de un poeta, habrá siempre manos más listas para poner en ella espinas que no laureles.

Entre los bohemios de mi tiempo, poco o nada fructificaba la envidia. Estábamos convencidos de que el camino no era estrecho como el del paraíso, sino ancho, muy ancho; y sabíamos, que, con perseverancia, llegaría a la meta el que hubiera sido favorecido por Dios con algunas dotes de ingenio. Lejos de nosotros el poner piedrecillas para hacer tropezar al que nos llevara un paso de ventaja. La bohemia entera salió, pues, en defensa del poeta español, que si no acataba mucho la gramática ni las formas, por lo menos rendía siempre culto a la belleza. No tengo presente cuál de nosotros, (sospecho que Llona) fué el autor de estos magistrales versos:

No te amedrente el ponzoñoso dardo
de turba vil que, con rencor bastardo,
te provoca y te insulta....¡Firme lidia!
porque jamás vió el mundo, noble bardo,
fuego sin humo, gloria sin envidia.

No obstante, Velarde cometió la niñada de amoscarse; de un trastazo le rompió la cabeza al criticastro, y éste contestó con otro varapalo que le descompuso un brazo al poeta.

Después de 1855, Velarde salió del Perú, recorrió las repúblicas de Colombia y Centro América, fijando por algún tiempo su residencia en Nueva York donde, en 1861, dió a luz un nuevo tomo de bellísimas composiciones. Presumo que a Velarde le escocía aún el garrotazo del crítico; pues tuvo la insensatez de execrar, nó a su enemigo, sino a la nación a que éste pertenecía. Velarde, a quien tánto había distinguido la buena sociedad de Lima, y a quien tánto habíamos amado los bohemios, respetándolo y admirándolo como a maestro, nos correspondía, en su nuevo libro, con este sinapismo capaz de levantar roncha a un cadáver:

Maldita seas, sociedad inculta,
ruín y mezquina cual roñoso cobre;
no comprendiste la aflicción oculta
del peregrino infortunado y pobre.
Escupe al genio y la desgracia insulta,
mientras bastarda corrupción te sobre,
porque mañana yaceras hollada
de tu miseria en la espantosa nada.

Los que íntimamente conocíamos a Velarde nos empeñamos, entonces, en sostener que la insultadora octava reflejaba sólo la excentricidad del carácter del poeta; y el tiempo vino a probar que tuvimos razón al juzgar así. Cuando sonó para el Perú la hora de los grandes infortunios, Fernando Velarde envió, desde Londres, su ofrenda para la corona fúnebre de Miguel Grau, el bravo marino que sucumbió heróicamente en el combate naval de Angamos; y, con ella, palabras de aliento y de consuelo, que revelan que, en su espíritu, hallaban eco las angustias y desventuras de los peruanos. Aquella agresiva octava no pudo brotar del corazón, sino de lo exaltado de su sistema nervioso. Fué un arranque de mal humor, un delirio de febricitante, y.... nada más.

En 1871, Velarde publicó en Londres, su tercer tomo de versos, notables, más que por la exuberancia de sentimiento poético en ellos encerrada, por el súbito cambio de sus ideas filosóficas y religiosas. A Velarde lo habíamos tenido por orto-

doxo, tan a macha-martillo que picaba en fanático con ribetes de gilito descalzo. En su último libro se exhibió racionalista osado, furioso enemigo de la frailería y de los jesuítas, e inclinado a las prácticas de la iglesia anglicana. Pero siempre poeta, y poeta admirable, a pesar de que el hielo de los años pesaba sobre su cerebro.

En 1881 murió en Londres, a los cincuenta y seis años de edad, el cántabro poeta que tánta influencia ejerciera en el movimiento literario que se inició en Lima, por los años de 1848.

IV

No me atreveré a decidir si la sociedad limeña era más o menos ilustrada que la de hoy. Lo que sé es que estimulaba con su aplauso a los poetas, que leía sus versos, y que se ocupaba de ellos tanto, y en ocasiones más, como de la política. Numa Pompilio Llona, nacido en Guayaquil en 1832, que se educaba en San Carlos, publicó una composición erótica titulada *Libertinaje*. El Fiscal se escandalizó con su lectura, y la acusó ante el Jurado, mandando recoger previamente el número del diario en que corría impresa... Aquello fué un acontecimiento e hizo más ruido que un temblor. Las beatas, los hipócritas y los tontos se declararon por el Fiscal; se pagaba, a buen precio, una copia de los versos; los colegiales y las colegialas, a quienes costaba trabajo retener en la memoria el texto de la Historia Sagrada, se sabían al dedillo la anatematizada poesía; y el nombre de Llona volaba de boca en boca, y su fama poética se dilataba, fama que, haciéndole justicia, él ha sabido después robustecer. La acusación fiscal no tuvo consecuencia; pues el Jurado manifestó la suficiente ilustración para echar tierra sobre ella. Llona no es de los poetas llamados a morir junto con los hombres de su generación. Literato, en la más amplia acepción de la palabra, esmerado en la forma, clásicamente correcto, vigoroso en la expresión, y levantado en ideas, aunque ligeramente peca a veces de gongórico, Numa Pompilio Llona ocupará siempre culminante lugar en el Parnaso americano. (1)

---

(1).—En 1882, publicó Llona con el título—*Clamores de Occidente*—la colección completa de sus poesías—cuatro volúmenes en 4.° mayor.

Casi a la vez que la composición *Libertinaje* producía una tormenta, no menor era la que levantaba una novela que apareció en el folletín de "El Comercio". Su autora era una dama argentina—la señora Juana Manuela Gorriti— y la novela titulábase *La Quena*, producción inmoralísima, a juicio de los mojigatos; pero, al nuestro, después de ese idilio de Jorge Isaacs que se llama *María*, la más bella novela que se ha escrito en la América latina. La Gorriti, sin escribir versos, era una organización altamente poética. Los bohemios la tratábamos con la misma llaneza que a un compañero, y su casa era para nosotros un centro de reunión.

V

El doctor don Miguel del Carpio, magistrado, estadista y literato, era el Mecenas de la bohemia. El, nos repetía siempre, con diversas palabras, estos alentadores conceptos que hace poco oí también, en la tribuna del Ateneo, a Manuel González Prada, joven literato llamado a conquistarse gran renombre:

—"Acusar a su país de ingratitud, ha sido, es y será recurso de ineptos y de pretensiones sin mérito real. Hoy todos pueden escribir y hablar, exhibiéndosse tales como son. Si hay sabios ocultos, que nos descubran su sabiduría; si hay literatos eminentes, que nos enseñen sus producciones. En el gran certamen del siglo, el que no alza la voz es porque no tiene nada que decir. Dudemos de los genios mudos. El reinado de la inteligencia se afirma en el mundo, y el hombre de verdadero talento pasa el Rubicón, dejando atrás a la aristocracia de la sangre y la aristocracia del dinero."

Carpio se complacía en que asistiéramos a su tertulia nocturna, en la cual nos agasajaba con exquisito Moka, delicioso chocolate de Apolobamba, y riquísimos habanos. Corpancho, Mansilla, García, Camacho, Arguedas, Bonifaz, Fernández, Pastor, Sánchez Silva y yo éramos de los más asiduos.

Allí conocimos y tratamos a Ignacio Novoa, ilustradísimo literato que murió en Chile, en 1875, desempeñando la Legación del Perú y que, en la administración Pezet, sirvió la cartera de

Hacienda (1); a Manuel Castillo, un vate tan incorrecto como sentimental (2); y a Aníbal Víctor de la Torre, Ministro de Relaciones Exteriores en la época de la presidencia de Manuel Pardo, poeta de las mismas condiciones que Castillo, y que, en 1881, abatido por las funestas noticias que sobre la suerte de su patria le llegaban, se suicidó en la ciudad de Buenos Aires, donde estaba en misión diplomática del gobierno peruano. (3) Como Carpio, Bonifaz y Fernández, los tres eran arequipeños, y hacía tiempo que para ellos, se había puesto el dorado sol de la juventud. Sin embargo de la desigualdad de edades y de posición social, fraternizaban con nosotros, y se sentían como remozados con nuestra festiva y un tánto pedantesco cháchara estudiantil. Omito recordar aquí el nombre de otros jóvenes concurrentes a la tertulia, que después han figurado ventajosamente en la política, en el foro, en el magisterio y en la tribuna parlamentaria. Cinco o seis de entre ellos, llegaron a ser hasta Ministros de Estado.

Carpio prefería su discutible reputación de poeta y literato, al merecido renombre que su acierto en el manejo de los asuntos públicos y su honorabilidad e ilustración jurídica le habían conquistado. ¡Así somos los hombres! Desdeñamos lo conseguido y corremos afanosos tras lo que se nos resiste. El bagaje poético de don Miguel se reducía a media docena de anacreónticas a lo Meléndez Valdés, muy limadas en la forma, pero muy pobres en el fondo; otras tántas silvas amatorias, en las que las imágenes mitológicas abundaban; y una oda al Misti que, sin valer gran cosa, era la obra maestra de nuestro anciano amigo. Aranldo Márquez la juzgaba así:

---

(1).—En la "Revista de Lima", y en el "Correo del Perú" se encuentran las principales producciones de Novoa.

(2).—Castillo murió en 1869, pocos meses después que Carpio. Sus poesías se encuentran dispersas en "El Comercio" y otros periódicos de la época.

(3).—De La Torre hay un cuadernito de versos, impreso en Arequipa en 1846, y una leyendita —*La Cruz de Limatambo*—impresa en Lima en 1852. Lo curioso es que aquel cuadernito principiaba con un soneto titulado *Suicidio,* siniestro presentimiento que en los días juveniles, tuvo el deventurado poeta.

Carpio escribió como una especie de oda
a un cerro de Arequipa. En ella acaso
se consumió su poesía toda;
pero esta observación no viene al caso.
Como las odas ya no están de moda,
le han perdonado todos tan mal paso;
y esa, además, se abona en grande escala
con ser ya tan antigua como mala.

Pero si don Miguel del Carpio, en desapasionada crítica, no pasaba de aficionado o *amateur* de las musas, en cambio poseía un corazón de oro para amar a los poetas. Su casa, su mesa sibarítica, sus libros, su influencia, y sospecho que hasta su bolsillo eran nuestros. Cuando él era Ministro de Estado, los bohemios estábamos de plácemes: podíamos aspirar a todo y alcanzarlo todo. Por fortuna para el Ministro, sus bohemios no eran pedigüeños ni pretensiosos en política. La juventud de entonces no tenía la petulancia de creerse en aptitud de imponer a los gobiernos un plan de conducta administrativa, ni se imaginaba que los claustros del colegio podían convertirse en centros o *clubs* revolucionarios.

A dos o tres de nosotros nos obsequió don Miguel del Carpio, y sin que lo solicitáramos, que en eso está el realce de su acción, unas canongías de merced, que no otra cosa eran los títulos o nombramientos de oficiales del Cuerpo político de la Armada. Conviene, decía Carpio, que la Nación favorezca a estos muchachos, que son casi pobres de solemnidad, con un sueldecito que les permita seguir estudiando sin ser gravosos a sus familias; y, en efecto, recibíamos mensualmente treinta y dos pesos (que eran la mitad del haber íntegro de esos canónigos) y teníamos derecho para usar el bonito uniforme de oficiales de marina. El gobierno no ocupaba en el servicio activo sino a los que así lo pretendían; y los favorecidos bohemios seguíamos nuestros estudios en el colegio, muy contentos con comer de la sopa boba del presupuesto, lejos del mar y de los buques de guerra.

Era el 7 de Febrero de 1852, día de mi cumpleaños, y don Miguel me había invitado a su mesa. Junto a mi cubierto, vi un pliego lacrado y con sello ministerial. Don Miguel sabía dar estas sorpresas con una delicadeza que ya no se usa. El por

qué un año más tarde (y a los veinte de mi edad) abandoné el colegio y, haciendo uso del título encerrado en aquel pliego, serví activamente en la Escuadra, resignándome a ser presupuestívoro, no es para referido en estas páginas. Eso no se relaciona con la literatura, sino con el corazón y las calaveradas de la mocedad. Además no me he propuesto hacer todavía confesión general de mis culpas, aunque tenga segura la absolución plenaria por parte del lector, que de pecadillos como el mío tendrá henchida la conciencia. Al apuntar este episodio, que me es personal, he querido sólo tributar público homenaje de gratitud al venerable anciano a quien debí estímulo y protección.

DE "NEOLOGISMOS Y AMERICANISMOS".

PROLOGO

(FRAGMENTOS)

V

No se diría sino que se pretende que seamos súbditos, nó voluntarios, sino forzados, del idioma, y que la autoridad del Diccionario sea, para nosotros, tan indiscutible como el *Syllabus* romano para el cúmulo de fanáticos. Hablemos y escribamos en americano; es decir, en lenguaje para el que creemos las voces que estimemos apropiadas a nuestra manera de ser social, a nuestras instituciones democráticas, a nuestra naturaleza física. Llamemos, sin temor de hablar o de escribir mal, *pampero* al huracán de las pampas, y conjuguemos sin escrúpulo *empaparse, asorocharse, apunarse, desbarrancarse y garuar,* verbos que en España no se conocen, porque no son precisos en país en que no hay *pampas,* ni *soroche,* ni *punas,* ni *barrancos* sino peñas, ni *garúa.* El escritor que, por prurito de purismo, escriba afta en vez de *paco,* divieso en lugar de *chupo,* adehala por *yapa* y colilla por *pucho,* será comprendido en España, pero nó en el pueblo americano para el cual escribe. Debe tenernos sin cuidado el que la docta corporación nos declare monederos falsos en materia de voces, seguros de que esa moneda circulará como de buena ley en nuestro mercado americano. Nuestro vocabulario no será para la exportación, pero sí para el consumo de cincuenta millones de seres, en la América latina. Creemos los vocablos que necesitemos crear, sin pedir a nadie permiso y sin escrúpulos de impropiedad en el término. Como tenemos pabellón propio y moneda propia, seamos también propietarios de nuestro criollo lenguaje.

Los viejos que, aunque sin la intolerancia académica, hemos desempeñado el papel de Quijotes apasionados de su Dulcinea que se llama el habla castellana, nos vamos aprisa dejan-

do el campo libre de mantenedores. La generación que nos reemplazará se cuida poco o nada de hojear el Diccionario, para averiguar si tal o cual palabra es genuinamente española. El del Léxico de la calle Valverde es cartabón demasiado estrecho, y la nueva generación ama la independencia acaso más de lo que la hemos amado los hombres de la generación que se va.

Los viejos, inclinados a acatar siempre algo de autoritario, perseguíamos el purismo en la forma, y ante el fetiche del purismo, sacrificábamos, con frecuencia, la claridad del pensamiento. Los jóvenes creen que a nuevos ideales corresponden también novedad en la expresión y en la forma; y hé ahí por qué encuentran fósil la autoridad de la Academia siempre aferrada a un tradicionalismo conservador, a un pasado que ya agoniza.

Discurriendo sobre el injustificable rechazo que de la Academia merecieron los verbos *clausurar, dictaminar y presupuestar*, el distinguido periodista don Modesto Sánchez Ortiz, director de *La Vanguardia*, diario barcelonés, se expresó así:

"Eso de considerar tales verbos como subversivos y bárba- "ros, a pesar de ser de uso corriente en América y hasta en Es- "paña, vale tanto como decir que allá no se escribe castellano, "lo cual desmienten con sus obras muy insignes autores. Creo, "por mi parte, que la Academia de la lengua, asaz apegada a "ciertas preocupaciones rancias, no se muestra todo lo dúctil "que debiera, para conservar su hegemonía literaria en aquellas "vastas regiones, hijas emancipadas de la madre España, unidas "empero a ella por el vínculo del idioma, y que suman juntas "un número de habitantes superior en muchísimo al de la Me- "trópoli. En todas esas regiones se *presupuesta,* y nosotros "mismos, aquí, en España, *presupuestamos* a todo trapo, si bien, "casi siempre, con escasa sinceridad. Si la palabra es viva, y su "aire no difiere del de otras muchas parecidas, ¿por qué se le "ha de negar la inscripción en el registro civil del Diccionario? "Mal anda la docta corporación con sus remilgos; pues bien pu- "diera ocurrir que, interpretándolos torcidamente, provocaran "sensibles enfriamientos y dieran al traste, por algún tiempo, "con los proyectados tratados de propiedad intelectual entre Es- "paña y las repúblicas, gracias a lo cual muchos de nuestros es- "critores, al sacar sus cuentas, se verán imposibilitados de *pre-* "*supuestar* el producto de sus obras en el mercado de América, "aunque en rigor no resulte perjuicio a algunos académicos cu- yos libros, si los producen, rara vez logran pasar el charco."

VI

Propósito muy hispanófilo fué, pues, el que me animó cuando en las juntas académicas a que concurrí, empecé proponiendo la admisión de una docena de vocablos de general uso en América.

Yo anhelaba que las fiestas del Centenario tuvieran significación práctica, revelando que España armonizaba tánto con nosotros que, si no admitía como suyos nuestros neologismos, por lo menos no los despreciaba como argentinismos, colombianismos, chilenismos, peruanismos, etc., etc..

Cuando se crearon las correspondientes en América, todos presumimos que la Academia madre se proponía asociarnos a su labor, para que contribuyéramos con el caudal de voces que, suficientemente estudiadas por nosotros, estimáramos de precisa o conveniente admisión. El desengaño ha sido tosco; y para no continuar siendo corporaciones decorativas o de relumbrón, dos de las Academias americanas, sin ruido, cambio de notas, ni alharacas, se han declarado cesantes.

"Es empresa poco menos que imposible (dice el académico "señor García Ayuso, en su discurso de incorporación) deste-"rrar las voces que han recibido la sanción del pueblo soberano".

Y tan fundada es la afirmación del señor García Ayuso que aunque la Academia, en la última edición de su Diccionario, ha eliminado una de las acepciones de la palabra jesuíta, no por eso ha conseguido, ni conseguirá desterrarla del uso. La razón es que el pueblo soberano *no hace política* cuando habla ni entiende de contemporizaciones partidaristas.

Y ya que he citado en apoyo de mis ideas la autoridad de un académico, no quiero concluir sin copiar palabras de otro ilustradísimo lingüista, también académico de la Española, don Eduardo Benot, que en su libro *Acentuación Castellana,* escribe:

"La Academia tiene que obedecer a una autoridad inapela-"ble, que es la del uso, supremo legislador en materia de lengua-"je; y yo no creo que exista en la Academia autoridad bastante "para dar o quitar la ciudadanía a las voces y a las locuciones."

VII

Eran poco más de trescientas cincuenta las palabras anotadas en mi cartera, las que intentaba ir, poco a poco, proponiendo para discusión. Esa relación se limitaba a apuntar las voces y definirlas muy a la ligera, advirtiendo que no consideraba voz alguna que no fuera de uso generalizado en tres repúblicas, por lo menos.

Hoy, al publicarla, he añadido rápidas apreciaciones, y aun más cien vocablos, teniendo a la vista el Diccionario de chilenismos de Zorobabel Rodríguez, el de peruanismos por Juan de Arona, el ríoplatense de Daniel Granada, y los trabajos lingüísticos de los Cuervo, Baralt, Irisarri, Seijas, Armas, Batres Jáuregui, Pablo Herrera, Pedro Fermín Cevallos, Amunátegui Reytes, Eduardo de la Barra, Tomás Guevara, Membreño, Gagini, Ramos Duarte, Washington Bermúdez y otros muchos filólogos americanos.

¡Y qué razones, Dios de Israel, las que oí alegar contra la admisión de algunas voces!

Las razones más culminantes eran—: ¡ese vocablo no hace falta o ese vocablo no lo usamos en España!—como si porque en América no se han aclimatado el sustantivo *ponencia* ni el verbo *empecer*, palabras muy castizas y de las que gran derroche hicieron los oradores en los congresos Colombinos, debiéramos nosotros condenarlas.

Después del rechazo de una docena de voces por mí propuestas, me abstuve de continuar, convencido de que el rechazo era sistemático en la corporación, excepción hecha de Castelar, Campoamor, Cánovas, Valera, Castro Serrano, Balaguer, Fabié y Núñez del Arce, que fué el paladín que más ardorosamente defendió la *castidad* del verbo *dictaminar*.

Así, por razón de capricho erigido en sistema o por espíritu anti-americano, he llegado a explicarme el por qué nunca la Academia tomara en seria consideración los diccionarios de Zorobabel Rodríguez, Juan de Arona y Daniel Granada.

Ese exclusivismo de la mayoría académica importa tanto como decirnos:

Señores americanos, el Diccionario no es para ustedes. El Diccionario es un cordón sanitario entre España y América. No queremos contagio americano.

Y tiene razón la Real Academia.

Cada cual en su casa y Dios en la de todos.

Lima, Febrero de 1895.

BIBLIOGRAFIA DE PALMA.

Poesías. Lima. Imp. de J. M. Masías. Junio dc 1855.

Dos Poetas. Apuntes de mi cartera. Valparaíso, 1861.

Anales de la Inquisición de Lima. (Estudio histórico). Lima, Tip. de Aurelio Alfaro, 1863.

Anales. Otra edición. Madrid. Est. Tip. de Ricardo Fé. 1897.

Armonías. Libro de un Destierro. París. Lib. de Rosa y Bouret. 1865.

Armonías. Otra edición. Ed. Lib. de la viuda de Ch. Bouret. París, México. 1912.

Congreso Constituyente.—Semblanzas por un Campanero. Lima. Imp. dirigida por J. M. Noriega. 1867.

Corona Patriótica por Manuel R. Palma. Lima, 1870.

Pasionarias. Havre. Tip. Alfonso Lemale. 1870.

Tradiciones. Primera Serie. Lima. Imp. del Estado. 1872.

Tradiciones. Segunda serie. Lima. Imp. Liberal de "El Correo del Perú", 1874.

Tradiciones. Tercera serie. Lima. Benito Gil, Editor. 1875.

Tradiciones. Cuarta serie. Lima. Benito Gil, Editor. 1877.

Verbos y Gerundios. Lima. Benito Gil. Editor. 1877.

Tradiciones. Quinta serie. Lima. Imprenta del Universo 1883.

Tradiciones. Sexta serie. Lima. Imp. del Universo. 1883.

El Demonio de los Andes. Tradiciones históricas sobre el Conquistador Francisco de Carbajal. Nueva York. Imp. de las Novedades. 1883.

Enrique Heine. Traducciones. Lima. Imp. del Teatro 1886.

Tradiciones..... y otros trabajos literarios robados a sus autores por el editor de El Ateneo de Lima. Edición limitada a cincuenta ejemplares numerados. Lima. Imp. de Torres Aguirre. 1887.

Poesías. Juvenilia—Armonías —Cantarcillos —Pasionarias —Traducciones —Verbos y Gerundios —Nieblas. Lima. Imp. de Torres Aguirre. 1887. (Precedidas de *La Bohemia Literaria de 1848-1860. Confidencias Literarias.)*

Ropa Vieja. Ultima serie de tradiciones. Lima. Imp. y Lib. del Universo. 1889.

A San Martín. Lima. Imp. de Torres Aguirre. 1890.

Ropa Apolillada. Octava y última de tradiciones. Lima. Imp. y Lib. del Universo. 1891.

Filigranas. Lima. Imp. de Benito Gil. 1892.

Tradiciones peruanas. Barcelona. Montaner y Simón, Editores. 1893-1896. 4. vols.

Neologismos y americanismos. Lima. Imp. y Lb. de Carlos Prince. 1896.

Recuerdos de España. Notas de viaje.—Esbozos—Neologismos y americanismos. Buenos Aires. Imp. Lit. y Encuader. de J. Peuser. 1897.

Recuerdos de España. (Precedidos de *La Bohemia de mi tiempo.)* Lima. P. L. Imp. de la Industria. 1899.

Tradiciones y artículos históricos. Lima. Imp. Torres Aguirre. 1899.

Cachivaches. Lima. Imp. de Torres Aguirre. 1900.

Papeletas lexicográficas. Dos mil setecientas voces que hacen falta en el diccionario. Lima. Imp. La Industria. 1903.

Mis últimas tradiciones peruanas. Barcelona. Casa editorial Maucci. 1906.

Tradiciones selectas del Perú. Edición corregida. Callao. A. J. Segrestán y Cía. 1911. 4 vols.

Apuntes para la historia de la Biblioteca de Lima. Lima. Empresa Tip. Unión. 1912.

Mis últimas tradiciones. Apéndice a mis últimas tradiciones. Barcelona. Casa editorial Maucci. (contiene los *Anales de la Inquisición*) (sin fecha).

Las mejores tradiciones peruanas. (En la Colección de Escritores Americanos dirigida por Ventura García Calderón.) Barcelona. Casa editorial Maucci. (sin fecha).

El 2 de Mayo.—Poesías en cuartetos por Ricardo Palma. 1867 (?).

El Demonio de los Andes.—Maucci, Barcelona, 1915.

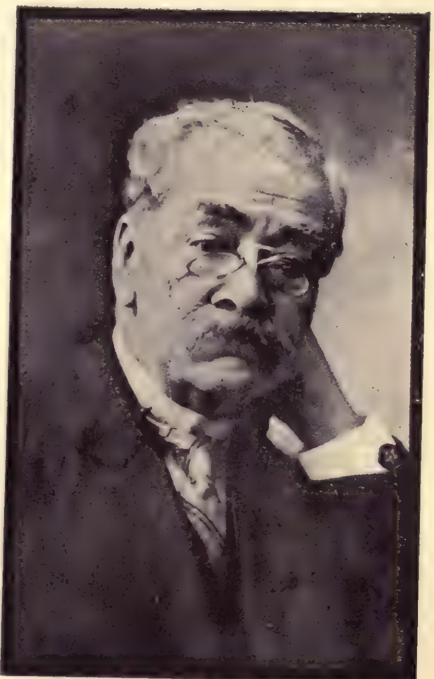
Poesías Completas.—Maucci, Barcelona, 1915.

Fué redactor de "El Diablo", (1848); "El Burro" (1852); "El Liberal" (1858); "La Revista de Lima" (1859-63); "La Campana" (1867); "El Constitucional"—(1867); "La Broma"—(1878-79); "La Revista Peruana" (1879); "El Ateneo" (7887); "La Revista de Sudamérica" (1861).

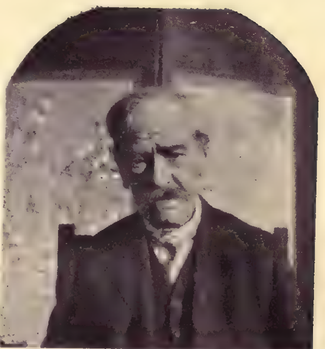
Colaboró en la comedia de Segura "El Santo de Panchita".

STURGIS E. LEAVITT.

Crítica de Palma



D. Ricardo Palma en 1910



D. Ricardo Palma en 1912

Juicios críticos acerca de la obra de Palma

(FRAGMENTOS)

Palma es el tipo del criollo culto, *literario*. Es muy raro este concierto del criollismo y de la cultura. Los que entre nosotros se han dedicado a la descripción de las costumbres tradicionales y populares han caído en la vulgaridad, en el mal tono y en una jerga abigarrada y plebeya. Podemos comprobarlo con el ejemplo de don José Joaquín Larriva y, sobre todo, con el de Segura: "Sus sales gruesas, a lo Plauto", como dijo *Juan de Arona,* su lenguaje a veces grotesco, su carencia de tacto y de elegancia, hacen que hoy tengamos casi olvidado a Segura y que no se le estudie sino en calidad de documento histórico, de antigüedad curiosa. Había en él dotes muy estimables de observador y de poeta cómico, pero para aprovecharlas debidamente le faltaron pulimiento y educación de gusto. Ricardo Palma es un Segura depurado y ennoblecido.

Como ya lo noté, Felipe Pardo es en este respecto precursor de Palma, pero sólo *precursor*. En Pardo la pintura de las costumbres criollas aparece como elemento secundario, al lado de sus sátiras políticas, que son sus verdaderos títulos a la gloria literaria; mientras que en Palma lo tradicional y criollo es lo esencial. Aquello que Pardo apenas había indicado en tres comedias, dos artículos, un fragmento de poema y algunas letrillas, lo ha expresado Palma en ocho copiosas series de *tradiciones*. Por último, Pardo se limitó a describir la sociedad de su tiempo, se inspiró en la verdad contemporánea, fué un *realista,* al paso que Palma ha hecho de lo pasado la materia de sus ingeniosas narraciones, les ha quitado así ese prosaico sedimento que tiene siempre lo presente y el arte que lo copia, y ha ostentado un sentido de reconstrucción histórica y un estilo sabio, primoroso y labrado, que nunca reveló en tal grado Pardo, y que eran cualidades estéticas completamente desconocidas en nuestra literatura de la primera mitad del siglo XIX.

Palma es el representante más genuino del carácter peruano, es el *escritor representativo* de nuestros criollos. Posee, más que nadie, el donaire, la chispa, la maliciosa alegría, la fácil y espontánea gracia de esta tierra. *Ameno, divertido,* son los epítetos que al hablar de él acuden incesantemente a los puntos de la pluma. No es colorista, como no lo es tampoco la generalidad de nuestros compatriotas. Palma, el maestro insuperable de las evocaciones coloniales, el que sabe resucitar una época entera hasta en sus mínimos pormenores, no necesita para ello de la exuberancia de color y de la prodigalidad de centelleantes descripciones. Es sobrio en lo pintoresco, sin dejar de ser maravillosamente sugestivo. y riquísimo en el sentimiento histórico y local. Otros dos rasgos de su carácter que se transparentan en cuanto escribe y que concuerdan con los del carácter nacional: es burlón, irreverente con las supersticiones más prestigiosas; y es enamoradizo y galante. El criollo, aunque ha sido muy religioso, no reverencia ciegamente al clero y a la Iglesia. A menudo se ríe y se divierte a su costa. No tiene por las jerarquías sociales y las altas clases el respeto profundo de otros pueblos: el carácter zumbón y ligero es el mejor agente de la igualdad. El amor ocupa mucho lugar en la vida del criollo, pero no es serio ni trágico sino raras veces. Es por lo común un absorvente entretenimiento; pero no se eleva a los dramáticos arranques de la pasión, ni desciende hasta reducirse únicamente al apetito grosero y material. Casi siempre le acompaña cierta donosa gracia que le levanta sobre el mero instinto físico.—Estas dos tendencias de los criollos, que van en Palma hasta el volterianismo, la galantería fina y la intención escabrosa, le hacían poco apto para la poesía romántica. Por el escepticismo satírico y la gracia elegante y delicada, se acerca al siglo XVIII francés, y nó al esplendoroso y soberbio movimiento romántico.

De allí proviene que las poesías románticas de su juventud, carezcan de tono y brillo propios. Los jóvenes comienzan imitando, y no puede suceder de otra manera; pero a veces las imitaciones en que se empeñan son la que menos se avienen con su personalidad. Quizás el hecho de que el romanticismo no concordara con sus condiciones literarias, explica, tanto como la natural inexperiencia de los primeros años, la inferioridad de los versos que Palma ha reunido bajo el título de *Juvenilia* (datan de 1848 a 1860). Son un eco fiel, un reflejo de las influencias que obraban entonces sobre nuestros poetas: la de Fernando Velarde; la de los románticos franceses, principalmente

Víctor Hugo; y la de los románticos españoles, principalmente Zorrilla. Valen, ni más ni menos, lo que las primeras composiciones de Althaus, Corpancho, García, Márquez y Salaverry. No es esto convenir con los que le niegan a Palma la cualidad de poeta y le estiman sólo como prosista. Me parece esta opinión a todas luces injusta pero se halla difundida y a generalizarla han contribuído la misma fama y popularidad de las *Tradiciones peruanas* (como si no se pudiera ser a la vez buen prosista y buen poeta) y las terminantes declaraciones del propio Palma: "Todo el cariño que abrigo por mis leyendas históricas en prosa, sólo puede compararse al desapego que experimento por mis renglones rimados. Si en los días de la mocedad pudo el amor propio alucinarme hasta el punto de creerme poeta, hoy, en horas de desencanto y razonamiento frío, apenas si me tengo por mediano versificador. Mi conciencia literaria con más de medio de siglo a cuestas, me grita que mis versos son poca, poquísima cosa". ¿Hay aquí excesiva modestia, ceguedad crítica, coquetería de artista o conformidad con el gusto reinante? No es fácil averiguarlo; pero es lo cierto que Palma poeta, en sus versos posteriores al año 60, aunque no es el émulo de Palma el tradicionista, dista mucho también de ser lo que él afecta. A nadie se le ocurrirá de seguro tenerle por grande e inspirado vate; pero en nuestra incipiente y desmedrada literatura, aparece como uno de los más hábiles versificadores y simpáticos poetas. Palma acertó a algo que muy pocos de sus compañeros de *bohemia* alcanzaron: acertó a emanciparse de la imitación servil y borrosa, y a pensar y sentir por sí mismo. Supo al cabo, en verso como en prosa, *ser alguien,* expresar sus personales sentimientos.

En *Harmonías y Pasionarias* es de admirar, como dijo Luis B. Cisneros, la "dulce y amena galantería, la florida y cortesana amabilidad, la filosofía rápida y suave." Todo esto ¿no constituye un poeta de especie rara y distinguida, que no produce grandes obras, sino joyas lindas, a veces deliciosas y de frivolidad y ligereza encantadoras, inimitable para los cumplidos de álbum, para el brillante y superficial apasionamiento mundano, hermano de los abates *beaux-esprits* del Versalles del siglo XVIII? ¿Está la literatura peruana en estado de menospreciar semejantes prendas? Pues todas ellas resplandecen (mucho más que en *Harmonías y Pasionarias,* donde se encuentran mezcladas con fastidiosos *pastiches* románticos) en *Verbos y gerundios,* en *Nieblas* y *Filigranas:*—poesía madrigalesca, epigramáti-

ca, de metros cortos, de música fluida y fácil, refrescadora del ánimo *en versos como el aura resbaladores;* toda esparcimiento y regocijo, buen humor, sátira festiva y chanza, y que, sin embargo, sabe en ocasiones ser digna y elevada.

Uno de los distintivos de la poesía de Ricardo Palma es su flexibilidad y variedad de tonos, su *dilettantismo.* Ya compite en las letrillas con Felipe Pardo; ya prorrumpe en doloridos acentos de indignación patriótica *(Vae victis, A San Martín);* ya se viste con los arreos clásicos *(A Florencio Escardó);* ya se inspira en el humorismo de Campoamor y de Bartrina; ya reproduce la ingenuidad popular de Trueba, como en los *Cantarcillos;* ya nos divierte con su picardía y travesura libertinas, hasta rebasar el límite y frisar en lo castaño obscuro, como en *La mendiga,* o bien, por bizarría y alarde de ingenio, imita los *dezires* y la *fabla* del siglo XIV; o nos trae el sujetivismo melancólico y misterioso de la poesía germana; todo con seguridad de mano, con facilidad y tino de trazo, con penetración de tántos estilos y maneras.

Las traducciones forman interesante y no escasa sección de sus versos. La de *La conciencia* de Víctor Hugo es con justicia la más conocida y celebrada entre todas las suyas. Sus restantes traducciones de Hugo son muy cortas y poco importantes, probablemente porque la naturaleza poética de Palma no es apropiada para amarle y sentirle. La del *Salmo de la Vida* de Longfellow no desmerece ni aún puesta al lado de la que hizo César Contó. Ha traducido también algo de Heine. Estas versiones no valen tánto: carecen de aquella fidelidad escrupulosa, de aquella suave melodía, de aquella exquisita concisión de la de Pérez Bonalde; pero no por eso dejan de tener valor muy real y efectivo; y luego, cuando aquí apenas comenzábamos a conocer a Bécquer, Palma tuvo el mérito de abrirnos nuevos horizontes, de revelarnos al gran bardo alemán, de ir a la pura fuente del subjetivismo germánico y volver de allí con rimas tan preciosas como *A la caza, Las estrellas, Intuición, A la distancia y Tenacidad.* El que ha escrito esto, el que ha iniciado semejantes rumbos y direcciones en la poesía peruana (piense él de sí mismo lo que quiera), ocupa, nó uno de los más altos, pero sí uno de los más risueños, agradables y floridos lugares de nuestro Parnaso.

Sin embargo, si Palma ha sido duro e injusto con sus versos, es evidente e incontrovertible que no hay comparación entre el valer de ellos y el de su prosa. Cuando se le proclama príncipe

de la literatura patria, no se piensa en sus poesías, sino en las *Tradiciones,* que es donde está vinculada su fama. Excepcional obra ésta de las *Tradiciones.* Los escritos de nuestros antiguos literatos, de los anteriores a Palma (fuera de Olmedo, si acaso se le considera como peruano), han envejecido muchísimo y prematuramente: no hay que negarlo. No responden a nuestro actual gusto: sus bellezas eran muy relativas al tiempo y a las condiciones en que aparecieron; y hoy al leerlos, lo hacemos llevados, más que de una pura afición artística, de cierto patriótico respeto por nuestras antigüedades poéticas. Con los contemporáneos de Palma y con la generación posterior sucede otra cosa: no son regionales como los antiguos; sus escritos no nos dicen nada del terruño; su arte es arte de imitación extranjera, y, por lo mismo, resultan casi todos pálidos y faltos de originalidad: la mayor parte de ellos balbucea y aún parodia el lenguaje de los grandes maestros europeos. Cierto que es forzoso que así sea: vivimos en una civilización imitada e importada, y la literatura tiene que ser de imitación e importación. Peor sería encerrarse, como algunos lo han pretendido, en los rezagos cada vez más débiles de un criollismo artificial y monótono. Estos Scila y Caribdis, que tan difícilmente evitamos, del regionalismo burdo, ridículo y estrecho, o de la copia pueril, enfadosa y *snobista;* estas fatales condiciones de nuestras letras, no hacen sino realzar el mérito de un libro como las *Tradiciones* de Palma, cuya belleza, aunque regional en mucho, es intrínseca; que no se reduce a mera imitación de autores extraños; que aprovecha los escasos elementos originales de que podemos disponer; y que es el más ameno que poseemos.

Al lado del marcado carácter nacional que hemos reconocido en Palma, han obrado sobre él múltiples influencias imitativas, que explican la génesis y formación de las *Tradiciones.* Procuraré señalar algunas.

En primer término, la de los escritores de costumbres españoles, que tánto se acomodan con su natural chancero y zumbático. Confiesa en la *Bohemia de mi tiempo* que en su juventud hablarle de Larra o de las *Capilladas de Fray Gerundio* "era darle por la vena del gusto". Después viene la influencia de Segura, a quien ha llamado su amigo y su maestro, y que le comunicó algo de su cariño por las costumbres del pueblo, y de su franca y limeña jovialidad. Por último, la influencia del romanticismo, en cuyas filas formó Palma por mucho tiempo. Las *Tradiciones* es obra de reconstrucción histórica, y toda recons-

trucción histórica procede del romanticismo. Antes nadie sabía salir de su época y de su país para vivir mentalmente en edades pretéritas. Los poetas iniciaron a los historiadores en el ferviente amor a lo pasado, y el nacimiento de la poesía histórica fué una de las principales consecuencias del romanticismo. Palma es nuestro Walter Scott: *un Walter Scott en pequeño* (como tenía que serlo, dada la escasa amplitud de nuestra historia y de nuestro medio). Las *Tradiciones* son novelas de Walter Scott en miniatura. No faltará a quien se le antoje impertinente esta comparación entre el tradicionista peruano y el gran novelista escocés, pero aunque quizá de pronto no lo parezca, hay entre ambos rasgos innegables de semejanza, no sólo porque Walter Scott es el padre de la poesía legendaria en el mundo moderno y quienquiera que la cultive de él proviene, sino porque fué cmo Palma arqueólogo y anticuario; porque los dos han sentido la apasionada ternura por lo viejo, por los antiguos usos nacionales y pintorescos en vías de desaparecer; y porque también los dos son satíricos "sin amargura, de malicia continua y filosofía benévola". (1)

Walter Scott formó escuela en el continente, y en España (al revés de lo que sucedía en Francia, donde la poesía histórica ha sido y es de simple moda) esta escuela se hermanó con la opulenta tradición épica, nunca del todo extinguida, y reanudó el ciclo de los romances; y de este injerto de la imitación extranjera y de los recuerdos castizos brotó el género legendario del duque de Rivas y de Zorrilla.

La filiación zorrillesca de Palma es ostensible. Las *Tradiciones peruanas* vienen a ser leyendas de Zorrilla, puestas en prosa, despojadas con frecuencia de su prestigio misterioso y trágico, y sazonadas en cambio con abundante dosis de donaires y de suave ironía. Palma comenzó por cultivar la genuina leyenda romántica, ya en verso, como en *Flor de los Cielos* (dedicada a Julio Arboleda, y que es una imitación, aunque en reducida escala, del *Gonzalo de Oyón)*, ya en prosa, como en *El hermano de Atahualpa* y en las primeras tradiciones *(Palla Huarcuna, La achirana del Inca, El Cristo de la agonía, Un corsario en el Callao*), procurando aplicarla a asuntos incaicos o de la Conquista. Todos estos cortos escritos valen en sí bien poco, pero interesan, como que son los primeros ensayos de Palma

---

(1).—Taine, *Histoire de la Littérature Anglaise;* Tome II; livre IV, chap. I, pages 307 et 308; édition de 1899.

en el género tradicional. No tardó en comprender, casi instintivamente, que había que modificarlo para aclimatarlo en el Perú. La leyenda romántica es seria: rehusa los adornos jocosos y satíricos; sólo ha logrado amalgamarse de manera feliz con ellos en algunos poemas de Byron; pero, por lo común, semejante combinación es muy difícil de conseguir: repugna a la índole del género, y por intentarla cayó D. José Joaquín de Mora en el inanimado hibridismo de sus *Leyendas españolas.* Por otra parte, a dicha combinación propendían el carácter de Palma y el de la época de la Colonia. No producen los tiempos de la Colonia, por cierto, una impresión de grandeza y de misterio. Después de la hazañosa Conquista y de las turbulencias de las guerras civiles (períodos relativamente cortos y que no alcanzan sino hasta la mitad del siglo XVI), vino como contraste una larga época de profunda tranquilidad, cuyo encanto estriba en lo apacible e ingenuo de ella. Nada más ajeno al carácter de tal edad que la animada y brillante leyenda romántica. Había, pues, que transformarla: era menester desvestirla de sus lujosos y medioevales atavíos, y hacerla ligera, amena, traviesa y blandamente burlona. Ya lo habían intentado en verso Bello con su *Proscrito,* Batres Montúfar con sus *Tradiciones guatemaltecas* y Pardo con su *Isidora.* Pero todos éstos se encontraban aun en plena escuela clásica, carecían un tanto de fantasía histórica y no evitaban siempre el prosaísmo. Además, un poema para sucesos tan baladíes como los de la Colonia es demasiado: diluídas las anécdotas en tántos versos, pierden su interés. Batres logró salvarlo como por milagro. No así Bello y Pardo, cuyos poemas, a estar concluídos, es seguro que hubieran parecido pesados y difusos. Palma optó, muy acertadamente a mi entender, por la prosa y la forma anecdótica y concisa.

Otros dos predecesores tiene Palma: el primero remoto, muy próximo el segundo. Es aquél Antonio Flores, autor de los cuadros de costumbres *Ayer, hoy y mañana,* el cual en los titulados *Ayer,* al pintar la vida madrileña de principios del siglo XIX, tan parecida a la colonial peruana, se encontró muchas veces con igual asunto que nuestro tradicionista y lo desempeñó de manera no muy desemejante; es éste el poeta venezolano Juan Vicente Camacho, de quien hablaré después, el cual en la *Revista de Lima* escribía leyendas del mismo género que las de Palma.

Hay una diferencia, además de las mencionadas, entre las *Tradiciones peruanas* y las leyendas románticas. La leyenda es

una ficción de la fantasía; cuando mucho, reposa sobre un vago recuerdo popular o sobre un dato histórico que el poeta embellece, amplía y adapta a los fines de su arte. Las *tradiciones* tienen siempre base auténtica mucho mayor. Se refieren a hechos ciertos, comprobados: su núcleo es exacto. Palma merece el nombre de cronista al par que el de cuentista, porque sus tradiciones oscilan entre la historia y el cuento. Extrae de algún infolio, de algún manuscrito o de una crónica conventual, una noticia curiosa o una anécdota interesante: la vierte en su mimoso estilo; y la engalana con pormenores y detalles que contribuyen a producir más viva impresión de fidelidad. Para explicar esta idealización de los hechos históricos en las *tradiciones*, tomemos cualquiera de ellas; por ejemplo, *La excomunión de los alcaldes de Lima*. Consta que en la noche del 16 de Junio de 1717, Juan Manuel Ballesteros asesinó en la calle del Milagro a D. Alonso Esquivel, mayordomo del ex-virrey y arzobispo de las Charcas Morcillo de Auñón; que, para no caer en manos de la justicia, se refugió Ballesteros en el convento de los Descalzos; y que los alcaldes marqués de Híjar y D. José de Belaochaga le extrajeron de allí, violando los derechos del asilo invocados por los frailes. Ballesteros murió en el tormento que le aplicaron para que declarara los móviles del asesinato; y el arzobispo Zuloaga excomulgó a los alcaldes, consintiendo sólo después de tres días en absolverlos; conducta que el rey aprobó. Palma cuenta estos fríos sucesos prestándoles animación y movimiento; e inventa, para explicar el asesinato, los amores de Ballesteros y de Jovita y las pretensiones de Esquivel, apoyadas por doña O. A veces no ha hecho sino transcribir las anécdotas que traen el Palentino o Calancha (que son los cronistas más abundantes en ellas), remozando el lenguaje; otras, se limita a exponer en forma directa los mismos acontecimientos que los cronistas consignan. Presenta en escenas vivas y animadas lo que éstos relatan en largos razonamientos y prolijas narraciones. Exprime en cristalinas copas el jugo de su erudición colonial. Cuando más, hace lo que los historiadores clásicos, que ponían en boca de sus héroes, y en calidad de discursos efectivamente pronunciados, la expresión de los sentimientos que debían animarlos. Dice Macaulay que: "las historias clásicas son novelas basadas en hechos, porque si bien la relación está estrictamente ceñida a la verdad en todo lo principal, los pequeños incidentes, que tánto interés añaden a los hechos de más cuenta, las palabras, las acciones, son debidas a la ima-

ginación del autor". Las frases del eximio crítico e historiador inglés tienen cumplida aplicación en las *Tradiciones peruanas* y definen con toda exactitud el género de historia a que pertenecen. Y puede añadirse con el mismo Macaulay que: "la mejor historia es aquella en la cual se emplea hasta cierto punto cierta parte de ficción, porque si bien es cierto que la fidelidad pierde algo, no lo es menos que el efecto gana mucho con ello, descuidando un poco las líneas secundarias para que los rasgos característicos se graben y queden para siempre fijos en la memoria". Juan Valera en sus *Cartas americanas* escribía a Palma: "En esas historias que usted refiere como el vulgo y las viejas cuentan cuentos; donde hay, según usted afirma, algo de mentira, yo no reconozco ni sospecho la mentira sino en las menudencias. Lo esencial, lo de más bulto, es verdad del todo en mi sentir. Tengo la firme persuasión de que no hay historia grave, severa y rica de documentos que venza a las *Tradiciones* de usted en dar idea clara de lo que fué el Perú hasta hace poco y en presentar su fiel retrato." Verdaderamente, cuando queremos penetrar hasta el alma de la Colonia, nos apartamos de las sabias y pesadas compilaciones de Mendiburu, Odriozola y Córdova, de las voluminosas *Memorias de los virreyes*, de toda aquella materia bruta, donde no están sino las osamentas, los yertos despojos del pasado; y abrimos las *Tradiciones*, donde bulle vivo y cálido. Tienen la verdad de la Idea, en terminología hegeliana: aquella excelencia de la poesía sobre la historia que Aristóteles proclamaba. Aún en los pormenores, son las *Tradiciones* más exactas de lo que podría creerse y de lo que muchos afirman, y han divulgado gran copia de raras noticias y minuciosos datos, antes exclusivo patrimonio de pocos eruditos. Palma tiene decidida vocación de arqueólogo. Enamorado de las antiguallas; enamorado de su ciudad de Lima, cuyas vejeces conoce a maravilla:

Ciudad medio cristiana, medio morisca,
Ciudad de celosías y de pebetes,
En que al par goda y árabe, seria y sencilla,
Su catedral remeda la de Sevilla,

es el mejor cicerone de nuestro país y de nuestra capital; porque convenzámonos de que aquí lo que vale la pena de verse es lo que queda del *buen tiempo viejo*, como dijo Rubén Darío.

Me imagino que leídas las *Tradiciones* fuera de Lima, deben perder muchos de sus méritos; y que leídas fuera del Perú, perderán la mitad por lo menos de sus hechizos. Pero para los que hemos nacido en este rincón del mundo y amamos con filial cariño los patrios recuerdos, poseen una magia indefinible. Son como las tiernas y vagas memorias de la niñez; como los archivos de nuestros abuelos; como una galería de retratos de antepasados, cubiertos de secular pátina, a los que el amaneramiento arcaico y la cándida ingenuidad de la pintura y las actitudes, presta un encanto más; como una colección de pequeños y graciosos cuadros de esmalte que comprende los tipos de todas las épocas y todas las clases y condiciones sociales de la historia peruana.

(Del *"Carácter de la Literatura del Perú Independiente"*).

DE D. VENTURA GARCIA CALDERON.

La Tradición

DON RICARDO PALMA

"La Tradición, ese monstruo engendrado por las falsificaciones agridulcetes de la historia y la caricatura microscópica de la novela." Inútil es decir que sólo menciono esta injusticia porque expresa con exactitud una censura frecuente. Para algunos espíritus verídicos, la historia es todavía la musa grave que vemos en los viejos monumentos escribiendo en un libro de piedra, hechos eternos, glorias "inmarcesibles". De sus labios están ausentes la divina mentira y la sonrisa ligera... "Las enseñanzas de la historia", decían con candor nuestros abuelos.

Hoy, más escépticos, dudamos de conocer exactamente cualquier pasado, y cuando un cronista como D. Ricardo Palma nos lo cuenta mezclando sus amables mentiras a tradiciones alteradas, estamos lejos de indignarnos. La fantasía nos parece una cualidad del historiador, pues no se comprende la realidad sino pudiendo, si es preciso, crearla.

¿Por qué le censuraremos a Palma que, más novelista que historiógrafo, cuando el legajo tiene blancos, teja por encima, para llenarlos, sus telarañas?....Mixtura dulce y sabrosa donde no sabemos si son patrañas del cronista las historias más verídicas, y las que son probablemente imaginaciones, se nos figuran, por la firmeza de la evocación, cuadros históricos. Un dulce escepticismo se desprende. Puesto que nada podemos saber de exacto—parece decirnos el autor,— riamos un momento de esta anécdota trágica o picaresca cuya exactitud poco o nada nos interesa. Le basta ser agradable y estar contada gallardamente. ¡Quién sabe si por querer seguir de cerca alguna de ellas le quitamos su prestigio poético! Porque el pueblo es el más ima-

ginativo de los poetas: a través de los años colora una figura desteñida, acumula en torno de un personaje las maldiciones, las proezas, los horrores. Y la leyenda es mejor que la realidad.

¿La tradición será por esto siempre una histórica falsedad? De ningún modo. Con justa pretensión, D. Ricardo se consideraba historiador, porque mucha ciencia del pasado esconde la alegre cháchara del cronista. Le ha sido preciso vaciar centones, devorar crónicas de conventos, interrogar a las viejas parlanchinas, para poder contarnos la historia menuda de este blasón y el origen de ese refrán y el porqué de aquella plaza abigarrada.

De las menudencias amontonadas en el museo de sus libros, surge el pasado como de los grandes *frescos* románticos. Esta manera menuda, sucesiva, fraccionaria, es tan justificable como cualquiera otra, si nos reproduce la pretérita imagen. Y después de la lectura de las *tradiciones* se conoce la colonia mejor que con una historia docta.

¿No realizaron, merced a este procedimiento, los Goncourt, la más deliciosa evocación del siglo pastoral? Para el historiador—ellos lo comprendieron—no hay detalle pedestre, y tánto valen la mota de polvo de una actriz, como los hechos relumbrantes de una crónica veraz. Recomponiendo el ambiente, pegando las varillas de un abanico y los añicos de una chuchería, conseguían recomponer el alma de las damiselas de capa zinzolina y los gentiles pisaverdes. Así ocurre en Palma. El pasado no es en sus libros la ruina suntuosa que poblaban los románticos de figuras desmesuradas sino un presente apenas nebuloso, familiar y plausible.

No creo por esto, como mi amigo Riva Agüero, que la *tradición* proceda del romanticismo, ni justa me parece su comparación con el autor del *Ivanhoe*. Nuestro cronista fué romántico de ocasión, porque era preciso serlo a los veinte años en el Perú; pero más tarde define a los poetas de este período "contrabandistas del pesar" y se decía a sí mismo:

Basta. En buena hora sigan los románticos
Lanzando de gemidos un tropel;
Para mí el mundo pícaro es poético
Poco en el hoy y mucho en el ayer.

Mientras Walter Scott crea la novela histórica, Palma no imita los grandes bosquejos de una edad de cortes de amor y de cruzadas. Y no se diga que el tema no se prestaba a esa extensión. Si en realidad la vida de la Colonia es algo nimia y las corridas de toros o las llegadas de galeón constituían sucesos sensacionales, también es cierto que un escritor romántico hubiera hallado en las hechicerías y en las venganzas, en un auto de fe o en una amenaza de piratas, motivos bastantes para comedias de capa y espada o novelas enfáticas.

Palma casi no mezcla a la historia su fantasía. La deja subsistiendo paralelamente bajo el número II de casi todas sus tradiciones, como si confrontara la tradición con la historia. En su primer tomo de *tradiciones,* narra los hechos de los virreyes al descuido, porque pretende ser únicamente historiador anecdótico. Ni puede llamarse en rigor novela a su *tradición* ni siquiera novela comprimida, o, para emplear un término suyo, "novela homeopática".

Hay en más de una tradición un tema novelesco, como lo hizo notar D. Juan Valera; mas el tradicionalista abandona con negligencia la trama rica sin valerse de ninguno de los conocidos recursos del novelista. No busca el interés progresivo, la lógica en la urdimbre de la intriga. Salta de un tema a otro, interrumpe una anécdota para contar un recuerdo, una agudeza. No quiere sorprendernos con una ficción ingeniosa y enredada. Su propósito es desembuchar en charla fácil y vivaz el reguero de anécdotas, de picardías, de burlas que tientan su pluma de cronista. Roto el nudo, los chascarros se escapan en desorden como las cuentas de un collar. El mismo, en una tradición, así lo explica: "Si en vez de relatar una crónica, escribiéramos un romance, aunque nunca nos ha dado el naipe por ese juego, enjaretaríamos aquí un diálogo de novela. Afortunadamente, un narrador de crónicas puede desentenderse de las zalamerías de los enamorados e irse derecho al fondo del asunto."

De propósito, pues, abandona con frecuencia un tema explotable. ¿Incapacidad o pereza? Si dudamos un momento, ganados luego por la deliciosa locuacidad, cautivados por el deliberado descuido del narrador, comprendemos que hay mucho arte en ese abandono y mucha preparación en esa amable *nonchalance.*

No siendo historia ni novela, ¿de qué modo podría definirse? Como todas las cosas ingeniosas y volátiles, no cabe en el casillero académico de una definición. Además las *tradiciones*

cambian de forma de carácter con el humor veleidoso del narrador. Algunas, abandonada casi la historia, son invenciones bordadas sobre algún hecho vago; otras tienen apenas tema; son anécdotas a propósito de un suceso curioso, de un individuo interesante, como por ejemplo las anotaciones brevísimas que este agradable zurcidor de "ropa vieja" llamó pintorescamente *hilachas.*

También la manera es desigual. Aquí burlona, allí candorosa para cantar un milagro, después libertina como una facecia del Aretino, luego trágica y en fin pueril con una simplicidad de abuelo cotorra, que como ha perdido la memoria les cuenta a sus nietos un cuento azul sin saber si es recuerdo de mocedad o fantasía. Sucesivamente nos acordamos de Perrault, de Madama D'Aulnoy, de Voltaire, de Bocaccio y hasta de la "novela picaresca". Pero soportan las *tradiciones* la comparación con las obras maestras del cuento popular. Su manera es original, inconfundible: quedará.

A través de todas las máscaras, alegre, triste, ingenua, maliciosa, adivinamos la figura expresiva de D. Ricardo tal como la entrevimos los colegiales en las excursiones furtivas a la Biblioteca Nacional los días de asueto, una figura socarrona de santo mocarro o de antiguo humanista polvoriento que nuestra imaginación de niños ávidos confundía con los abuelos tutelares de las leyendas...

Don Ricardo Palma es el autor de la *tradición,* como en España Zorrilla de la *oriental* y Campoamor de la *dolora.* Aunque hubiera publicado obras de índole diversa como su novela *El Marañón,* perdida en el incendio de Miraflores, sería siempre para el gran público el autor de esos pequeños estuches en que se encierra un pasado de reliquias. Hoy se olvidan, él mismo quiere olvidarlos, los versos de mocedad, su primer libro *Armonías,* donde, en medio de imitaciones de Zorrilla *(Oriental),* de Bécquer *(Bacanal, Bienes y males)* y traducciones de Víctor Hugo, se anuncia ya en los cantarcillos la vena ligera de las futuras *tradiciones*. En vano dirá el autor en un verso que risa y burla son antifaces. Su optimismo zumbón está probado. La duda del verso *Filosofía* se resuelve en una humorada. "De mi genio la innata travesura", explica él mismo.

Cuando los otros románticos hablan de Dios con énfasis, este burlador, necesariamente descreído, dice en tono jocoserio: "Hoy hemos eliminado a Dios porque nuestra fatuidad nos hace pensar que nos bastamos y nos sobramos para todo, y Dios no pasa de ser un símbolo convencional para embaucar bobos y hacer a los frailes caldo de gordo. ¡Es mucho cuento la ilustración de nuestro siglo escéptico, materialista y volteriano!" Y sea porque conserva de su antigua religiosidad un sedimento, sea porque trata de una edad donde lo sagrado y lo profano se confunden, Palma gusta burlarse de la Iglesia y sus ministros, no con propósito acerbo, sino con ligera malicia. En sus *tradiciones* hay siempre un tema religioso, excomunión, sacrilegio, disputa teológica sobre el ombligo de Adán, excursión de algún apóstol del Perú. Estos títulos bastan a indicarlo: *Un Proceso contra Dios, La Honradez de un ánima bendita, Un Obispo en contrabando, Una Hostia sin consagrar, La Venganza de un cura, Las Bolas del Niño Dios, Traslado a Judas,* etc.

El diablo es el frecuente protagonista, el *Deus ex machina* —si puede decirse este absurdo. ¿Sabéis "dónde y cómo perdió el diablo el poncho" o que, fatigado de gobernar los infiernos, vino a ocupar una alcaldía en el Perú?

Pero su Satanás no es el personaje incorrecto y azufrado, obsesión de las imaginaciones medioevales, sino un *dandy* galante, bien educado y bien oliente, a quien debemos el pasado encanto. "Es preciso convenir en que lo que llaman civilización, luces y progreso del siglo, nos ha hecho un flaco servicio al suprimir al diablo." Porque representa la fantasía, el pecado triunfante, la seducción gloriosa de la belleza. "Muerto el diablo, ¡adiós el pecado! ¡Quizás también la belleza, esta aliada del diablo, se irá con él, tal vez no veremos más las flores de que nos embriagamos y los ojos de que morimos", dice un personaje de Anatole France.

Vivo, retoza en la *colonia* y es él quien enreda los amores, quien seduce arciprestes de buen humor y da a las bocas de las limeñas sus colores de tentación, quien diligentemente destierra toda vulgaridad. Palma la adora porque es poeta. Busca ante todo, en la *colonia,* poesía. Os dirá a cada instante que sólo pretende ser historiador; pero cuando habla de un virrey anodino, confiesa que en tal calidad no lo considera, porque "un virrey que no habla a la fantasía no es virrey". Sólo que no entienda la poesía como efusión grandilocuente, sino medido entusiasmo, sin excluír por ello la gracia y la travesura. Pocas ve-

ces, dos o tres, sube de tono contando historias trágicas con el vocabulario de los románticos. Esto dura el espacio de una sonrisa. Siempre el travieso Mefistófeles sopla al oído del doctor Fausto los derechos de la realidad cuando éste quiere fugar a las nubes...

La travesura, repito, no impide el entusiasmo y la emoción sincera ante el pasado; pero limita sus expansiones sonoras. Reir y hacernos reir es la misma preferente del cronista. Para conseguirlo recurre a todos los medios. Ya es la contraposición de costumbres antiguas y modernas lo que provoca la sonrisa; ya su graciosa impertinencia con la divina corte, enseñando la manera de lisonjear y saludar al Padre Eterno; ya contando actualmente sucesos remotos, como al informarnos por boca de la Tía Catita que Judas Iscariote desciende de algún *bachiche* pulpero.

El ha iniciado en el Perú el género amable de Anatole France; la irreverencia para poner en escena a santos, beatos, obispos, vírgenes, mártires y confesores, todos los personajes del Año Cristiano y la Leyenda Dorada, haciéndolos hablar, reir, decir inocentadas como los hombres. Tiene su misma socarrona seriedad para contar historias de aparecidos, de duendes, de milagros auténticos e increíbles, entrecortando la relación con reflexiones que apenas arañan..., y, sin embargo, el rasguño es más hiriente que una lanzada. La semejanza es innegable y vale la pena de ser notada menudamente. Semejanza tanto más curiosa por provenir de quien—anterior al ironista francés—no pudo inspirarse en él.

Otros cascabeles tiene su burla. Ha creado o recogido del pueblo un venero de expresiones picarescas, exageradas o extravagantes, a menudo inconexas; pero que causan la sensación de una charla traviesa y dislocada. Así, decir, por ejemplo, para exagerar la sutileza de un alcalde, que "sería capaz de sentir el galope del caballo de copas", o de una "barba más crecida que deuda pública", o de un pobretón "sin más raíces que los pelos de la cara". A él le pertenecen expresiones de uso ya generalizado: "contemporáneo de los tirantes", "los arrabales de la garganta" y otras más, otras mil, imposibles de citar todas, pues cabrillean en cada página ¡qué digo! en cada frase. La frase larga, incidentada, se pimenta de refranes y apelativos vivaces como cohetes. Y es así una música retozona que sólo por su sonido alegra. Se recuerdan sin quererlo, la novela picaresca española

o las bromas locuaces de ese abuelo despechugado que se llamaba Rabelais. Sólo quiero citar dos páginas al azar:

. . . .

Mala Pascua me dé Dios y sea la primera que viniere o déme longevidad de elefante con salud de enfermo, si en el retrato así físico como moral de Tijereta he tenido voluntad de jabonar la paciencia a miembro viviente de la respetable cofradía del *ante mí* y el *certifico*, y hago esta salvedad, digna de un lego confitado, no tanto en descargo de mis culpas, que no son pocas, y de mi conciencia de narrador, que no es grano de anís, cuanto porque esa es gente de mucha enjundia, con las que ni me tiro ni me pago, ni le debo ni le cobro. Y basta de dibujos y requilorios, y andar andillo, y siga la zambra, que si Dios es servido y el tiempo y las aguas me favorecen y esta conseja cae en gracia, cuentos he de enjaretar a porrillo y sin más intervención de cartulario. Ande la rueda y coz con ella.

. . . .

Galán de capa y espada e hidalgo de relumbrón en ocasiones, y en otras legítimo mozo *cunda* y de todo juego era en el primer cuarto del siglo XVII, un don Pedro Mexía de Ovando, que así lucía guantes de ámbar, chapeo con escudete de oro y plumerillo, y parmesana azul de paño veintidoceno con acuchillados de raso carmesí, en los opulentos salones del señorial palacio de los virreyes, marqués de Montes Claros y príncipe de Esquilache, como arrastraba su decoro en los chiribitiles de la Barranquita, Pampa de Lara y Tajamar de los Alguaciles, a la sazón cuarteles de los hampones, tahures, bajamaneros, proxenetas, pecatrices, y demás gentualla de pasaporte sucio y vergüenza traspapelada.

Como se ve por tan simpáticos ejemplos, Palma se acerca más en su burla a la locuaz manera española que a la concisa ironía de Francia. No es la suya la frase incisiva de Voltaire, en que más se adivina que se lee, ni esa sonrisa apenas insinuada, retenida. Casi no intenta ser irónico. Su burla es franca. En la ironía hay siempre una escondida hostilidad, y Palma, amante sincero de la *colonia*, no puede reir de sus hábitos y escarnecer sus supersticiones.

Por esta mezcla de emoción y de travesura, en que hay bastante entusiasmo para evitar la malevolencia y mucha lucidez para dejarse cegar por el entusiasmo, Palma consigue que su visión parezca la más aceptable. Los novelistas que después de él

exploten la realidad pasada deberán someterse a su evocación, si no quieren pasar por inexactos....

¡Edad cautivante de encantadoras futilezas y delicados devaneos! ¿Fué así fútil y encantadora? ¿No son mentiras del cronista? Lima es allí un Versalles diminuto donde cada balcón cerrado es un Trianón reducido, donde, en vez de las fuentes irisadas, hay un "paseo de aguas", y bien podemos parangonar a la Perricholi con la señora de Pompadour.

Pero, entendámonos: un Versalles que concilia a veces la austeridad calderoniana con los abates *beaux parleurs,* y Ninón. La Inquisición no ha enseñado a las bellas inconstantes sus zozobras teologales, pero sí su metódica crueldad. En las *tradiciones* de Palma, saben deshacerse de un marido, suprimir a un amante infiel, las mismas manos hechas para manejar el arma del abanico. Mientras sus hermanas de Versalles ensayan un lunar, en la mejilla o una elegante genuflexión de la pavana, ellas se obstinan y conspiran como hombres. Mienten amor a un virrey para vengarse; se amotinan porque otro legisla sobre mantos; se hacen justicia por sí mismas hasta esgrimir las uñas.. o las navajas; se alocan por una frivolidad, se retiran a un claustro por un capricho, y cuando don Félix de Montemar les ha quitado la honra, van a purgar en un convento el delito de haber sido sinceras.

¡La honra! Es la obsesión de esa edad, su enfermedad y su imagen. Ella hace matar al virrey que baja furtivamente la escala de seda, eterniza los odios familiares por todas las Elviras infortunadas. En el noble se llama orgullo del abolengo, el orgullo que detuvo a dos calesas en una calle de Lima, porque dos linajudos se disputaban la derecha; el orgullo profesional, que prolonga las disensiones de virreyes y de arzobispos hasta que decida Su Majestad. Se derrocha el patrimonio por un blasón. Se pelea a muerte por si se tienen o no se tienen títulos comprobados a sentarse en una silla elegida; y— curiosa paradoja de esta edad de los contrastes—a pesar de la religión, que es inflexible, a pesar de la honra, que es tirana, no es raro el delicioso relajamiento de Versalles. Se ríe y se peca en abundancia. Los mismos virreyes arriesgan la vida por un beso. La señorita Perricholi, virreina de la galantería, tiene tantas perlas como pecados mortales. Abades madrigalistas pulsan tan bien la guitarra como la lira. No importa que la Inquisición amenace con sus llamas terrenas y la Iglesia con su infernal quemadero. Las limeñas se van al purgatorio sonriendo. El auto de fe es

una fiesta como los toros; y aquella sombría austeridad que tornó la España del taciturno Felipe en un inmenso claustro, aquí, bajo el cielo risueño, se convierte apenas en una inocente hipocresía.

Confieso, como José de la Riva Agüero, mi preferencia por las *tradiciones* donde se muestra la gracia artificiosa, la frivolidad coqueta de un siglo moderado y pulido, el elegante siglo XVIII.

El tema y la manera del narrador aquí se armonizan exactamente. Palma es en su literatura, como su siglo de elección, travieso, irreverente con las cosas de Iglesia, libertino sin grosería y profundamente alegre, a pesar de su filosofía desengañada.

No quiere decir que yo desdeñe a cuantas *tradiciones* salen del cuadro de este siglo; pero a todas les presta el encanto de ese tiempo; en todas ensaya la manera voluble y caprichosa y desenfadada. Así cuente una leyenda incaica como el gracejo de un presidente contemporáneo, no parece querer querer "hacer literatura", nunca es pomposo, sino se divierte o se conmueve un instante, sin insistencia, como un abuelo regocijado de una corte galante.

Es esta naturalidad sonriente, distintivo frecuente del escritor de raza, la que le ha valido a Palma tan extensa celebridad. Para los críticos de España y Sud-América es una figura conocida que ha atravesado las fronteras y les significa lo que adivinan y adoran por su gracia andaluza: el limeñismo. No se equivocan, porque hay pocos en la literatura peruana que representen mejor el carácter peruano con sus virtudes y sus defectos. No me pidáis los defectos, porque no quiero decirlos.

Y ahora se me ocurre preguntar: ¿tendrá continuadores la *tradicion* o es tan personal la vena del cronista, que excluya toda escuela? Lo segundo parecen confirmarlo algunas imitaciones desdichadas. Además, don Ricardo, temiendo quizás ser tradicionado por sus discípulos, agotó la materia de *tradiciones* En más de cuatro volúmenes compactos, recorre toda la historia del Perú, desde los incas pomposos, hasta nuestro profesor de heroísmo, Bolognesi.

Si nos falta todavía la grave historia, la que ordena los hechos, los interpreta científicamente, la que alguien ha llamado "experiencia de los pueblos", la que es ciencia severa y nó arte frívolo, contamos por lo menos con un curso menudo y caprichoso. Mi más grande alabanza sería decir que es una historia

al alcance de los niños. Si yo fuera educador, quisiera para ellos, en vez de los áridos textos—sucesiones cronológicas de virreyes y fastos que todavía recuerdo con horror—un curso extractado de las *tradiciones* de D. Ricardo, un libro que alternara con las novelas de Julio Verne en la infantil devoción, porque también tendería un "diáfano manto de fantasía sobre la desnudez de la verdad".

Y al lado de otras glorias que posee—laureles de ayer, laureles frescos,—esta conmovida admiración de los niños peruanos sería para el gran abuelo de las letras, el mejor homenaje.

Los últimos años de su vejez los dedica, agotadas las *tradiciones* y sus fuerzas, a su afición filológica. *Sus Papeletas lexicográficas* son una continuación del *Diccionario de peruanismos* de Juan de Arona. Poeta, colecciona las palabras porque no son únicamente signos de pensamiento, sino, según la frase, *poesía fosilizada*, música en sílabas.

En sus *Recuerdos de España*, cuenta sus aventuras de peregrino gramático que somete a la Academia Española voces independientes, nacidas libremente en sabanas y en selvas. Pero a la Academia, anciana aristocrática, le incomodan sin duda las innovaciones o las teme, y Palma se vió rechazar todo un jugoso vocabulario. El tradicionista, filosóficamente, se ha consolado riendo.

¿Imitadores? Los ha tenido, naturalmente. Los más felices en Sud-América: Bartres Jáuregui y Obligado. En el Perú, la novelista Clorinda Matto de Turner. Esta literata, que no recordaría si no hubiera escrito *Aves sin nido*, novela aceptable, publicó dos series de tradiciones cuzqueñas. Se confesaba discípula con orgullo. Y en el discípulo bisoño, bien lo vemos, hay un indiscreto imitador. Copió concienzudamente la factura de Palma, hasta usurparle expresiones, sin alcanzar su elegante maestría. Es afectada en el estilo anticuado, lo que siempre evitó su profesor. Además, limpiando escrupulosamente los archivos, sacudiendo telarañas al pasado, le privó con frecuencia de seducción. Las *Tradiciones cuzqueñas*, a pesar del título prometedor, son insulsas migajas de historia provincial. La poesía bastante sentimental del indio y sus dolores; casi ninguna libertad en la fantasía; jamás, jamás, la travesura. Esta mujer parece un hombre, y un hombre grave.. Es el más perverso reproche que puedo hacerle.

VENTURA GARCIA CALDERON.

(De *"Del Romanticismo al Modernismo")*.



D. Ricardo Palma en 1915

DE D. FRANCISCO GARCIA CALDERON.

Lecturas

La defensa "pro domo" de don Ricardo Palma.—La obra del bibliotecario.—Su figuración intelectual en América.

Hay un tema de actualidad, una nota vibrante de la vida intelectual, que quiero recoger en esta crónica. Palma, el viejo maestro de la *tradición* el restaurador de la Biblioteca Nacional, el varón que ha consagrado al arte la magna energía de su vida, tiene que invocar títulos y defender, con desgarramiento de alma, el decreto que le acuerda una pensión de gracia. Ha habido un señor ministro de instrucción, representante en el Ejecutivo de los intereses intelectuales del país, que ha objetado aquel modesto galardón, que no alcanza a envolver en la aurea mediocridad del clásico poeta la gloriosa ancianidad del maestro. Nunca un desconocimiento más hondo del mérito, nunca un divorcio más grande entre la conciencia nacional y sus directores se ha realizado en nuestra patria. El legalismo, el rigor del precepto se ha opuesto a esta excepción que tendía a honrar una figura de tan gran relieve intelectual. La carta del señor Palma demuestra, plenamente, con un dejo de viril ironía, su derecho y la magnitud de su obra. ¡Qué triste debe haber sido para el autor de las *tradiciones* tener que invocar recuerdos personales, mostrar en su sátira la larga proyección de su obra cuando nadie le niega gloria en América y España!

Yo voy a decir aquí algo de lo que un lector frecuente de la Biblioteca Nacional puede observar, sin extrema perspicacia, en sus largos anaqueles. No quiero recordar la obra de restauración de la Biblioteca que realizó Palma en épocas de desgracias e infortunios. Después de la guerra aniquiladora, él reunió volúmenes y creó lo que parecía muerto para siempre. ¡Con cuánto respeto lo saludan otros bibliotecarios de América! René Moreno,

poco afecto a la alabanza en materia de autores peruanos, se inclina ante la gallarda figura del renovador de la Biblioteca, se admira de que, con escasos recursos, haya podido formar catálogo y reunir lo que estaba olvidado y disperso. No voy tampoco a comparar el dinero que, con pródiga mano, entregan todos los gobiernos civilizados a sus grandes bibliotecas ni la preocupación que los mueve en la obra de cultura democrática. Todo paralelo es doloroso, y en el Perú habría que apurar los extremos, porque siempre fué la elevación intelectual planta olvidada por los pretendidos restauradores nacionales. Reunir aquí cifras sobre Norte América, aun en su valor relativo, en proporción a la riqueza nacional, sería procurarnos fácil humillación. La instrucción fué siempre aquí tópico popular de programas, exponentes de todos los buenos deseos, pero la realidad nunca se sintió vibrar ante la caricia de los reformadores. Con pobres elementos, con renta vergonzosa, recibiendo, tristes limosneos de la cultura, el óbolo difícil del poder público, don Ricardo Palma ha organizado lo que hoy existe, ha aumentado el archivo de la biblioteca, ha hecho lo que nadie hubiera alcanzado, por grandes que fueran su desinterés y su constancia. Entrad al salón *América* y observáis un nuevo espectáculo. Casi no hay libro que no lleve honrosa dedicatoria para Palma, homenaje al prosador, testimonio de admiración para el maestro, recuerdo de compañerismo o amistad intelectual. Ese salón, por el cual conocemos algo de lo que se produce en América, está fundado con libros del señor Palma, es un regalo que ha hecho a la biblioteca y a su patria. Todos esos libros donados pródigamente os hablan de que el bibliotecario es una autoridad literaria y lingüística, os dicen que los más sabios y brillantes de los americanos lo respetan y lo admiran. En cada libro viene un saludo al Perú representado por su intelectualidad. Lo mismo Ramos Mejía que Rodó, Lugones que Rafael Cuervo: el psiquiatra, el crítico, el poeta y el filósofo, toda la juvenil flora intelectual de América, honran al maestro y quieren escuchar sus consejos.

Y en España como en América, Palma representa un nuevo género de arte refinado y culto, lleno de evocaciones arqueológicas y de encantadora poesía. La *tradición,* tan nacional por su gracia y fácil ingenio, por el vigor de la vida antigua, es un género que todos aprecian en España, desde don Juan Valera hasta Rafael Altamira. Triunfante ha recorrido las tierras españolas, ha encontrado editor hispano, y ha hecho de don Ricardo Palma un autor casi español, por el arte castizo del lenguaje y la

juventud gallarda de la prosa: no sólo se le estima como a filólogo y literato, sino también como a autoridad intelectual. Recuerdo que en un folleto sobre asuntos hispano-americanos, Altamira, que trabaja por un acercamiento de la gran familia ibérica, decía que dos grandes talentos americanos de prestigio indiscutible son Valentín Letellier y Ricardo Palma. Para decirlo en breve síntesis, Palma es nuestro literato *representativo*, la figura por la cual valemos algo en el mundo de las letras españolas. Una nación no triunfa en la historia sino por la vibración que haya dejado en la vida superior de los pueblos. Nosotros, lentos en la pujanza industrial y en las altas manifestaciones del espíritu, debemos enorgullecernos de que nuestro nombre sea saludado en América y España, dondequiera que se extienda el idioma hispano, con admiración y entusiasmo al saludar a don Ricardo Palma. Por él vamos saliendo de la quietud intelectual y levantándonos en la ideal región de los espíritus enamorados del Arte, y sin exagerar puedo decir que en nuestro literato el ingenio se une a la magna laboriosidad ¡Cuántos libros de la Biblioteca, manuscritos curiosos, ilustrados, incunables, obras oscuras, llevan notas del bibliotecario! ¡Cuánta labor significa esa acumulación de lecturas y de observaciones!

Palma significa en la historia intelectual del Perú, no sólo el más genuino y robusto brote nacional, la planta autóctona del arte propio, sino un perpetuo ejemplo de vidas vinculadas a la obra reflexiva del arte y al estudio. En labor de medio siglo, alejado de otras solicitaciones, ha escrito y publicado artículos y libros, ha seguido el movimiento intelectual, ha atraído hacia el Perú la mirada de los intelectuales. En nuestra nación tan pobre de espíritus de esta fecunda familia, el autor de las *Tradiciones* hace pensar en que aún tenemos ingenio y persistencia para obras de valor ideal, para tentativas que se levantan sobre la mediocridad de los esfuerzos utilitarios y de las obras improvisadas.

Como encarnación de nuestra personalidad intelectual, como símbolo de restauración y de valor, como perpetua creación de la prolífica Bohemia, don Ricardo Palma merecía lo que con avaricia se le niega. De las naciones puede decirse lo que encierra la frase antigua: *humanus pancis vivit genus.* Y como privilegiados por el ingenio y por el Arte son los que hacen la grandeza de las naciones y les infunden la eterna renovación de la gloria, la nación les debe un homenaje de gratitud y de alabanza y todo lo que se les concede es pálido tributo a la obra de

elevación y de idealidad que realizan. En Francia los ministros de instrucción son los primeros en vibrar ante la llamada nacional para honrar a los maestros. Han sabido encarnar aspiraciones comunes hasta tener la fortuna de cumplirlas. Ayer no más, en las fiestas de Renán, hablaba noblemente el ministro, de la gloria que enorgullecía a Francia, al celebrar la grandeza del artista y del sabio. Es que en Francia, por feliz efecto de una educación integral, no hay espíritus parciales encerrados en una sola dirección intelectual: el arte no es extraño a los hombres de ciencia; el abogado siente la noble sugestión de la filosofía y de las letras y la unidad de la vida ideal se presenta siempre a través de las vanidades profesionales. Sólo extendiendo aquí esa vigorosa inclinación a la alta cultura, evitaremos que alguna vez se olviden los mayores títulos de la inteligencia a la gratitud nacional.

Pero no crea el maestro que aquí, en la juventud que lee y medita, se le mengüen prestigios y se discutan los esfuerzos de su vida. Todos lo saludamos como al tronco glorioso de nuestra vida intelectual, la columna solitaria en medio de la mediocridad; todos quisiéramos ver coronado por el laurel de los inmortales ese cerebro que ha vibrado ante todo rasgo de arte, que ha sentido la palpitación sagrada de la creación arística, que ha concentrado la admiración de América y España.

Agosto, de 1904.

DE D. JUAN VALERA.

A Don Ricardo Palma

Muy estimado señor mío: Grandísimo gusto me ha dado el recibir y leer el libro que usted me envía, recien publicado en mi sentir, salvo que usted borda la verdad y la adorna con mil gunda parte del libro: *Ultima serie* de Tradiciones. En esas historias que usted refiere, como el vulgo y las viejas cuentan cuentos; donde hay, según usted afirma, algo de verdad y algo de mentira, yo no reconozco ni sospecho la mentira sino en las menudencias. Lo esencial y de más bulto es verdad del todo, en mi sentir salvo que usted borda la verdad y la adorna con mil primores que la hacen divertida, bonita y alegre. Por esto me duele la frase amenazadora *última serie de Tradiciones.* Quisiera yo, y estoy seguro de que lo querrían muchos, que escribiese usted otros tres o cuatro tomos más sobre los ya escritos. Yo tengo la firme persuasión de que no hay historia grave, severa y rica de documentos fehacientes, que venza a las *Tradiciones* de usted en dar idea clara de lo que fué el Perú, hasta hace poco, y en presentar su fiel retrato.

Soy andaluz, y no lo puedo remediar ni disimular. Soy además, y procuro ser, optimista, y como me parece esa gente que usted nos pinta, la flor y nata del hombre y de la mujer de Andalucía que se han extremado y elevado a la tercera potencia al trasplantarse y al aclimatarse allí, todo me cae en gracia, y no me avengo a las declamaciones que hacen algunos críticos americanos al elogiar la obra de usted como sin duda lo merece.

¿Para qué he de ocultárselo a usted? Aunque soy muy entusiasta de la América española, o dígase latina, ya que, por no llamarla española le han puesto ustedes ese apodo, confieso que me aburre, más que me enoja, la manía de encarecer, con lamentos o con maldiciones, todas las picardías, crueldades, estupideces y burradas, que dicen que los españoles hicimos por ahí. Se diría que los que fueron a hacerlas, las hicieron, y luego se vol-

vieron a España, y no se quedaron en América sino los que no las hicieron. Se diría que la Inquisición, los autos de fe, las brujas y los herejes achicharrados, la enorme cantidad de monjas y de frailes, la afición a la holganza y los amoríos, la ninguna afición a trabajar, y todos los demás vicios, errores y defectos, los llevamos nosotros allá, donde sólo había virtudes y perfecciones. Se diría que nada bueno llevamos nosotros a América, ni siquiera a ustedes, ya que en este supuesto, o no serían ustedes blancos, o serían indios, o nacerían ahí, no de padres y madres españolas, sino por generación espontánea. Y se diría, por último, que de todos los milagros que hicieron los santos que hubo en el Perú, tiene España la culpa, como si sólo en España y en sus colonias se hubieran hecho milagros, se hubiera quemado brujas y hubiera sido la gente más inclinada al bureo que al estudio, al despilfarro que al ahorro, a divertirse que a atarearse.

Si aquellos polvos traen estos lodos; si de resultas de no haber filosofado bien, de haber sido holgazanes y fanáticos, y de los otros mil pecados de que se nos acusa, somos hoy más pobres, más débiles, más desgobernados y más infelices nosotros que los franceses y alemanes, y ustedes que los yankees, no está bien que toda la culpa caiga sobre nosotros, y que los discursos de esos críticos sean una paráfrasis de aquellos que dijo el cazo a la sartén: quítate, que me tiznas, negra.

Procuremos enmendarnos aquí y allá; arrepintámonos de nuestras culpas y no juguemos con ellas a la pelota, arrojándonoslas unos a otros ¿Quién sabe entonces, si es que la elevación de unas naciones sobre otras y el predominio nacen de merecimientos y de circunstancias y de leyes históricas, y que tal vez ni se sustraen a la voluntad humana, que tal vez ni se ven ni se explican por los entendimientos más agudos; quién sabe, digo, si volveremos a levantarnos de la postración y hundimiento en que nos hallamos ahora?

Entretanto, lo mejor es que cesen las recriminaciones que a nada conducen; y lo peor es que cada español o cada hispanoamericano se crea ser excepcional y reniegue de su casta, en la cual se considera el único discreto, hábil, listo, laborioso, justo y benéfico.

Va todo esto contra los críticos de ahí que, al elogiar la obra de ustedes, nos maltratan. Nada va contra usted, que describe la época colonial como fué; pero con amor, piedad e indulgencia filiales.

La obra de usted es amenísima. El asunto está despilfarrado, tan conciso es el estilo. Anécdotas, leyendas, cuadros de costumbres, estudios críticos, todo se sucede con rapidez, prestando grata variedad a la obra, cuya unidad consiste en que todo concurre a pintar la sociedad, la vida y las costumbres peruanas, desde la llegada de Francisco Pizarro hasta casi nuestros días.

En la manera de escribir de usted hay algo parecido a la manera de mi antiguo y grande amigo Serafín Estébanez Calderón, *El Solitario;* portentosa riqueza de voces, frases y giros, tomadas alternativamente de boca del vulgo, de la gente que bulle en mercados y tabernas, y de los libros y demás escritos antiguos de los siglos XVI y XVII y barajado todo ello y combinado con no pequeño artificio. En *El Solitario* había más elegancia y atildamiento; en usted mucha más facilidad, espontaneidad y concisión.

Por lo menos las dos terceras partes de las historias que usted refiere, me saben a poco; me pesa de que no estén contadas con dos o tres veces más detención y desarrollo. Algunas hay en las que veo materia bastante para una extensa novela, y que sin embargo, apenas llenan un par de páginas del libro de usted.

Aunque es usted tan conciso, tiene usted el arte de animar las figuras, dejándolas grabadas en la imaginación del lector. Los personajes que hace usted desfilar por delante de nosotros, virreyes, generales, jueces, frailes, inquisidores insurgentes y realistas, nos parecen vivos y conocidos, como si en realidad los tratásemos.

Todo lo demás que contiene su libro me parece bien. Sólo me pesa el aborrecimiento de usted a los jesuítas, y lo mal que los quiere y trata. Pero, en fin, no hemos de estar de acuerdo en todo.

De cuanto queda dicho, infiero yo, y doy por cierto, que es usted un escritor muy original y de nota, cuya popularidad por toda la América española es fundadísima, cunde y no ha de ser efímera, sino muy duradera.

Mil gracias por su divertidísimo libro, y créame siempre su amigo.

(De las "Cartas Americanas")

DE D. RAFAEL ALTAMIRA.

Literato Americano

Hace algunos años solazábame yo, allá en las soledades del aburrido Ateneo de provincia, que era mi centro intelectual, con la lectura de unos sabrosísimos cuentos titulados *Tradiciones*, que publicaba en las hoja literaria del *Día* un señor llamado Ricardo Palma.

—¡Caramba!—decía yo para mis adentros,—¿quién será este don Ricardo, que escribe con tánta gracia y en castellano tan pulido? Y como a fuer de buen estudiante de literatura española, llevara yo, por entonces, la flaqueza de las pompas mundanales por el lado de la Academia de la Lengua, debo confesar que me enamoraba, sobre todo, lo castizo y retocado de la frase, el tufillo clásico arcaizante y rancio que exhalaban las *Tradiciones.* Claro es que no se me ocurrió pensar que el señor Palma fuese americano. De América sabía yo poco; y desde luego me figuraba que, en punto a idioma, había de ser preciso poner una tabla de voces al final de cada libro de aquellas tierras. Bien es verdad que al sustantivo *Tradiciones* acompañaba el adjetivo peruanas. Pero no caía en la cuenta, ni en el Ateneo había nadie que supiese cosa mayor. Me consuela de este yerro pensar que todavía siguen sabiendo muchos españoles tanto como mis consocios y yo sabíamos entonces de literatura americana.

Al fin, un chico que se había venido de la capital de España nos trajo, en su primera vuelta a la tierra, la confidencia importante, adquirida en plena cacharrería del Ateneo matritense, de que el autor de *Tradiciones peruanas* era peruano legítimo. A la vez caía en mis manos la novela *María,* de Jorge Isaacs que gusté, apesar de mis aficiones naturalistas, que iban entonces comenzando; y estos dos solos hechos fueron suficientes a que yo convirtiese mi atención a la literatura de los pueblos hermanos del Sur de América.

Desde entonces, uno de mis más constantes propósitos ha sido contribuir a que en España se conociese los nombres y los libros que son populares allá; y huélgome en decir que, por lo que toca a la poesía, el pandero está ya en otras manos, pero infinitamente mejores, en las de Menéndez y Pelayo, que tiene ya terminada—según me ha dicho, una Antología de poetas hispano-americanos.

Y vuelvo a Ricardo Palma.

La segunda relación intelectual que con él he tenido la debo a otras *Tradiciones* publicadas en *La Ilustración Artística,* de Barcelona, y especialmente a unas que se refieren a Carbajal, el gran guerrero de Pizarro. Aun no hace muchos meses, volví a leerlas, con ocasión de la conferencia que sobre La Gasca dió en el Ateneo Rafael Salillas; y recuerdo que Salillas y yo charlamos acerca de la figura característica y salvaje del brioso soldado, en función de la cual se explayaron las aficiones y sabidurías antropológicas de mi amigo, en grandes disquisiciones curiosas. Estas renovaciones de amistades literarias con Palma hicieron renacer mi deseo de preócuparme todos sus libros, e ideando estaba el modo de conseguirlo, cuando cátate que un lunes, en plena tertulia en casa de mi distinguida amiga Emilia Pardo Bazán, estando discutiendo sobre dramática la dueña de la casa, Luis Vidart, el insigne orador portugués Pinheiro-Chagas y el infrascrito, entra un caballero alto, delgado, serio, correctísimo de modales, y de aspecto al parecer, entre militar y diplomático, a quien la insigne escritora presentó, diciendo:

—Don Ricardo Palma, literato peruano.

Sí, señores. Palma el propio Palma de las *Tradiciones*. Ha venido a España como delegado del Perú en los congresos americanistas, literario y geográfico, y es nuestro huésped.

Quedé asombrado de mi buena estrella. A poco que pude, arrinconé a Palma y formé con él rancho aparte. Tenía yo ansiedad por hablar con aquel señor que escribía tan correcto castellano, para preguntarle, cuando menos, cómo diantres había conseguido tal gracia en estos tiempos de galicismos y de tutela extranjera, que con toda razón (dicho sea en honor de la verdad), sufrimos en punto a la vida intelectual.

Encantóme la suavidad y pureza del habla de mi interlocutor. Algo se le nota en el acento que es americano; mas por la serenidad imperdurable con que conversa, no lo parece.

Claro que no hube de contentarme con aquella entrevista. Fuí a verlo una mañana, en su habitación de viajero, en la calle del Carmen.. La sala rebosa libros por todos lados: libros españoles, regalados o adquiridos, que Ricardo Palma, como buen patriota, envía por cajones a la Biblioteca Nacional del Perú, de la que es director. Hablamos mucho de literatura americana, un poco de la española y algo de política. Entonces ví animarse el rostro de Palma al contarme cosas de la patria lejana, recuerdos de sus bohemias de muchacho y de sus luchas de político, pues lo mismo ha pronunciado discursos en las Cámaras, que ha manejado el fusil en la guerra y esgrimido la pluma en el periodismo.

Nació Ricardo Palma en Lima, el 7 de Febrero de 1833, y empezó a bullir entre la juventud literaria de 1848, importadora de las novedades románticas, y en cuyas filas figuraban nombres que fueron ilustres. Velarde, Arnaldo Marquez, Llona, Althaus y ctros. El mismo cuenta las proezas de aquella animosa jueventud en un sabrosísimo prólogo que, con el título de la *Bohemia* Limeña de 1884 a 1860, encabeza la edición completa de sus *Poesías* hecha en Lima en 1887.

No puedo arrancar, como sería de mi gusto, toda esa historia literaria, tan curiosa y simpática, que trae al recuerdo la novela de la bohemia parisién que escribió Murger. Me falta espacio, y temo además, con razón, deslucir el asunto, que, después de tocado por la prosa elegante de Palma, queda por terreno vedado a los que sólo nominalmente escribimos en la lengua de Cervantes.

Recordaré sólo los nombres de Fernando Velarde, el poeta, jefe de toda aquella generación revolucionaria; el de Llona, poeta también, deliciosísimo (que hoy vive en Guayaquil, casado con una escritora, igualmente notable, Lastenia Larriva); el del lírico Márquez; los de los novelistas Cisneros y Aréstegui; el del poeta cómico Segura; el de Pardo, educado en Madrid con sus compatriotas Mazo y Pezuela, que es nuestro conde de Cheste; y en fin, el de la señora Gorriti, novelista, entre cuyas obras se cuenta una titulada *La Quena,* que Palma tiene "después

de este idilio de Jorge Isaacs, que se llama *"María"*, por "la más bella novela que se ha publicado en la América Latina".

Conviene advertir que, lo mismo en tiempo de la bohemia que hoy día—pero sobre todo ahora—la mayor parte de los novelistas peruanos son (como en Inglaterra) mujeres. Aparte de la Gorriti, que nació en 1819 y que acaba de morir aun no hace un mes, en Buenos Aires, díganlo los nombres de Mercedes Cabello de Carbonera, de Clorinda Matto de Turner, y de Teresa G. de Fanning, cuyo libro, *Lucecitas,* aparecerá muy en breve en Madrid, con un prólogo de Emilia Pardo Bazán.

Palma debutó con varios dramas, tributo que pagan todos los literatos jóvenes a la casi inevitable seducción de la escena; pero desistió pronto de este camino y su gloria literaria la debe a seis colecciones de poesías y a las ocho series de *Tradiciones* en prosa que, juntas, van a editarse ahora en Barcelona.

Como poeta, apenas se conoce a Palma en España. Por eso conviene decir que, en las colecciones citadas, y especialmente en la que se titula *Armonías* que es también la que prefiere su autor, hay poesías dignas de ser aprendidas por todos. Entre ellas figura una delicadísima, titulada *Camino del cielo,* que mereció el honor de ser traducida al portugués por Serra, y al alemán por Darapsky, y cuya factura es análoga a la que, años más tarde, había de usar el gran Anthero de Quental en su epitafio a una niña, hermana del periodista y poeta portugués Joaquín de Araujo.

En cuanto a las *Tradiciones,* ¿qué he de decir? Bien conocidas son de nuestro público español. Reproducir alguna, sería traer innecesariamente a la memoria cosas que una vez leídas no se olvidan jamás. Por eso yo he querido proporcionar a mis lectores placer todavía más grande, cual es el de gustar una tradición inédita, y gracias a la amabilidad del autor, así será en el número próximo de la *Justicia.*

Y con esto de conceder la palabra al literato limeño, es obligado que cierre yo la desaliñada semblanza que he intentado escribir.

Madrid—1892.

Ricardo Palma

Fuí desde el Callao a Lima, por sólo conocerle, en Febrero de 1888. De a bordo a tierra iba con un chileno que me decía:—"¡No vaya usted a verle; es como un ogro de terco!—Yo pensaba para mi coleto:—De un regaño no ha de pasar. . Y ¡cáspita! recordaba mi *Canto épico a las Glorias de Chile.*

Llevado por un coche que encontré en la calle de Mercaderes, después de caminar un buen rato por aquellas calles de la alegre ciudad de los virreyes,, me encontré a las puertas de la Biblioteca Nacional. Entré y, tras pasar largos corredores, llegué al departamento del señor Director. Frente a la puerta de su oficina me detuve un momento, para admirar el célebre cuadro de Montero *La muerte de Atahualpa.* Por fin, valor y adelante. Dos golpecitos en la puerta... De un regaño no ha de pasar...

—"¡Oh, mi señor don Darío Rubén!...." Ante una mesa toda llena de papeles nuevos y viejos, viejos sobre todo, estaba Ricardo Palma y me recibía con una amable sonrisa, que me daba ánimos, debajo de sus espesos y canosos bigotes retorcidos. ¡Figura simpática e interesante en verdad! Mediano de cuerpo, ágil a pesar de su gruesa carga de años, ojos brillantes que hablan y párpados movibles que subrayan, a veces, lo que dicen los ojos; rápido gesto de buen conversador, y palabra fácil y amena, ¡tal era el ogro!—"Oh, mi señor don Darío Rubén"... Así me saludó, así, poniendo el apellido primero y el nombre después. Mi pobre nombre tiene esa capellanía. En diarios sud-americanos he leído: "El escritor que se oculta bajo el pseudónimo de Rubén Darío......" Sí, unos lo creen pseudónimo, otros lo colocan al revés, como el ingenio de las *Tradiciones,* y otros, como don Juan Valera, dicen que es un nombre "contrahecho o fingido"..

¡Válgame Dios! Pero dejo para otra vez de contar por qué

mi nombre es judaico y mi apellido persa, y vuelvo a don Ricardo. Me habló de su vida entre papeles antiguos, llenos de polvo y polillas; de literatos chilenos amigos suyos; de su querida Biblioteca, que está restaurándose; de la guerra del Pacífico, (ahora viene el regaño, pensé....); ¡de tántas cosas más! Luego me llevó a conocer todos los departamentos del edificio, el salón de pinturas y esculturas nacionales, el de lectura y los extensísimos de los libros y manuscritos. No pude menos que exclamar: "¡Rica Biblioteca!" Encendí la pólvora. Vino el regaño, pero no para mí; no apareció el ogro sino el hombrecito vibrante y patriota:—"¡Rica antes de que la destrozaran los chilenos! Cuando la ocupación entraban los soldados ebrios a robarse los libros. Vea usted, mi señor don Darío, vea usted". Se acercó a un estante y tomó un precioso incunable en una de cuyas páginas estaba escrito, con letra de Palma, que el libro había sido comprado en *dos reales a un soldado de Chile.* Me narraba atrocidades. Me dijo todo lo que había sufrido en los tiempos terribles. Y al oirle hablar todo nervioso, con voz conmovida, yo pensaba: ¿A qué hora le llegará su turno a mi *Canto épico?* No le tocó.

Libros ingleses, libros alemanes, libros italianos y americanos, libros españoles, la vieja legión de clásicos, y casi todos los autores modernos, estaban en aquellas estanterías; y luego el amarillento archivo colonial, los cronicones vestustos, la vasta mina escabrosa de donde el brillante y original trabajador peruano saca, a la luz del mundo literario, el grano de oro sin liga que resplandece con brillo alegre en sus tradiciones incomparables.

—"Me da tristeza, me dijo, que la parte americana sea tan pobre". Y en efecto, hacían falta muchas notables obras chilenas argentinas, venezolanas, colombianas, ecuatorianas y, con especialidad, centro-americanas. Recuerdo que entre los libros de Guatemala encontré algunos de autores cubanos. Batres Montúfar, el príncipe de los *conteurs* en verso, estaba allí; pero no García Goyena, el egregio fabulista, honra de la América Central, aunque nacido en el Ecuador.

Pasamos luego a un gran salón donde están los retratos de los presidentes del Perú, destacándose entre ellos el del General Cáceres, en su caballo guerrero de belfo espumoso y brava estampa.

........Ví también el de aquel indio legendario que, correo de guerra, tomado por el enemigo, se comió las cartas que llevaba, antes que entregarlas, y murió fieramente. Palma me explicaba todo, complaciente, afable, citando nombres y fechas, hasta que volvimos a su oficina, donde llama la atención, en una de las paredes, un gran cuadro, formado con billetes de banco y sellos de correo peruanos.

Mientras él me hablaba de sus nuevos trabajos, y de que pensaba entrar en arreglos con un editor de Buenos Aires, para publicar una edición completa de sus *tradiciones,* yo recordaba que, en el principio de mi juventud, me había parecido un hermoso sueño irrealizable estar frente a frente con el poéta de Armonías, de quien me sabía desde niño aquello de

¡Parto, oh patria, desterrado!
De tu cielo arrebolado
mis miradas van en pos.
Y en la estela
que riela
sobre la faz de los mares,
¡ay! envío a mis hogares
un adiós;

y con el autor de tánta famosa *tradición,* cuyo nombre ha alabado la prensa del mundo, desde "El Fígaro" de París hasta el último de nuestros periódicos. Y veía que el ogro no era tal ogro, sino un corazón bondadoso, una palabra alentadora y lisonjera, un conversador jovial, un ingenio en quien, con harta justicia, la América ve una gloria suya.

En sus juicios literarios se dejan ver sus conocimientos del arte y su fina percepción estética. El es deçidido afiliado a la corrección clásica, y respeta a la Academia. Pero comprende y admira el espíritu nuevo que hoy anima a un pequeño, pero triunfante y soberbio, grupo de escritores y poeta de la América española; el modernismo. Conviene a saber: la elevación y la demostración en la crítica, con la prohibición de que el maestro de escuela anodino, y el pedagogo chascarrillero penetran al templo del arte; la libertad y el vuelo, el triunfo de lo bello sobre lo preceptivo, en la prosa; y la novedad en la poesía: dar co-

lor, y vida, y aire, y flexibilidad al antiguo verso que sufría ankilosis, apretado entre tomados moldes de hierro. Por eso él, el impecable, el orfebre buscador de joyas viejas, el delicioso anticuario de frases y refranes, aplaude a Díaz Mirón, el poderoso, y a Gutiérrez Nájera, cuya pluma aristocrática no escribe para la burguesía literaria, y a Rafael Obligado, y a Puga Acal, y al chileno Tondreau, y al salvadoreño Gavidia y al guatemalteco Domingo Estrada. Deleita oír a Palma tratar de asuntos filosóficos y artísticos, porque se advierte que en aquel cuerpo que se halla a las puertas de la ancianidad, corre una sangre viva y joven, y en aquella alma arde un fuego sagrado, que se derrama en claridades de nobilísimo entusiasmo.

Es la primera figura literaria que hoy tiene el Perú, junto con mi querido amigo el poeta Márquez, insigne traductor de Shakespeare. Y—a propósito de poetas,—en una de sus cartas me decía una vez don Ricardo: "Yo no soy poeta". Ante esta declaración, no hice sino recordar su magistral traducción de Victor Hugo, donde aparece, formidable y aterrador, aquel ojo que, desde lo infinito, está fijo mirando a Caín, en todas partes. En cuanto a sus versos lijeros y jocosos, pocos hay que le aventajen en gracia y facilidad. Tienen la mayor parte de ellos un algo encantador, y es la nota limeña.

¡Lima! Ya lo he dicho en otra parte: Si Santiago es la fuerza, Lima es la gracia. Si quereis gozar, oh los que leais estas líneas, id a Lima, si teneis dinero; y si no lo teneis, también id. Hallareis un delicioso clima, muchas flores, un cielo azul y radiante. Y sobre todo, allí encontrareis a la andaluza de América, a la mujer limeña, breve de pié y de mano, de boca roja y ojos que hipnotizan, incendian y enloquecen. Id al hermoso paseo de la Exposición lleno de kioskos, alamedas, jardines y verdores alegres; id en las tardes de paseo, cuando están las mujeres entre los árboles y las rosas, como en una fiesta de hermosura, o en concurso de gracias, dominadoras y gentiles. O pasad por las portales cuando, envueltas en sus mantos negros, pasan las damas que sólo dejan ver algo del blancor rosado del rostro, en el que, incrustrados, como estrellas negras, están, encendidos de amor, los ojos bellos.

El pueblo de Lima canta con arpa. La cerveza de Lima es excelente. En la ciudad de Santa Rosa, se fabricó un palacio la

alegría. Lima gusta de los toros, como buena hija de España. Sus teatros son a menudo visitados por buenas *troupes*, y el público es inteligente y entusiasta por el arte. Flota aún sobre Lima algo del buen tiempo viejo, de la época colonial. Lima tiene paseos, plazas, estatuas. Sobre una gran columna, que conmemora el célebre 2 de Mayo, se alza líricamente una fama que emboca su sonoro clarín. En otro lugar he visto a Simón Bolívar en su caballo de bronce, con la espada victoriosa en su diestra de héroe. Lima es católica, pero está llena de masones. En Lima hay familias de noble y pura sangre española. En el pueblo de Lima se puede notar ahora la más extraña confusión de razas: chino y negro, blanco y chino, indio y blanco, y las variaciones consiguientes.—El cholo es débil, pero canta claro y es añagacero. Lima es pintoresca, franca, hospitalaria, garbosa, complaciente y risueña. El que entra a Lima está en el reino del placer. En Lima no llueve nunca. La *tradición*,—en el sentido que Palma la ha impuesto al mundo literario,—es flor de Lima. La tradición cultivada fuera de Lima, y por otra pluma que no sea la de Palma, no se da bien, tiene poco perfume, se ve falta de color. Y es que, así como Vicuña Mackenna fué el primer santiaguino de Santiago, Ricardo Palma es el primer limeño de Lima.

Me despedí de él con pena. ¡Quién sabe si volveré a verle! Y ya en el coche, que volaba camino del hotel,—donde tenía que ver a Eloy Alfaro,—con los ojos entrecerrados, satisfecho de mi visita, sonreía al pensar en que el ogro no era como me lo pintaba mi amigo el chileno; y guardaba con orgullo en mi memoria, para conservarlo eternamente, el recuerdo de aquel viejecito, de aquel buen amigo, de aquel glorioso príncipe del ingenio.

Guatemala,—1890.



D. Ricardo Palma en 1918



D. Ricardo Palma, presidiendo a los miembros de la Academia Peruana, correspondiente de la Española (1918).

DE D. GONZALO BULNES.

Ropa Vieja

El notable literato peruano don Ricardo Palma ha enriquecido las letras americanas con un nuevo volumen de *Tradiciones,* que robustecerá la vasta y asentada fama de que goza entre los cultivadores de la lengua castellana. El título de su nueva obra no es muy exacto, porque no se ha limitado a cortar ropa vieja sino también nueva, buscando el tema de sus artículos en la época de la independencia y dedicando estudios bibliográficos a obras recientes, de flamantes escritores contemporáneos. Hacemos esta salvedad, porque sería un error suponer que sólo los trajes viejos de su guarda-ropa son dignos de la atención del lector.

Sería empresa dificil hacer comprender a una persona que no haya leído a Palma en qué consiste el género literario creado por él. Una tradición es un cuento arrancado a la vida social, antigua o moderna; un episodio casero que adorna con el atavío de su lenguaje, que pule, y de objeto burdo que era, lo trasforma en obra de arte acabada. Es el oro bruto convertido por mano de artífice en joya delicada; es la piedra de la estatuaria en poder de un artista consumado, que la anima con su gracia y que le comunica su expresión. De aquí proviene que sea imposible dar a conocer las obras de Palma por un mero juicio literario, el que corriera el riesgo de ser tan insustancial e insípido como las revistas de cuadros o las descripciones de museos.

Lo mejor en estos casos es decir al público:—Juzga tú mismo. Y así convido yo al lector a juzgar a Palma, seguro de que encontrará en sus tradiciones el deleite que producen las buenas letras, y el provecho de conocer la vida social de Lima durante la colonia.

Palma no se ocupa sino ocasionalmente de los hechos que han pasado sometidos a la admiración o la censura pública; no

describe batallas; no juzga situaciones políticas. Deja esa gran labor a los historiadores. El se ocupa de los detalles que caracterizan una época y, si me fuera dado expresar mi pensamiento en una idea, diría que me hace el efecto del que observa la vida de un pueblo por el ojo de una llave; observatorio cómodo para atrapar los incidentes o para fijarse en los detalles, pero inadecuado para abarcar con amplitud el vasto horizonte en que se ajitan las pasiones y los intereses de los pueblos.

Consideradas así, las tradiciones son un auxiliar de la historia.

Una infinidad de detalles le pasarían inadvertidos al historiador si el vidrio de aumento del tradicionista no se hubiese ocupado de desentrañarlos, de darles proporciones y de presentarlos a sus ojos en forma limpia y concreta.

En lo que el autor descuella es en el conocimiento del idioma castellano y en el gobierno de la frase antigua. Creo no equivocarme al asegurar que, en este sentido, Palma ocupa uno de los primeros puestos entre los buenos escritores que han honrado la lengua de Cervantes.

La frase es, en sus manos, lo que el florete en las de un espadachín; juega con ella; exajera, a veces, la flexibilidad de su arma; es amigo de lucir su destreza con suertes raras e inesperadas. Su maestría lo induce a abusar de su reconocida competencia, y este es uno de sus defectos, por que, en ocasiones, su lenguaje peca de habilidoso y de rebuscado. Y le hago este cargo con mayor fundamento cuanto que, dando libertad a su pluma, ha escrito páginas verdaderamente notables en el *Apéndice.*

Es imposible, cuando se escribe sobre un libro en que los hechos pasan ante la vista a manera de imágenes por el vidrio de un kaleidoscopio, decir algo individualmente de cada uno de sus cuadros, puesto que cada página necesitaría una explicación especial, lo que, en la práctica, equivaldría a escribir un nuevo libro de *Tradiciones* para juzgar las de Palma, y Dios me libre del pensamiento de intentar seguirle en el camino difícil en que marcha tan ufana y gloriosamente. Colocado en la imposibilidad de dar un trasunto de sus principales tradiciones, me limito a enumerar las que considero mejores.

La gran querella de los barberos es una de las más notables del libro, y en su género quizás la primera, y dijera sin vacilar la primera, si el tema interesantísimo de *Pan, queso y raspadura,* que cuenta episódicamente la batalla de Ayacucho, no despertara más interés.

La Protectora y la Libertadora hacen revivir, en el recuerdo de dos ancianas abandonadas por la fortuna, el reflejo de los grandes capitanes que amaron en su juventud, y parecen una reproducción al natural de su historia—gloriosa y desgraciada.

Francisco Bolognesi es el homenaje que el autor tributa a un hombre que hizo honor a su país; y *Un ventrílocuo*, un episodio gracioso de un general colombiano. y hecha esta nomenclatura de las principales tradiciones, paso al *Apéndice* que contiene escritos de otro género.

Si, escribiendo el *Apéndice*, Palma ha querido probar que es capaz de manejar el estilo suelto y llano con la misma gallardía con que usa el, a veces, oscuro de las tradiciones, la prueba no puede ser más decisiva. Así como allá hemos admirado el arte de hacer filigrana, aquí se admira el trabajo de un artista en grande, que le dá vuelo a su genio literario.

En el *Apéndice*, los dos trabajos de más importancia son un estudio bibliográfico sobre la Historia del Perú del jesuíta Cappa, y el discurso de orden al inaugurarse, en Lima, la sección correspondiente de la Academia Española.

Recorre el autor en este último, a grandes rasgos, las etapas más prominentes del ingenio peruano, y se detiene en las figuras culminantes que honraron su literatura. Como juicio crítico del pensamiento peruano, es tan breve como puede serlo un dircurso académico, y no estamos en aptitud de juzgar si el ave bajó a posarse en figuras dignas de su atrevido vuelo. Pero lo que no puede negarse es que el autor, principalmente al referirse al período del coloniaje, encontró frases de alta elocuencia para caracterizar a algunos de sus representantes.

Palma, a quien se encuentra de ordinario burlón, alegre, benévolo, haciendo, a propósito de todo, despilfarro de ingenio, se torna adusto y cruel al juzgar la institución de los jesuítas y el libro del padre Cappa. Los adjetivos hirientes, las frases sangrientas, corren en esas páginas con la misma abundancia con que juguetea la gracia bondadosa y burlona en las tradiciones. Pero quienquiera que tenga el amor de la patria y la noción de sus deberes, sentirá que se le comunica la legítima indignación con que el crítico azota el rostro del sacerdote español que, escribiendo para la juventud de Lima, enaltece el virreinato y escarnece la república; que endiosa la Inquisición y maldice la libertad de conciencia; que injuria a los libertadores, por ser tales, sin exceptuar a San Martín ni a Bolívar. Puede existir diferencia de apreciación sobre esos personajes; puede creerse que

la obra del tal o cual fué errada; puede sostenerse el que la república desvió su rumbo apartándose de los grandes ideales, que colocó a la vista de la América la mano de la revolución. Pueden

có a la vista de la América la mano de la revolución. Pueden

creerse muchas cosas; pero jamás será lícito intentar arrojar en la cabeza de los niños la semilla de reacción contra la libertad de pensamiento, la revolución de la independencia y la república.

En resumen, el libro de Palma debe ser leído por cuantos tengan interés en el cultivo y desarrollo de las buenas letras en América. Fruto de Lima, como la granadilla y las limeñas, las *Tradiciones* saben al zahumerio de sus conventos y al perfume de su campiña tropical. Y aquí es del caso repetir con el autor, aplicando a la literatura lo que el dice de la poesía:—"Parece "que las frescas alboradas, la irisada luz crepuscular, lo rever- "berante del sol, lo diáfano del cielo en nuestras tibias noches "de luna, y lo grato y suave del clima con que Dios favoreciera "a la gentil ciudad fundada por Pizarro, predispusieran el cora- "zón y el cerebro para las delicadas y fantásticas idealidades de "la poesía".

(Santiago de Chile.)

DE D. FELIPE BARREDA Y LAOS.

Recuerdos de una velada (1)

La figura de Palma comienza a esbozarse en la historia de la literatura peruana, en un medio social donde existían fuerzas muy poderosas y contradictorias, originarias de constante desequilibrio. Las campañas de la Independencia habían dado en tierra con las instituciones coloniales, rompiendo aquella estabilidad social lograda con no poco esfuerzo, y sustentada sobre el rigor de la autoridad, el encadenamiento de todas las fuerzas libres del espíritu humano, la rigidez de las jerarquías, la severa y sanguinaria sujeción de los esclavos y el terror que inspiraba la Inquisición. La guerra de emancipación nacional anuló estas fuerzas que mantenían aquel equilibrio inestable en la Colonia, originándose súbitamente el derrumbamiento de la organización política y social de tres siglos. Difícilmente podemos darnos cuenta de las conmociones operadas en el espíritu, como consecuencia del triunfo de la emancipación. Los derechos del hombre proclamados en el estatuto provisorio, hacen surgir nuevas clases sociales. Legiones de siervos aspiran a su total emancipación, y el esclavo sojuzgado por el yugo del amo, transfórmase en obrero libre a quien nadie niega el aprovecha-

(1).—En 1912, la juventud de Lima, representada por un notable grupo de intelectuales, queriendo desagraviar a D. Ricardo Palma, por la injustísima remoción que sufrió por parte del gobierno de entonces, de la dirección de la Biblioteca Nacional, que restauró y engrandeció con indecible tesón, organizó en homenaje del maestro una velada literaria en que se leyeron discursos críticos sobre la obra y la personalidad del ilustre literato. Por no haber perdido su actualidad, merced al carácter crítico que tienen, reproducimos aquí los discursos de los señores Felipe Barreda y Laos y Juan B. de Lavalle e insertamos también los versos de José Gálvez.

miento personal del fruto del trabajo. Artesanos y burgueses, emancipados y enriquecidos, surgen de las profundidades donde gemían antiguamente en la estrechez, la ignorancia y el oprobio del vasallaje; aparecen en escena, echan de lado sus modestas ropas, se yerguen altivos y amenazadores contra los antiguos señores, sin respeto para los descendientes de la vieja aristocracia; suspiran por la dicha de distinguirse, saben que la sociedad quiere que el hombre rústico valga lo mismo que el señor; que la elegancia en la ropa es cuestión de sastre, y los títulos nobiliarios cuestión de cancillería; y que la única patente verdadera de superioridad y de honor es aquella que la caprichosa naturaleza obsequia al espíritu de cada hombre.

La sociedad colonial con su quietismo sagrado, su voluptuosidad mística, su dulce languidez y su silencio, aparece cada vez más lejana. Los hombres que la nueva vida requiere no son los señores remilgados y negligentes que tienen en la protección virreynal asegurada su fortuna, que no soportan más ocupación que la de divertirse y agradar, que pasan la vida en conversaciones con mujeres engalanadas, en las tertulias de alguna buena señora con achaques de literata: son los hombres que trabajan rudamente, que se fatigan meditando en silencio para hallar medios de superar a sus iguales, que confían en la audacia, en la aventura loca, en la intriga para asegurarse protectores; hombres de inventiva, sin más ley que la ambición, el capricho, el propósito de realizar algún proyecto fervorosamente acariciado; hombres pródigos en labor, pero casi nunca resignados, con temperamento y carácter semejante al de muchos personajes del teatro de Dumas, Víctor Hugo y José Zorrilla.

Al impulso de sentimientos democráticos, era incesante la agitación renovadora de las clases sociales del Perú; y el desenfreno de la personalidad, sin detenerse en prejuicios desautorizados, y antiguas normas de conducta, caídas en desprestigio, favoreció la afición a las aventuras arriesgadas que procuraban rápidos encumbramientos.

Un golpe audaz tan pronto hacía surgir de la sombra una figura desconocida como fulminaba un rayo en las alturas derribando al más encumbrado personaje; y fueron muchos los hombres de condición modesta y espíritu arrojado, que recibieron el poder como premio final de una feliz aventura. La conversión del espíritu público a que nos referimos, tenía necesariamente que impeler al Perú al jacobinismo revolucionario. Durante esa primera época de nuestra vida republicana, de tumultos militares

y agitaciones incesantes, adquiere la personalidad humana enorme poder de expansión individual y, si hacemos un atento estudio, parece que en esa época nada se reconocía tan inviolable como el subjetivismo. Deseos vehementes, pasiones incontenibles, proyectos de reformas, planes de gobierno, todo quedaba decidido en la conciencia de aquellos soñadores que pretendían imponer sobre la realidad de la vida sus utopías e ilusiones, sin que para ello contaran con otra fuerza que la del propio entusiasmo y el soplo personal vivificante de sus almas soberbiamente inquietas, que no sabían vivir para la mezquindad, que fueron gandes y nobles hasta en sus errores más trascendentales.

De esa aurora encendida, de esos años de lucha ardorosa y de pujanza, de surgimientos deslumbradores y caídas inmediatas, de aspiraciones irrefrenables, de pronunciamientos, de sangrientas contiendas, de represalias y ejecuciones de crueldad inverosímil, quedan como recuerdos imborrables sobre el campo de esa lejana historia, los destrozos de las constituciones políticas, las ilusiones populares deshechas, la democracia abrumada por dudas inquietantes, y los jirones rojos de los estandartes relucientes que en alto elevaron los caudillos llamando a los pueblos a una redención salvadora, a una venturosa patria prometida que los pobres peregrinos de la vida a semejanza de los israelitas de los cuarenta años del desierto, sometidos al destino omnipotente y misterioso, sólo debían contemplar desde la lejanía de la montaña inconmovible. Desde el estatuto provisorio del 21 hasta el 60, en que logramos obtener mayor estabilidad en nuestro espíritu colectivo, y como consecuencia, en nuestro régimen constitucional, puede afirmarse, con sobrada razón, que se desenvuelve el espíritu del romanticismo en la vida política del Perú.

Cuando brota a la luz una agitación honda del espíritu, no hay instintos que no remueva ni campos vedados a su irresistible irradiación. La renovación intelectual que comienza en el Perú a fines del siglo XVIII con Baquíjano y Carrillo, Hipólito Unánue y los estudios del Convictorio Carolino, dirigidos por Rodríguez de Mendoza, no podía paralizarse ni satisfacer sus exigencias sino con el anonadamiento total de los marcos antiguos, y de las fórmulas ya gastadas del pensamiento. Este afán renovador se apodera de nuestros literatos, quienes, abandonan la rigidez inflexible de la poética de Aristóteles y Boileau, prescinden de los epítetos de escuela y de corte y de todo ese aparato de esplendor ficticio que el clasicismo usaba e im-

ponía. Lo que les preocupa son los grandes intereses del alma; la belleza, la esperanza, el amor, el temor melancólico, los consuelos que endulzan las angustias, la libertad del yo mantenido en retiro inviolado, y la soberanía de la propia conciencia. Sienten la inquietud de Werther, el descontento del presente, el anhelo indeciso de una felicidad que no llega, el presentimiento de un mundo mejor, el tedio gris de la monotonía incurable de la vida. No fueron otras las agitaciones de conciencia que se enseñorearon de Musset, Hugo, Lamartine, Beethoven y Goethe, cuando emprendieron la renovación literaria y artística de Europa. La élite intelectual del Perú, vivía sin duda alguna en condiciones de espíritu inmejorables para la sólida adaptación d- romanticismo. El carácter de esta escuela se acomodaba tan precisamente a nuestras condiciones espirituales, que sólo así se explica la pasión febril que se desarrolló entre los literatos pe uanos de aquel tiempo por la imitación romántica, y los éxitos indiscutibles que lograron alcanzar los fervientes admiradores de Byron, Espronceda, Zorrilla, Lamartine, principales maestros de la juventud romántica del Perú de 1850. Palma hace en tales circunstancias, su aparición en la escena literaria, formando parte como miembro muy conspícuo de aquella juventud bohemia, revolucionaria de las letras, a la que pertenecieron nombres tan ilustres como Arnaldo Márquez, Nicolás Corpancho, Numa Pompilio Llona, Clemente Althaus, Carlos Augusto Salaverry, José Antonio Lavalle, Mariano Amézaga, Francisco Lazo, Pedro Paz Soldán y Unánue y Luis Benjamín Cisneros, quien mereció de Apolo, la gracia de la primacía entre este grupo sugestivo de poetas líricos. Bajo la dirección de aquel poeta montañés santanderino, de exuberante fantasía, Fernando Velarde, la bohemia realizaba sus primeros ensayos y conquistaba sus laureles. Palma ha coleccionado en la "Bohemia de mi tiempo" los recuerdos amables de aquella época de adolescente, y nos cuenta con cariño la vida íntima de esa asociación de felices soñadores, los proyectos aspiraciones y éxitos de sus compañeros, las colegialadas graciosas, la sencillez de vida de esos espíritus que no gustaban del boato, ni ambicionaban riquezas, que sólo sentían pasión de gloria y anhelaban con desinterés y sin emulaciones, éxitos puramente artísticos. La *Bohemia* estimuló las aptitudes artísticas de Palma, y su lira enriqueció nuestro parnaso con sus "Harmonías" y "Pasionarias" de amena ligereza y dulce frivolidad.

La expansión que adquiere la personalidad en este período romántico exijo campos cada vez más vastos para astisfacer la inquietud del espíritu.

Parece pequeño el mundo en que se vive y estrechos los límites de la realidad presente. El pensamiento se empeña en penetrar en el pasado, y hace resurgir mundos desconocidos o sepultados en el olvido, iniciándose la era de la poesía histórica. Agréguese a esta tendencia de expansión espiritual la necesidad demoledora que siente el espíritu romántico de rebelarse contra la autoridad de criterios e ideales estables, consagrados por tradición o por costumbre, considérese que la reconstrucción, del pasado es el arte que mejor revela la relatividad e inconsistencia de los ideales humanos y se comprenderá fácilmente que el romanticismo conduce a la poesía histórica. Southey y Walter Scott cultivaron con empeño este nuevo género en Inglaterra, logrando fundar en Europa verdadera escuela que reanudó en España el romance; dando nacimiento, la conjunción de estos elementos, al género legendario de Zorrilla y del duque de Rivas. Estas influencias, agregadas a las de Larra y Segura, determinaron en Palma la afición a la leyenda romántica manifestada en sus primeras tradiciones. Muy poco tardó nuestro eminente tradicionista en elegir una sabia orientación para adaptar al medio nacional la poesía legendario. Los *Comentarios Reales* de Garcilaso de la Vega, las obras de Montesinos, Betanzos, Cobo, Jiménez de la Espada y demás historiadores de Indias; las crónicas de Calancha, Meléndez, Buenaventura Salinas y otros cronistas de convento suministraban un enorme caudal de datos e informaciones sobre edades pretéritas del Perú y de la América. Pero esas narraciones son descarnadas, frías, a veces incoherentes, y la simplicidad y llaneza de las descripciones hacen fatigosa su lectura. Era menester dar vida a los sucesos, alma a los personajes, e idealizar la historia para hacerla sugestiva y amable. Palma extrae de los empolvados manuscritos una noticia curiosa, una anécdota interesante, algún rasgo distintivo de alguna personalidad: en un estilo retozón y festivo sabe cubrir el relato con forma galana y artístico ropaje, y transforma el hecho descarnado primitivo en cuadro lleno de animación y gracia. Las *Tradiciones* de Palma son prodigios artísticos, que tienen mucho de historia y mucho de romances, sin llegar a ser ni lo uno ni lo otro. Es un género propio, originalísimo, del cual es él el creador, y que Bello, Batres Montúfar, Antonio Flores y Juan Vicente Camacho presintieron sin llegar a descubrirlo.

Es en este género literario en el que Palma conquista el puesto de príncipe de la literatura patria, asegura su renombre en el mundo literario y gana para la América incomparable triunfo intelectual.

La América Latina tiene en los tiempos modernos tres grandes estilistas, Montalvo, Palma y Enrique Rodó, que le pertenecen, como le corresponde la gloria del príncipe de los poetas, el divino Rubén Darío: la forma de un director de cultura, educador de juventudes: Andrés Bello; y las glorias conquistadas por aquel incomparable estadista que surge con la majestad serena de un dios helénico, sobre el mundo del pensamiento americano: Domingo Sarmiento.

Con sobrada razón afirma Miguel Badía que la obra de Palma es americana, porque ninguna mejor que ella retrata las costumbres e intimidades del espíritu criollo desarrollado en este continente bajo la influencia inmediata de los españoles. Estas observaciones es rigurosamente exacta: las *Tradiciones* de Palma, "Guesa errante" de Gonza Andrade, "Tabaré" de Zorrilla de San Martín, y la "Araucana" de Ercilla, esta última por su contenido, son las obras que han satisfecho el verdadero ideal del americanismo literario.

Pocas son las *tradiciones* de Palma referentes a la época de los Incas: el material de que con predilección se ha servido pertenece a la historia de la dominación española. Ricardo Palma prefiere la vida colonial; penetra en ella para revelarnos su espíritu en todas sus faces. En *Granos de Trigo, Carta Canta, La casa de Pizarro,* pinta el aspecto pacífico de la vida de los conquistadores, cuando descansan de las fatigas de la lucha contra los indios y de las odiosas rivalidades que entre ellos mismos encendía la codicia, y se dedican a las labores del campo, al cultivo de sus huertas, a vigilar a los esclavos en los sembríos. Nos muestra tipos tan simpáticos de señores laboriosos como Antonio Soler y Diego Chávez. En otros nos revela el defecto fiero e intrépido del español aventurero. Asistimos a un desfile de personajes, de caracteres diferentes. Pedro de Candia arribando intrépidamente a Tumbes, armado de coraza, casco reluciente, espada, rodela y una cruz, ejerciendo con su figura una mágica influencia sobre los sencillos habitantes. Alonso de Toro, áspero, vengativo, azuzando a Gonzalo Pizarro para su rebeldía. Martín Robles, Vasco Godínez, Lope de Aguirre, el traidor. Presenciamos las luchas civiles de los conquistadores desde la batalla de Salinas hasta la de Pucará en 1554; son cua-

dros pintorescos llenos de episodios movidos; se escucha la conversación de los conjurados, se presencia la gestación sigilosa de una sublevación como aquella en que en el retirado solar de Pedro de San Millán fraguaron los doce españoles del delictuoso compromiso; se siente el choque de las tizonas sobre las corazas y los blasones relucientes, el golpe seco de los yelmos, al caer en tierra mortalmente heridos el sedicioso vencido, o el conjurado a quien ha fallido el golpe. Se palpa la avaricia, el cinismo irreligioso, la crueldad de tigre de Francisco Carvajal, aquel demonio de los Andes, maestre de campo de Gonzalo Pizarro, el cual sólo poseía una virtud caballeresca: la lealtad para con los amigos. Todo esto nos lo pinta Palma en estilo cultísimo y con naturalidad que asombra. Pero, sobre todo Palma siente especial predilección en hacernos vivir la vida apacible de la sociedad colonial, con sus costumbres, sus supersticiones, sus pompas virreynales y aparatosas fiestas limeñas, cuando las calles se llenaban de gente y aparecían las mujeres deslumbradoras con sus vistosos atavíos; y desfilaban en formación con sus uniformes rojos y azules los alabarderos del virrey, y formaban las compañías de milicias entonando músicas alegres que se confundían en extraño bullicio con el ruido de clarines y timbales, repique de campanas y ruido de cohetes. Salvo estos días de agitación inocente, la vida de la colonia se desliza perezosamente. El espíritu vive apasionado entre los murallones de piedra de una ciudad en la cual abundan templos y monasterios; hay quietismo sagrado interrumpido apenas por el clamor de las campanas de la iglesia; los numerosos templos llenos de fieles escuchan reverentes los versículos del evangelio; la liturgia desarrolla plegarias imponentes; se percibe a ratos el canto de las congregaciones de los conventos; voces tristes, voces de creyentes que se apagan para surgir de nuevo, volver a decrecer hasta morir en un murmullo lejano, mientras el órgano entona gravemente el *angelus* aumentando el recogimiento público. Es la hora de la calma vespertina; en los *generales* de colegios y universidades, los estudiantes discuten agitados, armados de silogismos, casos de conciencia y temas teológicos; y los buenos doctores, los teólogos meditabundos, rígidos, cubiertos con ropajes de paño burdo, teniendo en la mano librotes doctrinales forrados en pergamino, descansan de las fatigas de la enseñanza escolástica y se pasean por los claustros, sacerdotalmente, rezando letanías. Tal es el cuadro de paz y sosiego que la imaginación construye de la existencia colonial,

cuando se evoca esa vida a través de las *Tradiciones*, en las cuales luce Palma todo su genio satírico, picaresco, finamente zumbón e irónico que lo caracterizan como muy criollo literato.

Alcanzó Palma con sus *Tradiciones* éxito tan cumplido que, inmediatamente, comenzaron las imitaciones; y en América y España surgieron infinidad de tradicionistas. En Chile, hicieron sus ensayos Benjamín Vicuña Mackennna, Luis Amunátegui con sus "Narraciones", Manuel Concha, con las "Tradiciones Serenenses". En Buenos Aires, Pastor Obligado dió a la estampa algunos tomos de tradiciones argentinas, Isidoro De María publicó sus "Tradiciones uruguayas". Las *tradiciones* de Palma fueron traducidas al inglés, al italiano y a otros idiomas extranjeros. Pero en cuanto a pureza de estilo y a evocación del pasado, ninguna de las imitaciones iguala al modelo. En cuanto al maravilloso poder evocador, las *tradiciones* de Palma sólo pueden compararse con las obras de Juan Francisco Bladé, el restaurador en la literatura francesa de las canciones populares y tradiciones de la Gascuña; con las de Paul Gebillot, empeñado en la reconstitución del "folklore" bretón; y, mejor que con otra alguna, con las creaciones maravillosas de Gastón Paris, el restaurador de la literatura francesa de la Edad Media, en cuyos libros se siente palpitar la vida de los caballeros, del clero, de la burguesía, de troveros y juglares que hablan de sabiduría, de discordias irreconciliables, de combates, de amor, de fe religiosa, del milagro sorprendente de Nuestra Señora, de la inquietud humana sobre el destino futuro, del conflicto trágico entre la aspiración individual y la inviolable regla social.

Creció de tan gran manera la reputación literaria de Palma con la publicación de sus "Tradiciones", que infinidad de americanos de los más conocidos círculos literarios consideráronle como maestro, y como a tal acudían a consultarle los casos difíciles que incesantemente se ofrecen en el manejo del idioma.

En sus cartas literarias a Zorrilla de San Martín, Chocano, Julio Hernández, Pastor Obligado, Alberto Navarro Viola, Palma se revela como espíritu crítico de dotes excepcionales.

Completan los trabajos históricos de Palma diversos artículos que publicó sobre temas variados, y aquella polémica memorable sobre Bolívar, Monteagudo y Sánchez Carrión, que tánta polvareda levantó en América y en la cual Palma defendió brillantemente sus convicciones con firmeza de carácter y hon-

radez inconmovible, sólo comparable a la que ostentaron en otros días Mariano Amézaga o Francisco de Paula Vigil.

Haciendo justicia a méritos tan excepcionales, recibió Palma el encargo de representar al Perú en el congreso internacional de americanistas que se celebró en España en octubre de 1892. El congreso sesionó en Huelva, en el convento de Santa María de la Rábida, en el mismo viejo claustro que presenció las inquietudes y primeras alegrías de Colón, donde tuvo lugar aquella única y originalísima conferencia con fray Juan Pérez y el médico de Palos, que resolvió la suerte del Nuevo Mundo. No obstante de que, entre los americanos, delegados de sus respectivas naciones, habían figuras tan distinguidas como don Ernesto Restrepo, el sabio etnógrafo descubridor de las portentosas obras de orfebrería de los Quimbayas; don Manuel María Peralta y don Juan Fernández Feraz, historiógrafos y filólogos costarricenses; don Justiniano Carranza, ilustre historiador del Río de la Plata, recibió don Ricardo Palma por unanimidad de pareceres, el honroso encargo de llevar la palabra en representación de las repúblicas americanas, para contestar en nombre de ellas el discurso inaugural del Excmo. señor don Antonio Cánovas del Castillo, presidente del consejo de ministros, y al mismo tiempo de la junta organizadora del congreso.

El viaje a España de Ricardo Palma fué fructífero para las letras americanas. Con la misma minuciosidad e igual cariño con que penetró en las intimidades de nuestra vida colonial, se empeña en revelarnos las grandezas pasadas de las civilizaciones de España: quiere que sepamos de sus castillos medioevales, de sus catedrales suntuosas, del prestigio histórico de sus monasterios, de sus creaciones artísticas; que tengamos exacto conocimiento de los progresos de esa gran nación; que borremos del recuerdo la odiosa memoria del encomendero, del inquisidor, de los crueles industriales, del ominoso vasallaje, para remplazarlo con la visión de una España nueva en la cual a la vez que aprendemos a contemplar a Velázquez, Murillo, Zurbarán, las ojivas caladas, los ajimeces morzárabes y las basílicas, abramos nuestro espíritu a la buena inspiración de sus hombres modernos, de Menéndez y Pelayo, Zorrilla, Campoamor, Núñez de Arce, Castelar, Cánovas del Castillo, Balaguer Echegaray, Valera, Moret, Canalejas, Azcárate, Pablo Iglesias, Ruiz Zorri-

DE D. JUAN B. DE LAVALLE.

Era una luminosa mañana de estío toda calma y serenidad en el claustro tranquilo que sirve de marco a su vida laboriosa y buena. Su despacho estaba solo; había dejado ya aquella estancia familiar por la que durante cinco lustros desfilaran los descollantes peregrinos llegados a la ciudad, mansión toda llena de su alma y de su obra en la que exquisita y malévolamente continuaba sonriendo un clásico busto de Voltaire, el rey de la sonrisa de un siglo que supo reír con la risa cínica de Luis XV y del Regente, con la sonrisa melancólica de las pastoras del Trianón. Estaba don Ricardo en su hogar, rodeado de los suyos, en un cuadro radiante de ternura. Reciente aún el luto de la esposa y madre, llénalo todo su recuerdo doliente, puro y santo. Ni el dolor ni la injusticia turbaban la placidez de aquella alma selecta, victoriosa de toda las amarguras. Al ver al nieto, su pensamiento va siempre hacia el abuelo, su inolvidable compañero de entusiasmos y sinsabores. De sus labios supe cómo, a punto de partir a la Argentina, en donde un diario, hoy de los primeros del mundo, le brindaba honores y ventajas, concurrió a palacio para concluír con Iglesias una última gestión. Don José Antonio de Lavalle, entonces ministro, estaba con él. Vino la discusión. Palma, ya ilustre, no podía emigrar en días en que el Perú necesitaba de sus mejores hijos para reconstituírse: debía encomendársele la reorganización de la biblioteca nacional que fué desde aquel instante el gran sueño de su alma. Con labor vehemente y activísima. Palma hizo obra de patriota al salvar los tesoros de nuestra historia que el invasor saqueara y dispersara vandálicamente. ¡Pobre abuelo mío, si te fuese dado ver el término de aquel ardor glorioso, el premio de la patria agradecida al anciano que se desvivió por ella, cómo se colmaría de amargura tu alma justiciera! ¡Sombras amables y amigas

Apunte para una tradicioncita

Obligado un usurero que iba en la comitiva fúnebre para un sepelio en el panteón, hizo como Dios le ayudó el elogio del difunto, y terminó así: — Ahora, señores, sólo falta que sepáis que el hombre se ha ido al hoyo adeudándome treinta pesos, y que sería bueno, para evitarle en el otro mundo desazones por trampista, que antes de echarle las paladas de tierra vosotros, sus deudos y sus amigos, levantaseis una suscripcioncita para rescatar el documentito, por valor de treinta pesos, que tengo el gusto de exhibir.

Apunte autógrafo para una tradición, escrito por D. Ricardo Palma en sus últimos días.

del postrer sobreviviente de la más simpática de nuestras bohemias literarias, dignas por todo de las fascinantes páginas de Murger, acompañadnos en esta hora solemne de justicia! No, no es dable pensar sin que hondísima angustia cierre nuestro pecho que en el crepúsculo de una vida ejemplar tenga que salir con los suyos de esa mansión que le señaló la patria y en la que le ve y le verá por siempre la América entera, mansión desde la que tendían su vuelo por el continente y por sobre el azul del mar, sus blancas cuartillas mensajeras de bellezas y primores que recibía un inmenso eco de gloria. Más tú lo escribiste, anciano: ¡Sufrir! eso es la vida. ¡Todo sobre la tierra, todo es humo!

¿A qué hacer más intensa la nota melancólica que tiembla en el ambiente de esta velada? En la misma mañana a que me refería, una limeña gentilísima cubrió el escritorio del maestro con la desbordante frescura de un ramo de rosas. Aquel gesto delicado y bellísimo dió a la charla nuevo encanto, dulzura y alegría. Vengo a deciros de otras flores, de aquellas líricas y lozanas que brotaron de la omnicorde lira que pulsó el tradicionista, florecidas en su huerto diverso y armonioso, lleno de luz y aroma, de flores y espinas, de susurrantes surtidores, de laureles que hacen de oro los chispazos del sol; pensil triste y ameno, sombrío y luminoso, que tiene de vega granadina y de huerto de olivos, jardín del alma, misterioso y vario. Bien conocéis al poeta en prosa que ha sabido detener en cuadros imperecederos la vida pintoresca y cambiante de nuestra urbe colonial despertándola de su antiguo y dulce sueño de melancólica pereza. El Lima aventurero y galante, el Lima de los visorreyes y el inquisorial resucitan al conjuro mágico del evocador. Es una noche de luna de la centuria décimaoctava en el histórico puente de piedra, que llena una concurrencia rumorosa entre la que lucen las limeñas sus sayas primorosas, los floridos adornos de sus cabelleras, sus pies cendrillonescos e inverosímiles. De blanca peluca y sedosa casaca, entre dos lisonjas, comentan los cortesanos la peligrosa proximidad de un corsario holandés; ya es la cita nocturna junto a la reja tupida o al balcón hermético, la copla que revuela de un labio a otro, el ruido de las espadas en las pendencias distante, el sigiloso paso de la ronda a la luz vacilante del candil. Conoce el tradicionista el emblema heráldico de la calesa que pasa y a la dama que va entre sus cristales y suaves forros de seda. El sabe la complicada crónica senti-

mental que os confía al oído. Es un virrey gentil que supo del amor y sus ternuras y va hacia su limeña Pompadour, diosa de un Versalles que sólo despierta con el rodar de la áurea calesa que conduce al príncipe esperado. Ella le aguarda inquieta en la quinta fragante y su pecho late bajo la ropa clara y a ratos triste como la fuente próxima, que ya ríe y ya suspira por el lucero vespertino que se refleja en ella. De entre sus páginas véis surgir solemnemente la elegante y lenta procesión de la entrada del virrey. Brilla el sol en los cascos relucientes, en las adargas y en las espadas y hace más blancas las blanquísimas golillas; cabriolean los finos y briosos corceles, visten los pajes sus históricos atavíos, la nota grana de los terciopelos se matiza en el cortejo con el tono verde de las lúgubres insignias de los inquisidores y el argentino relucir de las mazas de los bedeles que van en lucida cabalgata. Contempláis otras, erguirse en nuestra plaza mayor los suntuosos doseles del virrey y la audiencia en los autos de fe; asistís al desfile de los reos que soga al cuello y vela en mano, con sambenitos y corozas, van precedidos de los graves inquisidores con sus bonetes de auto y los fiscales a caballo con el estandarte del tribunal; luego la llama de la hoguera, los alaridos de martirio o sólo una estatua que arde como la de doña Mencía de Luna. El os conduce al claustro de azulejos moriscos, al coro en cuyos oscuros tallados se quiebra la irisada luz de una vidriera polícroma; discurrís con él por los patios amplios y claros, poblados de tiestos, por las desiertas salas entre enconchada mueblería y blasonadas sillas de baqueta en las casas solariegas, él os dice de las genealogías de los mayores que velan desde sus marcos las tradiciones familiares y sabe conduciros a la hora del rosario vespertino hasta la estancia en que reza la dama limeña circundada de su servidumbre. En la rica cómoda, cubierta de blanca malla, se alza la urna que encierra a la virgen, patrona del hogar. Sírvenle de adorno dos ramos de briscado en sus guardabrisas de cristal y un zahumador de plata deja escapar una azulada columna de incienso que llena la estancia de místico aliento. Este Lima, que con ser de vitrina elegante es pintoresco y sentimental, todo colorido y animación, forjólo él con el amor con que los viejos espaderos moldeaban y decoraban los yelmos que bizarros y lucientes se ostentan hoy en museos y armerías. Por la virtud misma de las resurrecciones, la Colonia de Palma, apacible, silente y suave, vuelve cada día a nuestra ciudad cuando en el callado crepúsculo blanda, lentamente, las parroquias tocan a oraciones y Lima

entera se hace sonora, metálica y vibrante y parece que asciende milagrosamente a los cielos en el vuelo de su plegaria.

En "Juvenilia" (1848-1860), en "Armonías" (1861-1865), en "Cantarcillos" (1860-1866), en "Pasionarias" (1865-1870), en "Verbos y Gerundios" (1870-1878) y en "Nieblas" (1880-1886) es Palma un poeta delicioso y multiforme, nacional en el hondo sentido del vocablo. Peregrino en lejanas comarcas, proscrito político, dicen siempre sus estrofas la emoción de la ausencia, la visión remota de todo lo querido. Vibra en sus versos un fuerte acento de patriotismo y de altivez, en ellos palpitan las mejores inquietudes y aspiraciones humanas: la inquietud de la libertad y del porvenir de la república. Otra dorada cuerda de su lira canta su amable filosofía del existir, su caballeresco culto por la mujer, su proverbial cortesanía. Es ya un pulcro marqués, habilísimo en el arte del buen decir, cuyas palabras son "flechas de oro resplandecientes de ingenio", ya un abate de madrigal que hace reír con sus epigramas a las lindas marquesas. En su melancolía va hacia Heine, a quien tradujo solícitamente, hacia la campoamorina dulcedumbre y así en la urdimbre de su delicioso tapiz poético se entrelazan líricos matices de Zorrilla y sombrías coloraciones de Campoamor.

Tal se revela en este soneto que no habría desdeñado el autor de las *Doloras:*

Ví elevarse un altar a la virtud
y el crimen castigado por do quier:
vi ¡oh prodigio! constancia en la mujer
y ciencia en la indolente juventud;
Honrada contemplé a la senectud,
y en manos de los buenos el poder;
triunfante la justicia, y el deber
levantado a magnífica altitud.
Arca abierta miré en la caridad,
y proscrita la infamia de Caín;
fe en el amor; confianza en la amistad;
patriotismo en la gente más ruin.....
—Pero ¿en dónde vió U. tanto primor?
—En sueños, queridísimo lector.

Es un humorista de agudísima y alada fantasía cómica. Tiene en Caviedes un precursor cuya risa ubérrima recuerda a Ra-

belais y a Quevedo, y en Segura, un coetáneo de una insuperable malicia criolla. Seres divinamente dotados de la especial facultad de percibir los contrastes de la vida y de representarlos o sugerirlos, ellos entregan a las generaciones venideras la sustancia de nuestro existir, de nuestras costumbres, pasiones y ridiculeces. Envidiable privilegio el vuestro. Supísteis reír y conseguís uncir a vuestras obras a través de los siglos un sonriente cortejo de alegría y gracia inextinguibles. Es don Ricardo un ironista fino y elegante que sabe castigar afectuosamente. Su sátira es la picadura de la abeja de oro y miel. Sólo por excepción, indignado ante las desventuras de su patria, acude al epíteto violento, al hondísimo sarcasmo que derramó Chénier en sus alejandrinos célebres, sin recurrir jamás al inaudito vocabulario de tabernas y mercados que enciende los labios de Hugo en sus violencias satánicas. La sátira del maestro es espejo que refleja nuestra caricatura política, nuestra comedia pública. La jovialidad de la pluma nacional encontró siempre en ella abundante mies. ¡Palma, Paz Soldán, Pardo, Segura, cuán copiosamente habéis reído de la política de tantos en esta tierra, del pícaro arte de disfrazar de interés general el interés particular, la satisfacción de apetitos despreciables, la glotonería del poder, del espejismo de las promesas de los programas políticos que habrían hecho muy feliz esta patria si valiesen como realidad cuanto valen como palabrería! Fué su crítica elevada, impersonal, serena, lo cual no quiere decir que, cuando sea preciso, Palma tire admirables estocadas sin careta y llame a las cosas por sus nombres. Si al leer sus sátiras algunos encuentran su retrato, no es culpa del poeta si acusan las conciencias y la verdad sabe a injuria. Maestro: permitid que os cite y os haga hablar con la verba de antaño. Vos sabéis, señor, que la perla vale más que el engaste y que la glosa no iguala al original. :

(Ed. Torres Aguirre. 1887, pág. 374).

LO DE SIEMPRE

Si llega a ser gobierno el rey Perico
ya verá Ud., mi amigo, lo que es rico.
Pondrá coto al derroche
y no andarán los pícaros en coche;

no bailará el ratón dentro del queso,
y libertad tendremos y progreso;
y habrá tal abundancia
en aldea y ciudad, plaza y esquina,
que, como lo anhelaba un rey de Francia,
todos tomarán caldo de gallina.
No tendremos ni chinches en la cama,
si cumple el rey Perico su programa;
y seremos, mi amigo, tan felices
que hasta al que es chato le saldrán narices,
—Con tal que cumpla, cuando se halle arriba,
¡viva Perico! ¡Viva! ¡Viva!

Tras una cachetina
de esas de cuerda, palo y chamusquina,
el rey Perico, al fin de la jornada,
cálzase la prebenda suspirada.
Y mire usted ¡qué hallazgo!
Con el otro moríamos de hartazgo,
y tenemos con este ¡voto a sanes!
el milagrito de los cinco panes.
La casa los ratones han limpiado
y ni estaca en pared nos han dejado;
nadie tiene seguro su pellejo,
y adelante el país.... como el cangrejo.
—Pues, muchachos, cambiemos de bandera:
¡muera Perico! ¡Muera! ¡Muera!
.. ..
Este mundo es un pícaro de cuenta
que maldito de Dios lo que escarmienta
leyendo las lecciones del pasado.

En veces parodia una antigua copla:

¡Oh! ¡Qué bien que canta el pueblo.
cuando canta a media voz;
de un leño se hace un ministro
de otro un palo de tambor!

(pág. 247)

o dedica una opinión a un político criollo:

Miro pasar un ministro
de esos que conozco yo
que, cual nube de verano
pasan por esta nación,
sin dejar huella ninguna,
sin hacer cosa de pró,
y que si algo a hacer aciertan
merece una maldición.

(pág. 242)

Más tiene otros matices su humorismo, otros tonos su sátira, sabe también reír sabia, lúcida, noblemente. Tiene versos de un optimismo seductor en que es la risa lo que soñara Milton, la flor de la razón, el principio y el fin de una encantadora filosofía de la vida. El centro del ingenio, de la risa y la alegría en nuestra historia literaria fué una academia, casi una escuela del Lima de los abuelos: la librería de *Cuatro Ojos*, como llamaban los del aereópago al gallego Pérez, dueño de aque' rincón de la calle de las Mantas que fué el "Chat Noir" de nuestros bohemios que fueron. Voy a brindaros, para concluír, dos lindos botones, dos lauros siempre lozanos de la inmortal corona del poeta festivo y galante que harán por siempre encender la mirada de alegría y asomar a los labios la sonrisa:

"EL ARBOL SIN RIVAL".

(pág. 396).

—¿Es eucalipto, es fresno, es astrapea
ese árbol primoroso
que, en su jardín, se eleva tan frondoso?
¡Qué sombra! ¡Qué frescor! ¿Quién no desea
un árbol tal?—decíale a un ricacho
ayer cierto mancebo vivarracho;
y el dueño del jardín lanzó un suspiro,
contestando:—¡ay! mi amigo, según miro,

ignora usted la historia
de ese árbol en que cree cifro mi gloria
y que, en medio de tánta preeminencia,
por siempre ha envenenado mi existencia.

Dos veces viudo soy. Mis dos conjuntas
de tal árbol se ahorcaron en las puntas.
¡Dolor no habrá cual mi dolor tremendo!
¡Salid, sin duelo, lágrimas corriendo!—
Y el infeliz marido
rompió a llorar, de la aflicción transido.
En tanto el mozalbete así decía:
—Pues, hombre, es un motivo de alegría,
es síntesis de todos los placeres,
tener árbol que, entre otras perfecciones,
luce la de inspirar a las mujeres
tan gratas tentaciones.
Por si me enrolo un día
de San Marcos en la Archicofradía,
merecer de usted quiero un gran servicio,
que me ha de redundar en beneficio.
poco, muy poco, mi amistad reclama:
cuando lo pode usted... déme una rama.

GALANTERIA MISTICA

De caridad hermana
era en un hospital sor Sinforiana,
y ni agrego ni quito
diciendo que era lindo su palmito.

Un enfermo del pecho
(mirándola de pie, junto a su lecho,
mucho más bella que oriental sultana)
exclamó:—¡Dios eterno!—
Y la hermana repuso:—No se aflija....
¿qué quiere usted con Dios? Yo soy su hija...
—¿Qué quiero? Que me acepte por su yerno.

A DON RICARDO PALMA

Sagrada musa de los viejos días
que fuiste grande en tu altivez gloriosa,
que prendiste en la sombra dolorosa
la luz de tus radiantes harmonías,
que sobre las miserias del presente
te erguiste con un gesto de protesta
en nombre del mañana floreciente.
¡Eterna madre de la heroica gesta!
¡Grande, fecunda, soñadora y fuerte
que el ritmo avivas de la sangre nueva,
y que desafiadora de la Muerte,
eres vida que en gloria se renueva
eternamente; como un sueño eterno!
¡Canta! Que en tanto que la vida nieva
y nieva de los años el invierno,
sobre la noble testa de un anciano,
la gloria que es tu hermana preferida,
¡irá a poner en su cabello cano
el beso de su luz estremecida!
Canta y revive las distantes horas,
vuelve el tiempo a las épocas amadas
y pon en cada corazón el sueño
de las viejas veladas amadoras.
Surjan a tu conjuro las tapadas
con su encantado y escondido ensueño,
destáquese la lírica alameda,
pase como una sombra el encapado,
y en un balcón el escalón de seda
quede, como un romántico pecado...
Que en un sitial tallado y enchapado,
dé el Visorrey al Arzobispo audiencia,

y que un marqués altivo y desdeñado
pierda bolsa y honor en la pendencia.
Que entre místico aroma de zahumerio,
deshoje Rosa rosas y azucenas
y alabe a Dios en lírico salterio,
mientras con actitudes de misterio,
hablan de aparecidos y de penas
las viejas en el blanco bautisterio...
Que en la oscura calleja enrevesada,
a la luz de un candil de mal agüero,
brille como relámpago un acero,
mientras ruega una voz apasionada
y ronda en torno un pájaro agorero.
Que en las casonas condes y marquesas
bailen minuetos, jueguen al tresillo,
y que pasen magníficas calesas
con el milagro de oro de su brillo..

Que en el tropel conquistador y fiero
se alce aquel legendario Carbajal,
y su ademán de truhán y caballero
hasta en la muerte sepa ser triunfal.
Que surja con aroma de leyendas
toda la enorme vida del ayer,
y el brillar de las épicas contiendas
vuelva como en otrora a fulgecer.
Que se hagan carne del recuerdo vivo
las epopeyas de la libertad,
y entre un rumor batallador y altivo
dignos seamos de la vieja edad.
Que surjan los abuelos resonanates
que hicieron Patria con su corazón,
los Grandes Mariscales fulgurantes
que hicieron con su sangre su blasón.
¡Musa! ¡Qué se despierte a tu conjuro,
la noble vida de la vieja edad,
y que la raza escuche en lo futuro
la voz que llega de la eternidad!
Que brillen las antiguas armaduras,
que renazcan las huestes atrevidas,
y que vuelque el ayer sus donosuras
sobre el mago inmortal que hizo sus vidas;

que canten sus canciones las campanas,
que ondulen las antiguas procesiones,
que florezcan de amor los corazones
y florezcan de rosas las ventanas;
que entre el moro cancel de los balcones
asomen ojos dulces y señeros,
que batan palmas las pulidas manos,
¡que tornen a altivez los caballeros
y tornen a villanos, los villanos!

Señor Ricardo Palma, yo era niño
cuando mi madre me contó una historia
que aún luce como un sueño en mi memoria,
¡con esa luz del maternal cariño
que nunca muere! La leyenda, grave
para mi pobre almita de pequeño
despertó con su voz bondosa y suave
el pájaro dormido de mi ensueño.
Y soñé con las viejas tradiciones,
amé el perfume de las cosas viejas,
y en mi alma florecieron ilusiones
al canto arrullador de las consejas.
Vienen a mi memoria aquellos días
de mi niñez alborotada y pura,
en que mis inocentes fantasías
soñaron vuestra lírica figura...
¡Erais un mago encantador de aquellos
que reparte soñares y cariños
y que blancos de luna los cabellos
era amado de viejos y de niños!
Erais el creador sutil que enlaza
los siglos con un broche reluciente,
el que encarna el legado de la raza,
el ayer, el mañana y el presente.
Aún alumbra la lámpara en la estancia,
aún el libro se entreabre en la gaveta,
y en mi alma revuela la fragancia
de vuestra rancia frase de poeta.
Siento que mi niñez retoña hogaño
sobre mi corazón inquieto de hombre,
y con la pura idealidad de antaño
florece en mi memoria vuestro nombre.

Y siento un vago resplandor de cosas
distantes y fragantes, el pasado
revive con sus líneas armoniosas,
y el tiempo se detiene enamorado.
Se torna miel la hiel de lo presente,
la tristeza de hogaño se difuma,
se puebla de armonías el ambiente
y yendo a vos mi frase se perfuma . .
. . . .
¡Oh juventud! ¡La ancianidad gloriosa
lleva la juventud dentro del alma:
recordemos esta hora milagrosa
y no perdamos la altivez hermosa
que floreciera en don Ricardo Palma!

Los Funerales de Palma

Los funerales de D. Ricardo Palma

La muerte del más alto y genuino representante de nuestra literatura, del ilustre tradicionista D. Ricardo Palma, en cuya persona se encarna el típico genio nacional y se representan un siglo de historia literaria peruana y el Perú de los tiempos pasados, provocó un sentimiento unánime de dolor en la República y especialmente en Lima, condolencia que se tradujo en la solemnidad de sus honras fúnebres a que asistieron todas las clases sociales, sin distinción alguna.

Aunque los periódicos no aparecieron el día del fallecimiento del maestro por hallarse en huelga los impresores, la noticia se propagó con extraordinaria rapidez y sumió en profundo duelo, primero a la capital y luego al país entero.

Interpretando el sentir nacional, el Gobierno dispuso que se le tributaran al eminente extinto honras fúnebres correspondientes a la categoría de ministro de Estado, las que se verificaron en el templo de la Merced.

Después de celebrada la solemne misa de requiem, la numerosísima asistencia, que presidían los hijos del finado, señores Don Clemente, Don Ricardo y Don Vital Palma, compuesta de los ministros de Estado, los miembros del cuerpo diplomático, los presidentes de las cortes de justicia, los presidentes de las cámaras legislativas, el Prefecto del Departamento, el Alcalde e la Ciudad, el Rector de la Universidad, otros funcionarios públicos y enorme muchedumbre de particulares, se trasladó en innumerables carruajes al Cementerio General, acompañando la carroza fúnebre que escoltaban compañías de las tres armas del Ejército. Una compacta masa de pueblo seguía el cortejo, testimoniando la vasta y verdadera popularidad del gran literato.

En el cementerio, antes de dar sepultura a los restos del maestro, se leyeron los discursos que insertamos a continuación.

El Dr. D. Javier Prado y Ugarteche, en nombre de la Asamblea Nacional, dijo:

Señores:

La más alta personalidad de las letras nacionales se ha desprendido de sus terrenas vestiduras para entrar en en el reino de la inmortalidad, e irradiar, eternamente, sobre su patria gloria imperecedera.

El Perú entero, con intenso recogimiento, se inclina conmovido, ante la majestad de esa gloria.

Ricardo Palma, cuyos venerados restos venimos a depositar en la morada del eterno reposo, ha realizado una inmensa obra intelectual de valor inapreciable para la historia del Perú. Durante más de sesenta años fué esa obra el objeto de todos sus desvelos, de todo su amor. Le consagró íntegra su vida, y se entregó a ella como a un sacerdocio con el fervor supremo que inspiran las cosas sagradas, sin que jamás la acción de los años, ni las amarguras y decepciones de la vida quebrantaran en su espíritu ese fuego divino.

Era emocionante contemplar cómo la materia se destruía en la naturaleza del venerable anciano, y su alma, ardorosa y nobilísima continuaba, sin embargo, manteniendo el mismo entusiasmo, la misma fé, y el mismo culto por las cosas del espíritu, por la vida de la inteligencia, por la historia de su patria. Y así, consumiéndose día a día la materia y espiritualizándose cada vez más su ser, Palma en sus últimos años, vivía ya solamente en la región purificada del pensamiento, en aquel mundo de la Eterna Verdad y de la Eterna Belleza, al que nos revelaba Platón se asciende por el amor, la simpatía y el genio.

Fruto de esa vida, tan gloriosamente recorrida, son las "Tradiciones Peruanas": nuestra historia nacional, no contemplada ni descrita bajo sus normas severas y rígidas, sino con la libertad luminosa y creadora de la imaginación y del arte, que por medio de la tradición y de la leyenda, ha penetrado en el subjetivismo de las almas, en lo más íntimo y permanente de un pueblo, con tal intensidad y color que no hay historia alguna



D. Ricardo Palma en su féretro (6 de octubre 1919)



Mascarilla de D. Ricardo Palma

sobre nuestro país que produzca una impresión más real y sugestiva y que despierte más viva curiosidad, interés y atractivo por el Perú y su historia que las "Tradiciones" de Palma.

Con razón se ha dicho que el nombre del insigne tradicionista se ha identificado fuera del país con el de su patria. Y los extranjeros al llegar a nuestra capital se afanaban por ir, en religiosa romería, al sereno y tierno hogar de nuestro patriarca intelectual, a tributarle fervorosa simpatía y admiración.

Nada afirma, vigoriza y exalta el sentimiento de la nacionalidad, como el vínculo de la historia, y el culto por ella. Y la obra de Palma, realizada con devoción, con perseverancia suprema y con genio insuperable es herencia suprema de amor y gloria eterna para su patria.

Como las grandes epopeyas de los pueblos, como el *Poema del Cid,* como los Romanceros, como el *Quijote* en la literatura española, las *Tradiciones* de Palma, en literatura peruana son el poema de vida y de ensueño en que renace y palpita el alma del pasado del Perú.

Las joyas exquisitas que constituyen cada *tradición* se hallan unidas, en armonía prodigiosa por la unidad del espíritu que las anima y por un arte maravilloso e inimitable. Tienen la estructura, la medida, el relieve, el colorido, la luz y el movimiento que sólo pueden alcanzar los espíritus máximos en la producción intelectual. Es la verdadera creación en el Arte, la de los seres privilegiados, que conciben y producen las obras que forman el patrimonio y el caudal intelectual de un país.

En el estilo de las *Tradiciones,* como he tenido ocasión de manifestarlo alguna vez, se unen en compenetración admirable, la espontaneidad, la frescura, el donaire del lenguaje popular con la distinción y el primor del Arte más rico y refinado. La gracia y el colorido de Palma no los ha alcanzado ningún otro escritor americano. Hay que ir a buscarlos en las grandes y eternas fuentes del período cervantino, impregnadas a la vez por la fineza e ironía francesa del más alto y purísimo valor.

Agita este estilo, un vapor cálido y voluptuoso de malicia y de desenvoltura, cubierto por un velo sutil de despreocupación y de humorismo, bajo el que corren inagotables corrientes de simpatía y de benevolencia generosa.

Dotes tan singulares e inimitables no pueden reemplazarse. La pérdida de Ricardo Palma, es duelo de la patria. ¿Quién podrá volver a comunicar a las letras nacionales la vida, el brillo, el encanto y la fama del excelso tradicionista cuyo nombre se

admira y se enaltece en todos los países de habla castellana?

Las tormentas transitorias de la vida, como olas impotentes y fugaces se rinden a las plantas de las *Tradiciones* de Palma, que al frente de nuestra historia intelectual, se elevan, como pórtico de luz dominando el tiempo y el espacio.

El Perú se enorgullece de haber producido ese espíritu y esa obra inmortal, y la Asamblea Nacional, en cuyo nombre tengo el honor de hablar, interpreta el sentimiento del país, tributando el más alto homenaje de respeto, de admiración y de gratitud ante los restos de la figura egregia de las letras nacionales.

El señor D. Manuel Irigoyen, Alcalde de Lima, se expresó así: en nombre del Concejo de la Ciudad:

Señores:

Lima, la noble ciudad de los virreyes, reclama aquí un lugar de toda preferencia, el primero, quién sabe, si es al corazón al que pedimos que distribuya esas preferencias; el primero, también, si es el cumplimiento de sagradas obligaciones el que señala los puestos en estos momentos de tristeza.

¡Qué fuente de tan intensa inspiración para darle el adiós a Ricardo Palma, el acongojado recorrido que acabamos de hacer por nuestras históricas calles, en que, seguramente, se ha desprendido, tiernamente, el alma de cada cosa; en que seguramente se levantan en estos momentos en este augusto recinto, las sombras veneradas de nuestros antepasados para acompañar en invisible y sagrado cortejo a esta figura, también sagrada, que nos deja!

Lima, la noble ciudad de los virreyes, cierra los ojos de uno de sus más preclaros hijos; pero su dolor es mucho más profundo todavía porque llora la muerte de su hijo favorito, del que más la acompañó, del que más íntegramente heredó su alma, del que siendo niño se adormecía escuchándole sus hermosos recuerdos y amorosas consejas para devolvérselos, más tarde, en frutos de arte incomparable, que con serlo, siempre valían menos que el cariño inmensa a la madre que los inspiraba.

Por eso ensalcen otros sus méritos y dejen sólo a Lima, la madre dolorida, el tributo de llorar inconsolable el cariño perdido de su hijo predilecto.

Lima, la Lima querida de nuestros abuelos, se desvanecía. Sin poderlo remediar, se transformaba ante las necesidades de la vida moderna: pero, como heredera y la más fiel que era de la noble estirpe castellana, traía en su abolengo el amor ferviente por el pasado y al transformarse volteaba, sin cesar, la cara hacia su historia y al igual de su madre España, al sentirse vencida por la invencible realidad, se embozaba, romántica, en el manto de oro de su historia y calando el tradicional chapeo miraba al soslayo el porvenir con el más desdeñoso continente. Pero el alma de Lima no podía así no más perderse. ¿Qué iba a ser de nosotros sin Lima la devota, la Lima de nuestras creyentes madres, la de las suntuosas procesiones y opulentos conventos? ¿Qué iba a suceder si perdíamos a Lima la loca, la de sus ardientes espectáculos, Lima la pródiga, Lima la caritativa y la buena? Nó, esa Lima no podía desaparecer; si desapareciera habría que llorarla eternamente como se llora el bien perdido. ¡Cómo se iba a renunciar así no más a esos arranques caballerescos de nuestros padres, que, en medio de todos sus extravíos, revelaban siempre las cualidades de su generosa soñadora raza! Toda esta vida intensa nacional no podía desaparecer, tenía que perdurar y su única transacción con la triunfadora realidad fué el culto de la tradición y el gran Sacerdote de este inmenso culto fué Ricardo Palma. El árbol de nuestra moderna nacionalidad había sido regado por la rica savia de nuestro culto al pasado, y con tan fértil abono fué su más sabroso fruto las incomparables *Tradiciones* y el más incomparable creador de ellas.

No fué igualmente pródiga la Providencia con las demás secciones Hispano Americanas, cuyo momento histórico igual al nuestro pasó sin tener su cantor. Es por esto que las *Tradiciones* son el monumento único del alma hispano americana.

¡Bendito sea el que así nos enseñó a querer nuestro pasado, ese pasado que suministra refrescante bálsamo para nuestros actuales dolores y en el que se satisfacen íntimas necesidades de nuestra alma latina cuya satisfacción se busca ansiosa y desconsolada no se halla en la vida moderna!

Lima, la noble ciudad de los virreyes, la madre dolorida, abre los bazos para hundir en su misterioso seno los restos del mismo a quien dió sér. Nosotros abrimos nuestras almas para recibir el espíritu del que nos inició en el fervoroso culto de la tradición.

Señores:

Ha querido la Municipalidad de Lima darme el penoso encargo de despedirme, en su nombre, de Ricardo Palma. Lo hago con toda la vehemencia de mi alma que vuela hacia él, que no quisiera desasirse de él, que no quisiera dejarlo marchar nunca.

Pero, permitidme engañarme; dejadme que le evoque, en el sueño en que reposa, decirle que no es la Municipalidad de hoy la que ha venido: que es el histórico Ayuntamiento de la ciudad de Francisco Pizarro que viene en solemne corporación de Alcalde y Regidores a despedirse de su propio pasado, a decirle adiós al último limeño. Dejadme decirle que el Alcalde y Regidores venimos de sentar en los libros de Cabildo una de sus actas más solemnes, acta que ha voceado el pregonero anunciando al vecindario que ha muerto el más ilustre de los vecinos de esta leal y noble Villa, hidalgo de altas prendas, varón justo de recto y altivo proceder, eterna prez de las Letras de Castilla.

¡Que sea su última tradición, su última fantasía!

El doctor don Alejandro O. Deustua, en representación de la Biblioteca Nacional, dijo:

Señores:

Si la fama literaria de Ricardo Palma se ha extendido en el mundo, si su obra original es la expresión admirable de la faz más característica del espíritu nacional; si Palma es para el Perú lo que Cervantes para España y merece por este sólo título nuestra eterna gratitud, otra labor, menos excelsa pero muy meritoria también, necesita quedar grabada en la memoria de las acciones dignas de alabanza.

Como todos los hombres superiores que buscan con profundo anhelo, en medio de las vicisitudes de la vida pasada, de las duras experiencias del presente, el secreto de un futuro mejor, más libre y más solidario, y consultan el pensamiento de los grandes conductores de la humanidad, sumergiéndose en la lectura de sus libros, así Palma tenía gran amor por esos amigos

leales de los que saben y pueden emanciparse de las esclavizadoras imposiciones de la naturaleza.

Ese amor por los libros había de conducir a Palma a la Biblioteca y a la realización de una empresa patriótica, cuyo alcance, cuya importancia escapa al cálculo numérico y sólo puede medirse por la apreciación de las enormes dificultades que tuvo que vencer y que venció, animado por ese sentimiento ideal que se inspira en la contemplación de fines superiores y el único capaz de fecundar el alma y hacerla producir grandes obras.

Ricardo Palma animado de ese espíritu, rehizo nuestra Biblioteca Nacional, cuando desastres abrumadores, que llevaban el desaliento a caracteres fuertes, convertían en simples ilusiones las conquistas puramente espirituales y reclamaban el concurso de todas las energías en la reconstrucción del edificio económico nacional.

No limitó Palma a ese gran esfuerzo su labor como bibliotecario; no sólo perseveró en él, con un empeño excepcional, enriqueciendo sus productor; sino que fué, al mismo tiempo, un guía, un conductor de espíritus, un Maestro en la más amplia acepción de la palabra. Su vasta cultura literaria, y más que eso, su intuición penetrante, adivinadora, que preveía la corriente de las inclinaciones literarias de nuestra juventud, le permitieron esparcir abundante semilla, que las resistencias del medio práctico en el que vivimos todavía absorvidos casi por entero, no ha permitido germinar con toda la fuerza de su preciosa virtualidad.

Nuestra cultura debe, pues, gratitud inmensa a Palma, que realizó obra digna de conquistarla como Director de la Biblioteca. Sucesor suyo, cumplo con la obligación de recordarla en estos tristes y solemnes momentos en que depositamos sus restos y entregamos a la memoria nacional el testimonio de sus virtudes.

El señor D. Enrique Castro Oyanguren, llevando la palabra de la Academia Peruana, dijo:

Señores:

Designado por la Academia Peuruana, correspondiente de la Real Española de la Lengua, para llevar la voz de la corporación en esta triste solemnidad, cábeme la honra de interpretar

el sentimiento de mis compañeros y de todos los hombres de letras del Perú, al ver extinguirse para siempre la llama espiritual que alumbraba el maravilloso cerebro del que fué venerable y amado director.

Y el duelo del Perú por la pérdida de este escritor insigne no se circunscribe a los linderos del solar patrio. Por encima de las barreras artificiales de la geografía y de las imposibilidades fatales de la Historia, palpita el alma americana, "la excelsa y máxima patria", que ha vibrado de dolor y de congoja al contemplar la desaparición de don Ricardo Palma, el escritor legendario y ameno, el sabroso y espiritual narrador, que con las mieles de su ingenio y los prodigios de su arte de evocación retrospectiva ha ido poblando el mundo de nuestra fantasía con los personajes reales y vividos de la historia, realzados y transfigurados por el prestigio superior de la leyenda.

Pero si, dondequiera que se hable la lengua de Cervantes, era conocido y reverenciado el gran escritor; si en América y España sus libros eran saboreados con deleite y constituían el más rico manjar de esparcimiento intelectual: si el Perú le debe la divulgación de su historia en la parte más sugestiva esplendorosa y pintoresca, nuestra capital, Lima, la ciudad de sus amores y de sus ensueños, la urbe mitad cristiana, mitad morisca, con sus celosías y sus encrucijadas propicias a la aventura y al misterio; Lima, que nunca fué más grandiosa y opulenta que cuando sirve a Palma como fundamento de evocación histórica o como materia novelable, le es deudora de las páginas de arte de más subido precio y más penetrante sugestión.

La Lima colonial, mezcla extraña de misticismo y libertinaje, la Lima de los virreyes galantes y de los graves oidores, de las procesiones y de las tapadas, de las corridas de toros y de los autos de fe; la metrópoli refinada del Perú fastuoso y legendario, nadie la ha evocado y sentido con más cariño, con más gracia ni más travesura que tú, pintor egregio de nuestra sicología y nuestra historia, porque en tí se habían resumido y compendiado todo el espíritu y toda la savia de la raza, que harán de tí por mucho tiempo el más perenne luminar de nuestras letras.

La obra de don Ricardo Palma representa en el Perú el esfuerzo literario más perseverante y audaz del pasado siglo. Junto a la labor intermitente y veleidosa de la mayor parte de sus contemporáneos, álzase la ligera construcción de este regocijado narrador de consejas populares que no fué y no quiso ser to-

da su vida, salvo momentáneas desviaciones que afirmaban su vocación, nada más que literato. Y al lado de la grave y maciza obra de erudición del general Mendiburu, para quien todo elogio parece escaso, surge como contraste, la figura del autor de las *Tradiciones Peruanas,* con la graciosa y leve ironía de su ingenio, matizado por los donaires y agudezas de un estilo en que se advierten reminiscencias y vislumbres de la sonrisa cervantesca, del léxico abundante y sentencioso de Quevedo y de la picardía y perfección literaria del autor del "Escudero Marcos de Obregón".

Pero, señores, hay dos instituciones en el Perú que merecieron de don Ricardo Palma su más dilecta y entusiasta inclinación: la Biblioteca Nacional y la Academia Correspondiente de la Lengua. A la primera le dedicó todo su esfuerzo, toda su vehemente consagración en los mejores años de su vida, cuando su ardor patriótico pudo rescatar algunos restos de nuestras reliquias bibliográficas, salvadas, merced a a su arrojo y su civismo, de los estragos de la piratería y la barbarie. Si el egregio San Martín fué el fundador de ese centro de cultura nadie puede disputarle en justicia a don Ricardo Palma el título de restaurador de nuestra Biblioteca Nacional.

Pasarán los años, se extinguirá el eco de nuestro recuerdo por el mundo, y en las amplias y silenciosas naves de ese edificio resonará alguna vez el diálogo solemne y misterioso entre el Capitán de los Andes y el Tradicionista peruano, a modo de genios tutelares de la Biblioteca de Lima.

Para la Academia tuvo Palma sus más íntimas y dulces complacencias. Cuando la hoz de la muerte fué segando las venerables figuras que formaron la primitiva Academia Peruana, el ilustre tradicionista, que sentía por España y por sus glorias del siglo de oro de nuestra lengua el cariño acendrado que a todo espíritu noble inspira esa maestra y educadora de naciones, quiso restaurar también la docta corporación, agrupando a su rededor un núcleo de escritores que forman el nexo entre la cultura europea y la peruana. Obra exclusivamente suya fué la reinstalación solemne de nuestra Academia; a su iniciativa, a su entusiasmo, a sus vínculos con los literatos de allende el océano, se debe la formación de ese centro intelectual. Enfermo y vacilante de cuerpo, encorvado por los años y asistiendo todos los días al natural derrumbamiento de un organismo que parecía sobrevivirse y perpetuarse más allá de las esperanzas de sus familiares y admiradores, fué para don Ricardo Palma un día de

gloria y regocijo y vibró su espíritu con alegrías y entusiasmos de niño, cuando no hace apenas dos años se restauró la Academia Correspondiente, y un grupo de escritores fuimos en espiritual romería a su poético retiro, donde apartado de las pompas y vanidades de la vida, mantenía en el atardecer de su existencia un íntimo coloquio con sus recuerdos y su gloria.

Su vida es de una clásica unidad y armonía. Nació y vivió exclusivamente para las letras. Su preocupación y su pensamiento únicos, se encerraban en ese poético refugio de las almas selectas, enamoradas del ideal y predestinadas a hacer pensar, sentir y amar a los demás. Sus últimas palabras fueron unos versos. Sus labios descoloridos y yertos salmodiaban con pagana fruición unas estrofas, paralizadas de súbito por el soplo misterioso de la muerte...

Señores: la generación actual tiene un sagrado deber para su memoria. Un escritor que ha hecho resonar en forma agradable y simpática el nombre del Perú más allá de sus fronteras, un escritor que ha propugnado con sus obras nuestra primacía intelectual, en América, merece que sus contemporáneos consagren su recuerdo con algo más que frágiles loas y discursos necrológicos. El cincel estatuario está pidiendo el mármol o el bronce que ha de perpetuar su figura y vencer con los prestigios del arte los estragos corrosivos del tiempo y la distancia. Me parece ya verle en actitud sonriente y bondadosa, con su aire de abuelo compasivo y tolerante para las picardías de sus nietos. En lo más umbroso de una avenida, entre el follaje de los castaños que dejan ver la diafanidad del horizonte, está sentado el noble anciano, con su libro de *Tradiciones* entreabierto. Las musas de la Poesía y de la Historia tejen la corona de hiedra que ha de orlar sus sienes...De pronto, un enjambre de chiquillos bullidores interrumpen sus juegos, se acercan al anciano y contemplan la faz del escritor, que parece va a contarles sus picantes historietas, en esa hermosísima y jugosa habla, mezcla de elegancia clásica y de donaire criollo con que aderezó sus incomparables narraciones, mientras una parvada de aves parleras y sumisas entona el perenne coro de su triunfal apoteosis.

Maestro y director amado: los académicos de hoy retornaremos algún día a depositar una corona al pie del monumento que ha de consagrar tu recuerdo, cuando el Arte haya labrado el relieve de tu obra extraordinaria, merced a la comprensiva gratitud de tus conciudadanos.

Por la Universidad Mayor de San Marcos, habló así el Dr. D. Felipe de Osma:

Señores:

La muerte ha venido a transformar una ancianidad gloriosa en nueva vida. Despojado de las ligaduras de la carne, Ricardo Palma sobrevive, como los varones ilustres representativos de la mentalidad de una generación, del valor de una época y del espíritu de un pueblo, en la trascendencia de su obra, en el afecto de sus contemporáneos y en la admiración de la posteridad.

Penetrando en los rincones del pasado, Palma exhumó caracteres y costumbres, descubrió las intimidades de la vida social, reveló las pasiones y los intereses que la informaron; y reconstituyendo lo que fué, nos trasmitió lo que sólo él sabía y nadie podrá expresar en estilo que supere al suyo.

Pero el valor de su obra no estriba únicamente en lo que nos dice ni en la profunda emoción artística que nos causa. Está, principalmente, en que nos enseña no sólo a conocer el pasado, sino también a amarlo. Valor singular en la formación del espíritu nacional, que no surge y prospera sino cuando estamos unidos al pasado por la indulgencia y el amor y vinculados al porvenir por las aspiraciones y el esfuerzo.

Palma es una gloria nacional, definitivamente consagrada por la muerte. Nuestro, enteramente nuestro; su nombre es símbolo de austeridad, cultura y patriotismo.

La Universidad de Lima se asocia al homenaje que le tributa la nación.

En nombre del periodismo nacional, el señor D. Luis Fernán Cisneros se expresó así:

Pensé venir aquí, al pie de este ataúd, sin más representación que la de mi propia insignificancia, confundido mi silencio en el silencio emocionado del cortejo, uno más en el homenaje que los anónimos rinden a la gloria, uno más en la tristeza, en el decaímiento y en la resignación ante lo irreparable. Me habrían acompañado siempre, muy adentro del alma, tiernas reminiscencias de cuando niño, tocadas de melancolía por la distancia y medio borradas por la fatiga del recuerdo, pero salvadas por el ansia de alivio y de refugio que imponen los contras-

tes de la vida. Paso a paso, al rodar del féretro en las calles, al embocar estas quietas alamedas, entre el temeroso rumor de las pisadas y el ronco musitar de la liturgia, yo habría vuelto a la ilusión de la infancia para reconstruír lentamente veladas cuotidianas de mi hogar, aquellas en que a mí me contaban cuentos y en que uno de los que cuentos me contaban era el glorioso don Ricardo Palma. ¡Noches de la niñez, relatos apacibles de sobremesa, tradiciones como cuentos, cuentos como tradiciones, decires y epigramas, donaires y picardías del ingenio,—buena pobreza, buenas palabras, buena risa—noche de la niñez, ¡quién os trocara, con ser noches, por los días de ahora!...Yo habría venido hasta aquí, al pie de este ataúd, perdido entre vosotros, con mi silencio lleno de ternura infantil; y al embocar estas quietas alamedas, habría presenciado para mí solo, cerrando los ojos, el fraternal abrazo de dos muertos que era en mi hogar, en las noches serenas de mi infancia, el abrazo de dos hermanos vivos.

Pero quiere mi suerte, exige la benevolencia de mis compañeros de profesión, mandan los directores de los diarios de Lima, que yo olvide en esta hora lo que es únicamente mío y que traiga, porque ellos me la ponen generosamente, una investidura que me sobrecoge todo lo que me honra: la representación del periodismo sobre esta tumba. Ya que contrariedades del momento postegan el gráfico homenaje a la memoria de don Ricardo Palma, es fuerza que entre las más sinceras lamentaciones con que la patria trae en sus brazos este féretro, se escuche la de la prensa nacional, siquiera sea desmañada y débil. Cuento yo, señores, para decirla, nada más que con el corazón.

Pero lo digo, porque detenidos aquí delante del infinito, en los umbrales del abismo sin límites, para ver partir a este gran anciano, patriarca insigne, peruano gloriosísimo, y para interpretar la íntima perplejidad de los que quedan, no son menester luces de entendimiento ni galas de ropaje. Acudimos todos, nó a una presentación social, ni siquiera a convocatoria de literatos, artistas o profesionales: acudimos los peruanos a un llamamiento del espíritu que arranca de lo presente y de lo ausente, de hoy y de ayer, de ayer y de mañana, de la historia y del porvenir. Es una solemnidad: no es un enterramiento. Sentimos gran dolor al pronunciar este adiós irreparable al maestro anciano, pero nos asiste la convicción de que percibimos, al despedirlo, el ruido de alegría con que se abren las puertas inmortales. Aquí estamos los peruanos con la congoja de saber que se pierde

a lo lejos la vida de don Ricardo Palma, pero aquí estamos, también, con el orgullo de pregonar que el muerto, así tocado desde el ataúd por la gloria, es nuestro y sólo nuestro ante la humanidad.

Y es este sentido patriótico del dolor y del orgullo el que traemos aquí los periodistas, celosos de estos casos emotivos capaces de revelar la consistencia y la salud de la conciencia nacional. Para todo peruano muere con don Ricardo Palma el literato de más fuerte personalidad, y el único definidamente representativo. Y muere el peruano más popular en el mundo. El arte es el supremo conductor de la popularidad y de la gloria porque gana los corazones aun a despecho de resistencias, filosofías y evoluciones mentales. Lo inmutable en la vida es el sentimiento. La belleza es eterna, aun despojada de ocasionales vestiduras. Léese así en el cielo limpio o encapotado, al alba o al crepúsculo en girones, desde el campo o desde el cristal de una ventana.

No es sólo esta ceremonia, ni este acompañamiento de uniformes, de excelencias, de señorías, de magistrados, de jóvenes, venidos hasta aquí, calle tras calle, todo el homenaje de la hora. Es mucho más. Es toda el alma de la patria, la conmovida.Son todos los hogares los que piensan ahora en don Ricardo Palma. Es el abuelo que desempolva, temblorosamente, la primitiva edición de "Tradiciones", el padre que recomienda al hijo la lectura para estudio amoroso de la leyenda, el joven que se inquieta por descubrir la picardía maravillosa con que en el libro danzan los personajes y se eterniza el ambiente oropeloso, malicioso, zaragatero, de los hombres que nos hicieron el regalo del espíritu. Es la gracia, señores, la divina gracia, turbada por el eco lejano de la marcha fúnebre, que torna a encender la luminaria del ideal en todos los corazones. El adiós a don Ricardo Palma no lo dan sólo nuestra presencia y nuestras palabras; flota sobre nosotros, en la extensión de la patria, el adiós agitado de las banderas.

Y era fatal, señores, Don Ricardo Palma impuso a la literatura el género nacional en el que ha reinado y reinará sin disputa. Rodeado de infolios, deletreando caligrafías carcomidas, pudo producirse para alimento de historiógrafos, de esos que pugnan por hacer una ciencia de las contradicciones de la vida, o para satisfacción de eruditos, de esos que por saberlo todo ensanchan más y más la revelación de lo que ignoran, pero prefirió pesar y aquilatar lo leído, escogerlo, extraerlo, destilarlo, hasta ver caer,

saltarina y alegre, de la página obscura, la gota irisada por el matiz fosforescente de su espíritu. Para inspirar amor a la historia, no hay como los personajes de don Ricardo Palma: para inspirar pasión por la divina gracia no hay como sus libros.

Don Ricardo Palma por ser original y único, fué jefe de la bohemia en sus días, maestro de las bohemias posteriores, patriarca, más tarde, de la literatura nacional. Fué artista y poeta. Tuvo, por artista y poeta, la predilección de lo bello. Amaba en la amplitud del paisaje la serenidad de los árboles. El mismo hizo su vida, ahondando profundamente las raíces; así pudo elevarse sobre todos. Arbusto enhiesto en la juventud, árbol florecido y dominador en la madurez, árbol acogedor y venerable en el otoño, agarrado del campo y frente al mar, dichoso de dar sombra a los peregrinos de tierras extranjeras, majestuoso entre las luces del crepúsculo, aun derribado hoy por el tiempo se ha de cumplir en él la misión de los troncos generosos: a sus llamas eternas arrimaremos siempre el corazón los hombres doloridos.

Señores, la tristeza de hoy es profundamente evocadora. Don Ricardo Palma no es un libro, no es una vida: es una época. Pasa ahora su cadáver a través de los siglos y retrocedemos con él, todos nosotros al conjunto de la evocación misteriosa. Llegan no sé de dónde, aromas de zahumerio, doblan las campanas de Lima, lloran las plañideras, detiénense las calesas, pasan hombres con las pelucas empolvadas, desfilan los oidores, rezan los frailes y las dueñas, murmuran las tapadas, crujen las celosías, se anuncia la cruz alta, asoman las arcabuces, refulge el palio....Llega el virrey..¿El de Cañete, el de Salinas, el de los Milagros, el de Montesclaros, bromista de palacio, el de Esquilache que ajusticia a los duendes, el de Lemos, procesional y fastuoso, el Arzobispo que carga barras de oro para el chapín de la reina; o el de Castell dos Rius, gimnasta de los versos, o el de Amat, que ama y manda, o el de Viluma, entristecido por el tronar de los mosquetes patriotas? ¿Quién?.. Quienquiera que seas tú virrey del Perú, llega temblando ante la tumba e inclínate. Hiciste poco o mucho por la corona de Fernando o de Carlos; el gran tradicionista peruano lo hizo todo por tí.

¡De rodillas!

Y mientras rezan nobles y plebeyos, tú, Ricardo Palma, grande abuelo de todos los que piensan, escucha estas palabras

amorosas: la prensa nacional llora tu muerte, pero te dá las gracias, artista incomparable, por tu vida.

Comisionado por la Federación de Estudiantes dijo el señor Pablo Abrill de Vivero:

Señores:

La Federación de Estudiantes, a nombre de la juventud del Perú, se posterna ante la tumba de don Ricardo Palma.

El homenaje nuestro ha nacido únicamente en la admiración por la obra, al mismo tiempo sencilla y pomposa del maestro, porque esta juventud de hoy está constituída por la primera generación que se ha iniciado en la literatura y en la vida, lejos de la vasta sombra del árbol patriarcal.

Cuando nosotros cerrábamos el último tomo de las "Tradiciones" y volvíamos la mirada, como nuestros antecesores en el encantamiento, hacia el viejo mago, éste, cansado de agitar la historia con la varilla de la gracia, fatigado de su minuciosa reconstrucción bibliográfica, se esfumaba en la tibia penumbra del hogar y apenas si de nuestra corona le alcanzaban en la última etapa del camino las flores de entusiastas veneraciones individuales.

Otras generaciones estudiantiles e intelectuales sintieron la preocupación literaria más fuertemente que nosotros, quizá porque recibieron del maestro admirable, el entusiasmo. Un campo más vasto ha reclamado—quién sabe si por necesidad o por error— nuestras actividades, pero somos leales con una permanente veneración al llegar hoy hasta esta tumba, vistiendo las sandalias de nuestro desengaño, a deplorar no haber gozado aquella vasta sombra del árbol patriarcal que tánto pudo mitigar el fuego de estériles contiendas; pero a afirmar también, como un título de sinceridad en el dolor, que le hemos admirado con un fervor ocasionado sólo por la contemplación de su magnificencia.

Hoy, cuando quienes acompañaron en vida a don Ricardo Palma, le despiden y se alejan, nosotros le saludamos llegando a él. Así, mientras terminan los homenajes sonoros, nuestro callado homenaje empieza. Otra juventud americana acudía al lecho de un patriarca como éste a llevarle, mientras vivió, la

ofrenda floral de su respeto: la juventud del Perú, mientras la nacionalidad subsista, va a traer a este sepulcro sus pensamientos. Al conjuro del espíritu excelso que desde aquí contemplará la evolución intelectual de este pueblo, esos pensamientos de cuantos aspiren a producir la belleza y a provocar la sonrisa, encontrarán al pie de esta tumba, en el silencio fecundo de las noches, a las Gracias que desciendan a verla y escucharán el vuelo armonioso de las musas.

Notas

PARALELISMO y SINCRONISMO ECONOMICO, POLITICO y ESPIRITUAL DE LA EVOLUCION ARGENTINA.

(Conferencia sustentada en la Sociedad de Ingenieros, por el Ministro Plenipotenciario de la República Argentina en el Perú, señor Dr. Antonio Sagarna.)

Como esta no ha de ser una crónica, sino una nota, necesariamente breve y sucinta, no nos referimos aquí, mayormente, al éxito intelectual y social,—muy notable y muy merecido—alcanzado por el señor Sagarna, uno de los mejores amigos de "Mercurio Peruano", con su conferencia. Señalamos simplemente el hecho, y nos concretamos a hacer una ligera reseña de las apuntaciones, con patriótica vehemencia, hechas por el ilustre personero argentino.

Como lo indica el epígrafe adoptado, el estudio de la evolución argentina, hecho a grandes rasgos por el señor Sagarna, se orienta hacia la cuestión ya bastante debatida, acerca de la primacía o secundariedad de los factores económicos o meramente materiales en el desarrollo de las naciones. Ya triunfante, para todo aquel que tenga una idea, por vaga que sea, del verdadero sentido del progreso moderno, la tesis espiritualista, es decir, la que proclama la preeminencia de los factores morales y de los elementos intelectuales y espirituales como propulsores del adelanto integral de los pueblos; y ante la incomprensividad, más generalizada de lo que parece, con que suele mirarse en el Continente el portentoso surgimiento de la democracia platense, el señor Sagarna se apresura a dar realce y hacer valer aquellas partes de la grandeza histórica y actual de su patria, que no quieren ver, o que ven disminuídas, todos aquellos que tardan más de lo disculpable en comprender esta sencillísima verdad: el esplendor y la magnificencia de todos los aspectos de la vida argentina son producto de una serie de virtudes básicas de ese pueblo, que, desde sus orígenes, le hicieron eminentemente apto para un desarrollo integral y armónico; virtudes, por otra parte, independientes de otros aportes naturales que han contribuído a hacer más intenso el progreso argentino, como la inmigración al país de capitales y hombres de distintas partes del mundo.

Lejos de ser aceptable el concepto formado acerca de la Argentina en el sentido de ser un país colecticio y cosmopolita, de instituciones y valores sociales improvisados, y de orientaciones ideales sin arraigo tradicional; puede decirse que, desde este punto de vista, la patria de Sarmiento satisface más ampliamente, en el día de hoy, el concepto de nación ideal, que la misma gran federación del Norte. Hay en nuestros juicios comparativos acerca de las naciones un constante motivo de error: el prejuicio de nuestra incipiencia e inferioridad. Olvidamos tener presente lo ventajoso que es para la adaptabilidad de los pueblos al progreso su calidad de nuevos; y parecemos, por el contrario, no darnos cuenta de cómo en los pueblos en otro tiempo más adelantados las posiciones y los intereses creados, y varios fenómenos sociales que no podríamos puntualizar aquí van determinando el surgimiento de fuerzas retardatarias que impiden o limitan el libre desarrollo de las nuevas ideas y formas sociales y políticas de brote más moderno y espontáneo, y que responden a las necesidades impuestas por aspiraciones cada vez mas altas y todas tendientes a la dignificación de la sociedad en general y del individuo en particular.— Si normamos nuestro pensamiento respecto a estas cuestiones con el aforismo de Tocqueville, el gran apologista de la democracia americana, que dice: "Es preciso una ciencia política nueva, para un mundo enteramente nuevo", comprendemos que nuestras democracias del Sur, si han de representar algo que signifique verdadero relieve histórico y cultural, están llamadas a desempeñar un rol reformador, innovador, revolucionario, en el desarrollo de la civilización, y que, mirándolo bien, Sud-América es, y no debe dejar de serlo por la transfusión de intereses y sistemas, un nuevo mundo progresivo, frente a la América del Norte. De esto que observamos es indicio bastante elocuente el surgimiento de nuestras nuevas constituciones, entre las cuales las de México y el Uruguay, son de lo más avaluado del mundo en cuanto a los ideales de libertad, igualdad y fraternidad de que, a pesar de todos los fracasos, no abdica ni abdicará jamás el espíritu humano.

La República Argentina, que, desde su nacimiento como estado independiente y soberano, ha contado con hombres representativos de estas aspiraciones y tendencias, pues ya en la Colonia, como lo expresara el señor Sagarna, el espíritu progresista liberal y humanitario palpitaba en el alma colectiva de esas regiones; la República Argentina, decimos, si no ya, pronto se ha de hallar a la cabeza de este movimiento, aún difuso y mal definido, que esbozamos. A pesar de todo lo que en las modalidades de esa agrupación social haría pensar lo contrario; a pesar de la organización constante de ingentes fuerzas de filiación capitalista y conservadora, a pesar de los esplendores de su burguesía, y acaso por la misma ponderación que este control impone a las energías renovadoras; la nación argentina, en su conjunto, constituye en nuestros días el cauce de mayor importancia y consideración abierto a las corrientes sociales de nuestra época. Si hay en la gran república del Plata altos representantes del espíritu conservador y estacionario que, inspirándose en un viejo escepticismo político, califican de utópicas y fantásticas las reformas, innovaciones y reorganizaciones que planean los eternos profetas de lo porvenir, que preconizan los precursores y

los apóstoles, y que plantean como vivos problemas de la realidad inmediata los incansables luchadores idealistas; si en su gran cosmópolis se han ido reuniendo intereses creados que lucharán a brazo partido contra todo intento de realización de los ideales liberales y radicales, defendiendo tenazmente las posiciones adquiridas, los privilegios y las jerarquías de toda índole; también es cierto que, tradicionalmente, el ambiente argentino ha sido propicio a la organización, desarrollo y expansión de los partidos sociales guiados por principios de sano revolucionarismo, que en todos los ramos del saber y de la experiencia política, ha contado con precursores y propulsores de primera categoría.

Abrigamos la esperanza de no equivocarnos al pensar que el señor Sagarna es uno de los convencidos de que el rol social y político que debe desempeñar su patria en América, está orientado conforme a lo que dejamos indicado. El habrá podido observar claros síntomas de esas inclinaciones o rumbos colectivos; y su conferencia, aunque no tocara directamente los aludidos problemas, demuestra la presencia de un temperamento que con esas inclinaciones y esos rumbos se conforma, conociendo su excelencia. El Dr. Sagarna pertenece a la pléyade de hombres públicos argentinos que cultivan con amor y cuidadoso celo una noble concepción de los destinos de su patria, tiene clara conciencia de lo que valen las que ha llamado "conquistas civilizadoras" de su país (1), y dice: "Sentimos, en efecto que todo nos ha deparado el destino manifiesto", para ser grandes, originales y eficaces en el concierto universal. "Peregrinos de la vida":—cita él, conceptos que, dice, el pueblo de Mayo inscribió en el frontis de su hogar recién abierto—bajo mi techo y en mi regazo caben todos los ensueños y todas las esperanzas, porque soy yo mismo un Mensajero y un Bayardo del ensueño". Tal es, en realidad, cómo concebimos, los que le conocemos, al pueblo nobilísimo que Zorrilla de San Martín honrara con el apelativo justísimo de "corredentor". La aspiración de los grandes argentinos ha sido siempre el hacer de su tierra "Oasis y Edén para todas las ansias de una humanidad renovada, dignificada y redimida". Nunca nos cansaremos de exaltar la magnífica, casi sublime, actitud de ese gran repúblico que se llamó Saenz Peña, al oponer, en Washington, a las habilidades cartaginesas de los preconizadores de un egoísta, oscuro y mercantilista Zollverein Americano, el lema inmortal y generoso que todo americano de corazón tiene grabado en el pensamiento y que prueba la verdad de esa disposición.

El Dr. Sagarna, publicista de espíritu luchador que en diferentes escritos ha puesto de manifiesto su acendrada fe en la alta misión de nuestra América en el concierto de las naciones, y que ha defendido briosamente la dignidad de todas y cada una de nuestras nacionalidades (2); es, lógicamente, un fervoroso propugnador de las virtudes de su patria. Y es indudable que, para los que no la reconocieran como tal

(1).—Véase "Mi credo patriótico", Buenos Aires, 1912.

(2).—"Conciliación de una disputa trascendental" (sobre la doctrina de *no intervención)* y "La acción de América en las nuevas orientaciones del Derecho Internacional".

desde antes de haber escuchado la conferencia que comentamos, ésta debe haber sido una lección muy eficaz y saludable.—Metódicamente desarrollada, e informada, como hemos dicho, en las doctrinas más liberales del pensamiento político contemporáneo, esa conferencia puso en evidencia el enorme error de los que creen que la nación argentina es algo así como una conglomerado amorfo de intereses materiales, y su capital una moderna Cartago. Muy lejos de eso, y todo lo contrario: el secreto del engrandecimiento argentino estriba, como nosotros lo insinuábamos en otras ocasiones (3), en el hecho de no haber carecido jamás de un núcleo activo de hombres de espíritu generoso e idealista que se preocupara, desinteresada e inteligentemente, de los trascendentales intereses públicos, dando a la nación normas y finalidades elevadas. El Dr. Sagarna, rectificando algunos errores comunes sobre las causas de la decadencia española, señaló el empalme intelectual y doctrinal de los representantes del espíritu progresivo en las nuevas generaciones de las Colonias hacia el siglo XVIII, con los progresistas peninsulares; citó y amerító la obra de algunos economistas españoles que podrían ser considerados como precursores, aun con respecto a Adam Smith y otros extranjeros, (Bernardo de Ulloa, 1740; Jerónimo de Ustariz, 1724; Bernardo Ward, 1760, etc.); habló de la actividad y principios científicos de las Sociedades Económicas fundadas en España durante el reinado de Carlos III; se refirió a la obra de Jovellanos, Campomanes, Floridablanca, Macanay, etc.; y llegando a ocuparse de las preocupaciones económicas de los revolucionarios de principios del siglo XIX, exaltó las figuras de Belgrano, Moreno y Rivadavia, principalmente la de este último, en quien elogia la amplitud de visión, y a quien reconoce facultades y talentos, nada comunes, de organizador y legislador. Tanto al tratar de los anteriores como al ocuparse de los que llama organizadores: Alberdi, Sarmiento, Echeverría, cuida el señor Sagarna de hacer ver el constante paralelismo en el desarrollo económico, político y espiritual de la evolución argentina, afirmando así, en nuestra mente el concepto antes referido de que, para ese armónico florecimiento, la condición primordial e indispensable es la existencia de un alma nacional, aunque sea en germen, de un alto espíritu normativo y estimulador de los deseos y los actos individuales y colectivos. Después, ya en plena época republicana, habló de la acción cultural y organizadora de Urquiza, el destructor de los poderes arbitrarios mantenidos por Rosas, el que derrocó la tiranía mediante una labor tenaz educadora y constructiva, creadora de nuevos y sanos valores y de legítimos y fecundos intereses.

No—dice el señor Sagarna, después de revisar así, a grandes rasgos, la magna obra de edificación consciente y entusiasta de los próceres argentinos, nuestra moderna prepotencia, el estado floreciente de nuestro comercio, agricultura e industrias, no es el resultado del azar, ni

---

(3).—Nuestros artículos "*Peligro de un alejamiento entre la República Argentina y los demás países hispano-americanos*", "El Comercio" Julio 21 de 1914 y " Rol Social y político de la República Argentina en América", "Culrtura Obrera", mayo 2 de 1919.

siquiera de circunstancias favorables a la acción de agentes naturales y fortuitos, ajenos a la voluntad de los ciudadanos; no, nuestra grandeza—reclama—es una gloria muy nuestra, y nuestro esplendor y bienestar no son meramente materiales por lo mismo que son el resultado del esfuerzo consciente, inteligente, tesonero y heroico de nuestros grandes hombres. Y en comprobación de lo que dice, muestra en cuadros sinópticos, el desarrollo cultural del pueblo argentino, hace ver las crecientes necesidades espirituales, intelectuales y artísticas de sus gentes, así como el notable desarrollo y educación del gusto en estos órdenes. Y su exposición es realmente consoladora y edificante para los que pudieran engañarse; viniendo a reforzar, si cabe, el optimismo y la fe con que otros vemos levantarse sobre el horizonte austral al magnificente y esplendoroso sol de Mayo.

E. E.



† ABRAHAM VALDELOMAR

Abraham Valdelomar

Pocos días después de la sensible muerte del patriarca de la Literatura peruana, don Ricardo Palma, las letras nacionales hubieron de sufrir nueva y ruda pérdida, con el fin trágico y temprano de Abraham Valdelomar acaecido en la lejana ciudad de Ayacucho, cuando una nueva faz de su agitada y pintoresca vida comenzaba a perfilarse.

Fué Abraham Valdelomar, como ahora convienen en reconocer todos los que ayer le combatieron y discutieron, por incomprensión, malevolencia o envidia, nuestro más alto valor literario de las últimas generaciones.

A este título le dan derecho la fecundidad, originalidad y complejidad de su obra, su orientación definida, su armonioso, agil, diáfano y cristalino estilo, y la brillantez y exuberancia de sus imágenes.

En Valdelomar sugestionan, al mismo tiempo, la vida y la obra. Entre uno y otro aspecto de su personalidad, creemos descubrir un perfecto paralelismo. En esto resulta un caso excepcional, con relación a la generalidad de los literatos, en los cuales es fácil hallar una absoluta discrepancia entre el hombre y el escritor.

En la múltiple producción de Valdelomar se reflejan, invariablemente, sus sentimientos, su carácter, sus tendencias naturales, su psicología entera.

No somos de los que le consideramos un insincero, porque usara muy amenudo de ciertos desplantes y fingimientos, con el ánimo de *"épater le bourgeois"*. La *pose* de Valdelomar, si tal puede llamarse a su personalísima manera de ser y de actuar, no era consecuencia de un infatuamiento necio, ni menos de un morboso deseo de demostrar la superioridad de su espíritu; estaba determinada por su temperamento esencialmente artístico, por

su originalísimo sentido estético, que le impulsaba a rechazar, instintivamente, a los palurdos, los huachafos y los pachecos; y, en cambio, amar a quienes lograban comprender su inextinguible ansia de belleza, y penetraban, pronto, en su íntima subjetividad. Tampoco admitimos que fuera un orgulloso y que gozara humillando la presunción o poniendo al descubierto la pobreza intelectual de aquellos que no llegaban a hermanarse con él, como se ha querido suponer por determinados detalles de la vida del artista.

Valdelomar era esencialmente bueno y sencillo. No es cierto que hubiera falta de sinceridad en su manera de ser: obraba a impulsos de secretas fuerzas interiores, obedecía a tendencias irresistibles hacia normas perfectas de belleza.

Aquella frase, común al Conde de Lemos: "esos hombres gordos descomponen la belleza del paisaje; por eso los aborrezco" era tan sincera como su tendencia instintiva a la elegancia en el vestir, y su perenne preocupación por pulir su estilo y castigar el lenguaje. Hubo en él innata distinción espiritual, que determinó su inquietud constante por aristocratizar su persona, blasonar su origen y ennoblecer su obra toda, a la que comunicó, invariablemente, un sello característico de señorío y de elegancia.

No, es sin embargo, exclusiva esta opinión nuestra, acerca del carácter de Valdelomar. Ciertamente que muchas veces, en especiales circunstancias de su pintoresca existencia, hubo de recurrir a la verdadera *pose*, con grave escándalo y contra la protesta solemne de los intonsos y los espíritus rastreros y mezquinos; pero tampoco estuvieron determinados estos raros casos, por el orgullo o la petulancia. Había en el fondo de su psiquis complicada una gran dosis de humorismo no exento de malicia y tocado aún de socarronería. En esto no escapaba a la característica tendencia del espíritu criollo, orientado hacia la sátira punzante y a la burla hiriente. Sólo que esta tendencia recibía también, al través del temperamento esencialmente aristocrático del artista, una transformación ennoblecedora. Y lo que en cualquier criollo es alegre zumba y gracejo vulgar, en Valdelomar era fina ironía, humorismo elevado y sano. De aquí que, cuando encontrara al paso un espíritu anémico, una alma plebeya o ensoberbecida, gustaba de demostrarles su endeblez, su vulgaridad y su pobreza intelectual, sugestionándolos con la afectación de ciertas maneras caprichosas, procurando así afirmar

su propia distinción, frente a las ridículas actitudes de los mediocres.

Pero bien pronto recobraba su verdadera personalidad y volvía a ser, para los comprensivos y los "transparentes", como a menudo llamaba a quienes le admiraban—porque habían comprendido las excelencias de su originalidad—, el mismo mozo extraordinariamente bueno, amable, ingenuo a veces, complejo y refinado otras, inquieto siempre.

Una anécdota de las más típicas de Valdelomar, bastaría a probar nuestras afirmaciones.

Cierto día, cuando el Conde de Lemos trabajaba en "La Prensa", llegó hasta su cuarto, raro y suntuoso, un muchacho provinciano, con apariencias de timidez y candorosidad, pero, realmente, convencido de su valer y con el magín lleno de humos de suficiencia. Solicitó hablar con el Conde; éste le recibió con su acostumbrada afabilidad encantadora, y, como también solía hacer, cuando húbole brindado asiento, encerróse en el mutismo y le dejó hablar. A las primeras palabras del mozo, Valdelomar habíase percatado de su insoportable y hueca petulancia. Quiso entonces hacerle caer en el ridículo y con tan sano intento, aunque con sacrificio de su gaveta, le invitó a almorzar con él, naturalmente en el Zoológico. Sentados en la mesa, el Conde comenzó a adoptar sus inconfundibles actitudes pomposas. Pidió la lista, la recorrió rápidamente y con elegante displicencia, dijo al mozo: No hay que comer. Este elenco no dice nada. Tráigame espárragos, al mismo tiempo que pasaba la tarjeta del menú a su invitado. Por supuesto, el pobre muchacho, provinciano y petulante, que sin duda no sabía pedir, optó por decidirse, tras gran titubeo, por el mismo plato. Y Valdelomar, frunciendo el ceño y con muestras de sensible disgusto, dijo entonces al mozo: "Oye, quechua, ya no me traigas espárragos". Calcúlese la sorpresa del provinciano y la secreta cólera que le ocasionaría verse así humillado.

Pero tenía razón Valdelomar en proceder de esta manera. No había derecho para que el provinciano pidiera un plato que no sabría comer. Efectivamente, a poco el mozo traía los espárragos y aquí de los apuros del muchacho para habérselas con el fino potaje. Por su parte, Valdelomar gozaba con tales afanes y se reía íntimamente de ese tonto de capirote. Terminó el almuerzo, que para el Conde de Lemos no fué tal, pues que apenas había rozado las raras viandas que pidió y, despedídose que hubo del provinciano, hallóse en la calle con uno de sus íntimos

amigos, a quien invitó a comerse "un buen churrasco", porque se había quedado con hambre.......

¿No es verdad que este ingenioso rasgo de la vida de Valdelomar, retrata admirablemente su espíritu irónico y aristocrático, al par que encantadoramente sencillo?

II

La obra múltiple de Valdelomar es el fiel reflejo de su espíritu. Hombre esencialmente bueno, generoso y noble, en toda su producción se nota la influencia de estas raras cualidades sentimentales. Inquieto, ansioso siempre de nuevos rumbos y sensaciones extrañas, su vida fué una constante lucha, una superabundancia de producción, un angustioso aturdimiento creador. Fué así cómo ensayó todos los géneros literarios, triunfando en todos, pero cansándose a menudo de los mismos temas. Cultivó con pasmosa facilidad, desde la crónica frívola, fugaz, nerviosa, de todos los días, hasta el cuento pintoresco, sentimental, impregnado de un hondo regionalismo, de un vivo colorido, de una encantadora sinceridad; y desde la monografía, que supone la búsqueda febril y la paciente investigación histórica, hasta el difícil y complicado arte dramático, del que nos ha dejado dos tragedias desgarradoras y sombrías. Escribió versos musicales, tristes, leyendas fantásticas y extrañas, elevadas y trascendentes concepciones estéticas. Lo que verdaderamente sorprende en este gran artista, no es su talento, realmente privilegiado; es, ante todo, su maravillosa capacidad intuitiva, por que hay que tener en cuenta que Valdelomar carecía, casi en lo absoluto, de cultura. Apenas si tuvo por afinidad de ideales o de pensamientos, uno que otro autor predilecto. Sus días de universitario, fueron contados y esta época estudiantil, apenas si fué un accidente en su vida.

Jamás estudió en serio, por que tenía el íntimo convencimiento de que nada nuevo iba a aprender en los libros, o de labios de los maestros. "Mis profesores, nos lo dice él mismo bellamente, en una admirable conferencia, fueron el cementerio de mi pueblo, el cóncavo mar, el cielo azul de la aldehuela de San Andrés de los Pescadores y, sobre todo, mi madre santa y buena."

Y nada más cierto: esa angustiosa y perenne preocupación por el misterio, esa sed de los desconocido, esa íntima tristeza pensativa, que a través de toda su obra palpita, ¿no es, acaso, la influencia del blanco y silencioso cementerio de su aldea?

Esa ternura infantil, esa dulce melancolía, ese respeto religioso por los seres familiares, ese cariño entrañable por el pueblo natal de esa evocación de la niñez, saturada de melancolía en la que parece deleitarse, con amoroso afán y de la que tan acabadas muestras son los bellísimos cuentos de "El Caballero Carmelo", ¿no traducen la huella benéfica y saludable que en su alma de niño, dejara la acción educadora del hogar?

Y esa diafanidad de su estilo, ese brillante colorido de su prosa, ¿no son el reflejo del cielo esplendente y del paisaje ubérrimo de Ica, de la playa anchurosa y dorada, y del mar, rumoroso y magnífico, de Pisco?

Hemos dicho que Valdelomar leía muy poco y a determinados autores. Pero, era tal su poder asimilativo y su facilidad de comprensión, que bien pronto se adueñaba de las tendencias y el estilo de estos escritores preferidos, y en sus libros hallaba nuevos estímulos que excitaban su fantasía, aguzaban su inquietud y determinaban, luego, sus inmediatas producciones. De aquí que hay que hacer una distinción importantísima, en la obra de Valdelomar, entre lo que realmente fué espontáneo, intuitivo, personal, y lo que obedeció a extrañas influencias.

La obra personal de Valdelomar, está constituída por sus cuentos regionalistas del tipo de "El Caballero Carmelo", sin disputa, el más acabado y perfecto, "El Vuelo de Los Cóndores", "Los Ojos de Judas", "Yerba Santa" y, otros; su hermosa e interesantísima colección de leyendas incaicas, que pensaba reunir en un tomo, intitulado "Los Hijos del Sol"; "La Mariscala", admirable ensayo monográfico revestido de cierta fantasía poética que le hace perder la seriedad e imparcialidad históricas; y, sobre todo, su obra más atrevida, aquella en que reveló su alma imponderable de artista y el vuelo genial de su inteligencia: "Belmonte el Trágico". Pertenecen a la obra que podríamos llamar "refleja", de Valdelomar, sus ensayos sobre "La Muerte", sus novelas cortas, sus cuentos exóticos, en los que se nota la influencia maeterlinckiana y edgarpoesca.

Sin embargo, aun en estas obras, Valdelomar conseguía ser original e imprimir su sello característico e inimitable; la distinción de su espíritu, la suprema aristocracia de su manera.

Si quisiéramos encontrar un parecido a Valdelomar, nos veríamos en grave aprieto, tan complejo y tan individual fué al mismo tiempo este escritor, en su vida y en su obra.

Acaso podríamos compararle a Valle Inclán. Tenía de él, esa misma gallardía en las actitudes, esa heráldica selección de ideas y de tendencias. El mismo afán por depurar la forma y enaltecer el fondo de su producción. Pero, nos aventuramos a afirmar que al egregio y magnífico Marqués de Bradomín, tan declamatorio y tan pomposo, le falta la sinceridad ingenua y la bondad cristalina del Conde de Lemos.

Valdelomar fué un renovador, nó porque—como ha dicho Félix del Valle— creara una técnica nueva, sino por que prestó a nuestra caduca literatura, que a la aparición del Conde de Lemos se resentía de pobreza de conceptos, de absoluta desorientación y sobre todo, de vulgaridad de formas, la savia rica de sus juveniles entusiasmos, la alteza y reciedumbre de su inteligencia, la gama polícroma de su sentimentalidad, la noble consagración de su vida al ideal artístico y la depuración del estilo, hasta hacerle prístino, rítmico, suave, aterciopelado, sugerente.

III

No sólo supo traducir Valdelomar, en hermosos cuentos, la dulce poesía del ambiente aldeano, la sencillez patriarcal de las costumbres provincianas, sino que, inspirado en más elevados ideales nacionalistas, ganado por el sugestivo prestigio de las edades pretéritas, intentó—con éxito— reconstruír, en todos sus aspectos, la esplendente civilización incaica, con alma de artista que retoca un lienzo borroso, devolviéndole todo el perdido fulgor de su colorido, y nó con espíritu grave y sesudo de historiador, que subordina la libertad imaginativa a la veracidad del dato y a la exactitud de la fecha. Por eso sus leyendas incaicas carecen de valor cronológico; pero, en cambio, nadie ha revelado mejor que él, la sicología de la raza indígena, nadie nos ha dado pinturas más acabadas y bellas del Imperio milenario, en sus diversas manifestaciones, nadie ha trazado con más admirable precisión y vigor los caracteres y tipos, las ceremonias y escenas de la vida de los abuelos incas. Reviven, al con-

juro de su mágico estilo, en las leyendas de "Los Hijos del Sol", con asombrosa fidelidad, la fría y majestuosa figura del Inca, la imponente austeridad del Uillac-huma, la cándida gracia de las ñustas, la rudeza de los guerreros, la casta timidez de las acllas, la austeridad del amauta, y hasta la trágica inquietud y la honda superstición del alfarero a quien, sus propias creaciones espantan, enloquecen. Y con los tipos, cobran animación, en esas evocaciones magistrales, escenas épicas, las solemnidades religiosas, las espléndidas fiestas, los torneos caballerescos, las danzas pastoriles y cosmogónicas, la *cashua*, llena de graciosa flexibilidad y sencillez, el *huayno*, alegre y sensual, aquel desfile procesional, uncioso, del Soberano y su corte, hacia el Ccoricancha, la prosternación del cortejo, frente a la imagen del Sol, en la Intipampa, las fiestas de la agricultura, en que el Inca, desde el trono pétreo del Sacsayhuamán, cavara la tierra, con su arado de oro, y bebiera la chicha sagrada que corría por los canalillos de la roca, bajo la cual se suponía dormir a los antepasados; aquellas grandes guerras exterminadoras y sangrientas que bajo Pachacuti realizara el bravo general Yupanqui; el triste, callado, humillante éxodo de los vencidos; la emigración de los mitimaes, todo esto vive, con la vida intensa que, como un soplo sagrado, imprime el artista a sus reconstrucciones.

Si don Ricardo Palma, fué el creador nó de un género nuevo en la Literatura, como comúnmente se ha dicho, sino el creador del cuento americano, como ya se ha afirmado, Abraham Valdelomar fué el iniciador del cuento netamente peruano. Las *Tradiciones* son el trasunto de la época colonial, común a todos los países dependientes de España. Las leyendas de Valdelomar son la evcación más completa del remoto Imperio del Sol, de las glorias genuina y únicamente nuestras.

Este es el título más legítimo que tuvo el Conde de Lemos para hacerse merecedor de la consideración y del respeto de sus compatriotas. De sus obras, ésta ha de ser la que quede.

Desprovisto de cultura histórica, ajeno por completo a las pesadas tareas del investigador, no estuvo sin duda, capacitado para escribir la historia nacional. Pero poseía, en cambio, todas las condiciones para hacer la novela peruana, que a nuestro juicio debe basarse en la leyenda dorada y magnífica del Tahuantinsuyu.

Por eso, es tanto más dolorosa su muerte en plena juventud, cuando más derecho teníamos a esperar de él esta obra defini-

tiva y consagradora, que había comenzado ya a esbozar en sus cuentos incaicos.

Sin pretensiones críticas, esta nota enteramente personal obedece, tan sólo, a nuestro deseo de deferir a la benévola distinción que "Mercurio Peruano", ha querido dispensarnos, brindándonos, generosamente, sus páginas prestigiadas por las más respetables firmas, para ofrendar en ellas nuestro modesto homenaje de admiración entusiasta, y de sincero cariño, al gran artista que acaba de desaparecer.

Lima, Diciembre de 1919.

RICARDO VEGAS GARCIA.

Verdolaga

(Tragedia pastoril en tres actos)

Escena V.

Dramatis Personae: Maura,
Agueda, su aya,
Diamela, criada india.

MAURA.— Hermosa es la mañana. No hay nadie, ama. Estoy sola....Me han dejado sola....Oye, Agueda, ¿ves allí?.... ¿Qué cosa queda allá, lejos, lejos, lejos?...

AGUEDA.— El mar.....

MAURA.— ¡El mar! ¿Cómo es el mar?. Mucha agua, agua salada, amarga, agitada. El agua de mar debe ser salada como las lágrimas.. ¿Dí, Agueda, tú has llorado alguna vez?

AGUEDA.— Pocas veces, Maura.

MAURA.— Más fácil es reír que llorar. ¿Quién llora, quién, quién se queja, Agueda?

AGUEDA.— Es abajo, hija mía, en el calabozo; los que están en el cepo; los serranos, los de anoche...

MAURA.— ¿Hay aquí gente que llora? Los que lloran son mis hermanos. Los que se quejan son mis hermanos. Nuestros verdaderos hermanos son los que lloran, cuando nosotros lloramos.....¿Qué es esto, Agueda?

AGUEDA.— Es fruta, hija mía; mangos, duraznos, manzanas..

MAURA.— La fruta, la jugosa fruta, la alegre fruta. La fruta no está enferma. La fruta no llora; no tiene dolores, no tiene corazón.... Los árboles, Agueda son buenos. Los árboles no dañan. ¿Porqué no te casas con un árbol? Un árbol no te haría sufrir como Claudio. Claudio te amaba y te hacía sufrir. Tú debes casarte con un árbol. Tu eres, Agueda, la Señora Durazno.

AGUEDA.— Maura, ¿quieres beber leche?

MAURA.— ¿Leche? No. Yo no quiero, beber leche. Quiero beber lágrimas... ¿Qué cantidad de dolor se necesitaría para llenar un jarro de lágrimas?

AGUEDA.— El dolor, el dolor..¿Quieres que vayamos a nuestro paseo?

MAURA.— Sí, Agueda. Quiero ir lejos, lejos,..muy lejos.. Quiero estar libre.

(Entra Diamela ocultando algo en el regazo).

MAURA.— Diamela, mi querida Diamela, ven, ¿qué traes?

DIAMELA.—Pscht.... Traigo de todo... *(sonríe)* Traigo frutas, traigo recado, traigo uvas.....

MAURA.— Y esotro ¿qué es? ¿Por qué lo ocultas?

DIAMELA.—Lo oculto (en secreto) porque a la se-ño-ri-ta Elia-no-le-gusta....¡Já-já já!

MAURA.— Muéstrame lo que ocultas...

DIAMELA.—Es que... *(triste)* ¡perdón, señorita!... Yo los quiero mucho. Los cuido como sus padres...... No los dejo morir.... Es...u.. ¡un nido!... Son *chirotes.* Los cogí, al paso, en el camino, cerca del sauce viejo, el sauce de la cruz, el que está junto a la acequia de los floripondios... Son *chirotes,* estaban en su nido en el alfalfar... Ya están en cañoncitos.... Pronto tendrán plumas y ¡puf! volarán *(hace el ademán)* ¡volarán!.... Los *chirotes* no se molestan cuando yo los saco de sus nidos. Me quieren mucho las aves, niña Maura....

MAURA.— Las aves. ¡Tú has deshecho un nido! Tú has deshecho un nido, Diamela.....

DIAMELA.—No. No lo he deshecho. Aquí lo traigo...:

MAURA.— ¡Qué crueldad, crueldad instintiva! Tú eres un ángel, criatura. Llevas contigo la alegría de la vida, la candidez del campo, el verdor de la naturaleza...... y, sin embargo, eres cruel inconscientemente. Sin darte cuenta haces el daño, como si una mano oculta o invisible se valiera de tu mano casta.....¿Qué harás con el nido?

DIAMELA.—Cuidaré mucho a los *chirotes*. Les enseñaré a silbar. Si enferman, los mato y los como guisados. Si viven...¡si viven los meto a la jaula!...

MAURA.— La prisión o la muerte. Ellos, sin embargo, no han hecho daño a nadie.....Tú has roto un nido, Diamela, y tú tienes un novio......

DIAMELA.—¡Mi novio tiene su tambor de pellejo de cabra, sus zarcillos de oro, su quena de carrizo!

(Saliendo)

AGUEDA.— Vamos, Maura, hija mía.

MAURA.— Dame un beso, Diamela. Tú has roto el nido de los *chirotes*. Otros han roto mi nido... Pero, yo no entraré a la jaula. ¡Iré libre, libre, sola, sin cárcel!...............

ABRAHAM VALDELOMAR.

1917.

Composiciones inéditas de Valdelomar

(Estos versos los escribió Valdelomar para el álbum de la señorita Gabriela Urbina).

RITORNELLO

Para vivir en el amor
basta que una alma nos sonría.
¿Qué nos importa que el dolor
con un rictus de vencedor
exhiba su máscara fría?
Para vivir en el amor
basta que una alma nos sonría.

Para luchar contra el destino
basta que una alma nos escude.
Torvo y siniestro, en el camino,
que el buho envidioso y cetrino
nos grite al paso y se demude.
Para luchar contra el destino
basta que una alma nos escude.

Para librarnos del olvido
basta que una alma nos comprenda,
¿qué importa el ser o no haber sido
o que el destino adverso, herido,
sus iras trágicas encienda?
Para librarnos del olvido
basta que una alma nos comprenda.

Ciudad de los Visorreyes, mayo florido, Año de Gracia y del Señor M CM XVI.

EL CONDE DE LEMOS.

OFERTORIO

(De "Yerba Santa", novela pastoril).

(Esta composición debió de ser impresa con "Yerba Santa", en el "Caballero Carmelo". Diversas circunstancias me impidieron devolvérsela, a tiempo, a su autor, y la novela fué dada a la publicidad sin este *Ofertorio*. Cuando, meses después quise entregárselo, Valdelomar me lo obsequió...... Era, pues, para mí, un cargo de conciencia que continuara inédito. L. A. S.)

Cuando el rojo crepúsculo en la aldea ponía
la silenciosa nota de su melancolía,
desde la blanca orilla iba a mirar el mar.
Todo lo que él me dijo aún en mi alma persiste:
—"mi padre era callado y mi madre era triste
y la alegría nadie me la supo enseñar"—.

A veces, en la sombra, la vaguedad marina
cruzaba el blanco triángulo de una vela latina
y se esfumaba en el confín;
desgranaba las lágrimas de su espuma una ola
y una ave en el espacio se deslizaba sola
hacia la costa curva y gris.

El faro como un cíclope con el ojo encendido,
buscaba entre las sombras algún buque perdido,—
desnudo y fuerte como un pescador,—
ofreciendo su estela como un pródigo brazo
y sus férreas escalas como un duro regazo:
tal a los reyes magos la estrella del Señor....

Hoy, con mi barca débil navegando en la ignota
inmensidad brumosa, la blanca vela rota,
tu espíritu bueno me sepa guiar.
Tú, blanca, dulce, triste, pensativa, adorada,
recuerda y pón en estas palabras tu mirada
amorosa y profunda como el cielo y el mar....

Lima.—1917.

ABRAHAM VALDELOMAR.

Las ideas de orden y de libertad en la historia del pensamiento humano

Las páginas que van a leerse, constituyen el capítulo final del notable libro que el doctor Deustua viene publicando y que es expresión del más serio y mejor orientado esfuerzo filosófico que se haya intentado entre nosotros. El autor—después de analizar la historia de las concepciones de orden y de libertad—manifiesta, de modo concluyente, que el verdadero problema de la libertad no ha sido efectivamente planteado hasta ahora y que, por esa causa, toda la especulación penetrada del espíritu de la filosofía helénica, ha contemplado y resuelto tan esencial cuestión en términos de orden.

El artículo que "Mercurio" se complace en publicar, condensa con claridad el pensamiento del autor, orientado a dar una idea viviente de la verdadera libertad interior, cuya manifestación más genuina es la obra de arte, y cuya expansión es el único factor eficiente de progreso espiritual.

El doctor Deustua desprende de su estudio un ideal estético de la vida.

El cuadro que ofrece la evolución de las ideas de orden y de libertad en la historia del pensamiento humano, demuestra: primero, el predominio, hasta los tiempos contemporáneos, de la idea de orden, y la conquista lenta operada por la idea opues-

ta de libertad; segundo, la vaguedad del significado de esas ideas adaptadas a diversos intereses humanos, y tercero, la poderosa influencia ejercida por el intelectualismo helénico sobre la marcha de la filosofía.

Estos tres hechos se derivan de uno fundamental: del valor que lo práctico, lo objetivo, ha tenido en la conducta humana. En la expansión de su actividad, encuentra el hombre la resistencia del mundo externo, que le produce dolor y que amenaza su vida. Su primera y más grande necesidad, la única en las primitivas etapas de su desarrollo histórico, es suprimir ese dolor y ese peligro, venciendo la resistencia opuesta a su actividad. Consigue esto, por medio de su inteligencia, que le permite conocer a su adversario, adivinar sus tendencias, descubrir sus hábitos, anotar sus repeticiones, clasificar sus cualidades, reducirlas a cuadros estables, ordenar, en suma, la resistencia para dominarla y asegurar de ese modo, el mantenimiento y el progreso de la vida. De allí la importancia práctica del pensamiento, cuya función esencial es la de unificar, la de conocer para ordenar, y hacer posible la acción eficaz del espíritu sobre el medio que rodea al hombre, comprendido su cuerpo y la sociedad dentro de la que ejerce su acción.

Con el orden nació la ciencia, y con ésta se inició la vida especulativa, luego que el pensamiento humano ascendió, por su propia función unificadora, de lo concreto a lo abstracto, de lo individual a lo universal. Con la vida especulativa se desenvolvió la filosofía como ciencia suprema, cuyo problema fundamental fué el del conocimiento de la realidad. Así mismo, se constituyó y alcanzó la mayor perfección el ideal objetivo, ideal de orden y de equilibrio, realizado por la cultura helénica y que, al través de las vicisitudes sufridas por la humanidad, de los cambios profundos realizados en la conciencia humana, ha conservado hasta hoy, la fuerza de su organización.

Detenida la actividad humana en las redes de lo objetivo, conquistado el orden a fuerza de tentativas mil y de sacrificios sin número, se impuso al espíritu con el peso abrumador de la tradición. El orden representaba para la humanidad la única garantía de felicidad, como norma de conducta, y la humanidad lo consagró haciendo de esa idea el producto divino de una voluntad superior. El principio opuesto, el de libertad, creador de lo nuevo, de lo imprevisto y, por lo tanto, destructor del orden existente, había de ser considerado como un peligro, como una amenaza contra la felicidad conquistada, como una vuelta a la épo-

ca terrible de las tentativas y sacrificios. Lo nuevo sólo podía ser impuesto por el imperio de la autoridad, representante de la sabiduría previsora y de la fuerza incontrastable.

Así se explica, por otra parte, el carácter eminentemente utilitario de la civilización objetiva y se comprende porqué el pueblo romano, apartándose del ideal de equilibrio, buscase en el orden impuesto por la fuerza material y la ambición económica, la felicidad que se había hecho deficiente dentro del estrecho cuadro de la vida helénica, imaginada antes de las conquistas de Alejandro. La civilización romana, por eso, ofrece el espectáculo de una yuxtaposición de dos ideales: el ideal artístico de equilibrio y el ideal económico de expansión, que coexistieron sin destruírse, porque ambos respondían a la objetivación del espíritu y a su identificación con la naturaleza. El orden estético no perjudicaba al orden económico; al contrario, servía de forma decorativa para el segundo; perdido su carácter práctico se convirtió en el lujo de la vida económica servida por la fuerza militar y jurídica.

La libertad también adquiría una finalidad práctica; reducida a la acción exterior, individual, restringida a los límites de la ordenación política, como libertad colectiva, tenía por símbolo el imperialismo o sea la infinidad del poder. La aspiración de individuo y colectividad consistía en dar mayor amplitud a la acción, sin pensar en la libertad interior, completamente inútil para la felicidad sensorial, objetivo final de la civilización antigua.

Los excesos de la vida sensorial condujeron al espíritu a la tercera forma de su actividad. El espíritu buscó en su concentración mística lo que no había conseguido en su equilibrio artístico, ni en su expansión económica. Pero en esta concentración no buscó la libertad interior que no conocía; buscó solamente un nuevo orden que sustituyese al condenado por la experiencia; buscó un nuevo ordenador que ofreciese la felicidad no adquirida y encontró ese ordenador en el espíritu divino, al que se abandonó la conciencia por entero, emancipándose así de la tiranía de la sensación.

Pero el sentido práctico de la vida había de orientar siempre la actividad en pos de las acciones útiles y apoderarse del misticismo para edificar sobre él un nuevo orden político y económico, el orden eclesiástico, con aspiraciones análogas al imperialismo romano. Las leyes divinas, descubiertas y aplicadas por el poder eclesiástico, trasformaron el aspecto exterior de la

sociedad; pero, en el fondo, subsistió idéntica la conciencia individual, dominada por el ideal de un orden divino, al que debía subordinarse todo lo creado. La libertad de acción quedó sometida al rígido imperativo de la voluntad divina, ante la cual toda espontaneidad había de desaparecer, en fuerza del mismo ideal místico que aspiraba a la completa absorción de la conciencia humana en el seno de la divinidad.

Anulada la libertad interior por el esfuerzo hacia lo divino mantenido por un amor exclusivo, la actividad consciente había de gastarse en perfeccionar y afirmar la tradición, enriquecerla con ideas deducidas de ella y adecuadas a la cultura religiosa. Pensar, sentir y hacer en armonía con la voluntad divina, revelada a la Iglesia, tal tenía que ser el fin del espíritu en su concentración religiosa. Sólo una forma de libertad podía subsistir, nó como hecho, sino como hipótesis, como postulado indispensable para fundar la responsabilidad moral y justificar el mal como pena: la libertad moral reconocida, nó en sí, sino obedeciendo a un fin práctico, el de defender el principio de autoridad como necesidad política.

La libertad, como poder de crear formas nuevas, carecía, pues, de objeto hasta entonces; la conciencia no necesitaba buscarla profundizando su naturaleza. El genio debió sentirla en sus creaciones religiosas, estéticas y morales; pero no podía, por un acto de intuición reflexiva, atribuír a su propia libertad el origen de esas creaciones, que consideraba como revelaciones de un espíritu superior, de una inspiración ajena a su voluntad. La tendencia natural del espíritu a perseguir lo mejor, encontraba una barrera invencible en la cristalización de las ideas tradicionales y en la dura corteza de los hábitos adquiridos, así como en la fuerza imperativa de las leyes tutelares del orden establecido y la actitud coactiva del principio de autoridad. La imaginación creadora, síntesis de la actividad del espíritu libre, que podía explicar la naturaleza del yo real, era considerada como una fuerza perturbadora de ese orden, por los productos nuevos que en él podía introducir. Sus obras artísticas, destinadas a la contemplación estética, tendían a convertirse en símbolos de la vida religiosa. El orden, como conservación de lo tradicional, como repetición de lo conquistado al través de grandes vicisitudes, se afianzó así, más todavía, perdiendo su carácter de medio, de instrumento de la inteligencia y de la acción, su condición de relativo a la actividad, a la que estaba destinada a servir, para convertirse en fin último y adquirir los caracteres

de absoluto, de eterno y de universal, como obra de un espíritu divino ordenador, que imponía ese fin, expresión de su voluntad infinita.

El movimiento de la Reforma no modificó sustancialmente esa actitud de la conciencia humana. La libertad de pensar, con independencia de la tutela religiosa, no cambió el concepto determinista del orden, porque no extrajo de la conciencia misma, directamente, ese principio como expresión de un sentimiento consciente de actividad sin coacción. Esa libertad consistió en una reacción contra la autoridad eclesiástica, con móviles y fines prácticos igualmente. Sus causas y efectos se desarrollaron en el ámbito de la vida social, en el dominio de la vida política, con la que se enlazaba la función eclesiástica. Los reformadores más notables fueron adversos al libre albedrío, como se ha visto.

El Renacimiento tiende a independizar el pensamiento científico de esa misma tutela; pero la ciencia, engendrada por el principio de orden, excluía, como excluye, toda intervención extraña a la actividad puramente cognoscitiva, aspirando aún a explicar el deber ser por el ser. El riguroso determinismo científico favorecía la eliminación de la libertad interna, considerada, en este caso, como trastornadora de la ciencia pura. El poderoso movimiento artístico, operado en esta época, no influye sobre la ciencia; al contrario, recibe más bien la influencia ordenadora del espíritu clásico, penetrado de intelectualismo, y sacrifica el sentimiento de libertad, que inspira a los artistas anteriores al siglo XVI, para fundir en formas clásicas el sentimiento religioso de la época. El hombre profundo, el hombre libre, como diría Bergson, se complace en cubrirse con las bellas vestiduras con que exhibió el espíritu helénico su debilidad interior. Verdad es que el genio artístico tiende siempre a revelar lo que hay de libre en la conciencia, aun cuando se inspira en la realidad vivida exteriormente; pero esa libertad interior del genio, interpretando la realidad o idealizándola en sus símbolos artísticos, si bien ilumina las conciencias y las hace sentir la libertad que las anima, no crea una luz permanente, sino fugitiva, que dura mientras dura la emoción estética libertadora. La influencia del arte del Renacimiento no creó, por eso, una filosofía de la libertad, ni suscitó siquiera una orientación opuesta al intelectualismo helénico, que imperó en su época con toda la fuerza de una felicidad reconquistada.

Ese intelectualismo, reforzado vigorosamente por el desarrollo de la ciencia, se ha mantenido hasta hoy, no obstante las polémicas de los filósofos, circunscritas dentro de los límites del problema del conocimiento, planteado desde Sócrates y reproducido en la lucha de individualistas y universalistas, de sensualistas y racionalistas, de positivistas y metafísicos. Lo que se ha sostenido siempre, en el fondo, ha sido el principio del orden; la discusión ha versado sobre la naturaleza y jerarquía del orden, sobre el criterio con que debe ser apreciado y establecido. El origen y fin de ese debate ha sido simpre, directa o indirectamente, práctico; la forma especulativa con la que se ha presentado, ha tenido el mismo carácter que asume la ciencia pura, cuando se presenta aislada de la experiencia que le sirve de base y de su aplicación que le da su razón de ser. Profundizando esos debates, se encuentra la necesidad de conducir a la voluntad en su acción exterior, la necesidad de asegurar el éxito de sus esfuerzos en su lucha con la naturaleza, lucha en la que la libertad interior, la libertad desinteresada, la libertad estética, la verdadera libertad no tiene cabida, porque no realiza ese fin práctico de la vida económica, ejecutado por el hombre superficial, por el hombre naturaleza.

Convertido en fin el orden, que sólo es un medio, la diversidad de fines atribuídos a la vida ha creado, naturalmente, órdenes diversos, incluídos dentro de un orden. El orden lógico, orden en los conceptos, orden puro, orden de pensamiento, que se refleja en la construcción de la ciencia, ha sido método e instrumento: método para pensar, instrumento para actuar. De allí la distinción entre el orden de las cosas coexistentes y el orden de las cosas sucesivas, el orden en el espacio y en el tiempo, el orden estático y el dinámico, el orden causal y teleológico o final, que se han aplicado a los diferentes seres y fenómenos, haciendo los órdenes del mundo físico y del síquico y social, objetos de las diversas ciencias, y el orden universal objeto de la filosofía como ciencia universal. Al lado de los órdenes síquico-sociales, como son el orden económico, el orden político, el jurídico, el moral, el religioso y el estético, se colocaron las formas prácticas, las formas útiles de la libertad: el libre cambio, la libertad política, la libertad civil, la libertad moral, la libertad de culto y el arte libre. Pero la libertad en sí, la libertad síquica, quedó intacta, porque su carácter desinteresado la excluía de esas formas. Se estudió su acción externa y el orden en que debía desenvolverse; pero esa misma forma fué considerada co-

mo una tolerancia, como una concesión inevitable otorgada al desórden, como una conquista a la que se resignaba el orden establecido y sancionado por cánones o normas.

Esta manera de considerar la libertad al través de la resistencia de su medio ambiente, como una idea negativa, opuesta a la positiva de orden, ha diversificado, por otra parte, su sentido, presentándose a la consideración del filósofo bajo fases muy ditintas. Hoffding, en su tratado de Moral, ofrece hasta cinco significados de la palabra libertad aplicada a la voluntad humana.

El solo y único sentido, que, hay que considerar en el debate sobre "la libertad de la voluntad", dice ese filósofo, es aquel, según el cual una voluntad "libre" no está sometida a la ley de causalidad, no forma, como los demás fenómenos, uno de los términos de una serie causal; es únicamente causa, sin ser efecto. La libertad, en ese sentido, podría llamarse "libertad causal". En ella se establece el conflicto entre el determinismo que la niega y el indeterminismo que la admite. Querer *libremente* implica aquí, querer sin *causa,* sin depender de ningún antecedente.

Libertad puede, luego, significar sencillamente *ausencia de coacción exterior.* Por consiguiente, no están aquí excluídas *todas* las causas, sino tan sólo aquellas que se encuentran fuera de la personalidad que quiere. Es libre todo aquel cuya resolución de pasar al acto no impide ninguna fuerza externa. Así la libertad de la acción, más bien que la de la voluntad, es la que aquí se considera.

Libertad puede significar también *libertad de toda coacción interior.* Dícese a menudo de una volición nacida de la pena o del temor, que no es libre, por oposición a la que resulta del placer o de la esperanza. La voluntad "libre" tomada en este sentido, es lo que, en el lenguaje corriente, se llama nuestra buena voluntad.

En un cuarto sentido, la "libertad" significa el *poder,* la *fuerza,* y la *capacidad* de la voluntad. Trátase aquí de saber, cuánto puede hacer la voluntad, nó en qué medida depende o no de los antecedentes. Se puede ser indeterminista y, por consiguiente, pensar que la voluntad no está determinada por ningún antecedente, admitiendo, a la vez, que esta voluntad libre tiene muy poca importancia en el mundo. Por otra parte, se puede ser determinista y, por lo tanto, pensar que la voluntad está enteramente determinada por los antecedentes, y, no obstante, admitir, que esa voluntad determinada desempeña en el mundo

un papel considerable. Muy fácil es confundir este sentido de la palabra con el primero de la libertad causal, como se ve por el uso que los indeterministas hacen del vocablo "poder". Hablan de la libertad como del poder de establecer un comienzo absoluto. Pero si distinguen entre el mismo comienzo real y el poder de establecerlo, entonces la voluntad, la volición real, se torna, con toda evidencia, en dependiente de su "poder". No obstante, según un indeterminismo riguroso, nada debe preceder a la voluntad libre, ni siquiera el poder; pues si la palabra "poder" tiene un sentido, debe designar las condiciones que nuestra naturaleza requiere para que podamos ejecutar cierta acción. El poder de la voluntad no puede razonablemente significar más que las condiciones internas necesarias para que la volición se produzca.

Muy a menudo se entiende por "libertad" de la voluntad la libertad de elección, el poder de escoger. Ahora bien, la elección no supone en modo alguno que la ley causal cese de aplicarse. Supone solamente que se poseen las ideas de varios actos posibles sobre los cuales reflexionamos o establecemos comparaciones. La determinación del acto que debe ejecutarse no depende ya desde entonces de un impulso momentáneo o de pasajeras emociones, sino que la provoca un debate interno entre una multitud de ideas, de imágenes y de sentimientos. La "libertad" no significa aquí lo contrario de la necesidad, sino de la ceguera. La libertad de elección manifiesta una necesidad más profunda, más compleja de lo que hace el acto producido por las emociones y los impulsos pasajeros. La voluntad libre significa aquí, la voluntad en su madurez, consciente de sí misma y que, no obstante, en el momento de la elección, dice: no *puedo* hacerlo de otro modo. Al espectador de fuera es fácil que le parezca que el hombre hubiera podido, en aquel mismo instante, querer, así mismo, lo contrario. El espectador externo no conoce las condiciones internas que hacen inclinar la balanza, y la concepción popular desempeña, ordinariamente, respecto a la voluntad, el papel de un simple espectador externo. La libertad de elección no contradice el determinismo ni origina el conflicto.

Por último, la palabra "libertad" puede designar la *voluntad gobernada por motivos morales.* En este sentido, sólo el hombre de bien es libre. Es preciso suponer aquí una evolución mental tan alta y un hábito tan poderoso, que la conciencia pueda tomar una importancia decisiva en cada deliberación y cada resolución. Pero esto supone, a su vez, manifiestamente, la exis-

tencia de un vínculo causal psicológico. Es indispensable, que la necesidad o la ocasión de obrar pueda entonces despertar la conciencia, en virtud de las leyes que rigen la asociación de las representaciones entre sí o con los sentimientos. Libertad significa aquí, que ciertos pensamientos han obtenido predominio y rechazado otros. La libertad es aquí lo opuesto de servidumbre a las tendencias y a las pasiones sensuales y egoístas. A veces se la llama libertad verdadera o superior. No tiene absolutamente nada que ver con el conflicto del determinismo y del indeterminismo.

Hoffding prescinde, en esta enumeración, del significado de la libertad considerada como actividad creadora, que es libre por ser creadora y es creadora, precisamente, por ser libre, por no repetir sus efectos, como la actividad mecánica, por renovarlos constantemente en dinamismo evolutivo, que engendra la duración heterogénea, como demuestra Bergson. Sólo la actividad estética ofrece esa forma de libertad, que, sin oponerse a su propia causalidad, ni a la necesidad representada por la resistencia, responde al impulso del espíritu hacia lo mejor, hacia un ideal, que aspira a la expansión interior sin resistencia, que expresa la actividad creando su propio orden y su ley propia; actividad que supone, sin embargo, la resistencia, porque, sin ella, agotaría, en un instante, toda su virtualidad.

La libertad estético es, por eso, inseparable del orden, y en sus creaciones artísticas ha ofrecido esa doble faz de la armonía clásica, que era un orden en el que la libertad tenía el carácter de una no-coacción, de un equilibrio, y de la armonía romántica donde la libertad, rompiendo ese equilibrio de la imaginación escultórica, buscaba en el infinito del lirismo una armonía trascendente, universal, mística, inefable.

Esta libertad, que en sus creaciones de símbolos cada vez más sintéticos y expresivos de la vida interior, constituye ideales conductores de la humanidad, ofrece a la Moral esos tipos de perfección, que ésta no sólo admira, sino que impone en forma de preceptos, a la conducta, convirtiéndolos en dogmas que la conciencia acepta como obra suya, porque el orden que establecen es el orden al que aspira libremente la voluntad.

La filosofía contemporánea, al introducir el principio de creación como criterio para explicar toda la realidad, partiendo de la realidad síquica, ha variado completamente la base de la especulación; ha dejado de construír sobre la ciencia, organización que comprende un solo aspecto de la vida consciente, para

levantar su edificio sobre el arte, despues de haber hecho de la libertad la esencia de la actividad artística, que comprende la realidad interior toda entera, actuando en forma de imaginación. La filosofía no puede encerrarse dentro de las formas vacías de lo abstracto: "no puede prescindir de la imaginación" ha dicho Eucken, al analizar el problema del conocimiento en el estudio de las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo. Si el libre empleo de imágenes es expuesto a riesgos es preciso afrontarlos; porque "si la filosofía quiere transformar en libertad toda nuestra existencia y transportarnos de un mundo dado a un mundo de nosotros, formado por nosotros, es preciso que acepte también los riesgos de la libertad".

Se comprende ahora perfectamente la inmensa importancia que la nueva filosofía ha de tener en la estética futura destinada a explicar un mundo ideal, en donde el pensador debe buscar y encontrar la solución radical de todos los problemas que se derivan de la libertad concebida como poder de crear formas nuevas y progresivas. Superada la oposición aristotélica entre lo teórico y lo práctico, fundada exclusivamente en una doble finalidad de la razón, por otra más radical y comprensiva entre el orden y la libertad, entre la ciencia y el arte, que son sus expresiones respectivas, entre una orientación fragmentaria y artificial del espíritu y su dinamismo completo y absoluto, la filosofía ha de ser estética, sicología y metafísica estética, filosofía, de la libertad desinteresada, trascendente y universal, de donde se deriven las normas de lo práctico, de lo útil, de lo que constituye la particularidad en la vida del hombre, en sus relaciones con las cosas y con los otros hombres.

Creación, libertad, arte, actividad imaginativa, expresiones de una misma idea, opuestas a las de repetición, orden, ciencia y actividad lógica, serán los nuevos elementos del criterio filosófico en lo porvenir, contra los que luchará siempre el hombre objetivo, el hombre utilitario, que aspira a confundirse con la naturaleza para usufructuar sus leyes, como el místico que renuncia a la expansión interior, para ser absorvido por la divinidad y encontrar allí el reposo absoluto. Esa lucha será inacabable, porque expresa las cuatro formas fundamentales del espíritu, que no se concilian: la expansión exterior, la concentración interior, el equilibrio y la expansión interior, reducidas las tres primeras a la forma del orden, y siendo la última la realidad viviente, percibida en sí, por un esfuerzo de la intución filosófica, la verdadera libertad, confundida casi siempre con la inde-

pendencia, forma negativa de esa realidad, concebida al través de la resistencia y traducida en actos prácticos dirigidos hacia lo útil como fin de la vida. Elevarse sobre lo útil, superar sus límites posibles y penetrar en el dominio de lo desinteresado y universal, tal es el objetivo de esa nueva filosofía, encaminada a purificar la conciencia humana de ese egoísmo con el cual rompe siempre la contínuidad de la vida, reduciéndola a fragmentos que hacen imposible la solidaridad de las conciencias individuales e inexplicable el desarrollo de la vida en la naturaleza.

El espíritu práctico ha triunfado con sus instrumentos del orden, de la autoridad y la ley, denominaciones bajo las que se oculta la fuerza conservadora de la tradición inmemorial; y ha triunfado por una ley económica del menor gasto de energía para obtener el mayor efecto, mediante la que Avenarius trata de explicar la historia de los problemas de la vida. La energía con la que ha actuado la idea de orden, afirmada por el sentimiento tradicional de conservación, ha superado, en mucho, a la tensión del espíritu individual creador, que no ha podido desarrollarse con amplitud, sino en forma revolucionaria exterior, ni ha adquirido la conciencia reflexiva de su poder creador en los momentos en que la inspiración ha forjado la obra de arte y el acto libre o cuando, rotos los hábitos sociales, ha perseguido estérilmente una felicidad que sólo podía alcanzar mediante una evolución interior, apercibida en sí misma, a la luz de una intuición directa, en una poderosa concentración de la conciencia.

¿Llegará a tenerla hoy, despues del terrible fracaso sufrido por una civilización edificada exclusivamente sobre el principio de utilidad? El valor estético, en el que se apoyan los valores moral y religioso ¿continuará reducido a su condición de puro lujo, bajo la influencia abrumadora del pseudo valor económico? ¿Romperá el impulso de libre creación, definitivamente, la corteza con que la actividad habitual lo tiene esclavizado en servicio de lo útil? He allí el problema del porvenir.

Cuando el filósofo alemán Eucken denunciaba el fracaso de la tentativa de fundar la felicidad sobre bases exteriores, combatiendo el materialismo económico; cuando se lamentaba de que la Alemania de los poetas y filósofos se hubiese convertido en un país de eruditos y técnicos, preveía los desastres de la guerra que ha terminado y formulaba ese problema que el futuro debe solucionar. "Falta, decía, a nuestra civilización, no obstante la grandeza de su obra, la concentración de la vida en sí misma, que da al hombre un sólido apoyo y la conciencia de una

relación interior con el conjunto de la realidad y que hace de la vida una labor grandiosa y rica en perspectivas". ¿Cómo obtener esa concentración sin volver a caer en el misticismo, que anula la libertad interior y hace infecunda la vida exterior? ¿Cómo llegar a un nuevo concepto estético de la vida en el que predomine la libertad interior, purificando la expansión exterior? ¿Cómo conseguir que la libertad pueda crear su propio orden y al interés egoísta sustituya el desinterés moral, al fin particular, el fin universal, al pseudo valor económico, el valor estético? He allí el problema, que debe resolver la estética futura.

A. O. DEUSTUA.

Tempestad

En la claridad del día,
toda llena de luz topacio,
viene lejana la nube sombría
volando en el espacio.
Da el relámpago fulgor repentino,
truena el seno tempestuoso,
ábrense los ojos al Destino
y palpita el corazón angustioso.
Súbito cae la sombra en la pradera
que antes radiaba al sol tropical.
y temerosa inclina la palmera,
como si un femenino dolor la poseyera,
su rumorosa cabellera
vegetal.

Cae la lluvia como un latigazo
que azota a las frondas,
y se hacen río de turbias ondas
todas las sendas que al campo envuelven en su abrazo.
Ya sobre los árboles y el corazón
ruge el trueno y amenaza el rayo,
mientras los ojos al relámpago están ciegos,
y en el desmayo
la ilusión
es toda llena de esperanzas y de ruegos.

Mas todo pasó;
bajo la lluvia, ya el trueno lejano,
ensayan las aves sus alas para el vuelo;
su clamor acalló
el oceano
y por un claro rincón comienza a verse el cielo.

Renovado y sereno aparece el paisaje,
con risa de niña, tras el sueño sombrío
que puso notas de espanto en su follaje.
Y mientras todo calla,
sólo potente brama el río
en cuyo cauce estrecho el agua sube
y borrascosa y turbia batalla,
llevando en las espumas aun algo de nube.

¡Oh, tempestad en el cielo y la pradera,
pasajera
voz de espanto,
oh, lluvia, celeste llanto,
si como vosotras fuera
este manso dolor del alma mía,
si en ella se desatara el vendaval
y rugiera, viva como el trueno, la pasión,
y nó este monótono mal
hiriese siempre igual
al corazón!

El alma entonces renacería,
como la naturaleza, toda iluminada,
tras la tempestad, en el celeste resplandor,
y tendría
esta paz, esta plena dulzura perfumada
de tierra húmeda, de follaje y de flor.

ENRIQUE BUSTAMANTE Y BALLIVIAN.

Crónicas de París

LA "SOCIETE DES PRISONS" Y EL PROYECTO DE NUEVO CODIGO PENAL DEL PERU.

La "Societé Générale des Prisons" de París ha dedicado una sesión especial, celebrada el 25 de junio, al estudio del proyecto de código penal presentado en el Congreso Peruano por la Comisión Mixta Parlamentaria.

Es éste uno de los pocos casos en que una alta institución jurídico- científico de Europa se ocupa de un proyecto de legislación sudamericano. No por desdén o indiferencia de los intelectuales europeos, sino por la inercia y el aislamiento voluntario en que viven nuestras instituciones jurídico-técnicas, que no se preocupan de mantener relaciones con los centros similares extranjeros.

Por igual razón, es probable que la autoridad científica de la institución a que nos hemos referido sea ignorada en el Perú, fuera del círculo reducido de algunos especialistas. Sin embargo, su intensa labor data de muchos años atrás y su prestigio e influencia son universales.

La "Societé des Prisons" fué fundada en 1877 para contribuír al mejoramiento del sistema penitenciario, por medio de reuniones periódicas dedicadas a examinar las cuestiones relativas al régimen de los establecimientos penitenciarios, por medio de publicaciones periódicas y especiales, y, por un concurso activo prestado a las comisiones, sociedades y obras de patronato, formadas para prestar ayuda material y moral a los individuos que han extinguido sus condenas.

Pero, en el curso de sus labores durante más de 40 años, traspasando el límite de sus funciones y ampliando sus fines esenciales, la Sociedad de Prisiones ha extendido su acción a todo el campo del derecho penal. Ya en las sesiones que celebra cada mes, ya en las monografías que contiene su importante órgano le publicidad la "Revue pénitentiaire et de Droit penal", las materias tratadas no son únicamente las relativas al régimen de las prisiones sino todas las que tienen relación con el derecho penal.

Esta ampliación de su programa y de su influencia es muy explicable si se considera que la Sociedad concentra en su seno a los más eminentes penalistas franceses. Su presidente actual, reelegido en la sesión del 18 de diciembre del año pasado, es M. Emile Garçon, profesor de derecho criminal y de legislación penal comparada en la Facultad de Derecho de París. Garçon es el tipo del maestro de "la Sorbonne". Tiene la sencillez y el entusiasmo de un joven estudiante. Bajo su presidencia, las sesiones de la Sociedad dan la impresión simpática de una reunión familiar. No pronuncia con voz solemne frases sacramentales. Estrecha amablemente la mano a todos los concurrentes y rompe el hielo de las reuniones académicas con alguna frase espiritual que conduce la discusión a un terreno de cordialidad y de buen humor. Interviene en los debates por medio de interrupciones breves, profundas bajo su apariencia de simplicidad. Se percibe en el ambiente el valor de su autoridad intelectual y de la simpatía personal que inspira a sus colegas y discípulos.

Uno de los presidentes honorarios de la Sociedad es M. Alfred Le Poittevin, profesor de legislación y de procedimiento criminal en la Facultad de Derecho. Es un maestro de gran prestigio en la Sorbona. Su forma de expresión es elegante y vigorosa. Tiene, también, la sencillez y modestia características de los grandes intelectuales europeos. Su palabra es siempre escuchada con respeto y simpatía.

Secretario General de la Sociedad es M. R. Demogue, profesor agregado en la Facultad de Derecho y cuyos estudios sobre la reparación civil tiene merecida fama en todo el mundo.

En la sesión que la Sociedad de Prisiones consagró al proyecto de Código Penal Peruano, estuvieron presentes, además de los tres profesores citados, M. Larnaude, Decano de la Facultad de Derecho; M. Prudhomme, Secretario General adjunto; M. Ivanovitch, Profesor de la Universidad de Belgrado, el señor Alejandro Alvarez, miembro del Instituto de Derecho

Internacional de Chile, varios otros profesores, y numerosos estudiantes de derecho penal de la Universidad de París. Concurrió también, especialmente invitado, el autor del proyecto doctor Víctor M. Maúrtua, quien en esa fecha se hallaba en esta capital como uno de los delegados del Perú en la Conferencia de la Paz.

Sirvió de base de discusión el "rapport" de M. René Roger, doctor en derecho y candidato a la agregación de las facultades de derecho. M. Roger comenzó por referirse al motivo que había determinado al Presidente de la Sociedad a poner este asunto en la orden del día de la sesión. M. Garçon recibió un ejemplar del proyecto que le fué enviado por su autor. Su lectura le despertó vivo interés por las tendencias progresistas en que está inspirado. Entonces lo puso en estudio en la sala de trabajo de derecho penal que dirije en la Facultad de Derecho, haciendo traducir sus partes principales y analizándolas comparativamente con las leyes francesas, en colaboración con sus discípulos. Después de este estudio preliminar, juzgó que el proyecto era digno de ser conocido y discutido en las sesiones de la Sociedad de Prisiones como uno de los más apreciables exponentes del progreso de la legislación penal en los países de América, confiriéndole a él el honor de hacer su exposición sintética.

Entrando en materia, manifestó M. Roger, después de una ligera relación de los antecedentes del proyecto, que, dada la importancia de la parte general, juzgaba útil concretar su informe a ella, con cargo de estudiar la parte especial en otra sesión posterior. Con el maravilloso don de síntesis y de claridad que poseen los jóvenes intelectuales de Francia, M. Roger expuso admirablemente los lineamientos generales y los puntos principales del proyecto peruano, llamando la atención de un modo particular sobre los capítulos relativos a la condena y a la liberación condicionales, al tratamiento de menores, al internamiento perpetuo, al sistema de las multas, al de la reparación civil y algunos otros. Dijo que el principio capital en que está inspirado el proyecto, la individualización de la pena, es uno de los principios consagrados por la doctrina penal moderna que las legislaciones contemporáneas avanzadas se esfuerzan en aplicar y que, en este sentido, el nuevo Código Penal del Perú incorporaría a ese país entre los de más avanzado progreso jurídico en el campo del derecho penal. Refiriéndose al sistema de penas del proyecto, hizo una reserva relativa a su extrema suavidad, comparando algunas penas de la legislación francesa con las

equivalentes del proyecto, y puso en duda que las necesidades de la represión exigieran en el Perú una penalidad menor que en Francia.

Finalmente, después de algunas observaciones de detalle relativas a ciertos artículos de interpretación dudosa, sintetizó su juicio diciendo que el código peruano sería un código progresista que podía servir de modelo en muchos puntos a los legisladores franceses.

El presidente M. Garçon felicitó al informante por la manera como había cumplido el encargo que le confió, presentando un bosquejo nítido del proyecto del eminente profesor de la Universidad de Lima, señor Maúrtua. Ratificando algunos de los juicios emitidos por M. Roger y rectificando otros, hizo un elogio caluroso de algunas de las disposiciones del proyecto, particularmente de las relativas a la sustitución de la pena de muerte por el internamiento perpetuo, a la condena y a la liberación condicional, y a la sustitución del sistema clásico de multas por un nuevo y original método de graduación que tiene por base la renta probable del condenado. Por último, invitó al autor del proyecto, presente en la sesión, a que tomara parte en el debate ilustrándolo con las explicaciones que fueran indispensables.

El profesor Maúrtua, accediendo a esta invitación, agradeció el honor que la Sociedad le había conferido al invitarlo a sus deliberaciones, y, particularmente, la bondad y el generoso espíritu de su presidente M. Garçon al interesarse en la reforma que el Perú ha de realizar en su legislación penal. "La reforma contenida en el proyecto que consideráis,—dijo—,es urgente en nuestro país. Nuestro código es el código francés de 1810. Pero el legislador peruano no había seguido el paso del legislador francés. Y, mientras vosotros habíais roto los antiguos cuadros e incorporado una serie de principios nuevos, nuestras leyes de represión habían quedado durante medio siglo inmovilizadas en sus antiguos marcos de penalidad abstracta y rígida, sin contacto con las realidades de la vida social moderna y, lo que es peor, librando por entero la seguridad de los intereses públicos a medidas mecánicas dictadas por los jueces sin la necesaria unión entre la función de éstos y la de la ejecución de la pena que no debe ser más que una prolongación de aquélla. Nuestros males son mayores todavía porque no tenemos la hermosa institución democrática de vuestro *jury*, que ha introducido en Europa la individualización impuesta por el juego mismo de la vida antes que la ciencia la hubiera reconocido como indispensable a la jus-

ticia y que la ley la hubiera sancionado como resorte de eficacia para el cumplimiento exacto de los fines de la penalidad.

"Nuestro proyecto está basado en los dos trascendentales principios que los profesores franceses han esclerecido y difundido en los medios intelectuales y legislativos del mundo y que han inspirado los proyectos suizo, danés y argentino, que, como el nuestro, están pendientes de su sanción. Estos principios son la individualización de la pena a que acabo de referirme, y la inmanencia de la representación, en el sentido de que todo atentado contra el orden jurídico debe ser seguido, por una conexión moral de necesidad, de una coerción punitiva que sea bastante a satisfacer la conciencia pública y que dé seguridades para el porvenir."

Refiriéndose a la crítica de M. Roger relativa a la suavidad de las penas, manifestó que "la latitud de las penas del proyecto es mayor que la de la legislación vigente en el Perú, aun cuando comparada con la de otras legislaciones pueda parecer demasiado suave. Pero ello obedece a las necesidades de nuestro medio. Nuestro país desciende de las poblaciones quichuas mezcladas con los conquistadores españoles sólo en las costas. La mayor población es la indígena. Su carácter es dulce, su constitución moral no demanda represiones severas ni prolongadas. En la delincuencia no domina la nota de depravación ni la peligrosidad permanente de los agentes de infracciones. Así puede explicarse la orientación adoptada en la escala de nuestras penas privativas de la libertad."

"La organización de esas penas no puede prescindir de considerar el estado real de los establecimientos penales. Donde no hay casas bien constituídas y técnicamente dirigidas de reclusión y de prisión, las penas que actúan sobre los hábitos de las personas deben ser arregladas de modo que por su larga duración no produzcan un daño moral superior a las ventajas de una seguridad mecánica transitoria. Cuanto menos perfectas sean las prisiones las penas privativas de la libertad deben ser menos prolongadas. En estos casos las prevenciones sociales y los resortes de educación en la vida colectiva pueden sustituír provechosamente a la engañosa severidad de las penas de larga duración."

Terminó el profesor Maúrtua expresando a la Sociedad de Prisiones, su homenaje de respeto y de reconocimiento en nombre de la Universidad de Lima, "la más adherida entre las Universidades de América a los ideales de la ciencia francesa."

En el animado debate que siguió a este discurso, tomaron parte los profesores Larnaude, Demogue, Prudhomme, Le Poittevin y algunos otros. M. Le Poittevin dijo que había leído el proyecto con el mayor interés, encontrando que sus artículos son de una perfecta precisión jurídica". Si hay soluciones discutibles o sobre las cuales debe hacerse ciertas reservas (—lo cual es inevitable en una obra tan considerable—) —agregó—hay otras que podrían servir de modelo o ser estudiadas como principios de reforma en las demás legislaciones. La disposición del art. 40 que permite al juez imponer condiciones especiales, cuando acuerda el beneficio de la condena condicional, es excelente. "He expresado a menudo mi anhelo de que nuestra ley Bérenger fuera reformada en ese sentido, en vez de atenerse en todos los casos a la única condición legal de no cometer nuevos delitos en el tiempo de prueba de cinco años. Las condiciones especiales determinadas por el juez cuando hay lugar, según los delincuentes, son un medio muy juicioso de asegurar su buena conducta y su reforma moral, y por consiguiente de alcanzar el fin mismo de la institución de la condena condicional".

"En varios artículos del proyecto se nota la preocupación de reparar el daño causado por el delito. El cuidado del legislador por esta reparación es absolutamente justo, no sólo (y esto es natural) bajo el punto de vista de la víctima que merece que se tome interés en ella, sino porque es un punto de vista imcompleto considerar que la pena basta para reafirmar el derecho: el Derecho no es verdaderamente reafirmado, social y objetivamente, sino cuando se le restablece directamente o por equivalencia (siempre que la víctima no renuncie a él); aun si el culpable ha sufrido una pena, las cosas permanecen en estado de desórden jurídico, cuando el daño causado por el delito o el crimen no es reparado en la medida de lo posible. Por otra parte, esta obligación de reparación es moralizadora para el culpable."

"Es también una disposición muy interesante la del art. 27, inc. 6, "por la cual el juez puede prohibir ciertas profesiones: es, en efecto, un medio adecuado de reprimir el abuso culpable de una profesión, la indignidad que el delincuente ha revelado, sea para que el delincuente no reincida, sea para que esta pena aparte de cometer abusos semejantes a los posibles imitadores".

"La cuestión de las multas es siempre compleja. El sistema adoptado en el proyecto peruano tiende a establecer una igualdad, no aparente, sino real, calculando la pena pecuniaria según

la renta del condenado (art. 22); es evidente que con multas determinadas sin esta consideración se corre riesgo de exigir demasiado a los que tienen poco y sobre todo de imponer una suma irrisoria a los que tienen mucho. Hay otro sistema muy recomendable para los delitos de lucro y de ganancia criminal; consiste en determinar la multa en proporción a la ganancia ilícita esperada o realizada y en castigar así al delincuente por el lado mismo de su inmoralidad, lo que es a la vez justo y ejemplar. El proyecto adoptado en ciertos casos este procedimiento, por ejemplo en los arts. 326 y 361."

El futuro código penal del Perú, en conclusión, dijo el profesor Le Poittevin, "es una obra notable de ciencia penal que conduce a las inspiraciones más elevadas de justicia y de utilidad social, que debe entrar en el dominio clásico de los estudios de los criminalistas y que hace mucho honor a quienes lo han redactado."

Invitado por el Presidente, tomó la palabra el diplomático chileno señor Alejandro Alvarez, adhiriéndose a las felicitaciones hechas al autor del Código y deplorando no manifestar su opinión sobre algún punto concreto por ser diferente el campo de sus estudios.

Habiéndose insinuado en el curso del debate el interés que tendría para Francia y sus colonias la experiencia de la nueva legislación penal del Perú cuando llegara el momento de aplicarla, el profesor de la Universidad de Lima señor Lavalle, también presente en la sesión, sugirió a su vez, la importancia que tenía en los países sudamericanos el conocimiento de la legislación colonial francesa que en muchos puntos, por la semejanza del medio, podía servir de modelo para la reforma y para la debida aplicación de las leyes penales y civiles sudamericanas.

M. Garçon ofreció pedir un informe sobre la materia a un especialista francés. Y, clausurando la sesión, manifestó que el acta de ella se publicaría en un número especial de "La Revue pénitentiaire et de droit penal" y que se volvería sobre el estudio de la parte especial del proyecto cuando las labores de la Sociedad lo permitieran, agregando que era el propósito de ésta seguir de cerca la discusión y aplicación del nuevo código peruano, para ver los resultados prácticos de ciertas reformas, ya consagradas en principio.

Antes de cerrar esta crónica, quiero anotar el contraste entre el vivo interés científico que ha despertado el proyecto peruano en una institución extranjera y la inercia de análogas institucio-

nes de nuestro país frente a las reformas legislativas pendientes.

Hay que reconocer que a nuestros profesionales, absorbidos por múltiples y diversas ocupaciones en su profesión, en la política, en el magisterio, etc., no se les puede exigir una consagración preferente a estudios de esa índole. Los especialistas europeos están en una situación absolutamente ventajosa porque pueden consagrar su vida entera a un orden de conocimientos para el cual se han preparado desde su juventud sin desviar su actividad por otros caminos.

Pero el trabajo multiforme de nuestros hombres de estudio no les exonera en absoluto de la obligación de colaborar en problemas de vivo interés nacional. Formulados ya los proyectos de nuevos códigos sustantivo y procesal, la reforma de nuestra legislación penal, urgentemente reclamada por el lamentable atraso de los códigos vigentes, no requiere ahora sino un último impulso. La tarea consiste en revisar los proyectos, armonizarlos uno con otros, en una palabra, perfeccionarlos, recogiendo todas las sugestiones y críticas que se hayan emitido dentro y fuera del país.

CESAR A. UGARTE.

París, Julio de 1919.

Lucano y La Farsalia

Greslou, en su estudio sobre Lucano y *La Farsalia*, considera como medio sumamente adecuado para conocer las características fundamentales de la decadencia literaria, un examen comparativo entre *La Farsalia* y *La Ilíada*. La profunda unidad de inspiración, la armonía con que aparece concebido el poema homérico, la clara y natural apreciación de las cosas que en él se observa; y la deformación de los conceptos, los retóricos arranques de un lirismo caprichoso, la desorientación, en una palabra, que ofrece la epopeya de Lucano son, a los ojos del crítico francés, los elementos de contraste en que debe buscarse la solución del problema. Para él la decadencia literaria no es, como suele pretenderse, un resultado de la corrupción de las costumbres, sino efecto de aquel extravío y confusión en las ideas, de aquella ofuscación que caracteriza en determinadas épocas a las sociedades y que, invadiendo por ley fatal la conciencia del individuo, influye desastrosamente en las creaciones del artista. Sin pararnos a examinar en su vasta amplitud los alcances y el fundamento de esta observación sobremanera interesante, no podemos menos de reconocer que los caracteres con que Greslou marca la índole de los poemas citados al señalar el fundamental contraste que entre los dos existe, convienen en lo absoluto con la naturaleza de ambas epopeyas.

La tendencia declamatoria, que propende a exagerar calculadamente las cosas, es un elemento de extravío para el mismo que usa de ella, pudiendo afirmarse que más o menos lo padece ya quien se determina a entrar en su vía aparatosa. Tal ocurre en Lucano, espíritu brillante y de peligrosa sugestión que surge en la decadencia de las letras romanas.

Vamos a examinar en este trabajo las distintas faces en que la propensión declamatoria daña a la obra cuyo estudio hacemos.

Desde su comienzo échase de ver la influencia nociva de esta propensión. Lucano da, efectivamente, principio a su poema diciendo que va a cantar una guerra "más que civil"—expresión con que sin duda pretende sugerir la crueldad de la lucha entre Pompeyo y César, dado que suelen figurar las guerras civiles entre las más encarnizadas y feroces. Bien se ve lo inadecuado y artificioso de este lenguaje. Ello sólo bastaría para comprender que nos hallamos ante una obra de la decadencia. La espontaneidad, vida de la inspiración, es lo único que puede legitimar la hipérbole. Una expresión audaz que no arranca del calor del sentimiento, sino de un triste juego con las ideas nunca puede ser sublime sino ridícula. Pensar que allí hay vida valdría tánto como atribuírsela a un cadáver galvanizado. Cuando la intensidad del sentimiento rompe la lógica de la expresión, es siempre la verdad, una verdad interna llena de fuerza propia la que se abre paso a través del aparente absurdo de la forma, pero cuando es el mismo pensamiento el que se empeña en alterar el curso de su marcha normal para comunicar al estilo brío y gallardía, se confunde lamentablemente la fuerza con la hinchazón. Y la hinchazón es un síntoma de decadencia porque es un síntoma de muerte. Si el arte tiene arraigo en nuestra propia vida debe ser sincero antes que nada. ¿Qué viene a ser el artificio sino la actitud del que sale de su propio yo? Y el yo es, en último resultado, la fuente de todo arte verdadero. El artista podrá volver los ojos al exterior, pero mirará siempre dentro de sí, pues, en definitiva, las cosas le ofrecen la imagen de su espíritu, espíritu *multiforme* que se proyecta y se ama en ellas y que a ellas va como el personaje mitológico que contemplaba las fuentes por descubrir su propia imagen en el fondo. El fenómeno que señalamos, evidente en el género lírico, se realiza también en la poesía épica. Verdad que esta última exige del poeta que se disimule, que se eclipse, en cierto modo, ante la magnitud de los hechos que relata, que no se yerga en el seno de la narración formulando su sentir personal, sus impresiones y juicios; pero esta aparente anulación de la personalidad del artista, que ha llevado a calificar la epopeya como una acción que se relata por sí sola, como una voz de los hechos mismos, ¿supone acaso que el autor no haya puesto en la obra mucho de su alma, que no se haya compenetrado íntimamente con los hechos materia de sus cantos? Se disimula, es verdad, pero se halla presente.

Volvamos a nuestro poeta. Castelar, en un discurso en el que, con un espíritu muy distinto del que inspiró a Boileau los siguientes versos:

> "Tel s'est fait par ses vers remarquer dans la ville
> Qui jamais de Lucain n'a distingué Virgile",

pone al autor de *La Farsalia* sobre todos los poetas latinos, se esfuerza en presentar esta obra como un poema épico que llena las exigencias de su género y, con tal objeto, hace valer la circunstancia de que refleja fielmente las ideas de su siglo en filosofía, en religión y en política. No necesita más para concluír en pro de la *objetividad* de la obra. "El poeta lírico—dice—puede transformar en su mente y en su corazón todas las ideas recibidas de su siglo: el poeta épico no debe aparecer en su obra, a manera de esos sublimes arquitectos de la Edad Media que ideaban y construían una maravillosa catedral y no se curaban de escribir sus nombres ni en una sola piedra." Todo esto es verdad pero, si bien ello puede servir al ilustre crítico para ciertas observaciones que hace sobre la objetividad de *La Farsalia* debió traer a su mente el hecho de que Lucano se halla muy lejos de disimularse en una obra caracterizada por su ostentación lírica y que se puede considerar de principio a fin, como una serie de aparatosas declamaciones. Esto último nada tiene, por cierto, de objetivo y contraría fundamentalmente la índole del género épico. Convengamos en que *La Farsalia* no corresponde al tipo ideal de la epopeya. Algo digno de atención es que los elementos de extravío propios del espíritu declamatorio, que la atmósfera de artificio con que nuestro poeta envuelve todas las cosas, lo llevan a errores crasos al hacer la pintura psicológica de sus personajes. Veamos cómo describe a César, después de su triunfo de Farsalia:

"En cuanto la luz del día se extiende sobre aquellos desastres de Farsalia, su mirada (la de César) que nada puede distraer, se fija en el campo de la muerte. Deléitase en contemplar aquellos ríos que se han hecho más rápidos con los torrentes de sangre, aquellos montones de muertos que se elevan a la altura de las colinas; más allá, esos cadáveres agrupados que se aflojan y descomponen en espantosa disolución; cuenta los pueblos que obedecieran al gran Pompeyo. Se hace disponer un festín en un lugar que le permita reconocer los rasgos, las fisonomías de las víctimas. Encántase al ver que el suelo ha desaparecido a

sus ojos, que la tierra no le ofrece sino cadáveres por todas partes. ¡Contempla su fortuna y sus dioses en este océano de sangre! A fin de no perder nada del espectáculo de sus crímenes, espectáculo que lo maravilla y seduce, niega, en su bárbaro gozo, a aquellos desgraciados las llamas de la hoguera y envuelve la Tesalia en una atmósfera de miasmas contagiosos. El ejemplo del Cartaginés que por sí mismo sepultará a nuestros cónsules, que encendiera con su antorcha libia la hoguera construída para nuestros soldados caídos en Canas, no se hizo para recordarle los deberes que la humanidad impone hacia los enemigos. En su furor, que la carnicería no ha aplacado aún, niega este privilegio a sus conciudadanos. No pedimos ceremonias ni hogueras particulares, pedimos para todos esos pueblos una sola pira, que una misma llama los consuma a todos. O, si es que te place llevar el dolor al corazón de Pompeyo, amontona sobre los muertos los bosques del Pindo y del Eta, a fin de que vea arder sus llamas desde el mar". (1)

No nos ha determinado a hacer esta cita el deseo de mostrar a qué punto desfigura Lucano la verdad histórica, pero no resistimos tampoco a la tentación de transcribir el siguiente pasaje de las *Vidas Paralelas* de Plutarco, que se refiere también al combate de Farsalia. "Luego que César, entrando en el campamento de Pompeyo, vió los cadáveres allí tendidos de los enemigos, a los que todavía se daba muerte, prorrumpió sollozando en estas expresiones: "esto es lo que han querido y a este estrecho me han traído; pues si yo Cayo César, después de haber terminado gloriosamente las mayores guerras hubiera licenciado el ejército, sin duda me habrían condenado". (2) Lucano le describe, no obstante, como un monstruo que ostenta su ferocidad, es decir, no le concede ni aquel rudimentario sentido del bien que, en el supuesto de haber sido Julio César un malvado, habría tenido que acompañarle para que desempeñase con éxito su papel de gran caudillo. Si la hipocresía se puede considerar realmente como un homenaje que el vicio rinde a la virtud, es porque en el alma del hipócrita existe siquiera algún sentido de lo bueno, sentido imperfecto sin duda, pero que marca ya la diferencia entre el inmoral y el amoral. Ahora bien, el segundo no podrá ser jamás un gran caudillo. ¿Y no lo fué, acaso, Julio César?

(1).—Este, como los demás pasajes de Lucano que citamos en nuestro estudio, los hemos vertido de la traducción francesa de *La Farsalia* publicada en la colección de Panckoucke.

(2).—De la traducción de Ranz Romanillos.

Ya se le juzgue bueno, ya malvado, la descripción que Lucano nos hace de él no puede ser más absurda, ni pasar de la categoría de una ridícula invención lo del macabro festín en que nos le presenta en medio de los muertos. Aquí la inscripción del poeta latino remeda el delirio de la fiebre. ¡Tales son los extravíos del espíritu declamatorio! Lo más extraño resulta que en otro pasaje del mismo canto al que pertenece la descripción que hemos transcrito, nos dice Lucano que los remordimientos más espantosos agitaban durante el sueño el alma de César, la noche que siguió al combate de Farsalia. A fin de ponderar los horrores de la terrible batalla, presenta, con la lírica entonacióu que le es propia, al ejército vencedor asediado aquella noche mientras duerme por las siniestras imágenes del crimen, y termina la descripción, realmente vigorosa, de este cuadro diciendo que todas las visiones que atormentan a los soldados de César se suman y reúnen para ocupar el alma de su general. "¡Ah! —exclama refiriéndose a él algunas líneas más adelante— ¡Qué suplicios le apresta el remordimiento si, vivo aún Pompeyo, ha visto en su sueño la Estigia y los manes y el infierno pesar sobre su corazón!" Vemos, pues, que en el afán de acumular sus líricos anatemas sobre la persona de César, no renuncia el poeta a ningún medio: ya hemos comprobado que, exagerando el furor bestial que le atribuye, hace de él un hombre despojado de toda conciencia en la aceptación ética de la palabra, es decir que lo reduce a la condición de un perfecto amoral. Ello no obsta, sin embargo, para que, en otro lugar, nos lo exhiba debatiéndose en la tortura de un atroz remordimiento, ¡cómo si el remordimiento pudiera generarse sin un sentido moral, sin lo que vulgarmente se entiende por conciencia! El César de *La Farsalia* aparece, pues, como un tipo absurdo y contradictorio. Creación del aparatoso lirismo de Lucano, dista mucho de reunir los caracteres de un ser viviente y surge en el poema como una simple cristalización de declamaciones.

Hemos visto la deformación de un carácter por efecto de aquella propensión de Lucano que hacemos el objeto central de nuestras observaciones en el presente estudio. Vamos a presenciar ahora la deformación de un estado de espíritu producida por la misma causa. Pompeyo, fugitivo de Farsalia, llega a Lesbos, donde se reúne con su esposa Cornelia. Abatida ésta por el dolor, el héroe le dirige algunas palabras encaminadas a infundirle ánimo para soportar la desgracia, oídas las cuales, Cornelia le responde así: "¡Oh! ¿Por qué no me llevó el destino

al odioso lecho de César, esposa desgraciada nacida para el daño de aquellos a quienes me une la suerte? Dos veces he costado ya dolores al mundo. Erina y las sombras vengadoras de los Crasos han presidido mi matrimonio. Objeto de horror para esos manes, he llevado a tu campamento todo el infortunio que uniera a las armas de aquéllos. He arrastrado los pueblos a su ruina y hecho desertar a los dioses de la santa causa de la libertad. ¡Oh ilustre esposo mío! ¡Héroe noble de quien no fuí digna! ¿Es posible que la fortuna se haya arrogado tales derechos sobre tu gloriosa existencia? ¿Por qué esos impíos lazos que debían hacerte desgraciado? ¡Ah! Castígame; lista estoy a expiar mi crimen. Si es necesario para que el mar te sea más propicio, más leales los reyes y más adicto el universo, hiéreme y esparce los fragmentos de tu compañera en medio de las olas. ¡Cómo no he podido comprar tus éxitos con mi vida! Expíe ella, pues, al menos, los desastres de que soy causa. Dondequiera que tu sombra habite, ¡oh tú que con la guerra civil te vengas de mis nupcias!, ven, Julio, gózate en mi suplicio; apaciguada por la muerte de tu rival odiosa, ¡ah! perdona, perdona a su esposo." He aquí lo que se llama un discurso. Creemos inútil pararnos a mostrar lo estudiada que aquí aparece la aflicción de la dolorida esposa pues una simple lectura del pasaje transcrito basta para que sea apreciado en su verdadero y justo valor.

No debe causarnos extrañeza la intensidad con que la propensión oratoria se destaca en *La Farsalia* ya se trate del estilo de toda la composición, ya de la frecuencia con que pronuncian discursos los personajes que en ella se mueven, pues en tiempo de Lucano el culto de la elocuencia había degenerado en manía. Los retóricos a quienes se encomendaba la educación de la juventud ejercitaban a sus alumnos en vanos torneos de oratoria sutil y efectista. Propendíase por todos los medios a la afectación. El arte se desvinculaba más y más de la vida. Una sublimidad aparatosa y hueca tendía a llenarlo todo, desfigurando a porfía la realidad. Se olvidaba que la sinceridad es la madre del arte y que con ella solamente puede alcanzarse la sublimidad verdadera, la que *convence*, la que se impone y avasalla. La sinceridad artística contiene siempre elementos de acierto que, en una forma o en otra la vinculan a la realidad. El romanticismo, verbigracia, en sus mismos arranques de idealismo utópico responde a una orientación del espíritu humano y por la verdad con que la refleja—y téngase en consideración que la refleja con la sugerencia propia del arte y nó, por cierto, en calidad de mero

síntoma—es un trasunto fiel de la realidad ambiente en la etapa de su florecimiento. El arte propiamente dicho se identifica siempre en el fondo con lo real. Pero el hecho de que aceptemos la sublimidad romántica en virtud de considerar la creación estética como una forma palpitante en que la realidad se agita y se prolonga y nó como la fría reproducción fotográfica de las cosas ¿podrá llevarnos a admitir la hueca hinchazón con que en la decadencia de las letras romanas se remeda lo sublime apelando a los *procedimientos* de una retórica sutil y contorsionada?

El siglo de Séneca y Lucano prueba mejor que ningún otro cuán difícilmente prospera la elocuencia en un medio donde no existe la libertad. Por extraña aberración este arte se cultiva entonces con tan singular, con tan obsesionante empeño, que casi todas las producciones literarias de la época llevan impreso el sello de la oratoria. Significativa muestra de cómo el espíritu pierde su vigor y se aproxima a la muerte a medida que la libertad se extingue.

Pero esta última que, durante el gobierno de Nerón, agitábase en sorda protesta y que, si bien ofendida, no había desaparecido del todo en su humana raíz, dicta a la pluma de nuestro vate felicísimos rasgos. ¿Y cómo nó, si el amor a la libertad es ya una forma de la libertad misma? Ponen aquellos rasgos de manifiesto las extraordinarias dotes naturales que, como poeta, adornaban al cantor de *La Farsalia.* Para tenerle por gran artista bastaría leer sólo el siguiente pasaje. Aludiendo al hecho de haber preferido darse la muerte a caer prisionera del enemigo la tripulación del barco de Vulteyo, dice así: "Y después del ejemplo dado por estos héroes ¿no comprenderán las naciones faltas de ánimo cuán accesible es la virtud de libertarse de la servidumbre por una muerte voluntaria? Pero se teme a los reyes porque disponen del acero; la libertad gime bajo la opresión de las armas; no se quiere comprender que si se dió el hierro al hombre fué para que no hubiera esclavos. ¡Oh muerte! ¿Por qué no eres negada a los cobardes? ¿Por qué no eres tan sólo el premio del valor?"

Este acierto notable, tal vez el más brillante de *La Farsalia,* descubre, con ser tal, a un ojo experto el conceptismo literario de aquel entonces. Así, puédesele considerar como una flor de decadencia. No corresponde diversa apreciación a otro pasaje en el que, después de narrar cómo rechazara Catón, cuando atravesaba al frente de un ejército torturado por la sed las ardientes arenas de Libia, el agua que le ofrecía un soldado, arro-

jando, lleno de indignación, al suelo el casco en que se la brindaba, nos dice el poeta que este poco de agua así vertido fué bastante para calmar la sed de todo el ejército. Al considerar estos rasgos como flores de decadencia no pretendemos tacharlos de ningún modo, es decir, encaminar directamente a ellos nuestra censura, pues aquí el conceptismo asoma discretamente logrando insinuarse en una forma llena de seducción para el gusto literario más severo. ¡Lástima, sí, que tales aciertos correspondan a una estructura espiritual que condena a tántos extravíos!

Aunque uno se halle muy poseído del lazo que une a éstos con aquéllos, llama vivamente la atención que el mismo poeta de los dos pasajes que acabamos de citar pueda ofuscarse en sus momentos poco felices al punto de incurrir en los deplorables, en los monstruosos desatinos de las alabanzas que prodiga a Nerón en el primer canto de *La Farsalia.* Leyéndolas no se sabe, a la verdad, cuál queda peor parado, si el hombre o el poeta. Choca la presencia de estas adulaciones en una obra donde no faltan, por cierto, pasajes que hubieran podido mover la cólera del tirano. Ello se ha intentado explicar recordando las dos etapas de las relaciones entre Lucano y Nerón. Séneca, preceptor de Nerón y tío del poeta, fomentó la amistad de este último con el joven príncipe, amistad que se desenvolvió al principio, sin contratiempo alguno, pero que celos artísticos vinieron a turbar posteriormente. Cuéntase que, habiendo declamado los dos amigos en una actuación pública, movió Lucano con tal eficacia el entusiasmo del auditorio, que, olvidado éste de toda contemplación al soberano, dió al poeta cordobés el premio del certamen. Desde entonces le prohibió Nerón a Lucano que declamara sus versos en público. Alégase, como decíamos, el cambio sobrevenido en la amistad de ambos para explicar las dos actitudes que respecto de la autoridad imperante asume Lucano en *La Farsalia.* Esta explicación puede muy bin armonizar con la que tiende a disculpar hasta cierto punto las extremosas alabanzas suponiéndolas escritas durante la época en que, reprimiendo Nerón sus feroces instintos, afectaba nobles y bondadosas inclinaciones. Sobre este punto observa un autor francés que sólo un tirano puede sugerir tan serviles elogios y que jamás un buen príncipe fué ensalzado en tan triste forma. Aunque la experiencia no haya confirmado de una manera muy constante este juicio sobre las adulaciones a los príncipes, la observación es muy digna de tomarse en cuenta, máxime si ca-

be una hipótesis más natural y humana que las dos referidas para poner en claro la cuestión que se plantea. Lucano, el que lamentaba la pérdida de las antiguas libertades de Roma, el que respiraba odio hacia Nerón, como, entre otras cosas, lo prueba el hecho de haber conspirado contra su autoridad, era también un palaciego hecho a todos los disimulos de la vida de corte. ¿Por qué extrañar, pues, que hubiese en *La Farsalia* pasajes adecuados a cortesanas lecturas a la vez que otros cuya comunicación tendría el poeta buen cuidado de restringir a reuniones de carácter íntimo, esperando el momento de la libertad, momento que aguardaría Lucano ansiosamente para difundir su obra con la profusión apetecida?

Hay en el espíritu del hombre una mezcla extraña de grandezas y miserias, de grandezas y *pequeñeces*, que estriba en la íntima estructura de la naturaleza humana. Vése debido a ella, verbigracia, cómo pueblos enteros que, olvidados de sí mismos, se dejan invadir y corroer por la desmoralización, surgen de repente ricos en las más nobles virtudes para responder en las horas de prueba a la voz misteriosa de los grandes destinos históricos. Tal es la extraña dualidad que, ya en una forma, ya en otra, acompaña al hombre. Pues bien, ella se destaca con extraordinario relieve en el espíritu del gran poeta a cuyo estudio consagramos estas líneas. Tácito nos relata su muerte llena de arrogancia. Condenado a morir, descubierta que fué la conjuración en que tomara parte contra el hijo de Agripina, hízose abrir las venas, y mientras la vida se le iba extinguiendo, declamaba los versos en que describe la muerte de un joven mordido por una víbora y al que por todos los poros hacía el veneno destilar sangre. ¡Y el hombre que así sabía morir había llevado poco antes la infamia al extremo de acusar a su propia madre como cómplice de la conjuración, esperando por medio tan vil y repugnante poner en salvo su existencia! ¡Qué ruín, qué nauseabunda bajeza la de este rasgo! y ¡qué gallardía, qué altiva arrogancia la de aquél! ¿No se ofrece aquí un significativo ejemplo, un ejemplo extraordinario de aquella amalgama de grandezas y miserias que presenta el espíritu del hombre?

No creemos, por cierto, que el temperamento artístico haya de ir unido forzosamente a la rectitud moral, pero no podemos negar, sin embargo, que entre los elementos morales del espíritu y la actividad estética propende a establecerse una armonía. Bien se deja ver que no siempre esta armonía se produce, pues aunque tanto la moral como el arte tienen su común raíz en

aquello que ofrece la vida de más íntimo y profundo, ocurre, entre otros fenómenos, que la tendencia del arte a vivirla en formas múltiples, su curiosidad insaciable, induce muchas veces al espíritu por sendas más o menos extraviadas y peligrosas. La curiosidad, como se ha dicho, es una de las fuentes del pecado. Existe un tipo de criminal aventurero—y el romántico Espronceda lo ha definido con energía en su *Canción del pirata*—que se puede considerar realmente como el de un artista extraviado a quien devora insaciable sed de sensaciones, a quien posee la necesidad de saborear ávida y desatentadamente la vida. Escuchemos al pirata que aquel poeta nos describe:

"En las presas
yo divido
lo cogido
por igual:
sólo quiero
por riqueza
la belleza
sin rival.

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar."

Sin embargo, como decíamos antes, existe una tendencia a la armonía entre los factores morales del espíritu y la actividad estética, tendencia que, aún en los casos que aparece más contrariada, se suele dejar sentir y que pone en el mal mismo tonos de gallardía que, hasta cierto punto, lo llegan a ennoblecer y como a transfigurar.

Lejos, pues, de negar la importancia de los vínculos que unen armoniosamente la moral con el arte, aunque sin exagerarla tampoco, muy justa razón nos asiste para afirmar, teniendo en cuenta, a más de otras consideraciones, el respeto a la virtud dentro del cual se desenvuelve la inspiración de Lucano, que la formación moral del espíritu de este poeta habría marcadamente superado a lo que fué si, en vez de una poesía aparatosa y de-

clamatoria, hubiese cultivado una poesía sincera, una poesía sentida con verdad. (1)

No ha mucho que nos llamaba la atención lo visible que en él resulta esa amalgama de grandeza y de miseria que ofrece el corazón humano. Había, sin duda, en su alma elementos de gallardía y arrogancia que hubieran dado mejores frutos al calor de un arte menos alejado de la verdad. No se le puede negar a Lucano el sentido estético de las acciones ni la capacidad de dar a éste, en momentos determinados—que no siempre por cierto— trascendencias prácticas en su propia vida. Sin embargo, *La Farsalia* nos ofrece, en orden a la apreciación de los actos humanos, extravagancias que ponen de manifiesto la influencia que ejercían, de una parte, el poeta extraviado sobre el hombre y, de otra, el hombre extraviado sobre el poeta. Ambos se descaminan y pierden, rebosando satisfacción por entre huecos y aparatosos conceptismos. Prueba elocuente de ello es el discurso con que Catón justifica su entrada en la guerra civil. Citaremos al menos sus primeras frases pues trátase aquí de extravíos inherentes al espíritu declamatorio cuya consideración reviste carácter esencial en nuestro estudio. Habla Catón: "El más espantoso de los sacrilegios se prepara: ¡la guerra civil! Pero el Destino nos arrastra. Hombres virtuosos, avanzad sin temor, seguidle: de los dioses será el crimen si yo me hago culpable." Este criterio moral es sencillamente incomprensible. Como muestra del extravío que padecía a veces en Lucano el sentido estético de las acciones, se puede citar el pasaje en que se complace en narrarnos de Catón—estoico para quien, según la expresión del mismo Lucano, el amor no era sino la reproducción de la especie—que, habiendo comprobado la fecundidad de Marcia su mujer, se la cedió a su amigo Hortensio a fin de que diese nuevos hijos a penates nuevos y uniese dos ilustres familias. Esta relación se hace para explicar el segundo matrimonio que el estoico personaje contrae con Marcia una vez que muere

(1).—Tal es nuestro parecer, bien que en esta delicada cuestión de las relaciones entre la moral y el arte no deba perderse de vista que la sensibilidad estética, en virtud de su índole peculiar, puede manifestarse y desenvolverse en las condiciones requeridas para llenar cumplidamente su misión sin que para ello sea forzoso que guarde una estricta correspondencia con la manera de ser y obrar del artista, con lo que entenderíamos por su carácter o psicología personales.

Hortensio, matrimonio que Lucano describe dando a su estilo la más grave y pomposa entonación.

Encaminado este trabajo a examinar las distintas formas en que la nociva influencia del espíritu declamatorio se deja sentir en *La Farsalia,* es decir, orientado a investigar defectos, pecaría de severa estrechez si en él no hiciéramos las referencias del caso al siglo de nuestro poeta. Más arriba hemos indicado ya cómo la manía oratoria y conceptista imprime carácter a la literatura de aquel tiempo. Agregaremos que las doctrinas del estoicismo, en boga por entonces, contribuían a marcar esta corriente. No vamos a decir nosotros si la ética estoica, tildada generalmente de olvidar en sus severos principios la verdadera condición de la naturaleza humana, es una doctrina a las veces más ostentosa de elevación que práctica y si constituye, por decirlo así, una forma hasta cierto punto *declamatoria* de la idea moral. Lo que sí afirmamos sin temor alguno es que este sistema estudiado en la Roma de Nerón en calidad, más que nada, de gala filosófica adecuada al brillo de las disertaciones y llegado a hacerse moda entre los retóricos de su corrompida sociedad, no podía menos de revestir los referidos caracteres de ostentación y aparato. No es esto ciertamente decir que tales notas ahogasen en lo absoluto la bella y noble elevación del estoicismo, ni negar que hubiese en Roma, así almas selectas, dignas, en toda la extensión de la palabra, de entregarse a su estudio, como espíritus de menor talla en que dicho sistema de moral filosófica tuviese algún eco, bien que precario y relativo. La misma altiva aceptación de la muerte que hallamos en la historia de nuestro poeta no fué, sin duda, ajena a la sugestión de la doctrina estoica, por mucho que otros rasgos de su carácter pongan de manifiesto los estragos de aquel siglo corruptor.

Tal la época y tal el hombre. Así por su vida como por sus escritos fué, pues, Lucano un tipo representativo de la sociedad romana de los tiempos de Nerón, de aquella sociedad extraviada dentro de cuya vorágine rasgos hay en que fugazmente centellea la luz de los principios estoicos como centellea la luz de los relámpagos en el seno de una noche tempestuosa.

Lima, agosto de 1919.

JUAN FRANCISCO ELGUERA.

Mieses de Francia

De Albert SAMAIN.

LA VACA.

Rucia, en el verde prado que el mediodía inunda,
la yerba entre las fauces camina lentamente;
su pecho musculoso se contrae potente,
y sacude sus flancos la cola vagabunda.

Entre los recios muslos se desborda turgente,
hinchada cual un odre, la gran ubre rotunda,
de donde ingente mana, interminablemente,
la leche, río sacro que a la tierra fecunda.

Grave y dulce, ella vive del ritmo vegetal;
pesa la voz difusa del buen suelo natal
sobre su mole llena de augusta lentitud;

y cuando el sol le envía sus llamaradas hoscas,
los grandes ojos húmedos, donde hierven las moscas,
abre y entorna a medias, llena de beatitud.

De Emile VERHAEREN.

DULCES MONJES.

(1886)

Hay ciertos dulces monjes de tan serenas almas
que debieran sus manos llevar rosas y palmas.

Irguiérase sobre ellos el finísimo velo
de un palio azul, muy pálido, como el azul del cielo,

y sus pies, en las ásperas llanuras de la vida,
senda de oro y de plata verían extendida:

a través de los lagos marcharían sin penas
    como un cortejo blanco de azucenas.

Son monjes cuyo espíritu, llama de un cirio ardiente,
a la Muy Santa Virgen adora ingenuamente;

son por ella encendidos, y estrella de los mares
la proclaman, y lumbre de espacios estelares;

al viento, en su alabanza, dan su voz de clarines,
con los labios tan puros como los serafines;

y por rogar, de tánto dolor y ardor cubiertos,
    tienen los grandes ojos muy abiertos.

Son los que se le entregan con tan hondo delirio
que su fe templarían al fuego del martirio,

y a los que Ella, queriendo su fe recompensar,
en dulces noches de éxtasis les da el Niño a besar.

De Emile VERHAEREN.

EL EXODO.

(1893)

Casi arrastrándose, paso ante paso,
—frente cargada, corazón laso—
entre la noche, por la gran ruta,
se va la pobre gente de aquí,
la pobre gente que bebe lluvia,
que masca vientos, que fuma bruma.

No tienen nada:
sólo, absoluta,
tienen la nada delante de ellos
y el infinito de la gran ruta.

Cada cual lleva,
y en un cayado terciado al hombro;
cada cual lleva,
y en un pañuelo, como un atado;
muerto el asombro,
cada cual lleva,
cambiando a un tiempo de mano y hombro,
y en pañuelo, para esta andanza,
la envejecida tela raída de su esperanza.

Allá, muy cerca de un bosque helado,
—bosque desnudo, sin floraciones—
la hospedería de lo ignorado:
hurgan y saltan sobre sus tejas
las ratas viejas
y los ratones.

Entre el mohoso bosque tirita
el paradero desconocido;
con su techumbre como un harnero,
y con el muro todo comido,
y con el brazo de su letrero
que da a los vientos un descarnado hueso roído.

. . . .

Cabeza débil, pensar mezquino,
pero de fiera testarudez,
gente negada, gente sin tino,
es esta pobre gente que marcha sin altivez;
sólo en centavos su vida cuenta,
y es en centavos como lamenta,
penosa y dura, su desnudez.
Marcha vencida,
ya con su gato, ya con su perro,
ya con un pájaro entre la tosca jaula de fierro,
y con un sólo medio de vida:
beber su pena, matar su rabia, no ver su herida.
Y así, gastados los pies, y el alma enmohecida,
la pobre gente, guiada sólo por lo fortuito,
dejando casa, dejando tierra, como demente,
marcha entre sombras al infinito.

Tras sí las madres van arrastrando sobre los suelos
las densas tropas de andrajozuelos
que, de sus faldas, entre balidos
y tambaleando, corren, prendidos.
Con mil guiñadas,
los viejos fijan, allá en el fondo de sus miradas,
por vez postrera,
sus obscuro y duro rincón de hastío,
que el agua muerde,
que el cierzo muerde,
que muerde el frío.
siguen los mozos a las mujeres,
mas sin el ímpetu de otros días por los placeres,
sin rebeldías ni crispaciones
al ver deshechas sus alegrías;

cuerdas parecen sus largos brazos,
y aquellas manos—ahora manos del alma inerte—
vigor no tienen para cerrarse, mostrando el puño,
contra la suerte y contra la muerte.

.. ..

En tanto, lejos, sobre horizontes desvanecidos,
entre la noche, bajo los graves cielos pesados y renegridos,
con la alta frente resplandeciente
como un Tabor para el dolor,
—alucinando a la pobre gente que hay en los campos—
con sus abismos llenos de lampos,
con el miraje de su tesoro
y con su aliento rojo y sonoro,—
entre la noche como un portento se ve brillar
la ciudad fuerte de yeso y bronce y estuco y mármol y fierro y
(oro,
—tentacular.

ADAN ESPINOSA SALDAÑA.

Ytáberá - Agota

(LA CALCEDONIA.)

Leyenda guaraní.

Al exégeta y folklorista peruano señor Rómulo Cúneo Vidal, amistosamente.

I

En busca de pedernal para la punta de su lanza, el bravo *Ñandú* (1) se internó en una sierra que le era desconocida. Llegado que hubo a la cima de un cerro enhiesto y elevado, descubrió a sus pies un paisaje tan nuevo para él como raro y hermoso.

Percibió *Ñandú* escondido entre verdes collados, un tranquilo lago en cuya superficie azul había varias canoas y, en sus márgenes risueñas muchas chozas de junco, que indicaban la existencia de una población de la cual no había tenido noticia jamás. Esa población presentaba la apariencia de hallarse sin habitantes, pues no se divisaba persona alguna en las calles que formaban las alineadas y graciosas viviendas.

Picado de la curiosidad, decidió el indio bajar del monte y observar de cerca la aldea y el lago desconocidos. Sin vacilaciones ni temores realizó en poco tiempo sus deseos y escondiéndose entre las tupidas espadañas que crecían en las orillas de este último, pudo mirar por largo rato, sin peligro de que nadie se apercibiera de su presencia. No había allí más que muje-

(1).—"Nandú" Guaraní: avestruz.

res. Eran jóvenes y bellas y llevaban faldas de telas multicolores y diademas de plumas raras y delicadas. El silencio era profundo. Aquellas mujeres parecía que se entendieran entre sí sólo por señas, pues ninguna hablaba con las otras. Se hallaban como en éxtasis en las puertas de sus chozas, contemplando al sol que se hundía majestuoso en la púrpura regia de un horizonte crepuscular admirable.

Un rumor que llegó a los oídos del guaraní, procedente del lago en cuyos bordes se había ocultado, le hizo volver la mirada hacia ese sitio y presenció con terror una escena inesperada e impresionante.

Una hermosa joven luchaba en su canoa con un enorme *yacaré* (1) que pugnaba por saltar a la débil barquilla. La infeliz se defendía con la pala de remar, pero el feroz animal consiguió trepar al fin en la canoa en un extremo de la cual se refugió la joven defendiéndose siempre con el remo.

La muerte de la india era segura si no tenía una ayuda rápida y eficaz. *Ñandú* no vaciló. Armó su arco y lanzó, una tras otra, varias flechas que se clavaron certeras en el cuerpo del terrible anfibio, cayendo éste convulso al lago en cuyas aguas se hundió, tiñéndolas con su sangre.

Asombrada la india por la misteriosa ayuda que se le acababa de prestar, escudriñó con su mirada sutil el sitio desde el cual habían partido las flechas. *Ñandú* no tuvo tiempo para ocultarse. Su alto penacho de plumas de avestruz fué divisado por la joven y él sirvió de guía a ésta para hallar la persona que buscaba.

—¡Un Hombre!,—exclamó consternada, clavando sus grandes ojos negros en el espadañal tras el cual se había guarecido su salvador. Y empujó la canoa con brazo vigoroso, tratando de apartarse del paraje donde se encontraba *Ñandú*. Pero muy pronto cambió de propósito, pues haciendo virar la barquilla la dirigió en derechura a los juncos desde donde el charrúa observaba atento todos los movimientos de la india.

Cuando alcanzó la orilla halló allí al mancebo, que no había tratado de ocultarse esta vez, subyugado por los extraordinarios encantos de la desconocida.

—¿Quién eres?—interrogóle ésta, al mismo tiempo que le lanzaba una mirada fiera y escrutadora,—¿quién eres tú, que te atreves a pisar este sitio prohibido para los de tu sexo, este si-

---

(1).—"Yacaré".—Guaraní: cocodrilo de América.

tio donde viven las vírgenes consagradas al culto de Tatá-ayohí"? (1)

—Soy,—respondió el indio,—un forastero que ha tropezado al azar con este refugio sagrado, que no hubiera intentado violar jamás a saber que existiese.

—Tu respuesta franca me agrada,—exclamó la doncella, endulzando su acento,—eres sincero, lo dicen tus ojos, y si ellos no han visto nada de lo que esconden nuestras viviendas, ni el secreto de nuestros ritos, puedes marchar, prometiendo que nunca más pretenderás volver aquí.

—Nada he visto; nada conozco; y Tupá (2) es testigo de que digo verdad.... Pero, la promesa que quieres arrancarme, es dura y cruel, puesto que, esos mis ojos que has invocado, te han admirado una vez, ¡oh virgen de soberana belleza!, y difícilmente podrán resistir al deseo de mirarte de nuevo.

Dijo el charrúa, y echó a correr veloz como el venado por los inmensos campos desiertos, en tanto que la hermosa vestal del fuego purificador, quedaba absorta ante las frases y la acción del bizarro extranjero que acababa de salvarle la vida y le expresaba claramente, al separarse de su lado, que iba a volver todavía.

Inmóvil, clavada en el mismo sitio desde el cual había interrogado al charrúa, permaneció la doncella largo rato. Siguióle con la vista hasta que le vió perderse detrás de las más altas colinas, y, luego, lanzando un hondo suspiro, encaminóse lentamente al poblado.

II

Volvió el mancebo un día y otro día y recorrió anheloso los alrededores del lago, buscando a la virgen de los ojos negros fascinantes, cuyo misterioso hechizo turbaba su espíritu y ocupaba por completo su pensamiento.

Pero la virgen no parecía; ella esquivaba su presencia, temerosa de un encuentro que podría hacer peligrar sus sagrados votos.

El charrúa sufría una pena infinita que se reflejaba en su semblante abatido y en el cambio brusco de su carácter, que de

(1).—"Tatá-ayohí".—Guaraní: Fuego purificador.
(2).—"Tupá".—Guaraní: Dios. El Gran Espíritu.

alegre y decidor que era, se transformó en melancólico y reservado.

Muchas lunas transcurrieron de la misma suerte, hasta que, una tarde en que se sintió dispuesto a todo, volvió a hallarse frente a frente de la mujer a quien ya amaba con verdadero frenesí.

Y ocurrió que cansado de atisbar en el sitio acostumbrado, tomó la decisión de penetrar en la misma aldea, aun a riesgo de ser visto por sus reclusas moradoras y violar sin quererlo el secreto de sus misteriosos ritos y costumbres.

Esperó la hora crepuscular para llevar a cabo su intento. Las cabañas estaban cerradas y no se percibía ruido alguno dentro de la población, cuyas calles se hallaban desiertas.

Su primer pensamiento fué el de que las sacerdotisas habían abandonado su tranquilo refugio, a consecuencia de haber sido descubierto por un hombre de otra tribu; pero, al cabo de un largo rato de explorar de uno a otro extremo el apacible lugar, su sutil oído sintió un extraño rumor que partía de las cercanías, algo así como un canto místico de voces femeninas, suave y armonioso.

Muy pronto pudo el enamorado charrúa orientarse. El rumor procedía de un monte vecino, al que trató de aproximarse con cautela, para lo cual le favorecía la escasa luz de la hora, pues la noche se iba avecinando. A medida que se acercaba al monte, los cánticos se acentuaban y parecían tener su origen en un local subterráneo.

No se equivocaba el gentil, pues llegado que hubo al pie del cerro, se encontró con la entrada de una gruta débilmente alumbrada por el reflejo de luces interiores. Sin hesitar siguió avanzando hasta donde le fué posible, para observar, sin ser visto, a las personas reunidas en aquel recóndito sitio. Protegido por el ángulo de una roca pudo entonces contemplar un cuadro bello y curioso.

En un recinto de enorme amplitud lleno de nacaradas estalactitas, alumbrado por numerosas teas, cuya luz le daba un aspecto fantástico, se hallaban reunidas, en torno de un hornillo central muchas mujeres jóvenes y bellas, vestidas con blancas túnicas de lino. Entonaban cánticos extraños, arrojando al mismo tiempo sobre la lumbre polvos aromáticos que embalsamaban con sus vapores el ambiente.

Largo rato duró la singular ceremonia de las vírgenes del fuego purificador. El charrúa contemplaba extático y arrobado

aquellos ritos plenos de encanto para sus ojos, en los cuales nunca había soñado durante su vida ruda y selvática. Cuando las vestales terminaron el culto del día, fueron una a una abandonando, silenciosas, el recinto.

Una sola quedó en la gruta. Era la virgen encargada de conservar encendido el fuego por la noche. Y esa virgen era aquella por quien suspiraba el mancebo... La sorpresa y alegría del gentil estuvieron a punto de traicionarle haciendo conocer a la vestal, antes de tiempo, su presencia en el secreto santuario; pero pudo dominar el primer impulso y esperar a que las otras vestales se hallasen lejos de allí, para arrojarse a los pies de la que amaba.

Cuando creyó llegado el momento oportuno abandonó su refugio y se dirigió, sin vacilaciones ni recatos, hacia el interior de la iluminada gruta, donde la gentil doncella se ocupaba a la sazón en avivar el sagrado fuego de la hornilla, dando la espalda a la entrada del recinto.

El rumor de los pasos del indio, llamó la atención de la joven, quien volvió bruscamente la cabeza para ver la persona que entraba allí a hora tan dessusada; y con profundo asombro se halló con el hombre cuya presencia temía y esquivaba.

Irguióse la virgen poseída de la más honda indignación, al par que aterrorizada ante el acto audaz y sacrílego del charrúa, y, lanzando a éste una mirada iracunda, exclamó:

—¡Sal de aquí de inmediato!.... Eres el primero que viola el sagrario de las vestales del fuego purificador; ¡y puedes dar gracias a que me liga a ti la gratitud, de lo contrario tu temeridad te habría costado la vida en este mismo sitio y momento!...

—No he dado este paso atrevido para retrocer cobardemente ante las amenazas y reproches que esperaba de antemano oír de tus labios. Contaba con tu indignación, sabía que mi conducta iba a ser execrada; que tendría que correr graves riesgos si penetraba en el misterio de tus ritos y violaba este sagrado lugar. En todo esto pensaba antes de venir aquí. Ya ves pues, virgen hermosa y adorable, que nada puede arredrarme, ni aún la muerte, que si viene de tus manos será de infinita dulzura para mí. Fuerza es, pues, que me escuches....

El mancebo era bello y gallardo y hablaba en tono conmovido. Su mirada dulce y serena subyugaba a la doncella. La sinceridad más pura se traslucía en sus palabras.

La vestal estaba sosteniendo una terrible lucha interior. De un lado, las solemnes promesas juradas y, del otro, la incli-

nación irresistible que experimentaba ya por el osado y gentil forastero.

No pudo mantener por largo rato el continente del primer momento, tan fuertes e irresistibles son los mandatos de un corazón enamorado. Se suavizó su acento, se dibujó en su semblante una leve sonrisa plena de promesas de perdón, tal vez de más que eso, y dijo al charrúa, que esperaba sus palabras con ansiedad:

—Puesto que el paso que has dado ya no tiene remedio alguno, voy a escucharte "hembireco ymbaé"; (1) aunque el corazón me anuncia que la debilidad con que cedo a tus ruegos, ha de ser un día fatal para los dos. . . . .
. . . .

III

Y la gruta de afiligranadas estaláctitas, donde las vírgenes consagradas a *Tatá-ayohí* celebraban, tarde a tarde, sus ritos misteriosos, fué durante largas lunas lugar de cita para el enamorado *Ñandú* y la donosa vestal. Los jóvenes se amaban tiernamente, pero una nube de tristeza oscurecía de vez en cuando el semblante de la virgen; y en esos fugaces momentos de pena, recordaba ella a su adorador los presentimientos que la asaltaron cuando se vieron por vez primera en la soledad del santuario.

—"El corazón me anuncia que la debilidad con que cedí a tus ruegos, ha de ser fatal para los dos" . . . .
. . . .

Y llegó el momento tan temido por la india, aquel en que los *angá—tan* (2) de sobrenatural poder, a cuyo conjuro se hallaba consagrada, recobraron de súbito su maléfico dominio, realizándose así, fatalmente, los tristes presagios que tantas veces la acongojaron.

(1).—Hembireco-ymbaé" Guaraní: mancebo.
(2).—*Angá tan:* Guaraní: espíritus vengadores.

IV

—¡Hora es ya de que huyas conmigo para siempre de este sitio de cautiverio!,— exclamó suplicante *Ñandú,* que se hallaba arrodillado a los pies de la doncella junto a la sagrada lumbre, que se extinguía lentamente, olvidada por la hermosa en su éxtasis de amor.

—Si realmente me amas ¿porqué me quieres perjura?...... ¿Por qué me expones al justo y terrible castigo de los espíritus vengadores?......,—replicóle, ya vencida y resistiendo débilmente, la vestal.

—¡Para defenderte de ellos tienes el brazo invencible de Ñandú, que no te abandonara jamás!

La virgen resistió una última vez, pero sólo con la mirada de sus negras pupilas fascinantes, humedecidas por la emoción; y luego cayó en los brazos del mancebo, muda, palpitante, ebria de amor....... . .

Mas de pronto lanzó un grito de angustia, prorrumpiendo con acento desesperado al mismo tiempo que se desprendía de los brazos amantes que la estrechaban:

—¡El fuego se ha extinguido, *Ñandú!*.. ¡Nuestra felicidad ha muerto!....

Y al expirar en sus labios las últimas palabras, se estremeció la gruta, sacudida por un estruendo formidable, inundándola torrentes de líquido e hirviente mineral que envolvió a los amantes en un último y estrecho abrazo, para fundirlos después en su incandescente materia.

V

Cuando el mineral se enfrió, la gruta no existía ya. Pero, en su lugar, brillaba a la clara luz del día, una ancha zona de piedras transparentes en cuyas vetas polícromas se reproducían al infinito los brazos de los jóvenes que, se buscaban anhelantes, todavía, en las ansias de la muerte.

ORIOL SOLE RODRIGUEZ.

La Gran Guerra y el Organismo económico nacional

Tesis presentada por Hernando de Lavalle para optar el grado de Bachiller en la Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas. 88 páginas. Librería e Imprenta Gil.

Ha estado acertado el señor Lavalle, y merece que por ello se le felicite, al elegir el tema para su tesis de Bachillerato en la Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas. Si es verdad que no necesita demostración que la existencia del hombre depende de su aptitud para subvenir a sus necesidades, de lo cual se deduce que la vida económica es la condición fundamental de toda vida, no es de extrañar que sea un hecho indiscutible que, voluntaria o involuntariamente, empírica o científicamente, las actividades económicas absorban la mayor parte del tiempo y de las energías de los pueblos. Como el sencillo Monsieur Jourdain hacía cuarenta años que hablaba en prosa sin saberlo, así todos, pobres y ricos, sabios e ignorantes, hacemos *economía* sin darnos cuenta de ello. Lo que si sorprende, es que estudio tan importante como es el de las ciencias económicas, tan estrechamente relacionadas a la atinada resolución de problemas de los cuales dependen nuestro bienestar y nuestra felicidad, y aun la realización de ideales de la más elevada naturaleza, tenga entre nosotros tan pocos cultivadores. Desde el magro programa de estudios económicos actualmente en vigencia en la Universidad, y que va a ser ampliado, aunque insuficientemente, en la reforma proyectada, hasta los paupérrimos debates del Congreso y la muy escasa literatura nacional sobre cuestiones de economía, todo demuestra cuán poco difundidos se hallan en nuestro país

los conocimientos sobre tan importante materia, y qué considerablemente retardados estamos en apropiarnos de los progresos que en ella se realizan. Por eso nos congratulamos de que el señor Lavalle haya escogido para su tesis tema de tanto interés y actualidad, y nos permitimos alentarlo a que persevere en esta clase de estudios, para los cuales tiene manifiestas disposiciones, en la seguridad de que logrará distinguirse en ellos y hará positivo beneficio al país.

Decíamos en un artículo publicado hace algunos meses, en esta misma revista, que la guerra nos ha permitido observar en rápida rotación, cinematográficamente, interesantes fenómenos económicos que en épocas normales habrían necesitado decenas de años para desarrollarse. Interesante demostración de este aserto, en relación con nuestro país, es el libro del señor Lavalle. En el breve período de agosto de 1914 hasta la fecha, hemos pasado de la más angustiosa crisis, a la más sólida, bonancible y floreciente situación económica, y de la moneda exclusivamente metálica, al billete de curso forzoso, lo que en épocas normales parecería contradictorio; de entradas fiscales que no alcanzaban a Lp. 3.000.000, a una renta que bordea ya la suma de Lp. 6.000.000; de cambios con fuerte premio a favor de las monedas extranjeras, a la cotización de éstas con fortísimos descuentos; de públicos ansiosos de retirar sus depósitos de los bancos, a bancos que se ven obligados a bajar el tipo del interés sobre los depósitos porque el aumento de estos marcha más rápidamente que el de las inversiones. Y, corolario obligado de estas grandes y violentas transformaciones: los desequilibrios inherentes a todos los períodos de transición; la especulación, tan bien descrita con la palabra *profiteering* que han acuñado los ingleses; la creciente y no siempre acertada intervención del Estado; los sufrimientos de las clases medias, las últimas en todas las épocas y en todos los países en volver al perdido centro de gravedad económico; el agudizamiento irritante, por sus ostentosas manifestaciones, de los defectos del actual sistema de distribución de la riqueza; las huelgas, las reivindicaciones obreras con despuntes de maximalismo; y, por último, fenómeno casi exclusivamente nuestro, el contraste, digno de serias meditaciones, entre el progreso económico, en lo que se refiere al aumento de la riqueza individual y colectiva, y el estancamiento, quizás hasta el retroceso, en la vida política, institucional y municipal, en todos los órdenes de la actividad del Estado, en todo aquello que es obra de la voluntad, de la inteligencia, de la previsión, de lo

que es de adentro para afuera, no de afuera para adentro; en todo, en fin, lo que no es la fácil y agradable tarea de recoger el maná de los altos precios que no hemos contribuído, ni podido contribuír, a formar.

La mayor parte de estos efectos de la Gran Guerra en el organismo económico nacional, los estudia el señor Lavalle en su libro, sometiéndolos a la división de la economía política clásica, esto es: producción, circulación, distribución y consumo. Debemos declarar que no estamos muy conformes con este método, pues aparte de que dicha división va cayendo en desuso entre los tratadistas modernos, su empleo en el caso actual resta vida a un cuadro que habría resultado animadísimo si el señor Lavalle hubiera empleado para este particular objeto, no para fines didácticos, el método histórico, es decir, cronológico.

Así, por ejemplo, el señor Lavalle, por haber adoptado la división clásica, comienza su obra con el capítulo sobre la "Producción", en el que trata de la baja de los precios de los productos peruanos y de su ulterior reacción, cuando el primer efecto del estallido de la guerra europea entre nosotros, el que más conmovió el espíritu público y produjo la más inmediata intervención del Estado, fué la perturbación de la circulación monetaria y del crédito, que tuvo como consecuencias el feriado bancario, las moratorias y la introducción de la emisión fiduciaria después de casi cuatro lustros de régimen monetario exclusivamente metálico. Los dramáticos momentos de principios de agosto de 1914 y las animadas controversias de esa época están vivos aún en la imaginación de todos y creemos que la exposición del señor Lavalle habría ganado comenzando por ahí.

Dentro de la clásica división adoptada, ha dado el autor mayor desarrollo a los capítulos en que entra en más grande proporción el elemento objetivo, esto es, la producción y la circulación, que a aquellos que ofrecen más campo para explayar los elementos subjetivos, los principios y las teorías, a saber, la distribución y el consumo. Estos dos últimos temas se prestaban admirablemente para la investigación y la crítica personales, y por eso no dejaremos de estimular al señor Lavalle para que ahonde en ellos en los futuros trabajos que confiamos ha de emprender.

En la imposibilidad de ocuparnos en una nota bibliográfica en todos los temas que abarca el autor, nos limitaremos a hacer algunas brevísimas observaciones sobre uno que otro punto anotado en la lectura del libro.

Extrañándose el señor Lavalle de que en época tan favorable para hacerlo no se hayan implantado nuevas industrias en el país, como se han inplantado en otros países de Sud América, lo atribuye a "falta de espíritu industrial y a una gran pereza del capital, cuyos poseedores prefieren el encaje seguro en los bancos, ganando como premio un bajo interés, a formar sociedades que exploten riquezas nacionales hasta hoy inproductivas..." Largo comentario necesitarían estas breves líneas, y ya hemos dicho que no tenemos espacio sino para hacerlo muy brevemente aqu.

¿Por qué esta ausencia de espíritu industrial y esta pereza del capital que en conjunto forman la falta de espíritu de empresa que nos distingue? Porque a las dificultades que de por sí ofrece nuestro territorio, escasamente poblado, dividido por grandes montañas y desiertos, y cubierto en gran parte por bosques impenetrables, se agrega que las causas remotas que hicieron de nuestro país cómodo asiento del parasitismo y la holganza, no han sido aún suficientemente modificadas. Ni nuestra educación, considerada tanto desde el punto de vista pedagógico como desde el de la formación del carácter, ni nuestras costumbres sociales y políticas, contribuyen a la creación y desarrollo del espíritu de empresa.

La enseñanza técnica e industrial es absolutamente insuficiente. Tenemos cuatro viveros de doctores en letras y jurisprudencia y carecemos en lo absoluto de una escuela industrial superior donde se puedan formar individuos verdaderamente capaces de instalar y dirigir una fábrica de tejidos o un establecimiento de productos químicos. Creemos que no hay un solo ingenio de azúcar de alguna importancia cuya construcción haya sido dirigida por un profesional peruano. En Trujillo pudimos observar hace algunos años que en la Universidad existía un curso de Estética, la que dicho sea de paso se enseñaba con la ayuda de esas pequeñas monografías de artistas que se venden a un chelín, y no había en cambio una cátedra de química agrícola. Como consecuencia, todos los químicos de las grandes haciendas vecinas eran extranjeros. En nuestra propia experiencia hemos podido constatar la escasa preparación con que comienzan los jóvenes que se dedican al comercio. Todo, incluso el escribir su propio idioma, tienen que aprenderlo en la práctica, y, en cuanto a idiomas extranjeros, ni el uno por ciento de los postulantes tiene un conocimiento aprovechable de aquellos. Como es natural, esta enorme deficiencia de la enseñanza

técnica se refleja en la pobreza de iniciativas en materia industrial y comercial.

Ahora en cuanto a la educación moral, a la formación del carácter, al ambiente, visibles son las deficiencias de que adolecen. Aun cuando la *necesidad* de trabajar nos ha hecho mejorar algo a este respecto con relación al estado de cosas existente ahora cuarenta o cincuenta años, no hay duda de que el trabajo y el esfuerzo creador distan mucho de ocupar en nuestra escala de valores el lugar que les corresponde. Todavía viejos prejuicios y resabios indignos de un país democrático dan indebida preeminencia y prestigio a cualidades, cuando no negativas, absolutamente estériles para el progreso social. A esto se agrega que ni en el hogar, ni en la escuela, ni en la práctica misma de la vida se inculcan con la necesaria intensidad los imperativos del *deber* y de la *responsabilidad*. Es proverbial la elasticidad de nuestra conciencia en estas materias.

Y luego nuestra desorbitada vida política y nuestras deplorables prácticas en este orden de cosas. Vivimos en perpetua crisis política y en crónico conflicto constitucional. Hace quince años que estamos radicados permanentemente en el país y no ha trascurrido uno sólo de ellos en que no hayamos visto como una aguda cuestión político-constitucional absorbía por entero los ánimos y consumía las mejores energías con menoscabo de nuestro progreso. ¿Qué ciudadano peruano puede tener tranquilidad para pensar en higiene, en pavimentación, en la mortalidad infantil, en las deficiencias del puerto del Callao y de todos nuestros demás puertos, en el fomento del ahorro, en la construcción de casas para obreros, en la creación de nuevas industrias o en otras bagatelas semejantes cuando sus llamadas clases dirigentes le plantean año tras año problemas avasalladores y *trascendentales* relacionados con la interpretación, restauración y modificación de nuestra asendereada carta constitucional? ¿Qué importan las cosas vulgares y prosaicas que hay que *hacer con las manos*, como es tender rieles, construír muelles, aumentar y purificar el agua potable, aprovechar nuestras materias primas, cuando podemos dedicarnos a la más noble actividad del entendimiento humano que es discutir teorías constitucionales y citar a Bluntschli, y a Esmein, y a Bagehot y a tántos otros? En este tejer y destejer de la tela de Penélope que es nuestra vida política e institucional, puede ser que lleguemos algún día a la ideal perfección, pero será para que la disfrute alguna raza extraña, laboriosa y tenaz, venida quizás del oriente

de Asia, que habrá sometido a su señorío a lo que de este pueblo nuestro hayan dejado en pie la malaria, las epidemias, el alcohol y los tóxicos, que junto con la anarquía espiritual que en él han creado sus dirigentes, vienen minando lentamente su cuerpo y su alma hasta el punto de hacerle perder el instinto de conservación.

Dados estos antecedentes ¿cómo puede extrañarnos la ausencia del espíritu de empresa? ¿cómo puede sorprendernos que James Bryce nos trate tan despectivamente en su libro sobre Sud-américa y diga que los habitantes del Perú, con sus maneras agradables y corteses y su disfrutar de los contidianos placeres de la vida no tienen inconveniente en abandonar las minas y el comercio a los extranjeros? ¿es acaso en semejante medio donde pueden formarse los *captains of industry?*

Lo más deplorable que podemos constatar respecto al indudable enriquecimiento que la Gran Guerra ha producido al Perú, es que, por las causas antedichas, esa riqueza demuestra muy poco *animus manendi.* No dejará, como las crecientes del Nilo, un limo rico y fértil, sino que, como las de los ríos de nuestra vertiente occidental, sólo servirá para pulir más las estériles rocas que forman su lecho. No hemos tenido capacidad ni deseo de encauzarla. Lo estamos viendo. Los que se han enriquecido con los altos precios, ni siquiera construyen mansiones dignas de su fortuna que embellezcan la ciudad en que viven. Parece que estuvieran aquí sólo de tránsito, como los mineros del Klondyke. Y quizás sea así. El bello y confortable *hótel* estará situado cerca del *Parc Monceau* o en alguna de las grandes avenidas que conducen a *l'Etoile.*

Al expresar el señor Lavalle lo conveniente que sería la implantación de la industria siderúrgica, cosa desde luego muy deseable, dice que el fierro que importamos constituye para nosotros un gravámen elevado y cita en su apoyo las siguientes palabras de un informe técnico: "Tal suma para una nación sin capital como el Perú, representa una sangría que hay que esforzarse por contener cuanto antes mediante el establecimiento de la industria siderúrgica nacional, pues sólo de esa manera se conseguirá, si no del todo, por lo menos en gran parte, anular la emigración de dinero que año tras año sale del país......" Nos detenemos en este pasaje solamente para demostrar la persistencia de las ya insostenibles teorías de la más vieja de las escuelas económicas, la llamada colbertista o mercantilista. Bien dice Irving Fisher que todo estudiante de ciencias econó-

micas es un mercantilista nato. La implantación de la industria siderúrgica entre nosotros—aparte de consideraciones de defensa nacional— es deseable, como la de cualquier otra industria, porque significa una nueva creación de riqueza, un aumento de la ya existente y por tanto de nuestro poder adquisitivo, lo que es un beneficio, primero, para nosotros, y luego, para la humanidad en general, pero no porque haya ventaja alguna en que en vez de hierro se nos envíe oro en cambio de esa parte de nuestra exportación que representa el valor que pagamos por el hierro importado. Los individuos y las naciones no se enriquecen sólo en dinero. Quien vende sus productos o servicios y recibe en pago dinero, adquiere con éste la capacidad de adquirir, ahora o más tarde, otros productos o servicios. El dinero es un medio y no un fin; si así no fuera, de poco serviría. Así lo comprendió hace más de un siglo la clara inteligencia de Voltaire, según se desprende de las experiencias de *Cándido* en el país del Dorado. Hará, pués, muy bien el señor Lavalle en desprenderse luego de éste "colbertismo" que tanto arraigo tiene entre nosotros y que tanto contribuye a perturbar el criterio económico hasta de nuestros más connotados estadistas.

En el capítulo sobre *La moneda, el cambio y la gran guerra,* atribuye el señor Lavalle la paralización de las transacciones que se produjo en agosto de 1914, exclusivamente a la ocultación de la moneda ocasionada por el pánico, omitiendo el importantísimo fenómeno del colapso de la *circulación del crédito,* que fué más grave. Todos los que estudian estas materias saben perfectamente que en la organización económica actual, el crédito y los instrumentos de que éste se vale: letras, pagarés, depósitos bancarios contra los que se giran cheques, etc., circulan mucho más que la moneda misma. Generalmente no hay ocultación de moneda en la forma producida en 1914, sino cuando la confianza ha sido destruída y la *circulación del crédito* detenida. Aunque la moneda no se hubiera ocultado en 1914, la crisis que se produjo no habría sido evitada sino aumentado considerablemente el volumen del medio circulante, pues la cantidad de éste que basta en tiempos normales, es absolutamente insuficiente en tiempos de crisis, cuando se detiene la *circulación de crédito.* En cambio, puede haber cierta clase de ocultación de moneda que no tenga por causa el fenómeno más grave de la detención de la *circulación de crédito,* ni lo produzca, por lo menos en escala apreciable, como cuando, por causas específicas, se ocultó nuestra moneda fiduciaria de plata en 1906.

Explicando la evolución de los cambios, que de ser muy desfavorables para el Perú durante el segundo semestre de 1914 y todo 1915, se tornaron después tan favorables que las letras sobre los principales países extranjeros se cotizaban con fuerte descuento, da el Sr. Lavalle la habitual preeminencia a los saldos activos o pasivos de la balanza comercial, en lo que, a despecho de lo que ha escrito Goschen sobre el particular, se nota siempre la influencia del mercantilismo. Sin restarle importancia a ese factor, que es uno de los varios que influyen en el fenómeno del cambio, ¿cómo se explica que a principios de 1918 el cambio sobre Nueva York alcanzara casi $ 6—por libra y hoy haya llegado a $ 4.70, que es *menos* que la par, siendo así que la balanza comercial ha continuado siéndonos favorable? A esto habría que agregar, para los que sostienen que la proporción de la garantía de oro de nuestra emisión ejerce influencia en el cambio, punto sobre el cual, con muy buen criterio, no hace hincapié el señor Lavalle, que cuando el cambio sobre Nueva York nos era muy favorable, tenía ella *menos* respaldo en oro que el que tiene hoy que dicho cambio se ha tornado en contra nuestra.

Habríamos deseado ocuparnos en varios otros puntos de los que toca el señor Lavalle en su interesante trabajo, pero estas líneas exceden ya en mucho los límites de la nota bibliográfica que nos propusimos escribir. Quizás en otra ocasión, siempre que tengamos tiempo para ello, hagamos algunas observaciones sobre la carestía de la vida y la relativa esterilidad de los medios empleados para atenuarla; sobre los impuestos, y sobre las deficiencias que, salvo honrosas excepciones, como la relativa a la industria minera, demuestran nuestras publicaciones estadísticas.

Concluiremos reiterando nuestras felicitaciones al señor Lavalle por su valiosa contribución al estudio de nuestras cuestiones económicas y estimulándolo a perseverar en el camino emprendido. Tiene para distinguirse en este campo excelentes condiciones, sobre todo si aborda la investigación con el espíritu que recomienda Marshall en el Apéndice titulado ***Métodos de Estudio,*** de su excelente obra *The Economics of Industry,* del cual sólo citaremos las siguientes líneas: "La observación puede decirnos que un acontecimiento fué anterior o posterior a otro, pero sólo con la ayuda del análisis y de la razón podemos decidir si uno fué la causa del otro, y si razonamos con precipitación, es posible que lo hagamos equivocadamente." "Aunque

el razonamiento económico es de amplia aplicación, nunca insistiremos lo bastante en hacer presente que cada época y cada país tienen sus propios problemas, y que cada cambio en las condiciones sociales es posible que requiera un nuevo desarrollo de las doctrinas económicas".

Lima, 15 de diciembre de 1919.

CARLOS LEDGARD.

La adhesión de la República Argentina al tratado de alianza defensiva Perú-boliviano de 1873

Lima, Setiembre 10 de 1875.

("Reservada
No. 46")

"Sr. Dr. D. Manuel Yrigoyen, Ministro Plenipotenciario del Perú en el Brasil y R. R. del Plata.

"Contestando el estimable oficio de U. S., fecha 9 de agosto último, No. 43, me es grato decirle que las instrucciones a que se refiere, le fueron ya remitidas por el correo del 16 pasado.

"El aspecto que presentan en la actualidad las relaciones de la República Argentina con Chile y el Imperio del Brasil, ha sugerido al gobierno la necesidad de *modificar* en parte las anteriores instrucciones que U. S. ha recibido, para solicitar y formalizar la adhesión de ese gobierno al pacto de alianza defensiva de 6 de febrero. Debe, pues, U. S. sujetarse estrictamente a las que le fueron comunicadas en mi oficio reservado de 14 de agosto p. pdo. No. 36, con el cual remití a U. S. las instrucciones del gobierno boliviano, *tratando de retardar hasta nueva órden* y sin dejarlo comprender a ese gobierno, la terminación del negociado a que me he referido.

"Dios guarde a U. S.

(Firmado).—*"A. V. de la Torre"*.

Correspondió el Ministro señor Yrigoyen a estas notas, con las siguientes:

"Buenos Aires, Setiembre 20 de 1875."

("Reservada
No. 61")

S. M.

"Tengo el honor de acusar a U. S. recibo de la nota reservada fecha 14 de agosto No. 36, que se ha servido U. S. dirigirme, y del Despacho del Excmo. señor Baptista que vino adjunto.

"No necesito hablar a U. S. de los términos de este documento, pues que U. S. los conoce, por haber pasado por sus manos con sello apertorio; ni creo tampoco necesario mandarle copia de él, pues supongo que haya quedado alguna en el archivo de ese Ministerio. Si así no fuere, sin embargo, y U. S. lo creyese necesario, me apresuraré a enviarle a vuelta de vapor.

"Sobre el asunto de la adhesión a que se refiere, tanto la respetable nota de U. S., de q' he acusado recibo, cuanto el mencionado despacho del señor Baptista, diré a U. S. que, no he sido invitado hasta hoy por el señor Ministro de Rlaciones Exteriores de esta república a tratar sobre dicha materia; y que *se están realizando, en consecuencia, los deseos de U. S., de retardar la firma del protocolo que ha de perfeccionar la adhesión de este gobierno a nuestro Tratado de 6 de febrero.* No creo, sin embargo, que pase el resto de este mes de la misma manera; pues según sabe U. S. las Cámaras argentinas sólo funcionan hasta el día 30, y es natural que este gobierno, si es que tiene verdadero interés en la adhesión, como es de presumir en vista del estado de sus cuestiones con Chile, trate de aprovechar, para dejar expedito el Tratado, de las últimas sesiones de las Cámaras.

"Ahora bien, llegado este caso, ya sabe U. S., por mis comunicaciones anteriores, cuál es la marcha que pienso darle a la negociación, ya que no es posible, ni U. S. me lo ordena, el suspenderla y la resolución en que estoy de no firmar el protocolo si este gobierno no acepta las declaraciones en que insiste el de Bolivia con respecto al *uti possidetis.*

"Con este motivo, tengo el honor de repetirme de U. S. su muy atento y obediente servidor.

(Firmado).—"*M. Yrigoyen.*"

Buenos Aires, Octubre 4 de 1875.

("Reservada")

"A S. E. el señor Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia, Dr. D. Mariano Baptista.—La Paz.

Señor Ministro:

"Tengo la honra de acusar a V. E. recibo, de la respetable nota que se ha servido dirigirme, con fecha 24 de julio. En ella se sirve V. E. comunicarme las útimas instrucciones, sobre el importante negociado de la adhesión del Excmo. Gobierno argentino al Tratado de alianza defensiva de 6 de febrero; y puedo asegurar a V. E., que ellas serán estrictamente cumplidas, y que no firmaré el protocolo de adhesión, si me fuese imposible hacer aceptar por este gobierno la explicaciones sobre el *uti possidetis,* en los términos precisados por V. E. o en los propuestos primitivamente por mí, en el proyecto de respuesta que presenté al señor Ministro Tejedor. Y a propósito de esto, debo decir a V. E. que ya tuve ocasión, el 16 de junio, de manifestar al señor Ministro Pardo que al reabrirse las negociaciones tenía que ampliar la explicación dada sobre el *uti posidetis,* en el mismo sentido de la parte final de mi proyecto primitivo de respuesta, que dice "ni ponerse en duda las nacionalidades americanas cual hoy existen"; y que pocos días después, esto es el 23 del mismo mes de junio, en una entrevista a que fuí invitado por S. E. el Presidente de la República Dr. Avellaneda y en la que, por su indicación, le hice una sucinta reseña de todo el negociado, puede hacer la misma declaración, agregando que lo único que comprendía, pudiera oponerse a la aceptación de aquella frase, era Tarija; pero que abrigaba la persuasión de que la República Argentina no tenía acerca de ella el propósito de hacer jamás cuestión. S. E. el Presidente y el señor Ministro de Relaciones Exteriores, que asistió a la entrevista, no hicieron al oír mis palabras la menor objeción; todo lo que me es grato dejar aquí consignado.

"Contrayéndome ahora al estado de la negociación, debo decir a V. E. que, desde la entrevista que tuve con el Excmo. señor Presidente a que me he referido, no se ha vuelto a tocar este punto y que habiendo él quedado en suspenso por parte de

esta república, desde fines de la administración del señor Sarmiento, no es a mí a quien corresponde tomar la iniciativa y reanudar las negociaciones. Cualquier solicitud que con tal objeto manifestase yo, por otro lado, nos presentaría llenos de interés para obtener la adhesión; y podría más bien alejarnos del fin que se desea alcanzar.

"Tengo el honor de renovar a V. E. los sentimientos de distinguida consideración con que soy de V. E. muy atento y obediente servidor.

(Firmado).—"*M. Yrigoyen.*"

Buenos Aires, Octubre 5 de 1875.

("Reservada
No. 74")

S. M.

"Tengo el honor de adjuntar a U. S., con sello apertorio, la respuesta que dirijo al señor Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia Dn. Mariano Baptista, sobre la nota que se sirvió pasarme por conducto de ese Ministerio, con fecha 24 de julio; y de suplicarle, que si ella fuere de su aprobación, se digne ordenar sea remitida, cerrada, a su destino. Adjunta encontrará igualmente U. S. la correspondiente copia, para el archivo de ese Ministerio.

"Contrayéndome al asunto a que dicho documento se refiere, debo decir a U. S. que, en cumplimiento de sus últimas instrucciones, no he dado paso alguno respecto a la negociación q' se halla pendiente, sobre la adhesión de la República a nuestro Tratado de alianza defensiva de 6 de febrero; y q', por parte de este gobierno no se ha intentado tampoco reanudar la negociación. Debo decir a U. S., además q' espero quede por ahora este asunto completamente paralizado, como lo desea el Supremo Gobierno, pues habiendo (el Congreso argentino) cerrado definitivamente sus sesiones, no es de esperarse q' este gobierno desee perfeccionar un acto que no pudiendo por el momento hacer aprobar por el Congreso, quedaría necesariamente en suspenso.

"Mas, aunque así no fuese, trataré, hasta nueva orden de U. S., y haciendo lo posible para no dejarlo comprender por este go-

bierno, de retardar la terminación de aquel negociado, según se sirve U. S. ordenármelo al final de su respetable oficio de 10 de setiembre No. 46.

"Ruego a U. S. se digne dar cuenta de este oficio a S. E. el Presidente de la República, y disponer de su muy atento y obediente servidor.

(Firmado).—"*M. Yrigoyen.*"

Buenos Aires, Octubre 30 de 1875.

("Reservada
No. 79")

S. M.

"Tanto por parte del gobierno argentino, como de esta Legación, continúa completamente en suspenso el negociado, sobre el perfeccionamiento de la adhesión de esta república a nuestro Tratado de alianza defensiva de 6 de febrero de 1873; realizándose de esta manera, *la nueva política de espectación,* que el Supremo Gobierno desea observar en la actualidad, en vista del estado de las relaciones políticas de esta república; y que por reiterados oficios se ha servido U. S. prescribirme.

"A más de esto, no veo por ahora nada que pueda obligar a este gobierno a reanudar la negociación, ni sería tampoco oportuno hacerlo en estos momentos, pues las Cámaras argentinas están en receso, según he comunicado a U. S., y la intervención de ellas es absolutamente indispensable para perfeccionar cualquier acto diplomático y que puede producir sus efectos internacionales. Así, pues, y sabiendo U. S., por otro lado, que aún cuando hubiese alguna iniciativa al respecto por parte de este Gobierno, yo no haría nada definitivo, sin consultar previamente y esperar las órdenes que tuviese a bien comunicarme, debe el Supremo Gobierno contar con que su acción se halla completamente expedita y libre, para proceder como mejor crea que conviene a los intereses del país.

"Sírvase U. S. manifestarlo a S. E. el Presidente de la República, y disponer de su muy atento y obediente servidor.

(Firmado).—"*M. Yrigoyen.*"

Acompañaba Yrigoyen estos informes oficiales con cartas particulares, en las que se hacía ver la falta de fundamento que había, para las alarmas tan grandes que se manifestaban en Lima, sobre una inminente conflagración sudamericana.

En carta privada del 20 de setiembre de 1875 se decía así:

"Señor Dr. D. A. V. de la Torre.

Lima.

"Querido amigo:

"Su grata y tan deseada carta de 16 de agosto, queda en mi poder; habiéndome sido muy satisfactorio saber, por ella, que ni en su familia, ni en el país había ocurrido la menor novedad.

"Mi correspondencia oficial instruirá a Ud. del estado en que se encuentran los asuntos de esta Legación; y, así, sólo me contraeré en la presente carta, a hablarle de la indicación que me hace Ud. en la suya, sobre el rumor que nuevamente ha comenzado a circular, de una alianza entre Chile y el Brasil.

"Desde que salió de esta ciudad Blest Gana, comenzó a hablarse de esto; y hasta se dijo que había una combinación entre su viaje a Río Janeiro y el de los Ministros del Paraguay y del Estado Oriental, que por una rara coincidencia se reunieron en el mismo vapor y fueron juntos al Brasil. Este rumor no tomó entonces, sin embargo, ni tiene ahora mismo, ninguna importancia. No pudiendo, por otra parte, por más que se aguce la inteligencia, encontrar nada que pueda explicar, de un modo racional, un acuerdo o un plan político entre Chile, el Uruguay, el Paraguay y el Brasil.

"En cuanto a la unión de Chile con el Brasil sería distinto, a lo menos respecto al primero de estos dos Estados; y por tanto, no dudo que Blest Gana se haya insinuado en este sentido, en sus conversaciones con los hombres influyentes del Imperio. Ya lo han hecho una vez, como Ud. lo sabe, aunque sin fruto; y no es extraño, por consiguiente, que insistan en sus propósitos, sobre todo porque habrán creído muy propicios los momentos, atendiendo el estado en que se encontraban las relaciones del Brasil con esta República.

"Doy, pues, por ciertas las solicitudes de Blest Gana; mas la cuestión no está en esto, sino en que el gobierno del Brasil se decidiera a aceptarlas, no teniendo intereses que hacer valer en el Pacífico, y estando, además, al corriente de nuestras negociacio-

nes con esta República, y del objeto principal de ellas. Por otro lado, ¿qué iba a ganar el Brasil uniéndose con Chile? ¿Reforzar su Escuadra? La que tiene creo que es suficiente para cualquiera empresa que intentase realizar en el río de la Plata, o por lo menos debe considerarla así; de manera que no puede racionalmente comprenderse que ese fuera aliciente tan poderoso, para aceptar una alianza que podría producir muy serias complicaciones.

"¿Bajo qué otro punto de vista podría serle conveniente una unión con Chile? ¿Para aumentar su Ejército en tierra o sus recursos pecuniarios?—Por más que lo busco, yo no lo encuentro, querido amigo; mas apesar de todo, y como en campaña es preciso tener siempre el oído muy listo, aprovecho cuanta oportunidad se me presenta, para informarme de lo que hubiera de cierto; y si llegase a descubrir algo positivo y urgente, se lo comunicaría en el acto, por medio del telégrafo.

"Y, a propósito, mándeme Ud. una clave más completa; y que permita hablar con alguna libertad.

"No tengo tiempo para más, porque hay que cerrar en este momento la correspondencia.

"Su antiguo y muy afectísimo amigo y S. S.

(Firmado).—"*M. Yrigoyen.*"

No obstante de otras noticias tranquilizadoras, y de las anteriores dadas por el doctor Yrigoyen, en su oficio del 3 de setiembre, ya transcrito, el Ministro de Lima le notificó, en forma concluyente, sus instrucciones de demorar, cuanto fuera posible, la adhesión de la Argentina a nuestro Tratado de alianza.

Las notas siguientes dan cuenta de ello:

Lima, Octubre 4 de 1875.

No. 56")

"Sr. Dr. D. Manuel Yrigoyen, Ministro Plenipotenciario del Perú en Buenos Aires.

"Me ha sido grato recibir la estimable nota reservada de U. S., fecha 3 de setiembre último, marcada con el No. 52, y que-

do impuesto de la entrevista que, relativa al pacto de 6 de febrero, tuvo U. S. con el señor Ministro de esa República.

"Conoce U. S. perfectamente las ideas del gobierno, que se propone en la actualidad, conservar la mayor libertad de acción que sea posible, a fin de adoptar oportunamente la línea de conducta que mejor convenga, en el sensible caso de un rompimiento entre la República Argentina y Chile; pues, ligado con ambas naciones por vínculos estrechos, sólo aspira a que terminen amistosamente sus actuales desavenencias.

"Por esta razón, he indicado a U. S. *cuán conveniente sería demorar el protocolo de adhesión,* y, para ello, prestan facilidad, las exigencias de Bolivia, reiteradas últimamente por el Excmo. señor Baptista, en la correspondencia que debe haber llegado a esa Legación, después del 6 de setiembre. Asunto es este que debe manejarse con el mayor tino, pues nos interesa, por otra parte, que el gobierno argentino no pueda creer que nos abstenemos de proceder, atendidas las dificultades en que se encuentra con motivo de la cuestión Patagonia.

"Sabe U.S. también, q' en ningún caso debemos abandonar los intereses de Bolivia ni sacrificar al aliado natural que tenemos en el Pacífico. Ya en otra ocasión se ha dado a U. S. instrucciones sobre el particular y deben tenerse presentes, al discutir con ese gobierno los puntos que quedaron en suspenso cuando se separó del Ministerio el señor Tejedor.

"Antes de terminar este oficio debo indicar a U. S. que en caso de allanarse todos los impedimentos que había para formalizar la adhesión y antes de que se firme el protocolo, me dé U.S. aviso por telégrafo del resultado, para del mismo modo trasmitirle las últimas órdenes del gobierno.

Dejo encomendada a la prudencia y sagacidad de U. S., la continuación de este importante asunto.

"Dios guarde a U. S.

(Firmado).—"*A. V. de La Torre.*

"Lima, Octubre 22 de 1875.

("Reservada
No. 62")

"Sr. Dr. D. Manuel Yrigoyen, Ministro Plenipotenciario del Perú en el Brasil y R. R. del Plata.

"Me ha sido grato recibir la estimable nota de U.S. fecha 20 de setiembre anterior, signada con el No. 61, en que acusa recibo de la que dirigí a esa Legación en 14 de agosto, bajo el No. 36.

"He dicho a U. S. en diversas correspondencias y le repito ahora, cuánto interesa al Perú *aplazar* la firma del Protocolo de adhesión al Tratado de 6 de febrero. En efecto, en las circunstancias actuales, *lo que más conviene es conservar absoluta libertad de acción*, y no podríamos tenerla desde que nos ligásemos a la República Argentina, por medio de un pacto solemne. Esto no significa el abandono completo de este delicado asunto, sino su aplazamiento.

"U. S. debe buscar los medios, y ninguno parece más a propósito que el insistir en que se acepten las indicaciones del Gobierno de Bolivia, que estén acordes con las nuestras, sobre todo las relativas al *uti possidetis*.

"Además la forma que se dé a la adhesión, habría que someterla a la aprobación del Congreso que se instale el 28 de Julio del año próximo; y no surtirá sus efectos, sino en el caso de ser aprobada aquí y en Bolivia.

"De todos modos, debe aguardarse a que la iniciativa parta de ese gobierno y en ningún caso de nuestra parte, pues, habiéndose postergado este asunto por las observaciones hechas por el señor Tejedor, *no debemos apresurarnos en la actualidad a procurar su solución.*

"U. S. cuidará de comunicarme por telégrafo si insiste ese gobierno en solicitar la adhesión, para trasmitirle del mismo modo las últimas órdenes de S. E. el Presidente.

"Dios guarde a U. S.

(Firmado).—"*A. V. de La Torre.*

"Lima, Diciembre 2 de 1875.

("Reservada
No. 83")

"Sr. Dr. D. Manuel Yrigoyen, Ministro Plenipotenciario del Perú en el Brasil y R. R. del Plata.

"Se ha recibido en este Despacho la nota reservada de U. S. de 30 de octubre p. pdo., marcada con el No. 79. *Por ella veo, en conformidad con los propósitos del gobierno y con las prevenciones hechas últimamente a U. S., que continúa en suspenso el negociado sobre perfeccionamiento de la adhesión de esa República, al Tratado de alianza defensiva de 6 de febrero.*

"Limítome, pues, en contestación, a *reiterar* a U. S. dichas prevenciones, encargándole que cualquiera insinuación inesperada que ocurriera a este respecto, por parte de ese Gobierno, se sirva U. S. comunicarla a este Despacho.

"Dios guarde a U. S.

(Firmado).—"*A. V. de la Torre*".

El texto de estas notas oficiales iba confirmado por cartas particulares del Presidente de la República, señor don Manuel Pardo, en las que se le hacían al Dr. Yrigoyen idénticas recomendaciones; y por otras de su Ministro de Relaciones Exteriores, señor don Aníbal Víctor de la Torre, que le escribía en el mismo sentido, repitiéndole, a nuestro expresado agente diplomático: "Ya he dicho a U. S. *cuánto nos conviene en la actualidad demorar todo lo posible el protocolo de adhesión.* Para nosotros, en la actualidad, nada más oportuno que conservar una actitud independiente, que nos deje el camino expedito para obrar como mejor convenga a los intereses de nuestro país".... ...."Atendida la situación de Chile y la Confederación, *hay sin duda la fundada esperanza de que no lleguen a la guerra, pero como la menor chispa puede producir un incendio, preciso es que nos dejemos el campo abierto, sin que un pacto como el del 6 de febrero venga a servirnos de embarazo*"...

Y correspondiendo a la carta del Dr. Yrigoyen, del 20 de setiembre, que hemos insertado, anteriormente, escribía la siguiente el Ministro señor de la Torre:

Lima, Octubre 25 de 1875.

"Sr. Dr. D. Manuel Yrigoyen.

Buenos Aires.

"Muy querido amigo:

"El último vapor del estrecho me trajo la deseada carta de Ud., fecha 20 de setiembre p. pdo.

"Respecto a la unión de Chile y del Brasil de que Ud. me habla, tiempo hace que, como Ud. sabe, se pretende por el primero, pero no he creído nunca que el gobierno del Imperio, que nada tiene de ligero, ni apasionado, se prestase a una alianza, que pocas ventajas podría traerle, salvo en ciertos casos y por motivos de momento y de grandes resultados para su política. *Hoy se me asegura que tal suceso no puede tener lugar* y no puedo dejar de dar crédito a esta noticia, tanto por lo dicho antes, cuanto por el giro pacífico que han tomado los asuntos de la Confederación, pendientes con el Brasil. Esto no obsta para estar siempre sobre aviso y que Ud. procure ponerse al corriente de cuanto ocurra a este respecto, para trasmitirme oportunamente las noticias.

"De oficio comunico a Ud. el modo como se ha recibido en Chile la nota sobre buenos oficios. Al escribir a Ud. en el vapor anterior, sobre este asunto, estaba bajo la impresión de una nota de Pardo en que se me daba cuenta de la conferencia que tuvo con el Sr. Alfonso (41) al darle lectura de mi nota. Después, como Ud. verá, ha cambiado, y mucho, en realidad, la cuestión, de modo que, como he dicho a Ud., por telégrafo, debe Ud. suspender todo paso y no hacer nada de lo que le encargué en mi citada carta, pues de pronto no tiene objeto. Chile, en realidad, aplaza hoy la aceptación de los buenos oficios, cuando en la conferencia los aceptó con entusiasmo. Espero saber lo que ese cambio significa. Limítese Ud., pues, a ofrecer que me trasmitirá cualquier indicación que se le haga.

"Por lo que hace a la adhesión al pacto del 6 de febrero, haga Ud. todo lo posible por marchar *con pies de plomo,* sin llamar la atención, pues nos conviene conservar nuestra libertad de acción. En una palabra, *aplazar el asunto,* sin dejar comprender que

(41) José Alfonso, Ministro de Relaciones Exteriores de Chile.

hay tal deseo por nuestra parte,*es lo que nos interesa.* Nosotros debemos conservar el afecto y buena voluntad de ese Gobierno, *sin ponernos de puntas con el de Chile.* Prolongar la discusión, sostener las exigencias de Bolivia; y, en último caso, sólo en el último, firmar una convención, que no nos obligue sino después de aprobada por los Congresos de Bolivia y el Perú, sería oportuno, salvo que Ud. encuentre otros medios mejores, que conduzcan al mismo resultado.

.. ..

(Firmado).—*"A. V. de la Torre".*

En cuanto al ofrecimiento de los buenos oficios del Perú, para el amigable arreglo de las dificultades chileno—argentinas, a que hemos visto que se referían algunas de las notas anteriormente transcritas, tenemos las dos cartas siguientes, en las que se comprueba el temperamento, siempre conciliador, del gobierno peruano y su solicitud para intervenir en toda situación, en que pudiera servir los intereses de la paz.

Hélas aquí:

Lima, Agosto 28 de 1875.

"Sr. D. Manuel Yrigoyen.

Buenos Aires.

"Apreciado amigo:

"El último vapor me trajo la estimada de Ud., fecha 26 de julio anterior.

"Por telegramas a la Legación Argentina en Chile, he tenido noticia de los asuntos con el Brasil, hasta el 10 del presente, en cuya época se presentaban bajo mejor aspecto.

"Dí lectura de mi nota a Ud. y a Pardo, sobre buenos oficios, tanto al señor Domínguez (42) como al señor Godoy (43), y creo que ambos han quedado complacidos.

---

(42) Ministro Plenipotenciario de la Argentina en Lima.
(43) Ministro de Chile en Lima.

"Creo conveniente que si encuentra Ud., que nuestros buenos oficios son bien admitidos, los comunique Ud. a Pardo en Chile. El mismo encargo hago a éste para el caso de que el Gobierno chileno reciba bien la idea.

"Respecto a la adhesión, repito lo que le he dicho en mis comunicaciones anteriores—*la necesidad de no activar ese asunto, pues nos conviene estar libres* para adoptar el camino que más nos convenga, en las circunstancias que se atraviesan. Es preciso, sí, que me tenga Ud. al corriente de todo lo que ocurra, sin pérdida de tiempo.

"El país, tranquilo y no hay temores de trastorno. Solamente luchamos con las dificultades de la crisis económica en que nos encontramos; y se trabaja todo lo posible por salir de ella.

"Disponga de su affmo. amigo y S. S.

(Firmado).—"*A. V. de la Torre.*"

A la que contestó el doctor Yrigoyen con la siguiente:

"Buenos Aires, Octubre 4 de 1875.

"Señor Dr. D. A. V. de la Torre.

Lima.

"Querido amigo:

"Al acusar a Ud. recibo de su muy apreciada carta de 28 de agosto, nada nuevo tengo que decirle, sobre los asuntos que corren a cargo de esta Legación.

"En lo referente a los buenos oficios, nada me ha contestado aún este Gobierno; y supongo que, para hacerlo, esté tratando de conocer las intenciones que a este respecto tenga el gobierno chileno, o quizás, y esto es lo más probable, espere la respuesta del Ministro Alfonso a la última nota que le dirigió, y que será la que les dé a conocer si pueden arreglar por sí solos las cuestiones, o si necesitan de nuestros buenos oficios. En cualquiera de los dos casos, muy pronto conoceremos la decisión de este Gobierno; y se la comunicaré en el acto al señor Pardo,

conforme a la indicación que me hace Ud., en su citada carta, si fuesen admitidas.

"Sobre la adhesión a nuestro Tratado de 6 de febrero, nada se ha hecho tampoco; *quedando así realizados los deseos de Ud.*"

. . . .

"Disponga de su muy affmo. amigo y S. S.

(Firmado).—"*M. Yrigoyen.*"

En esta forma terminó el año de 1875: dando instrucciones expresas el gobierno del Perú, después de que el de la Argentina había manifestado su disposición favorable a la alianza, para que no se llevaran adelante las gestiones escaminadas a ella.

Así, recomendando que se hiciera uso de cualquier pretexto digno, para eludir toda exigencia referente al perfeccionamiento de ese pacto, se cometió este año el gravísimo error de cambiar las instrucciones que tenía nuestro Plenipotenciario en Buenos Aires.

Cuando era más necesario llevar a cabo este concierto, para contener los apetitos de Chile, que ya estaba, desde fines de 1874, en posesión de sus blindados; y cuando se hacía, por tanto, más premiosa la necesidad de perfeccionar la coalición defensiva, el Perú se desistió de su empeño, temiendo que él pudiera contribuír a dificultar más las relaciones argentino—chilenas, que en aquel año tomaron caracteres de inusitada violencia e intemperancia. Hasta este punto llegó la política pacifista del Perú: dejó de aprovechar de una situación propicia, pra el arreglo definitivo de su alianza con la Argentina, por sólo el temor, exagerado y funesto, de poder dar lugar con ello a que se perturbara la paz en América..

Y como este temor y su abnegada lealtad a ciertos principios de política internacional, lo habían de llevar hasta el sacrificio, no se desahució el pacto con Bolivia, inmediatamente después de haberse desistido de la proyectada alianza con la Argentina, q' era su complemento indispensable; sino q' se dejó subsistente el compromiso con aquel país y continuamos haciendo nuestras todas sus agrias cuestiones internacionales.

En esta forma terminó el año de 1875: quedándonos atados a lo que ofrecía peligro, permanente y progresivo, después de rehuír, por temores pasajeros, lo que hubiera sido nuestra defensa y lo que, desde un principio se concibió, era lo único que podía reemplazar la supremacía marítima que acabábamos de perder. Continuamos asociados a la debilidad, por un exagerado escrúpulo de confraternidad con Bolivia, al propio tiempo que desahuciábamos el apoyo argentino, siempre poderosa garantía de equilibrio.

V

Detenidas las gestiones conducentes a la obtención de la alianza de la República Argentina, por órden expresa del gobierno del Perú, pasa todo el año de 1876, sin que se reanuden en ninguna forma.

Nuestra Legación en Buenos Aires se ocupó, tan sólo, en consecuencia, durante ese tiempo, de otra clase de asuntos, independientes de la alianza; como, por ejemplo, de la ejecución y estricto cumplimiento de los tratados de Amistad, Comercio y Navegación y de las Convenciones Consular y Postal, que se había celebrado en los años 1874-75, y de intervenir, diplomáticamente, en auxilio de los intereses de Bolivia, para comprobar si se habían dejado a salvo los derechos alegados por este país sobre el Chaco, en el tratado de límites celebrado ese año, de 1876, entre la Argentina y el Paraguay. Así tenemos las notas referentes a este punto:

Lima, 21 de Mayo de 1876.

("Reservada
No. 27")

"'Señor Dr. D. Manuel Yrigoyen, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en el Brasil y R. R. del Plata.

"Me es grato remitir a U. S. en copia un editorial de "La Reforma", periódico de La Paz que se ocupa del tratado de límites ajustado entre la República Argentina y el Paraguay. Como verá U. S. se habla de haberse cedido, ambas partes, territorios a que Bolivia alega derechos, y se extraña que se haya procedido a ese arreglo de límites sin acuerdo de esa República limítrofe.

"Cuando U. S. tenga una oportunidad, manifieste de una manera confidencial al señor Ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina, cuán conveniente sería que se hubiesen dejado a salvo, en el tratado con el Paraguay, los derechos de Bolivia, como alguna vez se ha insinuado.

"U. S. conoce las razones que tenemos para desear que se eviten futuras desavenencias entre dos naciones amigas; y debe tener presente las insinuaciones que se le dieron a esa Legación en época anterior.

Dios guarde a U. S.

(Firmado).—"*A. V. de la Torre.*"

"Lima, 6 de Abril de 1876.

("Reservada
No. 41")

"Sr. Dr. D. Manuel Yrigoyen, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Perú en el Brasil y R.R. del Plata.

"Me ha sido grato recibir la estimable nota de U. S., No. 29, fechada en 5 de mayo anterior, en la que, al participarme el motivo de su traslación a Buenos Aires, me comunica el favorable resultado de su entrevista con el señor Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, tratándose de los derechos alegados por Bolivia al territorio del Chaco, que debían haberse dejado a salvo en el último tratado de límites celebrado entre la Confederación y el Paraguay.

"Como insinué a U. S. en nota anterior, nada se dice en ese documento sobre los derechos de Bolivia; pero como U. S. me indica que ellos han quedado a salvo en los Protocolos, sería conveniente que U. S. procurase tomar una copia de ellos y remitirla a este Despacho.

"Ya he manifestado a U. S. cuánto interés tiene el gobierno en que queden a salvo los derechos alegados por Bolivia al territorio del Chaco, pues de otro modo podríamos vernos más tarde comprometidos, pudiendo exigir esa República el cumplimiento del pacto de 6 de febrero de 1873. De consiguiente, creo oportuna la indicación de U. S., de que Bolivia se adhiera, en la parte relativa al arbitraje, al tratado de límites celebrado últimamente entre la República Argentina y el Paraguay; y aunque no encuentro de pronto fácil el modo como pudiera nuestra aliada iniciar esa negociación, me dirijo con esta fecha a nues-

tra Legación en La Paz, acompañándole copia de la nota de U. S. que contesto, y haciéndole las prevenciones convenientes.

"Dios guarde a U. S.

(Firmado.—*"A. V. de la Torre.*

"Buenos Aires, 14 de Mayo de 1876.

("Reservada
No. 71")

"S. M.

"Tengo el honor de acompañar a U. S. una copia autorizada por el Sub-Secretario del Ministro de Relaciones Exteriores de esta República, de la declaración contenida en el protocolo, firmado en 3 de febrero de 1876, por los Plenipotenciarios argentino y paraguayo, que celebraron el tratado de límites en aquella fecha entre sus respectivos países, salvando los derechos que la República de Bolivia pudiera alegar a alguno de los territorios que fueron materia de aquella negociación.

"Esta copia se sirvió ofrecérmela el señor Ministro de Relaciones Exteriores de esta República, con motivo de haberle manifestado anteayer, en una visita que le hice, el deseo que tenía U. S. de conocer esa declaración, por relacionarse con Bolivia; y lo hizo sin la menor resistencia y más bien con muestras de la mejor voluntad.

"Debo agregar a U. S. que después de haber obtenido esto, le pregunté al señor Ministro si llegarían a publicarse los protocolos, como parecía que conviniese, a fin de que llegara a ser conocida la expresada declaración sobre los derechos alegados por Bolivia; y me contestó que pensaba hacerlo al pasar al Congreso, como próximamente tendría lugar, la Memoria del Departamento de Relaciones Exteriores.

"Dejando así contestada la respetable nota reservada de U. S. de 6 de abril de p. pdo., No. 41, me es honroso repetirme de U. S. su muy atento y obediente servidor.

(Firmado).—*"M. Yrigoyen."*

Hay, igualmente, en este año huellas de la acción del Perú, para conseguir que Bolivia sometiera al arbitraje sus diferencias con la Argentina, a fin de que se mantuvieran en buena estado las relaciones amistosas entre estos dos países.

"Lima, Mayo 8 de 1876.

("Reservada
No. 50")

"Sr. Dr. D. Manuel Yrigoyen, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en el Brasil y Repúblicas del Plata.

"El Ministro de la República en Bolivia, a quien como se lo indiqué a U. S. en mi nota de 6 de abril No. 41, le remití copia de la de U. S. fecha cinco de mayo, No. 29, haciéndole las prevenciones convenientes sobre la adhesión de Bolivia al tratado de límites celebrado entre la República Argentina y el Paraguay, en la parte relativa al arbitraje, me dice en contestación, con fecha 20 de abril lo siguiente:

"Impuesto del oficio reservado que bajo el número 24 se ha "dignado U. S. dirigirme, con fecha 7 del actual, solicité del se- "ñor Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia, una confe- "rencia para cumplir con las prevenciones que U. S. me hace en "la referida comunicación, y de cuyo resultado voy a darle cuenta."

"Debo comenzar por comunicar a U. S. que, con la galan- "tería que usa siempre conmigo el señor Baptista, me recibió "inmediatamente en su despacho oficial, a donde tuvo lugar la "conferencia que motiva esta nota.

"No creí oportuno darle lectura de la comunicación de U. S., "ni de la del señor Yrigoyen, que en copia me ha sido enviada, "porque ellas, además de los puntos confidenciales que contie- "nen, deben ser sólo del uso de la Legación y por eso hice al "señor Ministro de palabra, una exposición exacta y verdadera "de cuanto en ellas podía trasmitirle.

"Quedó, pues, convencido del interés con que, tan luego que "nuestro gobierno tuvo noticias de haberse iniciado definitiva- "mente los arreglos de límites entre el Plata y el Uruguay, se "dirigió al señor Yrigoyen para que manifestara al de la Confe- "deración Argentina la necesidad de dejar a salvo los derechos "que Bolivia alega al territorio del Chaco.

"También le hice conocer la contestación favorable que el "señor Ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación "había dado a nuestro Representante, asegurándole que esos de- "rechos quedaban salvados en los protocolos, esperando que eso "dejase satisfecho al gobierno de Bolivia como en 1866.

"Díjele también, que el señor Ministro argentino había ofre- "cido que mediante su Legación en Sucre haría conocer estos he- "chos al gobierno de Bolivia.

"El señor Baptista se manifestó muy reconocido al Perú por "sus buenos oficios, y me encargó especialmente trasmitiera a "nombre de su gobierno, su profunda gratitud, al mío.

"Entonces me añadió que los inconvenientes del correo de "tierra y las enormes distancias que tenía que recorrer era pro- "bable que le hubieran privado de tener aviso por medio de la Le- "gación del Plata; pero, que el señor Uriburu antes de ahora le "había dado seguridad que quedaban confirmadas con lo que yo "le anunciaba.

"Procuré hacer rodar la conversación sobre las ventajas de "un arreglo definitivo de límites entre Bolivia y la República Ar- "gentina, y le insinué la idea de someter al mismo arbitraje pro- "puesto por ésta y el Paraguay, la cuestión litigiosa de Bolivia. "Aceptó el señor Baptista este pensamiento declarándome que "en principio lo adoptaba. Viendo yo tal disposición, añadí "que, para facilitar los procedimientos, podía entenderse con el "señor Uriburu y adherirse en esa parte al convenio Paraguayo- "argentino, o celebrar con él un tratado preliminar de límites en "que se consignara la adhesión.

"Respondióme el señor Ministro, que no creía conveniente "buscar una adhesión en esa forma; pero que aceptaba la idea "de someter al arbitraje propuesto la resolución de los derechos "de Bolivia a los territorios cuestionables; que para ello necesi- "taba de tiempo en que preparar los trabajos; pero que tan lue- "go como las atenciones del gobierno fueran menos agitadas por "las cuestiones eleccionarias, que no quedarán definidas hasta "mediados de mayo, se entendería con el señor Uriburu con el "fin indicado.

"Acepta, pues, Bolivia el arbitraje propuesto, y no está le- "jos de adherirse al último tratado que somete las cuestiones "controvertibles a la decisión del Presidente de los Estados "Unidos. Todo es cuestión de forma, que entendiéndose con el "señor Uriburu quedará salvada y definida.

"He procurado satisfacer en todas sus exigencias las pre-"venciones de U. S., y quedaré muy complacido si mis procedi-"mientos merecen su aprobación".

"Que me es grato trascribir a U. S. para su conocimiento.

" Dios guarde a U. S.

(Firmado).—*"A. V. de la Torre."*

"Buenos Aires, 10 de junio de 1876.

("Reservada
No. 82")

"S. M.

"Por la nota reservada de U. S. de 8 de mayo, No. 50, he tenido la satisfacción de saber que el señor Baptista había aceptado, en conferencia verbal con nuestro representante en La Paz, el pensamiento de someter las cuestiones de límites pendientes entre Bolivia y la República Argentina, al mismo arbitraje que debe resolver sobre las diferencias territoriales entre este último Estado y el Paraguay.

"Desgraciadamente, he sabido, al mismo tiempo, por comunicación de Valparaíso, que el 4 de mayo había estallado una revolución en La Paz, encabezada por el General Daza, y que había desaparecido el gobierno del señor Frías, y esto va, sin duda alguna, a paralizar, por lo menos por algún tiempo, aquel importante arreglo, que estaba llamado a poner rápida y amigablemente un término a la complicada cuestión del Chaco.

"Soy de U. S. muy atento y obediente servidor.

(Firmado).—*"M. Yrigoyen."*

En cuanto a la actitud del gobierno del Perú frente al conflicto argentino-chileno, que este año revistió, también, muy graves caracteres, a causa, primero, del apresamiento de la barca *"Jeanne Amélie"*, en la caleta de Santa Cruz, por la corbeta chilena "Magallanes", y, poco después, en virtud de haber

desaprobado el canciller chileno, señor José Alfonso—por notas del 1.º de agosto y del 23 de octubre de 1876—el arreglo transaccional sobre la cuestión patagónica, que había celebrado en Buenos Aires su personero, don Diego Barros Arana, continuó siendo de imparcial espectación.

La siguiente nota es una de las muchas que lo acreditan:

(Confidencial)

"Ministerio de Relaciones Exteriores"

"Señor Dr. D. Manuel Yrigoyen, Ministro Plenipotenciario del Perú en el Brasil y R.R. del Plata"

Buenos Aires.

"(N.º 104)"

"Me he impuesto de la interesante nota confidencial de U.S. fecha 20 de setiembre último, n.º 125, en la cual me informa U.S. de la conversación que tuvo con el Sr. Ministro de R.E. sobre la cuestión de límites pendientes entre esa República y la de Chile.

Conociendo U.S. el vivo interés con que sigue el gobierno del Perú el curso de esa cuestión, espero que U.S. procurará tener a este Despacho al corriente de los incidentes que sobrevengan en las negociaciones relativas a este asunto.

"Dios guarde a U.S.

(Firmado).—"*José Antonio G. García*" (*)

(*).—Esta nota de don José Antonio García y García—que estuvo al frente de nuestro Despacho de Relaciones, desde el 2 de agosto del 76 hasta el 8 de junio del 77—así como otras distintas que aparecerán en los próximos números, y que completan la historia dc nuestras relaciones con la Argentina, hasta el momento de la declaratoria de guerra Chile, no apareció en el libro que recientemente publiqué, porque no existía en el Ministerio de Relaciones copia de ella y aún no había llegado el archivo de nuestra Legación en Buenos Aires, que últimamente se remitió.

Así mismo, en la correspondencia privada, mantenida durante este año, entre las personas que estaban al frente del gobierno y nuestro representante en las repúblicas del Plata, sólo se trata, además de la amigable intervención a que se refieren las notas anteriores, de otros asuntos de interés público, completamente extraños a la alianza. Tan distante estaba del espíritu de los hombres públicos del Perú, el proyectar los planes tenebrosos, de usurpación y conquista, que desatentadamente les atribuyen los escritores chilenos, que, después de abandonadas las gestiones concernientes a las formalidades de la adhesión, por los exagerados temores a que hemos hecho referencias, se ocuparon puramente de "evitar futuras desavenencias entre naciones amigas", como lo acreditan los oficios transcritos, c de ver modo de incrementar las fuerzas productoras de riqueza nacional, dentro de las más acentuadas esperanzas de hallarse casi del todo consolidada la paz en América. Así lo prueban las cartas siguientes:

"Lima, 19 de febrero de 1876.

"Sr. Dr. D. Manuel Irigoyen.

Montevideo.

"Mi estimado amigo:

"Contesto la grata de Ud. de 28 de diciembre, y voy a hacerle un encargo sumamente importante, aún antes de que le vayan órdenes oficiales. Sabe Ud. cuánto interés tengo en la inmigración europea, y cuán buen éxito han tenido los ensayos que hemos hecho.

"Hoy creo que podríamos disminuir nuestros sacrificios y duplicar los resultados, encargando en Buenos Aires y Montevideo unas cien familias cada mes, de las muchas que llegan a esos puertos, sin encontrar ocupación. No he intentado antes esta medida por dos razones: la 1a. es que no me parecía amistoso para con ese Gobierno, disminuir a la República su población extranjera; la 2a. es, que ocupándose hace tres años todos los emigrados que venían, no podía traerme aquí sino los residuos, siempre malos.—La 1a. consideración ha desaparecido con la declaración que me hizo el señor Domínguez, de que siendo hoy ya

las ocupaciones difíciles en Buenos Aires, el gobierno no vería mal que lo aligeraran del peso de una población flotante sin trabajo; la 2a. también, porque no habiendo trabajo para todos, habrá mucho más gente en que escoger.

"Deseo, pues, que vea Ud. ante todo, si es posible escoger buena gente en el número que le he indicado.

"También deseo que se encargue Ud. de ver si algunas de las Compañías de Vapores que llegan a Montevideo querrían hacer unos cuatro viajes por año hasta el Callao, conduciendo en todo dos mil pasajeros, cuyos pasajes se pagarían a 40 o 50 soles en plata.

"Su siempre affmo.

(Firmado).—*"M. Pardo."*

La respuesta fué esta:

"Buenos Aires, Abril 3 de 1876.

"Excmo. Sr. Dn. Manuel Pardo, etc. etc.

"Lima.

"Mi estimado amigo:

"Grato me ha sido recibir su muy estimada carta de 19 de febrero; y paso a ocuparme de ella, después de haber estudiado su contenido con toda la detención que su importancia merece.

"A dos puntos se contrae la citada carta de Ud.º a saber si sería posible escoger, en esta ciudad y en Montevideo, unas cien familias cada mes, de entre las que constantemente llegan a estos puertos; y 2.º a averiguar, si alguna de las Compañías de Vapores, que trafican de aquí a Europa, querría hacer unos cuatro viajes por año, hasta el Callao, conduciendo en todo dos mil pasajeros, a razón de 40 ó 50 soles de plata, cada uno.

"Sobre el primero, diré a Ud. ante todo, que no es grande el número de familias que llegan a estas ciudades; y que habría, por tanto, imposibilidad absoluta para poder enviar al Perú, las cien mensuales, de que Ud. me habla.—Aquí vienen, es cierto,

muchos inmigrantes, aunque nó tantos como en años anteriores, según verá Ud. en la razón que le acompaño, correspondiente al mes de marzo; y de ellos en su mayor parte, y a veces en su totalidad, son hombres solos.—Esto es tan efectivo, que este gobierno, para impulsar sus Colonias, está haciendo contratar familias del Tirol, como verá Ud. en otro recortito de periódico, que igualmente le acompaño.

"Pero tengo algo más que decir a Ud., acerca de este proyecto; o sea, que a pesar de las seguridades que le dió el señor Domínguez, de que el gobierno argentino no vería mal que aligeraran el peso de su población flotante, yo creo lo contrario, sobre todo, tratándose de familias; y creo, además, que en el acto que se dejase sentir la acción que habría necesidad de desplegar, para dar movimiento a tanta gente, los periódicos levantarían su voz, como lo han hecho y hacen respecto del Brasil, que saca de aquí algunos inmigrantes, y como lo hicieron hace más de un año, cuando la Legación chilena envió como cien de ellos a Punta Arenas.

"Así, pues, y bajo ningún punto de vista, sería yo de opinión (salvo que mediara una explicación franca con el gobierno de esta República, basada en la citada declaración del Sr. Domínguez) no sería yo de opinión, digo, de iniciar ninguna propaganda de inmigración para el Perú; cosa que sería indispensable, como sería igualmente el establecimiento de una Agencia, para poder sacar con toda regularidad, mes, a mes, el gran número de personas que Ud. desea.

"Pero, aún aquella explicación con este gobierno la considero inconveniente, por la seguridad que tengo, que no produciría el resultado que iríamos a buscar.

"Lo único que, en mi opinión, debería hacerse, para llevar alguna gente de por acá, es lo que propuse de oficio hace algún tiempo, esto es, celebrar un arreglo con la Compañía Inglesa de Vapores (como parece que estuvo a punto de celebrarlo la Sociedad de Inmigración), a fin de que reciban en Montevideo, como pasajeros de 3a. clase, a los individuos que se presentasen, con una papeleta de embarque del Consulado. Así, y sin que esta Legación, ni el Consulado hicieran nada, y con sólo limitarse a dar pasaje al que lo solicitase, dando garantía de su persona, poco a poco, y de una manera insensible, se iría fomando una corriente de emigración espontánea de Montevideo al Callao, y que muy pronto se extendería a esta ciudad, pues muchos irían de aquí a aquel puerto, sabiendo que se les costeaba el pasa-

je. Así sin que hiciéramos nada, y sin que, por tanto, nos comprometiéramos en lo menor, podríamos llenar, si no en todo, a lo menos en parte, el laudable deseo de Ud. Y en fin, si después de esto, la experiencia aconsejara algo más, siempre habría tiempo para hacerlo.

"En cuanto al 2.º punto de su carta, debo decir a Ud. que las Compañías de Vapores que hay por acá, tienen su Dirección General en Europa; y aquí y en Montevideo simples Agencias. No se podría, pues, hacer por acá un arreglo tan importante, como el de extender los viajes hasta el Callao, que requeriría el aumento de los vapores y del capital social, por consiguiente. Agregaré a esto que, en mi opinión, sería expuesto asegurarles dos mil pasajeros por año, de estos puertos, pues como he dicho a Ud. ya, no es tánta la inmigración que llega ahora, para poder contar con ese número; y además, hay que tener presente que muchos inmigrantes, sobre todo aquellos que han hecho algún capitalito, regresan a su país; que otros se van al Brasil, por la inmediación en que está; y, por último, que estas ciudades no son tan populosas, como creen algunos, pues Buenos Aires, según el censo de ahora un año, solo tiene 200 mil habitantes, escasos, y Montevideo no pasará de 90 mil.

"Diré a Ud., por último, que cualquiera Compañía de por acá, con la que celebrase algún arreglo, pediría mucho para comenzar a hacer unos viajes; y que lo más expedito, por tanto, sería arreglarse con La Compañía Inglesa, o con una nueva que, según me han asegurado, va muy pronto a hacer viajes entre New York y Valparaíso.

"He creído que era un deber para mí, expresar a Ud. mi opinión, con esta franqueza; y así lo he hecho, cierto, como estoy, de que a Ud. le agrada este proceder.

"Su antiguo amigo.

(Firmado).—*"M. Yrigoyen."*

(Continuará) *PEDRO YRIGOYEN.*

Notas varias

HONORIO DELGADO: El Psicoanálisis. 58 pág. Lima, 1919.

El doctor Honorio Delgado, que en la nueva generación es el portaestandarte de los estudios psiquiátricos, ha editado bajo la forma de folleto este interesante trabajo escrito en 1917, y que ya había aparecido en los Anales de la Facultad de Medicina.

Para Freud (de Viena) y su escuela, los elementos psicológicos heredados y los adquiridos durante la infancia, en cuanto disuenan de las normas ético-sociales, son rechazados de la conciencia y se reúnen en la subconsciencia, donde constituyen complejos ideo-afectivos que tienden constantemente a actualizarse y hacerse conscientes. La represión ejercida por el sentido moral y las conveniencias sociales lo impide. Los ensueños tienen su causa en que, debilitada la censura o represión, pero no del todo anulada, pueden los complejos subconscientes manifestarse siquiera sea simbólicamente, furtivamente, por decirlo así, engañando a la censura. Para Freud, los elementos constitutivos de los complejos son de naturaleza predominantemente erótica, y su conjunto ha recibido el nombre de *libido.* De todo ello trata Delgado en el primer capítulo de su folleto. Jung no difiere de Freud sino en que considera que los elementos eróticos no son los únicos, sino que existen otros tan importantes como ellos. Para Adler, los complejos no resumen tanto las tendencias sexuales del sujeto, cuanto su tendencia a la afirmación de la personalidad. (El autor revisa las teorías de Jung y Adler en el capítulo cuarto).

Los ensueños no son la única manifestación de los complejos reprimidos: las obsesiones, la inconformidad, y las neurosis y psicosis representan igualmente grados cada vez más avanzados de manifestación de los complejos a despecho de la censura. El psicoanálisis consiste en provocar la actualización franca de los complejos, para así librar al sujeto de la tensión interna causada por la lucha entre los elementos subconscientes que tienden a salir a luz y la represión que trata de mantenerlos en la sombra. Con ello se consigue a la vez conocer el mecanismo de actos en apariencia inmotivados, el determinismo de pretendidos actos libres, y curar de su mal a aquellos en quienes la rebeldía de la subconsciencia llega al extremo de alterar las facultades mentales o de comprometer el equilibrio moral. Estos son los temas de los capítulos segundo y tercero.

El capítulo quinto, lleno de interés, contiene una contribución personal del autor a la doctrina psicoanalítica: una teoría sobre el mecanismo de la acumulación de los elementos ideoafectivos en la subconsciencia. Toda impresión interna y externa, dice Delgado, tiende a provocar un acto reflejo que es su consecuencia. (Las manifestaciones superiores del instinto y de la voluntad son sólo modalidades del reflejo). Pero cuando la censura ético-social impide la exteriorización del impulso consecuente a la impresión, la energía correspondiente, de naturaleza emocional, queda latente en la subconsciencia, pronta a actualizarse. Y esta actualización, cuando no afecta la forma de una sublimación (derivación de la fuerza latente en una dirección elevada), se presentará, según las fuerzas respectivas de los complejos y de la censura, como un ensueño, o como un estado de contrariedad espiritual, o como una enfermedad más o menos grave. Esta teoría de Delgado es sumamente sugestiva: todos hemos sentido alguna vez la *necesidad de desahogarnos* revelando a alguien el mal de que hemos sido víctimas; todos sabemos también que nuestra emoción adquiere caracteres alarmantes cuando nos vemos precisados a contener sus manifestaciones.

La teoría freudiana encierra sin duda una inmensa dosis de verdad: está aún en la edad heroica, en la edad de las intransigencias, de los sectarismos y de la aparición de disidentes; pero su contenido de verdad científica y humana está evidenciado por el hecho de que uno se siente a menudo vivir en la doctrina. Honorio Delgado, cuya cultura general y médica es realmente extraordinaria, es entre nosotros el heraldo de la nueva teoría.

C. L. P.

Dr. GUILLERMO FERNANDEZ DAVILA "La Autopsia Médico-legal"

Es un importante proyecto de reglamentación de la autopsia médico-legal, fruto de la labor intensa y seriamente conducida del doctor Fernández Dávila al frente de la jefatura de trabajos prácticos de medicina legal en nuestra Escuela de Medicina. Tiende a la reforma, sobre bases verdaderamente científicas, de un servicio que sufre por la manera desordenada y poco seria como se verifica hoy sobre todo en las provincias. Sin material apropiado y con personal no especializado en el tema como ahora se actúa, se llega muchas veces a conclusiones distintas de la realidad. El meditado trabajo del doctor Fernández Dávila significa al respecto una reacción que debe alentarse, pues marca una pauta de procedimientos y de observaciones sin los cuales el protocolo de la necropsia adolecerá de deficiencias e inexactitudes inexcusables en documentos destinados a ilustrar los más, ampliamente el criterio judicial. Este estudio de reglamentación, que es, a la vez, un interesante libro lleno de datos y consideraciones utilísimas para todos los que se interesan en la materia, forma parte de un plan de saludable re-

novación en los servicios médicos forenses, que se entregan en la actualidad a cualquier facultativo, desprovisto frecuentemente de la indispensable preparación para emitir sus informes en la forma completa que demanda el grave cometido de esta clase de investigaciones. En estos últimos años se ha dado un buen paso en el sentido de mejorar las condiciones de la enseñanza de tan importante ramo: la inauguración de la nueva Morgue, y la fusión de su dirección con la cátedra de Medicina Legal. Urge ahora dictar reglamentaciones especiales y continuar propendiendo al progreso de esa enseñanza por medio de la creación de un Instituto de Medicina Legal, que habilite peritos debidamente especializados como lo solicitaba fervorosamente el doctor Leonidas Avendaño, reconocida autoridad médico-legista, en el discurso con que inauguró, en 1918, el nuevo edificio de la Morgue.

J. F. V.

FORTUNATO QUESADA.—"Hacia una Anatomía Nacional"

Así titula Fortunato Quesada un hermoso estudio de historia de la anatomía en el Perú, que le ha servido para optar el grado de doctor ante la Facultad de Medicina. Después de trabajar infatigablemente en el anfiteatro anatómico, durante seis años consecutivos, se entrega ahora con freviente anhelo nacionalista a dirigir sus investigaciones a nuestro pasado científico para analizar la evolución de los conocimientos anatómicos en el país. Esta primera contribución de la índole que el doctor Quesada nos ofrece, abarca solamente el período incaico y el colonial, constituyendo las bases de un trabajo que nos promete sobre el estado de la Anatomía en la época de la república. Para profundizar la cuestión en el primer período se vale de tres fuentes de estudio: los restos humanos con huellas de haberse verificado en ellos con propósitos curativos, operaciones quirúrgicas y de cuyo examen pudiera colegirse algún conocimiento previo de anatomía, las voces anatómicas del quechua, y la cerámica. Resulta de los estudios personales del autor y de la crítica que hace de la bibliografía que existe al respecto, que los conocimientos anatómicos fueron puramente empíricos, como acontece en toda materia antes de entrar en su período científico. La misma cerámica incaica, que es la fuente más fecunda en sugestiones, no hace suponer en sus cultores un verdadero conocimiento de anatomía artística, sino simples copistas, que a fuerza de observación intensa, reprodujeron las diferentes expresiones de la fisonomía humana. Es evidente que si el estudio de estas obras de cerámica, nos revelara un saber de la acción de cada músculo facial, y nó meras reproducciones, tendríamos que afirmar no sólo la existencia de investigaciones y estudios anatómicos, sino también fisiológicos.

Los restos humanos con huellas de operaciones practicadas no revelan inteligencia anatómica por la forma empírica como están practica-

das. Así mismo la existencia de voces para designar partes del cuerpo no demuestra ser el resultado de estudios anatómicos, sino la necesidad de aplicar vocablos a lo que se les ofrecía a la vista, o tal vez las palabras como llamaban órganos idénticos de los animales. La verdadera época de la iniciación de los trabajos anatómicos científicos en el país arranca sobre todo del año 1792, en que Unánue fundó el Anfiteatro Anatómico. El autor, después de fijar con saltantes caracteres la obra inconmensurable de Unánue, hace notar la decadencia de los estudios científicos en los albores de la independencia, en que nuestros sabios se dieron con ahinco a la labor de emancipación, y después al establecimiento de la república.

J. F. V.

Dr. J. M. MANZANILLA.—"Discursos Parlamentarios".—Lima, 1918.—2 vol.

Es realmente sensible que el libro, que representa la perpetuación de la personalidad y de las ideas en el proceso intelectual y político del país, no reúna con mayor frecuencia la obra dispersa de los hombres eminentes por su capacidad, por su brillo o por su ingenio. No apareciera por cierto tan pobre el índice de la producción mental del Perú si cuantos en él han representado el pensamiento hubieran compilado en libros sus discursos, sus escritos, sus observaciones. Apenas si en los últimos tiempos el doctor Mariano H. Cornejo y el doctor J. Matías Manzanilla han coleccionado en sendos volúmenes las producciones culminantes de su vida pública.

Acaba de publicar el último dos nuevos tomos. Fecunda y armoniosa actividad intelectual la del doctor Manzanilla: catedrático, diputado, publicista, hombre de ley, todo lo es descollantemente; pero así como el representante y el maestro se confunden en la tribuna, el abogado se sacrifica al parlamentario y durante la época en que los hombres piden a su actividad un porvenir seguro, el doctor Manzanilla, cuya juventud profesional llenó el foro primero de auspicios y después de realidades, sacrificó la perspectiva de su enriquecimiento como letrado a la noble tentación de extender el radio de su cátedra de maestro y de dejar desenvolverse en la vida pública sus condiciones de político orgánico.

Casi me atrevería a pensar que la bibliografía y el foro nacionales tienen que agradecer a las ingratitudes de la patria vieja y en seguida a su alejamiento de la *"patria nueva"* el que este *"retiro"* de la actualidad política que hoy practica el doctor Manzanilla le haya permitido reunir en los volúmenes que motivan esta nota su actuación oratoria en el parlamento durante tres años.

Con ambos volúmenes se extiende la obra compilada del eximio diputado cuya frase junta externamente a la construcción correcta el esti-

lo ágil y la sonoridad suave. Tratándose del doctor Manzanilla y escribiendo para un público que le conoce, resulta tan redundante como hablar de la elegancia de la frase referirse a la armonía sólida del concepto. Por la savia científica que lleva al debate, por la ideología que la inspira, por el concepto de solidaridad humana que la impulsa, por el plano superior en que se desarrolla, por la cultura con que se produce, por la sana ambición que la legitima, la obra política del doctor Manzanilla, atrae para él una afirmación categórica: la de que a través de ella se mantiene como maestro.

La defensa de la mujer y del niño proletarios, desestimados por la sociedad y por la industria, constituye el núcleo de la nueva obra del doctor Manzanilla, como siempre lo han constituído de su actividad en el parlamento y en el magisterio las leyes protectoras del obrero. Convencido de la inevitable imperfección originaria y del sucesivo perfeccionamiento de la obra legislativa, el doctor Manzanilla no ha librado hasta hoy batallas estériles en pos de teoricismos inadaptables a este medio sin riqueza y sin cultura. Cuando el Poder público solicitó de sus excepcionales capacidades de hombre de iniciativa y de estudio que formulara un cuerpo armónico de proyectos de leyes del trabajo, lo formuló: pero, comprendiendo que habían de desenvolverse varios lustros antes de que se hicieran instituciones tangibles y benéficas, no cometió el error táctico y político de intentar lo más, sino que, etapa por etapa, reducto por reducto, fué ganando para los trabajadores posición tras posición; y cuando el trascurso de los años varió las condiciones del trabajo, los conceptos de la sociedad y las capacidades del Estado, el doctor Manzanilla modificó o sustituyó sus primitivos planos o presentó otros nuevos, con una vigilante facultad de adaptación a la realidad nacional que autentifica la sinceridad de su labor científica y de su propaganda solidarista.

Los nuevos volúmenes del doctor Manzanilla están exornados por las traducciones nítidas que en su permanente colaboración a la tarea intelectual del maestro, produjo para él su dulce compañera desaparecida, cuyo espíritu ha de seguirse arrullando con sus triunfos. Esas traducciones de los proyectos y debates de la Conferencia internacional para los problemas del trabajo, anexa al Congreso de la Paz, podrían justificar en el hombre cuya vida fuera tan intensamente comprendida un doble orgullo: el de esta comprensión superior y el de la justificación que esas páginas traducidas representan para las doctrinas del autor de los primeros proyectos peruanos de legislación obrera.

No han de ser los dos volúmenes de los discursos de 1916 a 1918 los finales que dé al público la constante primavera intelectual del doctor Manzanilla, ni las campañas y los éxitos que ellos conservan para la posteridad y para la historia de las ideas institucionales en el Perú los últimos que éstas deban al maestro.

A. U. S.

JUAN FRANCISCO ELGUERA.—El sentido de la vida en la tragedia griega.—Lima, 1919.

He aquí un estudio que, en pocas páginas, ofrece una rica condensación de pensamiento y una bella obra de interpretación estética. Elguera se ocupa en su trabajo de la acción, de la psicología dramática y del estilo en los trágicos griegos. Cuando habla de la acción, justifica una serie de inverosimilitudes, que los críticos han deplorado más o menos francamente y que el autor explica teniendo en cuenta el carácter eminentemente lírico de la tragedia y la preceptiva flexible y amplia que debió presidir su desenvolvimiento.—Al referirse a la psicología dramática, caracteriza en forma realmente penetrante la naturaleza de la inspiración en los tres grandes trágicos. Y ocupándose por último del estilo, consigna interesantísimas observaciones en orden a la insistencia de los clásicos, en la expresión del sentimiento y en la de las imágenes.

Elguera ha realizado, en suma, un serio y original esfuerzo crítico. Volviendo por la verdad y la belleza, no se ha situado en puntos de vista arbitrarios ni se ha petrificado en conceptos rígidos. Por el contrario, a través de todo su estudio vibra la espontaneidad de un pensamiento ágil y se traduce la frescura de una sensibilidad elevada y fina. El espíritu de Elguera ha sabido intuír en la misteriosa realidad de la tragedia y ha vertido su impresión en páginas admirables.

M. I. R.

UN RUIDOSO ASUNTO DIPLOMATICO.—LAS CARTAS DEL EX-PRESIDENTE ROCA Y LA GUERRA DEL PACIFICO.—Lima, Imp. del Estado, Núñez, 206.

En este folleto han sido coleccionados y anotados los artículos escritos por don Enrique Castro y Oyanguren y el "desgraciado diplomático", señor Agustín Arroyo, en abierta polémica acerca de la autenticidad y significación de unas importantísimas cartas escritas por el General Roca al mencionado señor Arroyo en mayo y agosto de 1898.

Su lectura inspira sentimientos de profunda amargura. Y el escepticismo invade nuestro ánimo al ver claudicar la entereza y el valor moral de hombres que, como el señor Arroyo, por educación y por rango social, están llamados a constituír los verdaderos elementos incorruptibles de la conciencia de los pueblos. Consuélanos sí, el ver cómo frente a tamaña claudicación e inconsecuencia se yergue altiva y serena la rectitud de los que, sin más armas que la verdad y la justicia, defienden y propugnan una noble causa.

Originada la controversia por una publicación hecha en el *"Mercurio"* (1), debemos, aunque el tema sea de suyo desagradable y escabroso, decir unas cuantas palabras acerca de él. Mas no es poca, nuestra perplejidad al intentar hacerlo. ¿Qué decir, en efecto, a los lectores que se hayan interesado en la disputa, respecto a este caso increíble de venalidad, en que a la falsía más torpe y temeraria se unen el cinismo y el empecinamiento? ¿Cómo hacer comentario alguno sobre la extraña, inconcebible actitud del antiguo ministro de la República Argentina en el Perú, sin incurrir en el uso de calificativos, aunque ampliamente justificados, ofensivos? No nos explicamos, realmente, la ofuscación del señor Arroyo, sino por el hecho de hallarse arraigado y contaminado, aunque él lo niega, con el ponzoñoso ambiente de la odiosidad chilena contra nuestro país. El daño que ha querido causarnos se lo ha inferido efectivamente a su país y a Chile. La Argentina, nación cuya conducta internacional es de las más nobles de que haya ejemplo, no necesita tan desatinados defensores; y sus hombres públicos, si aciertan a interpretar en sus frases, habladas o escritas, los sentimientos de su pueblo, jamás tendrán que arrepentirse de ellos. Tal es el caso del General Roca, al afirmar, como afirmara en 1898, que Chile es un país que mediante falsas y calculadoras teorías quiere extender sus dominios, y que son características de la diplomacia de ese país la doblez y la astucia. Lo más grave para el señor Arroyo en las palabras del General Roca, que a todo trance quiere desconocer, valiéndose para ello de subterfugios inauditos por lo indignos y desatentados, es lo certero del juicio del ilustre prohombre del Plata. Piensa el señor Arroyo, con razón, que el veredicto del General Roca es definitivo, y que vulnera los principios de la deseada, y jamás sincera amistad chileno-argentina, y quiere acaso de buena fe, pero sin pizca de talento, alejar ese fantasma. Vano empeño. Mientras Chile sea un país artero y desaforado, obstinado en vivir fuera de las leyes del honor; mientras ostente el estigma de Caín, y tenga aún la osadía de jactarse de él, enconando día a día las heridas que causara; podrá haber quien, interesadamente, busque su allegamiento, pero será un proscrito de la amistad, será mirado siempre con recelo, y constituirá el núcleo morboso y envenenado que impide la realización del gran ensueño de la confraternidad americana. Donde un hermano se alza airado y altanero, ambicioso y egoísta, la familia se disuelve, y es como la maldición para ella.

Concretamente, en cuanto a las primeras veladas y luego desembarazadas, acusaciones hechas contra nuestro Canciller, ni una palabra.

E. E.

Dr. HERMILIO VALDIZAN.— "Locos de la Colonia".—Lima, 1919, Sanmarti y Cía. Lima. Impresores.

Hermilio Valdizán, que ha prestado ya tan valiosas contribuciones

(1).—"Mercurio Peruano", 1919—No.

a la historia de la medicina nacional, acaba de publicar un interesantísimo folleto titulado "Locos de la Colonia".

Es muy antigua la pasión de Valdizán por los estudios siquiátricos. Tánto, que él es, acaso, el único o, por lo menos, el más competente de cuantos, entre nosotros, se dedican a tal ramo de la medicina, y es tánta la piedad y el interés que le inspiran los insanos que ellos han absorbido sus mayores esfuerzos.

Los ha estudiado hasta al través de la historia. Ayer fué un ensayo sobre la locura entre los primitivos peruanos; hoy escribe uno sobre los enajenados del Virreynato. Vasta es, por lo demás, la labor nacionalista de Valdizán. Ha publicado una serie de folletos, todos ellos referentes a medicina peruana. De sus primeros trabajos es "La facultad de Medicina de Lima" (1811-1911). A éste siguieron otros estudios; "Un psichiatra del secolo XVI" (Roma 1913, "Martín de Porres, cirujano" (Roma, 1913), "De otros tiempos..." (Roma, 1914), "El tabaco medicamentoso", (Roma, 1914), "La alienación mental entre los primitivos peruanos" (Lima, 1915), "Los factores etiológicos de la alienación mental a través de la Historia del Perú", (Lima, 1917) y muchos artículos publicados en diarios y revistas.

"Locos de la Colonia", es el último de sus trabajos. En él revela Valdizán sus innegables dotes de prolijo investigador del pasado, al par que de escritor impecable. Gran esfuerzo, excelente documentación y estilo animado muestra el último folleto de Valdizán, A fuerza de revisar viejas crónicas ha logrado adaptar su lenguaje al de ellas, y, así, es más perfecta la evocación. No avanza demasiadas hipótesis, ni peca de aventurado; con prudente criterio se limita a consignar hechos y enunciar los correspondientes diagnósticos probables. Se echa de ver, al punto, que no se trata de un improvisador, como hay tántos, sino de un hombre que trabaja con ahinco y con verdadera devoción.

Habla, en primer lugar, de los histéricos y epilépticos; y, entre muchos, cita el caso de Ramoncita Abascal, la caprichosa y engreída hija del marqués de la Concordia, la damita nerviosa que se privaba y sufría de *pataletas* porque veía un figurón pintado en una esquina o por cualquiera otra causa baladí. Se ocupa, enseguida, de los frenasténicos, de los hazmerreir, como el famoso bufón del marqués de Cañete, y del daltonismo moral de Catalina de Eraujo, la monja Alférez. Luego, trata de los pervertidos sexuales, de lo mujeriegos que fueron algunos virreyes, y, a la verdad, sin que nuestra opinión tenga el menor valor científico, nos atrevemos a dudar de esta clase de locos y a sonreír ante ellos con un poquitín de envidia. Los maniacos y melancólicos, los alcohólicos y los embriagados son también tema del estudio de Valdizán, y, claro está, que no olvida a Baltasar Gavilán que enloqueció a causa de una borrachera en la que vió y desconoció su célebre estatua de la Muerte.

Los seniles, paralíticos y precoces y, por fin los místicos son examinados detenidamente en "Locos de la Colonia", así como los embrujados y las formas del misticismo colectivo. Olvida, empero, al tratar del Conde de Lemos, que éste había llevado una vida bastante azarosa y hasta un tanto libertina antes de venir al Perú.

El mejor elogio de este folleto es que pertenece a la categoría de obras que, no obstante su erudición, se leen de corrido. La documenta-

ción, repito, es prolija, aunque abusa un poco de las *Tradiciones* de Palma. Sabe aprovechar acertadamente, hasta los versos de Caviedes y de Terralla. Si Valdizán conociera algunos de los inéditos que hay en la Biblioteca Nacional habría podido enriquecer mucho más su bibliografía, que es vasta y solidísima.

Se trata, en resumen, de una obra de verdadero mérito, digna continuación de "La alienación mental entre los primitivos peruanos". Ella viene a probar una vez más las muchas enseñanzas que encierra nuestro pasado, cuando es estudiado por espíritus tan comprensivos como el de Hermilio Valdizán.

L. A. S.

EL CONVERSATORIO UNIVERSITARIO.—Los Poetas de la Revolución, por *LUIS ALBERTO SANCHEZ.*

Continúa entusiastamente sus labores el Conversatorio Universitario. La tercera conferencia fué sostenida por Luis Alberto Sánchez, y versó sobre "Los poetas de la Revolución".

La conferencia de Sánchez echa luz sobre desconocida etapa de nuestra vida literaria. Olmedo es la cumbre más esclarecida a la vez que la personificación de ese período. Es "el poeta de la Revolución" por antonomasia, como lo llama el conferencista. A aquel está, pues, dedicada la mejor y más larga parte de la conferencia.

En la primera parte se ocupa Sánchez, en paciente y diligentísima labor, de los poetas que preceden al bardo guayaquileño. Son en su mayoría adocenados rimadores, cultivadores de esa poesía épico-civil que era patrón literario de moda en los días de la independencia. Mediocres y de rastrera musa, apenas merecen ser considerados como expresión de una época y de un sentimiento patriótico, cuando nó de una curiosa volubilidad política. Poco o nada agregan, efectivamente, a nuestro acervo literario don Bernardino Ruiz, el poeta favorito de D. José Toribio Polo, o don Casimiro Novajas y Solano, al que no sé si intencionada o condescendientemente, desentierra Sánchez.

Sólo dos nombres merecen conservarse de esa pléyade oscura: el de Melgar, el lírico autóctono de los yaravíes y el de José Joaquín Larriva, satírico risueño, pendenciero o irónico. Los demás, y así lo hace notar Sánchez, con certero espíritu crítico, sólo pueden considerarse para llenar cronológicamente el cuadro. Un nombre nuevo hay, sin embargo, para la historia de nuestras letras en la conferencia de Sánchez, que acaso merezca no pasar desapercibido, y ante cuyas iniciales se detuviera ya la ilustre y erudita curiosidad de Menéndez y Pelayo. Es el de José Pérez de Vargas, sacerdote que vivió entre nosotros, noblemente dedicado a la docencia y a la poesía. Por su espíritu y por las influencias latinas de sus cantos, Pérez de Vargas, a pesar de haber vivido durante y después de la independencia, pertenece por entero a la Colonia. No es la suya poesía de la Revolución.

De toda aquella literatura en tono mayor sobreviven únicamente, como expresivo y venerable símbolo, las marciales y ripiosas estrofas del Himno Nacional. Todo lo demás se acalla junto a la épica trompetería de Olmedo.

Sánchez aborda la resabida personalidad de Olmedo, enfocándola desde el punto de vista de la peruanidad. Aporta nuevo y nutrido contingente de datos para la vida y para la discutida nacionalidad del poeta, y examina la parte de su obra que nos pertenece por indiscutible derecho, desde ls aulas de San Carlos hasta el año de 1830. Dentro de ella marcan el apogeo la *Oda al Arbol* y el *Canto a Junín*. Con respecto a esta última composición, cita Sánchez notable documento, en el que el sentimiento peruano de Olmedo se retracta de su admiración al héroe, cuya apoteosis había hecho, y en el que tiene para el Libertador las duras frases a que se hizo acreedor como gobernante, después de haberlo merecido todo como guerrero.

Con la conferencia de Sánchez—erudito rebuscador de nuestra historia, de quien anticipadamente puedo asegurar, que es de los pocos y que mejor conocen la literatura colonial, sobre la cual prepara valiosísimo estudio—se completa el cuadro literario de la época que iniciara la conferencia sobre Larriva. En la próxima, Manuel G. Abastos hará el estudio de las tendencias sociales y políticas de la Revolución.

R. P. B.

PROGRAMA DETALLADO Y RAZONADO DE HISTORIA DE LA LITERATURA CASTELLANA, AMERICANA Y DEL PERU, por el doctor ARTURO MONTOYA, Catedrático de la asignatura. —Lima, 1919.

Bajo los auspicios de la Facultad de Letras y de la Universidad, acaba de publicar el doctor Arturo Montoya, catedrático interino de Literatura Castellana, su programa de ese curso.

Ligeramente ha procedido la Facultad de Letras al autorizar la publicación de ese programa, que si es leído en el extranjero provocará desfavorables comentarios para su prestigio y que si es adoptado para la enseñanza, obligará a los jóvenes de la Facultad de Letras que tengan que aprenderlo a realizar un desagradable y estéril esfuerzo.

El programa en cuestión, no tiene la brevedad de un programa ni la extensión de un curso. Sus 155 páginas en cifras latinas son mucha pretensión para lo primero y escasas para lo segundo. El programa o curso—llámesele como se quiera—abarca demasiado y naturalmente es poco lo que encierra. Es una reunión de trivialidades críticas, de presuntas originalidades de análisis, de groseras afirmaciones de bulto sin tener en cuenta la inevitable desigualdad individual, de apreciaciones de curso de retórica, de vulgaridades disfrazadas, y doctorales desatinos.

Sin entrar en detalles, porque no nos ha alcanzado la paciencia para hacer lectura completa de la obra, basten para esta nota algunas apuntaciones al vuelo, que pueden dar una idea de la preparación del novel catedrático. El doctor Pérez, su digno antecesor en la cátedra—que por lo visto tiene *jettatura*—sabía distinguir entre literatura española y castellana. El catedrático reemplazante comienza su curso afirmando que en la historia literaria *castellana* se comprenden las obras escritas en catalán, gallego y asturiano.

Sobre la obra máxima de la literatura castellana consigna un juicio minúsculo, redondeado por moralejas, como ésta: "quien recibe humillaciones inmerecidas, es al fin ensalzado, más si esas humillaciones provienen de querer efectuar algo noble." ¡Así queda compendiada la maravillosa entraña y la humana y profunda filosofía del Quijote!

Respecto a la época moderna, sobre cuya prescindencia incidían las críticas al anterior catedrático, declara el doctor Montoya que no puede ocuparse de la mayor parte de los ingenios españoles contemporáneos, porque, no habiendo muerto, no está concluída su obra, ni fijada definitivamente su personalidad literaria. Lo que no impide que al hablar de la literatura peruana, analice largamente a Chocano y se ocupe de sí mismo y de sus versos de juventud, favorablemente juzgados por el poeta de *Iras Santas.*

En el análisis de la literatura americana, incompleto y antojadizo, nos han asombrado algunas apreciaciones. Sirva de ejemplo ésta sobre Urbina: "Los libros que ha escrito en prosa contienen ideas y bellezas de estilo". Diga sinceramente la Facultad de Letras, si con saber que los libros de Urbina contienen ideas, habrán aprendido algo de la personalidad del poeta de las *Vespertinas,* los jóvenes estudiantes. Enrique Gonzalez Martínez se hace acreedor a este juicio paradojal y raro :"La desproporción vulgar y el *romanticismo* declamatorio lo mantuvieron por algún tiempo en las filas del clasicismo". Calculamos por los nuestros los quebraderos de cabeza que se darán los alumnos para desentrañar esa afirmación.

La literatura peruana comienza con rápida e incompletísima reseña colonial. Don Bernardino Ruiz, rimador cursilón y detestable, suscita un segundo admirador a más de D. José Toribio Polo, en el doctor Montoya, que lo declara un "vate aceptable". Tras de analizar a Pardo y a Segura, declarando que de la observación de su *Epístola a Delio* y de su *Constitución Peruana,* las dos más gozosas composiciones de Pardo, se comprueba que es "un moralista austero" y afirmar que éste mismo es "uno de los más notables representantes del teatro cómico en América", siendo así que Pardo es un pobrísimo comediógrafo; tras de ese análisis erróneo, decimos, apunta el autor esta frase: "después *viene* el romanticismo". Para nosotros es esta la afirmación más lamentable del programa. Eso de que los movimientos intelectuales y las transiciones literarias, vengan así no más, como personajes de cuentos feéricos, nos parece impropio de un curso de literatura. Acaso todo él debiera limitarse a explicar el porqué y el cómo de esas transformaciones, con preferencia al estudio detallado de vidas y de obras, para constituír la sustancia misma de la historia literaria.

Para terminar, y sin hacer notar omisiones, porque serían muchas, ni inmotivadas inclusiones por que las hay bastantes, nos llaman la atención estos términos: "adorable mancebo romántico" con relación a Díaz Mirón, "metáfora convulsiva" respecto a Chocano, "narración doméstica" al hablar del poema *Isidora* de Pardo y "metáforas no previstas" refiriéndose al poema de *A Gloria*. Como última e insignificante anotación podemos afirmarle al doctor Montoya que el *Pabellón Peruano* de Cisneros, no es drama, sino poética alegoría escénica.

Este análisis somero basta para tener una idea del curso que ha confeccionado el doctor Montoya, por otra parte meritísimo autor, según nos dicen, de obras de Gramática, muy versadas y útiles, y desear que el actual catedrático de Literatura, continúe su labor muy brillante en otros campos de la enseñanza, lejos de la cátedra de Literatura castellana.

R. P. B.

Dr. VICTOR ANDRES BELAUNDE.—Las conferencias de "Entre Nous"—"Pascal".

En un ambiente donde la gracia femenina daba una nota exquisita de espiritualidad y de elegancia, Víctor Andrés Belaunde dijo su bella conferencia sobre Pascal. "Me han vencido— comenzó, dirigiéndose a las damas de "Entre Nous"— vuestro ideal y vuestra gracia; por manera que si esta conferencia no llenara cumplidamente mis deseos, tendríais que perdonarme, con la generosidad que merecen todos los vencidos". Hace luego un elogio del sentimiento que adivina y que ama, del sentimiento que condujo a Pascal a las cumbres supremas de la inspiración mística y que constituye el atributo más excelso de la mujer.

Y pasa a estudiar la evolución espiritual de Pascal en las tres grandes etapas de su vida: el hombre de ciencia, el hombre de mundo, el místico. Evolución caracterizada por la creciente importancia que en ella fué tomando aquel "tercer orden" del corazón, hasta transfigurarla con una aureola verdaderamente divina. Señala la profunda revelación que la experiencia inquieta del mundo trajo a Pascal científico en orden al conocimiento y también en orden a la vida del corazón. Dicha revelación fué ésta: la razón no es la única, ni es la mejor facultad de conocer; además del *espíritu de geometría*, rígido y abstracto, existe el *espíritu de sutileza* (esprit de finesse) capaz de penetrar en la realidad concreta y viviente. Admirable visión que anticipó, en cierto modo, las adivinaciones del *intuicionismo* contemporáneo.

Pascal escribió durante esta época de su vida el "Discurso sobre las pasiones del amor", cuyo contenido sintetiza el conferencista. Factor espiritual, elevación y ritmo; he ahí, según él, las notas esenciales del concepto del amor en Pascal. El espíritu que vibra y que adora; la elevación que confiere a las cosas una magia inefable, y el ritmo que presenva al espíritu del desfallecimiento y del hastío. Pero el amor debe juntarse a la ambición para impulsar indefinidamente la actividad y la vida interior. "¡Cuán feliz, exclamaba Pascal, una vida que empieza por amor y acaba en ambición!"

A propósito de las ideas de Pascal sobre el amor—ideas que no ahondan suficientemente, quizá, en la ansiosa intimidad de éste, el conferencista habla con sugerencia del amor moderno hecho de sed de infinito, de anhelo insaciable; persecusión incesante de un ideal siempre esquivo, de una realidad siempre inaccesible; inquietud que llega hasta la tumba, donde los amantes duermen la eterna *"noche separada"* de que nos habla Brooke.

Pero el alma de Pascal debía pasar a un nuevo plano de vida. Ante el problema terrible del hombre, hubo de constatar la radical contradicción que éste parece encerrar. Finito, miserable, desde el punto de vista de la extensión y de las pasiones, es infinito por el pensamiento y por el corazón; pobre *"caña pensante"*, puede ser aniquilado por un soplo de viento, más, al propio tiempo, tiene sobre el universo una superioridad imponderable, pues mientras el universo ignora que lo mata, él sabe que muere. Impotente el pensamiento para resolver el enigma del hombre y del mundo, lo resuelve el corazón adhiriéndose a Dios. Y así Pascal se eleva a la creencia en un principio divino que es precisamente el Dios de los cristianos; Dios de amor y de bondad, de consuelo y de paz. La naturaleza del hombre le parece, entonces, explicada dentro de la doctrina de Cristo, donde al propio tiempo el hombre se humilla y se glorifica; se humilla en cuanto es concupiscencia y carne; se diviniza en cuanto es pensamiento y amor.

El éxtasis del 23 de noviembre de 1654, determina la segunda y verdadera conversión de Pascal. Años más tarde se instala en Port Royal, escribe sus famosas *Cartas provinciales* y medita la obra que no llegó a perfeccionar y cuyos inestimables fragmentos han sido recopilados y publicados bajo el título de *Pensamientos,* Pascal se proponía atraer a las almas a la vida religiosa, pero nó según el método de la antigua apologética, sino mediante la persuasiva elocuencia del corazón.

Los *Pensamientos* contienen la esencia mística del espíritu de Pascal. En ellos se traduce la honda inspiración que habiendo superado las conclusiones racionales, supo hundir su mirada en las regiones más oscuras de la realidad. En ellos aparece aquella admirable intuición de Pascal que consistiera en erigir sobre los órdenes de la extensión y del pensamiento, el orden superior de la caridad por donde se ofrece la esencia divina del hombre y cuya realidad inefable, el alma religiosa de Pascal sintió como nadie.

A través de toda su disertación, Belaunde supo hacer resaltar la belleza de la vida y de la obra, del espíritu y de la letra. Su palabra elegante y flexible nos insinuó en el alma del místico genial, y su emoción sincera vivificó la frase y la dotó de una íntima eficacia.

Además de los anotados, debemos admirar dos cosas en la conferencia que pretendemos resumir: el orden en la exposición verdaderamente difícil por tratarse de un pensamiento sin contornos precisos—y el mérito más intrínseco de haberse incorporado en la significación palpitante de las ideas pascalianas. Honda, indecible significación, que, por alentar en un largo sufrimiento y por dirigirse a Dios, confirió a la vida de Pascal "la profundidad del dolor y la elevación de la plegaria."

M. I. R.

STUDIUM.—Organo de la Federación de Estudiantes.

El pasado mes de Noviembre salió de los talleres de la casa editora Sanmarti y Cía. esta nueva revista, órgano de la Federación de Estudiantes, merced a los inteligentes esfuerzos de sus directores, señores Daniel Ruzo y Alfredo Herrera.

Tiempo hacía que se dejaba sentir en San Marcos la necesidad de una publicación que pusiera sus columnas a disposición de los estudiantes para que éstos pudiesen insertar en ella sus ensayos literarios y científicos, fuera de las tesis académicas que se publican en la *Revista Universitaria,* y que llevase la voz de los estudiantes lejos de los claustros, al gran público. Antes de ahora se intentó en repetidas ocasiones satisfacer esa necesidad, y vieron la luz, fruto del entusiasmo pasajero de las nuevas juntas directivas, revistas que se titularon, como la actual, órganos del Centro Universitario y que sólo alcanzaron vida efímera. Mas ahora parece que la nueva revista debe su existencia a algo más que un optimismo transitorio, a la consciente opinión de sus fundadores de que la población estudiantil, pensadora por deber y por juventud, ha menester de un órgano permanente de publicidad que difunda su pensamiento más allá del estrecho ambiente del aula, propósito que augura larga vida a *Studium.*

Su presentación editorial ha sido esmeradísima y primorosa. Desde su elegante carátula, obra de un inteligente y joven artista, el lector se siente bien impresionado. Ofrece artículos de maestros y de discípulos, de novicios y de consagrados, y ostenta toda ella un notable gusto artístico.

Felicitamos a sus autores por el halagüeño éxito actual de *"Studium"* y por las esperanzas que representa y deseamos que éstas se conviertan en hermosa realidad.

M. B.
